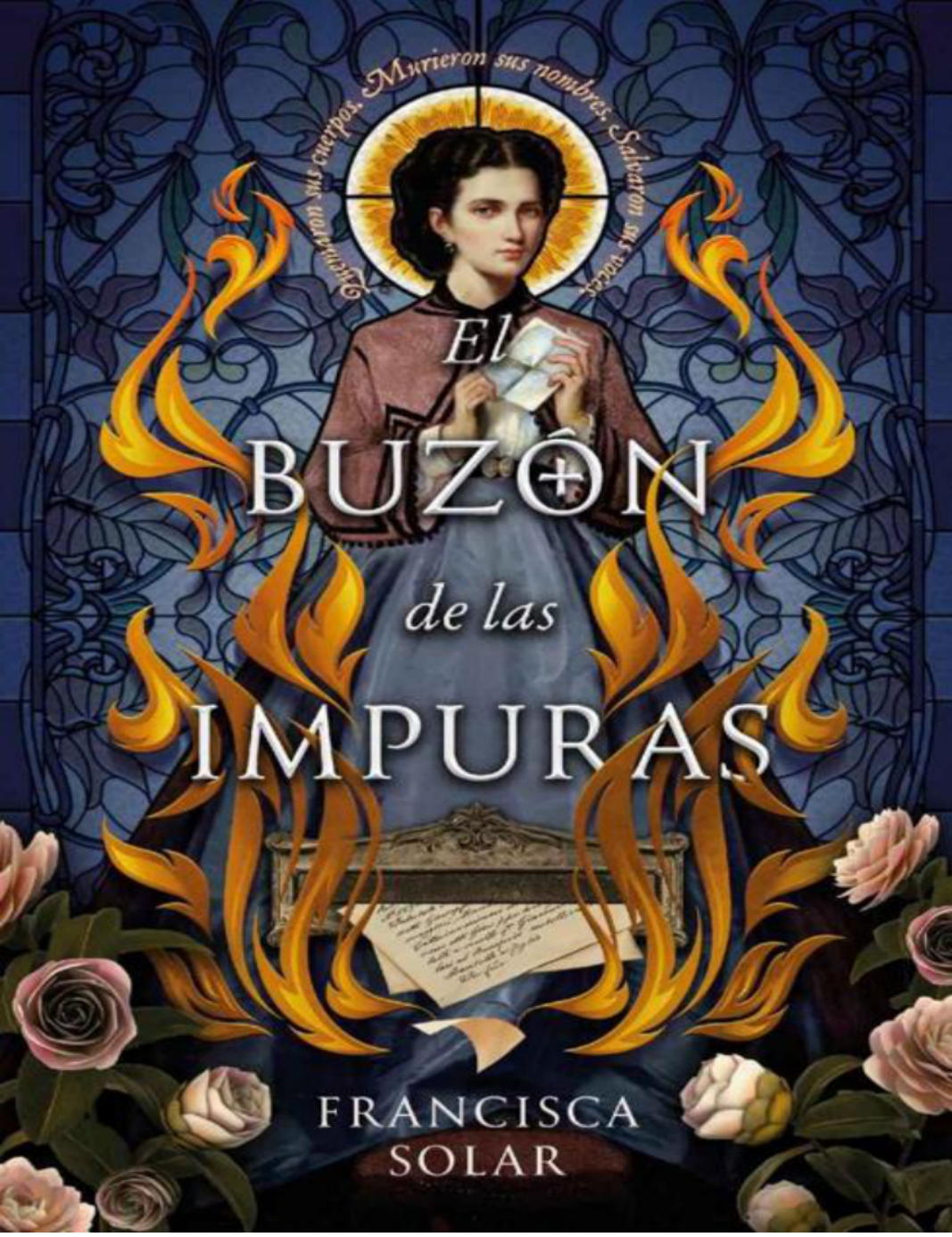
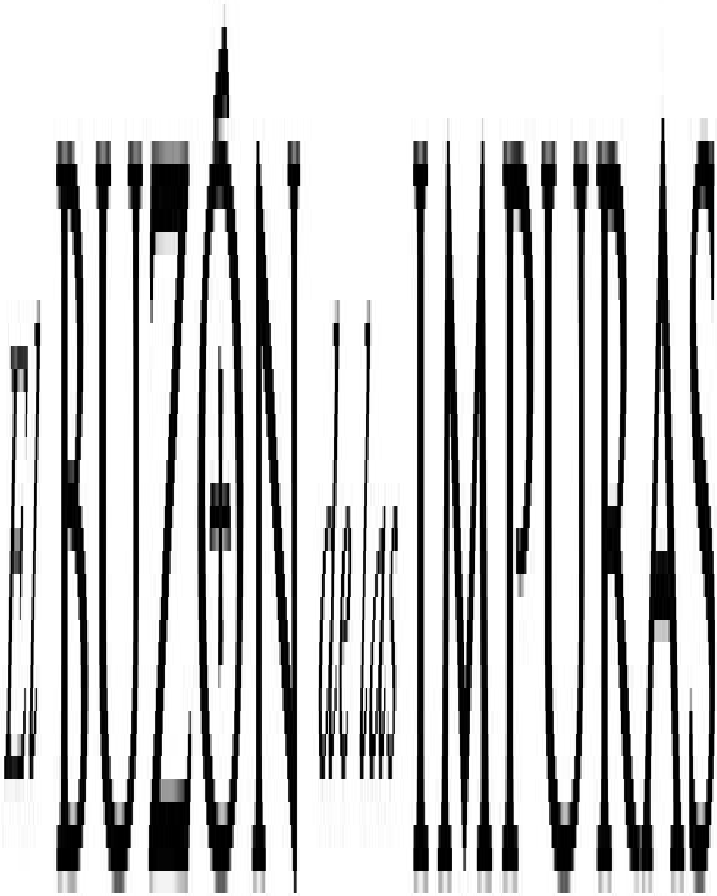

Quemaron sus cuerpos. Murieron sus nombres. Salvaron sus voces.
El
BUZÓN
de las
IMPURAS
FRANCISCA
SOLAR



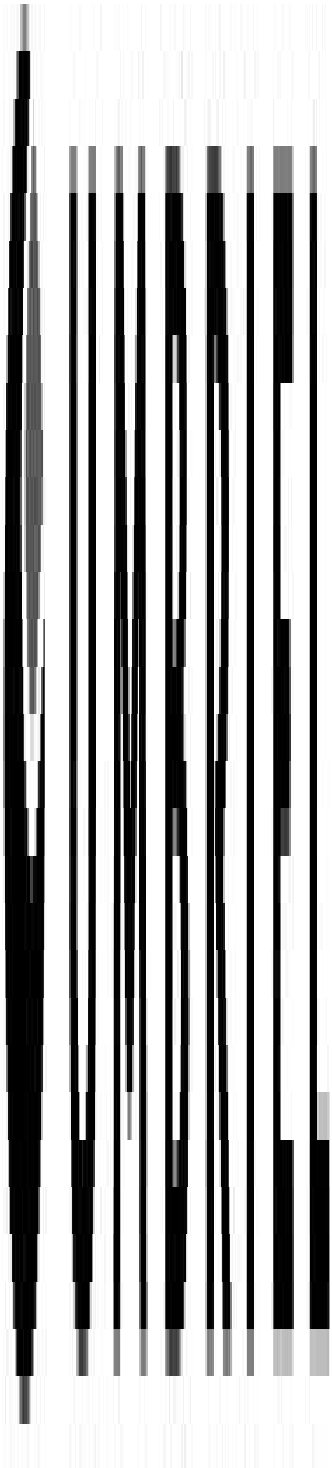
El

BUZÓN

de las

IMPURAS

FRANCISCA
SOLAR



Argentina · Chile · Colombia · España

Estados Unidos · México · Perú · Uruguay

1.ª edición: junio 2024

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2024 *by* Francisca Solar All Rights Reserved © 2024 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid www.umbrieleditores.com
ISBN: 978-84-10159-35-8

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

En honor a todas las mujeres
que en La Compañía
murieron luchando por su liberación,
en todos los sentidos del término.
Las de hoy seguimos de la mano,
avanzando entre las llamas.

La realidad ha traspasado con mucho el límite de lo presumible; hasta ayer tarde se habian estraido de la Compañia un total de mil seiscientas víctimas. El numero pasará de dos mil. ¡Desgracia horrenda que no creemos haya tenido precedente en pais alguno del universo!

—Periódico *El Ferrocarril*, 10 de diciembre de 1863.

El gobierno i el pueblo a quienes represento se sentirán sobrecojidos del mas profundo pesar cuando reciban esta triste noticia. Una calamidad tan aterrante i horrible no tiene igual en la historia del mundo.

—THOMAS HENRY NELSON, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América en Chile. *Carta pública de pésame*, 11 de diciembre de 1863.

The nation was preoccupied by the Civil War, but a dec. 8, 1863 inferno at the Catholic Church of the Compania in Santiago was significant enough to push the combat off the New York Times' front page. More than 2,400 died in the Western Hemisphere's greatest fire catastrophe.

— Periódico *Tribune-Star*, Indiana, EE.UU.

*

9 de diciembre de 1863

06:36 a. m.

El capellán del Ejército, Juan Despott, apoyó su mano en el muro y se detuvo para armarse de valor. La piedra aún estaba tibia. Con la otra tanteó en su pecho y apretó su cruz de plata. Un dolor punzante presionaba sus pulmones; le costaba respirar tras el grueso paño que cubría su nariz y boca, pero no temía que su viejo corazón estuviese fallando. En realidad, su corazón gritaba. Los policías le habían advertido que, si se atrevía a entrar, era preferible que no tocara nada; debía mirar… debía mirar hacia el suelo en todo momento o tropezaría sin remedio. El benévolo consejo era, al mismo tiempo, truculento, pues fijar la vista hacia abajo significaba mirar a los cadáveres de frente. A los miles de cuerpos calcinados, irreconocibles, apiñados unos contra otros en la desesperación y regados por cada centímetro de ese templo en ruinas.

Avanzó tan despacio como la cautela le permitía. «Todopoderoso, recibe a tu hija», susurró, ahogado, cuando distinguió un brazo entre un montículo amorfo y ennegrecido. Se persignó. «A tus *hijas*», corrigió, al descubrir que no era uno, sino varios brazos enlazados. Había miembros cercenados por doquier, restos de botines y peinetas, cuerpos imposibles de diferenciar de un trozo de madera. «Recibe a tus más inocentes, oh, Señor», añadió, apenas unos pasos más adelante, al notar que un cadáver adulto aprisionaba a dos pequeños cráneos en su pecho, como si los escudase de algo.

Se persignó otra vez.

Entonces lloró.

Su exabrupto no sería el primero ni el único. A esa hora, en las ruinas de la Iglesia de la Compañía de Jesús, las voces masculinas se alzaban contra cada piedra y rebotaban en cada trozo de viga que no se había terminado de consumir. Gritaban, gemían, movían escombros con rabia o desolación, pronunciando nombres de aquellas que ya no podían oírlos. Entre los deudos, la policía, funcionarios de la intendencia y algunos miembros de la Facultad de Medicina —quienes tenían la amarga misión de practicar las autopsias y esclarecer los pormenores tanatológicos—, el canónigo Despott contó al menos treinta hombres de andar errante, chaquetas largas y oscuras como sombras, escarbando entre la multitud putrefacta sin esperanza de encontrar sobrevivientes, sino más bien cualquier cosa que pudiese identificar a su ser querido entre la carne carbonizada y las ruinas de piedra y adobe.

Multitud. Porque eran miles.

Los reporteros del periódico *El Ferrocarril* hablaban de mil setecientas víctimas, pero advertían que su lista preliminar iría en alza. Los de *El Mercurio* ajustaban sus números más cerca de los dos mil. En menos de una semana y después de innumerables pesquisas, censos en casas y hospitales, *La Voz de Chile* daría una cifra más cercana a la realidad: dos mil doscientas mujeres —hombres y niños se contaban en apenas un centenar— fallecidas en la tragedia más espantosa vista jamás en Chile, quizá en el mundo. Eran señoras y sus criadas, niños y sus institutrices, lavanderas y aristócratas, todas devotas de la Virgen Santísima, devoradas por el fuego en plena misa… Una escena tan indecible y poética a la vez que se pintarían óleos en su recuerdo durante décadas.

Despott seguía escuchando los nombres lanzados al aire aún caliente del templo, mientras él repetía los suyos en voz baja. Rosa, María, Rosa, María… Su hermana y sobrina. ¿Podría hallarlas? ¿Le permitiría Dios darles santa sepultura?

Un grito desgarrador lo obligó a levantar la mirada. Un diplomático italiano, Andreas Piermattei, figuraba de rodillas en el piso y con los brazos en alto. Varios policías lo rodearon. Por poco se

desploma sobre un grupo de cadáveres, si no fuera porque el brazo atento del intendente de Santiago, Francisco Bascuñán Guerrero, lo contuvo en el momento preciso.

—*È lei, è lei!* —lloró, refugiándose en los brazos de Bascuñán. La autoridad chilena, quien al igual que Despott llevaba un pañuelo en el rostro para eludir el olor nauseabundo que se desprendía de los cuerpos quemados, se lo retiró de un manotazo para que el extranjero pudiese no solo escuchar sus palabras, sino también leer sus gestos.

—Señor Piermattei… ¿Está seguro?

El extranjero rompió el abrazo y señaló, temblando, una mano que se asomaba bajo una viga desplomada de roble. Las hilachas que quedaban de la manga de su vestido se enredaban en las amplias costras negras que bajaban desde el codo hasta los dedos de la mujer, y ahí, en una porción de carne expuesta en el hueso del nudillo, brilló una joya: un anillo de oro rosa de dieciocho quilates, engastado con nueve diamantes en ensamblado circular. Era su anillo de bodas, el que él mismo le había regalado un año antes, cuando aceptó su mano en matrimonio y la aventura de migrar desde Nápoles a Santiago de Chile…

El intendente ayudó al hombre a levantarse, llamó a dos de sus subalternos y ordenó recuperar cuanto antes el cuerpo de la señora Luisa Piermattei en la mayor integridad que las circunstancias lo permitiesen. La identificación inequívoca de una víctima era un verdadero privilegio en esos minutos, y el resto de los hombres presentes en la iglesia se lo hicieron saber, ya sea por sus gestos de abatimiento o de envidia contenida en sus mandíbulas, las que se apresuraron a cubrir nuevamente con sus pañuelos. El hedor se hacía cada vez más insoportable. Afuera, las carrozas llenas de cadáveres anónimos seguían entrando y saliendo de la calle principal hacia el Cementerio General, donde el mismo presidente de la República había ordenado cavar una fosa común. Los ciudadanos, aún en *shock*, seguían a los caballos en letanía, arrojando flores al paso de las ruedas de hierro y madera…

Una vez que el italiano salió por la puerta lateral, auxiliado por dos policías, Bascuñán volteó hacia su asistente.

—Dame el número, Vargas —le susurró. El joven, bajo y enjuto,

sostenía una libreta de hojas amarillas—. No me ocultes nada. Solo dilo.

Robustenio Vargas bajó su pañuelo hasta el cuello y aquello hizo que sus ojos enrojecidos resaltasen todavía más.

—Siete —dijo, expulsando en un suspiro todo el aire que le quedaba en los pulmones.

—¿*Siete*? —repitió el intendente, desencajado—. ¿Hemos identificado solo *siete* cuerpos?

Su inexperto acompañante asintió, apretando la libreta contra su corbatín de algodón, alguna vez blanco y ahora grisáceo por las cenizas en suspensión. Subió lentamente el pañuelo para cubrir su rostro otra vez hasta la nariz, tapando con él también su desesperanza.

Entonces apareció otro funcionario de la intendencia, aún más joven que Vargas. Su respiración agitada apenas le dejaba hablar.

—Deme una buena noticia, Riquelme, se lo pido —le rogó Bascuñán.

El novato empleado se apoyó en sus rodillas para recuperar el aliento y, acto seguido, sin pestañear, pronunció:

—Lo hemos encontrado.

La autoridad demoró un segundo en reaccionar. Luego sintió el subidón de adrenalina, no pidió más explicaciones y corrió hasta cruzar la puerta lateral oriente. Era, por ahora, el único paso que permitía mayor flujo, gracias en gran medida al desplazamiento de piedra que había provocado la caída del campanario. Entrar o salir por las puertas principales del templo era imposible, pues los montones de cadáveres obstaculizando el umbral llegaban a las dos varas de altura.

Salió tras Riquelme por la Calle de la Bandera, dio toda la vuelta y se detuvo frente a la inmensa fachada de piedra que sostenía apenas algunos de sus nichos y molduras. La intención del intendente era reingresar a la iglesia, aunque esta vez a través de una discreta entrada, contigua a la principal. Era el acceso a la capilla de las Hijas de María, una cofradía de mujeres de alta sociedad que tenían el uso exclusivo de ese espacio con beneplácito de los jesuitas. Antes, porque ahora no quedaba nada. El techo de madera se había derrumbado por completo, de las gruesas paredes apenas quedaban retazos y los

escombros bloqueaban sin remedio el estrecho pasadizo que alguna vez había conectado ese lugar con la nave central del templo. Desde el interior de la iglesia el paso también estaba obstruido, pero no por piedras o vigas, sino por los cuerpos de las mujeres que intentaron esa vía de escape hacia el exterior y encontraron igualmente un fatal destino, asfixiadas entre sus propias mantillas, terciopelos y crinolinas.

Afuera el sol comenzaba a brillar en el esplendor del verano santiaguino, pero ahí dentro parecía que la oscuridad de la noche anterior no se había terminado. Bascuñán reajustó el pañuelo sobre su boca, pues la búsqueda de sobrevivientes y el despeje de entradas había dejado una gruesa neblina de tierra en suspensión que ahogaba a cualquiera en la primera bocanada. Dos voluntarios ya habían tenido que ser reanimados tras desmayos intempestivos. Los cuerpos de las fallecidas no habían aguantado el golpe de una estampida humana; los cuerpos de los vivos no estaban aguantando la presión del dolor.

El joven funcionario actuó de guía. Bascuñán lo siguió y sorteó grandes bloques de despojos para llegar al pequeño altar de mármol, donde, hasta el día anterior, se había alzado una imponente escultura de la Inmaculada Concepción. Su corona de estrellas y su mirada santa hacia el cielo ya no estaban: el derrumbe del muro contiguo había decapitado la gran figura de yeso policromado, manteniendo, sin embargo, el torso, donde aún podían notarse las manos juntas de una joven virgen en señal de oración. A sus pies, bajo una capa gruesa de ceniza, dos querubines entre nubes habían perdido sus ojos y dedos. Era una imagen aterradora, tanto como los restos calcinados de sus miles de devotas apenas a unos pasos de distancia.

El subalterno apuntó hacia el costado derecho del altar. «Ahí», anunció, entregándole a su vez el candil para que su jefe viese con sus propios ojos. Él avanzó con cuidado, se acuclilló y acomodó la débil llama para iluminar.

Retuvo su respiración mientras enfocaba. Una puertecilla de fierro forjado resguardaba del mundo el secreto mejor guardado de esa capilla: un altar de piedra hueca. Dejó la vela sobre un peñasco, tocó los recovecos de metal y probó que su temperatura fuese apta para manipular sin peligro. El cerrojo que aseguraba la reja estaba abierto, aunque les regaló un escandaloso chillido que daba cuenta de la

profanación presta a ocurrir. Entonces Bascuñán estiró su brazo hacia el espacio oscuro, temblando.

Sus dedos tocaron rápidamente un objeto. Algo de latón.

Una caja.

Con su mano en pinza, tomó uno de los bordes y la sacó lentamente, dejándola por un momento en su regazo. Le costaba creer lo que estaba viendo. Se hallaba intacta, al igual que su contenido: decenas de notas de papel, dobladas en dos o en cuatro partes, habían escapado prodigiosamente de las llamas gracias a su sagaz madriguera.

Era el Buzón de la Virgen.

El codiciado e infame Buzón de las Impuras.

Francisco Bascuñán Guerrero levantó la mirada y tironeó el pañuelo sobre su nariz, descubriendo su rostro.

—Con usted como mi testigo, señor Riquelme, declaro esta pieza como objeto de la investigación en curso y, por tanto, pertenencia confiscada por la Intendencia de Santiago hasta nuevo aviso, conforme a la ley —pronunció, solemne. Malaquías asintió, sin saber exactamente la importancia de lo que estaban presenciando—. Y no comunicará de esto a ninguna persona fuera de nuestra jurisdicción, a menos que cuente con mi permiso explícito.

—¿Ni siquiera al padre Ugarte? —preguntó. Bascuñán creyó notar ingenuidad en el tono del joven, así que cuidó que su reacción no denotara su profunda ira. Lo único que no pudo disfrazar fue su tristeza.

—A él menos que a nadie —respondió, liberando por primera vez el dolor contenido por tantas horas. Las lágrimas cayeron por su rostro, creando surcos en sus mejillas sucias por los restos de ceniza. Abrazó la caja como si abrazara por última vez a su hermana—. Él traicionó a estas mujeres. Yo no lo haré.

I

Un mes antes

4 de noviembre de 1863

—Fati, ¿me estás escuchando?

Helena Aguirre Vanderbilt hizo un gesto de reproche con ambas manos en sus caderas, aunque mantuvo el tono dulce. Su hermana Fátima, quien había pasado los últimos diez minutos con la mirada perdida en la ventana, volvió al presente de un salto.

Observó a Lena y sonrió.

—Te ves muy hermosa.

—No es eso lo que pregunté —alegó la joven.

—Yo sí te escuché —dijo una voz masculina tras el gran biombo de caoba. El recargado *decoupage* en las pantallas plegables dejaba pasar muy poca luz, por lo que la silueta de quien esperaba detrás era apenas perceptible.

Helena alzó el mentón.

—Ajá. Entonces, dime.

Fátima solía decir que podías no ver a Beltrán, pero ineludiblemente *lo oías*, y por dos razones: la primera, porque su melodiosa voz siempre estaba tarareando o cantando alguna tonada que embelesaba hasta al más distraído, y la segunda, porque las ruedas metálicas de su silla Bath rechinaban escandalosamente sin importar cuánto aceite les restregasen. Apenas comenzaron a sonar, Fati fue hasta el biombo tan rápido como le permitió la tiesa crinolina bajo su falda, se detuvo tras su hermano y empujó para ayudarlo a

avanzar.

El mayor de los Aguirre Vanderbilt abrió la boca con genuina admiración. El vestido que había traído para Helena desde París —por el que había tenido que pagar cincuenta pesos extras en bulto de equipaje— le quedaba como un guante, y sin duda lucía más espectacular en el cuerpo de la chilena que colgado en el taller de Lily Tubeuf en la Rue de la Paix.

Por sobre la camisola y el corsé, la base del vestido era de algodón en tono marfil, pieza superior e inferior. El corpiño se había confeccionado con un escote *plateau* bajo y mangas cortas con hombro desnudo, todo forrado en cintas de seda y encaje, continuando hasta el suelo en un tupido intercalado. La segunda capa estaba hecha de un grueso terciopelo azul zafiro: la chaquetilla tenía una fila de diminutos botones de perla, mientras que la sobrefalda estaba abierta por delante para que luciese el encaje blanco. En la parte posterior, caía desde la cintura una cola asimétrica de once pies, la cual podía recogerse mediante delicados cordones y así los pliegues se convertían en una vistosa *robe à la polonaise*. Pero el verdadero espectáculo eran los bordados: con hilo doble de seda dorada, recorrían desde el cuello hasta los extremos de la chaquetilla, bajando por la falda y a lo largo de toda la cola, en un patrón que mostraba una delicada pero voluminosa enredadera de cientos de pequeñas flores acampanadas, las que parecían mecerse al viento cada vez que Helena se movía. Y ese sería, semanas después, su mayor desafío: moverse, pues como si el peso de las diferentes capas no fuese suficiente —era un vestido ideal para el invierno europeo, no para el verano chileno—, sobre la enagua y bajo la capa de algodón llevaba una enorme crinolina de jaula con aro de acero, la cual fijaba el diámetro total del vestido en casi tres varas. Caminar con él se transformaría en una verdadera tortura, pero la magnificencia valdría la pena. Para cerrar, el último toque: adornando su coronilla, una tiara de perlas tejidas sujetaba una mantilla de tul que la cubría hasta los pies y era aún más larga que la de terciopelo.

Era necesario alejarse algunos pasos para poder apreciar el conjunto con mayor justicia, por lo que Beltrán detuvo las ruedas de su silla a una distancia considerable del gran espejo de nogal

dispuesto en medio de la habitación.

—Respondiendo a tu pregunta —comenzó por fin, ladeando la cabeza y suspirando—, es mi vaticinio que sí, tu atuendo cumplirá de sobra con los requerimientos de etiqueta de la familia de nuestro querido Craig.

La joven aludida aplaudió suavemente mientras se estremecía de alegría, y aunque Fátima compartía la felicidad de sus hermanos, mantuvo la compostura.

—No le llames por su nombre de pila, te lo ruego. Madre podría oírte y estaríamos en problemas.

—Únicamente yo, su prometida, puedo hacerlo —se jactó Helena, meneando la cadera—. *Craig, Craig, Craig.* Para ustedes, barón Craig Alexander II de la casa Rothschild.

—*Barón Rothschild* —concedió Beltrán, inclinando su torso en una reverencia imaginaria. Sus hermanas rieron—. A nuestro futuro cuñado no le interesan tanto esas formalidades como a nuestra santa madre…

—Cierto, pero de obedecer a madre depende la paz del hogar —le recordó Fátima—. Hasta padre lo sabe.

—Sin embargo, fue padre quien dio su venia para que esto esté ocurriendo —espetó él, moviendo las manos hacia Helena como si fuese un cuadro recién pintado—. Sabe que madre se enfurecerá.

—¡Madre pretende que pruebe mi vestido de novia el mismo día de la boda! —alegó la joven—. ¿Cómo podría haber consentido a tal angustiosa espera? Padre simplemente se apiadó de mi situación y ofreció algo de cordura.

—No sé qué tan cuerdo fue que hayamos detenido el quehacer del servicio de esta casa justo para el almuerzo —siguió Beltrán, señalando con el mentón a las tres criadas que durante la última hora habían coordinado esfuerzos para calzar a Helena en esa pesada falda y en la monstruosa crinolina metálica bajo ella. Alineadas en una esquina de la habitación, y embelesadas por el hermoso fruto de su trabajo, esperaban por nuevas instrucciones.

—O que hayas exigido sustraer el vestido de su baúl sellado tan pronto descendimos del barco —le reprochó Fátima, divertida, fingiendo molestia—. No llevamos ni un día de vuelta en Chile y hasta

con el estómago vacío hemos accedido a tus caprichos…

—Dos años sin ver a tus queridos hermanos, Helena de los Ángeles. ¿Y así nos recibes?

—Quieren hacerme llorar, ¿verdad? —gimoteó ella, pestañeando con exageración para alegar inocencia—. ¿Acaso quieren que dañe con mis lágrimas esta elegantísima prenda parisina? Te recibí con dos besos en las mejillas, hermano mío. ¡Con dos!

—Si supieras cuánto costó ese terciopelo me habrías dado muchos más.

—¡Te besaré a diario durante un mes!

Rieron los tres. Sus risas eran muy similares, también sus gestos, y aunque tenían veinticinco, veintitrés y diecinueve años respectivamente, en sus espíritus seguían siendo esos niños que compartían la colcha para esconderse en una noche de tormenta. Tenían vibrantes ojos azules, tez lechosa y el mismo labio inferior prominente; tan solo en el cabello desarmonizaban: mientras Beltrán y Fátima lucían cabelleras castañas, suavemente onduladas como su padre chileno, Helena exhibía un rubio inaudito, tan amarillo como el sol. La explicación estaba en los colores de su familia materna, los Vanderbilt, estadounidenses de ascendencia neerlandesa que habían llegado a Chile a fines del siglo XVIII.

Sonaron tres golpes a la puerta y eso provocó un inmediato silencio en la habitación. Una criada se acercó a abrir, pero Fátima hizo un gesto con su mano para detenerla.

—¿Quién es? —preguntó al aire.

—¿Puedo entrar ya?

Las sonrisas regresaron entre los presentes y hasta se escuchó un suspiro de relajo. Fátima movió la cabeza y su doncella, Benedictina, se apresuró a destrabar el cerrojo.

Tras la puerta entreabierta, apareció el cuerpo robusto y la frondosa barba cana de Segismundo Aguirre. Su rostro amable buscó a sus hijos desde la esquina del ventanal hasta dar con ellos en el centro de la habitación. Abriendo los ojos al máximo, cambió su gesto de expectación por uno de júbilo, llevándose una mano al pecho.

—Oh, por Dios Todopoderoso.

En pocas zancadas llegó hasta donde su hija menor se erguía con

orgullo y deleite. Dado el exagerado diámetro de la crinolina, tuvo que estirar su brazo para tomar la mano de Helena.

—¿Qué opinas, padre mío?

—Que, si no te conociera, diría que vas camino a la corte de la emperatriz Elisabeth de Austria.

—Respuesta correcta —se alegró Beltrán.

—¿Lo consideras muy recargado? ¿Muy exuberante para mí?

—No, querida, no —la tranquilizó el señor Aguirre—. Te otorga exactamente la dignidad que mereces, ni un palmo menos. No eres una novia común y debemos hacerlo notar.

—Pero madre diría que tanta ostentación es pecado…

—Por eso dejaremos que lo vea solo cuando ya sea demasiado tarde para cambiarlo por otro.

Fátima se acercó por el costado y se aferró al brazo de su padre.

—Confeccionar el vestido en París ha sido una de tus mejores decisiones —le confirmó ella. Segismundo giró el rostro y la besó en la frente.

—Me alegro de haber confiado en que llevarían este encargo a un excelente término —suspiró, volviendo luego la mirada hacia Beltrán. Él respondió con un gesto de mano, como si levantara una copa en brindis. En efecto, junto a Fátima se habían asegurado de que el vestido cumpliera con todos los detalles de la moda más actual y de que, además, evocara rápidamente ciertos «aires de realeza» en quien admirara el conjunto. Agregar una segunda capa de terciopelo azul o lila al usual encaje blanco era de un costo excesivo y, por tanto, se relacionaba únicamente a aquellas importantes familias en posición de pagarlo.

Los Aguirre Vanderbilt *podían*, y más si la eminente boda los elevaba de súbito desde la categoría burguesa a la «emparentada con la nobleza».

—Y el bordado… —continuó el patriarca, acercando su nariz a un trozo de la falda. Con uno de sus dedos siguió el patrón de la enredadera—. Esto es una genialidad.

—Fue idea de Fati —apuntó Helena, agradecida—. ¿No es cierto, hermana?

La aludida asintió, un poco cohibida.

—Madame Tubeuf fue muy generosa al aceptar mi sugerencia. Nunca antes se había bordado esta flor en su taller y le pareció novedoso. Seguro reutilizará el diseño en otras prendas.

Beltrán tocó su mentón afeitado con dos dedos.

—Hyacin… Hatincoi… Hacitondes…

—*Hyacintoides non-scripta* —corrigió Fátima, levantando una ceja —. ¿No eres muy joven para haber olvidado tus lecciones de latín?

—Mi latín es perfecto, pero no recuerdo haber tenido lecciones de botánica —se defendió.

—«Bluebells» es más fácil de recordar —intervino Helena—, o «campanillas azules».

—Debemos utilizar la nomenclatura que el barón prefiera —acotó Segismundo.

Mal que mal, la utilización de la flor en cuestión se debía a él. Las *bluebells* eran jacintos silvestres acampanados de tono azul bígaro, entre el celeste y el violeta, muy comunes en la zona de origen de la baronía Rothschild, en Oxfordshire. Eran tan importantes que el padre de Craig había nombrado así a su grandiosa hacienda en el puerto de Valparaíso, luego de decidir que residiría permanentemente en Chile tras abandonar Inglaterra en 1824. Tras su muerte, su esposa castellanizó el letrero a «CAMPANILLAS AZULES».

—Ya saben que mi prometido ama la lengua chilena…

—Entonces —recogió su padre, ajustando sus hombros y sonriendo —, el centenar de pequeñas *campanillas* que adornan tu vestido será un detalle elegante y muy significativo que, estoy seguro, la familia Rothschild apreciará.

—¿Ya sabemos cuándo contaremos con su presencia? —preguntó Beltrán.

—Sus tíos, lord y lady Rothschild, llegarán a Santiago a comienzos de enero —respondió Helena, ilusionada—. Espero que su vapor desde Plymouth no se retrase. Sin ellos, no puede haber ceremonia. Y su hermana, lady Alisa… Bueno, Craig me ha dicho en sus cartas que aún no se sabe nada de ella. Está devastado.

Tras la muerte de su madre y de su hermana Fedora a causa de la epidemia de fiebre tifoidea en 1849, la segunda y ahora única hermana del barón, Alisa Rothschild, seguía sin recuperarse de la

pérdida, lo que la llevó a decisiones precipitadas. No hace mucho había renunciado a todos sus privilegios para unirse a un grupo de misioneros cuáqueros que recorrían Sudamérica, y en su última carta había anunciado a Craig que viajarían a Estados Unidos para establecerse por un tiempo en el estado de Virginia Occidental. Sin embargo, de eso ya había pasado más un año… Año en el que había recrudecido allá la guerra civil.

Fátima sonrió a su hermana para animarla.

—Cuando recojamos al barón en la estación de tren este viernes, le recordaremos que ha ganado una maravillosa esposa, pero también un padre, una madre y dos empalagosos hermanos.

Helena sintió sus ojos llenarse de lágrimas.

—Gracias… Gracias…

—Y brindaremos una recepción para recibirlo como corresponde —aportó el señor Aguirre—. Llenaremos esta casa con las personas más importantes de Santiago. Hemos recibido ya un centenar de confirmaciones.

—Eso quiere decir que llenaremos nuestra casa de *protestantes* —tentó Beltrán con una mueca—. Madre de seguro traerá al sacerdote para santiguar cada esquina antes del desayuno…

—Vendrán muchos prominentes extranjeros residentes, sí —confirmó Segismundo, a pesar de que la imagen de su esposa persignándose después de saludar a cada terrateniente anglicano o presbiteriano era una pesadilla muy posible—, y confío en que todos ustedes se comportarán a la altura.

—Guardaremos nuestras botellas de agua bendita, entonces.

Fátima tomó su abanico cerrado y golpeó a su hermano en el brazo. Él aguantó una carcajada.

—Con esa misma sonrisa espero que recibas a los Barros Matheu —habló su padre, cruzándose de brazos. Beltrán se enserió.

—No vas a darme ni un día de respiro, ¿no? Apenas he vuelto a Chile y ya me has escogido esposa…

—Ha sido escogida hace meses —le explicó, calmado—. Las negociaciones con el señor Barros están muy avanzadas.

—Ventura es hermosa y dulce —comentó Lena, recogiendo un tramo de su velo para ver a sus acompañantes con más claridad—.

Estoy segura de que será de tu agrado, hermano mío.

—No debe ser de mi agrado, sino del agrado de padre —respondió él, más agrio esta vez.

—También vendrán el maestro Lucien Hénault y Manuel Aldunate. No solo debo conseguirte esposa, sino también una posición pública adecuada, por si lo has olvidado. Es mi responsabilidad como cabeza de esta familia.

—Y tú olvidas que me gradué de la Academia de Bellas Artes. Sería perfectamente capaz de encontrar un buen empleo si dejaras de…

—Por favor, sin discusiones hoy —rogó Fátima—. Abracemos la felicidad de estar todos juntos nuevamente.

Beltrán entornó los ojos, se apoyó en el mullido respaldo capitoné de su silla Bath y suspiró.

—La felicidad de no tener que volver a hablar una palabra más en francés…

—La felicidad del mote dulce chileno, aunque también ame la *tarte tatin* —aportó su hermana, si bien hubiese querido decir: «La felicidad de estar en mi país, no en el de mi esposo».

—Y la felicidad de mi inminente casamiento. ¿Por qué estamos hablando de Francia y dejamos de hablar de mí?

—Mis disculpas, Lenita —dijo su hermano, cariñoso, intentando recuperar el buen humor—. Volvamos a ti. Déjame pensar en nuevos calificativos para adularte y hacerte sonrojar.

Ella ocultó su boca con su mano enguantada, sonrojándose de verdad.

—Volvamos a *mi vestido*. ¿En qué ocasión sería más correcto exhibirlo? ¿Para la recepción en la hacienda o para la ceremonia en la catedral?

Todos compartieron unos segundos de silencio, quizá recomponiendo los ánimos tras el último intercambio, hasta que el señor Aguirre habló.

—La recepción de los Rothschild es más relevante, pues entiendo que asistirá hasta la condesa de Severn, pero la concurrencia será mayor el día de la ceremonia en la Catedral Metropolitana. Es menester que se presuma con justicia un vestido como el que tus hermanos te han obsequiado. ¿No es eso lo que quieres, mi querida?

¿Ser la envidia de todos?

—Es lo que más quiero, padre. —Sonrió ampliamente, aunque su mentón tembló. Le aterraba y energizaba por partes iguales la idea de ser el centro de atención de la sociedad santiaguina por una tarde completa.

—Escoger entre dejar sin aliento a un puñado de nobles o a las amigas de madre…

—De cualquier forma, todo saldrá bien —interrumpió Fátima a Beltrán, regañándolo con la mirada, y luego se dirigió a su hermana menor—. Es tu decisión, querida mía. Ambos son momentos importantes.

—No me abandonen a la Providencia —reclamó ella—. Asístanme. Obedeceré a vuestra sabiduría.

Los tres hermanos se miraron entre sí, pero finalmente descansaron los ojos en su padre. Poco importaba sus opiniones si la única que realmente prevalecía era la de Segismundo Aguirre.

Él se aclaró la garganta, haciéndose cargo de la presión.

—Te vestirás así para la iglesia. Mandaremos a confeccionar otro igualmente encantador para la recepción.

Todos quedaron satisfechos con lo dispuesto. Hasta las criadas se emocionaron, pero, a juzgar por el repentino cambio de gesto del patriarca, no habría mucho tiempo para celebraciones.

—Vuestra madre regresará en cualquier momento —alertó, revisando el reloj que colgaba de una fina cadena de oro en su chaquetilla—. Enviarla a revisar el pedido de licores con nuestro proveedor fue una buena idea, quiere controlar cada detalle de la recepción del sábado, pero si todo estaba en orden…

Fátima tensó su columna.

—Padre tiene razón. Movámonos. Alicia, Benedictina, Rosalía… Por favor, ayúdenme a desvestir a la señorita Aguirre.

—Unos minutos más, unos minutos más —rogó Lena en un llanto falso, aferrándose a su corsé.

—Ya hemos tentado suficiente a nuestra suerte, ¿no te parece? Si calzarte el vestido nos tomó una hora, quitarte cada capa con cuidado nos puede llevar unos cuar…

—¿Helena, estás ahí?

Los presentes congelaron de pronto sus voces y movimientos. Cornelia Vanderbilt de Aguirre, la estricta matriarca de esa poderosa familia chileno-estadounidense, estaba haciendo su temido arribo.

Fati llevó un dedo a su boca, sin pestañear, y su padre y hermano asintieron, divertidos, conteniendo la respiración. Lena, por su lado, buscó en su hermana el permiso para hablar. Ella moduló un «ahora».

—Aquí estoy, madre —contestó la joven, algo nerviosa, alzando la voz desde el centro de la habitación—. Saldré en un momento.

—¿Por qué has puesto llave a la puerta? —preguntó Cornelia, forcejeando con la manija de bronce—. ¡Abre en este instante!

—Porque estoy desnuda —improvisó, haciendo que su padre se tomara la frente y Beltrán debiese morder la solapa de su chaqueta para no explotar de risa—. ¿No es acaso un pecado imperdonable, según me has enseñado, vulnerar la intimidad de una mujer que se está cambiando?

Nadie podía verla al otro lado de la puerta, pero intuían que la señora Vanderbilt se había persignado ya tres veces.

—Por supuesto, por supuesto —concedió, pero un segundo después entró en sospecha—. No estarás husmeando en el baúl de tu ajuar, ¿no?

—Claro que no —mintió Lena, intentando con todas sus fuerzas que su tono jocoso no la delatara, pero era muy difícil al ver a las doncellas revolviéndose en su esquina y ocultando sus rostros con sus delantales con tal de no hacer ruido—. Me lo prohibiste esta mañana y he obedecido. Sé que María Santísima me observa desde el cielo y no quisiera su reproche.

—Eso es, muy bien —aprobó su madre, tomando con su mano izquierda la medalla de las Hijas de María que colgaba de su cuello—. Te quiero lista en diez minutos, el almuerzo está por servirse. Puños cerrados y cuello alto.

—Lo sé. Me pediste que usara mi vestido verde, ¿recuerdas?

—Sí, es cierto —concedió otra vez—. ¿Y Fátima? No he podido encontrarla.

Helena miró con apremio a la aludida, sin saber qué decir esta vez. Segismundo, desde el otro costado del cuarto, le moduló en silencio una posible respuesta.

Ella acató.

—Creo que fue con padre y Étienne a la Cigarrería de Reyes, en la plazuela de San Agustín —dijo por fin, arrugando los párpados.

No era precisamente el escenario más creíble; incluso su conservadora madre, acostumbrada a ocultar los problemas sentimentales con tal de preservar las apariencias, sabía bien que el esposo de Fátima no consentiría tan fácil pasar tiempo con ella en espacios públicos.

Cornelia dudó, pero no lo pensó demasiado.

—Espero que regresen antes de que el guiso se enfríe. Beltrán también salió. ¿Te dijo adónde iría? No puede estar tan lejos. Entiendo que su silla no ha estado funcionando muy bien y…

—Madre —la detuvo Helena, en ese usual tono dulce que buscaba convencer hasta al más testarudo—. ¿Podría terminar de cambiarme, por favor? O no podré cumplir con tus diez minutos…

—Sí, sí. Apresúrate y baja pronto —le ordenó, y antes de irse de vuelta por el pasillo, pronunció—: Ave María Purísima…

—Sin pecado concebida —respondió su hija menor.

Escuchando atentamente el sonido decreciente de los botines de Cornelia, primero en el piso de madera y luego bajando la escalera, Segismundo levantó su mano para recordarle a los presentes que el peligro no habría pasado hasta que él lo indicara.

Un minuto después, bajó su mano y todos expresaron su alivio.

—Creo que tengo un paquete de tabaco fresco en mi escritorio —balbuceó el señor Aguirre para sí—, ese es un problema menos. Lo que no sé es cómo saldremos de esta habitación. Aún no es seguro.

—Al menos tú puedes saltar por la ventana —intentó bromear Beltrán.

—Mientras lo piensan, ¿serían tan amables de esperar tras el biombo?

Los hombres obedecieron rápidamente a la orden de Fátima. El señor Aguirre rodeó a su hijo y empujó su silla, si bien suavemente para que las ruedas no chillaran tanto como para delatarlos. Una vez ocultos gracias al horrible *decoupage* de las pantallas plegables de la mampara, las criadas saltaron de sus posiciones hacia Helena, comenzando por remover la tiara y el velo, el que debían doblar con

muchísimo cuidado para regresarlo al baúl…

El rostro de Fati se asomó por una de las esquinas del bastidor.

—¿Dónde está Remigio?

—Le di permiso para descansar —dijo Beltrán. Su incondicional *valet* generalmente no se despegaba de él, su asistencia siempre era invaluable, pero lo había dispensado en la «misión secreta» del vestido de Helena—, aunque le instruí que evitase a madre a toda costa. Seguro está escondido en la cocina.

—Muy precavido —celebró su padre.

—Le avisaré para que venga a buscarte y así coordinen el escape —explicó Fátima, en el volumen de quien cuenta un secreto—. Luego apareceré sigilosamente en el vestíbulo y encontraré la manera de llevar a madre hasta el antejardín. Más vale que estén listos, pues no tendrán más que algunos minutos para llegar al primer piso… Cuando madre pregunte, dirán que entraron por la cochera. ¿Todos de acuerdo?

—Sí, capitán —sonrió Beltrán, haciendo un gesto militar con la mano en su coronilla. Al señor Aguirre le hizo gracia—. Pero a tu plan le falta un detalle.

—¿Cuál?

—Sin quererlo, hemos sumado una complicación —advirtió, y luego la apuntó—: Tu impredecible marido. Debemos ponerlo al tanto de nuestra coartada antes de que eche todo a perder. ¿Dónde diablos está?

Ella bajó la mirada, incómoda, y movió suavemente los hombros.

Era cierto. Étienne había desaparecido de su vista tan pronto arribaron en la residencia de los Aguirre Vanderbilt y profirió los saludos protocolares a los dueños de casa. Era su actividad favorita: desaparecer sin avisar, sin explicaciones y sin cuentas que rendir. Así había sido desde el día en que se casaron, hacía dos años, pero se había agravado en los últimos meses. Étienne Clermont, lo quisiera Fati o no, no tenía más Dios ni juez que sí mismo.

Sin responder al cabo suelto, retrocedió algunos pasos y regresó hasta Helena. Mientras una doncella soltaba uno a uno los botones de perlas de la chaquetilla, entre las otras dos recogían la cola de terciopelo.

Acarició los rizos dorados de su hermana menor y ella sonrió. Ambas admiraban su reflejo en el gran espejo de nogal.

—¿De verdad luzco hermosa? —le preguntó Lena en un susurro. En sus ojos podía verse la ilusión, el miedo y la expectación ante la respuesta, la que podía parecer pueril, pero encerraba mucho más de lo que su familia podía imaginar.

Fátima suspiró.

—Luces como una baronesa —dijo, orgullosa, y entrelazaron sus manos.

II

6 de noviembre de 1863

Al cumplirse quince minutos de retraso, Cornelia Vanderbilt de Aguirre se aferró al ala ancha de su exuberante sombrero y caminó por el andén en busca del operador. Como la estación de ferrocarriles de Santiago estaba en marcha blanca —la ruta había sido recientemente inaugurada el 14 de septiembre—, aún contaba con numerosos técnicos deambulando en rondas continuas, con tal de asegurar el buen funcionamiento del servicio. Lo cierto es que una demora de pocos minutos no alteraba en demasía al resto de su familia, pero a Cornelia sí. De ser necesario, recorrería el galpón completo para encontrar respuestas.

Segismundo y Beltrán también habían escogido sus mejores sombreros de copa para la ocasión, de evidente corte francés y con la marca del taller Allie-Maillard: fieltro de lana gris, cinta decorativa de gorgorán y forro de satén, todo en perfecta combinación con sus trajes oscuros y corbatas de seda. Helena lucía el propio con adornos de pequeñas plumas y flores… y Fátima no llevaba ninguno. Estaban por recibir al barón Rothschild, y esa desprolijidad de vestuario podía considerarse un verdadero desatino según las reglas de etiqueta; sin embargo, ella no tenía opción. Los sombreros altos y recargados, señalados como los más elegantes de la temporada, estaban prohibidos sobre las abundantes ondas castañas de la chilena por una simple razón: acentuaba su mayor altura respecto a su marido, el diplomático francés Étienne Clermont-Tonnerre, y aquello era un pecado mucho mayor que el no lucir impecable frente a la nobleza. O al menos esa

era la opinión de Étienne, la cual, por cierto, no admitía queja alguna. Frente a dicha restricción, Fátima no tenía más recurso que su ingenio, por lo que con los años ya había perfeccionado el arte del *bandeau* con cintas de raso y trenzas sostenidas con peinetas de pedrería, lo que daba volumen a su peinado hacia atrás o abajo, nunca hacia arriba. Era un método igualmente elegante, aunque menos llamativo. En cualquier caso, aun sin sombrero, aun sin botines de tacón, Fátima Evangelina era unos centímetros más alta que Étienne, y debía pagar ese atrevimiento renunciando a la moda e, incluso, a las tradiciones maritales, pues tampoco tenía permitido posar junto a él en ocasiones públicas importantes: o permanecía sentada, o debía erguirse a suficiente distancia. Ahí, en el andén de la Estación Central de Santiago y a la espera del novio de su hermana, ella tomó posición asida al brazo de su padre, mientras su marido se cuadraba en la esquina contraria, junto a Beltrán.

—Esplendoroso día primaveral, ¿no le parece, señor Aguirre?

Habría al menos un centenar de personas en el andén, eso sin contar al personal técnico y a los vendedores ambulantes, pero la voz profunda y el tono cálido de Thomas Henry Nelson lo hacía distinguirse siempre entre el gentío. Mientras avanzaba, saludaba correctamente a las señoras con una mano en su sombrero acepillado, dedicaba un «buenos días» en varios idiomas a algunos caballeros y dejaba que los niños corretearan a su lado. De todos recibía amplias sonrisas, pues pocas autoridades eran más respetadas y queridas como el representante de los Estados Unidos en Chile.

—Embajador Nelson —se alegraron Fátima y Helena al unísono, quebrando su perfecta alineación familiar para acercarse.

Se reverenciaron mutuamente.

—Señorita Helena, siempre es un placer cruzarse con su belleza a plena luz. Y señora Aguirre, sea muy bienvenida nuevamente a Chile —le expresó con sinceridad, sin que su fuerte acento extranjero debilitara su perfecto castellano—. Su padre nos ha contado la buena nueva de su arribo. ¿Se siente feliz de haber regresado?

—No sabe cuánto —respondió Fátima en un impulso, y antes de preocuparse por las posibles repercusiones de su sinceridad, volteó a ver a su marido. El francés, a ciertas varas de distancia, estaba más

preocupado de peinar su bigote que de la conversación de su esposa. Eso la alivió. También la alivió escuchar ese «señora Aguirre» en boca del cónsul, pues le confirmaba que inequívocamente estaban en Chile. En Francia era «señora Clermont» y eso le apretaba el estómago. La ley chilena señalaba que la mujer no perdía su apellido paterno al casarse y, dado que el matrimonio de Fátima se había efectuado en Santiago y no en París, ella podía hacer uso de dicha disposición sin que su marido protestara. Jamás lo admitiría en voz alta, pero lo que parecía un detalle para otros, para ella era una suerte de beneficio… Un bálsamo a su desgracia. «Señora *Aguirre* de Clermont» era un trocito de dignidad al que se aferraría con todas sus fuerzas.

—¿Se quedarán varios meses?

—Mi esposo ya ha comenzado el papeleo para fijar en Santiago nuestra residencia definitiva.

El embajador levantó el mentón con los ojos puestos en Étienne a la distancia.

—Ajá, entonces monsieur Clermont-Tonnerre se reincorporará oficialmente a la legación francesa. Me alegra. Todas las oficinas consulares están necesitando refuerzos.

El señor Nelson había dicho «me alegra» porque su natural disposición mediadora le impedía mostrar su real parecer en contextos que no fuesen estrictamente privados. No mucho después, cuando se reuniese con su *staff* en la legación estadounidense, rompería el hielo: «Clermont planea regresar a la oficina de aduanas. ¿Será posible después de todo lo que ocurrió?».

Como en su cuerpo no había ni una célula capaz de embuste, el «me alegra» sí tenía algo de cierto: las austeras condiciones en que trabajaban los organismos diplomáticos no estaban pudiendo satisfacer las necesidades de la creciente actividad migrante en la República de Chile, así que manos extras siempre serían útiles.

—Mister Nelson —saludó Segismundo, sonriendo, llegando unos segundos tras sus hijas. Ambos hombres compartieron un gesto con sus sombreros—. Qué agradable sorpresa. No esperaba verlo hoy sino en la recepción de mañana.

—Y ahí estaré, no lo dude. Lizzie no habla de otra cosa hace semanas —confesó, contento—. La boda de la señorita Helena es el

acontecimiento de la temporada.

El señor Aguirre agradeció internamente que su esposa Cornelia no estuviese ahí, pues habría saltado de inmediato para decir que el *verdadero* acontecimiento de la temporada era el Mes de María, el que comenzaba ese domingo con una misa especial en la iglesia de la Compañía de Jesús y se extendía con actividades alegóricas diarias hasta el ocho de diciembre. Y quizá tendría razón, pues año a año dicha festividad católica lograba convocar en la capital a miles de devotas en torno a la imagen de la Inmaculada Concepción.

Festividad que para el presbiteriano Thomas Nelson era tan ajena como la nieve para un santiaguino.

—Entonces, ¿ha venido usted también a recibir a Craig? —preguntó Helena, sorprendida.

—No me diga que el embajador Thomson lo envió en su representación —añadió Segismundo.

—No, no. Poseo una relación de genuino aprecio con la colonia británica, pero no al punto de suplir el trabajo que le corresponde a sus autoridades —explicó, acariciando suavemente su abultada barba castaña que, a sus cuarenta años, aún no mostraba ni una cana—. A quien me he apersonado a recibir es a un nuevo miembro de mi legación. Un abogado.

—¿Otro más? —bromeó el chileno, aludiendo al hecho de que en las legaciones extranjeras abundaban, justamente, *abogados*, siendo el mismo Nelson uno muy connotado—. Pues bien, no seré yo quien instruya a la colonia estadounidense sobre cómo administrar sus bonanzas…

—Nuestras bonanzas están muy bien administradas por nuestro jefe financiero, señor Aguirre. Gracias por su preocupación —respondió el embajador, correspondiendo el tono de humor—. Pero, si debe saberlo, no he creado un nuevo cupo sino que me he visto en la necesidad de reemplazar uno ya existente. Nuestro actual jefe del Área Legal del consulado ha cumplido su periodo y debe regresar a Washington… De hecho, quedamos en vernos aquí, en el andén, pero no he logrado dar con él en este gentío. ¡Y con este calor!

El tren que provenía desde Valparaíso partía cerca de las nueve de la mañana y llegaba a Santiago a las dos de la tarde, lo que era un

muy buen avance respecto a los tipos de transporte ya existentes. Antes de que se construyera la línea del ferrocarril, la manera más rápida de comunicar a la capital de Chile con su puerto más importante era con los coches del señor Vigoroux, los que salían al alba desde el mar y llegaban de noche a la Plaza de Armas. Por un importe adicional, los enseres del cliente podían trasladarse en mulas cargadas con almofrejes, las que debido al peso avanzaban con mayor lentitud que los carruajes y llegaban a destino hasta doce horas después. Esa seguía siendo la forma más utilizada de viaje, pues era la más económica, mientras las clases más adineradas se adueñaban del tren y aquello permitía a sus inversores sacar cuentas alegres, al ver cada *ticket* vendido…

Esperar en el andén a esa hora, con el sol abrasador sobre sus cabezas, no era el panorama más envidiable, pero no había incauto que debatiese los beneficios de acortar los traslados entre ciudad y ciudad.

Bueno, quizá Michael Gunn.

—*Find you at last!* —protestó el norteamericano, levantando su brazo mientras intentaba pasar entre los enormes vestidos de dos señoras. El embajador volteó justo a tiempo.

—No calculé que habría tanto ajetreo hoy —se disculpó, sonriendo —. El tren viene un poco retrasado.

—¿Para esto querían tanta modernidad? ¿Para hacernos esperar como tontos?

—Entiendo que no serán más de quince minutos —lo calmó el señor Nelson, acostumbrado a matizar los arrebatos del añoso funcionario. Entonces hizo un gesto con su mano—. En el intertanto me he encontrado con los Aguirre Vanderbilt.

Los chilenos le dedicaron de inmediato una suave reverencia, pero la respuesta del extranjero fue apenas un movimiento de mentón hacia el patriarca y sus hijas. Se le veía nervioso, evidentemente molesto, y Segismundo intuyó que aquello poco tenía que ver con la demorada locomotora.

—Buenas tardes, señor Gunn. Si en algo puedo asistirle, sabe que encontrará en mí a un servidor.

—Podría convencer a su amigo el cónsul de detener esta tontería.

Habrase visto desvincular a un profesional de mi vasta experiencia por un novato. Y debo venir a recibirlo como si nada pasara. ¡No me he sentido más insultado en toda mi vida!

Tras el gesto incómodo con el que reaccionó el embajador, Fátima y Helena comprendieron rápidamente que lo mejor que podían hacer era restarse del asunto, para volver donde Étienne y Beltrán seguían esperando. Al excusarse, Lenita habló a su padre en voz baja y él retiró algo del bolsillo de su chaqueta.

—Exageras, Michael —respondió por fin el señor Nelson, perdiendo un tanto de su buen humor habitual—. Jubilarse es un paso natural de la vida.

El aludido bufó tan sonoramente que cualquiera a su alrededor podría haberlo confundido con un animal.

—Si un hombre sigue con sus habilidades intactas y su disposición incólume, la edad o sus años de servicio no debería ser un argumento para alejársele de la función pública.

En los Estados Unidos de América, así como en la mayoría de los países, los hombres solían trabajar hasta su último respiro, o al menos hasta que su cuerpo se los permitiera. La única excepción a esto eran algunos cargos de tinte político, donde la jubilación se consideraba un premio a los años de servicio, siendo merecedores de un sustancioso importe mensual hasta su muerte. El funcionario en cuestión, en cualquier caso, podía rechazar el acogerse al beneficio, que era justamente a lo que Michael Gunn estaba apelando y que, por alguna poderosa razón, el embajador Nelson había decidido ignorar…

Segismundo hizo una mueca de apoyo. Calculaba que el señor Gunn era apenas unos cinco o siete años mayor que él, por lo que no pudo más que empatizar. De hecho, le sorprendía que alguien tan sensato como Thomas Nelson no estuviese de acuerdo con la afirmación que acababan de escuchar, pero no quiso insistir. Probablemente, el saliente abogado se ganaría en privado una gran reprimenda por su perorata.

Aprovechó los segundos de silencio para buscar a Cornelia entre la multitud. Su sombrero destacaba lo suficiente, era difícil perderla de vista, y sin embargo no estaba por ninguna parte. A quien sí divisó fue a su hija menor, nerviosa, hablando con un niño que sostenía un

canasto con decenas de rollos de papel. Sonrió.

Helena decidió aprovechar las distracciones, y la providencial circunstancia de que su madre aún no aparecía, para hacer algo importante: comprar el último número del periódico *La Voz de Chile*. Cornelia despreciaba ese pasquín por considerarlo demasiado liberal —en realidad, era despreciado por su párroco y ella simplemente acataba—, pero el señor Aguirre admitía tibieza al enjuiciarlo en público, pues era dirigido por los hermanos Guillermo y Manuel Matta Goyenechea, pertenecientes a una de las familias más ricas de Chile. Ambos reconocidos intelectuales y, peor aún, integrantes de la incipiente masonería local, tocaban la fibra de mayor aversión en la piadosa señora Vanderbilt, pero al ser administradores de una amplia fortuna era imposible exiliarlos de las tertulias, así que los veía más seguido de lo que quisiera. Muchas veces el éxito de los eventos aristocráticos no se medía en la música de cámara ni en la exquisitez de la comida ni en lo interesante de los tópicos a debatir, sino en el caudal financiero conocido de sus asistentes. En cualquier caso, a Lenita poco le interesaban los embrollos políticos: quería un ejemplar de *La Voz de Chile* pues todos los viernes publicaban un nuevo capítulo de *Doncellas y jinetes*, novela de un autor llamado Epifanio Andazola. Ella era asidua a la literatura romántica y ya había suspirado con varias obras anteriores publicadas por el mismo diario, como *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana, por lo que siempre contaba a Fátima en sus cartas que estaba atenta a las nuevas obras que se distribuían vía folletines semanales. Entre perder el hilo de la historia o enemistarse con su madre, Helena optaba por conseguir la publicación de forma discreta y disfrutar de la lectura aún más discretamente. Sabía que su padre no se oponía a tan inocente indulgencia, y batiendo las pestañas consiguió lo que necesitaba: una moneda de diez centavos de plata.

Tomó el rollo de papel amarillento y lo escondió en el pliegue que unía su chaquetilla con la falda. Al sentirse observada, giró levemente el rostro y encontró la sonrisa cómplice de su padre, pero cambió de inmediato el gesto por uno de pánico cuando vio a su madre acercarse. Cruzó ambas manos sobre su vientre, creyendo que sería descubierta sin remedio…

Entonces se escuchó un agudo silbato.

El gentío se agolpó rápidamente en el borde del andén entre exclamaciones ahogadas. La llegada de un tren a Santiago seguía impresionando a muchos, pues había demorado muchos años en materializarse y era un imprescindible en una ciudad moderna. Mejoraba la conectividad, atraía turistas y otorgaba estatus. Era el espectáculo perfecto. Apenas la locomotora fue perfectamente visible, los niños comenzaron a mover sus manos en señal de saludo, los adultos se aferraron a sus sombreros para que no se escaparan con la ventolera, los vendedores se alejaron temporalmente hacia las salidas y algunas religiosas transeúntes —destacándose por sus atuendos un par de jovencísimas carmelitas descalzas y otras de la Orden de Santa Clara— se persignaron comenzando un rezo improvisado. El primer ferrocarril de la capital no dejaba indiferente a nadie.

Mediante miradas fulminantes y algunos codazos, Cornelia Vanderbilt logró abrirse paso hasta el sector norte del andén, dejando además espacio para el resto de su familia, quienes no demoraron en llegar junto a ella. Se alinearon tal como habían ensayado: Fátima y Étienne en extremos opuestos, Helena medio paso más adelante que los otros, y el *valet* de Beltrán, Remigio, erguido pocos pasos tras su silla. Su ubicación no era un capricho; el tren tenía cinco vagones y Craig vendría en el más cercano a la caldera de carbón, acomodado para pasajeros de primera clase. Le seguían dos vagones de segunda clase y dos de tercera, los que se notaban repletos tras las ventanillas. Únicamente para la primera clase se disponía de dos asistentes, quienes se encargaban de quitar las aldabas de seguridad de las puertas en cuanto el tren se detenía, además de ayudar con el equipaje. En las otras dos clases, los mismos pasajeros abrían sus puertas para bajar al andén.

El primer vagón tenía apenas tres puertas, así que los Aguirre verían al barón tan pronto se asomara al aire tibio. Bajó entonces una señora de nariz respingada y conjunto de satín esmeralda, con un sombrero de grandes plumas y dos perros pomposos en sus brazos. Tras ella, una pareja muy elegante que discutía en un idioma poco reconocible, tres marinos británicos con uniformes de gala, un sacerdote que por su semblante parecía ostentar algún cargo ilustre —llevaba túnica gruesa oscura, alzacuello de lino y un sombrero de teja

con borlas moradas—, al menos cuatro o cinco altos funcionarios de la intendencia y así más y más hombres y mujeres… Hasta un anciano de chaqueta con botones dorados, quien debió esperar a un asistente para bajar la escalerilla.

Era el último pasajero.

Lena volteó angustiada hacia su padre, luego hacia Fátima, y luego caminó hasta asomarse ella misma al vagón vacío.

—¿Craig? —lo llamó, con la voz quebrada—. ¡Craig!

—¡Helena!

Un joven alto, de cabello color ceniza y traje azul marino le hizo señas desde la esquina sur. Su sonrisa era siempre reconocible y su saludo usualmente efusivo, quizá demasiado para un noble, lo que perturbaba a Étienne e incomodaba a Cornelia, pero divertía a Fátima y a Beltrán. Segismundo solía quedarse de una pieza, muchas veces sin saber cómo diablos reaccionar. Únicamente los vendedores ambulantes se llamaban a gritos en una estación de tren. ¿Quién diría que ese hombre de vestimenta corriente y despercudido de etiquetas era el barón Craig Alexander II de la casa Rothschild?

—Amor mío —dijo él al alcanzarla por fin. Tomó ambas manos de Helena y le besó los nudillos. Ella se sonrojó.

—Craig, querido… Sentí que se me detenía el corazón cuando no te encontré. No vuelvas a hacerme esto, te lo suplico.

—Discúlpame por preocuparte así —respondió, sincero, con sus ojos inocentes clavados en los de ella—. No volverá a repetirse, lo prometo.

—Barón Rothschild —pronunció el resto de los presentes, haciendo una reverencia grupal muy bien ensayada. Craig amplió tanto su sonrisa que dejo ver su cuidada dentadura.

—Mi familia preferida —dijo, juntando sus palmas en el aire con un entusiasmo casi infantil. Luego se acercó a cada uno—. Mi muy preciado señor Aguirre, mi querida señora Vanderbilt… Me llena de alegría verlos nuevamente. Pareciera que hubiesen pasado siglos.

—Han sido cuatro meses desde tu última visita —señaló Lena, suspirando.

—Cuatro meses, doce días y quince horas —puntualizó Craig, besando sus manos de nuevo.

—En nuestro caso, casi dos años —intervino Beltrán, cálido.

—¡Beltrán, hermano mío! —se inclinó hacia él, ofreciéndole también su mano. El chileno se la estrechó rápidamente, pues conocía la preferencia del noble por los modos más informales, aunque sintiera la mirada juiciosa de su madre en la nuca—. ¿Eres, por fin, todo un arquitecto? ¿Es prudente considerarte mi *hermano* antes de la boda?

—Lo soy —celebró—, y eso responde a sus dos preguntas.

—Recibo humilde el privilegio de tu afecto —contestó Craig, y entonces subió la mirada hacia el interior del andén—. Buenas tardes, Remigio. Encantado de verte también.

El fornido *valet*, de rostro apacible pero jamás sonriente, lo reverenció desde su lugar. Sus rasgos indígenas causaban recelo en casi cualquier persona que lo conociera, pero no en el barón. No solo le había dedicado una mirada amable desde que vio al criado por primera vez, cuando él mismo era apenas un pretendiente más de Lena, sino que además había estrechado su mano sin vacilar. Desde ese día, Fátima también lo amó como un hermano, comprobando que era un joven noble en todas las acepciones del término.

—Si me acepta, seré también su *hermana* y contará con el privilegio de *mi* afecto —le dijo ella, levantando la voz para obtener su atención. Él se iluminó genuinamente.

—¡Fátima! Helena ya me había alertado en sus cartas que para esta fecha estarías de vuelta. Bienvenida, muy bienvenida. Si llenas de júbilo el corazón de mi amada, regocijas al mío.

—Es un honor para mí escuchar que…

—Buenas tardes, barón Rothschild —interrumpió Étienne por su lado, reverenciando a Craig otra vez con mucha seriedad, probablemente para mostrar un ridículo contrapunto a sus parientes políticos. Y sin esperar respuesta, añadió, perplejo—: Dígame, ¿ha viajado usted en *segunda* clase?

—Así fue —respondió él, con la alegría intacta—. Y ya sé, ya sé. No es tan cómodo ni espacioso como en primera, ¡pero la conversación es mucho más interesante! Más posibilidades de encontrar nuevos amigos.

—Tomaré como un éxito de nuestra legación que, después de cinco horas de charla, ya quiera considerar al señor Bonecraft como su

amigo.

El embajador Nelson apareció tras Craig, con Michael Gunn a su izquierda y otro hombre a su derecha. De edad algo indefinida, quizá cerca de los treinta, se distinguía de sus pares por su rostro cuadrado, gafas redondeadas con varillas y mentón partido, así como por su chalequillo con bordados florales. Con una de sus manos sostenía un delgado maletín.

Apenas notó su presencia, el barón palmoteó el hombro del sujeto como si lo conociese de toda la vida.

—¡Mi compañero de banquillo! Nos ha unido la Providencia, ¿no es así? Acepte mi amistad, señor Bonecraft, y congraciémonos con el cónsul.

—Estoy a su servicio, barón —respondió él, con un acento tan fuerte como el del señor Nelson, quien hizo inmediatamente un gesto hacia la bien alineada familia Aguirre Vanderbilt.

—Permítanme presentarles a Maximilian Lee Bonecraft, nuestro nuevo abogado, quien hace su arribo para reemplazar en sus funciones al señor Gunn —dijo, y unos segundos después el aludido recibió los gestos de sombreros de copa y las reverencias femeninas acostumbradas, las que regresó con la inclinación apropiada.

—Su castellano es muy bueno para llevar apenas horas en Chile —contrapuso Étienne, algo agrio. El embajador cortó rápidamente los incómodos segundos de silencio que siguieron.

—Su Excelencia, el presidente Lincoln, envía únicamente profesionales con dominio de lengua extranjera a repúblicas de habla hispana —afirmó, tranquilo a pesar de tener que explicar algo tan obvio. La duda del francés tenía raíz en un dilema personal: al único hijo de los Clermont-Tonnerre le había costado casi una década comunicarse en español de Castilla con fluidez, si bien más por renuencia que por falta de habilidad.

—Entiendo, entonces, que ha acompañado usted al barón durante el viaje, señor Bonecraft —le sonrió Helena, y él corroboró esa información.

—Compañía fortuita, pero compañía al fin. Viajamos en asientos consecutivos.

—Su conversación debe haber sido muy vigorizante como para que

mi prometido le haya ofrecido su amistad tan pronto…

—Yo diría que simplemente soy otro tedioso abogado como muchos —aclaró él, encogiéndose de hombros para disimular el pudor. Craig estiró su postura como si lo hubiesen ofendido.

—¡No diga eso! Sus galletas de nuez fueron muy agradecidas por mi quejumbroso estómago, y sus historias de fantasmas han sido de lo más fascinante que he escuchado en mucho tiempo…

—¿Fantasmas? —se interesó Fátima. Maximilian asintió sutilmente.

—Leyendas de mi pueblo natal —explicó—. Algunas curiosas y otras más espeluznantes. Fue lo más interesante que se me ocurrió compartir para que el barón Rothschild no exigiese cambiar de banquillo en mitad del trayecto y mi reputación quedase arruinada para siempre.

Los hermanos Aguirre rieron bajito.

—Por favor, venga mañana a la recepción y deléitenos con esas historias —pidió Beltrán—, o tendremos que escuchar por enésima vez las desventuras del oficial Wood durante las batallas del Opio…

—Dar oídos a la trayectoria del coronel Effrain Wood es un privilegio, jovencito —espetó el viejo Gunn, como si necesitara más excusas para fruncir el ceño.

—Embajador Nelson, por favor, excuse a mi hijo por insultar a uno de nuestros más insignes veteranos —se avergonzó Cornelia, con una mano en el pecho y tono de sumisión, recordándoles a los presentes que, sin importar cuántas décadas llevase su familia de origen en Chile, ella seguía siendo estadounidense. Declaración anecdótica, en cualquier caso, pues ninguna mujer en el país tenía derecho a un documento de identidad que acreditase su ciudadanía.

—No se preocupe, señora Vanderbilt. El coronel Wood es un hombre excepcional, pero tiendo a coincidir con el joven Beltrán en que ya hemos escuchado suficientes veces sobre tácticas militares en China —contestó, arrugando un párpado. Helena y Fátima escondieron sus sonrisas tras sus abanicos para no acrecentar la furia de su madre—. Me interesan también esas historias espeluznantes, Bonecraft…

—Con estupor veo cómo crecen las expectativas sobre mis

pintorescos recuerdos rurales…

Craig buscó zanjar el asunto.

—Si nos agracia con su comparecencia mañana, dejaremos que la distinguida concurrencia decida… Si bien debemos escuchar primero el beneplácito del dueño de casa —dijo, girando la mirada hacia Segismundo.

Él movió su sombrero.

—Por supuesto. Señor Bonecraft, estaremos dichosos de recibirlo en nuestro hogar. Un amigo del barón Rothschild es un amigo de los Aguirre Vanderbilt —declaró, cálido y serio a la vez.

Maximilian, algo abrumado, buscó en el rostro del cónsul un permiso que quizá no necesitaba. La autoridad estadounidense asintió.

—Estaré encantado —respondió el recién llegado por fin, realizando una nueva reverencia, primero hacia el señor Aguirre y luego hacia Craig.

—Bienvenido, mi *amigo* —se alegró el barón—. ¡Creo que viajaré en segunda clase más seguido!

—Quien no va a estar muy feliz con esa declaración es su desdichado *valet* —comentó Beltrán, divertido, apuntando a un hombre de uniforme que venía desde el fondo del andén dirigiendo a algunos lacayos que acarreaban varios baúles, todos del noble. Los pasajeros de primera clase tenían un compartimento especial para el equipaje y se beneficiaban de preferencia en su descarga, mientras que las otras clases compartían el mismo vagón de carga y debían esperar, haciendo que el trámite fuera más engorroso. El rostro de Abelardo, conocido asistente personal del barón Rothschild, era elocuente.

—Pues es mi deber asistirle, entonces —afirmó Craig, listo para arremangar su chaqueta—. Señor Bonecraft, señor Gunn, embajador Nelson… Será un placer verlos mañana. Helena, querida mía, regálame unos minutos más de tu paciencia, que ya estaré a tu completa disposición. Señora Vanderbilt, ¿podría señalar a mis lacayos la dirección hacia nuestro carruaje?

La matriarca escondió sus reticencias y respondió con su acción: asintió con fuerza, se movió rápidamente, rodeó al grupo y se apresuró por el andén, perdiéndose entre el gentío. El noble fue tras ella, al igual que Lena.

Maximilian lo siguió con la vista, anonadado.

—¿He comprendido mal o el décimo primer barón de la casa Rothschild acaba de decir que ayudará a acarrear su propio equipaje?

—Comprendió bien —dijo Nelson, sonriendo.

—Un noble progresista es una contradicción vital —opinó el abogado en tono celebratorio.

—Desde que lo conozco suele desplegar unas cuantas… *excentricidades* sociales…

—Y lo apreciamos por ellas —complementó Beltrán—, en especial porque hacen sulfurar a madre.

—Y a veces a padre —cerró Fátima, con el mismo buen humor. Al voltear para buscar el rostro de Segismundo, notó que se había separado del grupo la distancia suficiente como para que su conversación con Étienne pasase desapercibida para el resto de los hombres presentes, más atentos a la esquina contraria del andén.

Ofuscado, el señor Aguirre buscó en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego entregó algo al francés, quien, sin decir gracias o adiós, esquivó a los vendedores ambulantes y salió de la estación.

—Algo me dice que aprenderé a apreciarlo yo también —expresó Bonecraft.

El señor Gunn arrugó el mentón.

—¿Está condonando acaso la cuestionable inmunidad que otorga un título nobiliario? —le enrostró, tomándolo por sorpresa—. Si ese jovencito mimado se salta reglas tan simples de civilidad, ¿qué otras querrá transgredir?

—Michael —lo detuvo el embajador, en el tono más grave que había emitido durante todo el encuentro—. Por favor, regresa a la legación y recuerda al *staff* sobre nuestra reunión administrativa mañana a primera hora.

—¿*Yo* debo hacerlo? —se irritó el funcionario—. Lo correcto sería enviar a un recadero que…

—Michael —repitió el señor Nelson, ahora con más decisión, tanto que logró incomodar a sus acompañantes—. Ve a la oficina y haz lo que te he encomendado. Luego, puedes retirarte por hoy.

—Es inaudito que…

—*You are dismissed, Mister Gunn*. Gracias.

El vetusto abogado no se despidió de nadie. Simplemente bufó, como era su costumbre; estiró su chaqueta en señal de dignidad y se dirigió a la salida. Mientras Fátima y Beltrán esquivaban la mirada, Maximilian se ruborizaba y sus gafas no le servían como escondite.

—Nosotros también deberíamos retirarnos. Muero de hambre —opinó la señora Aguirre, disimulando con una mentira piadosa su huida protocolar. No alcanzó a llamar a Remigio, pues él ya estaba ahí, listo con sus manos asidas al respaldo de la silla de Beltrán.

El abogado norteamericano buscó raudo en el bolsillo de su pantalón.

—Tome. Es la última. Las compré a una mujer portuguesa al bajar del barco y no solo resultaron deliciosas, sino que me facilitaron la simpatía de un noble y la invitación a una elegante recepción en menos de veinticuatro horas. Yo diría que son galletas de la suerte.

Fátima se acercó y estiró sus manos sin pensarlo. Max le extendía un galletón de nuez envuelto en un pañuelo de algodón con las iniciales «M. L. B.» bordadas en hilo azul. Sus dedos estaban tibios.

Ella sintió sus mejillas ardiendo y se paralizó.

Como una voz distorsionada colándose bajo el agua, creyó escuchar al embajador decir que ellos también tenían un carruaje esperándolos, que el alojamiento provisional del señor Bonecraft estaría en la Recoleta Dominica, justo al otro lado del río Mapocho; que les deseaba a ella y a su hermano una buena tarde, que volverían a verse pronto…

—¿Fati?

Beltrán tuvo que tirar de la gruesa cinta de su vestido para hacerla reaccionar.

—Vamos, vamos —dijo ella por fin, subiendo el mentón para encontrarse con un andén cada vez más vacío—, o nos dejarán varados aquí…

El mayor de los Aguirre Vanderbilt levantó una ceja.

—¿Me das la galleta?

—No —respondió Fátima, firme y nerviosa, escondiendo con agilidad el pañuelo bajo su chaquetilla—. Tendrás que conseguir tu propia *suerte*…

Fuera de la estación, Max cargó su última pieza de equipaje en el

techo de su carro de transporte. Luego subió a la cabina y cerró la puertecilla. El embajador lo esperaba con un gesto de apremio.

Los caballos comenzaron a moverse. Ambos suspiraron.

—Gunn está sospechando, ¿no es así?

Nelson movió la cabeza con la mirada perdida.

—Es una posibilidad —admitió—. Lamento mucho esta situación. Él debió regresar a los Estados Unidos hace meses…

—Pero se irá, ¿no?

—Usaré todos mis recursos administrativos en ello —le prometió, y entonces iluminó su rostro en un cambio de ánimo—. Perdonará mi exaltación, señor Bonecraft, pero nunca antes había conocido a un *maquinista*. Es todo un honor.

Max sonrió con los labios pegados.

—Es un honor para mí recibir su ayuda.

—En nuestras oficinas jamás tendremos intimidad suficiente para discutir sobre nada crucial, así que le daré instrucciones adecuadas cuando llegue el momento. Igualmente, recuerde que en Chile está a salvo.

No hay esquina del mundo donde yo esté a salvo, pensó Maximilian, pero en su lugar, prefirió decir:

—Se lo agradezco.

Su nuevo jefe había esbozado la mejor sonrisa tranquilizadora que pudo, pero la borró en el siguiente suspiro. Apuntó al maletín con el mentón.

—Entonces… ¿Trae *historias espeluznantes* para mí?

Max lo tomó y dejó en el regazo de su acompañante.

—Algunas —se lamentó.

El cónsul ni siquiera hizo el intento de abrirlo.

—Solo dígame: ¿el general Grant está vivo?

—Sí, y resistiendo. Mississippi aún es nuestro.

Esperó unos segundos.

—Y las probabilidades de triunfo, ¿siguen en favor de la Unión?

—Por ahora.

Nelson retumbó sus dedos sobre el revestimiento de cuero de la fina valija. Le causaba curiosidad y repulsión a la vez.

—Sé que debe sentirse muy cansado después del viaje, pero

quisiera revisar estos documentos con usted lo antes posible. Los dominicos producen un excelente vino.

El abogado asintió.

—Si quiere que le hable de esta maldita guerra, necesitaré algo más fuerte que vino dulce.

Thomas Henry Nelson, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América, se inclinó y extendió su mano hacia Maximilian, pero el recién llegado prefirió abrazarlo, inspirando profundamente. La valija cayó a sus pies. Nelson respondió al abrazo y cerró los ojos, cansado por un problema que, lejos de estar solucionándose, apenas comenzaba.

—*Welcome to Chile, Mister Baltimore.*

III

6 de noviembre de 1863

Lo que más impresionaba a Étienne sobre madame Lysanne, la dueña de la Maison des Autres, es que no sabía leer. Ni leer ni escribir.

En otros países los burdeles intentaban pasar desapercibidos y se ubicaban generalmente a la salida o entrada de las grandes urbes, pero en Santiago de Chile el más famoso de todos estaba en pleno centro de la ciudad, en la Calle de los Teatinos con San Pablo. Todos sabían de su existencia… Todos y *todas*, pues aunque su exhibición a toda luz parecía un libertinaje inaudito en una sociedad tan conservadora como la chilena, la otra lectura era más estratégica: si la dirección de la Maison des Autres —literalmente, la Casa de las Otras— era *vox populi*, los clientes casados eran más fáciles de atrapar. Se decía que esa era, justamente, la intención de madame Lysanne, en calculada venganza por una angustiosa infidelidad que ella misma había sufrido en su juventud. Aunque las visitas de los hombres comprometidos a este tipo de establecimientos solían ser más frecuentes y dejaban más dinero, también implicaban insufribles escándalos de sus mujeres o familias en el frontis, los que muchas veces llegaban a las páginas chismosas de la prensa local. La hábil proxeneta prefería protegerse de la mala publicidad, así que, sabiendo que en su *maison* trabajaban las meretrices más hermosas de la ciudad, convirtió en tradición el privilegiar a hombres solteros o viudos en las listas de espera para acceder por un par de horas a alguna habitación del segundo piso. Y el negocio, en lugar de arruinarse, prosperó. Cualquier matrimoniado que decidiera pasar por ahí —había al menos tres o cuatro burdeles en

Santiago que atendían sin discriminación de estados civiles— debía contentarse con una solitaria silla mullida y una copa de anisado o coñac, dependiendo de su presupuesto, desde la cual admirar con resignación a las vistosas chicas que circulaban tras la barra del bar, el espacio más democrático del popular burdel.

Había excepciones, claro está. Siempre había excepciones.

Excepciones como Étienne Clermont-Tonnerre.

Madame Lysanne compensaba su falta de instrucción primaria con cierta astucia y un gran olfato para las finanzas, por lo que pocos perdían el tiempo intentando engañarla, pero a veces confiaba demasiado en su propia estrella y tomaba decisiones peligrosas. Eso sintió cuando recibió las primeras monedas de mano del francés: que había sucumbido a la adrenalina de un potencial conflicto, aunque no supiese cómo iba a estallar ni cuándo.

Étienne había reaparecido la tarde anterior por la puerta lateral del burdel, aquella que solo un puñado de afortunados conocía, y la que por regla se destinaba únicamente al tránsito del personal, no de los clientes. Sin embargo, él la conocía muy bien, pues la había utilizado en innumerables ocasiones. La última vez que la cruzó, lo hizo con la amargura de quien va hacia el matrimonio como quien va al matadero, y ya habían pasado dos años de ausencia. Al verlo nuevamente en el umbral, el primer impulso de madame Lysanne fue decirle que escogiese sitio a un costado del piano en el bar, pues desde ahora tendría que observar a las chicas sin volver a tocarlas. Entonces él lanzó un dardo que ella no vio venir: «Me han obligado a desposar a una mujer infértil. Mi apellido morirá conmigo. ¿Será usted también cómplice de mi desgracia o será el ángel que me ayudará a aplacarla?».

Puso dos monedas, una de oro y otra de plata, en mano de la proxeneta, monto que cubría una hora de encuentro con la más cotizada de sus pupilas: Crystal, oriunda de Sicilia. Reticente, la mandamás dio la orden a uno de sus corpulentos centinelas para que hiciese pasar al francés al segundo piso, aunque su nombre no estuviese en la lista. Eso había sido el día anterior. Ahora, que Étienne asomaba su rostro por segunda vez en día consecutivo, ella vaticinó un problema en ciernes, pero él le aseguró de rodillas que su esposa

jamás se aparecería por ahí. Que ella provenía de una familia estrictamente religiosa y tendría como prioridad mantener las apariencias antes de envolverse en algún escándalo. Por demás, dijo que si su tormento se hiciese públicamente conocido, no tenía dudas de que la simpatía social estaría con él y su inocente diversión —esa y otras diversiones *inocentes*, como las apuestas de naipes o riñas de gallos— sería condonada. La decisión de mantener discreta su miseria masculina se debía únicamente a su infinita misericordia por su maltrecha mujer… Si hasta había accedido a colaborar con su silencio en ese estúpido asunto del vestido de novia de Helena. ¡Era prácticamente un santo!

En lugar de dos monedas como la primera vez, Étienne ofreció a madame Lysanne una letra de cajero con el sello de lo que parecía un banco importante. Ella dudó, y por dos razones. La Ley de Bancos de Emisión era bastante nueva en Chile, y no terminaba de acostumbrarse a esos papeles entintados con garabatos que, supuestamente, un día reemplazarían por completo a las piezas metálicas. La modernidad a veces la desconcertaba. Necesitaba sentir el grabado del oro sucio en sus dedos.

La otra razón, la más importante, es que no sabía leer, por lo que un trozo de papel con extraños símbolos debía ser inspeccionado por una de sus chicas antes de ser aceptado. Que una analfabeta administrase un negocio de esa envergadura sería siempre un extraordinario misterio para el francés.

—Sandro, dile a Misty que baje enseguida —ordenó al centinela que permanecía erguido tras ella, custodiando que ningún indeseable cruzara la puerta sin invitación.

—Acaba de recibir a un cliente, hace cinco minutos…

—Pues ve y dile que cierre las piernas. La necesito aquí, ahora.

El hombre alcanzó la escalera en dos zancadas y se perdió peldaños arriba. La madera añosa crujía como un barco en la peor tormenta.

—¿No debería dejarme pasar para que arreglemos esto en su despacho como dos personas civilizadas? —comentó Étienne, quitándose el sombrero de copa para aparentar sumisión. Madame Lysanne era demasiado experimentada como para caer en

manipulaciones baratas.

—Se quedará exactamente donde yo le diga que se quede, señor Clermont —moduló ella, apoyando una mano en el umbral de la estrecha puerta lateral. Con la otra sostenía el documento bancario y se abanicaba con él.

—Puedo pedírselo en francés —susurró, sonriendo.

—Podría pedírmelo parado de manos y mi respuesta seguiría siendo *la misma*… por ahora —señaló la dueña, reservándose el derecho a permitirle acceder o sacarlo a patadas según le conviniese.

—¿Acaso no fui por años uno de sus mejores clientes? ¿Acaso no pagué siempre lo acordado y a tiempo? —se defendió él, usando el tono más inocente que pudo maquinar—. Si el problema son mis votos matrimoniales, creí que ya habíamos resuelto que…

—Su estado civil no es mi mayor preocupación en este momento —declaró, cruzándose de brazos y reacomodando las plumas rojas que adornaban su escote—, sino su estado *financiero*. Entiendo que está actualmente desempleado. ¿No es así?

La chilena —nacida como Silvana del Tránsito Mondón Vilés, pero cuyo mote de fantasía caía más acorde a su exuberante personalidad— no solo confiaba en su intuición, sino también en una profusa red de contactos que le proveía de información valiosa cada vez que ella lo necesitaba. No había hoja de vida que ella no pudiese obtener en tiempo récord, pues los tentáculos de su influencia llegaban a las esquinas más insólitas, consecuencia de su muy diversa clientela y de los muchos que, por más o por menos, le debían algún favor. O quizá la vida.

Étienne dejó de sonreír.

—Mi situación laboral no es de su incumbencia mientras tenga los bolsillos llenos…

—Este trozo de papel no hace bulto en el bolsillo de nadie —reaccionó ella, agitando la letra de cajero.

—¿Qué le importa a usted de dónde venga el dinero, mientras esté en su mano?

—No se equivoque, *francesito* —lo apuntó—. Usted y yo no compartimos los mismos principios. Dirijo un negocio honesto y mi dinero está limpio. Ya veremos si ust…

—¿Me mandó llamar, *madame*?

Mistela Carabales, Misty para amigos y clientes, habló unos pasos tras su jefa. Era la única entre su veintena de trabajadoras sexuales que sabía leer y escribir, por lo que actuaba de asistente y recibía una suculenta paga extra. Tenía unos imponentes ojos negros, exagerados polvos de colorete en sus mejillas y abundante cabello en un peinado enmarañado. Al ver a Étienne al otro lado de la puerta, le dedicó una mirada aprensiva y estrechó más su bata de seda.

Sin decir nada, Lysanne le extendió el documento y la chica comenzó a leer. Con dos dedos comprobó la textura del papel y el relieve de los sellos. Entonces se lo regresó.

—Es auténtico —apuntó la joven—. Los fondos corresponden a la cuenta del señor Segismundo Aguirre en el banco de Bezanilla, MacClure y Cía. Son quince pesos.

—¡Quince! —se impresionó su interlocutora, volteando hacia el francés inmediatamente—. ¿Qué diablos intenta usted con una letra de quince pesos, señor Clermont?

—Asegurar unas dos semanas de libre acceso —respondió él, engreído—. A Crystal, preferentemente, sin trabas de ningún tipo y sin que alguno de sus gorilas me esté respirando en la nuca. El pago por adelantado le demuestra mi buena disposición a llegar a un trato beneficioso para ambos, ¿no le parece?

La proxeneta asió el documento con una nueva delicadeza.

—Cuesta creer que el padre de su esposa esté dispuesto a financiarlo…

Y lo decía en serio. En los bajos fondos, todos sabían quién era Étienne y a qué era adicto: mujeres y apuestas. Curiosamente, con su cuenta del burdel siempre estaba al día, pero sus deudas por pérdidas en las carreras caninas ascendían a cientos de pesos. ¿Le temía más a madame Lysanne que a los toscos criadores de perros ratoneros?

—Ya le dije: cualquier hombre que conociese mi situación se compadecería de mí y hasta contribuiría para que hubiese algo de alegría en mis días…

Ella poco toleraba ese tono de víctima, algo en su interior se rehusaba a darle todo el crédito que él intentaba arrogarse, pero era mucho dinero como para rechazarlo. Ese domingo comenzaba el Mes

de María y podría comprar las velas y mantillas nuevas que necesitaban sus chicas para ir a misa.

—Regresa a lo tuyo, Misty. Gracias —le ordenó—. Y Sandro —llamó sin voltear, sabiendo que su principal centinela jamás se alejaba demasiado—, escolta al señor Clermont a la habitación nueve. Luego dile a Crystal que es hora de trabajar.

La sonrisa de suficiencia de Étienne se encontró con la sonrisa falsa de cortesía de madame Lysanne, cuando esta se hizo a un lado para que el francés cruzara el umbral hacia las entrañas de la Maison des Autres. Ese pasillo oscuro de candiles sebosos le hacía sentir en casa, como un burdel cualquiera en París, más aún el aroma a tabaco y secreciones humanas que solía reinar en el segundo piso, donde la higiene era más una excentricidad que una exigencia. Al llegar a la escalera, se detuvo para dejar pasar a Misty, quien apuró los escalones con sus pies desnudos. Él olisqueó el perfume barato que ella dejó a su paso, pero no hizo el intento de manosearla; sabía muy bien que los puños de Sandro le recordarían que no podía tocar aquello por lo que no había pagado.

—Madame, tiene un visitante.

Un segundo centinela, apodado Ôzeki, apareció de pronto tras una cortinilla de tela que separaba el pasillo de un salón continuo. Era más obeso que corpulento, pero igualmente intimidante.

La aludida arrugó el mentón.

—No estoy esperando a nadie.

Ôzeki hizo un gesto cómplice.

—Es una visita importante.

No iba a discutir sobre asuntos domésticos frente al francés, así que volteó hacia él y apuntó hacia el segundo piso.

—Sus quince pesos ya comenzaron a correr, monsieur Clermont-Tonnerre.

El hombre levantó ambas manos en señal de tregua, ahogó una risa condescendiente y subió los escalones de dos en dos.

Solo entonces la mujer relajó los hombros.

No hizo más preguntas, y simplemente siguió hacia donde Ôzeki la dirigía. Los diversos salones de esta antigua casona —la que, según decían, habría pertenecido al otrora virrey del Perú, don Ambrosio

O'Higgins— estaban todos conectados por puertas simples, muchas de ellas ya arrancadas de cuajo y reemplazadas por cortinajes y tapices, los que, aunque restaran privacidad, hacían más discurridos los movimientos entre un espacio y otro. En cualquier caso, no estaban permitidos los coitos en el primer piso; esos pequeños ambientes funcionaban como un limbo entre el bar y las habitaciones designadas arriba, generalmente a la espera de que se desocupase alguna. Así que, entre sillones ajados, poncheras de vino con fruta, jarrones de falsa elegancia y espejos en las paredes, los hombres que ya habían pagado un importe generoso invitaban a su chica de turno a despojarse del corpiño y frotarse en sus regazos para preparar el terreno.

Cuando llegaron al sector en que las risas y el desafinado piano de cola se escuchaba con nitidez, a pocas varas del bar, giraron hacia la izquierda y encontraron un umbral de hoja doble. Ôzeki abrió entonces lentamente una de las puertas y, apenas con la luz tenue que se coló por la rendija, madame Lysanne supo quién la esperaba.

Retrocedió y pidió al guardia que cerrara la puerta. Luego volteó hacia Sandro.

—Serás hoy la sombra del *francesito* —le dijo, apuntándole al rostro con su enjoyado dedo índice—. No lo quiero deambulando por ninguna esquina. Cuando quiera irse, tú mismo lo acompañarás hasta el bar para que salga por la puerta principal.

—Pero él siempre exige usar la puerta del callejón…

La mirada de la proxeneta, que elocuentemente transmitía un «no voy a repetir la orden», causó inmediato arrepentimiento en el centinela, quien atinó a cuadrarse, asentir, decir «sí, *madame*», «por supuesto, *madame*», y devolverse rápidamente por donde habían venido.

Madame Lysanne recuperó entonces su temple habitual, dio la señal a Ôzeki y entró a su despacho.

—Vaya, vaya… —murmuró, deteniéndose en el umbral con una mueca maternal—. No me va a creer, señorito, pero es su lindo rostro el que más deseaba ver hoy.

Beltrán Aguirre Vanderbilt sonrió con dulzura.

—Que Dios Todopoderoso jamás me permita dudar de usted, querida *madame*.

Tan pronto Ôzeki cerró la puerta, la mujer se acercó al joven de la silla de ruedas murmurando un «amén». Le tomó el rostro, le besó la frente y, en el mismo trozo de piel que rozaron sus labios, le regaló una señal de la cruz. Luego se sentó a su lado en una poltrona de tafilete verde, quedando sus miradas a la misma altura.

—Buenas tardes, Remigio. Tan apuesto como siempre —lo saludó ella, levantando el mentón y tocándose el cuello en el acto.

El *valet* le dedicó una pequeña reverencia sin despegar la espalda del muro al fondo de la oficina, donde destacaba un cuadro inmenso de marco tallado en dorado. Era un óleo sobre cobre del siglo anterior que mostraba a una mujer semidesnuda en actitud de oración con un cráneo en las manos, en un paraje que parecía desértico. Su cabello pelirrojo era rizado y abundante, y sus ojos miraban al cielo. La simbología era evidente, y más en el contexto en que se exhibía: era María Magdalena, la prostituta más famosa de todas, considerada por sus excluidas devotas como un decimotercer apóstol, validada y amada por Jesús mismo y abrazada por la Virgen María Santísima.

—Dos años, Beltrán Aguirre —comenzó Lysanne, tomando su mano.

—Se ha sentido como toda una vida —confesó, apagando un poco la sonrisa.

—Pero no te veo ni una cana o arruga. Así no se vale.

La mujer soltó su mano y le dio unas suaves palmadas en la rodilla.

—Mis piernas siguen sin funcionar, eso tampoco ha cambiado —aclaró él, tomándoselo con humor.

—Solo revisaba —dijo ella, con una mueca inocente—. ¿Regresaste con el diploma en Arquitectura, tal como tu padre quería?

—Lo hice.

—Bien. Eso te asegurará un mejor futuro que la música, aunque por acá esperamos con ansias tu *Ave María* del domingo.

Desde la tierna edad de doce años, tiempos en que el talento de Beltrán ya no podía esconderse, su madre lo llevaba a la iglesia para que participase del coro, pues el párroco aseguraba que Dios le había enviado a su hijo un magnífico don para compensar su lamentable discapacidad física. Una vez que la festividad del Mes de María se convirtió en algo fijo y obligatorio para la comunidad católica, el

obispado resolvió que el mayor de los Aguirre Vanderbilt coronase en solitario la ceremonia de apertura en Santiago. Escuchar su interpretación del *Ave María en fa mayor* de Mozart era un espectáculo sublime.

—*Mejor futuro* —remedó Beltrán, cansado de recordar que no tuvo más remedio que resignarse al estudio de una profesión por la que no sentía interés alguno—. Por favor, empiezas a sonar como mi madre…

—Un abismo separa a Cornelia de esta humilde libertina, pero hay cuestiones en las que estamos de acuerdo. Si me odias por eso tendré que ponerme a llorar y te cobraré por mi maquillaje malgastado.

Madame Lysanne debía tener, según los cálculos del joven, no más de cincuenta años, al igual que su madre, si bien se notaba en sus ojeras y piel amarillenta el abuso del licor. Sus pómulos sobresalientes y labios bien definidos demostraban que había sido una verdadera belleza en su juventud, pero ahora se dedicaba a administrar la belleza de otras, decisión que había resultado mejor de lo esperado.

Otra decisión que ella esperaba que resultase bien era no preguntar por su hermana Fátima, ni menos por su escapista esposo.

—Las chicas querrán celebrar tu regreso…

—¿Sanó Francine de esa tos terrible?

—Tanto que ahora canta con el pianista…

—¿Aún tiene Zara a su perrito? ¿Cómo se llamaba?

—Sultán —contestó la *madame*, con una mueca—. Y sí, esa bola de pelos sigue correteando por aquí. Te prometí que solo pongo gallinas y puercos en el asador.

—¿Y Perla? ¿Logró ver a ese bailarín ruso en el teatro Victoria?

—Le costeé una butaca en la primera fila. Cuando regresó, ni siquiera me pidió su comisión por los primeros tres clientes. Así da gusto mimar a tus empleados.

Beltrán volvió a sonreír. Podía seguir preguntando por las muchachas que vivían en la *maison*, a quienes conocía muy bien, pero prefirió ir directo a su asunto.

—Sabe por qué estoy aquí, ¿no?

Lysanne suspiró y asintió.

—Quieres tu habitación usual, imagino.

—Y le pagaré un mes por adelantado, como siempre. Podemos

conversar si requiere de mí algún horario en especial que…

—La mala noticia, señorito —lo detuvo ella—, es que esa habitación ya ha sido rentada.

Dejó de pestañear y palideció.

—No es posible…

—La buena noticia es que, quien la rentó, espera por ti hace dos días.

Los colores regresaron a las mejillas de Beltrán como si la proxeneta hubiese acercado un brasero a su rostro. No solo vio en él una felicidad profunda y genuina, sino también un innecesario pudor, bajando la mirada y arreglando su corbata de seda por los nervios.

—¿Desde el miércoles, dice?

—Desde que pusiste tus escandalosas ruedas en los tablones del muelle de Valparaíso —le confió ella, compartiendo su alegría—. Ya está arreglado, no necesito tus centavos.

—¡Pero yo puedo pagarle! No dejaré que…

—El amor de tu vida ya ha costeado vuestro *nidito*, así que lo único que necesito de ti es que te relajes y disfrutes. Y que, por favor, no me incendien las cortinas como la última vez.

En un confuso incidente que incluyó *whisky*, un sombrero y un candil, los gruesos cortinajes de su habitación temporal se encendieron, siendo sofocados con los orinales de las otras habitaciones. El hedor se estancó por semanas.

—Cuidaré de su mobiliario como si fuese mío —le prometió.

—Todo en orden, entonces —cerró ella, dedicándole una torpe cortesía al tomar el borde de su vestido. Él rio.

Remigio se acercó a Beltrán y la mujer hizo un gesto a Ôzeki para que abriera la puerta. El guardia iría al frente, luego la dueña y, tras ella, el *valet* empujando la silla de su señor.

Recorrieron un pasillo solitario que, contrario al resto de la casa, no estaba lleno de espejos ni estatuillas de cuerpos desnudos ni tapices emulando puertas. Hasta los velones tenían mejor aspecto, encerrados en gruesos copones de vidrio cada una o dos varas. El área al que se acercaban era la más restringida y exclusiva, donde estaba la única habitación coital del primer piso. Era una habitación de la que casi nadie sabía su existencia, que se rentaba en ocasiones muy

particulares y que, además, valía más que cualquiera de las otras. Una habitación amplia con ventanales que miraban hacia el río, cama doble con dosel y tules colgantes, una vasija y jarrón de losa con agua fresca, enmarcados en paredes pulcras con molduras y cornisas gruesas victorianas. Una digna habitación que podría encontrarse en el Hotel Inglés o en la Posada Francesa en Casablanca, y que ella destinaba de vez en cuando a sus clientes más queridos, especialmente a aquellos que, por algún impedimento físico, se les dificultaba subir y bajar escaleras…

Ôzeki abrió la puerta, escudriñó su interior unos segundos y, luego, se apartó para que madame Lysanne, Beltrán y Remigio entrasen.

Al detenerse las ruedas junto a la cama, con la luz anaranjada del atardecer tiñendo las sábanas limpias, el joven arquitecto respiró profundo. Olía a pomada de jazmín de Portugal. Entonces levantó ambos brazos, gesto que significaba que Remigio lo tomaría del torso para sacarlo de la silla y depositarlo en otro lugar. Esta vez, lo sentaría sobre el colchón.

—Sé que vas a rechazar el finísimo *brandy* de mi establecimiento como tantas veces —dijo la mujer al *valet*, coqueta—, pero mi enguindado casero es el mejor de la región. Ve a beber varios vasos a la barra, cortesía de la casa.

Remigio le agradeció con una reverencia. En lugar de hacer otra hacia Beltrán, puso una mano sobre su hombro y el señorito Aguirre le sonrió con los labios pegados, asegurándole con la mirada que todo estaría bien.

El *valet* salió al pasillo. Ôzeki lo acompañaría hasta el bar, mientras Lysanne, insegura, tomaba el picaporte. Tenía la intención de irse, pero algo la detuvo.

—¿Te ha escogido esposa ya? —preguntó ella de pronto—. Tu padre, me refiero…

Beltrán asintió, sombrío.

—La conoceré en la recepción de mañana.

Ella perdió su mirada en los vericuetos de la alfombra.

—Sé bueno con esa muchacha —murmuró—. No es su culpa.

—Lo sé.

Un ruido extraño se escuchó tras una de las paredes.

Esa era su señal.

—Me hace feliz tenerte de regreso —se despidió la *madame*, usando ese tono maternal que nunca pudo evitar desde el primer día en que lo vio, hacía casi cinco años, desdichado sobre la barra del bar.

—Me hace feliz estar de vuelta —respondió él, sincero, y tras una última sonrisa compartida, la puerta se cerró.

Beltrán volteó hacia la pared, expectante. Sentía su corazón en la garganta.

Una de las molduras hizo *crack* y se desprendió del muro como una puerta más. Era una puerta secreta. Tras ella, sigiloso, un joven delgado de ojos ámbar y camisa ancha de lino observó a su alrededor como si esperase el ataque de un animal salvaje. Pero vio a Beltrán.

El escultor Nino Di Stefano corrió hasta la cama y se dejó caer en el regazo de su amado, abrazando sus lánguidas e inmóviles piernas. No contuvo el llanto y Beltrán, acariciando la espalda del italiano, tampoco contuvo el suyo. Acarició también su pelo, que olía a jazmín de Portugal.

—¿Podemos quedarnos así, *semplicemente così*, hasta el fin de los tiempos?

El chileno asintió, sintiendo la amargura del destino como un puñal.

—Hasta el fin de los tiempos.

IV

7 de noviembre de 1863

—La Catedral Metropolitana es el templo católico más grande de Santiago, pero la Iglesia de la Compañía de Jesús es el más popular.

Eso fue lo primero que Helena explicó a Craig cuando iban de camino hacia el templo jesuita, junto a Fátima y su madre Cornelia, paseando en el fresco de la madrugada bajo la sombra de los álamos. Dado que el noble no había sido iniciado en ningún credo pero recibiría pronto el bautismo católico para poder casarse con Lenita —la baronía Rothschild era reconocida por su tradición anglicana, si bien Craig I abandonó su religión al radicarse en Chile y había decidido criar a sus hijos en el laicismo—, las mujeres Aguirre consideraron pertinente que Craig Alexander las acompañase a misa, aprovechando el trayecto para instruirlo en algunas cuestiones básicas de lo que sería su nuevo contexto espiritual y social… como, por ejemplo, la peculiar historia de la iglesia a la que asistirían. Era tan singular que cada centímetro de sus muros adquiría con los años un nuevo valor, así como también crecía en recelo y supersticiones.

La llegada de los jesuitas a la capital de Chile había sido bastante tardía, en abril de 1593, «cincuenta y dos años después de la fundación de la ciudad por parte del español Pedro de Valdivia», le explicó Fátima. Se aparecieron para entonces ocho religiosos de la orden, liderados por el provincial Baltasar de Piñas; la historia dice que iban de paso, que no planeaban quedarse, pero que se acomodaron pronto gracias a la generosa hospitalidad de los frailes

dominicos. «Venían con lo encapillado i entraron como en puntillas, en el silencio de la mancha de aceite. Bajo los hábitos de tan humildes i desamparados viandantes, se ocultaban los segundos conquistadores del país i los rivales de todas las órdenes religiosas establecidas, comenzando por la que los alojaba. No cargaban riquezas, pero traían, en cambio, el secreto para hacerlas», había narrado el corresponsal Daniel Riquelme con ocasión del aniversario de los jesuitas en Chile para el periódico *El Alba*, una de las diversas publicaciones declaradamente anticlericales en el país, amparadas en la libertad de prensa que el presidente José Joaquín Pérez Mascayano había establecido desde el comienzo de su mandato en 1861. *El Alba* era uno de los muchos periódicos que el presbítero Juan Bautista Ugarte, párroco principal de la Iglesia de la Compañía, había señalado como lectura prohibida para sus feligreses, pero que él mismo se encargaba de recitar periódicamente durante las homilías para subrayar las blasfemias de las que su congregación era víctima.

En su artículo, Riquelme continuaba diciendo que, combinado con su maestría diplomática, los jesuitas habían traído consigo algo importante que alborotó a la ciudad y que los convirtió en el centro ineludible de la atención, si bien se terminaría volcando en su contra: el cráneo de una de las once mil vírgenes de Colonia.

No tenían más evidencia que su palabra, por supuesto, pero la gente les creyó. Incluso en este trozo de tierra sudamericano se conocía bien dicha leyenda, la que se abrazaba con fervor en Europa desde la Edad Media: santa Úrsula habría liderado una peregrinación de once mil jóvenes vírgenes hacia Roma, pero al cruzar la ciudad de Colonia habrían sido capturadas y martirizadas por los hunos, al negarse a acceder a encuentros sexuales. Cuando los jesuitas anunciaron que abandonarían Santiago y continuarían su peregrinaje con la valiosa reliquia bajo el brazo, se unió el cabildo, la élite y el clero para convencerlos de arraigarse. En una colecta sin precedentes, las limosnas alcanzaron tanto para que los religiosos compraran una de las casas principales de Santiago y así convertirla en su claustro, a una cuadra de la Plaza de Armas y de la catedral, como para que pudiesen erigir ahí mismo su propia capilla. Antes de cincuenta días ya la estaban levantando, y en su base enterraron las supuestas

osamentas de la joven virgen para declarar dicho terreno como «suelo santo».

A los dos años, ya se había hecho estrecha para tantos fieles visitantes. «Imperando sobre todas las conciencias, dominando en absoluto sobre todos los poderes, confesores de los grandes i de los humildes, industriales i maestros, comerciantes i apóstoles, en tan corto tiempo los Jesuitas habían hecho de su pobre ermita el templo favorito de todos. Las demás iglesias como las demás órdenes, habían sido destronadas i oscurecidas por el nuevo sol», criticaba Riquelme. Se decidió entonces la construcción de una iglesia de cal y canto, más grande y digna, echándose los cimientos de una nueva obra que demoró treinta y seis años en terminarse, mientras la congregación seguía recibiendo toda la generosidad de la aristocracia y burguesía santiaguina. En la fiesta de estreno se realizó el bautizo forzoso de una veintena de esclavos africanos, espectáculo aplaudido por una extasiada audiencia…

Pero el nuevo templo duró un suspiro: el terremoto del 13 de mayo de 1647 lo arrasó por completo. No faltó quien asegurara que la virgen mártir no consentía la presencia de sucios negros sobre su «suelo santo», y que por eso había mandado a los ángeles a destruir la iglesia. Fue una explicación plausible para muchos, pues cuando se convocó para iniciar la construcción de un nuevo templo sobre las ruinas, ciertos jornaleros y mecenas ya no quisieron participar. «Igualmente, la devoción cristiana del pueblo fue más fuerte», aseguró Cornelia al barón. Los trabajos se llevaron a cabo con nuevas y más copiosas donaciones, erigiendo con una demora de cincuenta años una iglesia aún más fastuosa que la anterior, compitiendo directamente con cualquier otra en la capital. Se gastaron en total unos seiscientos mil pesos de la época, una suma enorme, «y quizá no hubiese levantado reticencias o habladurías si no fuese porque los peones, cuya labor era de sol a sol, ganaban apenas veinticinco centavos diarios», agregó Fátima, eludiendo la mirada intimidante de su madre.

El terremoto de julio de 1730 dejó dicha opulencia, otra vez, en el suelo. Los daños a la estructura fueron críticos; cualquier arquitecto habría recomendado deshacerse de los vestigios y erigir desde cero, pero los jesuitas tomaron una curiosa decisión: aparentar que el

problema no era tan grave como parecía. Dado que aún poseían sus arcas llenas, gracias a sus incontables proveedores bien acomodados, emprendieron reparaciones estéticas muy costosas para regresar cuanto antes a una aparente normalidad. En palabras del cronista e historiador Benjamín Vicuña Mackenna, quien también recordó este episodio en una columna para *El Mercurio*, un periódico de postura moderada: «La Compañía dejó de ser un templo hermoso, i para hablar con mas exactitud, desde entonces aquella iglesia fatal no fue sino una ruina disfrazada». El problema era que el recargado y suntuoso disfraz fue efectivo, tan efectivo que recuperó la admiración de los capitalinos en un santiamén. Se reemplazó piedra por mármol en los altares secundarios, se compró una nueva custodia adornada con diamantes que el padre Carlos Haymhausen trajo de Europa —supuestamente regalados a él por la reina de Portugal—, y se construyó la que se convertiría en una de las atracciones principales de la iglesia: una empinada torre de madera con un reloj de cuatro esferas, construido por los mismos religiosos en los talleres de su hacienda en La Calera, coronado por tres enormes campanas de bronce. «Tenía la reputación de ser el más exacto de Santiago, por lo que era habitual encontrarse con caballeros detenidos en la plazuela, mirando hacia lo alto, escuchando las campanadas y ajustando a cuerda sus relojes de bolsillo…», señaló Cornelia con nostalgia.

Entonces sobrevino una nueva tragedia. «Pronto sus felices moradores, mis hermanos en Jesús, debieron pagar en sus personas, bienes i esperanzas, los dones de toda suerte que con no medida esplendidez habíales prodigado la Providencia», se lamentaba el canónigo Joaquín Larraín Gandarillas, miembro de la Facultad de Teología de la Universidad de Chile y director del Seminario Pontificio de Santiago, en un artículo para el periódico *El Estandarte Católico,* como respuesta y contrapunto a lo publicado por Daniel Riquelme en *El Alba*. «Injusticia mayor para un centenar de hombres santos. ¡Una afrenta a Dios mismo!». En agosto de 1767, el gobernador Antonio de Guill y Gonzaga recibió una inquietante correspondencia, escrita por el mismo rey Carlos III, con una orden que debió ejecutar en la madrugada del día veintiséis: la expulsión inmediata e irrevocable de la Compañía de Jesús de todos los dominios de la Corona, incluyendo

los de ultramar, decretando además la incautación de todo su patrimonio. Craig, asombrado, preguntó rápidamente por las razones de tan brusca medida, y entonces Fátima recitó las palabras exactas de la versión oficial: «Enriquecimiento desmedido e ilícito en sus misiones, así como intervención política contra los intereses del Imperio». Unos pocos años antes ya se les había encarcelado, enjuiciado y expulsado de Francia —por malversación de fondos— y del reino de Portugal —acusándoles de atentar contra la vida del rey José I—, por lo que, si bien desde el ojo chileno parecía una medida abrupta, iba a tono con la persecución de la que venían siendo víctimas, tildándolos de ser «un estado extranjero dentro de otros estados» y condenándolos por mostrar mayor lealtad al papa que a sus reyes.

En Santiago, un destacamento de tropas rodeó el recinto del Colegio Máximo de San Miguel, despertando a ochenta y tres jesuitas para leerles el despiadado decreto. En ese mismo instante, el ejército también asediaba el Convictorio de San Francisco, el Colegio de San Pablo, la casa de ejercicios de la Virgen de Loreto, el noviciado de San Francisco de Borja y todas las demás propiedades de la orden en la capital, quedando prisioneros un total de ciento veinte religiosos con fecha indefinida de expulsión. Para evitar conflictos con la alta sociedad, incluso temiendo alguna revuelta en favor de los sacerdotes, el corregidor Luis Manuel de Zañartu los hizo sacar de la cárcel el 23 de octubre en la madrugada, asignándoles una docena de soldados para acompañarlos en el camino a Valparaíso y así asegurar que tomasen un barco hacia su destierro. Lo mismo sucedía en otras ciudades del país, como Coquimbo, Aconcagua y Concepción.

Ese fue el fin de la Compañía de Jesús en Chile. «Ciento setenta i cuatro años había durado, pues, el liderazgo no discutido que iniciaran en la infancia de Santiago aquellos ocho humildes i desamparados viajeros que llegaron aquí como Espronceda a Lisboa, sin Cristo en el bolsillo ni lecho en que reposar sus huesos, pero armados del amor más puro, la obediencia mas estricta i humildad irrecusable, sembrando en tierra desviada la gloria de Dios», cerraba el artículo de Larraín Gandarillas. El intelectual Fernando de Acicuoya, quien escribía para la revista *El Mensajero del Sur*, no estaba

de acuerdo y se armó de evidencia para gritarlo: «Incontables fueron los bienes de los jesuitas por los que las gobernaciones pasaron revista para expropiación, mayores que lo bien habido por cualquier conde o marqués. Sin contar las propiedades urbanas que por disposición suprema se les había otorgado en cada ciudad del reyno, enumerábanse sesenta i nueve haciendas o chacras en trece localidades, así como fábricas, tiendas, caleras, curtiembres, astilleros, alfarerías, boticas, molinos, panaderías, relojerías i negocios de cuanto Dios crió en el comercio honrado, a mas de la porción leonina de ganancias que obtenían mediante liberación de impuestos. A vista del pueblo i complicidad del acomodado, en entredicho quedaba la santa humildad de la orden, en descrédito su voto de pobreza». Cerraban el conteo de «bienes» unos mil doscientos esclavos repartidos por todo el país. Un centenar de ellos fue vendido en remate público por la intendencia en la Plaza de Armas de Santiago, y la gran mayoría restante fue enviada a Perú, donde tenían mejor precio.

—¿Y la iglesia? ¿Qué pasó con ella? —se interesó Craig, ralentizando sus zancadas para no llegar tan pronto a destino.

Helena tomó la palabra.

—Fue cerrada y estuvo desierta por casi cuarenta años. Mi abuelo Oróstico decía que penaban duendes en su interior, que la mártir de Colonia lloraba y golpeaba las paredes. Declararon maldita esa esquina y nadie quería acercarse…

—Mi suegro poseía una abundante imaginación, querido barón —comentó Cornelia con una sonrisa forzada—. Como cualquier edificación abandonada, prodigaron las leyendas populares, por supuesto, pero nada impropio podría suceder en la que había sido una impecable casa de Dios.

Definamos «impropio», iba a decir Fátima, aunque se arrepintió. El abuelo Aguirre también había mencionado una vez que, a los pocos días de la expulsión, unos religiosos en disfraz entraron a la fuerza para llevarse la enjoyada custodia. Que un buen amigo suyo, terrateniente de Colchagua muy devoto, les había ayudado a esconderse y a eludir al ejército, y que después les proveyó de comida y bueyes para escapar con los diamantes hacia Buenos Aires…

«Con permiso de la gobernación, en 1805 el clérigo Manuel Vicuña

decidió abrir nuevamente las puertas de la iglesia», continuó la señora Vanderbilt, explicando que el recinto fue mayormente utilizado por eclesiásticos para discutir sobre derecho canónico, moral y teología, ya que los santiaguinos privilegiaban otras capillas para la misa diaria. Esto cambió recién en 1816 cuando, por decreto del rey Fernando VII, se levantó por fin el destierro a los jesuitas y estos regresaron en masa a Chile después de un largo exilio en Italia, siendo recibidos con vítores por los capitalinos, especialmente por la élite. Si bien el terreno, la iglesia y el claustro siguió en manos del estado de Chile, se les permitió a los religiosos habitarla otra vez. Desgreñada y necesitada de urgentes mantenciones, la Iglesia de la Compañía volvía a ser el templo de moda, así como volvía a caerle encima la desgracia, esta vez en mayo de 1841.

Un incendio que comenzó en la torre del reloj consumió el templo casi por completo, dejando apenas uno de los muros exteriores y parte de la fachada. Un grupo de estudiantes del Instituto Nacional, creyendo que urdían una jugarreta inocente, atraparon una lechuza y la empaparon en aguarrás, para luego prenderle fuego. Se dice que la pobre ave en llamas voló despavorida hacia su nido en la torre, y lo demás es historia. Sin embargo, nada como una buena tragedia para despertar la generosidad de la burguesía: aprovechando que había quedado en pie una de las dos capillas del frontis, bautizada como la capilla de los Dolores, el presbítero Rafael Valdivia ofició en nombre de los jesuitas —ahora *casi* tan pobres como cuando habían llegado a Santiago por primera vez, en 1593— una sentida misa para iniciar una recolección de fondos que, evitando la demolición, permitiese restaurar y maquillar lo existente. Las palabras de Vicuña Mackenna sobre una «ruina disfrazada» volvían a adquirir sentido.

En una semana ya habían conseguido treinta mil pesos.

En un mes, lograron cien mil.

—Lo que ves hoy, querido mío —le mostró Helena, moviendo la mano que sostenía su sombrilla—, es esa última reconstrucción del templo, inaugurada hace apenas siete años.

Después de varias cuadras andando por la vereda norte de Alameda de las Delicias, habían doblado por la Calle de la Bandera y ya estaban en la plazuela frente a la iglesia. La famosa Iglesia de la

Compañía de Jesús. Cornelia habría preferido ir en carruaje, llegar caminando a misa era indigno de una familia de bien, pero guardó su opinión para acatar la de Craig. Como buen hacendado que creció entre árboles y colinas junto al océano Pacífico, prefería mover las piernas como actividad diaria y preciada, algo que intentaba contagiar a su amada Helena.

Los cuatro se detuvieron a admirar la magnífica fachada.

—Lástima que Beltrán no esté aquí para explicarme lo que estoy viendo —murmuró el aristócrata.

—Pero Fati puede hacerlo —sugirió Helena, dulce—. Mi hermana conoce tanto de estos asuntos como mi hermano mayor.

—¿Es eso cierto? —se sorprendió Craig, volteando hacia ella.

Algo ruborizada, Fátima prefirió mirar ahora hacia los pliegues de su vestido.

—Beltrán es el arquitecto. Yo solo lo escucho… y aprendo.

—Deberías haber aprendido ya el valor del silencio —le reprochó su madre, desde siempre contraria a que cualquier mujer alardeara de algún tipo de conocimiento profesional. Dios había asignado ese derecho a los hombres, y era deber de las señoras respetarlo a toda costa.

Fátima lo pensó un momento y creyó encontrar un perfecto punto medio.

—Puedo citar lo que ha descrito el prebendado Francisco Cañas, anterior capellán de La Compañía, para un artículo de la *Revista Católica* —ofreció, calmada, aunque supiese que tendría que sumar esta mentira a su próxima visita al confesionario—. ¿Te parece adecuado, madre?

—Claro que sí, *eso* sí —se alegró Cornelia, estirando el cuello y cerrando aún más su mantilla.

Fátima suspiró. Al alzar los ojos, se encontró con los rostros afectuosos de Craig y Helena, listos para escucharla. Agradeció internamente la simpatía de su imprevista audiencia y, echando la cabeza hacia atrás para apreciar la edificación, comenzó:

—La fachada es de piedra blanca tallada en estilo barroco, prácticamente la misma desde el incendio de 1841. Está inspirada en la iglesia del Sacro Nome di Gesù, en Roma, obra del arquitecto

Giacomo della Porta. ¿No es hermosa? Uno de los muros exteriores y algunos arcos de las naves laterales también son de piedra, pues es lo único que quedó en pie después del último desastre. El resto de la iglesia es construcción nueva, con ladrillos de barro y vigas de roble. Sus accesos están coronados con hornacinas terminadas en arcos de medio punto, todo articulado mediante pilastras, molduras y dos escudos que marcan el eje axial. Ya no existe la torre del reloj, barón, como bien sabe, pero verá en su reemplazo una modesta torre oriente de dos cuerpos, donde está hoy el campanario. Más atrás, en el extremo norte, está la cúpula que cubre el presbiterio… pero no se preocupe, que se aprecia mejor desde la nave principal, la que no termina en ábside, me temo, pero está flanqueada por preciosas capillas interconectadas por entradas en forma de arco, a su vez controladas por barandillas de rejas decorativas que…

—Nadie sino Fátima Aguirre podría haber dicho todo eso…

—¡Y sabiendo exactamente lo que significa!

El grupo volteó hacia las dos voces femeninas que habían irrumpido. La sonrisa de Fati fue inmediata.

—¡Mercedita! ¡Doña Jertrudis!

Las tres mujeres se tomaron de las manos, se inclinaron levemente y acercaron sus frentes, un gesto de afecto muy usual entre las Hijas de María. Una de ellas exhibía una edad similar a la de Fátima, mientras que la otra debía rondar ya los setenta años. Todas llevaban la misma medalla plateada colgando sobre sus chaquetillas: con el grabado de una silueta de la Virgen al centro, la rodeaban letras capitales que formaban la frase «Monstra te esse matrem» —«Muéstrate, madre» en latín—, pasaje de un himno mariano medieval que solía cantarse en Vísperas, el *Ave Maris Stella*. Al reverso se veía, justamente, una estrella, cercada por una frase: «Asociación de las Hijas de María».

—Las extrañé mucho —confesó Fátima, conmovida.

—Francia te ha tratado bien, querida —dijo Mercedes Bascuñán Guerrero, socialmente popular no solo por su devoción sino por ser la hermana del intendente de Santiago, un reconocido crítico del clero nacional—. Te ves espléndida.

—Y vemos que su mente inquieta no ha sido devorada por las

polillas. Enhorabuena —celebró Jertrudis Sierra, con ese tono rasposo de quien nunca se recuperó del todo de una tos convulsiva—. Pero, para no ofender la sensibilidad de Cornelia, celebraré también su obediencia al reintegrarse tan pronto a nuestra modesta cofradía, señora Aguirre.

Cornelia tomó por acto reflejo la medalla en su pecho.

—No me ofendes a mí, Jertrudis, sino a la Virgen Santísima. *Pureza, humildad, obediencia y caridad…*

—Sí, sí, creo recordarlo bien —respondió la aludida, aunque era difícil saber si lo decía en serio.

Asociaciones como las que aquellas mujeres integraban se contaban por cientos en todo el mundo, y todo había comenzado por un supuesto milagro. En 1830, la Virgen se habría aparecido al menos tres veces en el convento de las Hijas de la Caridad, en París, manifestando dos deseos: uno, que se fundase una asociación llamada Hijas de María, cuyo espíritu debía ser «honrar a María Inmaculada por la imitación de sus virtudes, particularmente su pureza, humildad, obediencia y caridad»; y segundo, que se confeccionara una medalla alusiva a su inmaculada concepción, la que protegería de males y enfermedades a quien la usara, además de servir como insignia para reafirmar el compromiso de sus devotas. Las instrucciones de la visión milagrosa se tomaron al pie de la letra y se regaron como pólvora, ya no solo entre los diferentes claustros de las Hijas de la Caridad sino expandiéndose bajo el alero de diversas congregaciones.

Al comienzo se estableció que a las Hijas de María podían ingresar únicamente mujeres solteras, pues se les preparaba para ser dóciles y sumisas en el matrimonio, pero con los años muchas mujeres casadas —especialmente aquellas con poder adquisitivo, social o nobiliario— presionaron a las autoridades religiosas para que las dejaran participar, entendiendo el estatus que este tipo de cofradía otorgaba. Así, a mano de mujeres influyentes, el fenómeno subió como la espuma y de a poco fue mutando en sus propósitos, manteniendo siempre la esencia devota, de rezo y evangelización, pero transformándose en un espacio único de contención sorora y desarrollo cultural, incluso intelectual, para quienes habían sido excluidas de toda injerencia pública.

Sin sorpresa para nadie, el impulso de fundar un Hijas de María en Chile fue idea de los jesuitas. El 8 de diciembre de 1854, el papa Pío IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María mediante la bula *Ineffabilis Deus*, y se estableció que los católicos de todo el mundo debían conmemorar esa fecha al año siguiente. En Santiago, el encargado de la fiesta fue Joaquín Larraín Gandarillas, quien daba por hecho que sería el próximo obispo auxiliar de Santiago. La ceremonia fue más concurrida de lo esperado, así que, con tal de capitalizar el fervor, su decisión fue obvia: un solo día de júbilo no bastaba. En la homilía del 8 de noviembre de 1856 y desde el púlpito de La Compañía, Larraín anunció que el día de la Inmaculada comenzaría a celebrarse con un mes de anticipación, a la usanza de los católicos europeos, y que durante esos treinta días se incluirían diversas actividades para los concurrentes. Había nacido el Mes de María. En el último y más importante día de fiesta, el jesuita Juan Bautista Ugarte dio al canónigo la idea de oro: establecer en Chile un Hijas de María, para que fuesen las mismas devotas —y no el clero, debilitado en medio de la crisis política alimentada por los liberales— quienes mantuviesen la intensidad del culto mariano durante todo el año. Él mismo dirigiría espiritualmente al grupo, exigiendo a sus miembros presencia en misa dos veces a la semana; catecismo, confesión y penitencia persistente; obediencia estricta y el pago de un importe de un peso anual. Su anuncio, tal como vaticinaron, fue un inmediato éxito, y en menos de seis meses ya había en la capital más de siete mil inscritas.

Al soltar las manos de Fátima, la señorita Bascuñán y la señora Sierra saludaron también a Helena. Luego reverenciaron a Craig.

—Barón Rothschild… No nos diga que se quedará a misa.

—Tan solo a mirar —explicó él, sonriendo, mientras les respondía con un gesto de su sombrero—. No puedo participar aún, por las razones obvias, pero mi prometida me ha persuadido a entrar al templo y observar el rito antes de mi bautizo.

—Quién diría que *pajarillo* Aguirre sería la gran evangelizadora del grupo, ¿eh? —comentó Jertrudis, con una risa que intentó ser inocente pero que la aludida no se tomó a bien, tal como ya había sucedido muchas veces.

Desvió su mirada hacia un grupo de niños para que nadie notase que sus ojos se llenaban de lágrimas. Sí, la más joven de los Aguirre Vanderbilt tenía clarísimo que no era ni tan inteligente como su hermana ni tan talentosa como su hermano, que probablemente su belleza era su único don, pero odiaba que se lo recordasen, más con Craig presente. Él seguía sonriendo como si nada, quizá ingenuo frente a la burla solapada que acababa de ocurrir, y eso aquietaba un poco el corazón de Lena, pero no lo suficiente.

Maldito el día en que, engañosamente y «de cariño», su propia madre la había llamado *pajarillo* en las sesiones de la cofradía por olvidar la letra de algún cántico, confundir los nombres de los profetas en las discusiones bíblicas o ensuciar su mantilla con esperma de vela. Había quedado para siempre entre sus pares como la indefensa, la frágil, la ingenua. La inútil.

—¿Y conoce ya nuestra capilla, barón?

—No es *nuestra*, Mercedes —la corrigió la señora Vanderbilt.

—Oh, lo sé, claro que no. Cada esquina de esta iglesia le pertenece a la gobernación central, incluida la capilla de las Hijas de María. Simplemente nosotras la aseamos, la decoramos, costeamos su mantenimiento, la habitamos…

—Lo que es lo mismo —secundó Fátima a su amiga.

Para ser justos, ellas no eran las únicas ejecutando apropiación mediante el lenguaje diario. Los jesuitas seguían llamándolo *su* templo, *su* iglesia, mientras el intendente hablaba de que ese terreno era *su* jurisdicción. Al final, los títulos simbólicos de propiedad sobre La Compañía estaban siendo disputados por varios grupos a la vez.

La imponente edificación estaba a ras de calle, sin escalerillas que subir, así que Fátima siguió avanzando y el resto la siguió. Sonaron dos campanadas, lo que anunciaba que la misa comenzaría en unos quince minutos. Era algo así como un aviso para los despistados; *despistadas*, en realidad, pues la mayor parte de la feligresía permanente era femenina, y aquella particularidad era lo que el joven barón estaba a punto de aprender. Las Hijas de María no eran un grupo de excepción, sino más bien la regla.

Como Craig solía no tener ojos para nadie que no fuese su prometida, le tomó por sorpresa entender que en la muchedumbre a

su alrededor no había más que mujeres, cuyos cuchicheos alegres se apagaban inmediatamente al acercarse a la entrada principal de la iglesia. De pronto se vio rodeado de vestidos con voluminosas y pesadas crinolinas, de vivaces colores, patrones y texturas, combinados con chaquetillas de griseta o tafetán bordadas en seda, siempre con cierre alto en cuellos y puños, fajas francesas enclaustrando las cinturas y largas mantillas negras de encaje en lugar de sombreros, generalmente sujetas por peinetas de nácar. Distintas y uniformadas a la vez. Las hermanas Aguirre habían llevado sus mantillas sobre los hombros durante la caminata, pero cubrieron rápidamente sus cabezas con ellas antes de cruzar el umbral. El resto ya se había tapado con la suya.

—En esta iglesia hay ocho capillas interiores y dos capillas frontales —retomó doña Jertrudis, viendo que el noble había quedado algo confundido—. Las pequeñas están a los costados de la nave central, tal como le explicó la señora Aguirre, y las otras dos están aquí —le mostró, apuntando a las puertas laterales de la fachada, mientras se aproximaban a una de ellas—. Una es la capilla de los Dolores y la otra es esta… la *nuestra*.

La puerta de hoja doble, de madera de roble ennegrecida, estaba completamente abierta para crear un acceso más fluido. Él se detuvo un segundo bajo el umbral de piedra a observar el interior del lugar, estirando el cuello como un niño curioso. Luego tomó con torpeza su sombrero de copa, pasó los dedos por su cabello para asegurarse de lucir presentable y tanteó la postura del nudo de seda sobre su camisa de algodón.

Sintió pánico.

—Quite esa mueca de sufrimiento, barón, o el padre Ugarte le dará una penitencia —le susurró Helena, divertida, tironeándole del brazo para que se animase a entrar.

Era un espacio estrecho, de no más de cinco varas de ancho y de largo, por lo que no podía contener a más de seis o siete mujeres a la vez, dado lo inflado de sus atuendos. De hecho, las entradas y salidas debían hacerse con paciencia y estricto orden, pues por la puerta de calle cabían dos mujeres, tres con dificultad, y por la puerta que conectaba con la nave principal de la iglesia apenas cabía una mujer a

la vez. La capilla de las Hijas de María era más un vaso comunicante que un lugar de detención, al menos en horas de alto tráfico como ahora, a minutos de comenzar la misa de víspera del Mes de María.

Después de dejar que Mercedes, Jertrudis y su madre entraran, Fátima se persignó e hizo su ingreso al recinto. No lo hacía hace dos años, creyó que se sentiría extraña, pero había algo en esas paredes que la confortaban, a diferencia del resto de la iglesia. Sí llamaron su atención algunos detalles, como que habían mejorado la iluminación —había dos candelabros de hierro colgando del techo en lugar de uno, un gran avance—, se había vuelto a pintar el muro poniente, habían puesto un cojín mullido de terciopelo rojo en el único reclinatorio disponible, y…

Retrocedió lentamente sobre sus pasos hasta volver al umbral de la calle. Miró a su derecha. Estiró su mano y, arrugando la frente, tocó el lugar en que las bisagras oxidadas pegaban la madera de la puerta a la piedra del muro…

—Fati, no te quedes atrás —le pidió Mercedes desde el interior, apuntando a las numerosas mujeres que seguían pasando. Ella reaccionó y regresó al grupo.

—Básicamente, una capilla es un pequeño espacio con un altar dedicado a algún santo o figura bíblica particular —seguía hablando la señora Sierra.

El barón asintió.

—Y *esta* capilla, entonces, está dedicada a… María, la madre de Dios.

Mercedes dijo que sí al mismo tiempo que la señora Vanderbilt decía que no, lo que volvió a dejar confundido al joven Rothschild. Pero Cornelia no estaba dispuesta a que la arrinconaran otra vez.

—La capilla de las Hijas de María está consagrada a la Inmaculada Concepción —especificó, alzando el mentón con dignidad.

—¿Es una santa?

—No, es la misma Virgen.

Él dejó de pestañear y buscó ayuda en Helena. Ella le devolvió la mirada, divertida, y, tomando su mano, lo obligó a acercarse al muro posterior.

Ahí estaba la gran atracción del lugar: una escultura imponente de

yeso policromado de casi cuatro varas de alto, de una joven de largo cabello castaño y rostro redondeado con ojos azules mirando hacia el cielo, con una corona de estrellas sobre la frente y las manos juntas en señal de oración. Vestía túnicas superpuestas de colores celestes y dorados que llegaban hasta sus pies, descalzos sobre una nube esponjosa que sostenían dos regordetes querubines. La escultura se erguía en un altar de piedra, de donde se alzaban gruesas pantallas de madera tallada que rodeaban a la figura mariana. A su lado y cerca de la puerta, una rejilla baja de hierro forjado ofrecía decenas de pequeños receptáculos para velas, generalmente encendidas cuando se invocaba a la Virgen en oración, y también un reclinatorio individual para orar de rodillas.

Helena, Fátima, Jertrudis, Mercedes y Cornelia se acercaron en turnos para estirar su mano hasta tocar el pie desnudo de María y murmurar: «Ave María Purísima, sin pecado concebida». Luego, Lenita volvió a posicionarse junto a Craig y se aferró a su brazo.

—Estoy segura de que debes de haber visto imágenes de la Virgen María más de alguna vez, ¿no es así?

—Sí, claro que sí. En mi hacienda hay algunas criadas muy devotas, he visto sus cuadernillos de oraciones empastados con litografías. La mayor parte del personal de servicio es católico —confirmó.

—Ajá. Entonces quiero que observes la escultura y nos digas qué llama tu atención.

Él obedeció de inmediato, como si estuviese de vuelta en la escuela La Matriz, en Valparaíso, donde había cursado su instrucción primaria junto a hijos de campesinos y pescadores, tal como su padre lo quiso.

—No tiene al niño en sus brazos —atinó a decir, temiendo que fuese una tontería.

Fátima asintió, sonriendo.

—Es porque el niño no ha nacido. Está apenas en su vientre.

—¿En esta imagen María está embarazada?

—Así es.

Craig dedicó otros segundos para escudriñar la escultura, como si algo aún no le cuadrara. Las mujeres a su alrededor le regalaron el silencio adecuado.

—Se ve muy joven para ser una mujer encinta, ¿no?

—*Muy* joven —confirmó Fátima, alzando las cejas.

—En la Biblia no aparece una edad exacta en la que María recibió el anuncio del ángel Gabriel, pero hay estimaciones —aportó Mercedes.

—Era prácticamente una niña —dijo Jertrudis.

—No una *niña*, no —negó Cornelia, algo nerviosa—. En la iconografía clásica su piel es lozana pues simboliza su pureza, pero…

—El padre Cañas, quien también es historiador —continuó Mercedita, dejando libre su espíritu de institutriz en formación—, decía que las doncellas en la época de Jesús eran ofrecidas en compromiso antes de los doce años, por lo que…

—Convengamos en que era muy *muy* joven —cerró Fátima, subiendo la voz y temiendo que su madre sufriese un colapso—, y así de joven se muestra en esta escultura, para ensalzar el que haya sido concebida sin pecado original. Una alegoría a, como dice madre, su «pureza».

Craig lucía impresionado.

—Pues es una escultura muy hermosa…

—Gracias, barón Rothschild —dijo una recién llegada, con abundantes rizos bajo su mantilla, al tiempo que empujaba las faldas del grupo para acercar su mano al pie desnudo de la Virgen—. ¡La pinté yo misma!

Tras una reverencia y lo que pareció una innecesaria sonrisa coqueta, siguió su camino y se perdió por la estrecha puerta hacia la nave principal junto a otras dos jóvenes indecorosamente risueñas, quienes se persignaron y se inclinaron ante el noble en un mismo gesto atolondrado antes de echar a correr.

—Graciela Almonacid de Verena, Clarissa Leighton y Clotilde Dancaster, barón —dijo Mercedes, apretando los labios al notar la incomodidad, incluso tristeza, de la bella Helena.

—Y a ellas deben seguir —ordenó Cornelia, moviendo las manos —. La misa está por comenzar. Vayan, vayan. Fátima y yo los alcanzaremos en un momento.

La aludida levantó una ceja.

—¿Qué nos detiene?

—El padre Ugarte. Necesita hablar contigo.

Jertrudis, Mercedes y Helena compartieron una mirada que se debatía entre la curiosidad y la preocupación, pero como no tenían la potestad de pedir explicaciones —Cornelia Vanderbilt era algo así como la segunda de a bordo, mano derecha del capellán jesuita en las Hijas de María—, asintieron en silencio y se retiraron de la capilla. Craig fue el último.

El corazón de Fátima empezó a latir más rápido. Algo no andaba bien.

—¿Hay algún problema, madre?

—Más bien vamos a hablar sobre una solución.

—¿Solución a qué?

—A la gran prueba que el Todopoderoso está poniendo en tu camino.

Ella demoró un segundo, pero entendió.

Bajó la mirada y, con ambas manos, ocultó su rostro.

—No… Madre, no…

—Escucharás sin chistar y obedecerás con gracia.

—Cómo pudiste…

—Era mi deber —se defendió Cornelia, tensando los músculos de su cuello—. Intento salvar a nuestra familia de la ruina social.

Sonaron cinco campanadas. Pronto el sacristán bajaría de la torre y comenzaría a cerrar las puertas de la iglesia, como era tradición para preservar la acústica.

—¡Soy una mujer casada! —arguyó, desconcertada—. ¡Ya no puedes tratarme como una niña!

—Eres una mujer casada y estás *fallando* como tal —le enrostró, sin compasión—. El padre Ugarte es quien mejor puede guiarnos. Tiene mi más absoluta confianza, ¡y también debería tener la tuya! Me aseguró que manejaría este tema como un secreto de confesión.

Fátima soltó los hombros, expulsando todo el aire en sus pulmones. Casi se desploma sobre el reclinatorio.

—¿*Así* crees que se soluciona? ¿Con unos cuantos avemaría?

—Por supuesto que no —declaró Cornelia, al tiempo que una silueta aparecía a contraluz en el umbral de la calle—. Dios sabrá cuánto deberás sacrificar para recuperar tu dignidad. Una mujer

estéril es una aberración.

V

7 de noviembre de 1863

El presbítero Juan Bautista Ugarte, sacerdote jesuita, párroco de la Iglesia de la Compañía de Jesús y director de las Hijas de María, entró a la capilla con lentitud y solemnidad. Su sotana negra llevaba botones de cuello a pies, la cruzaba un ancho fajín, también negro, y remataba sobre ella una esclavina. Ambas mujeres lo reverenciaron de inmediato y no levantaron la mirada hasta que él les permitiese hacerlo. Usualmente, la señal de levantarse era cuando el nombre de la mujer era pronunciado por el religioso.

—Señora Aguirre de Clermont —la saludó, con una sonrisa tibia, la misma que dedicó a su madre—. Señora Vanderbilt de Aguirre…

Ambas regresaron a sus posturas anteriores y ajustaron sus mantillas: descubrir un solo mechón de cabello era una falta de respeto. Ugarte no se movió. Era costumbre que los sacerdotes jamás se inclinaran ante nadie salvo el papa; se consideraban una autoridad en cualquier comunidad, y tanta asimetría en el saludo no era algo que hubiese molestado a Fátima nunca antes.

Pero en ese momento, sí. Recién ahora descubría una repentina incomodidad y se pasaría el resto de la tarde preguntándose por qué. ¿Acaso el ejemplo cálido pero poco ortodoxo de su cuñado, quien evitaba imponer su rango en situaciones sociales, había desarmado sus clásicas expectativas femeninas? ¿O su rechazo a las pomposas formas del sacerdote era porque ya se sentía humillada, aun cuando la conversación ni siquiera había comenzado?

—Lamento estar distrayéndolo de sus actividades usuales, padre…

Él movió la cabeza.

—Si las he convocado es porque contaba con estos minutos de pausa, Cornelia. Al grito de ayuda de los Aguirre Vanderbilt siempre acudiré.

—Bendito sea el Señor —se persignó ella.

—Amén —respondió el sacerdote. Como Fátima seguía muda y con la vista en el suelo, él tuvo que toser para despabilarla. Ella se persignó rápidamente.

—¿Ha arribado ya el nuncio Eyzaguirre? —preguntó la señora Vanderbilt.

—Sí, ayer desde Roma. Me ha tocado acompañarlo en todas sus reuniones, justamente vengo del arzobispado.

—¿Por eso no está usted celebrando la misa de hoy?

Desde la puerta lateral de la capilla, podía escucharse una voz ronca por sobre la feligresía que comenzaba a pronunciar las frases iniciales: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*…

—El padre Trimontino se ha ocupado de la labor en mi reemplazo… y bueno, aquí estamos para ocuparnos de algo más.

Fátima sintió derrumbarse. Le temblaba el mentón.

Sin dar mayores detalles o pormenores de las posibles causas, ella había confiado a su madre el dolor inconmensurable de ver pasar los meses y los años, y no lograr el ansiado embarazo que todos esperaban. Buscó en ella consuelo y refugio, creyendo ingenuamente que iba a encontrarlo cuando no lo había hecho en toda su vida. Debió de prever que su progenitora correría a contarle a Segismundo, pero lo que realmente la perturbaba era que corriera hacia el cura Ugarte, pues hacía bastante tiempo ella no tomaba ninguna decisión sin consultarle. Confesar su angustia en una carta a Cornelia había sido una movida ingenua en un momento vulnerable, en una tarde de abandono en la mansión Clermont-Tonnerre del lago Enghien, sin ningún hombro femenino al cual recurrir…

La señora Vanderbilt habló de nuevo.

—Frente a nuestra Madre Purísima estamos listas para recibir la sabiduría de su orientación, padre.

—He estado meditando sobre ello —comentó él, en el tono de quien pondera una falta imperdonable—, pues no es un asunto para

definir con liviandad.

—Por supuesto que no.

—¿Hay alguien más que esté enterado sobre la deshonrosa situación, contando a los aquí presentes?

—Mi esposo, padre. Era Segismundo quien debía contener la crisis frente al señor Clermont.

—Bien. El señor Aguirre es un buen cristiano, confío en su reserva. Y el señor Étienne, ¿ha accedido a conceder una prórroga para ofrecerle una solución?

—Así es —le aseguró Cornelia, sin esperar respuesta de su hija—. Nos ha brindado unos pocos meses. Se le hizo ver que divulgar esta lamentable situación podía ir en su directo perjuicio, así que ha accedido también al silencio… por ahora.

—Muy acertado —convino Ugarte, tan inconmovible como una roca—. En cualquier caso, me veo en la responsabilidad de recordarle que el señor Clermont está en pleno derecho a pedir la nulidad eclesiástica de su matrimonio cuando sea que él lo estime.

—Lo sabemos, padre —respondió la señora Vanderbilt, ruborizada de vergüenza—. Sería una tragedia descomunal.

—Concuerdo. Evitemos ese escándalo a toda costa.

No había una pizca de empatía o solidaridad en esa declaración, sino mero cálculo. En la mente de Ugarte, el Mes de María era, por lejos, el evento más importante de todo el año, incluso más que la Cuaresma, pues la devoción a la Virgen atraía a muchos nuevos fieles y llenaba sus arcas con cuantiosas donaciones. Un bochorno como el de Fátima Aguirre podría dañar la reputación de las Hijas de María de una forma insalvable, y los principales perjudicados serían los jesuitas.

—¿Por qué nos ha ocurrido esta desgracia, padre? —preguntó Cornelia, mortificada, arrugando con su puño el palmo de su chaquetilla donde colgaba su medalla milagrosa—. Somos una familia de bien, pagamos nuestro diezmo, damos cumplimiento a todos los mandamientos…

—Si el Cielo ha negado a Fátima la bendición de un hijo, no puedo sino atribuirlo a un castigo divino. La Biblia es muy clara en este tema.

—¡Castigo! —gimió la estadounidense, mirando hacia la escultura

de la Inmaculada—. ¡¿Por qué?!

—Hay muchas causas posibles, señora Vanderbilt, pero la última residencia de su hija puede darnos una buena pista. París se ha convertido en el centro de la frivolidad, del desenfreno, del libertinaje. Esa sociedad ha desafiado el orden celestial del Todopoderoso incitando a los criados a tomar las armas contra sus patrones, a las mujeres a exigir lugares que no les corresponden, a los piadosos a levantarse contra el clero. ¡Tiene consecuencias habitar en el recodo del demonio!

En Francia eran mayoritariamente católicos, pero tras la Revolución dicho credo había quedado asociado a la monarquía. Ese clima apoyó el avance de la libertad de cultos que, ultimadamente, pavimentaba el camino hacia la ansiada secularización. El artículo décimo de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano lo había dejado bastante claro: «Ningún hombre debe ser molestado por razón de sus opiniones, ni aun por sus ideas religiosas, siempre que al manifestarlas no se causen trastornos del orden público establecido por la ley».

—Pero, padre, bien sabe usted que la decisión de residir en París fue del señor Clermont-Tonnerre, debido a su labor diplomática. Estoy segura de que mi hija asistió recurrentemente a misa en alguna de las parroquias que…

Él no estaba escuchando. Miró fijamente a Fátima, quien permanecía con el mentón hacia el suelo. Agitó la cabeza con desprecio.

—¿Qué pecado imperdonable has cometido, mujer? —la apuntó—. Más te vale aceptar tu purga con obediencia, ¡o la furia de Dios sobre ti será aún peor!

Ella no levantó la mirada. Un fuego extraño le quemaba el pecho y lágrimas silenciosas corrían tras el encaje de su mantilla.

Su madre volvió a persignarse.

—Fátima Evangelina hará lo necesario para recuperar el favor de Dios, padre. Me aseguraré de ello.

Ugarte asintió, molesto.

—Me temo que, en este caso, la oración, ayuno y limosna no bastarán.

La mujer juntó las manos a la altura de su pecho.

—¿Perderá el sacramento de la eucaristía?

—Lo consideré, pero no me parece adecuado en estas fechas. Se vería muy mal para las Hijas de María, en especial para usted, si Fátima no aparece en la fila de la comunión.

—Es cierto…

—Podría rogar asistencia a las hermanas clarisas, pedirles que recibieran a su hija en su claustro. Siempre es bien visto por nuestro Señor Jesús una temporada de recogimiento y restricciones… Sin embargo, el destierro temporal tampoco nos es útil si despierta habladurías —espetó, contrariado—. Su penitencia debe ser intensa, ejemplificadora, pero suficientemente discreta para no alterar a los feligreses durante las festividades.

La señora Vanderbilt asintió, resignada. O asustada, más bien.

Sabía que Ugarte recomendaría la flagelación.

El párroco de La Compañía era un conocido partidario del dolor como apaciguador de los demonios internos y expiación de la carne. Sus penitencias favoritas en el confesionario siempre conllevaban algún grado de martirio. Cornelia y el resto de las Hijas de María habían aprendido a sobrellevar su sacrificio cuando les era asignado, obviamente en silencio, pero con el tiempo el jesuita comenzó a encontrar cada vez más resistencia entre las mujeres a ese tipo de castigo, sobre todo cuando decidió comenzar a otorgarlos en voz alta durante las sesiones. En la situación particular de su hija, la señora Vanderbilt creía que la aplicación de una medida de ese tenor sería contraproducente. Si lo que estaban buscando era que, mediante el perdón y gracia de Dios, Fátima quedase embarazada, no podían al mismo tiempo mortificar su cuerpo, pues se arriesgarían a dañar al bebé; el remedio resultaría peor que el problema. Sin embargo, no estaba segura de que Ugarte entendiese a cabalidad la fragilidad de las entrañas femeninas, o de que aceptase alguna explicación que sonase, más bien, a excusa…

Si él sugería el tormento físico, si llegaba tan solo a pronunciarlo, ellas tendrían que acatar. Así que Cornelia se adelantó.

—¿Me permitiría, padre…? ¿Sería posible, si vuestra infinita generosidad me lo permitiese, proponerle a usted una eventual purga

eficaz?

Juan Ugarte alzó el mentón. Su primera reacción fue de molestia, por lo que la mujer bajó rápidamente la cabeza, tal como había permanecido su hija durante todos esos minutos. Iba a aleccionarla ahí mismo, recordándole quién era el único presente con autoridad para definir qué hacer y qué no…

Pero su atrevimiento le produjo curiosidad.

—¿Qué podrías sugerir tú, Cornelia, que fuese más adecuado que un dictamen mío?

—Administrar el Buzón de la Virgen.

El religioso se sorprendió. También Fátima, quien levantó sus ojos enrojecidos como si hubiese escuchado a su madre hablando en una lengua extranjera. Los tres clavaron la mirada en el altar de piedra donde descansaba la escultura de la Inmaculada Concepción… o, más bien, en lo que se ocultaba en el interior de este.

El Buzón de la Virgen fue una novedad instalada en el culto justo unas semanas antes de que Fátima y Étienne, recién casados, emprendieran viaje hacia Francia, así que la señora Aguirre alcanzó a observar y participar de la dinámica cuando gozaba de su mejor reputación. Sin embargo, a través de las cartas de su hermana Helena se fue enterando del vertiginoso desarrollo del buzón y su posterior degradación, la que se sostenía hasta el día presente.

Hacía un tiempo que varios feligreses habituales habían sugerido al padre Ugarte que se incorporara en la misa de domingo un pequeño espacio para realizar peticiones, muy a la usanza de las misas europeas: rogar por la recuperación de algún miembro enfermo de la comunidad, por el éxito de algún viaje o algunas nupcias, por la pronta recepción de un permiso de trabajo… Creyendo que sería algo inocuo y anecdótico, el párroco consintió apartar unos minutos al final de la ceremonia para aquello, siempre y cuando quien se acercara al púlpito dejara diez centavos en la alcancía de la salida. Dicho y hecho. Para el tercer domingo, la fila de pedigüeños era tan extensa que la misa se extendió por casi media hora, lo que generó aplausos y críticas de distintos sectores, unos celebrando la innovación y otros apuntando al oportunismo. El problema fue que pronto la sección de peticiones se transformó en la más popular de la misa, y aquello encendió las

alarmas del clero. Era inconcebible que algo pudiese quitarle protagonismo a la homilía o al sacramento de la eucaristía, así que el arzobispo Rafael Valdivieso en persona exigió a Ugarte regresar cuanto antes al guion habitual…

Entonces llegó la segunda innovación: con tal de obedecer a Valdivieso sin perder los enormes ingresos extras, el jesuita creó una urna sellada, la ubicó en la capilla de las Hijas de María e invitó a los concurrentes a que dejasen sus ruegos y anhelos en hojas escritas. Ubicó también ahí la alcancía. La urna se abriría todos los miércoles, se destinaría apenas un par de minutos para que el mismo párroco leyera algunos mensajes al azar y luego se quemaría el resto con la llama de un cirio, como una forma simbólica de elevar una súplica colectiva. Fue, por supuesto, un éxito. Ugarte sabía que no sería igual de masivo —decir tu ruego a viva voz no era igual que escribirlo, pues el analfabetismo campeaba en tres cuartas partes de la sociedad santiaguina—, pero sí sería más lucrativo, pues se convertiría en una práctica de élite. Y así fue.

A los jesuitas no les sorprendió comenzar a encontrar monedas de veinte y cincuenta centavos, un peso, hasta cinco pesos en la alcancía, pues se echó a correr el rumor de que, si pagabas más de lo estipulado, tu petición también podía ser *mayor*. Se hizo repentinamente habitual que el sacerdote ya no se encontrara con escritos del tipo «Te pido, Señor, que a mi hijo le den trabajo en la mina de Copiapó», sino con «Te pido, Señor, que envíes una tormenta de rayos si a mi hijo no le dan trabajo en Copiapó». Los dulces deseos se transformaron en exigencias, los piadosos anhelos eran ahora iracundos, lujuriosos o avariciosos, y sin que nadie pudiese atenuarlo o redirigirlo, el fenómeno se salió de control. En la misa del 8 de noviembre de 1862 y ante el asombro de los devotos, Ugarte se rehusó de plano a tomar otro trozo de hoja sacado de la urna, después de haber leído algo tan macabro como «Deseo que fallezca pronto mi esposo, para poder vivir con mi amante» o «Dios Todopoderoso, que se haga tu voluntad, y ojalá tu voluntad sea que el señor Candúl pierda mucho dinero en los naipes y no pueda comprar el cargamento de carbón, para que así pueda comprarlo yo»…

El escándalo corrió rápido, de aquello se encargó la prensa de

todos los espectros, y, como una segunda reprimenda del obispo podía costarle a Juan Bautista Ugarte su liderazgo en la congregación, prometió que esta vez encausaría mejor el fervor de los feligreses. Aprovechando que recién iniciaba el Mes de María, ideó un tercer camino para su polémico proyecto, el cual dejó relativamente tranquilos tanto a conservadores como a liberales y funcionaba hasta ahora sin pausas en La Compañía: los mensajes debían ir dirigidos a María, renombrando la urna como el Buzón de la Virgen.

La medida era astuta, no podía negarse. Que el destinatario ya no fuese Dios sino la madre de Jesús hacía que el tono de las misivas cambiara drásticamente. Luego estaba la directriz sobre el contenido: ya no podían escribirse ni peticiones ni anhelos, sino pecados a resarcir. Estaba claro que la popularidad de la urna radicaba en que era un espacio seguro donde las personas podían descargar sus deseos prohibidos o ruegos desde la desesperación y el orgullo, así que Ugarte entendió que era eso lo que debía capitalizar. Sugirió a sus feligreses que confidenciaran a María esos pensamientos impuros, pues era ella quien tenía justamente la mayor autoridad para *purificarlos*, como mediadora entre el cielo y la tierra. Para que el simbolismo fuese aún más evidente, el sacerdote se benefició de que el altar donde descansaba la escultura de la Inmaculada Concepción fuera de piedra hueca —probablemente se había reutilizado ese material en alguna de las numerosas refacciones de la iglesia— y ocultó el contenedor ahí, abriendo una pequeña ranura justo bajo los pies desnudos de la Virgen para el depósito de mensajes.

Dos fueron los efectos inmediatos. El primero, que la gran mayoría del público masculino desistió de interactuar con el famoso buzón, dejando que las devotas acapararan su flujo desde entonces. Y segundo, que lejos de atenuar el tono de los mensajes, este se recrudeció, dada la presión constante que ejercía Ugarte en las Hijas de María para que revelasen todas sus intimidades a la Virgen, pues «una verdadera mujer cristiana no guardaba secretos». Las mujeres comenzaron a compartir, en el más estricto anonimato —las cartas jamás debían firmarse ni contener nombres propios u apellidos de aludidos—, no solo lo que ellas consideraban pensamientos impuros, sino acciones y *comportamientos* impuros, algunos tan

inesperadamente provocadores que sonrojarían hasta a madame Lysanne. Se sonrojó el jesuita, eso era un hecho, en al menos cuatro o cinco misas, hasta que se vio obligado por el obispo, otra vez, a tomar medidas drásticas, pues una columna editorial en *El Ferrocarril* se había referido extensamente a la escandalosa urna, rebautizada por el periódico anticlerical como «Buzón de las Impuras», y una copia había llegado a manos de Valdivieso: «Tan inocente como pudiera ser en sí este estraño servicio de correos entre los pecadores de la tierra i los santos del cielo, la malicia humana que por lo jeneral va mas allá de lo cierto, ha encontrado allí ancho campo para sus murmuraciones, murmuraciones que corriendo de boca en boca en forma de historietas a lo Brantome, han dado oríjen a dramas verdaderos que perturban la paz de muchos hogares, tiñendo con un tinte oscuro de mundanos misterios las fiestas cuyo supuesto símbolo eran las blancas azucenas». Con impotencia, el jesuita tuvo que renunciar a las alcancías llenas para apaciguar su ego, pero convirtió la práctica en una lección que su público femenino no olvidaría: determinó que el buzón no se abriría nunca más en las misas públicas sino únicamente en las reuniones de las Hijas de María, y estableció como nueva regla que el envío de cartas sería gratuito, ya que las confidencias impuras serían desde ahora una *obligación* de cada devota con medalla al cuello, coacción necesaria para que trabajasen persistentemente en su purificación y aseguraran su entrada al cielo.

La lectura de las cartas, desde entonces, se convirtió en una tortura.

Todas las noches durante el resto del Mes de María, y desde ahí en adelante, se abriría el buzón y se escogerían dos o tres mensajes a leer. El párroco había encontrado la mejor forma de reprimenda y control sobre las jóvenes: al compartir en voz alta sus atrevimientos, la dueña del escrito revivía su deshonra en silencio, y quien salía sorteada en el turno de narración sufría casi de la misma manera, muchas veces tan desconcertada o avergonzada como si la confesión fuese propia. Para rematar, Ugarte entregaba su parecer y juicio también en voz alta, y asignaba la penitencia enfrente de todas. Era una doble y triple humillación; no todas eran capaces de resistirla, pero quien abandonara el grupo después de una lectura se evidenciaría como

autora del «delito», por lo que la situación era un callejón sin salida…

El «Buzón de las Impuras» era, hoy por hoy y en palabras del jesuita, un pozo de podredumbre humana y una instancia del más brutal pero correcto escarnio público, necesario para educar correctamente a las jovencitas en sumisión y obediencia, así como para enrielar a las casadas y mayores que hubiesen perdido el rumbo del decoro.

—Es una excelente idea, Cornelia —concedió el religioso, sonriendo.

La mujer se sorprendió.

—¿Lo es? —balbuceó, pues no esperaba un apoyo tan explícito—. Entonces, ¿cree usted que surtirá el efecto deseado?

—Ya lo veremos —respondió, cauto, y, al fijarse en el rostro húmedo y gesto de pánico de Fátima, sonrió más, entrelazando los dedos de sus manos—. Desde mañana y durante toda la festividad, serás la encargada oficial del buzón. Lo prepararás cada mañana y lo vaciarás cada noche, sin guantes, además de leer los mensajes escogidos en cada reunión. Únicamente tú arrastrarás esta inmunda carga hasta nuevo aviso. Ruega para que el Todopoderoso lo considere sacrificio suficiente.

Ugarte vaticinaba que, cuando se enteraran de este nuevo arreglo, todas las recurrentes de la cofradía intuirían que Fátima había incurrido en un pecado grave y que esta era su penitencia, pero nadie le preguntaría por ello. Sería mezclarse con su miseria. Administrar el buzón se convertiría en lo nuevo a temer, un castigo ejemplificador apuntándose a sí mismo.

—Que así sea, padre, que así sea —gimió Cornelia, persignándose varias veces y besándole luego un retazo de la sotana. Entonces pellizcó a su hija en el brazo—. Di «gracias, padre».

—Gracias, padre —pronunció Fátima, dejando correr la última lágrima que le quedaba.

—Nos vemos mañana, al alba —se despidió él, dando a entender que la señora Aguirre de Clermont podía retirarse por hoy, sin necesidad de quedarse a misa. Ella aceptó la dispensa y caminó hasta el umbral de la calle.

Cornelia Vanderbilt reverenció al sacerdote y cruzó la puerta

lateral hacia la nave principal de la iglesia. La voz del padre Trimontino reverberaba en las vigas barnizadas del techo, pues ya había comenzado con el acto de contrición: *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*…

Volteó apenas a observar la silueta de su hija abandonando el templo y, por primera vez, sintió algo parecido al remordimiento.

Quizá hubiese sido mejor aceptar un cilicio.

VI

7 de noviembre de 1863

—¿Cuál dijo que era su nombre?

—Bonecraft —respondió Max, reubicando las lentillas sobre el tabique de su nariz con una mano—. Maximilian Bonecraft.

El joven ingeniero en minas y asesor del consulado estadounidense, Adolfo Eastman, levantó una ceja.

—¿Y estudió en la Universidad de Pennsylvania, dice?

—Así es.

—Tal como mi primo Charles. Estoy convenciéndolo de que deje el aburrido condado de Oneida y pruebe suerte en Chile…

—Mi hermano también asistió a *Penn* —aportó el señor Pearce, dejando su sombrero de copa en un perchero de fierro—. En mi próxima carta le preguntaré si lo recuerda a usted, señor Bonecraft.

—Tu hermano pasaba ebrio la mayor parte del semestre, Abner. No recordaría ni a Benjamin Franklin —dijo el embajador Nelson antes de cerrar la puerta, y todos los presentes rieron.

Había cerca de veinte hombres en el salón. Entre los trajes oscuros, las corbatas de seda y los relojes de cadenilla, Max concluyó que la mayoría gozaba de cierta juventud, y aquello podía notarse no tanto por las pieles menos curtidas o los mentones rasurados —el señor Eastman no cumplía aún los treinta años y tenía más bello facial que el coronel Wood—, sino por el tipo de humo circundante. Las nuevas generaciones tenían predilección por el tabaco enrolado en cigarrillos finos, a la usanza española, mientras que los mayores no abandonaban el fanatismo por los habanos; los primeros se aspiraban, pero los segundos no, por lo que un salón lleno de veteranos poseía una neblina mucho más densa. En ese momento y en ese lugar, en el salón

principal de reuniones de la legación estadounidense en Chile, el humo se disipaba rápido, y así era fácil adivinar el promedio de edad de los funcionarios presentes. Al tiempo que el señor Gunn, el coronel Wood y el empresario Henry Meiggs encendían sus puros, unos Imperial recién llegados en un cargamento británico, el secretario Charles Rand, de dieciocho años recién cumplidos, encendía su cigarrillo de tabaco panameño y ofrecía el candil a Minor Keith para que encendiese el suyo. Como fuese, y en el formato que apeteciera, fumar entibiaba el paladar y preparaba la garganta; no había reunión importante sin poltrones tiznados y restos de ceniza sobre la alfombra. Ya lo había dicho Alberto Blest Gana en su última novela publicada en folletines por *La Voz de Chile*: «Puede decirse que el cigarro es uno de los agentes de sociabilidad más acreditados y activos de la humanidad en curso».

—Avalancha de vestidos allá afuera… —comentó el cartógrafo George Colton, de los últimos en entrar al salón.

—*The power of Virgin Mary, gentlemen* —sonrió Arthur Siewerts, agente consular en la ciudad de Caldera, quien ya estaba sentado en un poltrón cerca del ventanal. Viajaba a Santiago una vez al mes, específicamente para las reuniones administrativas, y desde su carruaje había notado las decenas de devotas con mantillas negras que llenaban las calles en dirección a La Compañía, a un par de cuadras del edificio consular.

—De dónde salen tantas mujeres, es un misterio —opinó el señor Meiggs, genuinamente anonadado—. Ni en las tertulias se ven tantas caras nuevas…

—Y mañana serán todavía más —los alertó el profesor Juan Tomás Smith—. El año pasado había más de mil en la misa inaugural del Mes de María.

—El Dios católico es el hombre con más suerte que conozco —dijo en voz alta el médico cirujano James Silvey, oriundo de Boston y vicecónsul de la legación en Valparaíso. Lo decía en serio, pero generó risas dispersas entre sus colegas, un curioso ensamblaje protestante entre presbiterianos, metodistas y adventistas, cuyo epicentro religioso, siempre en los confines del ejercicio privado, era el escondido templo de la Union Church en Valparaíso.

—¿De verdad querría a tantas mujeres en su casa, doctor Silvey?

—Apreciaría más una copa de coñac —se sinceró, contagiándose del buen humor.

—¿No apreciarías mejor un té, James? —intervino el embajador Nelson, mientras estrechaba la mano de algunos recién llegados. En la intimidad administrativa de esas cuatro paredes, ese era el saludo acostumbrado, dejando las sobrias reverencias para los contextos públicos.

—Solo en presencia de mi esposa —respondió el aludido—. Comparta su licor, señor embajador. Qué es eso de esconder los tesoros a sus visitas…

Thomas Nelson soltó una carcajada.

—Siento no poder ofrecerle *ese* tesoro, estimado doctor, pero entiendo que hemos recibido un buen lote de Lion's Head.

—¿Quieres que tome cerveza a las ocho de la mañana?

—O podemos integrar a la señora Silvey a la reunión y listo, repentinos fanáticos del té —comentó Eastman, y todos rieron de nuevo.

Lion's Head era la cerveza más popular de la empresa Stroh, alemanes residentes en Estados Unidos que hacía poco habían obtenido la ciudadanía definitiva, y un pequeño cargamento llegaba a Chile una o dos veces al año gracias a Segismundo Aguirre. Gracias a su esposa, más bien. En Norteamérica, los Vanderbilt eran conocidos por su inversión en ferrocarriles, pero la fortuna específica de Cornelia provenía de su madre, heredera de un campo de producción de cebada de gran calidad en la reciente república independiente de Bélgica, antes parte del Reino Unido de los Países Bajos. Segismundo administraba ese millonario negocio desde sus nupcias, y sus principales compradores eran las familias Stroh, Coors y Busch, todas estadounidenses, para la elaboración de sus cervezas. En agradecimiento por las facilidades aduaneras, el señor Aguirre siempre se encargaba de que una caja de botellas llegase directamente a las oficinas del consulado en Santiago, y como el embajador no era un gran entusiasta de las bebidas alcohólicas, usaba sus reuniones de equipo como excusa para vaciarlas.

—Yo tomaré una, ya que tan generosamente las ofrece —dijo Alan

Andrews, jefe de finanzas, levantando su mano desde el fondo. Se unieron Siewerts y Colton con un «me too!».

La disparidad de acentos en el salón también aportaba información valiosa para Maximilian. Eran todos compatriotas, eso los unía; a ojos chilenos, todos eran *gringos*, pero sus procedencias y tipos de cargo teñían desde su habilidad para pronunciar la doble erre hasta sus opiniones sobre derechos sociales. Como era de esperarse, la legación estadounidense era un popurrí de funcionarios con mayor o menor vinculación al país extranjero: los había como el señor Gunn, Siewerts o el mismo embajador, quienes viajaron a Sudamérica con una misión consular específica y por tanto su peso político era mayor; otros, como el doctor Silvey, Meiggs, su sobrino Minor o el recientemente fallecido vicecónsul en Copiapó, Samuel Haviland, eran migrantes con residencia permanente en Chile que, por su poderío económico o influencia social, fueron reclutados por la legación; y estaban aquellos que consideraban esta oficina como un trabajo cualquiera, en su mayoría hijos o nietos de norteamericanos como Adolfo Eastman o el señor Smith, nacidos en territorio chileno y con mayor dominio del castellano que del inglés. Indispensables en la relación con el gobierno local, solían ostentar cargos más consultivos, técnicos o de terreno, de contacto directo con connacionales que necesitaban asesoría legal o mercantil.

—Habrá para todos, pero con moderación —advirtió el embajador a sus subalternos—. Si erran u olvidan alguna cifra de sus reportes, harán enojar al joven Rand.

El secretario consular, Charles Rand, había salido del salón y regresado en apenas unos minutos con una caja de Lion's Head que dejó en una baja mesa central. Mientras unos hombres repartían las botellas y otros buscaban con cuidado las copas en el armario —el embajador de Prusia les había asegurado que esa cerveza podía tomarse en copa y no en vaso, detalle que era de extrema importancia para ellos—, fue hasta la esquina izquierda y sacó una gran pizarra sujetada a un atril. También desanudó una pequeña bolsa de tela con trozos de tiza y la dejó cerca del sillón de Nelson. Se tomaba su labor de coordinador y escribano muy en serio: era especialista en no perder ningún detalle y concentraba el especial afecto de los diplomáticos por

su proactividad y eficiencia, aun siendo apenas un chiquillo. Era diligente en los quehaceres diarios, pero brillaba especialmente en las reuniones de coordinación mensual, donde el intercambio de información crucial era mucho mayor y solo el más ágil de los lápices podía seguir el ritmo.

—*I won't… I won't get mad* —dijo el aludido, en un inglés suave al borde del susurro. Su comprensión del castellano era perfecta, pero su inseguridad al hablarlo lo superaba. Su padre, Elias Rand, era capitán de un buque de exploración científica que recorría toda la costa pacífica y anclaba dos veces al año en Valparaíso, por lo que su hijo vivía por sí solo en la posada de Santo Domingo. El embajador lo protegía como si fuese de su propia sangre. Su única hija, Mary Nelson, tenía su edad, y solía invitarlo a merendar un par de veces a la semana, asegurándose de hablarle siempre en español de Castilla para que se habituara.

—Lo sé, Charly —respondió Nelson, sonriendo y dándole una pequeña palmada en la mejilla—. Era una broma.

—*Ohhh* —entendió el muchacho, poniéndose de inmediato a la labor de recoger las botellas vacías para ocultar su rubor. No podían iniciar la reunión en ese desorden.

La autoridad aprovechó esos minutos previos para compartir una preocupación que no había dejado de darle vueltas.

—Imagino que ya lo saben, pero Clermont está de vuelta en Chile —comentó, quebrando el parloteo alegre de los funcionarios mientras bebían—. Planea regresar a la oficina de aduanas. ¿Será posible después de todo lo que ocurrió?

—Sería un suicidio diplomático —opinó el profesor Smith—. ¿Habrá sido realmente una decisión del cónsul Lauvergne?

—No nos concierne opinar sobre las decisiones de la legación de Francia —comentó Edward Conner, agente consular con asignación en la localidad de Chiloé.

Nelson asintió.

—Estoy muy de acuerdo, Edward, pero me temo que este caso en particular sí concierne a *nuestra* legación, ya que altera el funcionamiento adecuado de todo el edificio.

El edificio consular era una gran casona de arquitectura chilena, de

dos pisos y con un imponente patio central, donde convivían muchas de las legaciones extranjeras con sede en la capital. En el ala este, la cuadrilla estadounidense abarcaba los salones centrales, pues era la más numerosa: frente al evidente poderío de los británicos en Valparaíso, la colonia estadounidense se había movido más hacia el norte del país con sus proyectos e inversiones, especializándose en la minería de oro, plata y cobre, determinando además que concentrarían su administración civil en Santiago, estrategia muy eficiente pues se habían transformado en los extranjeros más influyentes en el gobierno central, tanto como los franceses dominaban las sastrerías, cocinas y costumbres de la burguesía. En las oficinas a su derecha se ubicaba la legación de Portugal; a la izquierda, compartiendo un solo gran salón, trabajaban italianos y argentinos. En el primer piso compartían los equipos de Francia, Prusia, del Imperio austrohúngaro y de algunos territorios asiáticos. Los muros de adobe brindaban en general un buen aislamiento: podían llevarse a cabo reuniones de estricta confidencialidad sin temor a husmeos o traiciones, pero había ciertos galimatías que cruzaban fronteras, literal y simbólicamente hablando.

Para 1861, el vicecónsul de Francia en Valparaíso era monsieur Renaud Clermont-Tonnerre, un experimentado pero anciano diplomático, y su hijo Étienne coordinaba al equipo aduanero en el puerto. Después de algunos altercados y quejas contra el mimado primogénito por tratos abusivos, decidió reubicarlo y darle un rol indefinido en la oficina de la legación en Santiago, sin que nadie supiera exactamente cuál era el aporte del joven a la colonia francesa residente. De lo que sí estaban seguros era que recibía una remuneración muy alta para su invisible labor, que casi nunca aparecía en las reuniones y que su padre sufría genuinamente por su desbocada indisciplina. Sin embargo, en agosto todo cambió de golpe, pues mediante una fructífera negociación con el empresario Segismundo Aguirre, resolvió que casaría a Étienne con su hija mayor, Fátima Evangelina, con el objetivo de que el matrimonio le ayudase por fin a sentar cabeza. Provocó, en cualquier caso, todo lo contrario, pues sus ausencias laborales se duplicaron y el malestar entre el resto de los funcionarios empezó a ser difícil de manejar.

Hasta que llegó el verdadero escándalo.

La caja fuerte de la legación amaneció saqueada un día. Faltaba mucho dinero, y el interrogatorio a los trabajadores no daba mayores luces. Se estaba en plena investigación cuando, un par de semanas después, sucedió un nuevo robo, pero ahora en la oficina argentina. Luego en la portuguesa. Así fue como, de simple delincuencia, el altercado pasó a ser un conflicto internacional. El mismo embajador Nelson se ofreció a mediar para que pudiese resolverse con la mayor reserva y celeridad posible; los estadounidenses colaboraron en las pesquisas y, tras la suficiente presión a los consultores de menor rango, uno de ellos delató al hijo del vicecónsul francés. Étienne, por supuesto, negó la acusación, alegando un complot infame en su contra. Decía que no había suficientes pruebas para condenarlo, si bien eran conocidas sus deudas con cuestionables prestamistas que su padre intentaba parchar. La mayoría creía en la palabra del consultor, pero el francés exigió su destitución. El supuesto difamador fue, efectivamente, desvinculado de sus labores; el ambiente ya estaba lo suficientemente enrarecido como para mantener también al susodicho en el edificio consular. A fines de 1861, el viejo Renaud embarcaba a su hijo y nuera en el vapor *Celestine* con rumbo a París, para que Étienne se incorporara a la legación chilena en la capital de Francia. Segismundo cubrió todos los costos del traslado, a cambio de que junto a Fátima viajase también su hermano Beltrán, quien detendría sus estudios de Arquitectura en la Universidad de Chile para continuarlos en la Academia de Bellas Artes…

Solo Beltrán regresaría a Chile después de dos años. Pero regresaron los tres.

—El señor Clermont-Tonnerre fue víctima de una maliciosa superchería —habló el señor Andrews—. ¿Por qué no habría de regresar?

—Su calidad de *víctima* jamás fue comprobada, Alan —dijo el joven Eastman, sin temor a demostrar su desprecio por el controvertido francés.

—Aquí no somos jueces —les recordó el embajador Nelson— y por cierto que su inocencia se mantiene hasta probar lo contrario, señor Andrews. Siempre es celebrable que las oficinas consulares prosperen

y crezcan en personal, pero sería iluso de nuestra parte pretender que la presencia del señor Clermont no alterará el día a día por estos lares…

Sin ir más lejos, y tras el mencionado incidente, Nelson había decidido habilitar una segunda oficina para la legación en la Calle de Duarte, fuera del edificio consular común y al otro lado de la Alameda de las Delicias, la que serviría para ceremonias privadas o reuniones más delicadas donde se compartiese información que comprometiese la seguridad nacional.

O la seguridad de algún miembro del cuerpo diplomático.

—Y ya no está su padre para tapar sus desastres —señaló Minor. Era cierto: el vicecónsul había muerto poco después de que su hijo abandonara las costas chilenas, dejándolo sin «protección» en la oficina de los galos.

—Apostaría a que lo expulsaron de la legación chilena por algún otro escándalo —comentó el doctor Silvey.

—Resistámonos a especular, James —le advirtió Nelson, si bien en ese tono amigable al que todos sucumbían.

—¿Quiere que tomemos una posición oficial previendo futuros incidentes, embajador? —preguntó el señor Meiggs.

—Sería lo ideal, sí, pero podemos conversarlo al final de la reunión…

—Dudo que haya mucho que conversar —opinó el señor Pearce, aplastando la colilla de su cigarrillo en una bandejilla de cobre—. Señor Rand, ¿quiere hacer los honores?

El pobre Charly, quien preferiría esconderse bajo la alfombra antes de inmiscuirse en líos políticos, se levantó de su silla con torpeza. Aclaró su garganta, alzó la barbilla y pronunció:

—*All those in favor of accepting the return of monsieur Clermont to the consular precinct, please raise your hand.*

Tres manos de las veinte se elevaron sobre las cabezas: Gunn, Andrews y Conner. El secretario volteó hacia el embajador y él asintió.

—Hablaré con el cónsul Lauvergne el lunes a primera hora para transmitirle nuestra negativa en este delicado asunto. Espero no tener que comunicarles mayores novedades.

Y al decir eso no solo se refería a lo laboral, sino a su embrollo más

inmediato: tendría que pasar por la incómoda obligación de toparse con Étienne, otra vez, en la recepción de los Aguirre Vanderbilt esa misma tarde.

—¿Podemos comenzar, entonces?

El coronel Effrain Wood alzó su voz y todos notaron el indudable timbre de nerviosismo. Los gestos a su alrededor se volvieron sombríos.

—Podemos —concedió Nelson, tomando un trozo de tiza. Con su impecable caligrafía, escribió la fecha actual en una esquina, y su secretario se apresuró a copiarla a grafito en su bitácora.

—¿Tenemos noticias sobre los avances del general Grant?

—Sí, coronel. La campaña de nuestro ejército en los estados esclavistas del sur ha sido…

—¿No deberíamos comenzar con las *supuestas* decisiones administrativas?

Michael Gunn se hizo escuchar por primera vez en esa mañana. De pie junto al ventanal, tomó una bocanada de su habano con su peor rostro de impaciencia, y su interrupción no fue bien recibida por el grupo. Tampoco el tono irónico con el que subrayó la palabra «supuestas».

—No hay nada más importante que la guerra —afirmó Maxwell Caldwell, agente consultar de la ciudad de Puerto Montt.

—Es el primer punto de la tabla en nuestras reuniones —les recordó John Jenkins, agente de la ciudad de Coquimbo, apoyado por un enérgico movimiento de cabeza del secretario Rand y el señor Pierce.

—Varios de nosotros no estaríamos aquí si no fuese *por la guerra*…

Era cierto, partiendo por el mismo embajador. Había sido elegido por el presidente Lincoln para representar a los Estados Unidos no solo por su experiencia política y excelentes credenciales humanas, sino por su convicción en lo que el Partido Republicano —fundado en 1854 por una coalición de grupos antiesclavistas— y la Unión estaban defendiendo. La misión fundamental de Thomas Henry Nelson en Chile, así como de todos los embajadores estadounidenses en Sudamérica, era ganar el favor de los gobiernos locales y de la opinión pública respecto a la causa abolicionista que había desatado la guerra

entre los estados del norte y del sur de Estados Unidos en 1861, y que, dos años después, estaba en su punto más álgido, sin solución pronta a la vista.

—Pues estamos al fin del mundo y muy lejos de la *dichosa* guerra —bufó Gunn—, así que creo que deberíamos replantear las prioridades de esta sesión.

—¿Quieres hablar de la decisión administrativa que te compete *a ti*, Michael? —apuntó Nelson, con un tono conciliador y paciencia envidiable. Colton murmuró al señor Keith que, si él fuese el cónsul, ya habría repatriado a patadas a quien lo interrumpiese así.

Thomas Nelson utilizaba su autoridad de otras maneras.

—Claro que quiero hablar de mí —espetó el veterano—. Con todos mis colegas presentes, exijo que el primer tema de la minuta sea una reevaluación de mi dimisión.

El señor Jenkins volvió a tomar la palabra.

—Esto se conversó y zanjó en nuestra reunión de septiembre, ¿no es así?

El murmullo generalizado emitió su aprobación.

—Pero no está zanjado para mí —alegó el ofendido.

—Seguir enlodando este asunto doméstico es un insulto para el señor Bonecraft —señaló el señor Meiggs—. Ni siquiera le hemos dado el espacio para que se presente y…

—¡Mi expulsión de esta oficina es una *vendetta* ideológica!

Su grito iracundo creó el efecto deseado: todos guardaron un profundo silencio y detuvieron cualquier movimiento. Hasta abandonaron los restos de cerveza en los vasos. Charly se habría escondido tras el sillón si la parálisis por ansiedad se lo hubiese permitido.

El embajador Nelson mantuvo la compostura. Erguido junto a la pizarra, dejó el trozo de tiza, se sacudió las manos y se dirigió al secretario.

—Señor Rand, por favor, traiga el maletín negro que está sobre mi escritorio.

El muchacho salió disparado del salón, casi aliviado de que le diesen algo que hacer. Luego la autoridad dirigió la mirada al resto de los hombres presentes, deteniéndose en su saliente jefe del Área Legal.

—Dejo constancia para futuras referencias de que, en mi calidad de máxima autoridad de esta misión diplomática, hice todo lo necesario para que la partida del señor Gunn fuese tranquila, digna y, por supuesto, ajustada a la ley. Si este asunto adquiere otro cariz, Michael —dijo, fulminándolo con la mirada, sin necesidad de apuntarlo con el dedo—, fue porque tú lo decidiste así.

El doctor Silvey se revolvió en su asiento.

—Tanta resistencia es absurda. Tu periodo terminó, Michael, así como terminará eventualmente el de todos nosotros.

—¡No ha terminado! —negó Gunn—. No ha terminado, ¡y ya han metido aquí a mi reemplazo!

Maximilian, sentado cerca de la puerta, prefirió no decir nada, pero intentó mantener la mirada en alto a pesar del nerviosismo.

—Su salida *es* una decisión administrativa, señor Gunn —acentuó Eastman—. Cualquier paranoia es inaudita…

—¿Cuántos años se estipulan para los cargos diplomáticos? ¿Eh? ¡Seis! Y yo acabo de cumplir cinco en Chile. No se está respetando que…

—Los cargos son de tres años, con renovación por un segundo periodo dependiendo de tu evaluación —lo corrigió el agente Siewerts —. Y cualquier rol está en permanente disposición del embajador. ¡Olvidas quién manda en un consulado, Michael!

—¡Manda *la ley*! —gritó él, levantando su brazo—. Y la ley de los Estados Unidos de América estipula que, sin evidencia de comportamiento indecoroso o criminal, no puede apartarse a ningún profesional de sus funciones antes de completar su período de…

—La legislación también estipula que tendrá que tomar sus cosas hoy mismo, señor Gunn.

El secretario Rand ya había regresado con el maletín requerido y Nelson, con el tono más certero posible pero muy agitado por dentro, había emitido la afirmación anterior mientras extraía un documento que ahora exhibía a todos los presentes. Tenía el sello del gobierno federal y la inconfundible firma de Lincoln.

—¿Es un mandato presidencial? —preguntó Minor Keith, sorprendido.

El embajador asintió.

—De efecto y ejecución inmediata.

Acercó el escrito a sus ojos y comenzó a leer, en voz alta y en inglés, la declaración con fecha 10 de septiembre, probablemente escrita al calor del triunfo de la Unión en la batalla de Gettysburg. Luego, y para que no quedaran dudas entre sus subalternos nacidos en Chile, repitió las ideas centrales en castellano: «Toda persona que se encuentre en labor de misión diplomática para los Estados Unidos de América, en cualquier país del mundo a la fecha de este mandato, deberá jurar lealtad al gobierno en curso, así como a sus valores que, enarbolados como incansable bandera de lucha, el Ejército del Norte defiende día a día en campo abierto: emancipación, libertad y dignidad para todos los hombres, sin distinción de procedencia, raza o color. Si un funcionario no pudiese o quisiese alinearse a los mencionados principios, deberá abandonar su puesto de forma inmediata e irrevocable, retornando sus credenciales al Departamento de Relaciones Exteriores en Washington D. C.».

Todos, algunos con gestos de sorpresa y otros con sonrisas solapadas, giraron hacia Gunn para no perder su reacción. «Alinearse a los mencionados principios…». Se anunciaba ahí el que era, quizá, el verdadero meollo del asunto.

El vetusto abogado no estaría dispuesto a *alinearse*. Nunca lo estuvo.

Poco después de que Abraham Lincoln asumiera la presidencia estadounidense, Thomas Nelson ya estaba viajando a Chile para servir como ministro plenipotenciario, y su decisión en ese entonces fue no hacer grandes cambios en el equipo diplomático residente a menos que detectase algún problema mayor. Quería actuar de buena fe. Y así, aun conociendo los antecedentes del señor Gunn a través del testimonio de algunos miembros del equipo, renovó su periodo por otros tres años, motivado por su buen desempeño…

¿Qué antecedentes? Michael Gunn alegaba no tener militancia política, no pertenecer a ningún partido, pero eran las acciones y decisiones de un hombre las que finalmente lo situaban en una u otra trinchera, y la de Gunn era clara. Además de su trayectoria en abogacía, era un conocido terrateniente de Tennessee, dueño de al menos un centenar de esclavos destinados a plantaciones de algodón,

a quienes en más de una oportunidad aseguró que jamás liberaría. Que simplemente ejercía su derecho a la propiedad, que el gobierno debía indemnizarlo si expropiaba su mano de obra y que reconocía la atribución de los estados del sur, la Confederación, a resistir el abrupto cambio de vida que los estados del norte —la Unión, más industrializados y modernos, no tan anclados en la economía agraria — intentaban imponer. Su rico patrimonio personal era tal que, de hecho, sus propios compañeros no sabían cómo o por qué había terminado trabajando para una legación tan lejana como la chilena…

Con la guerra civil declarada en 1861, Nelson no exigió a sus subalternos tomar inmediatamente una postura, pero sí apeló al sentido común. Otros apelaron a sus propios intereses. Ya el resto del *staff* había alertado al embajador de que mantener a Michael Gunn —y a un par de otros agentes— sería problemático, pero el aludido tenía a su favor el haber actuado con relativa mesura, sobre todo al verse en minoría y desventaja en un equipo diplomático fuertemente liberal. Cuando Lincoln firmó la Proclamación de Emancipación el primero de enero de ese año —«Todas las personas detenidas como esclavos, son y en adelante serán libres»—, se permitió que fugitivos pudiesen entrar al ejército, por agradecimiento o buscando protección adicional, dándole una nueva épica a la guerra que había exasperado hasta la última fibra del viejo abogado. Y, aun así, no dijo nada…

Pero todo tenía un límite.

—No seré obligado a jurar esa insensatez —resolvió el señor Gunn, con la mandíbula apretada.

—Nadie te obligará, por supuesto que no —corroboró el embajador —, ni a ti ni a nadie de los aquí presentes. La lealtad se jura por convicción, nunca por imposición. Sin embargo —acotó, y esta vez la máxima autoridad avanzó algunos pasos hacia el centro del grupo, lo que se sintió levemente intimidante—, eludir el mandato del presidente Lincoln tiene consecuencias obvias. Cualquiera de ustedes que escoja no abrazar la causa antiesclavista de forma clara y activa debe abandonar esta sala y esta legación *ipso facto*. No será amonestado ni perseguido, tienen mi palabra, pero ya no pueden formar parte de esta misión.

Estaban todos tan tensos y pendientes de los movimientos de Gunn

que la postura del agente Edward Conner los tomó por sorpresa. Aunque era conocida la inclinación más conservadora del profesional, Nelson jamás habría pensado que se situaría de forma tan notoria del lado de los confederados. Admitió internamente su decepción, pero, fiel a su palabra, el embajador no hizo más que asentir al verlo levantarse de su asiento. En el más completo silencio, y observando por última vez a sus compañeros, Conner se acercó al perchero, tomó su sombrero y su bastón, y salió del lugar a paso calmo.

—La Unión perderá la guerra —dijo de pronto el señor Andrews—. La perderá, y entonces se arrepentirán de despreciar a funcionarios de carrera que, antes que a principios para débiles, eran leales a la bandera.

Dejó su cerveza a medio tomar en una mesa lateral, abotonó su chaqueta, recuperó su sombrero y salió hacia el pasillo que daba al luminoso patio interior. Sabía que el embajador no lo desvincularía inmediatamente, tendría que quedarse algunas semanas más para cuadrar varios reportes económicos antes de volver a Estados Unidos, pero era este gesto lo que mantendría su dignidad.

—Ganaremos —murmuró en respuesta el coronel Wood, serio, casi triste pero convencido, al ver a su compañero salir—. La Unión ganará, ganará la libertad tal como ganó en esta, la república que nos acoge, y no habrá, para el mundo, vuelta atrás.

Como estaba lo suficientemente cerca de él, Nelson no se limitó a un gesto de cabeza para mostrarle su apoyo, sino que estiró su brazo hasta tocar el hombro del militar. Se sonrieron con reticencia. Quería pensar que sí, que el hecho de que Chile ya hubiese declarado la prohibición de la esclavitud en sus tierras décadas atrás era una buena señal para el resto de las naciones.

El embajador suspiró con pesadez.

—¿Alguien más?

Michael Gunn, en lugar de dirigirse hacia la salida, avanzó hasta detenerse a pocos pasos de Nelson. Tenía su sombrero de copa arrugado en el puño.

—Este… *mandato presidencial*… está fechado en septiembre, y usted, embajador, pidió mi jubilación voluntaria en junio —le recordó, canalizando la rabia en forma de amenaza—. Puede usar esto como

coartada para deshacerse de mí, pero no es suficiente. Nunca lo será.

Nelson tragó saliva de forma imperceptible, sin cortar el contacto visual hasta que el mismo veterano movió su rostro y cuerpo hacia la puerta. Faltaba una última parada.

Maximilian.

—Algo huele mal respecto a ti —lo apuntó, con su rostro tan cerca del recién llegado que pudo sentir su hálito a cerveza rubia—, y no descansaré hasta saber qué es.

El joven abogado siguió prefiriendo el silencio, aun sin saber si era la mejor estrategia para evitar un conflicto. Lo que sí sabía es que no podría evitarlo por siempre, que más pronto que tarde le explotaría en la cara, y asumirlo tendría costos.

Al ver a Michael abandonar el salón y luego escuchar varias respiraciones de alivio, Max puso en práctica su intuición para detectar almas bienintencionadas. Desde su lugar en la esquina, escudriñó tras sus lentes los gestos de sus nuevos compañeros y recibió con gratitud las sonrisas cálidas de Adolfo Eastman, James Silvey y Henry Meiggs. El embajador le había dicho que aún no era momento de buscar aliados, pero bien sabía el recién llegado que las peores batallas aparecían de improviso y quería sentirse preparado. Su estómago le diría en quién confiar; después, tendría que corroborarlo.

Nelson, por su parte, pensaba en cuántos colaboradores más le quitaría la guerra, a cuántos más tendría que ver partir. Lo único que esperaba era que fuesen partidas serenas, sin resistencias o escándalos. Quizá su mayor desafío estaría en Fredonia, la estación de la armada norteamericana en el puerto de Valparaíso. No eran más de diez o quince apostados, y como militares no eran deliberantes, es decir, debían simplemente acatar órdenes, pero era iluso creer que no habría simpatizantes de lado y lado dispuestos a alzar la voz…

—Bienvenido, Mister B… Bonecraft —dijo el doctor Silvey, levantando su vaso. Decenas de otros vasos lo siguieron, algunos brindando «por la libertad»—. Es *Bonecraft*, ¿no?

—Bonecraft —repitió Max, suspirando.

VII

7 de noviembre de 1863

«Lleno de protestantes», remarcó, sonriente, Beltrán a Fátima, mientras echaban un vistazo al gentío que abarrotaba los dos salones principales, la terraza y el patio trasero de la gran casona de los Aguirre Vanderbilt, construida hacía una década en la intersección de las calles de la Moneda y de Morandé, muy cerca del palacio presidencial y en uno de los barrios más distinguidos de la capital.

Fati no tenía ganas de fiesta; hubiese preferido quedarse encerrada en su habitación rumiando su desgracia, pero ningún miembro de la familia anfitriona tenía permiso para desaparecer. Animada por su doncella, Benedictina, escogió un vestido con hombros descubiertos traído desde Francia, tejido en seda beige con encaje verde pistacho, pasamanería y profundos flecos de hilo. También escogió una tiesa enagua de crin de dos varas, la que, aunque un poco anticuada, le permitía respirar mejor que aquellas confeccionadas con aros de hierro. Le dejaba esa tortura a Helena, quien con tal de verse lo «suficientemente aristocrática» —las crinolinas metálicas prometían abultar los vestidos hasta más de tres varas de diámetro—, aceptaba el peso y el sacrificio.

El menú también tenía que ser, por supuesto, lo suficientemente aristocrático, y eso, en lenguaje de la alta burguesía chilena, significaba una sola cosa: cocina francesa. La comida en las recepciones y tertulias de las familias más importantes solía ser un engendro de preparaciones galas con productos chilenos, llegando incluso a mantener algunas denominaciones en el menú que la mayoría de los invitados no eran capaces de descifrar. El flan de leche ya no era flan sino *pudding*, las aceitunas de Azapa eran *olives*, los

populares huesillos terminaron como *pêches cuites* y los postres en general eran *desserts*. Aprovechando la extensa costa pacífica nacional, los elementos protagonistas provenían del mar, así que abundaban los erizos, la langosta a la indiana, el *vol-au-vent* de ostras, los *carapace* de jaiba, el arroz con *palourdes* al curry y salsa de alcaparra… Y si por alguna razón lo ofrecido era netamente criollo y no existía ningún equivalente europeo, se afrancesaba su presentación a tal punto que la muy chilena cazuela de ave adquirió la curiosa denominación *cazuelá de volailles*. Lo aún más curioso era que el resto de los extranjeros, especialmente las colonias más grandes como la británica y estadounidense, parecían aceptar de buena gana esta «invasión cultural» y no oponían resistencia. Craig se divertía pidiendo traducciones a la señora Vanderbilt, y la esposa del embajador Nelson, la señora Elizabeth Key, memorizaba los platos que le parecían más rebuscados para intentarlos en su próximo almuerzo…

El principal agasajado, Craig Alexander II, era el más feliz entre tanta gente y tanta comida. No había nada que lo perturbara más que el silencio y la soledad. La soledad era peligrosa. No quería estar solo, nunca.

—¿Te he dicho ya que eres la más hermosa de todo el salón? —expresó hacia Helena, embobado.

Ella asintió, ruborizada, y rio desviando la mirada. Su vestido magenta de satín y bandas de encaje negro era uno de los atuendos más comentados de la noche, pues los colores sintéticos eran un lujo muy vanguardista que las modistas locales aún no se atrevían a sugerir. Lo combinaba con un peinado de rizos espesos que enmarcaban su rostro y un moño achatado en su nuca, de donde colgaban distintas pedrerías y pequeñas flores fucsias de papel.

—Tres veces ya —confirmó ella—, pero puedes seguir diciéndolo cuantas veces gustes…

—Qué privilegio es tener un prometido tan encantador —dijo su amiga Luisa Piermattei, en su armonioso acento italiano.

Su *única* amiga. Tenía cientos de conocidas con las que compartía misas y tertulias, había una decena de mujeres maduras que celebraban su pelo o sus vestidos como si fuesen sus madres, mas no había encontrado el afecto añorado entre sus pares. En los ojos de

cada joven se sentía despreciada, juzgada, hasta odiada. Solía refugiarse en el amor sincero de Fátima, de Beltrán, de Craig, pero no era suficiente. Esperaba que Luisa, una dulce migrante que se había cruzado con ella en la capilla un día, también la considerara su amiga…

—Si no estoy siendo tan encantador como necesitas, *amore mio*, dímelo de inmediato para corregir mi inexcusable conducta —le pidió su esposo Andreas, tomando la mano de la mujer para besar sus nudillos. Se sonrieron.

—*Sei ancora affascinante come sempre* —le aseguró ella.

Junto a ambas parejas, el círculo lo cerraba Fátima, quien, ante tanto despliegue de romanticismo, más ganas tenía de llorar. De hecho, y sin estar realmente consciente, se había quedado con la mirada fija, melancólica, en el vientre abultado de la italiana, que incluso aprisionado bajo la crinolina podía distinguirse muy bien.

La misma extranjera tuvo que sacarla de su sopor.

—Nacerá a fines de diciembre —moduló, cálida, respondiendo a una pregunta que la chilena no había hecho—. Estoy segura de que será niña.

Fátima reaccionó de un pequeño salto y maquinó una sonrisa apenas pudo.

—Es maravilloso —dijo, poniendo todas sus fuerzas en mantener el gesto, pero sus ojos la delataban. La señora Piermattei le devolvió una mirada de profunda empatía y compasión, como si le hubiesen bastado quince segundos para comprender el doloroso vacío que Fátima no había expresado con palabras.

No hacían falta.

—No he podido saludar a su marido, señora Aguirre —habló de pronto el señor Piermattei, muy alto y delgado con bigote terminado en punta. Era un agente de aduanas apostado en Chile hacía poco más de un año—. ¿Podría indicarme dónde encontrarlo, para presentarme apropiadamente?

La respuesta honesta era que no tenía la menor idea de dónde estaba Étienne, pero la respuesta correcta, en ese contexto, era otra.

—Mi esposo se encuentra atendiendo a algunos miembros de la legación francesa, señor Piermattei. De seguro están fumando en la

terraza.

Él agradeció con un gesto de su sombrero de copa, prometió a su esposa que regresaría pronto y abandonó el grupo. Su lugar lo ocupó prontamente alguien que Fátima conocía bien.

—Estás muy pálida, querida —le susurró Segismundo, al tiempo que ella se aferraba a su brazo—. ¿Has comido algo?

—Iba a hacerle la misma pregunta —dijo Thomas Nelson en tono preocupado, apareciendo tras el señor Aguirre. A su lado venía Maximilian y el señor Meiggs.

Ella se irguió de inmediato, desplegando su abanico en un acto reflejo. Sintió sus mejillas ardiendo y necesitaba disimularlas a cualquier costo.

—Me abruman las fiestas tan concurridas, eso es todo —mintió, igualmente agradecida por la deferencia del cónsul.

—También a mí —compartió Max, al tiempo que se quitaba sus lentes para limpiarlos con un diminuto paño de algodón que guardaba en el bolsillo de su chaquetilla bordada.

—A mí me encantan —aportó el barón Rothschild, tomando sitio entre Segismundo y el embajador con su entusiasmo de siempre—. Cualquier instancia para hacer nuevos amigos es un privilegio.

—Eso es lo que diría mi esposa —sonrió Nelson, moviendo la mirada entre el gentío por si lograba divisarla—. Llegaremos a casa con una larga lista de próximos invitados a cenar, estoy seguro.

—No todos poseemos el don natural de la sociabilidad que tan bien exhibe el barón Rothschild, la señora Nelson o usted mismo, embajador —se defendió Max, sonriendo tibiamente a sus contertulios.

—Pero es responsabilidad de cada uno hacer el esfuerzo —intervino Helena, para luego dedicarle una sonrisa infantil—. ¿Está usted casado, señor Bonecraft?

El aludido pensó en las consecuencias de lo que iba a decir, pero la presión de las miradas sobre él fue más fuerte.

—Lo estuve, sí.

Lena cubrió su boca con una mano.

—¡Oh, lo siento tanto! Disculpe mi atrevimiento. Tan joven y ya ha enviudado…

—No, no. Entiendo que Catherine está en perfecto estado de salud, gracias por preocuparse —respondió, e imperceptiblemente tomó aire para continuar—. Me he divorciado.

Nelson y Meiggs arrugaron un párpado casi al mismo tiempo. Ambos sabían que declarar aquello en un salón lleno de católicos era peor que llevar la lepra. Y del leproso se alejaron varios, pues tan pronto pronunció «divorciado», dos mujeres en sus cincuentas ahogaron su espanto, se persignaron y se abrieron paso con sus enormes crinolinas hasta la terraza. Un poco más allá, Cornelia Vanderbilt y María del Pilar Hernández de Sessé hicieron lo mismo, expandiendo sus abanicos para cuchichear tras ellos.

Para suerte del estadounidense, en aquella recepción se paseaban muchos hombres de tendencia liberal y radical, también de diversas religiones *disidentes*, por lo que, junto al gesto de desprecio de algunos, recibió también la sonrisa de compasión de otros.

Y la súbita envidia de Fátima, quien, avergonzada por sentirla, intentó esconderla bajando la mirada.

—Rezaré para que nuestra Virgen Santísima le envíe una nueva esposa —dijo la señora Piermattei con forzada cortesía, y entonces hizo un guiño a Helena—. ¿Me acompañas a comer algo, querida? Mi bebé está muy inquieta. Y podemos comentar la última entrega de *Doncellas y Jinetes*…

—Por supuesto —aceptó ella, y rompiendo el círculo de conversación, ambas mujeres se alejaron.

Craig fue quien decidió romper el penoso silencio.

—Comida, sí. ¿Han disfrutado de la comida? Esta recepción ha sido la mejor hasta ahora, señor Aguirre. Música espléndida y comida sin igual.

Un cuarteto de cuerdas, en algún lugar del patio, interpretaba alguna pieza de Verdi o Bellini que el noble no alcanzaba a distinguir, pero creaba el ambiente perfecto al fundirse con el ruido de las bandejas de plata y el roce de los vestidos en el piso de madera.

—Dirija ese cumplido hacia mi santa esposa, se lo pido —expresó Segismundo—. Ella y solo ella es responsable del éxito de esta opulencia.

—Lo haré, lo haré —afirmó Craig—. Odio tener que separarme de

ustedes por tantos meses, pero estos recibimientos son de mi mayor deleite.

—¿Dejará pronto Argentina, barón? —preguntó Henry Meiggs.

—Pronto, sí… Tan pronto el señor Wheelwright ya no requiera de mis servicios. Escríbale a su amigo, señor Meiggs, y ruéguele que me dispense, para así regresar a Chile y establecerme de una buena vez.

El empresario norteamericano William Wheelwright, uno de los mejores amigos del padre de Craig, no solo era el fundador y accionista principal de la Pacific Steam Navigation Company, la primera compañía de barcos de vapor en la costa pacífica, sino que además había sido pionero en los proyectos ferroviarios desarrollados en Sudamérica. Había construido la línea que unía las ciudades de Caldera y Copiapó, además de dejar avanzado el trazado del tren Santiago-Valparaíso, continuado luego por su coterráneo Henry Meiggs. Abandonó esa obra pues prefirió dedicarse completamente a la planificación del ferrocarril Valparaíso-Buenos Aires, con el que aspiraría a cruzar la cordillera y labor para la que había contratado a Craig Rothschild como ingeniero en jefe. Los planos habían sido finalizados en 1859; sin embargo, el gobierno chileno creía que era muy costoso de materializar, y mientras seguían en la pelea por la aprobación de presupuesto para empezar los trabajos, Wheelwright ya había firmado un nuevo contrato con el ministro trasandino Guillermo Rawson, con el fin de construir el Ferrocarril Central Argentino que se extendería entre las ciudades de Córdoba y Rosario.

Craig Alexander amaba a Wheelwright como al padre que nunca tuvo. El barón Craig I había muerto unos meses antes de que su esposa diera a luz, y ella batallaría contra su débil estado de salud hasta su último aliento en 1844, cuando su pequeño hijo no había cumplido aún los diez años. Sus dos hermanas mayores, las mellizas Alisa y Fedora, lo criaron como mejor pudieron, pero cayeron como muchos en la epidemia de fiebre tifoidea que azotó al puerto de Valparaíso en 1859. Alisa logró sobrevivir, Fedora no, y tan pronto la primera recuperó sus fuerzas, se unió a una misión religiosa transcontinental, dejando a su hermano abandonado al silencio de sus cientos de acres en el cerro Polanco. Desde muy joven Craig debió aprender a lidiar con el yunque de una soledad que lo hundía, muy a pesar de su

enorme fortuna. Sus criados lo vigilaban a todas horas y lo trataban con el mayor amor posible, sobre todo después del episodio del pozo: a los diecisiete años había caído al profundo foso principal de agua de la hacienda, encontrado providencialmente por uno de sus empleados, el señor Bahamondes, antes de que perdiese la conciencia. Una *caída* era la versión oficial que el personal de servicio acordó decirle a quien preguntara, pero lo cierto es que no era su primer intento de ahogo voluntario, ni sería el último…

Batallando contra sus pensamientos intrusivos y violentos, Craig solía decir que sí a cualquier oferta que significase compañía consistente, como la que aceptó de parte del señor Wheelwright, de la que no le estaba siendo fácil librarse.

—William es el hombre más terco que conozco —confesó Meiggs, sonriendo y moviendo en círculos el poco *whisky* que quedaba en su vaso—, pero también es el más leal, y muy sensato. Sea sincero con él y seguro comprenderá su situación.

—¿No tiene usted algún proyecto nuevo aquí en Chile en el cual emplearme, y así utilizarlo como excusa?

—Acabo de inaugurar el tren a Valparaíso, barón —se jactó, aunque había cansancio en su voz—. Mi único proyecto por el momento es un merecido descanso.

Thomas Nelson alzó su propio vaso y todos brindaron.

El trabajo excepcional de Henry Meiggs había dejado bonanzas muy concretas para la legación estadounidense. Al adjudicarse la labor que su coterráneo Wheelwright había comenzado, prometió al gobierno chileno que terminaría en un tiempo menor al estipulado en las proyecciones —lo que le generaría un sustancioso bono de premio —, y lo cumplió, haciendo algo que revolucionó al círculo empresarial y hasta a la prensa: contrató el doble de mano de obra y pagó doble jornal. Sus inversionistas lo creyeron un demente, vaticinaron que se iría directo a la ruina, pero logró lo contrario: que los obreros trabajaran tan contentos que triplicaron su productividad. Con el flamante ferrocarril inaugurado, corrió entre los chilenos de estratos medios y bajos un enorme aprecio por el señor Meiggs, así como por toda su colonia en extensión. Nelson, quien debía reportar sus actividades a Washington todos los meses, indicó al presidente Lincoln

que consideraba al tren Santiago-Valparaíso «el más exitoso gesto de colaboración concreta entre ambas naciones en décadas de diplomacia».

También había sido un gesto de colaboración concreta entre hombres de gran fortuna, pero de principios e ideales profundamente disímiles. Quizá en otras circunstancias habría sido imposible encontrar en el mismo brindis al conservador católico Segismundo Aguirre y al joven masón Ángel Custodio Gallo, por ejemplo, conocido por sus agudas columnas en el periódico *La Voz de Chile* en contra del clericalismo y en defensa de la libertad de conciencia —donde también escribían Benjamín Vicuña Mackenna, los hermanos Matta, Guillermo Blest Gana, José Luis Claro y otros llamados «niños ricos subversivos», todos perseguidos por sus visiones progresistas y sin embargo presentes en la recepción—, pero en esta oportunidad se los veía alzando las copas, celebrando el éxito del ferrocarril y brindando tras la más diplomática de las sonrisas, pues las convicciones sociales o religiosas quedaban en pausa cuando las inversiones estaban en juego. Curiosa era la capacidad de ciertos caballeros de pelearse hasta la muerte a través de pasquines ideológicos, para más tarde estrecharse la mano con genuino aprecio si lo hacían con los bolsillos llenos.

—Envidio esas ganas tan impetuosas que tiene usted de ser reclutado en alguna labor, querido barón.

Beltrán había llegado al grupo justo a tiempo. Remigio empujó su silla hasta que el joven Aguirre estuvo a la vista de todos, y luego se retiró junto al mesón de pasteles y frutas.

—Espero que esa envidia sea real —le dijo Segismundo, con tono serio.

—Padre… —murmuró Fátima.

—Era una ironía, padre.

—Pues no estás en posición de ironías —se molestó el patriarca, aunque contenido para no generar una pelea en público—. Vas a casarte pronto, y debes asegurar un buen empleo.

Quien no conociera el historial íntimo de los Aguirre pensaría que esa declaración de Segismundo era una broma. Ningún joven perteneciente a una familia acaudalada y directo heredero de esa

fortuna tendría la preocupación, mucho menos la presión, de buscar un trabajo asalariado. Aquello corría tanto para Beltrán como para Craig, y sin embargo sus actitudes frente a esa realidad similar eran hasta contradictorias. El barón Rothschild había estudiado Ingeniería en la Universidad de Chile, decisión inaudita si se consideraba que una persona como él tenía acceso a las mejores instituciones académicas del mundo. Pero no, había escogido formarse en la incipiente casa de estudios de una joven república, la que quizá podía darle buen conocimiento, pero jamás estatus. Aquello fue desconcertante para el señor Aguirre en un comienzo, lo vio hasta con suspicacia, si bien le bastaron un par de encuentros con el pretendiente de su hija Helena para entender lo esencial: él no perseguía una profesión o trabajo por necesidad, sino por *vocación*, incluso convicción. No tenía duda de que Craig representaba un gran ejemplo de resiliencia, autovalencia y autodeterminación, lo mismo que Segismundo intentaba transmitir a Beltrán, pero el hijo se resistía constantemente a los esfuerzos del padre; no solo discrepaban acerca de en qué oficio el joven debía desarrollarse, sino también sobre lo que significaba realmente la autovalencia para una persona que, anclada eternamente a una silla de ruedas, jamás podría lograrla. El choque de voluntades era agotador, y el secreto a voces murmuraba que hubo más de una razón por la que el señor Aguirre no había permitido que su hijo continuase sus estudios de Arquitectura en una universidad chilena, enviándolo con su hermana a París…

—¿Matrimonio? —se sorprendió el embajador Nelson—. No lo sabía. ¡Felicitaciones!

—Gracias —respondió Beltrán, sin ganas.

—La señorita Ventura es un primor —opinó Fátima, intentando animar a su hermano. Su madre se había asegurado de que los Barros Matheu llegasen a la recepción antes que el resto de los invitados, para que así la presentación familiar formal sucediese sin tantas interrupciones—. ¿Estabas con ella justo ahora?

—Sí, y con sus padres.

La opinión unánime de Fátima y Helena había sido que la muchacha era hermosa, de modales gráciles y voz amable, así que le dieron pronto su bendición. Entre los padres correspondientes ya

estaba todo conversado. La venia de Beltrán era lo único que faltaba. Trayendo a su mente las palabras de madame Lysanne, él había mirado a Ventura, captando su nerviosismo e inocencia, y sentido compasión por ella. Con la garganta apretada, temblando por un dolor emocional que era incapaz de compartir con otro ser humano, había extendido su mano y tomado la de la joven. Se sonrieron. No les quedaba más que transitar con fraternidad un destino que ninguno eligió.

—Pues no luces como un dichoso hombre listo para el matrimonio —habló Craig, con su candidez acostumbrada—. ¿Qué te acongoja, hermano? ¿Y a usted, señor Bonecraft? ¿Y a ti, querida Fátima?

Los tres nombrados efectivamente compartían un semblante algo fúnebre, aunque por motivos muy diferentes, haciendo un contraste evidente con la algarabía del resto de los invitados. Al verse interpelados, ahora compartieron rubor y nerviosismo.

—Me encuentro perfectamente. Por favor, no se preocupe —pidió Fátima.

—Estoy muy agradecido por estar aquí junto a todos ustedes —se apresuró a aclarar Maximilian—. Simplemente están presenciando en mi rostro los embates de un viaje muy extenuante. Le ofrezco mis sinceras disculpas si lo he incomodado, barón.

—Incomodado no, mi amigo, solo inquietado —respondió Craig, tocándole el hombro, y luego buscando con la mirada a Fátima y Beltrán—. No soporto en mi corazón la ausencia de sus sonrisas. Díganme qué debo hacer para animarlos y lo cumpliré en un santiamén.

Max recordó algo importante.

—Si puedo yo agrandar *su* sonrisa, barón, tendrá impacto en la mía —le aseguró, y el grupo, interesado, creó un silencio atento—. Le he comentado al embajador el infortunado asunto de lady Alisa, y creo que podemos ayudar.

Craig abrió sus ojos al máximo.

—¿Es eso cierto?

—Desde ya me disculpo ante usted, barón Rothschild, por no haber tenido conocimiento de esto con mayor antelación —pronunció Nelson, sentidamente—. Me ha comunicado el señor Bonecraft que su

hermana está perdida en los Estados Unidos…

—Quizá el perdido soy yo —confesó—. Puede que ella esté perfectamente bien y sea mi aprensión lo que me condena, pero pasan los meses y no ha respondido a ninguna de mis cartas…

—Si está en territorio de guerra, tal como presuponemos, su aprensión tiene buen asidero —lo confortó el embajador—. Si me lo permite, quisiera ofrecer la asistencia de mi legación en su búsqueda.

Craig tomó las manos del embajador casi con la misma devoción con la que usualmente tomaba las de Helena. Lejos de incomodar al diplomático, generó en él una sonrisa de profunda compasión.

—Sus palabras son un milagro —se emocionó el barón—. ¡Ni el cónsul británico me ha dedicado tal deferencia! Si su intención es sincera, estaría yo a su servicio por la eternidad.

—Primero encontremos a lady Alisa —remarcó Maximilian, sonriéndole también.

—Y en favor del embajador Thomson, convengamos que la guerra está sucediendo en mi nación, no en Gran Bretaña —indicó el embajador—. Si hay alguien con algún tipo de injerencia, ese soy yo.

—¿Y qué puede hacerse? —preguntó Fátima.

—En lo inmediato, muchas preguntas —respondió él con seguridad —. Las comunicaciones domésticas son muy lentas, ya lo sabemos, pero en tiempos de guerra… Bueno, digamos que poseo recursos más *expeditos* para hacer las preguntas precisas a las personas indicadas y conseguir información valiosa.

Leer el cuerpo del barón Rothschild fue muy fácil: como un espasmo, contuvo las ganas de abrazar al estadounidense, y en el ímpetu simplemente siguió apretándole las manos.

—Es un ofrecimiento muy generoso, señor Nelson —habló Segismundo, también conmovido—. Le doy las gracias en nombre de mi familia.

—Considero que el agradecimiento debe dirigirse en primera instancia al señor Bonecraft.

Maximilian no estaba preparado para ser el centro de atención nuevamente, pero no tuvo más remedio, pues el abrazo que Craig había estado conteniendo lo ganó el joven abogado.

—Bendita la hora en que confié en su hombro mis aflicciones,

amigo mío —se alegró Craig, con los ojos empañados—. No sé si fue el Dios de Helena o el suyo el que me puso a su lado en el tren, pero prenderé velas y levantaré procesiones si mi hermana es finalmente hallada.

El gesto divertido de Beltrán se mezcló con la mirada incómoda del resto del grupo, pero ya que las hordas de la Inquisición —es decir, la señora Vanderbilt— no estaban a la vista, se relajaron pronto. A Fátima le producía una extraña ternura que el barón Rothschild no tuviese conciencia alguna de la herejía que acababa de pronunciar.

—Por lo pronto, necesitaré corroborar algunos antecedentes —señaló el embajador—. Entiendo que la última información que obtuvo fue que lady Alisa había llegado al estado de Virginia, ¿no es así? Coménteme con detalle para asistirle de la mejor manera. ¿Puedo persuadirlo de que me acompañe al mesón del ponche? Henry, ¿nos acompañas también? Tu excelente memoria será mi respaldo para no olvidar nada crucial.

Craig y el señor Meiggs asintieron con gusto, y junto al señor Nelson abandonaron el grupo avanzando entre la multitud.

—Muchas gracias, señor Bonecraft —le dijo Fátima, sincera—. El barón tiene razón. Es usted un buen amigo.

—Sé que cualquiera de ustedes en mi posición habría hecho lo mismo. Si tengo la oportunidad de ayudar, siempre lo haré.

—La modestia es una gran virtud, pero suyo es el crédito de la alegría de mi yerno, así que tómelo —le aseguró Segismundo, contento—. Mi familia también está en deuda con usted. Por favor, no dude en hacernos saber lo que sea que necesite para hacer más grata su estadía en nuestro país.

—Si ha agradado a su paladar alguno de los platillos franceses impronunciables de hoy, se los podemos hacer llegar, pues madre ordenó comida como para palear la hambruna universal —aportó Beltrán.

—Los dominicos son excelentes cocineros, no me puedo quejar…

El señor Aguirre se extrañó.

—¿Dónde está usted hospedado?

—En la Recoleta Dominica —respondió Maximilian, sin entender por qué el rostro de Segismundo comenzaba a desfigurarse.

—¡En un claustro! —exclamó—. ¿Cómo el embajador ha permitido esto?

—Es tan solo por algunas semanas, mientras consigo un alojamiento definitivo —lo tranquilizó Max—. Los dominicos tienen un sector del claustro especialmente acomodado para visitantes, y ha resultado bastante acogedor. Está protegido del frío, ofrecen buen desayuno y mi ventana da hacia el huerto…

—¿No ha podido la legación hospedarlo en el hotel Aubry? —se asombró Beltrán—. Al menos en la posada de Santo Domingo…

—Consideré que era un gasto innecesario. De verdad, he pasado una espléndida noche en…

—No lo permitiré, por supuesto que no —declaró el señor Aguirre, estirando su chaqueta—. Se quedará usted con nosotros cuanto tiempo estime.

Maximilian esperó un par de segundos.

—¿*Aquí*, dice?

—Será muy bienvenido —aseguró él, feliz con su decisión—. El barón estará encantado cuando se entere. Esta casa es muy grande y hay habitaciones de sobra. Y comida de sobra, tal como la elocuencia de mi hijo le ha señalado.

No supo por qué, no sabía realmente por qué, pero en la espera de su respuesta los ojos de Max no se posaron en Beltrán o su padre, sino en Fátima.

Ella se escondió tras su abanico.

—¿Podemos interrumpir?

Dos hombres se acercaron al círculo. Segismundo les abrió paso inmediatamente; tras un gesto protocolar de mentón, ambos estrecharon la mano de Beltrán como grandes amigos.

—Señor Aldunate, maestro Hénault —los saludó Fátima, sin poder esconder su emoción al verlos. Ellos le dedicaron una reverencia.

—Buenas noches, señora Aguirre…

—Señor Bonecraft, le presento al señor Manuel Aldunate y a monsieur Lucien Hénault, prominentes arquitectos residentes —los anunció el señor Aguirre—. Manuel, Lucien… Maximilian Bonecraft, recién llegado de los Estados Unidos a integrar la misión diplomática.

—Aceptaré eso de «prominentes» —sonrió Hénault—. Un placer,

Mister Bonecraft. Disculpe nuestra intromisión, pero estábamos cerca y he escuchado que hablaban sobre la Recoleta Dominica…

—Así es —dijo Beltrán—. Estamos convenciendo al señor Bonecraft de que deje su habitación en esa casa de religiosos y acepte una en otra casa de religiosos: la nuestra.

El señor Aldunate rio.

—¿Está hospedándose en La Chimba? —preguntó a Max, quien asintió con inocencia. El cochero que lo llevó por primera vez hasta el claustro le había enseñado que todo el sector a campo abierto al otro lado del río Mapocho, cruzando el puente, era conocido como La Chimba, hogar de dos importantes congregaciones religiosas apostadas en la capital: dominicos y franciscanos—. Pues le pido disculpas desde ya por el ruido infernal que va a perturbar sus tardes…

—¿Te has unido al coro, Manuel? —bromeó Beltrán.

—No, no te quitaré ese puesto en el *retroquire*, querido amigo —le sonrió de vuelta. Ante el ceño fruncido de Maximilian, a Fátima le hubiera encantado explicarle que ese término se refería al lugar tras el altar mayor donde se ubican los coristas—. Mi ruido predilecto son martillos y serruchos en el ábside.

El joven Aguirre se extrañó, pero bastaron algunos segundos para entender qué es lo que sucedería.

—Nos han encargado proseguir la construcción del nuevo templo de la Recoleta —anunció el señor Hénault, con Segismundo asintiendo a su lado, cómplice—. ¿No llegaste, acaso, con un certificado francés que te faculta para eso?

Beltrán perdió la sonrisa.

—¿Me está ofreciendo empleo?

—Tu padre me dijo que lo necesitas…

Cerró los ojos y los puños.

—Qué haría este pobre inválido sin la proactividad de su progenitor, ¿no?

Segismundo tensó los hombros.

—Beltrán, no empieces. Es una muy buena oportunidad que…

—No quiero escuchar más…

—Discúlpame si es que te hemos importunado —se preocupó el señor Aldunate, con una calidez genuina que ablandó en algo la rabia

de Beltrán—. La vacante en el proyecto es real, pues Eusebio Chelli tuvo que retirarse y tendremos que repensar los planos. Creo que es un proyecto desafiante que se vería muy bien en tu hoja de vida. ¿Hemos hecho mal en proponértelo?

Manuel y él habían sido alumnos de la cátedra de Arquitectura que Lucien Hénault dirigía en la Universidad de Chile. Habían desarrollado un genuino afecto en aquel entonces, por lo que Beltrán confiaba en la sinceridad de quien lo miraba ahora con genuina inquietud.

—No, no. Has hecho bien, amigo. Gracias por considerarme.

Hénault, ajeno a las evidentes emocionalidades en juego, alzó una ceja.

—Ganarás buen dinero, Aguirre. ¿No me preguntarás cuánto?

Beltrán no miró a su antiguo maestro, sino a su padre, con un gesto de ira y amarga decepción.

—Me conformo con hacer ruido desde el *retroquire*.

VIII

7 de noviembre de 1863

Unos tres minutos de despedidas protocolares dieron a Segismundo la tregua precisa para que su hijo calmara sus ganas de asesinarlo. Estaban prácticamente en medio del salón principal, por lo que cualquier invitado saliente pasaba cerca del dueño de casa. Así es como, pidiendo excusas a Maximilian, Manuel y Lucien, los Aguirre debieron voltear varias veces para das las buenas noches a importantes empresarios, diplomáticos de distintas legaciones y antiguos amigos de la familia, quienes eran escoltados por Cornelia hasta el antejardín, donde había una extensa fila de carruajes esperando.

Los pasillos comenzaban a despejarse y el bullicio comenzaba a ceder, pero aún quedaban suficientes personas comiendo y bebiendo en pequeños grupos como para que el encono de Beltrán pasara desapercibido bajo la partitura del cuarteto de cuerdas.

—Entonces, ¿cómo surgió su interés por la arquitectura? —preguntó de pronto Max al joven Aguirre, creyendo que estaba aportando una distracción perfecta para distender el ambiente.

Beltrán estuvo a dos segundos de responder que jamás le había interesado y que su padre lo había obligado a estudiarla, pero ideó una venganza mejor.

—Por mi querida Fátima. Ella es la verdadera arquitecta de la familia.

Lucien Hénault arrugó la frente.

—¿Cómo dices?

El estupor y la tensión fueron muy evidentes entre Segismundo y Fátima, mientras Maximilian no sabía cómo huir del problema que intuía haber generado.

—Lo que oyó. Mi talentosa hermana debería haber estado en su cátedra en mi lugar, maestro Hénault.

—Beltrán, por favor… —comenzó ella con un hilo de voz, ruborizada.

—Una mujer en mi cátedra —rio el francés, asumiendo que todo era una broma—. ¿A qué juegas, Aguirre?

Él se apoyó mejor en el respaldo mullido de su silla. Enserió su gesto.

—¿Cuál diría usted que es el aspecto más llamativo de esta casa? —inquirió—. ¿La fachada? ¿Los techos de doble altura? ¿La gran escalera curva?

Lucien demoró unos segundos en decidir si seguía la corriente. Se cruzó de brazos.

—Bueno, es obra del maestro Brunet de Baines… Cualquier esquina es elogiable…

—Sí, sí. Pero ¿qué es lo *más*?

El francés bajó los hombros.

—Eliminó el zaguán del plano, una decisión muy vanguardista, y puso de moda los salones de música, como este —mostró, ampliando los brazos—. Y claro, el acceso inclinado del jardín al segundo piso es un acierto. Sus balaústres de piedra tallada son bellísimos.

—Estoy muy de acuerdo —dijo Beltrán, en ese tono pasivo-agresivo que su padre odiaba—. Con todo, salvo lo último. La rampa no es de Brunet.

—Por supuesto que sí —rio de nuevo Hénault, sin entender el sentido de la conversación—. ¿De quién más, si no?

—De Fátima.

Ella ya no atinó a ocultarse tras su abanico, sino directamente tras sus manos. Beltrán, sin reparar en nada y nadie más, ya había comenzado a explicar, mientras Segismundo, profundamente contrariado, repasaba esa conocida historia con detalle en su cabeza.

Claude Brunet de Baines había sido contratado para levantar la casona de los Aguirre Vanderbilt en 1853; demoró poco más de dos

años en terminarla y le permitió demostrar su talento en la construcción neoclásica, el estilo más demandado por aristócratas y burgueses chilenos en esos días. Segismundo solía hacer inspecciones continuas de la obra y sus tres hijos lo acompañaban para así jugar en el terreno, entre el adobe, la madera y la piedra caliza, pequeñas visitas que el buen Claude nunca objetó. Permitió no solo su presencia, sino también sus observaciones y sugerencias, transgresión que no siempre contaba con la venia del señor Aguirre. Helena dijo que quería flores en las molduras del techo de su habitación, y así se hizo. Beltrán exigió que la escalera principal estuviese rodeada de amplios ventanales, porque así entraría de lleno la luz de la luna y nunca nadie tendría miedo de subirla de noche. Y así se hizo.

Fátima no pidió nada. Ella quería mirar.

Tenía apenas trece años y desarrolló una relación cómplice con el arquitecto francés al poco andar. Él la dejaba apoyar los codos en la gran mesa de estudio y observar los planos, creyendo que para ella eran simples líneas y números dispersos. Cada tanto hacía alguna pregunta y él la respondía, siguiendo el humor que produce la curiosidad de un niño, pero, avanzada la obra, Fátima comenzó a hacer observaciones cada vez más agudas, lo que produjo dos reacciones contrapuestas en sus testigos: Brunet de Baines estaba maravillado, mientras que Segismundo crecía en recelo. Fátima Evangelina sería siempre opacada por la belleza sublime de su hermana; tenía que aceptar ese hecho, y que aquello sería un impedimento para que recibiera pretendientes a tiempo y a su altura. Si además ella osaba demostrar alguna habilidad intelectual, *oh, Dios*, el desastre se duplicaba. Los hombres huían de las jovencitas muy pensantes u opinantes, por lo que sus posibilidades de casarse se volverían nulas…

El verdadero quiebre surgió cuando su hermano Beltrán se enteró de que su habitación personal en la nueva casona estaría inéditamente en algún lugar del primer piso, a diferencia de todas las otras que estarían, como debía ser, en el segundo. Hizo un escándalo que pudo escucharse a cuadras de distancia. Para entonces la silla que usaba era muy simple y enclenque, de mimbre y madera con ruedas que se atascaban en muchas superficies, pero le permitía un flujo de

movimiento que antes solo había podido soñar. Hasta entrada la preadolescencia debía ser acarreado por dos o tres lacayos de salón en salón y por las escaleras, prácticamente no salía de casa y se sentía un lastre para la humanidad. Asegurarle un desplazamiento cuasi independiente, aunque torpe o lento —no había forma de que él pudiese impulsar su propia silla, siempre debía ser asistido, y ahora lo haría su nuevo *valet*, Remigio—, era muy importante para él. Entonces, para Brunet y el señor Aguirre fue lógico diseñarle una habitación en el primer piso, a la que su silla pudiese acceder con facilidad. La negativa de Beltrán los sorprendió.

Él no quería la solución lastimera para inválidos. Quería «la solución de Fati».

Con la inocencia de quien no sabe que está haciendo algo incorrecto, Fátima llevó al arquitecto y a su padre hasta el patio trasero. En el sector del edificio donde se construían la cocina y las habitaciones del personal de servicio, los obreros habían situado una rampa rudimentaria para acarrear los materiales más pesados hasta el segundo piso y el techo, la que ella y su hermano utilizaban para jugar de vez en cuando. Fátima apuntó hacia ahí, dibujó el plano inclinado con sus dedos en el aire, y luego giró sobre sus talones, haciendo bailar el tul de su vestido. Justo al otro extremo del lugar estaba la terraza interior, los grandes ventanales del salón principal y, sobre él, en el segundo piso, una serie de ventanas con arcos de medio punto. «Si construimos una pendiente desde *aquí* hasta *aquí*…», comenzó ella, moviendo sus manos y con su voz dirigida al francés, quien le dio toda la atención del mundo, «Remigio podría subir con Beltrán y su silla a *esta* habitación, la última del segundo piso. Y sí, se taparía *este* y *este* ventanal del salón de abajo», apuntó, «pero se podría abrir al menos uno en el otro muro, ¿no es cierto? Y así no se perdería tanta luz. Puedo mostrárselo en los planos si usted quiere. Ah, y que sea con balaustrada. A mi hermano le gustan mucho los balaústres».

«¡Trece años!», celebró el arquitecto, encantado de explorar la idea que la niña le estaba dando. Realizando algunas correcciones de cálculo, experimentando con distintos materiales y sacrificando un par de ventanas, efectivamente pudo hacerse. Ese improvisado plano inclinado se transformó en una solución de acceso para personas con

problemas de movilidad que ganó aplausos y se consideró de tal genialidad que, en los años venideros, distintos profesionales pedirían entrar en la casona Aguirre Vanderbilt solo para estudiarlo y replicarlo. Era una genialidad de Claude Brunet de Baines, por supuesto, y el mismo Segismundo se encargó de correr la voz, sobre todo tras la muerte del arquitecto en 1855. Por suerte, su hija jamás reveló su crédito en algo así; simplemente buscaba la felicidad de su hermano, y Segismundo buscaba la de ella, por lo que tuvo que tomar difíciles decisiones en su favor desde ese momento en adelante. La casa fue terminada por Lucien Hénault, escogido por el señor Aguirre con pinzas: no tenía el carácter afable y permisivo de Claude, lo que alejó bruscamente a Fátima de los planos y las preguntas. Era mejor así. Su querida Fati estaría destinada al desconsuelo de la soltería sin remedio si él no tomaba cartas en el asunto…

—Es una historia increíble —celebró Manuel, sonriendo a Fátima con una mezcla de escepticismo y asombro. Ella estaba paralizada de los nervios.

—No puede ser posible —insistió Hénault, cruzándose de brazos—. Segismundo, ¿podrías aclarar este asunto?

—No hay nada que aclarar —corroboró, alzando el mentón con dignidad ante esa situación que había tomado a todos por sorpresa—. Mi hijo dice la verdad, pero véalo de este modo: es simplemente la historia de dos niños jugando que tuvieron una idea deschavetada. Sin un profesional encargado de estructurar y pulir esa idea, jamás se habría llevado a cabo, así que esa rampa en mi jardín es de Claude Brunet de Baines, y no toleraré más discusión sobre el asunto.

El francés pareció perfectamente satisfecho con esa respuesta.

—Mi querido hermano es muy generoso en sus adulaciones hacia mí —habló Fátima por fin—, pero tal como dice mi padre, fue un chispazo de niñez sin importancia. El mérito es del maestro Brunet.

—Fati, eso no es lo que…

—¿Cuándo debe presentarse mi hijo en las obras? —interrumpió Segismundo, dejando a Beltrán aún más frustrado.

—El lunes a primera hora —confirmó Lucien—. Y asegúrate de venir con tu *lacayito*, Aguirre, pues los accesos al terreno aún están rocosos y desiguales. Ni sueñes con que embarraré mis botas por tu

causa.

Remigio se erguía lo suficientemente lejos para aparentar que no había oído, pero lo suficientemente cerca como para haber oído muy bien. Su rostro se mantuvo impávido ante el desprecio del francés, pero quien ya estaba harto de aparentar diplomacia fue Beltrán.

Asintió en silencio y suspiró.

—¿Remigio?

—Sí, señor…

—Vámonos ya.

Su padre se alteró.

—¿A dónde?

—A mis aposentos. Suficiente fiesta por hoy.

—No te irás a ningún lado —susurró él, intentando guardar la compostura—. Aún quedan muchos invitados y debemos despedir a cada uno que…

—Seguro sabrán dispensar al minusválido —emitió con sarcasmo, haciendo un gesto a Remigio para que comenzaran a moverse. Pero antes, subió la mirada hacia Maximilian—. Y así es como surgió mi interés por la arquitectura —cerró amargamente, despidiéndose con un movimiento de cabeza antes de que el chirrido de sus ruedas cruzara el salón hacia el patio interior.

Segismundo apretó los párpados, esquivó las miradas inquisidoras y sonrió forzosamente hacia los arquitectos.

—¿Probó ya nuestro *aspic* de Lenguado *a la Marguery*, maestro Hénaul? —balbuceó, apuntando con su brazo hacia una esquina alejada. No dejó que el francés contestara y prácticamente lo arrastró lejos junto a Aldunate.

Fátima y Max se quedaron inmóviles, uno frente al otro. Un lacayo les ofreció copas de *champagne* que ambos rechazaron.

—Me pregunto si, puestos en mi lugar, el barón Rothschild o el embajador Nelson habrían caído en torpeza semejante…

Ella ladeó la cabeza.

—¿Cree que esta vergonzosa situación fue *su* culpa? Perderá ese debate, se lo advierto.

Junto a un suspiro, se coló en él un sonido gutural parecido a una carcajada nerviosa. Ella sonrió sin pensarlo.

Escudriñó su alrededor rápidamente para descubrir oídos chismosos. Estaba de suerte, pues ninguno de los invitados reparaba en la señora Aguirre de Clermont y un estadounidense de lentes.

Fantástico.

—¿Podría preguntarle algo?

Maximilian echó los hombros hacia atrás.

—Mientras no sea sobre mi divorcio, lo que quiera.

Fátima le indicó con la mirada que la siguiera. Él dudó, pero un segundo después se movió tras la estela de encaje de la joven hacia una mesa lateral donde había un enorme arreglo floral. No era exactamente una esquina oculta, seguían estando a la vista y paciencia de todos, pero las flores se disponían en un interesante muro entretejido que les daba una falsa ilusión de privacidad.

—¿Es un secreto? —preguntó Max en voz baja, interesado y nervioso a la vez.

—Algo así —concedió ella—. ¿Es bueno guardando secretos?

Cambió el nerviosismo por un estado de alerta.

—Diría que manejo cierta experiencia, sí.

—Bien —dijo Fátima, y luego, chequeando nuevamente con sigilo a su alrededor, introdujo una mano en el pliegue que unía su corpiño con su falda. Sus mejillas volvieron a arder—. Quería hablarle de *esto*.

Sobre su palma abierta, le mostró un retazo de algodón blanco doblado en cuatro. Tenía un bordado con las iniciales «M. L. B.».

—Mi pañuelo…

—Su pañuelo, sí.

—Es muy amable de su parte el devolvérmelo —agradeció él, tomándolo con sus dedos—. Había olvidado que ya no lo tenía.

Ella no pestañeó.

—Entonces no lo sabe…

Max volvió al nerviosismo.

—¿Saber qué?

—Por supuesto que no lo sabe —sonrió Fátima, evitando su mirada un segundo. Suspiró aliviado, pero no pudo negar que había una leve punzada de decepción en la boca de su estómago—. En Chile, ofrecer un pañuelo nominativo es un… gesto de cortejo.

Maximilian pasó por tres estados en pocos segundos: primero la

confusión, luego la realización, y por último el pánico.

—Oh —exclamó, petrificado; al volver a mirar la tela en su mano, repitió otra vez «¡Oh!», guardando el objeto de la discordia en su chaqueta como si fuese una brasa ardiendo—. Por favor, discúlpeme… *I'm so sorry*…

Algo que hasta hace unos minutos parecía un gigante problema a resolver, ahora, tras la evidente candidez de su acompañante, se convirtió para Fátima era una tontería divertida.

—Señor Bonecraft…

—Señora Aguirre, no sé qué decirle… Puedo asegurarle que no tenía la más mínima idea de que…

—Le creo —lo tranquilizó, dulce—. Solo necesitaba salir de dudas.

—Se trata claramente de una confusión por diferencias culturales de…

—Lo sé, lo entiendo.

—¿Y su hermano? —recordó de pronto—. ¡Beltrán estaba ahí con nosotros, él presenció todo!

—Beltrán vio una galleta envuelta en un trozo de tela, nada más. No notó las iniciales bordadas —le explicó y, aprovechando el momento, añadió—: Y tampoco se preocupe por mi esposo. Únicamente usted y yo sabemos de esto. Él no se enterará jamás.

Esa era la parte del secreto.

Max cerró los ojos y ajustó el cuello almidonado de su camisa. Estaba sudando.

—¿Qué pasó con la galleta?

—La comí.

—¿Y le gustó?

—Tanto como al barón Rothschild.

Dos segundos después estalló en una risa bajita, nerviosa y aliviada a la vez.

Ella rio con él. No era usual que se sintiera así de relajada en compañía de alguien que apenas conocía.

—Quizá deba irme a la cama yo también —concluyó él—. Tengo una extraordinaria capacidad para meterme en problemas.

—No le sugiero una carrera política, entonces.

Max hizo una mueca.

—Descartada de mi futuro, sin dudas.

—¿No es una misión diplomática una instancia política?

—Lo es —admitió—, pero la mayoría de quienes la integramos somos peones técnicos en un tablero de estrategia. Los políticos son básicamente negociadores en permanente hipocresía, salvo honrosas excepciones, como el embajador Nelson.

Ella pensó un momento.

—La guerra es, entonces, lo contrario a la política.

—Una guerra es la *derrota* de la política, y en ese caso, prefiero la hipocresía antes que las balas.

Lo dijo con una pesadumbre tal que Fátima se sobrecogió.

—Siento mucho que su país esté en guerra…

—Yo también, créame. Jamás se tendría que haber llegado a este extremo. Todo se reduce a absurdas peleas de poder.

—Pero quien logra el poder, controla los caminos.

—Gracias a Dios aún existe la democracia y puedo escoger a alguien más que los dirija por mí.

—*Alguien* a quien usted ha escogido con su voto —apuntó ella.

—Claro.

—Dichoso usted que puede expresarse mediante él. Para otros, las únicas opciones son el silencio o la fuerza… Como en la guerra.

El abogado se sorprendió. Creyó ver en la mirada de su interlocutora una interesante pizca de tensión.

—No soy el único liberal en esta conversación, veo.

Fátima sonrió a medias.

—No sé exactamente qué soy. ¿Lo he sorprendido?

—Lo admito —le sonrió de vuelta—. Habría creído que seguía la línea conservadora de su familia.

—Mi madre diría que una mujer decente no tiene opinión política —se incomodó la chilena, balanceando su abanico cerrado.

—¿Y qué dice usted?

Ella miró de soslayo hacia los invitados más próximos. Seguía sin haber rastro de Étienne. Tampoco de sus padres.

—Diría que las mujeres deberíamos poder votar —lanzó, con los ojos en un punto vago y en un volumen moderado al filo del susurro —. Es algo que se escucha bastante en las calles de París, pero nadie

habla de ello en Santiago. ¿No son también cada diputado y senador representantes de las señoras del pueblo?

—Lo son —coincidió el norteamericano—, pero el parecer de las señoras está ya encarnado en el voto de sus esposos.

—¿Lo está? —inquirió ella de inmediato, levantando tanto la mirada como el tono de su voz—. Dispensará mi imprudencia, señor Bonecraft, pero en ciertos momentos desearía poder representarme a mí misma.

Sin apoyarla o contradecirla, Maximilian decidió insistir en el tema, admitiendo en su interior una repentina fascinación por aquel debate en ciernes.

—En Nueva Jersey, cuando se estableció la ley de sufragio parlamentario en 1776, se utilizó por accidente la palabra «personas» en lugar de «hombres» —recordó, con un gesto divertido—, y esa grieta permitió que una decena de mujeres ejercieran el derecho a voto sin oposición jurídica posible. Fue muy interesante. La ley volvió a alterarse en 1807, regresando a «hombres».

Fátima no pestañeó, incrédula.

—¿Estaría de acuerdo, entonces, con el sufragio femenino?

—Mujeres cultas e instruidas como su merced, con gusto.

En el rostro de Fati podía leerse que no había recibido a bien el cumplido.

—Entonces una lavandera no podría votar, o una de mis criadas…

—Hasta un liberal esgrimiría que el derecho a elegir a los representantes de una nación requiere que el votante sepa leer y escribir…

—Benedictina es una ávida lectora. Le enseñé yo misma.

Había pronunciado el nombre de su doncella con la misma dignidad con la que nombraría a su hermana Helena, y así Max comprendió el aprieto en el que se había metido.

Intentó eludirlo con gracia.

—Recuérdeme cómo es que hemos terminado discutiendo sobre el derecho a sufragio si comenzamos ruborizándonos por un pañuelo.

Ella sonrió por fin.

—Discúlpeme, no estoy acostumbrada a las conversaciones distendidas. Es libre de seguir recorriendo la fiesta cuando guste.

—Esta esquina me parece perfectamente acogedora por el momento —le aseguró—. Conseguiré algún escrito de John Stuart Mill para usted. Le agradarán sus ideas. Es un político británico del Partido Liberal y ha defendido varias veces la posibilidad de voto para las mujeres en el parlamento… Influenciado por su esposa, dicen.

—Me temo que Harriet murió hace unos años.

Craig Alexander Rothschild se había acercado de improviso, con su mirada dulce de siempre y un vaso de *bourbon* en la mano. Por lo traposa de su lengua, llevaba al menos dos más ya ingeridos en el cuerpo.

Fátima le dedicó una leve reverencia.

—¿Quién, barón?

—Harriet Taylor, la esposa del señor Stuart. Falleció hace un tiempo. Ambos eran buenos amigos de mis tíos en Oxfordshire.

Maximilian no ocultó su sorpresa.

—No sabía que lord y lady Rothschild abrazasen ideales liberales —dijo—. Nobleza y progresismo son conceptos difíciles de congeniar.

—Fue una de las razones por las que mi padre se refugió en Chile. Como los títulos nobiliarios locales fueron abolidos, creía que podría expresarse y actuar sin ser prejuzgado. Y bueno, a *uncle* John tampoco le seducía la baronía al morir mi padre, justamente por la carga simbólica que tiene. Admito que yo la sostengo sin el entusiasmo que mis antepasados me exigirían.

Ella sintió ganas de abrazarlo.

—Estaré encantada de conocer a su familia en enero.

—Y podrá continuar la conversación sobre sufragio femenino con *aunt* Laura. Entiendo que ella asiste a diversos mítines fuera de su horario de trabajo.

Estadounidense y chilena demoraron algunos segundos en digerir esa frase.

—Lady Rothschild… *trabaja* —repitió Fátima.

—Así es.

—Me refiero a un oficio que no es… doméstico.

—Ajá.

—De seguro está vinculado a comedores solidarios u otras acciones de caridad —habló Maximilian, compartiendo la confusión.

Craig movió la cabeza.

—No, no. Eso sería un voluntariado, muy natural entre las señoras, por cierto.

Fátima no terminaba de comprender. Se llevó una mano al pecho.

—¿Ella ejerce un oficio *público*?

—Y remunerado. Eso es un *trabajo*, sí —corroboró el barón otra vez, tranquilo, pero comprendiendo cuán extravagante podía ser la situación—. Tiene un cargo permanente en el Departamento de Botánica de la Universidad de Cambridge. Fue la primera ilustradora colegiada de Inglaterra tras colaborar con el naturalista Charles Darwin.

—*That's remarkable* —lanzó Max, moviendo la cabeza—. ¿Darwin? ¿No es quien tiene a los teólogos de cabeza con esa teoría de la selección natural de las especies?

—El mismo —respondió Craig, alzando las cejas—. *Uncle* John conoció a *aunt* Laura cuando el *HMS Beagle* estuvo en Valparaíso en 1834. Darwin y su equipo fueron agasajados en la hacienda de mis padres.

—Una mujer que trabaja… —balbuceó Fátima.

—Más admirable aún es que lord Rothschild haya dado su venia…

—Él ha sido su mayor impulsor. Incluso consiguió que *aunt* Laura pudiese administrar su propio salario. El señor Stuart fue justamente quien lo asistió en tribunales para lograr aquello.

—No sabía que existiese en el mundo jurisprudencia parecida —admitió Max, de pronto deseoso de quitar el vaso de *bourbon* de la mano de Craig para apurarlo en su propia garganta—. Si me permite, haré una petición formal de audiencia a lord Rothschild cuando arribe a Chile. Sería un honor conocer tan inéditos pormenores.

—Imagino que estará encantado de compartirlos. Es un logro que les enorgullece.

De pronto, la voz de Helena se oyó entrando en el salón desde la terraza, y el joven barón, atento a ese sonido como si fuese su propia respiración, volteó para seguirlo. Se disculpó por terminar tan abruptamente la conversación, hizo un gesto de cabeza hacia su cuñada y se alejó.

Fátima Aguirre Vanderbilt abrió su abanico y lo agitó con fuerza

bajo su mentón, pensando. Maximilian frunció el ceño.

—¿Sabrá su padre el tenor de la familia con la que está por emparentarse? —le susurró.

A ella el asunto también le hacía gracia. Un poco.

—Si observa cuán miscelánea es nuestra concurrencia hoy, concluirá que para mi padre un alto cargo o una buena fortuna hace tolerable cualquier ideología política. Es mi madre quien primero ve ideales y luego bolsillos.

—Encomiable convicción —reconoció él.

—Estaría de acuerdo, si no fuese porque para ella hay ideales y… bueno, *ideales*.

Aunque era un recién llegado a esa particular burbuja de la alta sociedad chilena, el estadounidense podía adivinar que sus *ideales* no estarían en suficiente concordancia con los de la señora Vanderbilt.

—Me alegra estar parlamentando con usted y no con vuestra madre, entonces, o quizá ya me hubiera ordenado regresar a pie hasta la Recoleta.

Fátima lo miró un momento a los ojos, intrigada.

—Aun los jóvenes más radicales, como el señor Vicuña Mackenna o los hermanos Matta, no se aventurarían a hablar de voto femenino con tanta soltura como usted, y menos con una mujer. Ciertamente mi esposo sería el primero en reprobar mi atrevimiento. Agradezco su civilidad.

—Uno de los beneficios de confraternizar con la colonia estadounidense es no tener que estar de acuerdo con la reina Victoria —apuntó, y hasta cierto punto no bromeaba, pues la soberana de Gran Bretaña había sido una de las grandes detractoras de la expansión de los derechos femeninos, entre ellos el voto político.

—Sabe a qué me refiero —dijo ella, suave—. Por favor, acepte mi gratitud.

—*Alright then* —sonrió, aunque tuvo que desviar la mirada, repentinamente acalorado. Ajustó su corbata de seda, la cual no necesitaba ajuste, y agregó—: Tan solo prométame que nunca hará nada descabellado motivada por sus ideas. No me gustaría que terminase como Olympe de Gouges.

Ella subió una ceja, admirada.

—Únicamente un activista conocería el nombre de Olympe de Gouges…

—Fátima, ¿sigues importunando al señor Bonecraft?

Étienne levantó la voz tras ellos, a suficientes pasos de distancia, lo que dio a la chilena el tiempo justo para borrar de su semblante cualquier rastro de haber disfrutado de la última media hora. Apenas el francés llegó hasta ellos, Maximilian le hizo un gesto de cortesía un tanto forzada, irguiendo su postura, mientras Fátima se sentaba en el brazo de un sillón normando, haciendo malabares con su falda.

—Buenas noches, señor Clermont-Tonnerre.

—La señora Hernández de Sessé me ha alertado que se ha quedado usted aprisionado aquí con el parloteo de mi mujer.

En realidad, María del Pilar había ido hasta Étienne para informarle que su esposa estaba hablando animada y reprensiblemente con un hombre metodista y divorciado, lo que podía considerarse un pecado grave.

—*Aprisionado* no, pues nadie me ha obligado a…

—¿Es realmente divorciado? —le preguntó de pronto, mirándolo no con el desprecio de otros católicos presentes sino con la curiosidad con que se observa a un adefesio de circo.

—Lo soy —respondió, tratando de escudriñar en el gesto de Clermont si aquello significaba para él algún grado de rivalidad.

Más bien encontró indiferencia.

—Pues bien, ya puede regresar con los suyos.

—Se lo agradezco, y si necesita saberlo, su esposa se ha apiadado de mi calidad de novato en Santiago y procedió a orientarme con información valiosa que me será muy útil —le aseguró. Neutralizó su gesto al igual que su interlocutora y se volvió hacia ella—. Recuérdeme, entonces, señora Aguirre. ¿Dónde podré encontrar al sastre?

Ella se sorprendió de cuán rápido le siguió la corriente.

—En la Calle de los Huérfanos. Monsieur Caut ha sido el sastre de nuestra familia por décadas, puede ir en nuestro nombre y será atendido con excelencia. Su aprendiz, monsieur Pinaud, es igualmente talentoso. No se arrepentirá.

Maximilian maquinó una sonrisa protocolar, reverenció a Fátima y

luego, con otro gesto hacia Étienne, se retiró del salón en busca de sus connacionales. El francés ni siquiera lo siguió con la mirada.

—¿Estás ya cansado, querido? —le preguntó ella, haciendo un esfuerzo sobrehumano para parecer relajada—. Puedo decirle a mi padre que nos retiraremos por hoy…

—Tú puedes hacer lo que quieras —dijo él, sin mirarla—. Solo entré a buscar más *whisky*. Una hora más de brindis y lograré que el embajador Lauvergne me ofrezca un viceconsulado.

Ella sonrió como si aquello le importase.

—Podría acompañarte…

—Por supuesto que no.

—O quizá esperarte en mi habit…

—*Hey*, tú —gritó, deteniendo acto seguido a un lacayo que iba hacia la cocina con platos sucios—. Necesito dos botellas de *whisky*.

—Creo que ya se han consumido todas, señor…

—Pues no sé cómo lo harás, pero tendrás que conseguirlas —le ordenó, apuntándolo con el dedo—. Las quiero en diez minutos en la terraza, o para mañana ya no tendrás empleo.

—Pero… señor…

Étienne se fue sin decir nada más o despedirse. El criado casi bota su bandeja por la confusión y nerviosismo, pero Fátima se reincorporó y fue hasta él justo antes de que quebrara unas cuantas copas.

—Ve al escritorio de mi padre —le susurró mientras lo ayudaba a reordenar los trastes en la bandeja—. Siempre guarda botellas de *whisky* en el armario del fondo. Yo le explicaré después.

El joven le agradeció unas cinco veces y salió disparado hacia el corredor.

—Ha sido una velada espléndida, señora Aguirre.

La silueta hermosamente abultada de Luisa Piermattei apareció a sus espaldas, del brazo de su embobado marido. Helena iba con ellos.

—Me alegro de que hayan venido —le sonrió Fátima, cansada.

—Nos veremos mañana.

—Mañana, sí.

—*Ave María Purísima…*

—*… sin pecado concebida.*

Lena también le sonrió a su hermana, indicándole con la mirada

que ella acompañaría a los italianos hasta su carruaje. Fátima asintió, otra vez notando cómo sus ojos se posaban en el vientre de la extranjera sin poder controlar el impulso. A menudo pensaba que no le importaría tanto el amor inexistente de su marido si al menos tuviese el amor incondicional de un hijo. Algunas mujeres contaban con la bendición de ambos. También pensaba en qué dirían damas tan amables y distinguidas como Luisa Piermattei cuando la viesen el domingo acarreando un vilipendiado buzón…

Una hora después, con la puerta de su habitación entreabierta y el candil encendido, Fátima se recostó sobre su cama con nada más que una delgada camisola de lino, perfumada en esencia de almizcle. Hizo todo lo que hacía cada noche, según las instrucciones que su madre le había dado el día antes de casarse. Desnudarse, perfumarse, dejar la puerta entreabierta y esperar. Esas eran las señales correctas que una mujer debía dar a su esposo para hacerle saber que el contacto físico sería permitido. Todo esposo las conocía. No era necesario que ella supiese más detalles; llegado el momento, él le diría qué hacer.

Pero Étienne nunca le decía qué hacer… pues nunca llegaba.

La vela se consumió por completo y Fátima se quedó dormida. Como todas las noches de los últimos dos años.

IX

8 de noviembre de 1863

—¿Vas a perdonarme algún día?

—Beltrán, no ahora…

—¡*Shhh*! —les pidió la señora Vanderbilt, arrugando la frente y presionando con violencia su dedo índice contra sus labios.

—Tan solo dime si vas a perdonarme. Estoy sufriendo aquí. Subiré a cantar y equivocaré todas mis notas si no me perdonas.

Fátima sonrió divertida bajo su mantilla, esperando que su madre no se hubiese dado cuenta.

—Te amo, ¿está bien? No tengo nada que perdonarte.

—¿Esa es la respuesta protocolar o la sincera? No me hagas buscar un abogado.

—¿Van a callarse o no? —les pidió Helena en un susurro—. Me hacen perder las cuentas…

—¿Cómo te ayudo, amor mío? —dijo Craig a su lado, anonadado por la cantidad de personas en el templo y completamente perdido frente a esa especie de rezo que las mujeres realizaban con una cuerda de nudos en sus manos.

Se escuchó la voz ronca de Jertrudis Sierra a la distancia: «Dios te salve, María, llena eres de gracia…».

—Rezas el rosario prácticamente todos los días, Lenita. ¿Cómo vas a perder las cuentas tan fácil?

Lena estiró su brazo y tiró un mechón del cabello de Beltrán. Él soltó una pequeña exclamación de dolor.

—Tercer *Ave María*, segundo misterio glorioso —le indicó Fátima a su hermana, con un hilo de voz hacia su hombro derecho, sin soltar su camándula de semillas de caoba. Entonces giró su rostro hacia su

hombro izquierdo—. Es mi respuesta sincera, Beltrán. Sé que no lo hiciste con mala intención.

—*Sí* lo hice con mala intención —murmuró él—. Simplemente no eras tú la destinataria de mi maldad.

Eran las seis y media de la tarde y el templo de La Compañía ya estaba muy abarrotado. Según el hermano Bianchi, jesuita muy anciano y sacristán de la iglesia, por la nave central circulaban más de mil personas, pues eran mil las estampitas del Mes de María que tenía por encargo entregar a los feligreses y ya las había repartido todas. Sabía que el padre Ugarte lo regañaría después por no haber impreso unas mil más, pero en conversaciones anteriores habían llegado a la conclusión de priorizar los gastos en decoraciones de flores, velas y lámparas de parafina. Al parecer era imperativo reorganizar el presupuesto, o al menos el acceso a los fondos, pues todas las donaciones las administraba Ugarte en persona y no dejaba que nadie metiese mano en las monedas.

Hasta el ocho de diciembre se realizarían misas cada miércoles y domingo, dos diarias según lo ya acostumbrado, debido a la gran afluencia de público que se esperaba en el mes dedicado a la Virgen. La misa del mediodía la dirigía siempre el padre Trimontino, mientras que la de la tarde era siempre de Ugarte, a las siete en punto. Esa era la más importante, pues era el horario de las familias acomodadas. Desde el año pasado el jesuita ya había notado la división natural de clases en ambos ritos, y aunque había oído las razones más diversas —«los pobres se levantan más temprano», «las mujerzuelas trabajan de noche, así que no les queda más que rezar de día»—, una de las más sensatas tenía que ver con el atuendo: de acuerdo a las directrices sociales imperantes, los vestidos de tarde podían ser más llamativos y lujosos que los diurnos, por lo que la misa de las siete se transformó en una exhibición permanente de poder. Al final, quienes tomaban las decisiones religiosas en las casas eran las mujeres, y ellas comenzaron a guardar sus mejores conjuntos ya no para las tertulias ni los paseos por la Alameda, sino para las misas vespertinas del Mes de María. No se verían joyas más deslumbrantes o telas más exclusivas que en la procesión entrante a La Compañía.

La única excepción a esto ocurría cada ocho de diciembre, ya que,

sin perjuicio de que los devotos pudiesen circular por la nave central y las capillas desde unas horas antes, se realizaba una sola liturgia eucarística al caer el sol. La idea era presionar a que todas las personas, sin importar procedencia o clase, concurrieran a esa última misa al mismo tiempo, para que así el movimiento de masas luciera suficientemente grandioso. En esos turbulentos tiempos en que las voces liberales adquirían cada vez más fuerza, la Iglesia católica también buscaba —y necesitaba— «exhibiciones de poder», siendo el cierre del Mes de María una de las más importantes del año.

—Disculpe… Mil perdones, disculpe usted…

Sinforosa Tagle de Zimmermann siempre llegaba tarde, y eso crispaba a Cornelia. La citación para todas las participantes de las Hijas de María se fijaba una hora antes de cada misa, pues era la forma más eficiente de reservar un espacio privilegiado en la nave central, justo frente al altar mayor y bajo la cúpula. Generalmente, el grupo se extendía hasta las capillas de las naves laterales, abarcando el altar del Prendimiento de Jesús a la derecha —momento de la Pasión en que Cristo fue arrestado por las autoridades romanas en el jardín de Getsemaní, después de la Última Cena— y el del Señor Crucificado a la izquierda, donde cabían, en total y de pie, unas trescientas mujeres, quienes rezaban el rosario en vigilia. Si no se llegaba a tiempo era muy difícil unírseles, pues avanzar entre centenares de abultadas crinolinas era un desafío mayúsculo. Por demás, la puerta más cercana al altar mayor no siempre estaba abierta y se encontraba a una considerable distancia: era un estrecho umbral en el muro oriente de la iglesia, el que daba a la Calle de la Bandera, ubicado entre los altares del misionero san Francisco Javier y el de san Luis de Gonzaga, patrono de la juventud. Llegar a La Compañía a las siete en punto significaba conformarse con quedar muy lejos del epicentro del rito, pelear un recodo pegado a los muros donde la voz del cura apenas se escuchaba y donde los pocos hombres concurrentes bostezaban o derechamente dormían, pues ahí en el perímetro era el único lugar donde había unas pocas sillas. El resto de la feligresía, abrumadoramente femenina, participaba de la misa de pie, de rodillas o sentadas en el suelo, utilizando alfombrillas de lana que ellas mismas acarreaban bajo el brazo para la ocasión.

Llegar tarde era una mala decisión para cualquier mortal. Pero no para Sinforosa.

—¿Dónde estabas? —masculló la señora Vanderbilt, enojada. La recién llegada, sudorosa bajo el manto negro que caía desde su coronilla, aprisionó su falda como un acordeón para avanzar en el tramo final hasta los Aguirre Vanderbilt, ganando las miradas de odio de Gregoria Jofré y Adelina Ovalle, pero también las divertidas de Josefa Argomedo de Soffia y Carmen Reyes.

Desenrolló su alfombra en un suspiro y la dejó caer en el suelo de piedra con tanto escándalo que ya no solo Helena iba a perder las cuentas del rosario.

—Se averió mi carruaje, Cornelia, y no es que pueda cambiar una rueda en estas pilchas.

Y con «pilchas» se refería a su exuberante vestido de falda gradual con flecos y escalopes en los bordes, corpiño terminado en punta con cuello alto y redondo, mangas de pagoda… todo armonizado con brocados florales en tonos de rosa, rojo, coral, azul y verde en un motivo naturalista.

—El padre Ugarte sigue en la sacristía, señora Tagle, así que arriba en buen momento —la saludó Fátima, sentada sobre su alfombrilla floreada, en primera fila junto a la reja que mantenía separados a los concurrentes de la gran área del altar mayor y la sacristía.

—Querida mía, qué felicidad tenerte de regreso. Los franceses no te merecen. Después de misa tienes que contarme toda tu aventura.

Sinforosa, de unos setenta años, tenía ocho hijos, de los cuales ya estaban todos casados y ninguno vivía en Chile. Luego de quedar viuda con una gran fortuna a cuestas, decidió gastarla con entusiasmo en fiestas y lujos, en lugar de guardarla para su primogénito. «Ese malagradecido no merece ni un centavo. Me reiré desde mi tumba cuando quiera regresar a Santiago a reclamar algo y se encuentre con que los últimos pesos se los regalé a algún menesteroso», había dicho una vez en una reunión de las Hijas de María. Si no fuese porque sus donaciones mensuales para La Compañía se contaban entre las más cuantiosas, de seguro Ugarte ya le habría bloqueado la entrada.

—Excelente elección de guardarropa, señora Tagle —opinó Beltrán, con un gesto de cabeza—. Muy colorida. Mi madre insiste en

verse de pompa fúnebre.

—Es una misa *so-lem-ne* —se defendió Cornelia, estirando los pliegues de su elegante vestido gris con encajes negros.

—Me vestirán de negro solo el día de mi muerte —declaró Sinforosa, sonriendo.

—Es una excelente idea, la aplicaré yo también —anunció Craig, y ante su voz la septuagenaria pestañeó varias veces.

—¡Barón! No lo había visto ahí. Buenas tardes, Su Excelencia. Perdone que no le dedique la reverencia adecuada, pero en este encierro con suerte hay espacio para arrodillarse, menos para ese tipo de cortesías…

—Pero sí hay espacio para mi aparatosa silla. ¡Oh, la ironía!

—Hay espacio porque *hacemos* espacio, llegando mucho antes que todos —le recordó Helena a su hermano.

—Suerte la mía que madre no me dejó estacionado aquí a las tres para la misa de las siete.

La señora Tagle soltó una leve carcajada que fue callada inmediatamente por dos mujeres tras ella. Pidió disculpas y regresó la mirada hacia Beltrán.

—Te ves bien, muchacho. También me alegra que estés tú de regreso, la misa del año pasado no fue igual sin ti. Eres la estrella hoy. ¿Nos deleitarás con la pieza de siempre?

«La estrella de hoy es nuestra Virgen Santísima», dijo la señora Vanderbilt entre dientes, a lo que Helena y Fátima eludieron su mirada para no discutir.

—Dejaré descansar a Mozart esta vez. Les brindaré un *lied*, el *Ellens dritter Gesang*, de Franz Schubert.

—La *Tercera canción de Ellen* —tradujo ella, haciendo uso del alemán que había aprendido con esmero para comunicarse bien con su ya fallecido esposo, el magnate de las minas de plata Kaspar Zimmermann—. Y si es un *lied* es un poema. ¿De quién?

—De sir Walter Scott, incluido en *La dama del lago*. En la historia, el personaje de Ellen canta a la Virgen para invocar ayuda divina y así salvarse de la venganza del rey James contra su padre…

Sinforosa suspiró.

—Qué tristeza que no haya un buen órgano aquí, como el de la

catedral. Sería el añadido perfecto.

—No se preocupe, señora Tagle. La voz del hombre es el instrumento musical más perfecto del mundo.

Y aunque realmente creía en lo que dijo, no era excluyente a pensar que sí le caería muy bien el acompañamiento de un órgano como el Flight & Son que se utilizaba en las misas de la Catedral de Santiago, especialmente diseñado en Inglaterra e inaugurado en la Semana Santa de 1850. El templo de La Compañía se había siniestrado tantas veces que los jesuitas jamás consideraron prioritario invertir dinero en minucias musicales.

Ella juntó sus palmas varias veces en un aplauso sutil.

—Entonces no dudo de que será un espectáculo maravilloso.

—Gracias, pero si el hermano Bianchi no llega pronto, tendré que pedirle a usted que me ayude a saltar la reja, y eso se vería peor que cambiar la rueda de un carruaje.

El momento de fama de Beltrán siempre sucedía justo al comienzo del rito, pues recaía en él la responsabilidad del canto de entrada para la caminata ceremoniosa de los sacerdotes —en este caso, el padre Juan Ugarte acompañado del nuncio Alejo Eyzaguirre, quien estaría a cargo del sermón— desde la sacristía y subiendo la escalinata hasta el altar mayor. Sin embargo, el joven Aguirre no podía llegar a la ubicación requerida —no en el *retroquire* esta vez, sino en altura junto al altar mismo— hasta que el sacristán le permitiese entrar a la zona del presbiterio. Estaba prohibida para el común de las personas salvo situaciones excepcionales, como la de ese día. Él manejaba las llaves de todo lo que tuviese algún cerrojo en esa iglesia, incluyendo la dichosa reja de la nave central tras la que más de un millar de mujeres esperaban por el inicio del Mes de María. Era un tipo de separación forzosa que ya no se usaba, que remitía más bien a las tradiciones eclesiales del siglo XVIII, pero por alguna razón los jesuitas habían decidido añadirla en la última restauración. Igualmente, no era un enrejado de aspecto gótico o romántico, ni muy elegante o elaborado, sino más bien plano, sin muchos recovecos y de dos varas de altura. El sentimiento general era que se trataba de un estorbo de hierro bajo la cúpula, pero la presión de la feligresía no había logrado persuadir a quienes tomaban las decisiones.

La otra complicación era que Beltrán requería la ayuda de al menos tres mujeres para poder moverse hasta su lugar asignado. En eso su madre y hermanas tenían práctica de sobra, y estaba seguro de que el barón Rothschild insistiría en involucrarse, pero odiaba tener que pedirles un acto de fuerza y destreza para el que ya tenía un excelente asistente… Asistente que, en este preciso minuto, debía de estar sentado bajo el único árbol de la plazuela frente a La Compañía, esperando.

Remigio no tenía permitido entrar.

Había nacido con el nombre de Tánkelou, que significaba «con la fuerza de cuatro hombres» en aonikaish, la lengua natal del pueblo aónikenk, aunque él apenas recordara cómo debía pronunciarse. Lo arrancaron del abrazo de su madre a los siete años, en una redada que aprisionó y vendió a un grupo de nativos como esclavos durante la construcción del fuerte Bulnes en el estrecho de Magallanes en 1843. Los miembros de esta etnia patagona eran particularmente codiciados por su corpulencia y resistencia, ya que su clima de origen eran las gélidas tundras del extremo austral de Chile. Tánkelou —o Remigio, nombre cristiano que le asignó su captor— adquirió la altura y musculatura de un hombre adulto a los doce años, y para entonces fue cedido a Segismundo Aguirre en el puerto de Ancud a cambio de un cargamento de cebada. El patriarca solía decir que la mismísima Providencia se lo había enviado: su primogénito Beltrán había nacido con una extraña malformación en su columna que le impedía caminar, y para ese momento ya era un adolescente inquieto que necesitaba de dos o tres criados para cualquier traslado, incluso para lograr su higiene diaria. El señor Aguirre siguió una corazonada, llevó a Remigio a Santiago y se lo presentó a su hijo. Congeniaron de inmediato. Se comunicaban sin palabras. Remigio lo levantaba de su silla con la facilidad de una polea y Beltrán confiaba más en el indígena que hasta en su propia madre. Eso sí, el joven Aguirre exigió dignidad para él: recibiría dos comidas calientes al día, un jornal como el de cualquier otro criado y dormiría en las habitaciones del servicio. Su padre aceptó sin pensar, no solo porque le parecía un trato justo, sino porque la esclavitud era ilegal en Chile desde hacía décadas, y no podía arriesgarse a contaminar sus negocios con una

acusación de esa naturaleza.

Remigio no recordaba cómo pronunciar bien su nombre aónikenk, pero sí recordaba a su Dios. *Kooch*. Cuando años después Cornelia exigió a su marido que el «indiecito» recibiese el bautismo católico, Beltrán protegió a su guardián y amigo: pidió que se respetase su espiritualidad de origen mientras no dañara a nadie ni la demostrase en público, tal como la ley vigente lo estipulaba. Segismundo estuvo de acuerdo, y no se arrepentía ni le pesaba esa decisión gran parte del año… Salvo durante el Mes de María.

—Señorito Aguirre… ¿Ya está listo?

La silueta encorvada del hermano Bianchi apareció sigilosa tras la reja. Sonrió a los Aguirre Vanderbilt con sus labios arrugados y algunos dientes de menos.

—Listo.

El primero en levantarse fue Craig, lo que generó un murmullo inmediato a su alrededor.

—Barón, por favor, siéntese —le pidió Cornelia—. No es correcto que usted realice esta labor. Con mis hijas ya tenemos experiencia.

—Lo que no es correcto es que usted tenga que levantar setenta kilos de peso —refutó él con su tono dulce de siempre—. Quédese y rece a María por mí. Yo llevo a su hijo.

—¿Le gustan los problemas, eh, barón? —lanzó Beltrán, divertido, mientras el sacristán abría la reja. Helena y Fátima ya tenían asida su silla por los costados.

—Estoy siempre a tu servicio, *hermano* —dijo, inclinándose y levantando su cuerpo como si llevase a una damisela desmayada.

—Comienzo a envidiar a Lenita en estos momentos…

Sus hermanas rieron bajito. Craig cruzó la barrera primero, caminando por la explanada de piedra hasta la escalerilla que daba al altar mayor, cubierta de mármol blanco. En el estrado había un espacio lateral para situar la oronda silla de ruedas, así que sus hermanas acarrearon el aparato peldaños arriba, con sus voluptuosas enaguas como obstáculo adicional. El barón subió tras ellas, depositando luego a Beltrán sobre el mullido capitoné interior, firma de las reconocidas sillas Bath. Recibió un «gracias» y compartieron sonrisas.

El hermano Bianchi, aferrado al tintineo de su manojo de llaves, presionó a los intrusos para que volviesen a sus lugares. Craig y Helena se apresuraron a obedecer, pero Fátima se tomó unos momentos más para asegurarse de que el traje de su hermano luciese impecable.

—Entonces, volviendo a lo nuestro…

—Hermano mío, te lo ruego —moduló Fátima, fingiendo cansancio con una mueca mientras estiraba las arrugas de su chaquetilla bordada —. Te amo y te perdono. ¿Así está bien?

—Nunca quise incomodarte…

—Lo sé.

—Solo buscaba enfurecer a padre…

—Lo sé.

—… porque él no tiene derecho a robarme la posibilidad de encontrar mi propia labor…

—Lo sé.

—… y porque odia que el mundo se entere de lo brillante que eres…

—Beltrán…

—… así como odiaría saber que mi diploma siempre ha sido tuyo.

Ella borró la sonrisa bruscamente. Luego revisó a su alrededor, por si alguien estuviese escuchando. El ser humano más cercano era el sacristán, y Fátima estaba segura de que esos ancianos oídos eran inofensivos.

—Ya hablamos de esto —lo apuntó, perdiendo el tono conciliador por uno más duro—. Esa es una línea que no puedes cruzar. Lo sabes.

—Es que… es tan injusto…

—Es como tiene que ser, así que, por favor, no quiero oír más sobre este asunto. Me lo prometiste antes de que embarcáramos rumbo a Chile, ¿recuerdas?

—Sí, pero Fati, yo…

Al otro extremo del altar y el estrado, en el muro poniente de la iglesia, ruidos alertaban que la puerta de la sacristía estaría por abrirse.

—Estás listo. Te dejo…

—Al menos dime cómo puedo resarcirme —le dijo, tomando su

mano para que no se alejara—. Sé que tengo tu perdón, pero eso no alivia mi conciencia.

Ella sostuvo su mirada. No era propio de ella pedir nada a nadie, nunca, pero si él lo ofrecía con tanto ahínco…

—¿Recuerdas el Buzón de la Virgen?

Beltrán levantó una ceja.

—¿La sucia urna que está en la capilla de las Hijas y que recibe los más indecorosos pecados de la feligresía?

Fátima asintió, arrugando un párpado.

—Se me ha asignado su tutela.

El joven abrió los ojos y la boca al máximo, luchando para no estallar de pronto en carcajadas.

—Qué… diablos… hiciste…

—No quieres saberlo…

—Oh, claro que sí —la contradijo, exaltado—. Soy tu hermano mayor y exijo los detalles de este chism… pecado. Tuvo que ser grave. ¿Te comiste las ostias del sagrario? ¿Robaste las donaciones del día? Espera. ¿Proclamaste que la parábola del Hijo Pródigo es inmoral en su esencia? Esa discusión es para valientes…

—¡Esto es serio!

—¡No tengo dudas! Pero estaría dispuesto a masticar mis propios calcetines antes de creer que eres capaz de hacer algo malo en el mundo. ¿De qué te acusa Ugarte?

La puerta de la sacristía se estaba abriendo.

—Escúchame. Si quieres resarcirte, pasa por la capilla algún día, escribe algo lindo y ofréceselo a la Virgen. Parece un gesto pequeño, pero me ayudaría muchísimo.

Beltrán apagó levemente la diversión que lo motivaba y asintió. Ella le acarició la mejilla y él, dedicándole una última mirada cómplice, le besó los nudillos.

Fátima bajó los peldaños lo más rápido que pudo, agradeció al hermano Bianchi y cruzó la reja. El jesuita la cerró ruidosamente tras ella. A pesar de lo ajustado del espacio, Helena y Cornelia lograron empujar suavemente a otras devotas para que Fati regresara a su alfombrilla. Entonces supieron que el padre Ugarte había hecho ingreso al área del altar mayor, pues la voz de Beltrán llenó de pronto

cada rincón.

gratia plena
Maria, gratia plena
Maria, gratia plena

Desde la reja y hasta el fondo del templo, como una ola en el océano, cientos de mujeres comenzaron a arrodillarse. Ya no se distinguían vestidos ni joyas, sino una masa homogénea de mantillas negras que cubrían cabezas gachas en actitud de oración. Las apostadas más atrás, cerca de la entrada principal de la iglesia en el área sur, jamás llegaban a oír bien el sermón del sacerdote, pero sí escuchaban las interpretaciones de Beltrán Aguirre Vanderbilt. Siempre. Era difícil de explicar cómo una voz tan fuerte, tan profunda y melodiosa saliese de un cuerpo enjuto y malogrado como el de aquel joven anclado de por vida a una silla de ruedas. Era un tenor magnífico, solo comparado con solistas de algunas compañías extranjeras que se presentaban en el teatro Victoria de Valparaíso o el Municipal de Santiago, y cuyo talento parecía relegado al deleite exclusivo de Dios, pues no se le conocían otras presentaciones más que en las misas insignes del Mes de María…

Ave, ave dominus

Dominus tecum
Benedicta tu in mulieribus…

Fátima, agradeciendo en su interior el poder presenciar el talento sublime de su hermano, elevó la vista un segundo. Admiró el colosal Cristo crucificado a espaldas de los sacerdotes y luego el techo de gruesos listones que enmarcaban la cúpula central, así como los diminutos respiraderos por donde entraban retazos de luz que no alcanzaban para dar suficiente brillo al interior, necesitándose siempre, día y noche, enormes candelabros de bronce y alabastro, arañas de hierro con luces de estearina y parafina y suficientes lámparas de aceite colgadas de los arcos para no tropezar de bruces con algún otro feligrés.

Al bajar el mentón para regresar a su postura de oración, captó algo. Frente a ella, Beltrán cantaba apasionadamente con sus brazos en alto y su mirada en la concurrencia… Pero no era una mirada vaga, sino fija, específica en un punto, sonriente.

No pudo con su curiosidad y giró suavemente su torso hacia atrás. Del millar de espectadoras, ninguna miraba hacia el altar, todas hacia el suelo… Salvo un grupo al centro de la nave principal. Eran cuatro mujeres y un joven. Sus pómulos sobresalientes y cabello rubio eran familiares para Fátima: de seguro era algún amigo de Beltrán que ella ya había visto antes. Y aunque las mujeres eran absolutas desconocidas, sí podía concluir algo innegable: por el rojo furioso pintado en sus labios, eran meretrices de algún burdel santiaguino.

Arrodilladas, abrazada la mayor con las más lozanas, observaban al primogénito de los Aguirre con cariño y orgullo. El joven que las acompañaba tenía un gesto aún más sobrecogedor. Su camisa de lino y chaqueta corriente eran indicadores de clase baja, por lo que todo ese grupo estaba desafiando el horario socialmente acordado para «los de su tipo».

No estaban ahí por el rito ni por la comunión. Estaban ahí por Beltrán.

Benedictus fructus,

fructus ventris
Ventris tui, iesus

Fátima, quien había sido educada en la idea de que la prostitución era un oficio del demonio y sus «ejecutoras» no tenían salvación eterna posible, dudó por primera vez. Tanto amor en sus miradas era inverosímil. Las meretrices no sabían amar, según su madre. Lo mismo decía Ugarte. Merecían el desprecio irrestricto de todo ciudadano de bien…

Sintiendo la contradicción en su garganta, Fati sonrió, sumando a su agradecimiento interior el que muchas más personas, y no solo su familia, pudieran apreciar el don de su hermano. Más personas, cualquier persona, incluso las despreciadas. Quizá esa era una forma de salvarse.

X

8 de noviembre de 1863

Se decía que el Hijas de María de Santiago tenía casi ocho mil mujeres inscritas —sacaban las cuentas a través del testimonio de José Sandemetrio, el orfebre que confeccionaba las «medallas milagrosas» para las asociadas—, pero a las sesiones diarias llegaban no más de treinta o cuarenta. Al padre Ugarte no le molestaba ese número, pues un grupo acotado era más fácil de controlar, y mientras las otras miles abarrotaran La Compañía para las misas importantes se cumplía igualmente el objetivo. Como ese domingo en que, si bien llegaron unas mil quinientas devotas al rito de inicio del Mes de María, una vez terminado se quedaron cerca de cuarenta. Pusieron sus alfombrillas en círculo al centro de la nave principal, cerca de la araña de hierro con decenas de velas goteantes, y se sentaron a esperar.

Aún quedaban algunos rayos del atardecer entrando por la puerta principal cuando, discretamente, el hermano Bianchi se acercó a Fátima.

Era el momento.

—Cuando el hermano Ugarte me avisó de esto, pensé que era una mala broma —empezó a hablar el anciano, mientras caminaban juntos por la nave lateral poniente—. Es la penitencia más extraña que he oído.

La pequeña entrada desde el interior de la iglesia hacia la capilla de las Hijas de María estaba junto al altar de san Francisco de Paula. El vestido de gran diámetro de Fátima apenas cabía por el umbral.

—No tengo permitido cuestionar mi penitencia —respondió ella,

triste.

—Claro que no, pero yo sí —acotó él—, aunque ya nadie escuche a este viejo.

Ruibarbo Bianchi debía de estar cerca de los ochenta años, una edad en la que se perdía casi toda movilidad, y sin embargo el jesuita se movía con la agilidad de sesenta. Lo delataban sus manos arrugadas, su calvicie y su joroba, su hábito sencillo de paño y cuerda, así como sus historias sobre religiosos de la Orden que ya habían muerto hace mucho, y que, según él, seguían deambulando por el templo. «Al hermano Castaneda le gustan mucho las campanas», le explicaba a quien preguntase, cada vez que decía que se encontraba con él en el campanario. El problema era que Castaneda había muerto de tifus en 1839.

Fátima amaba oír sus historias y sus consejos, y su opinión sobre este deshonroso asunto le proporcionó algo de alivio.

—¿Qué acto de contrición hubiera sugerido usted? —quiso saber ella.

—Ni idea, niña, pues no conozco tu pecado —aclaró él, deteniendo el arrastrar de sus sandalias junto a la escultura de la Inmaculada Concepción—, y tampoco quiero saberlo. Aunque voy a adivinar y decir que el hermano Juan debe de haber exagerado tu falta. ¿A que no, María Santísima?

En lugar de bajar la mirada, la señora Aguirre se distrajo al ver al religioso acercarse con tanto cariño a la escultura y acariciar el pie desnudo de la Virgen, susurrándole un «Ave María Purísima». Ella hizo lo mismo.

—Solo quiero recuperar el favor de Dios —murmuró, elevando el mentón para observar el rostro lozano de la escultura.

—Jamás lo has perdido, pero ese es un secreto entre tú y yo —le dijo, guiñándole un ojo—. Las penitencias son para que nuestras conciencias queden tranquilas tras saber que hemos pecado. El Todopoderoso no necesita tanta parafernalia.

—El padre Ugarte diría todo lo contrario…

—Y bueno, por algo soy tan solo el sacristán y él es el párroco.

Sonrió cuando lo dijo, pero Fati estaba segura de que había algo de amargura en eso. El hermano Bianchi había sido un estupendo párroco

por décadas, muy querido, pero no tenía los contactos con la alta sociedad ni la retórica convincente de Ugarte. Degradaron su rol a la sacristanía cuando el catolicismo comenzó a ser cuestionado y tambaleaba su poder.

Un simple siervo de Dios no movía masas. Un operador político, sí.

—Entonces… El dichoso buzón.

Con su brazo apuntó al costado del altar de piedra donde descansaba la escultura. Desde su sitio, Fátima veía perfectamente un boquete rectangular protegido con una rejilla de hierro.

Él tomó su manojo enorme de llaves, buscó entre varias plateadas o ennegrecidas y se detuvo en una. La quitó suavemente del aro de estaño con que las sostenía y la extendió hacia la joven.

—¿Una llave?

—La llave de todas las llaves —pronunció él—. Por mandato del padre Ugarte, yo debería venir aquí todos los días a esta hora para acompañarte a retirar el buzón, y luego esperar a que la sesión de ustedes termine para volver a dejar la urna donde estaba. Creo que es un protocolo innecesario y, sin ofender, ya tengo suficientes labores que realizar por aquí.

Por fin ella entendió.

—¿Me está confiando la llave del altar de María?

—Es una llave maestra, de hecho —le explicó, apuntando al trozo de metal en la palma de su mano derecha—. No solo abre la rejilla de este altar sino la de los otros dos altares huecos en esta iglesia.

—¿Hay más de uno? —se sorprendió Fátima.

—Esta iglesia se ha derrumbado y reconstruido tres veces… La Compañía es una ruina viviente, muy bien decorada, pero ruina al fin.

La costumbre era que los altares fuesen bloques sólidos de piedra, reforzados en madera o mármol, así que el de esa capilla era una anomalía. Era completamente hueco, con espacio como para que se escondiese un niño pequeño, y ahora servía de «escondite» para la urna de los pecados. Fátima jamás consideró que habría más «anomalías».

—No sé si seré merecedora de tanta responsabilidad —opinó ella, recibiendo la llave con sus manos juntas. Era una pieza de bronce de forma cilíndrica, con dos paletas y un código de dientes en la paleta

externa.

—Creo que puedo confiar en que no te robarás los candelabros que se guardan en el altar del arcángel san Rafael ni los botellones de agua bendita bajo el altar mayor.

Ella sonrió.

—Pondré a prueba mi autocontrol.

Él sonrió también, dándole una palmada suave en la mejilla.

—Cuelga la llave junto a tu medalla milagrosa, así nunca la perderás. Y cuando esta penitencia ridícula termine, me la devuelves.

Fátima obedeció en el acto. Quitó la cadena de plata por sobre su cabeza, sin dañar su peinado, abrió el broche y añadió la llave.

—Gracias, padre Bianchi.

El jesuita no escuchaba que le llamaran «padre» desde hacía muchos años. Se aguaron sus ojos.

—*Ave María Purísima…*

—*… sin pecado concebida.*

En lugar de regresar a la nave principal de la iglesia, Bianchi salió de la capilla de las Hijas de María por el acceso hacia la calle. Fátima lo siguió con la vista hasta que desapareció a contraluz.

Persignándose y suspirando, fue hasta el costado del altar y se acuclilló. La rejilla de fierro que protegía el hueco tenía un diseño barroco y un cerrojo donde perfectamente pudo haber habido una simple aldaba. ¿Quién querría robarse un montón de cartas pecadoras?

Calzó la llave y escuchó el clic. Luego la sacó y volvió a poner la cadenilla en su cuello. Al descorrer la reja sonó un chirrido agudo y reveló la oscuridad dentro del bloque de piedra. Algo nerviosa, estiró su brazo hasta topar con otro bloque sólido, aunque más pequeño y muy diferente al tacto. Tomó una esquina y echó su cuerpo hacia atrás para retirar la caja por la abertura.

Era una urna mediana, liviana y de latón pintado. Tenía una ranura amplia en la parte superior que le permitía recibir los mensajes que las devotas deslizaban bajo la escultura de la Inmaculada. Quitó la tapa suavemente, y entonces vio unos veinte o treinta trozos de papel en dobleces cuidados y letras manuscritas que transparentaban su tinta. Antes de que ella viajara a Francia, al comienzo de la práctica

del Buzón de la Virgen, las cartas debían ir firmadas y selladas con cera de abeja o lacre, pero como ahora debían ser anónimas —se leían en público protegidas por el secreto de confesión, la única manera en que Ugarte podía otorgar penitencias a vista y oídas de todo el grupo —, el mensaje enviado había perdido formalidad. Y quizá dignidad.

Fátima se reincorporó con la urna en sus manos, las que temblaron sosteniendo el latón. Ella llegaría hasta sus compañeras acarreándola con sus dedos desnudos, cuando la costumbre era que la mano que dejaba una carta siempre iba enguantada, para no contaminarse de la olla hirviente de posibles perversiones…

—¿Señora Aguirre?

La voz venía desde la puerta principal. Era una silueta enmarcada en las últimas luces anaranjadas del día, por lo que no se distinguía muy bien bajo el umbral de piedra, pero su fuerte acento era ineludible.

Maximilian Bonecraft se quitó su sombrero de copa, arregló los lentes sobre su nariz y asomó su cabeza hacia la capilla, cuidando de dejar sus pies afuera.

—Señor Bonecraft —se sorprendió Fátima, sin atinar a moverse. En cualquier caso, esa esquina de la iglesia era tan pequeña que ni siquiera tenía que alzar la voz para que la escucharan desde la calle—. ¿Qué hace aquí?

—Ya sé lo que me va a decir, y no, no entraré. No quiero estallar en llamas.

Fátima sonrió tibiamente y bajó la mirada. Sí, a ella también le parecían absurdas esas leyendas para alejar a los protestantes de los templos católicos, aunque hasta los diez años lo había creído a pies juntillas.

—¿Es usted presbiteriano, como el embajador Nelson?

—Metodista.

—Ajá. Igualmente, no, no estallará en llamas. Ya lo comprobamos. Cuando era niña, un anglicano entró a la Catedral Metropolitana, paseó por horas y luego relató con detalle la belleza arquitectónica para el periódico *The Times* —contó, divertida—. El arzobispo hizo un escándalo nacional.

—Pues no he venido a escandalizar a nadie, así que, por las dudas,

no me verá cruzar este límite —le aseguró con cordialidad, apuntando con su sombrero a donde comenzaba el piso de piedra.

—Entonces vuelvo a preguntarle: ¿qué hace por aquí?

—Su doncella me dijo a dónde ir —explicó—. Dijo que las reuniones de las Hijas de María se llevan a cabo aquí, en La Compañía. No creí que la encontraría en mi primer asomo, pensé que tendría que esperarla toda la noche, pero ya ve usted. Esas galletas de nuez me siguen dando suerte.

Ella mantuvo la sonrisa, pero levantó una ceja.

—Estuvo en mi casa, entonces. ¿Buscaba a mi padre?

—Sí, pero esperaba tropezarme con usted primero.

—¿No quedó suficientemente convencido de apoyar el sufragio femenino?

Ahora él era el sonriente.

—No quedé suficientemente tranquilo al interrumpirse nuestra conversación de modo tan abrupto. Quería asegurarme de que todo estuviese en orden.

Era una forma exquisitamente diplomática de decir: «Quería saber si su marido ya contrató un esbirro para asesinarme o estoy a tiempo de pedir asilo en la Union Church». Ver a Maximilian ahí significaba que ya había sido instruido, por el embajador Nelson u otro de sus coterráneos, en que las iglesias chilenas estaban siempre repletas de señoras y escasos de señores. «El paganismo del culto a María atrajo a la mujer, pero al herir el austero ascetismo castellano, alejó a los hombres», expresaba el folletín del cronista Francisco Encina en su cobertura por el inicio del mes mariano. Y era cierto: los jesuitas habían creado un fenómeno sin parangón. Dios cedía el protagonismo devoto a su madre, y eso dividió los ánimos. Maridos y padres se rebelaron contra una fuerza que parecía incontrolable, minaba su autoridad y los separaba del afecto filial y conyugal. En la descarnada lucha entre progresistas y conservadores, el clero contaba con el favor de la gran mayoría de las mujeres, pero el rechazo de la mayoría de los hombres, lo que se traducía en apoyo en iglesias y calles, al tiempo que generaba un panorama cada vez más adverso en el congreso. Como únicamente los varones tenían derecho a influir en las decisiones del país, la secularización en Chile se consideraba una

realidad inminente.

—Todo está en orden —corroboró Fátima—. No tiene nada de qué preocuparse.

—*Okey, okey* —aceptó él, bajando los hombros.

Pasaron al menos diez segundos en que el estadounidense no se movió. Ella quebró el silencio.

—¿Algo más, señor Bonecraft?

—Sí, en realidad sí —admitió, incómodo—. La razón principal de venir a verla es porque necesito su consentimiento para aceptar la propuesta de su padre.

Lo había olvidado por completo. Segismundo había invitado a Maximilian a hospedarse en la casona de los Aguirre Vanderbilt de forma indefinida y el abogado lo había considerado y agradecido, antes de enterarse de que había cortejado sin querer a su hija casada, claro.

Fati sintió una leve taquicardia al visualizar la idea, pero no duró mucho.

—¿Cree que me opondría?

—Podría incomodarle, quizá. Y lo entendería.

—Pues aprecio que haya venido en busca de mi venia, pero no es *mi* consentimiento el que necesita, sino el de mi madre.

Arrugó el mentón.

—¿*Ella* se opondría?

—Seguro diría que una cosa es soportar extranjeros *impuros* por unas horas, pero otra es tener a uno como huésped. Para mi padre no es problema, como ya vio. Para mi madre, sería una tragedia.

Él cerró los ojos, asintiendo.

—Discúlpeme, tiene usted razón. Metodista y divorciado, soy el Diablo en persona.

—Lo siento mucho…

—Está muy bien, este es un país católico. Quien debe seguir las reglas soy yo.

Ella de verdad lo sentía. Hubiese querido con todas sus fuerzas decirle que ignorara a su madre, que a fin de cuentas las decisiones las tomaba siempre su padre y solo su palabra prevalecía…

—Antes de irme, dígame. ¿Qué es eso que lleva ahí?

Fátima bajó el mentón para recordar qué diablos llevaba pegado al regazo. Suspiró.

—Es un buzón… controvertido —dijo, cuidando muy bien las palabras que utilizaría—. Los feligreses lo usan para ofrecer a la Virgen algún pensamiento u acción que quieran purificar…

—¿Como pidiendo un consejo?

—Pidiendo un castigo —lo corrigió, sombría.

Le pareció perturbador, pero quería entender.

—Es un confesionario comunitario, entonces…

Los metodistas proclamaban tan solo dos sacramentos: el bautismo y la eucaristía. Cualquier otro, como el de confesión y penitencia, les parecía una frivolidad o un invento para el control de masas, muy en la línea reaccionaria propia del legado protestante.

—Es como un confesionario, sí —aceptó ella—. Es el Buzón de la Virgen, pero algunos lo llaman Buzón de las Impuras… Y me han asignado la labor de administrarlo.

Max apretó su sombrero a la altura de su pecho.

—Si tiene ese nombre, adivinaré que no le hace muy feliz la labor…

Fati movió la falda de su vestido como un péndulo, incómoda.

—Debo leer algunos de los mensajes en voz alta en nuestras sesiones y el padre Ugarte les designa penitencia.

—¿Ahí, en público? —se alarmó él—. ¿Eso no va contra el sacramento mismo?

—No si la identidad del pecador es resguardada. Las cartas son anónimas.

Relajó los hombros.

—Ah, ya veo. Entonces es divertido.

La mirada automática de Fátima debió ser fulminante, pues Max sintió que debía pedirle perdón de rodillas por su último comentario.

—¿Qué podría tener de *divertido* el leer horribles pecados ajenos? ¡O peor! Que se leyera aquel que sabes que es tuyo…

—Pero únicamente usted lo sabría, ¿no?

—¿Y eso no es suficiente?

Él levantó sus manos en señal de tregua.

—Solo digo que… Bueno, yo intentaría tomármelo con curiosidad

intelectual en lugar de pesadumbre.

—¿Curiosidad? Morbo, más bien —acotó ella, repentinamente molesta.

—No, *curiosidad* —insistió él, ubicando acto seguido su sombrero sobre su coronilla, señal inequívoca de que estaba autoinvitándose a retirarse—. En términos estrictos, en ese buzón no hay pecados, sino lo que otras personas *creen* que son pecados, ¿no es así?

John Wesley, fundador de las iglesias metodistas, solía decir que toda religión irracional era falsa religión, pues creía que la fe y el pensamiento crítico no eran prácticas contradictorias, sino perfectamente complementarias. La razón era un apartado fundamental de su credo, así como de la identidad de Max.

Unas campanillas sonaron nítidas y ansiosas desde algún lugar de la nave principal de la iglesia.

—Debo irme —murmuró ella, sin mirarlo esta vez.

—Por supuesto. Siento haberla interrumpido, señora Aguirre. Agradezco su sinceridad sobre el ofrecimiento de su padre. Hablaré con él para hacerle saber mi negativa. Buenas noches.

Al gesto de su sombrero, ella le reverenció sutilmente. Para cuando alzó los ojos, él ya no estaba.

Fátima avanzó rápido a través del templo, guiándose por las lámparas de parafina y las campanas que no dejaban de sonar. Abrazaba la urna con fuerza, pues peor que tener que acarrearla era que cayera al suelo y los mensajes saltaran disparados por las baldosas. «Pozo de podredumbre», le llamaba Ugarte. «Buzón de las Impuras», decían en la prensa…

Sentía una punzada en las sienes. ¿Por qué estaba tan molesta?

Estaba tan ensimismada en su última conversación que, solo cuando estuvo a centímetros del grupo, pudo darle sentido a su cuchicheo. Distinguió la voz de su madre, que de pie entre decenas de mujeres sentadas sobre sus alfombrillas hablaba sobre todas las actividades que las Hijas de María realizarían durante el mes mariano. Más de lo acostumbrado: turnos en la cocinería de los huérfanos, aseo y ornato del templo, repartición de estampitas puerta a puerta, además de la confección de flores de papel, guirnaldas, lienzos y todo tipo de ornamentaciones para la misa de cierre, el ocho de diciembre.

Ugarte, sentado en una poltrona sobre una tarima, observaba a las mujeres desde una pequeña distancia, pero a considerable altura.

—Necesitamos que el cierre del Mes de María de este año sea aún más espectacular que el del año pasado —les comunicó, en un tono severo—. No hemos asombrado hoy al nuncio, y es nuestro deber hacerlo. Tenemos treinta días para prepararnos.

—¿Qué críticas deslizó, padre? —preguntó Enriqueta Larraín—. ¿A quién?

—A *todos* —respondió—. Expresó su alegría por el número de concurrentes pero sostuvo que no era suficiente, pues aún se veían espacios vacíos por los costados. Que teníamos arreglos florales lindos pero no magnificentes, que la iluminación era acogedora pero escasa y pobre, a comparación de las celebraciones en Roma…

Hablaba con la mandíbula apretada, sin preocuparse en disimular su encono. Claramente el nuncio había tocado la peor fibra en el ego del jesuita.

—En la *Revista Católica* dijeron que el año pasado se había convocado a casi dos mil devotas en la misa del ocho de diciembre…

—Pues este año deben ser más —exigió, golpeando el brazo de su poltrona con los nudillos—. En *El Mercurio* tampoco han perdido ni un minuto para criticarnos. Han dicho que la nuestra es una fiesta pagana. ¡Pagana! —exclamó con el puño apretado—. ¡Prensa blasfema! Todo Chile debería sentirse insultado en su corazón más puro por pasquines insidiosos que no tienen temor de Dios…

Muchas de las mujeres presentes movieron sus cabezas en concordancia con Ugarte. Unas pocas se miraban entre sí, reticentes a la violencia verbal. Otras se preguntaban si el fervor por la Virgen María quizá podía ser interpretado, en toda lógica y justicia, como *paganismo*…

—Hay espacio para sumar algunas labores si logramos tener suficientes voluntarias —intervino Cornelia, mirando a sus compañeras con seriedad—. Empezaremos con los adornos mañana mismo. Necesitamos comprar papel entintado, varillas de madera, tules…

—Y muchas velas y nuevas lámparas de aceite…

—¿Necesitaremos más donaciones? —indagó Sinforosa, con su

mano en alto.

—Así es. El estado financiero de La Compañía es crítico —mintió Ugarte, al tiempo que escudriñaba su alrededor buscando al sacristán. No había señas de él. El anciano era perfectamente capaz del desatino de decir que no era cierto, que había suficiente dinero en las arcas, mucho más de lo que podrían gastar en una sola misa, por muy apoteósica que fuese—. Apenas quedan algunas monedas para la parafina de esta semana. Las donaciones se hacen más urgentes que nunca, así que deberán formar pequeños grupos y detenerse en las avenidas más concurridas para ablandar el corazón de los paseantes. Puerta a puerta también será útil.

—¿Servirían nuestras joyas? —ofreció Eulalia Pardo, tomando con sus dedos el collar de perlas enrollado en tres vueltas alrededor de su cuello.

Ugarte alzó la nariz.

—Por cierto que servirían, señorita Pardo. Ojalá más devotas de la Virgen Purísima demostrasen el santo desapego que usted nos está confiando.

En segundos, al menos una decena de mujeres presentes comenzaron a despojarse de lo que sea que llevaban: diademas, anillos, collares y pedrería fina hilada en sus peinados. La joven española Sofía Lastra y Urízar dispuso su alfombrilla para recolectar todo y lo llevó hasta Ugarte. Él hizo la señal de la cruz en el aire frente a ella.

—Bendecida sea su generosidad —les dijo, enrollando la alfombra con todas las joyas dentro y dejándola a un costado de sus pies—. Así como ustedes han comprendido rápidamente la importancia de conseguir los recursos para esta celebración, estoy seguro de que más mujeres lo harán. Cuando salgan a repartir la estampa de la Inmaculada Concepción con el rezo del mes, pidan cincuenta centavos o más por ella.

—Jamás hemos cobrado por nuestras estampas, padre —levantó la voz Victoria González de Huerta, pasmada.

—Pues es hora de que lo hagamos —declaró él—. En cada puerta que toquen, pedirán a las señoras que convenzan a sus maridos de hacer donaciones directas. La Virgen también los espera a ellos en

misa, aunque su orgullo los haya alejado. ¡Rezaremos por ellos! ¡Veinte centavos por rezo!

—Podríamos lanzar estampas en las casas de disidentes —sugirió Gabriela Almonacid—. No ganaríamos dinero para el templo, pero sí un grato momento de diversión. ¿A que sí, señora Vanderbilt?

Rieron ella y tres jóvenes más, desplegando sus abanicos. Cornelia habría querido sumarse a la burla para que su agitación pasase desapercibida, pero no pudo. Los recuerdos eran más fuertes. Volvió nítido a su cabeza aquel día en que, con apenas seis años, un grupo de niños católicos la había abordado en el jardín de la casa de la señorita Whitelocke, institutriz británica de anteojos de oro y peinado de morcillón liso que había montado una pequeña escuela para hijos de protestantes adinerados en Santiago. En términos estrictos era un establecimiento ilegal: únicamente las congregaciones católicas podían impartir educación primaria, pero las autoridades siempre hacían la vista gorda con aquellas familias que más aportaban a las arcas municipales. Ahí aprendían a escribir, a jugar al ajedrez, lecciones de baile y también de costura… pero no a cómo defenderse del odio religioso. Arrinconada, los referidos niños dibujaron cruces con carboncillo en los brazos de Cornelia. «Para que los demonios te liberen», le dijo uno de ellos, rajando su vestido y lanzando sus zapatos a la acequia. No era la primera vez ni sería la última. Whitelocke generaba todo tipo de habladurías, como que su preferencia por los colores verde y rojo en sus vestidos era consejo del Diablo o que veneraba el retrato de la reina Victoria como debería venerar a la Virgen María. A eso se sumaba que los Vanderbilt eran adventistas; su práctica era privada tal como posibilitaba una grieta en la ley chilena, pero el profundo recelo se colaba igual por las ventanas.

Cornelia se convirtió al catolicismo más ortodoxo tan pronto murió su padre, cuando ella tenía catorce años.

—¿Qué haces ahí, Fátima? Acércate, ya es hora.

La señora Aguirre de Clermont por un momento había olvidado por qué estaba de pie a un costado del grupo y qué llevaba entre sus manos. Cuando las mujeres más cercanas a ella se dieron cuenta, ahogaron un grito y se arrastraron lejos de su paso. Entonces Fátima

caminó con la vista al frente, sin detenerse en rostros o gestos, para que el balbuceo despreciativo que estaba escuchando le doliera un poco menos. «¡Es el buzón!», «¿Qué habrá hecho?», «¡Es un castigo!»…

—Señoras, señoritas —volvió a hablar Ugarte, apenas Fátima se detuvo a su lado y a la vista clara de todas. Cornelia se sentó sin esperar que el sacerdote se lo permitiera, al tiempo que unas sorprendidas Helena y Luisa Piermattei le hacían espacio—. Entiendo que muchas de ustedes ya la conocen, pero quería comunicarles que la señora Fátima Aguirre de Clermont-Tonnerre ha regresado a Chile después de unos años en Francia y se reintegrará a nuestras sesiones.

Ninguna de las presentes se alegró ni le dio la bienvenida. Había un silencio expectante que nadie quería quebrar.

—A partir de hoy y hasta el término del Mes de María, leeremos tres mensajes aleatorios diarios del Buzón de la Virgen. Será nuestro confesionario activo. Para aquellas integrantes nuevas que no estén tan familiarizadas con nuestra dinámica, preparen sus almas, desde ya se los digo, pues cada dura penitencia moldeará sus temples para que prueben ante la Inmaculada qué tan cierto es su compromiso con su santo nombre…

—¡Amén!

—Todas ustedes deben depositar una carta diaria, sin excepción. ¡Y no intenten engañar a María, que todo lo ve! Ella puede mirar directo en sus corazones y sabrá si no confiesan todo lo que debiesen. ¡Ay de aquella que intentase burlar al mismo Dios!

—¡Amén! —volvieron a exclamar, las más nuevas aferrándose a sus medallas con nervios y miedo.

Entonces apuntó a la urna en las manos de la joven señora Aguirre. Ni siquiera la tocó.

—Por último, sepan que he designado a la señora Aguirre como encargada de traer el buzón en cada sesión. Ella misma leerá las inmundicias que salgan de él, listas para ser sanadas por obra y gracia de nuestra Madre Celestial.

Fati decidió mirar al suelo. La concurrencia se dividía entre la burla, la sorpresa y la displicencia, y tras los abanicos ya habían comenzado las apuestas sobre qué grave pecado habría cometido la pulcra y supuestamente perspicaz Fátima Aguirre como para haber

terminado con las manos en el latón de las cartas impuras.

Tratando de recomponerse con lo poco de dignidad que le quedaba, hizo el gesto de abrir la urna para comenzar de una vez y no dilatar más esa angustia innecesaria.

—No, no —la detuvo Ugarte, levantando su brazo—. Es todo por hoy. Daré por terminada la sesión, así que puedes regresar la urna a su lugar. Recuerda no tocar las puertas del templo al salir, y lava tus manos con limón al entrar a tu casa. Gracias.

La risa de Clotilde Dancaster se escuchó nítida entre el grupo. También lo hizo la voz de Helena haciéndola callar, pero nada detuvo las lágrimas que comenzaron a caer por el rostro de Fátima. Asiendo el buzón con fuerza, rodeó el gran círculo de mujeres sentadas y se alejó de regreso a la capilla de las Hijas. Quiso lanzar su medalla y llave maestra al río, pero su vientre dolorosamente vacío le recordó pronto por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo… así que debía seguir.

No podía engañar a María. Ella todo lo ve.

XI

9 de noviembre de 1863

El sector norte de Santiago, llamado La Chimba, era el menos urbanizado, pero, a la vez, uno de los más activos. Entre chacras, molinos y unos cuantos arroyos en grandes extensiones de terreno agrícola, sucedía un intenso intercambio de bienes, desde madera, pasando por zapatos, hasta los mejores tomates de la temporada. Hortelanos, viñateros, artesanos y charcuteros estacionaban sus carretas o tiraban sus mantas sobre el pasto para exhibir su mercadería, la que solía venderse a precios justos a familias o empresarios, aunque también estaba disponible para trueque. No era inusual que campesinos pagaran una botella de leche de vaca con un sombrero de paja tejida, unos guantes por un saco de papas, un kilo de yerba mate por dos vasijas de greda…

Para llegar a La Chimba había que cruzar el río Mapocho a través de un enorme puente de calicanto, de más de doscientas varas de largo y con nueve arcos elevados a doce varas del agua: una de las obras arquitectónicas de mayor envergadura en la capital. Era suficientemente amplio como para albergar a transeúntes y carruajes, y en su acceso sur estaba la Calle del Puente, reconocida por sus talabarterías, especialistas en riendas, estriberas y otros aperos de equitación. Los hermanos Aguirre Vanderbilt acompañaron muchas veces a su padre hasta allá cuando niños, dejando sus recuerdos impregnados en un intenso olor a cuero. Ese mismo aroma se colaba ahora por las ventanillas del carruaje, haciendo a Fátima y Beltrán sonreír, mientras Remigio asomaba la nariz al aire frío de la mañana

para admirar las laderas verdes del cerro San Cristóbal y ver volar a los zorzales. Cruzar el puente en primavera era una delicia.

Justamente por su carácter rural y alejado del bullicio mundano, se escogió el gran sector de La Chimba para situar el cementerio, por ejemplo, así como las recoletas de los franciscanos y los dominicos. Estos últimos llegaron a Chile en el año 1750 y construyeron un convento, una iglesia de una nave y una biblioteca. Cien años después, para 1852, su templo ya era tan concurrido que pidieron al arquitecto italiano Eusebio Chelli el diseño de un altar mayor, y como su belleza atrajo a aún más devotos, se encargó al mismo Chelli la proyección de una nueva iglesia, más grande y ostentosa. Ya habían pasado más de diez años desde los primeros cimientos y la obra no había avanzado con la celeridad que los religiosos hubiesen querido, por lo que el italiano —quien además estaba involucrado en otras construcciones paralelas, como la iglesia de los monjes capuchinos y de las agustinas — cedió el liderazgo del proyecto al chileno Manuel Aldunate, con la supervisión ocasional del académico de la Universidad de Chile, el francés Lucien Hénault.

Y fue Manuel quien, con botas embarradas y rollo de papel en mano, recibió al carruaje de los Aguirre.

—Creí que no vendrías —dijo él, alegre al estrechar la mano de Beltrán, quien seguía sentado en la cabina. Remigio ya se había bajado para ayudar al cochero a desacoplar la silla de ruedas desde el maletero—. Temí haberte ofendido la otra noche.

—Me ofende más que no hayas ido ayer a misa —le sonrió—. Te perdiste mi interpretación de Schubert.

—¿Y cómo sabes que no fui?

—Porque es lo primero que me habrías dicho al abrir la puertecilla.

A Manuel le hizo gracia, pero su risa se perdió en el traqueteo que parecía llegar desde todas las esquinas e involucraba arenas del río Maipo, vigas de alerce y ciprés de Valdivia, piedras coloradas de la cantera del cerro San Cristóbal y la piedra blanca del cerro Blanco. Largas recuas de mulas llegaban desde el callejón de las Hornillas con zurrones atascados de ladrillos cocidos, destinados a dinteles, esquinas, pisos y molduras. En ese andurrial de La Chimba, los gallos

cantaban el amanecer al ritmo de las escodas de los picapedreros, del martilleo de la herrería y de la voz estricta de los capataces, quienes no querían malgastar otros diez años y celebrar por fin la apertura del nuevo templo de la Recoleta Dominica.

—Está bien, tú ganas —aceptó Manuel, levantando sus manos—. Aunque no dudo que debe de haber sido deslumbrante…

—Algunas mujeres hasta rompieron el protocolo y se pusieron a aplaudir. El padre Ugarte las regañó inmediatamente, por supuesto, pero a mi hermano nadie le borró la sonrisa por horas.

El arquitecto se sorprendió, obligado a mirar al fondo de la cabina.

—¡Señora Aguirre! No sabía que estaba aquí, le pido me disculpe.

—Discúlpeme usted a mí por haber aparecido sin anunciarme —dijo ella, cordial. Remigio ya había asido a Beltrán y lo estaba acomodando en su silla—. Seguiré mi camino en unos minutos.

—Si está buscando misa, me parece que el templo de los franciscanos está abierto…

—No, no. Vengo al mercado a cotizar flores y papel entintado. Tenemos una fiesta importante pronto.

—Ah, sí, sí. El día de la Inmaculada Concepción. Mi madre asiste todos los años al llamado de las Hijas de María.

—Podría asistir usted también. Beltrán cantará nuevamente…

—En ese caso, lo consideraré.

—Por supuesto que no irás, no mientas —le sonrió el aludido—, pero me conformo con que me dejes tararear entre los andamios.

—¡Trato hecho!

Los tres rieron. Luego el cochero avisó a Fátima que estaban listos para continuar el camino, cerrando la puerta de la cabina.

—Que tengan un provechoso día —les deseó ella, acomodándose en su asiento.

El señor Aldunate le agradeció con un gesto de su sombrero y giró hacia Beltrán y Remigio.

—Comencemos con ponerte al corriente sobre el avance de la obra. Si vamos hacia la bóveda…

—¿No podríamos comenzar en la sala de planos? —preguntó él, cándido.

El carruaje aún no se movía.

—Podemos, sí…

—Dijiste que están considerando cambios a lo que dejó Chelli… Muéstramelos. Trátame como a un novato por el momento. Déjame amigar con las líneas y los cálculos, después puedes lanzarme a la cantera.

Manuel, aunque confundido, aceptó. Volvió a despedirse de Fátima y, con un gesto de su brazo, mostró a Remigio hacia dónde debían avanzar. La sala de planos no era más que una casucha de madera en el borde oriente del perímetro, tras unos cerros enormes de arena y piedra, por lo que en pocos segundos se perderían de vista.

Entonces Beltrán, con rapidez y sigilo, miró a su hermana a la distancia y le guiñó el ojo.

—¿Nos movemos, señora Aguirre? —preguntó su cochero, pues aún no recibía su señal de avance, la que solía ser el tocar dos veces el techo de la cabina.

—Espera un momento, Jerónimo —le pidió ella, pensando a la velocidad de la luz. ¿Por qué su hermano había hecho eso? ¿Qué intentaba decirle?

Desde su ventanilla, alzó la vista y contempló la fachada incompleta del templo. Una vez terminado, sería el más opulento de la ciudad. La proyección de Chelli era inteligente y bella… Lo recordaba bien, pues Beltrán había llevado copia de los planos a casa. Debía estudiarlos para una examinación y juntos los discutieron por horas. Para ese momento y solo en el dibujo, las columnas de mármol ya le parecían muy imponentes. Habría dado lo que sea por verlas de cerca, pero no tenía ninguna buena excusa para ir hasta el sitio de obra…

Entonces lo entendió. Tapó su boca con sus manos enguantadas; no quería que su risa nerviosa se escuchara más allá de lo debido, pero más fuertes eran los golpes de martillazos en algún lugar de la nave central…

—Jerónimo —lo llamó, mientras ella misma reabría la puerta y tomaba los pliegues de su inflado vestido para bajar a la calle de tierra —, volveré en un minuto. Espérame.

Al comienzo no dijo nada, pero, al verla caminar directo hacia la fachada de la obra, el cochero hizo un gesto de alerta.

—Señora Aguirre, piénselo bien. No creo que…

—No te preocupes —lo tranquilizó, girando apenas—. No voy a entrar. No quiero estallar en llamas.

Era de conocimiento bastante general que los obreros contratados para construcción tenían supersticiones muy similares a las de los marineros, prácticas arbitrarias que les ayudaban a calmar la ansiedad de viajes muy largos (o edificaciones de largo aliento, como en este caso). Las habían de toda índole, entre ellas el «nombrar» al proyecto —aquí hablaban de trabajar en la Dominica—, bautizar la cubierta rompiendo una botella —aquí planteaban bautizar el templo con un cura cuando se terminaran de ubicar los tijerales—, poner monedas al interior de los mástiles —aquí lanzaban centavos en la mezcla de adobe—, y, por supuesto, jamás permitir mujeres a bordo. Algo de esta creencia se había relajado con los años, principalmente gracias a los vapores de pasajeros y las esporádicas tripulaciones mixtas en los buques de exploración científica, pero respecto a la construcción en tierra seguía tan fuerte como en siglos anteriores. Ninguna mujer podía pisar una losa, subir un andamio o acarrear un ladrillo en una edificación sin terminar, pues se arriesgaban a que la desgracia acechara y todo lo avanzado se derrumbara como mantequilla o ardiera en combustión espontánea…

Era superstición de obreros, sí, pero también de algunos arquitectos que preferían «prevenir». Lucien era una buena muestra de aquello, contrario desde siempre a que hubiese faldas a distancias poco prudentes de sus proyectos. Manuel Aldunate era, probablemente, un poco más abierto de mente, pero pedirle que hiciese la vista gorda a lo que iba a suceder era imponerle una presión muy grande, incluso un potencial problema si Hénault se enteraba. Beltrán quiso liberar a su amigo de una carga injusta y, al mismo tiempo, regalar a Fátima unos minutos de observación de una de las obras arquitectónicas más bellas en desarrollo en Santiago. «Te amo, hermano mayor», susurró ella para sí, deteniéndose, juntando sus manos y levantando la mirada…

—Alguien podría creer que estamos persiguiéndonos.

Fátima saltó y giró sobre sus talones. Luego, al ver quien le hablaba, apretó los párpados y puso una mano en su pecho.

—No vuelva a hacerme eso, señor Bonecraft —le pidió,

recuperando el ritmo de su respiración.

—Discúlpeme. No la habría tomado por una mujer fácil de asustar —se defendió, sonriendo tibiamente. Recién entonces le dedicó un gesto con su sombrero de copa. Llevaba chaqueta formal y un maletín.

Ella alzó las cejas. Olvidó la reverencia.

—No lo soy, pero en este preciso lugar e instante… Bueno, digamos que yo no debería estar aquí.

—¿Ha venido a ver a su hermano?

—Acabo de dejarlo. Fue con el señor Aldunate hasta la sala de planos.

—Y usted, entonces, ya debería haber partido…

—Exacto.

—Pero quiere quedarse y, por alguna razón, dice que no debería.

—Es el resumen de mis atribulaciones inmediatas, sí.

—¿A quién le teme? ¿A los dominicos?

Justo un segundo antes de exasperarse, Fátima puso sus manos en sus caderas.

—¿Sabe? Estaba pensando en usted —le dijo, cortante, y antes de que él lo tomara como una cortesía, continuó—: Ayer no pudo entrar en La Compañía pues una ridícula creencia le ha negado el paso. Pues bien, yo quisiera entrar aquí —apuntó a su espalda, mostrando el enorme templo en construcción— pero no puedo, pues una estúpida creencia me niega el paso. Cansa luchar contra muros invisibles, ¿a que no?

Max demostró genuina confusión.

—¿Qué o quién se lo niega?

—¿No lo sabe?

—No tengo la mínima idea, y dudo que sean los dominicos, pues gente tan buena no he visto en mi vida —afirmó, con un gesto de ensoñación, apuntando con el mentón hacia el muro de adobe a unas quince varas, donde comenzaba el claustro—. Nada los enoja, nada los altera. Excelentes cocineros. Parecen flotar cuando caminan…

Fátima bufó.

—No, no son los dominicos —aclaró, sin paciencia—. Son los *hombres*. ¡Ustedes!

—Hágame el favor de dejarme fuera de esto, pues aún no entiendo

por qué no puede cruzar ese umbral. ¿Teme golpearse con algo? ¿Quiere que la acompañe?

Ella seguía con las manos en las caderas.

—¿De verdad no lo sabe? —repitió, creyéndole esta vez—. Puede que sea una superstición chilena, entonces…

Por fin creyó entender.

—Oh, adivinaré. Capataces u obreros no la dejan entrar porque las mujeres atraen mala suerte a un sitio en construcción.

—Eso dicen.

Y entonces se echó a reír.

—¿Cree que es gracioso? —se indignó ella.

—Es *muy* gracioso —moduló él, conteniendo la última carcajada—. He encontrado otro diablo encarnado en esta ciudad. Podemos compartir el podio, la vista es linda desde aquí.

Sin poder evitarlo, ella rio también. Él adelantó los pasos que lo distanciaban de su interlocutora y se irguió a su lado.

Miró al suelo.

—Así que este es su límite, ¿eh?

Con la punta de su zapato marcó justo donde terminaba la calle de tierra y empezaba el terreno de la iglesia.

—Este es.

Ambos movieron sus pies hasta quedar de frente a la fachada.

—¿Qué tiene este templo de especial?

—Mucho, pues. ¿No está viendo?

—Todas las iglesias son iguales para mí.

Ella lo miró con asombro.

—No puede creer eso…

Se encogió de hombros, sincero.

—Muéstreme. Yo solo veo piedra y madera. Estoy seguro de que usted ve mucho más.

Fátima dudó varios segundos, pero pronto las palabras salieron de su boca como fuegos de artificio. Ante la mínima excusa, su mente le rogaba compartir la cantidad insana de información que guardaba.

—El diseño es de Eusebio Chelli, inspirado en la Basílica de San Pedro Extramuros en Roma, así que tiene la disposición clásica de tres naves adinteladas, la central más alta que las laterales. ¿Ve las

columnas de la entrada? De fuste liso, están hechas enteramente de mármol de Carrara, y dentro de la iglesia debe de haber unas cincuenta más. ¡Espléndidas! Fíjese en la parte superior de cada una y podrá notar un tallado algo extravagante, ¿no es así? Son capiteles de orden corintio… Quiere decir que emulan hojas de acanto terminadas en curva. No encontrará nada parecido en esta ciudad. Las columnas sostienen el arquitrabe y el frontón triangular, y las puertas… Su tallado también es fascinante, entiendo que el trabajo es de un escultor chileno, alguien de apellido Blanco…

—¿Quién anda ahí?

Ambos se congelaron al escuchar la voz de un obrero, quien, tras los muros de la fachada y entre otros ruidos molestos de palas y picotas, comenzaba a acercarse. Sin que Maximilian tuviese que decir nada, Fátima agarró falda, enagua y crinolina y echó a correr de vuelta al carruaje. Había dejado la puerta abierta: se lanzó adentro sin mucho pudor, y él empujó los restos de su vestido para cerrarla.

Dos hombres de mediana edad, piel tostada y cejas muy gruesas se asomaron a la calle tras una de las columnas. Uno de ellos pasó un paño sucio por el sudor de su frente y arrugó el entrecejo para dilucidar quién estaba en la cercanía. Entonces vieron a Max, apoyado en un costado del carruaje como quien espera la próxima venida del Espíritu Santo.

—*Good day, fellows* —los saludó, levantando su sombrero de copa.

—¿Quién es, Carlos? —le gritaron desde dentro.

—Nadie, un gringo no más —respondió, devolviéndole el saludo al estadounidense y regresando luego y su compañero al trabajo tras los muros.

Maximilian suspiró, volteó y se aferró a la ventanilla del carro. Una levemente despeinada Fátima estiró el cuello con sigilo.

—Con esa enorme falda a cuestas, corre usted más rápido que yo —la elogió, sonriendo con la respiración entrecortada. Hasta Jerónimo ahogó una carcajada.

Ella tampoco había recuperado el aliento. Pero sonrió.

—La vida femenina es una constante adaptación y maestría frente a los más diversos obstáculos, señor Bonecraft.

Él asintió. No se lo dijo, pero estaba de acuerdo.

—Ahora entiendo por qué su hermano dice que usted es la *verdadera* arquitecta de la familia. No se refiere a simple conocimiento. Usted… Usted *ama* esto. Lo siente en todo su ser.

Fátima levantó la mirada hacia un punto perdido dentro de la cabina.

—Sí, bueno… No es que aquello tenga mucha importancia —pronunció, molesta—. Esta *verdadera* arquitecta no puede siquiera entrar a una basílica en construcción.

—¿Y su marido no podría parlamentar a su favor?

Ella evadió su mirada.

—Poco probable, ya que está de acuerdo con los capataces.

Max frunció los labios, algo avergonzado, y luego cayó en la cuenta de algo.

—Si Beltrán dice que usted es la *verdadera*, ¿es porque se considera a sí mismo un arquitecto *falso*?

Sintió los nervios en su estómago.

—Se refiere a que él no disfruta de esto como yo —explicó, cuestión que no era mentira, pero tampoco era toda la verdad—. Mi padre lo obligó a seguir esta carrera. Lo importante es que está muy bien capacitado para la labor que se le encomienda.

—Si usted lo dice…

—En un mundo justo —siguió Fátima, melancólica esta vez—, mi querido hermano estaría hoy debutando en el Palais-Royal.

—En un mundo justo, usted estaría en el salón de planos con Aldunate —acotó él, y casi sin tomar aire, preguntó—: ¿En el teatro? ¿El joven Aguirre actúa?

—Canta —dijo ella de inmediato, sonriendo amargamente—. Canta como nadie que haya conocido. Su sueño era llegar al escenario de la Ópera de París.

Maximilian asintió sutilmente.

—Intuyo que, a ojos de su padre, la vida bohemia del artista no es digna de un Aguirre Vanderbilt.

—Ni valiosa ni digna ni posible.

Segismundo siempre estuvo en contra de alentar el talento musical de Beltrán y se opuso cada vez que Cornelia buscó exponerlo en grandes misas. Sin embargo, como el clero y la burguesía alababan la

gracia de ese niño que parecía no tener mucho futuro desde su silla de ruedas, creyó que era su deber como patriarca católico el dejar que participara en los ritos, cerrando la puerta, en cualquier caso, a su ruego de inscribirlo en el Conservatorio Nacional de Música. Lo que nunca vaticinó es que, al cumplir dieciocho años, Beltrán llevaría su «don piadoso» a otras lides: con la ayuda de su fiel *valet*, comenzó a escapar de casa para ofrecer conciertos en beneficio de la Sociedad de Instrucción Primaria de Santiago, una corporación educacional fundada por un grupo de intelectuales liberales. Cantaba todos los viernes en el salón del Hotel Inglés, y las recaudaciones ayudaron a abrir dos escuelas nocturnas para adultos de clases bajas. No duró más de un par de meses, pues una noche Segismundo llegó de improviso y armó una barahúnda que nadie olvidaría. La relación con su hijo se tensó irremediablemente ese día y terminó de romperse pocos años después, no al obligarlo a tomar la cátedra de Arquitectura en la Universidad de Chile, sino cuando llegó a sus oídos el turbio asunto de la casa-taller.

En la esquina sur poniente de la Plaza de Armas, una casona abandonada había sido tomada por un puñado de alumnos de la Academia de Pintura y Escultura de Santiago, y se decía que ahí, entre lienzos, pinturas al óleo y hornos para la arcilla, ocurrían las más grandes perversiones, algunas de ellas relacionadas a Beltrán y cierto escultor italiano…

Aprovechando el viaje de su hija recién casada a Francia, el señor Aguirre decidió enviar a su hijo a París para terminar sus estudios en la Academia de Bellas Artes. Así lo alejaría definitivamente de sus impulsos artísticos —salvo ocasiones de caridad cristiana, como las misas de apertura y cierre del Mes de María— y otros de depravado origen…

O eso creía.

—Lamento que ni su hermano ni usted hayan podido perseguir lo que realmente les apasiona…

—Triste o no, los Aguirre Vanderbilt somos expertos en esconder nuestros talentos en beneficio de la paz del hogar.

—Los ensayistas en ciencia política dirían que la paz que se cimenta en la represión es una paz con fecha de muerte —respondió él

en un impulso.

—Robespierre estaría de acuerdo —opinó ella—. Parece usted un auténtico hijo de la Revolución.

Él miró hacia el suelo.

—Soy un hijo de la guerra.

Temerosa de haber dicho algo incorrecto, quiso animarlo.

—Venga, súbase. Iba hasta la legación, ¿no es así? Por acompañarme en este deporte de riesgo, ha ganado transporte.

Quizá con querer, quizá no, la señora Aguirre se apoyó en la ventanilla y rozó los nudillos de Maximilian. Ambos quitaron sus manos al unísono, con posteriores gestos de pánico.

—Se lo agradezco, pero prefiero caminar —respondió él, dando un par de pasos hacia atrás, estirando su chaqueta y reacomodando su sombrero—. El puente se ve muy interesante de transitar a pie.

Fátima, ruborizada y estremecida, asintió sutilmente con la mirada gacha.

—¿Puedo confiar en que no comentará con nadie lo que ha sucedido hoy?

Él la miró con detención. Tuvo que adivinar si se refería a desafiar una superstición de constructores o a tocar lo que no debía.

—Por supuesto —respondió Max.

Ella volvió a asentir, tensa y seria. Murmurando un «buen día, señor Bonecraft», dio dos golpes suaves al techo.

Jerónimo movió las riendas y el carruaje partió.

Michael Gunn tomó al muchacho del cuello de su camisa y lo arrastró hasta uno de los pilares de la estación. Ahí detrás no tendrían muchos testigos.

—Oiga, abuelo, tranquilícese —se quejó el chileno, sobándose la nuca.

—¿Revisaste la correspondencia? —preguntó, ansioso, mirando a cada segundo sobre su hombro.

—Sí, sí —respondió el chico de mala gana—, y memoricé lo que me pidió.

El norteamericano se sorprendió primero y se exasperó después.

—¿*Memorizaste*? ¿No anotaste nada?

Óscar Avaria, apodado Arabia por sus amigos, se encogió de hombros.

—No pude conseguir ni un carboncillo, patrón, pero no encontrará mejor *memorión* que yo.

Gunn abrió las manos como si fuese a ahorcarlo, pero decidió que necesitaba calmarse, o con los nervios olvidaría la información esencial.

—*Fine, fine* —dijo, respirando profundo—. Lo primero: cuántas cartas eran.

—Lo primero son mis monedas, pues.

Arabia extendió su mano con la palma hacia arriba, moviendo las cejas. El abogado contuvo como pudo una mueca de asco al notar la suciedad del adolescente, no solo en su piel sino en su ropa y pelo. La camisa suelta que llevaba pareció ser blanca un día, aunque luciera cafesosa en ese momento.

Los soplones alfabetos eran escasos y, por ende, muy costosos. Ser el espía al servicio de algún terrateniente o autoridad era una profesión lucrativa solamente si sabías leer y escribir, y si eras un desconfiado nato, claro, pues los adinerados eran conocidos por pedir trabajos que después nunca pagaban. Por eso Arabia exigía siempre su estipendio por adelantado. Su relación con Gunn era reciente; un amigo lo había recomendado pues el adolescente trabajaba algunos días a la semana ayudando a cargar el vagón postal adosado al ferrocarril de las tres de la tarde que partía hacia Valparaíso. «Un gringo necesita saber a quién le envía correspondencia el embajador Nelson», le dijeron, y el buen Óscar, que no desperdiciaba la oportunidad de unos centavos extras, aprovechó su turno en el andén para husmear en la valija diplomática con el sello de un águila sobre la bandera de los Estados Unidos.

Gunn le dio dos monedas de plata, de diez centavos cada una. El chico las guardó en su pantalón y sonrió.

—Iban tres sobres en el maletín, dos con una letra muy bonita y otra con una más difícil de leer.

—Esas dos son de *mister perfect ambassador* Nelson —remedó el

norteamericano en voz baja.

—¿Le interesan los remitentes o los destinatarios?

—Todo. Pero antes: ¿cerraste bien la valija?

Parecía una nimiedad, y sin embargo este detalle era esencial. La correspondencia oficial de una misión diplomática era inviolable, dispuesto tanto en la ley chilena como en la de los Estados Unidos. Ese maletín no podía ser abierto o manipulado de ninguna forma por persona ajena al Departamento de Relaciones Exteriores, quienes se encargaban de recibirlo y derivarlo al país o ciudad correspondiente. Si alguien se percataba de alguna anomalía en la valija, desataría una investigación que podría involucrar hasta al Ejército y que seguro terminaría con Arabia contra la pared delatando a gritos a «un anciano de la oficina estadounidense». Gunn era el hombre de mayor edad en la legación, así que no sería difícil identificarlo. No podía arriesgarse a ese escenario.

—¿Cree que soy tonto? —respondió Arabia, haciéndose el ofendido para no tener que responder lo que pasaba por su mente: *No me acuerdo, pero supongo que sí.*

Gunn ya había comenzado a impacientarse.

—Empieza por los destinatarios.

El chico puso los ojos en blanco, como si estuviese revisando las imágenes en su cabeza.

—Una era para *güílliam cegüar*…

—William Seward —pronunció mejor el abogado—. *Yes. He's the Secretary of State.* Básicamente es su jefe, a quien debe reportarse todos los meses. Nada raro.

—*Secretari*… sí, eso mismo, con destino a la ciudad *güachinton decé* —le aseguró, con su mano mostrando su pulgar hacia arriba.

Esta vez Gunn no se molestó en corregirlo.

—La segunda…

—Era para un tal Francisco Solano Astaburuaga Cienfuegos —dijo el adolescente, golpeando cada sílaba porque eran muchas—, también hacia la misma ciudad.

—Es el cónsul chileno en Washington —aclaró, ahora más aburrido que impaciente. Tampoco tenía nada de raro, ya que Nelson sostenía una correspondencia muy fluida con su par en la capital de los Estados

Unidos.

Entonces el gesto de Arabia cambió drásticamente.

—El tercer sobre era raro. Otro papel, otra tinta, otra letra.

Por fin logró que el vetusto se interesara.

—¿A quién estaba dirigida?

—A una tal Paula de Ferrari… Con destino a *Péterbur*, Virginia.

Gunn lo pensó un momento.

—Petersburg. Y no sé *quién* es, pero creo saber *por qué* le escriben.

A través de Alan Andrews, se había enterado de que el embajador Nelson había comprometido su ayuda para buscar a una mujer noble chileno-británica, lady Alisa Rothschild, a quien se le había perdido el rastro en medio de la guerra y cuyo último paradero conocido era el estado de Virginia. Lo extraño era que la legación contactase directamente a una civil en lugar de pasar por la venia del Departamento de Estado…

Michael Gunn, ofuscado por recibir información de tan poca valía, puso su sombrero de copa sobre su coronilla y miró hacia todos lados. Estaba listo para perderse en el andén sin decir «gracias» ni «hasta luego», cuando el chico lo detuvo tomándole del brazo.

—Oiga. ¿No quiere saber quién firmaba?

El abogado se congeló. Sí, faltaba ese detalle.

—¿Quién?

—*Eme erre punto báltimor* —pronunció con cuidado Óscar, esperando que aquello tuviese algún sentido para el gringo.

—Mr. Baltimore —tradujo, acelerando súbitamente su respiración —. ¿*Mr. Baltimore*? —le repitió al muchacho, acercándose a él de una forma que el chileno entendió como amenazante.

—Sí, sí… *mister báltimor*, *mister báltimor*…

Gunn lo tomó de los bordes de su camisa, lo elevó medio metro y lo azotó contra el pilar de la estación de ferrocarriles.

—¡¿Estás seguro de que leíste «Baltimore»?!

—¡Estoy seguro! —exclamó ahogado, por un minuto temiendo por su vida.

El estadounidense lo soltó con brusquedad y, sin esperar ni un segundo más, el pobre adolescente salió disparado por el andén. Mientras Arabia juraba no volver a brindar sus servicios a ese maldito

viejo, él arreglaba su chaqueta en dos manotazos, trayendo a su mente un rostro conocido. En su rostro se dibujó la sonrisa más genuina en mucho mucho tiempo.

—*I got you, bastard.*

XII

9 de noviembre de 1863

Fátima arrastró a Helena a la sesión de Hijas de María, aunque ella alegaba un ánimo deshecho. Hacía pocas horas había tenido que despedir a su amado Craig en la estación, pues regresaba a su hacienda en Valparaíso y luego a Mendoza, donde debía encontrarse con el señor Wheelwright. Genuinamente desolado por separarse de ella, le había prometido volver a Santiago antes del ocho de diciembre, para así no perderse la famosa fiesta de la Inmaculada, y que le escribiría tan seguido como sus manos se lo permitiesen…

«Soportaré mejor mi penitencia si encuentro en el grupo una mirada amable entre las juiciosas», le había dicho Fátima a Lenita, y ella no tuvo corazón para negarse.

Llegaron ambas a La Compañía un poco antes de las ocho, cuando ya bajaba el frío y el atardecer se apagaba. Iban con sus alfombrillas de misa enrolladas bajo el brazo. Las puertas de las capillas de la fachada estaban cerradas, y del gran portal principal solo una de las hojas estaba abierta, dejando entrever tibias luces desde el interior. Nadie deambulaba por la iglesia ya a esa hora, salvo las fieles devotas de la Virgen.

—¿Supiste que el barón Rothschild ya volvió a su casa? —preguntó Clotilde Dancaster en voz alta, a poca distancia de las hermanas Aguirre, acercándose al templo aferrada al brazo de Gabriela Almonacid de Verena—. Qué pocos días estuvo en Santiago, ¿no? ¿Se habrá aburrido? No es normal ese comportamiento en un hombre comprometido…

—Claramente tenía mejores cosas qué hacer…

—Cualquiera diría que *tan* comprometido no está… ¿No llevan dos años de noviazgo? Excesivo, ¿no?

—No me sorprendería que ya se hubiese cansado de su *noviecita*… ¿De qué le hablará? ¡El *pajarillo* ni el clavicordio sabe tocar!

Rompieron a reír. Fátima detuvo el caminar de Helena para dejar que las insidiosas pasaran antes y no tener que tocarlas ni con sus crinolinas.

—¿Por qué te tratan con tal desdén?

—No lo sé —mintió su hermana menor, abrazando su alfombrilla de lana.

La señora Aguirre frunció el ceño. La actitud que acaba de presenciar era muy impropia de cualquier Hija de María.

—Como sea, no las escuches ni por un segundo —le susurró, buscando su rostro bajo su mantilla negra. Notó que estaba a punto de llorar—. El barón es el hombre más evidente y locamente enamorado que he conocido. Vive y muere por ti. Lo sabes, ¿verdad?

Helena asintió levemente, con la cabeza gacha. Intentó sonreír, pero no le resultó muy bien. Fátima no sabía que Lenita llevaba escuchándolas bastante más que un segundo: más de dos años, exactamente, desde que su compromiso con Craig fue anunciado. Siempre la consideraron *poca cosa*, insuficiente para la nobleza —se habían conocido en una tertulia organizada por los Leighton, británicos afincados en Santiago, y el flechazo fue inmediato—, así que habían desplegado numerosos rumores para tratar de explicar la razón de tan curiosa pareja. Las habladurías habían llegado al nivel de especular sobre un posible embarazo, obligando a su madre a contener el escándalo. Pocos se atrevían a confrontar o contradecir a Cornelia Vanderbilt, así que eso dio algo de respiro a Helena. Algo, porque pasados un par de meses algún otro rumor volvía, agravado por la ausencia continua de Craig, quien aún no podía liberarse de su trabajo para el ferrocarril argentino, por más que desease con todas sus fuerzas no separarse nunca de su amada.

Fue ella quien le rogó poner una fecha al matrimonio, aunque eso significase que él volviera a Argentina al día siguiente. Ya tendrían toda la vida para estar juntos, pero Lenita no creía ser capaz de

aguantar humillación tras humillación.

Entró a la iglesia ensimismada en su tristeza, hasta que la golpeó una tristeza ajena.

Habían avanzado por la nave central hacia el círculo de alfombrillas, y desde lejos ya se notaba en la treintena de mujeres presentes un ambiente enrarecido. Enriqueta Larraín corrió hasta las hermanas Aguirre con el rostro compungido.

—Es Mercedes —susurró ella—. El padre Ugarte ya lo sabe.

Fátima comenzó a asustarse.

—¿Ya sabe *qué*?

Tan pronto llegaron al área de reunión, la reconocieron a la distancia. Una mujer daba la espalda al grupo, arrodillada frente al altar del Señor Crucificado. Estaba apenas iluminada por unas cuantas velas a punto de extinguirse, colgadas en las rejillas de los costados. Su mantilla negra caía sobre sus hombros, dejando al descubierto su cabeza, y si bien eso ya era alarmante, se sumó lo peor: incluso en medio de su aparatoso vestido y gigante crinolina, Mercedes temblaba. Tenía los brazos caídos a los lados, ni siquiera estaba en actitud de rezo, y tampoco tenía la cabeza gacha sino el mentón alzado hacia la escultura de la cruz.

La imagen horrorizó a las recién llegadas. Fati quiso acercarse inmediatamente, pero Enriqueta la detuvo.

—¡No lo hagas! Lleva dos horas ahí y le faltan dos más…

—Nadie podría resistir todo ese tiempo de rodillas —se desconcertó Fátima—. ¿Se volvió loca?

—Está en penitencia…

—¿Penitencia? ¡¿De qué?! ¡¿Qué hizo?!

Y esta vez volteó hacia Helena, quien, a pesar del impacto, parecía muy bien enterada de todo. Ella le habló casi al oído.

—¿Recuerdas la última novela que estuve leyendo…?

—¿Esa en folletines? ¿La que publica el periódico liberal? —trató de acordarse, sacudiendo la cabeza como si fuese algo insignificante.

—*Doncellas y jinetes*, de Epifanio Andazola…

—¡Y qué importa eso ahora!

Temblando también, como si la penitente fuese ella misma, Helena apuntó con su dedo índice al altar.

Su hermana mayor demoró pocos segundos en entender. Dejó de pestañar.

—¿Mercedes es… *Epifanio Andazola*?

Lena y Enriqueta, asustadas, asintieron al mismo tiempo, y eso, lejos de paralizar a Fátima, la impulsó a moverse con mayor razón. Se apartó de sus compañeras y caminó decidida hasta el altar, pero otro brazo volvió a detenerla.

—¡No te acerques! Solo lo empeorarás —le rogó la señora Sierra—. Si el padre te ve…

—Y quién querría tocar a una penitente, ¿verdad? Contaminarse así de pecado… —opinó desde atrás Clarissa Leighton, entre burlesca y hosca, lo que hizo a Jertrudis comprender su anterior movimiento, quitando su mano bruscamente del cuerpo de Fátima y avergonzándose de su reacción después.

La señora Aguirre de Clermont sintió una pena indescriptible. También indignación, y fue ese su motor para hablar.

—Hace dos años, cuando asistí por última vez a una de estas sesiones, me fui con la convicción de que la bondad prevalecía entre sus asociadas. Las mujeres de ese tiempo habrían corrido sin dudar a socorrer a una de las nuestras en evidente martirio. ¡¿Qué les ha sucedido a sus corazones?!

—Sucedió que ahora prevalece la decencia, señora Aguirre, esté de acuerdo con ella o no.

El presbítero Juan Ugarte había entrado a la nave central desde la sacristía. Al mismo tiempo, y desde el portón en el área sur, Cornelia se acercaba a paso rápido. Reticentes, entre la angustia y la confusión, las mujeres tomaron posición en el círculo, se cubrieron bien con sus mantillas, se sentaron y descansaron la mirada hacia el suelo hasta que el sacerdote les permitiese otra posición.

Helena hizo un gesto de apremio a Fátima, urgiéndola a sentarse también.

No lo hizo.

—Mercedes ya ha cumplido con creces su sacrificio…, ¡por horas! Por favor, dispénsela, padre.

—Esa decisión no le corresponde a usted ni tomarla ni pedirla, señora Aguirre —la aleccionó el jesuita, impávido—. Preocúpese por

su propio sacrificio. ¿Ya fue a buscar el buzón?

Ninguna cometió la desfachatez de burlarse en un contexto como ese. Fátima se movió rápido, no porque buscase obedecer a Ugarte con tal celeridad, sino porque necesitaba esconder las lágrimas que empezarían a correr sin control por sus mejillas. Retrocedió unos pasos, tomó un pliegue de su vestido y giró con dirección a la capilla.

Abrió la rejilla al costado del altar de la Inmaculada con más agilidad que la última vez y extrajo la dichosa caja con furia contenida. Al soltar la llave, tintineó junto a su medalla milagrosa al extremo de su cadenilla.

—¿Necesitas ayuda, Fátima?

No reconoció la voz de quien le hablaba, así que se reincorporó y giró su rostro hacia la pequeña puerta que daba hacia la iglesia. Se encontró con la mirada triste de Cayetana Arrigorriaga, una joven de padres españoles que poseía, según el chisme de tertulia, una de las bellezas más sublimes de la capital, solo comparada con Helena Aguirre Vanderbilt. La última vez que la vio era una adolescente; ahora tenía la postura y melancolía propias de una mujer.

Fátima secó su rostro disimuladamente y sintió aprecio por su intempestiva acompañante. Su pregunta era inútil, ella sabía que no podía «ayudarla» en su labor, ni siquiera podía tocar la urna, pero el simple hecho de ofrecerlo era el tipo de compasión que la penitente necesitaba recibir en ese preciso momento.

—Estoy bien, Cayetana —murmuró—. Vuelve pronto al círculo, no quiero que tengas problemas.

—Me angustia estar ahí —confesó ella, con una candidez inaudita —. No puedo atestiguar el sufrimiento de Mercedes sin hacer nada.

Fátima se preguntó si estaría frente a su nueva mejor amiga.

—Tampoco yo —le dijo, acercándose con el buzón en los brazos—, pero ¿*qué* podríamos hacer?

—Cada vez que alguna de nosotras intenta socorrer a una penitente, es amenazada con la expulsión —le explicó la española, afligida.

—¡Expulsión! Antes solo recibíamos una reprimenda…

Cayetana desvió la mirada para recordar.

—Una joven argentina, Mabel Ocampo, se incorporó a las sesiones

por un par de meses. No sabemos qué confesó, pero debió hacer un ayuno muy extremo. Se desmayó en mitad de un rosario y el padre Ugarte no nos dejó darle ni agua. Estuvo varios días en el hospital. Dolores Baltras de Zanetti tuvo que rezar en el frontis bajo la lluvia toda una noche de invierno… Algunas intentamos disuadirla, pero el padre siempre estaba vigilando. La internaron por neumonía y por poco no sobrevive.

A la señora Aguirre le dolió el pecho.

—Es muy grave lo que dices…

—Así ha sido durante casi todo el último año…

Bajó el mentón hacia la urna.

—Y ya no leen anhelos, solo pecados…

—Has vuelto a unas Hijas de María muy distintas a las que dejaste hace dos años.

Fátima compartió su aflicción. Aunque Hijas de María era, por cierto, un espacio de observación religiosa, y por lo tanto más cercano a los ideales conservadores, había sido para Fátima una segunda familia, encontrando ahí a mujeres entusiastas, agudas, cultas y valientes, con quienes había compartido interesantes debates sobre educación, política y hasta economía, pues era quizá el único lugar donde podían hacerlo. Los hombres las habían marginado del debate público y habían renunciado al debate espiritual, esquina que las mujeres reclamaron para sí con uñas y dientes. Se convirtieron pronto en las directas responsables del culto más masivo e influyente de Chile, pero ese poder fue rápidamente ansiado por otros hombres: el clero. En los inicios de las Hijas de María, el padre Ugarte no estaba tan presente ni tan preocupado, pues su más importante objetivo era que las inscritas fuesen muchas y llenaran siempre las misas. Lo veían con suerte una sesión a la semana, lo que les daba a sus asociadas una gran libertad de charla e intercambio. Había noches en que ni siquiera rezaban el rosario, pues preferían discutir algún artículo de *El Mercurio* o alguna nueva ley aprobada en el congreso. Eso desesperaba a las más apostólicas, como Cornelia, María del Pilar y otras, pero, en lugar de pelear, simplemente hacían un pequeño grupo aparte y leían la Biblia por su cuenta. Había una especie de equilibrio sano en la convivencia que, según Fátima se estaba enterando, ya se había

quebrado por completo. Si del Buzón de la Virgen ya no salían anhelos sino pecados, si Ugarte ya no las guiaba sino coartaba y perseguía, si ya no había alegría sino angustia en las sesiones, ¿valía la pena persistir?

Extrapoló aquello también a su familia. Al bajar del barco y regresar a Santiago, se encontró con una madre aún más intransigente que antes, una hermana menor más insegura que nunca y una sociedad más prejuiciosa de la que recordaba, alerta por la creciente presencia de extranjeros no católicos en las calles y contrarrestada por una fuerte ola liberal causada por cierta burguesía más abierta al mundo, dispuesta a pelear el poder en la toma de decisiones.

—¿Quiénes se han ido?

—Muchas, pero las salidas más dolorosas fueron las de la señora Undurraga y la señorita Tarragó.

—Imagino el porqué —afirmó Fátima, sombría, recién cayendo en cuenta de que no había reparado en la ausencia de esos rostros—, y entiendo mejor la severidad que ha recibido Mercedes.

Un poco antes de su viaje, cuando la señora Vanderbilt descubrió a sus dos hijos mayores conversando con los codos sobre un plano arquitectónico, tomó a Fati del brazo y la llevó al jardín. La obligó a leer en voz alta el último número de *El Estandarte Católico*, un medio conservador que Ugarte solía sugerir en las sesiones. «No necesita la mujer ser sabia; bástale tener un buen carácter, una virtud sólida i un corazón generoso», decía la columna editorial. «Debe ser una hija sumisa, obsequiosa para con sus padres, buena i abnegada madre de familia, esposa fiel, consagrada a los deberes domésticos». Su padre Segismundo pensaba lo mismo. Unos días después, en un espacio pequeño pero muy comentado del periódico radical *Alas de Los Andes*, Antonia Tarragó González respondía al medio tradicionalista con una valentía extraordinaria: «Veréis novelistas rivalizar con el hombre en la poesía, descripción i pintura de la naturaleza. Veréis historiadoras que a la clara i veraz narración de los hechos reunen en alto grado el criterio, observacion i perspicacia. Otras, elevándose en alas del pensamiento a las rejiones del mundo ideal, hacen observaciones capaces de enorgullecer al filosofo i al pensador profundo. ¿Tendrá razón, o sentido común, quien niega a la mujer la capacidad o el

derecho para enriquecer su espíritu con los variados conocimientos de la ciencia? Si una mujer posee el talento creador, el jenio, ese destello de luz, ¿debe sepultarse en la fosa de la ignorancia i del oscurantismo?».

Tenía mucho sentido que Antonia se alejara de la iglesia, o que *la alejaran*. Lo mismo para Lucrecia Undurraga del Solar, quien colaboraba esporádicamente para la *Revista del Pacífico* hablando sobre la sumisión social de las mujeres, lo que siempre enervó a Juan Ugarte. Sin embargo, Fátima jamás lo vio tan enojado como cuando Rosario Orrego Carvallo llegó un día, emocionada, a anunciar que una novela de su autoría comenzaría a publicarse por folletines: *Alberto, el jugador*. Lo más importante es que estaría firmada con su nombre real por primera vez, pues ya llevaba más de un año escribiendo poemas y otras piezas periodísticas con un seudónimo. La *Revista del Pacífico* estaba haciendo una gran apuesta, aprovechando el buen momento de libertad de prensa bajo la presidencia del progresista Pérez Mascayano.

Fátima no alcanzó a presenciar la consecuencia de las impertinencias de Antonia y Lucrecia, pero sí recordaba muy bien las críticas y resistencias al debut de Rosario. La revista *El Conservador* le había exigido que pidiese disculpas públicas por «el atrevimiento de incursionar en un área del desarrollo intelectual para el que las mujeres no tienen ni la biología ni la preparación ni las capacidades», y ella no solo se negó, sino que siguió apareciendo en misa y en las sesiones de las Hijas con una sonrisa, motivada por lo que parecía una genuina devoción a la Virgen María. Una noche, el presbítero Ugarte se parapetó en la puerta principal del templo y no la dejó entrar. Le gritó ante la vista de todos los transeúntes, mandando que entregase su medalla y jamás volviese a pisar La Compañía. No volvieron a saber de ella.

Años después, y teniendo tan claros antecedentes sobre qué sucedía cuando se iba contra la marea, la estrategia que había escogido Mercedes Bascuñán para desarrollar su talento y sortear el repudio social era muy entendible, hasta predecible. Publicar bajo un seudónimo era la práctica más común entre las pocas féminas que se atrevían a demostrar sus intenciones literatas, pero engañar

haciéndose pasar por un hombre era, al mismo tiempo, quizá el peor pecado de todos a vista de Ugarte; aún más que el mismo hecho de escribir.

Fátima, ávida por expandir su mente y sus capacidades, admiraba a aquellas mujeres que habían decidido rebelarse públicamente ante el deber ser. Ella no tenía esa fortaleza. No creía tenerla.

—¿Crees que ayudaría hablar con el padre Ugarte?

Desde la perspectiva de la señora Aguirre, pedir mesura o apertura de mente a Juan Bautista Ugarte era igual de infructuoso que pedírsela a su madre.

—Lamentablemente, no —contestó a Cayetana con sinceridad—, pero algo se nos ocurrirá.

El jesuita ya había comenzado su sermón cuando las dos jóvenes regresaron al círculo. Estaba hablando muy duro sobre la «crisis moral» que se vivía en Chile desde que los progresistas habían comenzado a hablar contra la Iglesia católica y en favor de la libertad de pensamiento y conciencia —«no son liberales, ¡son *libertinos*!»—, y remarcando que una de las mayores evidencias de ello era el espacio que algunos medios de publicación estaban dando a voces y plumas femeninas, principalmente mujeres pertenecientes a sectores ilustrados de la burguesía, quienes desde el periodismo o la literatura estaban ejerciendo «una influencia peligrosa en sus pares, inculcándoles ideas contrarias a las buenas costumbres y al rol silencioso que Dios les había otorgado».

Con un folletín de novela arrugado en su puño, lo apuntó hacia el grupo.

—Si alguna de ustedes cree tener el derecho a reclamar un sitio en los ámbitos raciocinantes del país, está transgrediendo el modelo de virtud que exige María Santísima. ¡Pureza! ¡Humildad! ¡Obediencia! ¡Caridad! —gritó, con tanto esfuerzo que su sotana se agitaba—. Aquella que viola los confines de su hogar y su sumisión piadosa, ¡está buscando su condenación eterna!

Fátima se ubicó a la izquierda de Ugarte, sosteniendo el buzón con ambos brazos. Desde ahí miraba de reojo la silueta oscilante de Mercedes entre unas pocas velas que se apagarían en cualquier momento y sumarían oscuridad a su sufrimiento. Le dolía el estómago.

Sentía la voz del párroco cada vez menos nítida, más lejos. Gritaba que el periódico *La Voz de Chile* estaba, desde ahora, prohibido para cualquier Hija de María, y algo sobre que leer mucho podía ser un pecado igual de grave que escribir novelas…

Pero no escuchó nada más.

Mercedes se había desplomado sobre el suelo de piedra.

Algunas mujeres gritaron. Otras saltaron desde sus alfombrillas para socorrer a la joven. Fátima soltó la urna de latón y rebotó en las baldosas, desperdigando las cartas por doquier.

—¡NADIE toca a la penitente!

Juan Bautista Ugarte no se movió y exigió a sus dirigidas que tampoco lo hicieran, sin considerar sus gestos de angustia. Las mujeres se congelaron.

—¡Padre, es una locura! ¡Déjenos asistirla!

—Expulsión para quien se atreva. ¡Expulsión! Que nadie ose cuestionar los castigos del Señor… —Entonces echó su cabeza hacia atrás con soberbia—. Cornelia, ve a revisar que esté respirando.

La señora Vanderbilt, espantada como todas pero disimulando frente al cura, se movió rápido entre las crinolinas hasta el altar del Señor Crucificado. Los vestidos tan abultados no permitían acuclillarse, así que se sentó junto al cuerpo y tomó la cabeza de Mercedes para dejarla sobre su regazo.

Giró el rostro hacia Ugarte y asintió.

—Bien —dijo el sacerdote, impertérrito—. Con unas palmadas en las mejillas bastará para despertarla.

Cornelia tomó el rostro de Mercedita como si fuese una de sus hijas. Le acarició la frente, los pómulos redondeados, los labios pálidos. Golpeó suavemente con sus dedos a cada lado, pero no hubo respuesta. Había perdido completamente la conciencia.

—¡Debemos llevarla a un hospital! —exclamó Sinforosa, persignándose.

—Claro que no —volvió a hablar el jesuita, y mirando con desprecio a quien había osado alzar la voz, añadió—: Ya que tiene tantas ganas de ayudar, señora Tagle, acerque a Cornelia una de las velas más fundidas. Un poco de cera caliente en las manos y se acaba el desmayo.

Ella lo miró fijo varios segundos, esperando que su instrucción hubiese sido una broma, pero entendió pronto que no lo era. Miró a sus compañeras y solo encontró terror y evasión. Entonces, a tropezones, caminó hasta las rejillas que separaban la capilla del Cristo de la de María Magdalena; encontró una vela que había sido dejada con una base de papel y la extendió luego hacia Cornelia, quien la tomó con su mano libre. Compartieron una mirada de extrema preocupación.

—Con convicción, Cornelia —exclamó Ugarte desde su sitio—. Una quemadura limpia y rápida para purgar los pecados.

La mantilla negra de la señora Vanderbilt ayudó a ocultar algunas lágrimas que no pudo contener. La señora Tagle dobló un brazo de Mercedes, dejando su mano sobre su pecho, y Cornelia dejó caer entonces algunas gotas de cera en el dorso. Nada ocurrió. *Despierta, Mercedita, despierta…*

—Más, Cornelia —exigió el párroco—. ¡Más!

Fátima vio a su madre fruncir los labios y cerrar los ojos al derramar un chorro de líquido hirviente sobre la mano de la desmayada. No había querido mirar e igualmente se enteró de la consecuencia: Mercedes despertó de un sobresalto, con el dolor impregnado en su entrecejo.

Sinforosa se quitó su mantilla, dejando su peinado al descubierto. Con ella envolvió cuidadosamente los dedos de la joven y luego la ayudó a reincorporarse, sosteniéndola desde la cintura.

—Ninguna mujer tiene permitido deambular en la casa del Señor sin el decoro del velo —le advirtió Ugarte. La tradición de la peineta y la mantilla era uno de los tantos legados aún imborrables que habían dejado los colonos españoles en Chile.

Ella ni siquiera volteó a verlo, sino que siguió caminando despacio con Mercedes, casi arrastrándola hacia la salida lateral poniente de la iglesia, la que se encontraba pasando el altar de Nuestra Señora del Tránsito.

—En treinta segundos ya no estaré en la casa del Señor —respondió.

Entonces Cornelia las hizo detenerse.

—Mercedes… Mercedita… —le susurró, pellizcándole el pómulo.

Era difícil saber si la joven tambaleaba porque no había vuelto completamente en sí o por el dolor de la quemadura—. Agradece al padre Ugarte.

Así era. Así les habían enseñado. Las penitencias se agradecían. El castigo era un regalo. ¿Cómo, si no, el alma alcanzaría el temple necesario para acercarse a la purificación anhelada?

—Gracias, padre —balbuceó Mercedes, con los ojos perdidos.

Sinforosa miró a Cornelia con odio, tomó con más fuerza la cintura de la señorita Bascuñán y se alejaron del círculo de mujeres, donde los rostros se dividían entre pasmados, aterrados y afligidos.

El jesuita hizo un gesto de conformidad y las dejó partir.

Fátima apretó los dientes de impotencia. Sabiendo que su amiga estaba en buenas manos y recibiría pronto la asistencia adecuada, se arrodilló en las baldosas y comenzó la recolección frenética de las cartas desparramadas. Las otras Hijas de María, en lugar de auxiliarla, se alejaron cada vez más, temerosas de siquiera tocar alguno de esos papeles doblados. Por suerte la urna había quedado casi intacta después del golpe, con un leve abollón en una esquina.

—Terminemos pronto con esto —sugirió el padre Ugarte, sentándose en su habitual poltrona, no con un tono conciliador, mucho menos de arrepentimiento, sino de impaciencia—. De pie, Fátima Aguirre. Léenos en voz alta el primer pecado.

La rodeó un silencio fúnebre. Ninguna estaba de humor para seguir oyendo o atestiguando penitencias, pero había una forma de ver el vaso medio lleno: según Helena le había comentado, al presbítero le incomodaban tanto los «pecados de mujeres» que las discusiones jamás se alargaban demasiado, y él otorgaba la penitencia correspondiente a los pocos minutos. Si tenía suerte, en menos de media hora podría salir de ahí y correr a la casa de Mercedes.

Cuando recuperó hasta el último mensaje, Fátima dejó la urna abierta en el piso y tomó cualquiera. Era un papel grueso, áspero, como si no fuese de escritura sino para alguna manualidad. La letra era redondeada y tiritona, como la de un niño.

Santísima Inmaculada, perdóname, pues como más de lo que debería. No respeto las dos comidas al día. Bajo muchas veces de noche a las alacenas i tomo lo que

encuentro a mi paso. No puedo evitarlo. Es mi gran placer i mi gran calvario.

Juan Ugarte se aclaró la garganta.

—La glotonería es un pecado grave, capital, y no lo digo yo, sino santo Tomás de Aquino —explicó—. Vicio inmundo que oscurece la conciencia, bochornoso en un hombre, pero repulsivo en una mujer. Estamos de acuerdo, ¿no? —insinuó, pero pasaban los segundos y el silencio continuaba. Pocas siquiera habían alzado la mirada—. Mientras más se rehúsen a hablar, más tiempo nos quedaremos aquí…

Entonces un par de voces se solaparon.

—Atenta contra el cuerpo, el que, por ser obra de Dios, es sagrado…

—Demuestra nulo autocontrol, es un alma atribulada…

—Ajá —concordó el sacerdote, satisfecho al vislumbrar obediencia —. ¡Egoísta, por demás! Pues la gula busca solo la satisfacción personal. ¿Castigo acorde?

—Ayuno, sería sensato…

—Ayuno, padre…

—No hay duda de que el ayuno…

Fati no quería participar. Quería salir de ahí.

—Esa mujer requiere urgente el más estricto ayuno —cerró Cornelia, cuyas palabras parecían las rígidas de siempre, pero su semblante denotaba que no sentía la misma fuerza que hacía media hora.

El párroco asintió.

—Debería ponerla de rodillas y quizá deslizar cera en sus labios. Si sirve para la censura escritural, seguro sirve para la censura alimentaria…

Las mujeres se espantaron. Lo decía en serio. Lo peor era que lo decía en serio. Pero regresó a lo que él entendía por «sensatez»:

—Si estás entre nosotras, pecadora, recuerda lo que le debes al Señor: ayuno total de cinco días. Solo agua.

Hubo murmullos y sonidos guturales de estupor, así como miradas furtivas para detectar si la culpable estaba presente. Como los mensajes se consideraban secreto de confesión, debía respetarse el anonimato, pero algunas pistas en el relato siempre alimentaban la

especulación. Como ahora, en que muchas estaban en pleno análisis de quién en el círculo lucía con sobrepeso o con el corsé demasiado ajustado.

Fátima no esperó a que Ugarte le diera el pase para la siguiente carta. Ella volvió a tomar cualquiera, sin siquiera mirar la caja, y la revisó en silencio. Necesitaba leerla en su mente antes que al público, para preparar sus nervios. No sabía cómo reaccionaría si se encontraba con algún insulto, una grosería, algo muy indecoroso o blasfemo…

> He pecado, Virgencita, pues presumí mi peinado i vestido en la última fiesta. Pedí comentarios i recibí adulaciones. Me sentía hermosa, ¡como nunca! Pero sé que no debía. Espero puedas perdonarme.

—Oh, la vanidad. ¡Madre de todos los vicios! —exclamó Ugarte, levantando su brazo—. El primer acto de soberbia fue el de Satanás, al negarse a reconocer a Dios como su Señor. ¡Jamás debe tomarse a la ligera!

La señorita Dancaster movió su mano y el párroco le dio la palabra.

—Únicamente una persona de confianza y en un contexto privado, jamás público, puede admirar alguna cualidad nuestra. Una misma, jamás.

—Así es —concedió, sonriendo por primera vez esa noche, y otras asintieron—. ¡La belleza es un pecado! Y si alguna de ustedes cree poseerla, bien debería estar en penitencia toda su vida…

Volvió a caer un silencio pesado y miradas pesarosas. Disimuladamente, Cornelia tironeó de la mantilla de Helena para esconder más su rostro. Ugarte creyó que podía ser un tópico donde sus asistentes tendrían bastante contenido que compartir, por lo que decidió cerrar el tema de golpe:

—Su castigo adecuado será, durante una semana, utilizar un peinado de *bandeaux* liso y achatado, vestido corriente, y prueba de silencio.

Gabriela Almonacid se persignó, aliviada de que ella no fuese la destinataria de esa purga. Prefería morir antes de llevar un atuendo de

criada y no abrir la boca hasta la misa del siguiente domingo. Una verdadera tortura.

Faltaba la última carta de la noche.

Fátima movió los dedos dentro de la urna. Sacó una. El papel era delgado, casi traslúcido, y despedía un aroma particular. Era muy agradable. La carta no estaba escrita con tinta sino con carboncillo, pero la letra era pulcra, así que no había borrones.

Leyó atenta. Dejó de respirar. Leyó de nuevo.

—Señora Aguirre, estamos esperando —la apresuró Ugarte.

Ella tragó saliva. Sintió sus mejillas y todo su cuerpo ardiendo. Había ahí conceptos que ella no había experimentado jamás, que existían únicamente en sus anhelos más inconfesables, y al leerlos públicamente los traía a la realidad, al presente, tanto para animarle a seguir soñando como para enrostrarle aquello que nunca viviría.

> Recibo a mi esposo en mi cama todas las noches, María. Busca mi deseo antes que el suyo, me toca donde yo le ordeno. Me deja besar más lugares que su boca, yo lo dejo explorar más tiempo del decoroso. No hay trozo de mi piel que no tenga sus huellas. Su cuerpo siempre ha estado disponible para mí.

La diversidad de reacciones y gestos indicaba una incomodidad general, pero era positiva o negativa dependiendo de una infinidad de factores. Al menos diez mujeres abrieron y agitaron inmediatamente sus abanicos; tres soltaron una risita nerviosa; siete llevaron una mano a su boca por el asombro y cuatro se la llevaron al pecho, horrorizadas; un puñado fingió indiferencia, y otras, como Helena, juntaron las manos en su regazo con la mirada perdida, creyendo que habían oído una declaración más romántica que erótica.

Fátima estaba pasmada, con el papel aún en la mano, sin saber qué hacer.

—¡Lujuria! —se indignó el padre Ugarte—. Cuán frágil es su convicción, señoras, señoritas, que han olvidado una máxima divina: la única finalidad del contacto físico marital es la procreación. Nada más. ¡Nada más! Cualquier añadido es pecaminoso y libertino. El Todopoderoso ha puesto en ustedes la responsabilidad de la reproducción humana, las mujeres existen sola y específicamente para

llevar a cabo esa labor, por lo que su rol como esposas y madres está designado por Dios. ¡Esposas, no amantes! La actitud lujuriosa es una burla a los designios celestiales que…

—No, no lo es.

La voz de Fátima sonó tan decidida que se escuchó hasta el fondo de la nave central. Las presentes detuvieron todos sus movimientos, incrédulas ante lo que estaba sucediendo.

—¿Qué has dicho? —pronunció el sacerdote, más como amenaza que como pregunta.

—Que en esta carta no hay ningún pecado, padre Ugarte.

Era la única de las Hijas de María que estaba de pie, frente a todo el círculo de treinta y tantas cabezas. Como el sacerdote seguía sentado en su silla, cualquiera que entrase a la iglesia en ese minuto creería que quien lideraba la sesión era Fátima.

Y por un minuto, ella también lo creyó.

—¿De dónde procede esta impertinencia? —siguió Ugarte, ahora apoyado en los brazos de la poltrona, como si tomase impulso para levantarse—. ¿Te atreves a contradecir a tu párroco? ¿A contradecir a Dios?

—Justo lo opuesto: estoy siguiendo la palabra de Dios al pie de la letra.

—¿Cómo…?

Cruzó su mirada con la de Jertrudis, la de Helena, la de Cayetana, todas expectantes, impulsándola a seguir.

—El deseo carnal femenino no es pecado mientras esté enfocado en la pareja bendecida por Dios, es decir, unida en matrimonio. Eso es lo que dice la Biblia —explicó, aunque su mentón temblaba sutilmente —. En el *Cantar de los Cantares*, en la expectativa de los esposos, ella dice: «Mi amado metió su mano por la abertura de la puerta y se estremecieron por él mis entrañas. Me he quitado la ropa, ¿cómo he de vestirme de nuevo? Mi amado es resplandeciente y sonrosado, distinguido entre diez mil. Su paladar, dulcísimo, y todo en él, deseable. Yo soy de mi amado y mi amado es mío».

La mitad de la concurrencia no recordaba un pasaje tan escandaloso como ese, así que aquellas que habían llevado su Biblia se hundieron en el libro a buscarlo, y las otras a su alrededor husmeaban

sobre su hombro y la apuraban para encontrarlo.

—¿Acaso cree que una sola cita es prueba suficiente de…?

—Pero hay más. En Corintios 7, versículos dos al cinco, la enseñanza de san Pablo dice: «Que el marido cumpla su deber para con su mujer, e igualmente la mujer *lo cumpla* con el marido. La mujer no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Y asimismo el marido no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No se priven el uno del otro».

Fátima jamás habría creído que las infinitas horas de estudio bíblico comandadas por su madre tendrían algún día una buena utilidad, y Juan Bautista Ugarte jamás habría creído que una Hija de María osaría un día desafiarlo.

—¡Basta! —exclamó, golpeando la poltrona para detener el murmullo entusiasta que se había formado entre las mujeres. Todas regresaron inmediatamente al silencio, pero continuaba la expectación —. Debe recordar cuál es su lugar en este espacio, señora Aguirre. No le estoy preguntando si es o no un pecado, pues eso lo decido yo. ¿Así me agradecen que con generosidad les haya permitido participar en la discusión penitencial?

—Usted siempre nos dice que la única ley de vida es la Biblia —murmuró de pronto Helena, con su madre a un lado intentando que se callara—, incluso más importante que la constitución y las leyes de un país. Que es nuestro compás moral. Mi hermana simplemente ha recitado lo que ahí se dice sobre…

—Nadie más que *yo* puede dar correcta interpretación y significado a las escrituras —prorrumpió—. Para eso están ustedes aquí, señorita Aguirre: para ser *guiadas*, pues en su propia naturaleza jamás podrían hacerlo. Es *mi* responsabilidad decirles qué pensar y qué hacer, ¡o jamás alcanzarán la gloria del Señor!

Cornelia se alzó mínimamente sobre sus rodillas para llegar hasta todos los oídos con su voz.

—La mejor prueba de que *sí* estamos frente a un pecado, tal como dice el padre, es que la mujer que escribió esta carta lo está declarando implícitamente al ponerla en el buzón…

—Pues esa es la paradoja, madre —le habló Fátima, decidida, sin querer soltar su súbita lucidez—. Ella dejó esto en el buzón porque

cree que es un pecado, pero eso no significa que necesariamente lo sea. ¿Cuántas veces hemos creído que obramos bien, para enterarnos luego de que nuestra decisión ha dañado a otro? También puede suceder que creamos estar obrando mal, y sin embargo comprendemos *ex post* que nuestras acciones han sido perfectamente lícitas e inocuas…

Juan Ugarte movió la cabeza en una exagerada negación y levantó sus manos.

—Agradezco que hayas contrarrestado esta insólita situación con algo de cordura, Cornelia. El Señor te observa y se regocija. Estoy seguro de que entre ustedes hay más almas sensatas, así que… Luisa —la apuntó—. Le doy la oportunidad de educar a Fátima, señora Piermattei. Exprésele por qué la carta que se ha leído hoy es representativa del pecado capital de la lujuria.

La aludida hizo un gesto de pánico, llevando por impulso sus manos a su vientre.

—Fátima está en lo cierto, padre —respondió Eulalia en su lugar, tomando una de las manos de Luisa bajo su amplia mantilla.

—No le he hablado a usted, señorita Pardo…

Envalentonada por unos segundos de los que quizá después se arrepentiría, Cayetana Arrigorriaga alzó su mano.

—El argumento de la señora Aguirre tiene asidero —afirmó, sin atreverse a mirar al párroco y con los ojos fijos en la Biblia en su regazo—. He revisado los versículos que ella cita y son exactos. No obstante, dice usted que su interpretación es errónea. ¿Cuál sería, entonces, la correcta lectura de: «Como panal de miel destilan tus labios, oh esposo; Miel y leche hay debajo de tu lengua…»?

Mil veces habían visto a Ugarte irritado, cansado, impaciente, pero jamás ruborizado.

—Pues bueno, perfectamente puede leerse desde lo simbólico como representación del amor incondicional de Dios por su pueblo…

—La palabra «Dios» no se menciona ni una sola vez en los *Cantares* —comentó Gabriela, pasando las páginas de su Biblia con el ceño en concentración.

—*Puede leerse* —le repitió Cayetana—. Eso quiere decir que esa es una interpretación posible, la alegórica, pero que la interpretación literal también sería admisible…

El silencio expectante complicó aún más al sacerdote.

—Si somos estrictas en el estudio bíblico —aportó por su lado Adelina Ovalle, quien se había colocado unas lentillas de medialuna para leer su copia del libro sagrado con comodidad—, el *Cantar de los Cantares* también ha sido denominado *Cantar de Salomón*, ya que se establece la autoría en el primer versículo. Salomón era conocido en la antigüedad como autor de proverbios y poemas, según lo que aparece en Reyes 4, 32. Parece muy claro que este poema realza el amor conyugal…

—Y si está en la Biblia, es palabra de Dios —afirmó Enriqueta Larraín.

—Por lo tanto, es justo pensar que la Hija que escribió esa carta no ha pecado de lujuria, sino que vive el deseo permitido por Dios en las fronteras del santo matrimonio —cerró Jertrudis.

—Así me parece a mí también…

—Tiene sentido, sí…

—Si es entre esposos, es una actitud que podría permitirse…

Juan Bautista Ugarte observaba en todas direcciones, estupefacto, mientras Fátima sonreía tibiamente a un grupo que, por fin, volvía a reconocer…

Probablemente el jesuita habría estallado otra vez en aleccionamiento drástico, si no fuese porque el hermano Bianchi abrió una de las puertas laterales con estruendo, sobresaltando a todas los presentes. Caminó hasta la reja que determinaba el perímetro del altar mayor, dijo algo a Ugarte en el oído y corrió de vuelta por donde vino.

El sacerdote estiró su sotana, arregló su alzacuello y apuntó a la señora Vanderbilt.

—Te encargarás de que ninguna salga de esta iglesia hasta que hayan rezado tres misterios del santo rosario. ¡Tres!

Y salió, siguiendo al sacristán.

Cuando estuvo con los dos pies fuera del templo, se escucharon en el círculo varios suspiros. Casi todas se levantaron de sus alfombrillas. Entonces Luisa Piermattei se acercó a Fátima. Ella aún tenía el último mensaje de la discordia arrugado en su mano, y la italiana se lo quitó con suavidad, apretándolo en la suya propia. «Gracias», moduló, con

los ojos llorosos. La chilena le sonrió con un alivio y felicidad que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Se acercaron también Helena, Cayetana, Eulalia, Victoria… y tocaron su hombro de terciopelo, su peinado de trenzas y lazos, su brazo de manga larga bordada. Había lágrimas en algunos rostros y sonrisas en todos.

Jertrudis, abriéndose paso entre las crinolinas y con sentido arrepentimiento por haber rechazado su contacto antes, tomó las manos de Fátima. Ella aceptó su gesto y, estrechándolas, juntaron sus frentes.

—Su mente inquieta no fue devorada por las polillas, señora Aguirre. Mil veces enhorabuena.

XIII

13 de noviembre de 1863

«Intereante regreso a Chile, ¿eh, María?».

Fátima puso su mano sobre el pie desnudo de la imponente escultura de la Inmaculada y lo acarició levemente. Elevó el mentón para buscar los ojos de la Virgen y le sonrió con desazón. Aún no cumplía un mes desde que dejó París y ya se sentía como una eternidad.

«Se suponía que administrar el buzón era mi penitencia, mi sacrificio para probarte que mi deseo de ser madre es más fuerte que cualquier cosa, y sin embargo aquí estoy, a toda honestidad, disfrutándolo. Mi madre lo sospecha, también el padre Ugarte. ¿Sigue siendo un castigo a tus ojos? ¿Recibiré la gracia del Señor en mi vientre o me he ganado ya su desprecio por mi rebeldía?».

Efectivamente, las sesiones de los últimos días habían tenido un vuelco iluminador. Tras el *Episodio de los Cantares* —como lo apodaron algunas, transformado en un chiste interno—, algunas cartas comenzaron a aparecer con un par de inclusiones que lo cambiaban todo. «Mi madre me ha dicho que usar el mismo vestido dos días seguidos es un pecado. ¿Es eso cierto, virgencita?»; «María, ayer me quedé dormida rezando el tercer misterio luminoso. Perdóname, pero mi hijo menor había pasado la noche con mucha fiebre y yo no había pegado un ojo. ¿Debería rezar dos rosarios en compensación? ¿Es el cansancio un pecado?»; «No tolero a la novia de mi hermano. ¡Es una engreída! En la cena casi derramo toda la sal en su plato, pero me contuve a tiempo. Si no hice nada malo, pero sí lo pensé, ¿sigue contando como pecado, madre santísima?».

El tono general había dejado la fatalidad, incluso la victimización, y surgió el cuestionamiento. La sana duda como una venganza

ilustrada tras lo que le había ocurrido a Mercedes y que recordaba a Fátima los mejores días en los inicios de las Hijas de María. «No hay nada que enfurezca más a un hombre que una mujer con pensamiento crítico», había escrito Mercedita en su novela, y aunque no lo había dicho con Juan Ugarte en mente, la frase aplicaba. El párroco estaba perdiendo la paciencia más rápido que nunca en las sesiones, sin entender las conclusiones relativistas a las que las Hijas estaban llegando, utilizando incluso las propias enseñanzas del jesuita en su contra. «Si repetir un vestido fuese pecado, todas nuestras criadas estarían condenadas al infierno, así como también los huérfanos a quienes asistimos siguiendo la virtud de caridad que, según el padre Ugarte, nos manda la Inmaculada. No tiene sentido. Entre mujeres de nuestra clase, no cambiar de atuendo podría considerarse descortés, quizá un desliz de civilidad, pero llamarle *pecado* es innecesariamente severo»; «Como el padre Ugarte nos ha recalcado siempre, nuestro primer deber es el de madre, por lo que cuidar de un hijo enfermo es prioritario al rezo. El rosario es importante, pero la fiebre es urgente»; «La pobre chica ha caído en pecado de pensamiento, sí, pero no debiese ser equivalente al pecado de obra, más si lo ha rechazado a tiempo. Ya lo ha dicho el padre muchas veces: si rehusamos enteramente un mal pensamiento, no solo no hay pecado, sino que hacemos un acto virtuoso. No hay derrota, ¡hay una victoria!».

La prensa también había aportado lo suyo. En lo que parecía una perfecta sincronicidad, una columna firmada por Lucrecia Undurraga del Solar apareció en la *Revista del Pacífico*, donde se refería de forma crítica pero muy lúcida a días pretéritos en los que había participado más activamente de los ritos católicos, incluida la cofradía de las Hijas de María y el popular Buzón de la Virgen. Cayetana consiguió un ejemplar y lo compartió con algunas por turnos, a escondidas bajo sus biblias y mantillas:

> ¿Escribíamos cartas a María apelando a su amor de madre, a su sensibilidad como mujer, tal como confidenciaríamos a una querida amiga nuestros anhelos, o le escribíamos por temor a su rechazo, a su desdén si no admitíamos nuestras debilidades? En eso nos habíamos convertido, en un cúmulo

de timoratas mendigando un amor que en realidad nunca habíamos perdido, pero que nos habían convencido de que teníamos que «recuperar». ¿Acaso el catecismo no enseña que María amó a su hijo Jesús desde el primer segundo de su respiro? ¿Acaso no han amado las señoras a los suyos apenas los han cargado en sus brazos? Si algo he aprendido lejos del yugo sacerdotal es que, si eres «hija» de María, ella ya te ama, pero que esa convicción no es útil para quien colecta el diezmo.

Para la última sesión, Ugarte ni siquiera se había presentado. Envió al padre Trimontino en su reemplazo para dar las penitencias; no obstante, a los cinco minutos del rosario inicial se había quedado dormido. Las mujeres continuaron con el ritual como siempre —al menos una decena seguía sentándose lejos de Fátima por su carácter de *penitente*, pero la mayoría se había relajado—, sugiriéndole a las tres suertudas pecadoras una enmienda discrecional, si es que así lo estimaban en su fuero interno… para así dedicar la siguiente media hora a discutir la columna de Lucrecia o conversar sobre lo último que había sucedido en la casa de empeño de las hermanas Blythe, conocidas prestamistas que, según la creencia popular, tenían un pacto con el Diablo. Enriqueta explicó a todas que, con la promulgación de la nueva Ley de Bancos, las múltiples casas acreedoras que funcionaban con abusivas normas propias y nunca habían sido fiscalizadas por el Estado ahora comenzarían a recibir las visitas de inspectores que…

Fátima sonrió al recordar esa noche. Amaba que las Hijas de María fuera un lugar de nutrido y continuo aprendizaje sobre temas diversos y contingentes bajo lo que ellas llamaban «la mirada amorosa de María»… si Ugarte se dignaba a dejarlas en paz.

El párroco no solo andaba con los nervios de punta por el cambio de actitud de las Hijas o el vapuleo usual desde la prensa contestataria, sino por presiones externas que al parecer no estaba manejando de la mejor manera. La noche que salió disparado sin cerrar la sesión fue porque el nuncio Eyzaguirre había visto a Mercedes Bascuñán abandonar la iglesia en un deplorable estado. Confrontó al sacerdote por aquello, advirtiéndole que podría generar

problemas en el ya enrarecido clima contra el clero. Ugarte le aseguró que tenía todo bajo control, pero al día siguiente volvió todo a desmoronarse. En la reunión episcopal, el arzobispo Valdivieso comunicó a los presentes que el asunto del «patio disidente» se estaba radicalizando.

Así le llamaban al nuevo anexo del cementerio, un pequeño predio con vistas al lazareto El Salvador que se había mandado construir con un muro perimetral de tres por siete varas de grosor y una gran reja de separación, ya que alojaría a «disidentes», es decir, fallecidos no católicos. Aquella decisión había sido un escándalo desde el inicio; aunque el cementerio había sido concebido en 1821 como un recinto laico, jamás fue laico en la práctica, ya que su administración había sido monopolizada por sacerdotes católicos. Y ahora, esa medida que alguna vez les pareció astuta se estaba volcando en su contra: haber negado sepultura durante décadas a personas que profesaban otras religiones derivó en un caos sanitario, con entierros poco rigurosos en laderas de cerros o patios de casas, sin contar la tensión diplomática que arrastraba, ya que la gran mayoría de los disidentes eran extranjeros con capital invertido en el país. Entonces, en 1854 surgió la idea de este «patio» adyacente al cementerio, el que estaría muy bien demarcado para que su impureza no se mezclara con el resto del recinto sacrosanto… Sin embargo, a casi diez años de su supuesta implementación, aún no habían permitido ni una sola tumba, pues el directorio seguía considerando que era una inmoralidad, partiendo por el mismo arzobispo. La última alarma parecía definitiva: el padre del cónsul de Prusia, el protestante Emile von Moltke, había fallecido hacía unos días, y el mismo ministro de Relaciones Exteriores, Manuel Antonio Tocornal, se había apersonado en el arzobispado para exigir que se abriesen las puertas del «patio disidente» de una vez por todas.

¿Qué tenía que ver Juan Bautista Ugarte en todo ese enredo? Pues que él mismo, en una homilía reciente, se había referido a la ola de migrantes no católicos como «una perversión originada por una economía floreciente, presencias que adularán a políticos y confraternizarán con banqueros, pero que jamás tocarán nuestros templos, nuestras escuelas ni nuestros cementerios». Como era de esperarse, había llegado a oídos del embajador prusiano, quien había

hecho ver su indignación al ministro. Si el *impasse* no se contenía pronto, el conflicto llegaría a los periódicos reaccionarios y harían con él un festín sin precedentes, por lo que la reunión episcopal sugirió a Ugarte algo parecido a la inmolación: que mientras ellos llenaban de papeleo a la familia Von Moltke para que desistiesen de un entierro en el Cementerio General, el párroco pidiese disculpas públicas en su siguiente sermón, aclarando que la «perversión» de la que había hablado antes no incluía, por supuesto, a altas autoridades ni empresarios emblemáticos…

El presbítero Larraín Gandarillas le sugirió aceptar el arreglo por el bien de toda la curia. Que sí, se veía y sentía como una humillación, pero su venganza sería gloriosa: debía asegurarse de que la festividad del ocho de diciembre fuese un espectáculo tal que cada periódico de circulación capitalina estuviese obligado a mencionar su nombre entre flores, a reconocer que no había en todo el año hito más masivo que ese, y que ni el mismo presidente de la República convocaba más almas y voluntades que la Iglesia Católica. «Prometo, con el Todopoderoso como mi testigo, que Chile no habrá visto nada igual», proclamó Ugarte al nuncio Eyzaguirre horas después.

Cuando Cornelia Vanderbilt recibió la orden de duplicar, incluso triplicar cualquier número de guirnaldas, tules o velas que hubiese concebido antes para el cierre del Mes de María, Fátima y buena parte del resto de la cofradía sintió más preocupación que entusiasmo. «Reforzaremos cada arco de piedra, cada dintel, cada viga, cada esquina con lámparas de parafina, además de unas nuevas de gas hidrógeno para el altar mayor. Habrá tantas luces que la concurrencia creerá que hemos traído el sol mismo a la cúpula». El sacerdote en persona estaba alentando, incluso *exigiendo* a las asociadas caer en el pecado de la ostentación, sin darles más explicaciones que el «celebrar a María como merece». ¿Realmente se justificaba? Al final casi todas se sumaron al frenesí, pues el ocho de diciembre no solo era el día de la Inmaculada, sino un nuevo aniversario de las Hijas de María…

—¡Ya le dije que no está!

Un grito sacó a Fátima de sus reflexiones. Parecía una pelea, y los ruidos no venían desde el interior de la iglesia, sino desde la calle. Haciendo una rápida reverencia, se despidió de la Virgen y se acercó

al umbral de piedra. Afuera no vio más que a transeúntes comunes, carretas de bueyes transportando heno, señoras con enormes sombreros caminando hacia el teatro, niños jugando con caballitos de madera bajo el único árbol de la plazuela…

—¡Exijo su presencia! ¡No se librará de mí!

Volteó hacia su derecha. Las voces venían del callejón.

Junto al muro poniente de La Compañía había un estrecho pasaje que separaba el templo de los terrenos donde se estaba construyendo el nuevo palacio para el Congreso Nacional, obra liderada por Lucien Hénault que llevaba un par de años detenida por falta de recursos. En este pasaje se encontraba la escalerilla hacia el campanario, las habitaciones privadas del presbítero Ugarte, una de las puertas laterales para entrar o salir de la iglesia y, al fondo, el acceso a la sacristía. Ahí es donde Fátima vio a dos hombres, moviendo sus brazos en una álgida discusión.

—Apenas el hermano Ugarte regrese, le diré que usted lo está buscando —le aseguró el hermano Bianchi, visiblemente preocupado.

—¿Dónde se esconde? ¿Tendré que buscarlo en cada capilla? ¿O bajo las faldas del arzobispo, quizá?

—Al menos bajo las nuestras no está.

El intendente de Santiago, Francisco Bascuñán Guerrero, relajó en algo su ceño fruncido cuando escuchó la voz de Fátima. Al verla hizo una inmediata reverencia.

—Señora Aguirre…

No era usual en ella el interrumpir conversaciones ajenas; en otro contexto habría regresado en silencio a la capilla, pero al reconocer al intendente Bascuñán siguió el impulso de sus pies, directo hacia el conflicto. Tenía buenos motivos.

—¿Podría dedicarme unos minutos, intendente?

El sacristán no esperó la respuesta de la autoridad chilena. Avanzó por el callejón, pasó junto a Fátima —«Dios la proteja, niña»— y entró a la nave principal de la iglesia por la puerta lateral.

Bascuñán bajó los hombros.

—¿Quiere saber de Mercedes?

—Su madre no nos ha dejado verla…

—Pues me uno a su angustia, pues aún no he podido hablar con

ella.

Fati se sorprendió.

—¿Usted tampoco ha podido visitarla?

—Ni yo ni mi esposa. ¡Pensé que estaba enferma! Pero ya me enteré de la verdad… Y conozco a mi madre: al negarnos el paso está intentando proteger a alguien, y no es a mi hermana. No me sorprendería que ella misma le hubiese dado asilo al infame de Ugarte.

El intendente de Santiago era un conocido anticlerical. No pertenecía al partido Liberal pero abrazaba sus ideas, como garantizar la propiedad de los indígenas sobre territorios ancestrales o mejorar la instrucción popular, medidas que levantó con fuerza cuando fue intendente de la provincia de Arauco. En los años que llevaba en Santiago había colaborado con distintos ilustres, como Domingo Santa María y Diego Barros Arana, para impulsar la alfabetización de los más desfavorecidos y, por sobre todo, el ejercicio crítico, celebrando cada artículo o columna contra el conservadurismo que pretendía imponer directrices religiosas en decisiones mundanas. Educado en el catecismo más rígido por su madre, doña María Guerrero y Varas, a sus cuarenta años Francisco pretendía criar a sus tres hijos en libertad de conciencia, aunque fuese un gran desafío —o un suicidio social— pretender aquello en un país católico.

—Se ha enterado de la *verdad*…

—Y puedo adivinar las causas —afirmó él, tras sus párpados caídos pero mirada honesta—. ¿Está el párroco repartiendo torturas otra vez? No lo permitiré.

A Fátima le asombró que él estuviese tan bien enterado. La cofradía era muy hermética sobre lo que sucedía en las sesiones, Ugarte las había amenazado muchas veces con las penas del infierno si alguna hablaba de más, pero los casos más extremos eran difíciles de ocultar, incluso para un sacerdote experto en apariencias.

—Parece muy seguro de su culpabilidad…

—Aunque ustedes no quieran hablar, tengo otros medios para enterarme de lo que sucede en mi ciudad —le aclaró el intendente, áspero—. Ya he tolerado esta ignominia por demasiado tiempo. ¿Cómo es posible que avalen el martirio?

—¡No lo hacemos! —respondió Fátima, entre ofendida y apenada —. Sé que usted no tiene a las Hijas de María en su mejor estima, pero créame que ninguna de nosotras aprueba algo así. Intentamos detener lo que…

—¿Lo ve? Es evidente. No lo eligen, son instigadas a ello. Estas cofradías son simples focos de coerción y atrocidades. Por eso es mi deber como autoridad tomar cartas en el asunto…

—¿Sin preguntarnos a *nosotras* qué es lo que queremos?

—Ningún arzobispo me convencerá de que una mujer arrodillada fuera de la iglesia en plena lluvia de invierno o una hospitalizada por ayuno extremo son «ofrendas devotas desde el libre albedrío» — espetó, citando un artículo publicado por la *Revista Católica* hace unos meses—, tampoco las quemaduras en las manos de mi hermana.

Muy muy bien enterado.

Fátima asintió con los labios apretados.

—Debe tomar la palabra del hermano Bianchi por cierta si dice que el padre Ugarte volverá en cualquier minuto, porque así será. No necesita esconderse de nadie…

—Sé que no puedo presentar cargos contra él en tribunales civiles, y por eso duerme tranquilo por las noches —pronunció, furioso, ahora refiriéndose al fuero clerical consagrado en la Constitución—. Sé que quizá tampoco lograré que lo juzguen en un tribunal eclesiástico, pero hay uno aún más lapidario: el mediático. Lo expondré en cada periódico de este país si es necesario.

—No me está entendiendo. El padre Ugarte duerme tranquilo no por su fuero, sino porque, en la práctica, él no ha hecho nada.

El intendente arrugó la frente.

—¿*Nada*?

—Si habla con Mercedes, ella le dirá que lo que sea que le haya sucedido fue su decisión.

—¡Eso no importa! —exclamó él, más irritado que hace un minuto —. ¡La instrucción vino de él! ¡Estoy seguro! ¿No es el cura de turno quien asigna las penitencias? Es la descarada manipulación de estos jesuitas lo que tiene aterrorizadas y dominadas a las señoras de esta ciudad…

—Señor Bascuñán —se crispó ella de pronto—. No tome mis

palabras como una defensa a nuestro párroco, no es esa mi intención en lo absoluto, pero si quiere realmente traer justicia y sosiego a este triste suceso, su condescendencia no ayuda en nada.

Bascuñán leyó la molestia en el rostro de Fátima y entendió que debía proseguir con cautela.

—Discúlpeme, pero estoy intentando protegerlas de…

—¿Realmente nos cree títeres indefensos? ¿Somos, para usted, simples vestidos ampulosos sin capacidad de raciocinio?

Él abrió y cerró la boca un par de veces antes de emitir sonido.

—No he querido ofenderla, señora Aguirre —le aseguró, sincero, tratando de regresar a la mesura—. Tendría que coincidir conmigo, no obstante, en que la evidencia es muy clara en cuanto a la presión indebida que los sacerdotes ejercen en el pensamiento y en la voluntad de los fieles…

—Así como usted tendría que coincidir conmigo en que su hermana Mercedes es una mujer inteligente, juiciosa y reflexiva. ¿Por qué acepta tan rápido el hecho de que ella haya sido *obligada* a algo, en lugar de preguntarle directamente sus motivos?

Con cada palabra, Fátima hablaba por su propia experiencia de vida y estaba consciente de la proyección. ¿Eran el padre Ugarte o su madre realmente responsables de la penitencia que ella debía cargar por no concebir un hijo, o había sido ella quien secretamente había deseado el escarmiento? ¿Sería capaz de admitir que, en el fondo de su ser, quizá lo anhelaba? Mercedes sabía que realizar a escondidas un «oficio masculino» tenía consecuencias y prosiguió con su anhelo de igual manera. Las veía venir, más temprano que tarde…

La insinuación chocó al intendente Bascuñán.

—¿Está diciendo que mi hermana *aceptó* el calvario al que fue sometida? ¿Que el «libre albedrío» que defiende el arzobispo es real?

—Estoy diciendo que es ella quien debe afirmarlo o desmentirlo. Ninguna de nosotras tiene ese poder, tampoco usted. Si busca una explicación a lo sucedido, no logrará nada exigiéndosela al padre Ugarte: búsquela en su hermana, y luego regrese aquí.

Fátima entendía muy bien el mundo en el que vivía. No había enrostrado lo anterior desde la candidez, sino desde la resistencia. En cualquier circunstancia y sobre cualquier tema, una mujer siempre

estaría en desventaja, por lo que hacía un tiempo ella había decidido aprovechar cada pequeña oportunidad para reclamar un trocito de dignidad. Ciertamente no esperaría deferencia intelectual de conservadores como su padre o Juan Bautista Ugarte, pero sí de hombres que habían demostrado ser de mente y criterio abierto, como su hermano Beltrán, el embajador Nelson o el mismo Bascuñán, a quien Fati había conocido en 1859 a través de su amiga cuando él recién se instalaba en la intendencia de Santiago.

Francisco asintió tibiamente. Sin estar completamente de acuerdo con todo lo dicho en ese intenso intercambio, reconocía que la señora Aguirre había expuesto un punto importante: en toda investigación, la información más valiosa siempre proviene de la misma víctima. No podía olvidarlo.

Si es que, después de todo, podía llamar a Mercedes una *víctima*…

Hizo un gesto de despedida con su sombrero y avanzó unos pasos por el callejón, pero se detuvo. Volteó apenas.

—¿Realmente mi hermana es la autora de *Doncellas y jinetes*? —preguntó, con una pizca de admiración que Fátima atesoró en el fondo de su alma.

Él sabía la respuesta, no necesitaba confirmación. Necesitaba compartir su orgullo.

—Epifanio Andazola en persona —respondió Fátima.

Él asintió de nuevo, sonrió para sí, y caminó hasta la calle que, a esa hora, era un enjambre de carruajes apurados hacia algún destino. Él iría apurado al suyo, pero a pie, para preparar a sus demonios. Si su madre volvía a negarle el paso hasta Mercedes, tendría que tirar la puerta.

Tan pronto perdió de vista al intendente Bascuñán, Fátima entró a la iglesia por la puerta lateral y buscó al hermano Bianchi. Tuvo de pronto mucho interés en la opinión del sacristán sobre el asunto de Mercedes. Seguro estaría horrorizado…

Eran casi las seis de la tarde. Faltaban dos horas para la siguiente sesión de las Hijas de María y ella podría estar descansando en su

casa, tocando el piano o leyendo, pero la quietud hacía que su mente volara a lugares incómodos, por lo que decidió dar movimiento a sus pies para sosegar la mente. La capilla de la Inmaculada siempre estaba abierta y se sentía cobijada ahí. Y no es que sus pensamientos no divagasen en ese lugar, pero al menos podía comentárselos a la Virgen, como si conversara con una amiga. «Hay mujeres que nunca logran ser madres. No es tan poco habitual. ¿Será que con esta prueba estás mostrándome que debo seguir un camino diferente, María, y yo me resisto a ver las señales?».

Siguió buscando al sacristán a través de las naves laterales, donde era habitual que pulularan puñados de mujeres que mantenían vivas las luces en los distintos altares de la iglesia. Los más populares eran el del arcángel san Rafael —conocido por su intercesión en la sanación de dolencias físicas, así que siempre tenía decenas de velas encendidas en su rejilla, junto a placas de hierro y madera que rezaban «GRACIAS POR FAVOR CONCEDIDO»— y de san Luis de Gonzaga, quien había muerto a los 23 años, así que las velas en su estrecha capilla simbolizaban súplicas de madres con hijos adolescentes a los que no siempre podían disciplinar. Fátima imaginó a su madre yendo todos los días a rogarle a san Luis que le ayudase con Beltrán, quien en apariencia tendría que haber sido el más quieto y sumiso de sus hijos, y demostró ser todo lo contrario…

El altar menos visitado era el de María Magdalena, en la nave poniente del templo. Se decía que los jesuitas habían decidido dedicarle una capilla casi como provocación: intentaban demostrar que hasta las vidas más descarriadas podían terminar siendo santas si había verdadero arrepentimiento y temor de Dios. El asunto era que la figura de María Magdalena seguía siendo muy controversial; la feligresía no la consideraba digna de una estación de rezo, pero siempre había una o dos velas solitarias en su rejilla. Todos sabían quiénes las dejaban ahí.

Fátima sonrió cuando vio a las tres mujeres de pie frente al altar. De espaldas lucían como cualquier devota santiaguina, de falda amplia y mantilla negra de encaje bien sujeta a la coronilla, pero bastaba que una de ellas girase a susurrar algo a su compañera para denotar el rojo intenso de sus labios. La señora Aguirre mordió una esquina de los

suyos. Ella jamás había usado maquillaje, y eso que en París era muy sugerido entre las mujeres de la alta sociedad, pues mostraba poder adquisitivo. Muy contrario a lo que sucedía en Gran Bretaña, donde la reina Victoria había declarado los labiales como una vulgaridad, parecido a lo que mandataba el catecismo católico, señalándolos como signo inequívoco de mala vida y prostitución. Lo que sorprendía a Fátima era que las chilenas que se erguían a poca distancia lo llevaran con tanta soltura, tan aparentemente cómodas, sin tomar en cuenta las miradas juzgadoras de cada mujer a su alrededor…

—Ave María Purísima —murmuró tras ellas, obligándolas a voltear. También les sonrió, pues eran exactamente los rostros que esperaba ver.

Una de ellas, la más joven de las tres, arrugó un párpado.

—¿Nos habla a nosotras?

—A ustedes, sí.

Pasaron algunos segundos en que únicamente hubo miradas de confusión y ni una sola palabra. Antes de que Fátima comenzara a arrepentirse de haberse acercado, otra de las jóvenes se adelantó.

—Sabe quiénes somos, ¿verdad?

—Sé quiénes vienen a este altar.

Y ante esa respuesta, mayor fue el desconcierto del pequeño grupo, así que la primera volvió a hablar.

—¿Viene a pedirnos que nos retiremos?

—Por supuesto que no…

—¿Viene a reclamarnos por las visitas de su padre, hermano, marido u abuelo a la *maison*? Sepa que no es responsabilidad nuestra que…

—Chicas, chicas —las calmó la mujer mayor, moviendo sus manos —. Dejemos que esta distinguida señorita nos cuente qué podemos hacer por ella.

—*Señora* —la corrigió, suave—. Soy la señora Fátima Aguirre de Clermont —se presentó, con una pizca de nervios y desviando su mirada hacia el suelo, mientras las otras mujeres se miraban entre ellas, pues reconocieron perfectamente ese nombre—, y sé que no debería confraternizar con… con… *ustedes*, pero las vi en la misa de inicio de mes. Vinieron a escuchar a Beltrán, ¿verdad? —preguntó, a

lo que las tres sonrieron—. Quería agradecerles. Cantar es importante para él, eleva su espíritu. Cada oído atento es un regalo. En su nombre, muchas gracias.

Sus interlocutoras cambiaron del desconcierto a la calidez.

—Hasta lo aplaudimos —confesó la más joven—. Soy Francine.

—Yo soy Zara…

—Y yo soy madame Lysanne, el que, por supuesto, no es mi verdadero nombre, pero es el único que le daré —apuntó, haciendo a Fátima sonreír—. Es valiente, niña. No muchas mujeres se nos acercarían.

—Supongo que una iglesia es el lugar más inofensivo para hacerlo —encogió un hombro, creyendo que «valiente» no era precisamente uno de sus atributos.

—Debe amar mucho a su hermano…

—Así es.

—Pues nosotras también lo queremos mucho —declaró Zara, risueña, recibiendo un codazo inmediato por parte de Lysanne—. Me refiero a que… nos gusta mucho como canta. Venimos a cada misa en la que se presenta.

—Y le pedimos a Magdalena que lo cuide —dijo Francine, mostrando las dos velas incrustadas en la rejilla. Eran de cera blanca, las que en lenguaje feligrés se consideraban «ordinarias» por ser las de menor valor, pero al mismo tiempo eran las más numerosas en cualquier iglesia.

Fátima alzó los ojos hacia el gran óleo sobre el altar. Representaba la icónica escena del evangelio de san Lucas en que María Magdalena lava los pies de Jesús con sus lágrimas y los seca con su cabello.

—¿Sabían que no hay un solo versículo en toda la Biblia que refiera a que María Magdalena ejercía la prostitución?

Las mujeres se enseriaron de golpe.

—¿Cómo dice?

Fati miró a cada uno de los tres rostros alternadamente, sin saber si debía pedir disculpas o salir corriendo.

—Pues… eso, que en la Biblia nunca se dice que ella se dedicó a ese… *oficio*. Esa es una conclusión a la que han llegado algunos estudiosos del catecismo, pero no hay suficiente evidencia.

—Era una mujer con *demonios adentro* —intentó parafrasear Zara, de acuerdo con lo que le habían contado.

—Siete demonios, sí. Eso dice san Lucas. Sigue sin ser una muestra clara, pues hay varias escenas en los cuatro evangelios donde Jesús exorciza demonios desde el cuerpo de hombres y niños, y a ninguno de ellos se les ha tratado jamás como hombres «de mala vida».

Lysanne recibió con admiración tanta lucidez.

—«Mujer pecadora». Así la llaman en la Biblia. Eso nos dijo el padre Trimontino…

—Es verdad, pero no se especifica *qué* pecados eran esos. ¿Era codiciosa? ¿Era envidiosa? ¿Odiaba a sus padres? Incluso saltarse el ayuno podía ser un pecado. Nunca lo sabremos —explicó, contenta por poder compartir esa información—. Este es uno de mis debates favoritos en las sesiones… cuando no está el padre Ugarte, claro. No todas están de acuerdo, por cierto, pero a mí me gusta la línea interpretativa que dice que Magdalena era esposa de Jesús. Tiene mucho sentido para mí. Ella estuvo en todos sus momentos más importantes: en sus sermones, en su crucifixión, en su sepultura y, bueno, fue la primera testigo de su resurrección. Su fidelidad a él fue inquebrantable. Después de la Virgen Santísima, María Magdalena es la mujer más nombrada en los evangelios, ¿lo sabían? Vaya preponderancia para una *supuesta* meretriz, ¿no?

A *madame* le hizo gracia, pero Francine se mostró tan ofendida como si la hubiesen insultado.

—¿Acaso está… *quitándonos* a nuestra santa?

La proxeneta serenó el gesto de sorpresa y pánico de Fátima.

—No, Francine. La señora Aguirre acaba de darnos una lección bíblica que da dignidad a nuestra Magdalena, tan históricamente maltratada por todos. Yo le agradezco. Tú también deberías.

Las dos jóvenes de labios rojos no estaban muy convencidas, pero ante la seguridad de su jefa, no quisieron pelear.

—Gracias —dijeron ambas al unísono, en un tono soso que no persuadía a nadie, pero Fátima les sonrió de igual forma.

—Siento haber interrumpido vuestro rezo —dijo, dando un pequeño paso hacia atrás, anunciando su despedida—. ¿Vendrán a escuchar a Beltrán para el día de la Inmaculada? Será una fiesta

inolvidable. Por favor.

—Aquí estaremos…

—Y avisen también a ese joven… El joven que vino con ustedes el primer domingo. Sé que lo he visto en algún otro lugar. ¿Cuál es su nombre?

Las tres compartieron una mueca de aprensión.

—No sabemos quién es —mintió Lysanne—. Estaba en el gentío junto a nosotras, pero no volvimos a verlo…

—Oh, qué lástima —respondió Fátima, sincera—. Pues bien. Que María esté con ustedes. Y gracias por cuidar el altar de santa Magdalena.

Les dedicó una leve reverencia antes de voltear, gesto extremadamente civilizatorio al que ninguna de las tres estaba muy acostumbrada.

No lo olvidarían.

—Ella es la infértil, ¿no es así? —susurró Zara unos segundos después.

—Ella es —respondió la *madame*, aún con la vista en la silueta de la joven Aguirre saliendo del templo.

Francine arrugó el mentón.

—Es agradable —admitió, como si aquello le sorprendiera.

—Lo es —volvió a hablar Lysanne. Para ella, eso no era una sorpresa.

—Qué bueno que Crystal no está aquí —opinó Zara—. Si yo conociera a la esposa linda de un cliente, sería muy complejo volver aceptarlo en la habitación. ¿Ah que no?

—A Crystal no le importaría —se burló Francine.

—Pues a mí, sí.

—¿Quién dice que este oficio no tiene límites éticos? —se persignó la proxeneta, risueña.

—Con ética y sin santa —refunfuñó Francine, cruzándose de brazos, pero se persignó luego también. Y no pudo más que sonreír.

XIV

17 de noviembre de 1863

Dos buenas noticias anunció Benedictina a Fátima esa mañana: la primera, que había un sol esplendoroso, como de pleno verano; y la segunda, que ni el señor Aguirre ni la señora Vanderbilt estaban en casa, pues habían salido al alba por diferentes diligencias. «Ya sabe lo que eso significa», se entusiasmó la doncella. «¡Desayuno en el patio!».

Solo un Aguirre Vanderbilt podría considerar que aquello era digno de celebrarse, pues habían transitado toda su niñez y adolescencia con una madre intransigente que golpeaba sus manos si las dejaban sobre la mesa, los obligaba a hacer ejercicios con una cuchara para aprender a levantarla *con gracia* y los autorizaba a hablar únicamente al inicio de la merienda, es decir, cuando se realizaba la bendición de alimentos. Nunca se les permitió a los tres hermanos armar un pícnic o cenar en la terraza… en términos oficiales. En términos extraoficiales, claro que lo hicieron, pero requería de un ensamblaje de buena suerte y comprometidos criados para que todo saliera perfecto y así los dueños de casa jamás se enteraran. Benedictina llegó a los diecinueve años a la casona Aguirre, crio a los tres como si fuesen suyos y, ahora que eran perfectos adultos, seguía tratándolos como niños… al menos en ciertas instancias. Como ahora.

—Beneeeee… —la llamó Beltrán, alegre, al tiempo que Remigio lo depositaba sobre el césped—. Dime que conseguiste naranjas, Beneee…

—¡No grites! —lo regañó Fátima, divertida—. ¿Quieres que se escuche hasta la calle?

—Déjame ser feliz, ¿eh? —le respondió, extendiendo los brazos—. Beneeee, no me dejan ser feliz por *aquíííí*...

La doncella apareció entonces por uno de los ventanales junto a otras dos criadas. En bandejas de mimbre trenzado llevaban frutas, bizcochos y pan de trigo hasta el jardín interior. Y por supuesto, naranjas.

Helena tomó una antes que nadie y la olisqueó. Su madre tenía prohibidas las naranjas en casa pues decía que eran muy dulces y, por tanto, pecaminosas. También eran de las frutas más costosas, lo que para esta familia no era problema, pero eso significaba que tener naranjas en casa era pecado de ostentación. Curioso era que el concepto fuese tan laxo como para elaborar y jactarse de excéntricos platillos franceses cuando la mesa no era la familiar sino la de una tertulia…

—Ofreceremos gajos para todos —anunció Helena, sonriente en su vaporosa falda celeste de tul, hablando a los criados que cruzaban el jardín y también a aquellos que miraban hacia la terraza desde las ventanas del segundo piso—, ¡y pan de nuez con mantequilla! Pero antes…

Miró con apremio a Beltrán. El mayor de los hermanos vestía camisa de algodón, pañuelo de seda azul oscuro bajo el mentón y chaquetilla carmesí, y estaba apoyado en el tronco de un enorme quillay, el único árbol en todo el patio. Su pantalón arremangado hasta la rodilla exhibía sus piernas raquíticas, casi sin rastro de musculatura, sus pies descalzos y sus escaras en tobillos y rodillas. Remigio decía que era importante que la piel tocase la tierra de vez en cuando, volver a ella, al *Ierun*, así que alentaba a su patrón a sacarse los calcetines cada vez que le era posible. Ahora, bajo ese sol y en ese relajo, era momento de algo más: una curación «ancestral». Cornelia no aceptaba que su hijo recibiese tratamientos indígenas por considerarlos herejes: una vez escuchó al *valet* decir que las heridas de roce debían tratarse para ahuyentar a los *gualichu*, espíritus malignos que rondaban a las personas enfermas, y desde ese día la señora Vanderbilt declaró prohibidos cualquier ungüento o tónico que no viniese estrictamente de las boticas Miramar. Más que las naranjas, esta era la parte del desayuno rebelde que Beltrán más estaba

disfrutando.

Alicia se arrodilló junto al joven aónikenk con un cántaro mediano donde había una mezcla de miel y remolacha cocida. Con sus grandes y tostadas manos, tomó un poco, lo amoldó con las palmas y lo puso bajo el hueso protuberante de la rodilla de Beltrán, como una cataplasma, mientras cantaba: «Mekalalkuá Kooch, mekalalkuá», una plegaria pidiendo la ayuda de su Dios para la sanación. Luego la ajustó con una venda limpia e hizo lo mismo con la segunda rodilla y los tobillos. Estiró su pantalón para que las curaciones no fuesen tan visibles, pero dejaría sus pies descalzos por unos minutos más.

—Si pudiese sentir algo, seguro se sentiría muy bien —le dijo con cariño, y él le sonrió—. Gracias, amigo.

—Ahora sí —celebró Helena—. ¡A comer!

Los criados habían dispuesto dos grandes mantas sobre el césped, donde iban dejando las bandejas con comida, algunos platos y servilletas de tela. Fátima caminó hasta ahí lentamente, pues iba leyendo y no quería tropezar. Tenía un ejemplar de *El Mercurio* en las manos.

—¿Qué lees con tanta concentración? —preguntó su hermano.

Ella le respondió sin quitar los ojos del papel impreso.

—Murieron cerca de cincuenta mil hombres en la batalla de Gettysburg —murmuró—. Es terrible…

—¿Batalla de qué? —preguntó Helena, arreglando los pliegues de su vestido al sentarse. Desayunar en el patio también tenía otro beneficio: quitarse la enorme crinolina, al menos por unas horas. Rosalía le había llevado un canasto con papel crespón, hilo y cera para tejer guirnaldas.

—Gettysburg —repitió Fátima, tanteando el suelo con una mano para sentarse—, en Pennsylvania. Fue una victoria para el ejército de la Unión, al menos…

—¿La Unión son los buenos?

—No hay *buenos* en una guerra, solo dos grupos de necios —opinó Benedictina, mientras extendía gajos de naranja a Beltrán y Remigio. Su joven patrón asintió con fuerza.

—Bene, te necesitamos en el Congreso.

—Voy donde la Virgen Santísima me mande.

—La Unión se refiere al grupo de estados del norte que están a favor de la liberación de esclavos —explicó la señora Aguirre—. La Confederación son los estados del sur que defienden la esclavitud como parte fundamental de su economía agraria…

—No entiendo cómo alguien cuerdo podría *defender* la esclavitud —se indignó Beltrán.

—Más bien dicen que defienden la propiedad privada —continuó Fátima, con la punta de la nariz casi tocando el papel—. Un esclavo es una *cosa*, no una persona…

—No digas cosas tan terribles, Fati —pidió Helena, sacudiendo sus rizos.

—Es terrible e inconcebible para nosotros, pero está tan naturalizado para otros…

—Ni siquiera a madre le interesa esa guerra y es su país de origen… ¿Por qué te interesa *a ti* algo que está sucediendo tan lejos? —quiso saber su hermana, con genuina duda.

Fati suspiró y dejó el periódico a un lado.

—No tengo ni idea.

Tenía una *leve* idea, en realidad, pero ese no era tema para el desayuno.

—A mí me interesa saber en qué está mi cuñado favorito —dijo Beltrán de pronto—. Sé que ayer llegó una carta y no nos has dicho nada.

Lenita sonrió mostrando todos sus blancos dientes.

—Tiene muchísimo trabajo, la planificación del ferrocarril argentino ha resultado más difícil de lo que proyectaron… Y bueno, nos extraña mucho a todos… A mí más que a ustedes, claro…

—Más le vale…

—Dice que recibió aviso de la Casa de Londres. Llegaron a la tienda todas las telas europeas para renovar las habitaciones y salas de la hacienda, así que a su regreso tendremos que pasar a recogerlas…

Fátima notó que el rostro de su hermana se apagaba.

—¿Y eso no te hace feliz? Serás la nueva baronesa, la casa debe decorarse a tu gusto…

—Yo no sé nada de esas cosas —murmuró, un poco angustiada—. Craig espera mucho de mí y temo decepcionarlo…

—¿Te sentirías mejor si te acompaño en esas decisiones?

—Te querría más de lo que ya te quiero…

—*Hey*, ténganme compasión. Soy un hombre celoso.

—En Campanillas Azules tendrás tu propia habitación —le recordó Helena, más animada—, así que puedo dejar que escojas el color de tus cortinas.

—No sé si podría aceptar tanta generosidad…

Le lanzó un gajo de naranja y él lo esquivó con gracia. Rieron.

—Por ahora, ayúdame con esto, Fati —le pidió, mostrándole su guirnalda—. Todas las chicas están tejiendo una. Deberíamos juntar un centenar para fines de esta semana.

Fátima obedeció y se sentó junto a ella.

—También oí que el padre mandó comprar mil bulbos de vidrio…

—¡Mil! —se impresionó Beltrán—. ¿Para lámparas de parafina? ¿Quiere encandilarnos desde el altar mayor?

—Quiere encandilar al nuncio Eyzaguirre —expresó ella, levantando las cejas—, porque tiene llegada directa al papa en Roma. Todo suma para una carrera en el arzobispado.

—No todo tiene que ser una estrategia malévola —espetó Helena —. Quizá solo quiere que La Compañía se vea muy hermosa para el día de nuestra Virgen…

—Puede ser —concedió Fati, para mantener la paz. Tomó un cuadrado de papel y comenzó a enrollarlo suavemente hasta crear un cono con capas internas, como una flor de capullo—. Hay que usar todos los recursos a mano para embellecer esa iglesia. No tiene cómo competir con el templo de la Recoleta Dominica.

Su hermano, aun estando de acuerdo, tenía sus reparos.

—No tiene cómo competir porque la iglesia de los dominicos *no existe* —señaló, mientras recibía de Remigio un trozo de pan de nuez en una servilleta de tela—, y no va a existir en un buen tiempo más. Es un trabajo de muy largo aliento.

—¿Y no te entusiasma? —intentó motivarlo su hermana.

—No —respondió él, seco—, pero mantiene el bufido de nuestro padre alejado de mi nuca, así que no negaré que ir todos los días hasta La Chimba tiene algunos beneficios.

—Entre ellos, que el señor Aldunate te deje tararear bajo los

andamios, por ejemplo…

—Cierto. Y que el señor Bonecraft me ofrezca las castañas asadas que preparan los monjes, porque son una delicia.

Fátima subió la vista de golpe, pero como su hermano no lo notó, ella disimuló regresando a su actitud de concentrada manualidad.

—¿Lo has visto a menudo?

—Todas las mañanas —dijo, y luego arrugó la frente—. Nunca supimos por qué rechazó hospedarse con nosotros. ¿Lo sabes tú?

—Dijo que estaba muy cómodo en el claustro, ¿no? —mencionó ella, escondiendo el nerviosismo en una selección sin apetito entre fresas o damascos.

—Seguro entendió que madre jamás compartiría el techo con un hombre divorciado —intervino Helena, en un tono más triste que crítico.

—Es cierto —aceptó Beltrán, no muy convencido—. Como sea, creo que causamos una buena impresión, pues siempre me dedica un saludo. Y también pregunta por Fati.

—¿Por Fátima? —se interesó Helena, deteniendo su costura.

La aludida no alzó la mirada, aunque supiese que sus mejillas ardían.

—¿Ah, sí?

—En la recepción del barón Rothschild ambos tenían cara de funeral, ¿recuerdas? Es muy amable en preocuparse por ti.

—Eso debe ser —mintió ella—. Muy amable, sí.

Sintió un alivio profundo. Después de todo, Maximilian no la odiaba.

Alivio y felicidad.

—Y hablando de funerales, ¿cómo vas con el «Buzón de las Impuras»?

—¡No le digas así! Es el Buzón de la Virgen —lo corrigió Helena.

Fátima sonrió.

—Va todo mucho mejor de lo que pensé.

Beltrán se alegró.

—¿Qué? ¿Acaso solo has leído pecados aburridos? ¿Las señoras de esta ciudad dejaron de perpetrar atrocidades velando por tu serenidad espiritual?

—Deberías haber visto a tu hermana la semana pasada. Desafió al padre Ugarte respecto a una de las cartas. Él decía que lo confesado era pecado y Fati decía que no. ¡Hasta le recitó los *Cantares*!

Él se trapicó con un trozo de pan. Rio, divertido.

—Oh, la Biblia erótica, mi libro favorito. «Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos. Bajo la sombra del deseado me senté, y su fruto fue dulce en mi paladar»…

Rieron los tres.

—La generosidad y astucia de mis compañeras en estos días han hecho más llevadera mi penitencia —dijo Fátima, agradecida.

—Lo que me recuerda que no le has contado a tu querido hermano mayor ese gran pecado tuyo. Vamos, ya nada puede sorprenderme a estas alturas de mi lisiada vida.

Helena se alteró.

—No podemos saberlo, Beltrán —lo detuvo—. La confesión es un secreto sagrado. ¡No puede violarse!

Fátima lo pensó un segundo.

—En realidad, yo nunca *confesé* nada —aclaró, incómoda—. Madre confidenció al padre Ugarte algo sobre mí, sin mi permiso, y ambos creen que estoy recibiendo un castigo de Dios, así que debo realizar un sacrificio acorde para recuperar la gracia.

—¿Madre cruzando límites en nombre de la policía religiosa? Qué novedad.

—Aunque fue horrible en el momento, he sabido sobrellevarlo. Podría haber sido peor…

Beltrán estaba muy lejos de Fátima como para tomar su mano, pero lo deseó.

—Fati, ya sé lo que madre cree y lo que el párroco cree, pero ¿qué crees tú?

Ella se sorprendió con la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que, lo que sea que te esté ocurriendo, es porque estás siendo castigada por Dios?

Dudó unos segundos.

—No importa lo que yo crea…

—Es lo *más* importante —la contradijo él, casi molesto—. Si algo

malo me pasara, tú serías la primera persona en el mundo a quien le pediría su opinión, y no, no es porque te quiero, es porque eres el ser viviente más sabio que conozco. ¿Por qué te empeñas en menospreciar tu criterio cuando se trata *de ti*?

Fátima no estaba esperando aquello y acusó el golpe, entristeciendo su gesto. Beltrán iba a volver a hablar, pero Helena interrumpió su impulso.

—¿Tú no deberías estar en el trabajo?

—No —respondió de mala gana—. Nadie está en la obra hoy pues nos faltan materiales. Manuel llegará en cualquier momento a buscarme; debemos revisar un cargamento que llega en el tren de las once.

—Entonces debemos apurarnos —dijo de pronto Benedictina, sacudiendo sus manos con su delantal mientras se acercaba por un costado—: ¿Nos va a cantar o no?

La algarabía comunitaria lo hizo sonreír. Los distintos criados se habían agolpado en cada puerta y ventana que daba hacia el jardín interior, expectantes.

—Ya decía yo que estas naranjas me iban a costar caro…

—Es tradición, no huyas —le recordó Fátima, recuperando el ánimo.

—No tengo a donde *correr* —bromeó. Luego levantó la vista hacia las criadas asomadas tras los postigos del segundo piso—. ¿Qué quieren escuchar?

Sí, era tradición. Beltrán siempre cantaba en la misa de inicio y cierre del Mes de María, pero casi ninguno de sus criados podía escucharlo *in situ*. Por eso, apenas se daba la oportunidad, él recreaba su repertorio a puertas cerradas para su público más fiel de todos: su *valet*, el cochero, las cocineras, las doncellas y todo el personal de servicio, quienes lo habían criado y amado por tantos años.

—Lo mismo que cantó en la misa, pues —pidió Alicia, con las manos cerca del pecho.

—No esta vez —se negó él, pensativo—. Por lo que veo, Ugarte quiere que la misa del ocho de diciembre sea la más apoteósica que se ha hecho nunca… Y eso significa *acarreo* —vaticinó, mirando a sus hermanas. Ellas movieron la cabeza, considerándolo—. Apostaría a

que mi madre dejará que todos ustedes asistan, pues llenar cada recoveco de esa iglesia será más importante. ¿No preferirían escucharme interpretar a Schubert en la nave central de La Compañía?

Algarabía entusiasta otra vez.

—¿De verdad cree que sea posible? —preguntó Benedictina, escéptica.

—Bueno, no para todos-todos —dijo, mirando a Remigio, quien le dedicó un gesto comprensivo—, pero sí para la mayoría. Al menos les prometo intentarlo.

—¿Y qué cantará ahora, entonces?

—¡Mi favorita! —pidió Helena, agitando sus brazos desde su sitio —. Canta mi favorita…

—¿Cuál? ¿*La golondrina*? ¡Es muy triste! —se quejó él.

—¡Pero es hermosa! Y nadie la canta como tú.

—Probablemente Narciso Serradell no estaría de acuerdo…

La culpa la tenía Fátima. Ella había conocido a Serradell en París, un cantante mexicano radicado en Francia, quien se presentó a un concurso con dicha tonada —una «habanera», para ser exactos, un tipo de composición musical originaria de la isla de Cuba, de compás binario, tiempo moderado y ritmo sincopado— y ganó. Fati la encontró tan bella que consiguió la partitura y se la envió por carta a Beltrán, quien la cantó para Helena… y el resto era historia.

Según el murmullo del público, parecían conformes con la elección, así que el joven tenor no se hizo rogar más. Sonrió con amor a su hermana menor, aclaró su garganta, cerró los ojos y comenzó:

¿A dónde irá,
veloz y fatigada,

la golondrina
que de aquí se va?

Helena se aferró al brazo de Alicia y Benedictina se sentó cerca de Fátima, tomando su mano. Entre el resto del personal se hizo un silencio respetuoso y admirado, siguiendo sutilmente con sus cuerpos el ritmo de ese lamento melódico por lo que ya no está y no volverá…

se hallara extraviada

y buscando abrigo
no lo encontrara…

—¿Puedo pasar?

No solo el canto se detuvo bruscamente, sino que las mujeres saltaron en sus sitios por el susto y los criados se perdieron casa adentro.

—Señor Aldunate —pudo pronunciar Fátima, con sus manos en el pecho, al ver al arquitecto asomado tímidamente por el ventanal del salón principal—. No lo escuchamos llegar…

Jerónimo estaba tras él, con su sombrero bajo el brazo y cara de circunstancias.

—Sé que es amigo del señorito Beltrán, por eso lo dejé entrar…

—Está bien, Jerónimo —lo tranquilizó él—. Claro que Manuel es un amigo, un gran amigo, *tan* amigo, que *jamás* les dirá a mis padres que me encontró desayunando descalzo en el jardín, con compresas de remolacha en mis rodillas y cantando habaneras.

El recién llegado comprendió muy bien la situación e hizo, con dos dedos en pinza, el gesto de sellar sus labios. El joven Aguirre soltó una carcajada. Pidió a Remigio que fuese en busca de su silla, mientras Benedictina le quitaba las compresas y Helena corría por sus calcetines y zapatos, que descansaban al otro lado del quillay.

—Tus indulgencias están a salvo en mi conciencia —le dijo el señor Aldunate, al detenerse a pocos pasos. Fátima ya se había reincorporado.

—Agradecemos su discreción…

—Descuide, señora Aguirre.

—Me ha dicho Beltrán que deben ir a recibir un nuevo cargamento de materiales. ¿Qué está llegando?

—Cerrajería y forja española de Vizcaya —contestó—. Hay que revisar que no haya rastros de óxidos y no confío en mi capataz para esa labor, pues ya ha aceptado materiales defectuosos antes. Tu hermano tiene buen ojo para eso.

—Y con el mismo proveedor debemos renegociar los precios de las varas de roble —añadió Beltrán, al tiempo que Benedictina terminaba de limpiar sus tobillos y Helena calzaba sus calcetines—. Han

duplicado su precio en los últimos meses. Necesitamos una partida específica para la estructura de la cúpula, y si no nos dan los números, tendremos que planear una alternativa…

—Pino de Oregón, ¿no? —dijo Fátima, como quien comenta el clima—. Es robusto, muy resistente, tiene buena aislación, flexibilidad… y cuesta la mitad que el roble. Con yeso y un buen enchapado se verá igualmente elegante…

—Pino de Oregón fue mi sugerencia al maestro Hénault ayer —admitió Manuel, sorprendido.

—Pues ya tenemos la bendición de mi hermana —le sonrió su amigo—, y no hay mejor sello de calidad, así que pino será.

Ella evadió todas las miradas y fingió un repentino antojo por las ciruelas que quedaban en una de las bandejas cercanas.

Remigio lo alzó en el aire con suavidad, y antes de depositarlo en su silla, entre Benedictina y Helena le pusieron su chaqueta oscura de lana. Beltrán repartió agradecimientos y besos al aire a todos los involucrados, Jerónimo corrió a despejar las vías para que cruzara el salón principal hasta el frontis de la casa y las mujeres lo vieron partir. Manuel agitó su sombrero para despedirse.

—No me esperen para cenar —comunicó el joven Aguirre, levantando un brazo antes de perderse salón adentro.

En el jardín, su hermana curvó una ceja.

—¿A dónde va el señorito esta noche?

—A casa de los Barros Matheu, debe ser —murmuró Helena—. Fijarán hoy una fecha para la boda.

La vida es muy extraña, pensó Fátima. Los matrimonios concertados no necesariamente estaban destinados a la penuria y el fracaso; si las contrapartes eran decentes y amables, podían llegar a ser buenos compañeros de vida. Estaba segura de que la dulce Ventura sería eso para Beltrán, pues había demostrado voluntad y deseo, aunque él se sintiera desdichado. Fátima, en cambio, no tenía nada virtuoso que decir sobre Étienne. Jamás se sintió más sola que desde el día mismo de su casamiento. Su marido evitaba tocarla o simplemente estar junto a ella, no compartía nada sobre su trabajo, sus problemas o sus anhelos, ni mostraba interés alguno en crear algún tipo de lazo…

Detuvo sus pensamientos un momento.

Tuvo una idea. Un impulso.

Tenía la posibilidad de hacer algo que no había hecho nunca. Algo que nunca se había atrevido a hacer.

—Yo también saldré por un rato —pronunció, acercándose hasta el acceso inclinado que conducía al segundo piso. Iría en busca de su chaquetilla de calle, su sombrilla… y su incómoda crinolina.

Helena le habló hacia arriba.

—Pero tú si llegas a cenar, ¿no? ¿Antes de partir donde las Hijas?

Suspiró, nerviosa, e imitó la voz de su doncella.

—Voy donde la Virgen me mande.

XV

17 de noviembre de 1863

Cuando Fátima Aguirre se irguió frente a la fachada del edificio consular, cayó en la cuenta de que conocía a más agentes diplomáticos de la legación estadounidense que de la francesa. Y sí, el origen de su familia materna podía explicar en parte esa inclinación, pero no del todo. Antes de radicarse en París, no fue presentada a ninguno de los colegas de Étienne —salvo, naturalmente, a su padre, el embajador— ni asistió a ninguna cena o recepción, y ahora que habían regresado a Santiago, el silencio y vacío era el mismo. Lo que siempre tomó como un evidente desprecio hacia ella, en ese momento adquiría otra perspectiva. ¿Y si el problema era otro? ¿Cuál?

Nerviosa, estrangulando el puño de su sombrilla, repitió en su mente su objetivo: tomar por sorpresa a su marido para propiciar una conversación sincera que no habían tenido jamás. Y qué mejor lugar para hacerlo que donde él menos lo esperaba: en su trabajo.

Cruzó las puertas principales y llegó inmediatamente al gran patio interior, propio de las casas de arquitectura chilena, donde había más piedra que vegetación y donde confluían todas las habitaciones, que en este caso eran oficinas. Sabía que la legación de Francia estaba en el primer piso, así que ahora solo quedaba tantear puertas, rogar por llegar a la correcta y poner su mejor rostro de santa. Y maquinar una buena excusa, claro.

La excusa era fundamental. Era una impertinencia gravísima que una esposa se presentara en el trabajo del marido sin anticipación o justificación irrefutable. Sin embargo, Fátima tenía la suya y creía que

podría funcionar: Étienne no había llegado a dormir anoche. Estaba casi segura. Su habitación estaba frente a la de ella, sentía cada ruido de botas rebotando en el piso, el brillo de su lámpara de Argand o algún grito a un criado, así que sus entradas y salidas no pasaban desapercibidas. Lo ineludible era que el francés no había llegado a cenar y que, antes de bajar al desayuno, ella había notado que su cama seguía intacta. A quien fuera que le exigiese razones de su presencia ahí, le diría que cualquier esposa devota estaría, a esa hora de la mañana, muy alarmada recorriendo cada calle de Santiago en busca de su amado, y que el lugar lógico para iniciar la búsqueda sería su lugar de trabajo. Pudiese ser que un urgente conflicto diplomático lo hubiese retenido más de la cuenta y no le quedó más remedio que dormirse en alguna poltrona del salón de reuniones…

Y sí, ella sabía que ninguna buena esposa cristiana podía exigir explicaciones a sus maridos respecto de sus trabajos, que mientras cumpliesen con su rol proveedor lo demás era indiscreción femenina, pero, en este caso específico, una pequeña salvedad estaba de su lado: Étienne no proveía *nada*, pues vivían a costa de la fortuna Aguirre Vanderbilt. Los Clermont-Tonnerre estaban en la absoluta bancarrota —en parte gracias a las controvertidas acciones de Étienne— cuando Segismundo aceptó la propuesta de matrimonio hacia su hija; no obstante, tan pronto Fátima lo confrontó por ello, su padre le recordó que el dinero era un asunto de hombres, así que, mientras ella tuviese todas sus comodidades aseguradas, no debía perder tiempo preocupándose por tonterías. Lo importante era que sería una mujer casada, y con eso ella estaba asumiendo su rol esperado en la sociedad, mientras que él cumplía con uno de sus principales objetivos como padre.

La «tontería» que le preocupaba a Fati no era el dinero, sino el nivel de honorabilidad que podía esperar de un hombre acostumbrado al despilfarro y las deudas. Pero la prioridad era que nadie osase decir que Segismundo Aguirre tenía una hija solterona…

—*Signora* Aguirre —escuchó a su izquierda, bajándola bruscamente a tierra.

El rostro amable de Andreas Piermattei había aparecido en el pasillo. Llevaba muchos papeles entre los brazos.

—Señor Piermattei —lo saludó ella, inclinándose—. Qué grato encontrarlo, creo que podría ayudarme. Algo de lo más extraño sucedió anoch…

—¿Busca al señor Clermont? —la interrumpió con una sonrisa. En su pregunta no había juicio sino apuro, pues no había duda en su lenguaje corporal de que debía llegar pronto a algún lugar.

—Así es —corroboró ella, aliviada—. ¿Puede indicarme cuáles son las oficinas de la legación francesa?

Como tenía las manos ocupadas, el italiano apuntó con el mentón a la puerta abierta al final del corredor, donde llegaban directamente algunos rayos de sol desde el patio. Ella apenas alcanzó a decir «gracias» y el hombre, con un gesto de cabeza, siguió su camino hasta la escalera que iba al segundo piso.

Fátima se dio ánimos. Quizá no sería tan difícil, después de todo…

Golpeó suavemente la puerta, aunque no había nadie a quien pedirle permiso. El escritorio del secretario lucía muy ordenado para ser un martes en la mañana, y la oficina contigua a la izquierda, cuya puerta también estaba abierta, estaba igualmente desocupada de funcionarios. ¿Dónde estaban todos? ¿Se celebraba ese día alguna festividad en Francia que ella había olvidado? Parecía ausentismo por día libre…

—I know it's him!

El arrebato venía de la única oficina a la derecha. La puerta estaba entreabierta. El primer pensamiento de Fátima fue retirarse, pues claramente el señor Piermattei se había equivocado y esas salas eran de la legación estadounidense. El acento que acababa de escuchar así lo demostraba. Sin embargo, la curiosidad no permitió que sus pies regresasen al pasillo, sino que la acercaron a la fuente del sonido, sigilosa, tarea en la que sus botines sin tacón ayudaban mucho. No quería ser entrometida, solo quería asomarse por si detectaba alguna cara amable a la cual pedirle indicaciones…

A través de la grieta de luz de la puerta divisó a dos hombres que le daban la espalda. Uno estaba apoyado sobre el escritorio y el otro paseaba intranquilo junto al ventanal. Sus cuerpos, sus trajes, sus movimientos, todo le parecía muy familiar… hasta que pudo ver sus rostros.

El nervioso era Michael Gunn.

El otro era su esposo.

—Le creo, señor Gunn… Pero si no tiene mayor evidencia…

—¡No me queda tiempo! —exclamó—. No pude dilatar más mi carta de renuncia, debo partir antes de *Thanksgiving*… ¡Debo desenmascararlo cuanto antes!

—Al menos tiene algo con qué empezar —dijo Étienne, agitando un papel en su mano—. Mis contactos en el puerto me han asegurado que el capitán Reynolds está dispuesto a testificar si usted lo requiere.

—Podría ser de ayuda —aceptó el estadounidense—, pero está lejos de ser suficiente. La palabra de cualquier hombre puede ser comprada, Nelson no lo tomará como prueba fehaciente. Mi única esperanza es conseguir el retrato hablado.

—Los retratos hablados también son inexactos. Un daguerrotipo habría sido más útil…

—¿Eso que llaman *fotografía*? De esas modernidades no entiendo nada. Solo sé que circuló un buen retrato a lápiz del *maquinista* este, Mister Baltimore, en casi todos los periódicos del sur. Reynolds debe haber visto alguno de ellos. Con un ejemplar en mano, mi acusación sería indesmentible.

—Están revisando las bodegas del *Fredonia* en este instante, debe tener paciencia. ¿Está seguro de que ellos reciben copias de diarios norteamericanos todos los meses?

—¡Todos los meses! —confirmó, agitado—. La armada es mi esperanza…

—Pues bien, mientras esperamos ese milagro —continuó Étienne —, por mi lado podría averiguar quién compartió camarote con este tipo en el barco, con quién habló en el tren, y así juntar piezas de información. Tengo contactos aduaneros ligados a todos los medios de transporte…

—Estaría eternamente agradecido, señor Clermont…

—Ya sabe cuál es el agradecimiento de mi preferencia —murmuró, irguiendo su postura y estirando su brazo. El viejo, un tanto a regañadientes, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y tintinearon algunas monedas. Puso algunas en la palma del francés. Él hubiese preferido una letra de cajero, pero esos pesos de oro bastarían

por ahora.

—Si consigue algo para mí pronto, pediré una audiencia con el cónsul Lauvergne. Hablaré maravillas de usted para que lo reincorporen pronto a la planilla.

—*Merci, merci…*

—Pero entienda que su mayor servicio no es a mí, sino a mi patria. A los Estados Unidos de América. Ese tal *Mister Baltimore*… Maximilian Bonecraft o como se llame, es un peligroso criminal que debe ser apresado lo antes posible…

Fátima gritó en su mente, pero no pudo hacerlo a través de su boca.

Una mano ajena aprisionó su rostro, mientras otra aprisionaba sus brazos rodeándola por la cintura. Quiso usar su sombrilla como arma, pero quedó atrapada. Alguien la había abordado por la espalda, y dada la forma con que la sujetaba, era claramente un hombre joven, pues se requería fuerza y equilibrio para forzar su cuerpo contra una tiesa crinolina.

Tironeándola con decisión, pero sin demasiada brusquedad, retrocedieron varios pasos hasta la oficina que estaba justo en la otra esquina. Una vez adentro, él soltó a Fátima, quitándole la sombrilla y corriendo a cerrar la puerta.

Ella casi se desmaya al verlo.

—¡Señor Bonecraft!

Sin pensarlo, se abalanzó al escritorio y tomó un abrecartas con mango de nácar y punta de plata.

Estiró su brazo, temblando.

—Quién es usted…

—Señora Aguirre*, I beg you*…

—Cuál… es… su nombre —demandó ella con la respiración agitada, sin dejar de apuntarlo con su repentina nueva arma de defensa. Él ya había levantado ambas manos con las palmas abiertas, sin despegar la espalda de la puerta.

—Maximilian Lee Bonecraft…

—¿Es su *verdadero* nombre?

—Lo juro.

Fátima no bajó la guardia, pero que Max la mirara a los ojos sin

titubear era una buena señal.

—¿Es realmente un abogado?

—Lo soy.

—¿Y *realmente* trabaja para el cónsul Nelson?

—Él mismo gestionó mi llegada a Chile junto al presidente Lincoln. Estoy aquí bajo su protección.

La mano que sostenía el abrecartas no dejaba de temblar, lo que no ayudaba a imponer respeto. Al menos el extranjero no parecía querer intentar un contraataque.

—¿Necesita ser protegido? ¿De qué?

—De *quién*, más bien —precisó él tragando saliva—. Se ha puesto precio a mi cabeza.

Ella dejó de pestañear por el asombro.

—¿Ha hecho usted algo ilegal?

—Podría decirse.

Lo pensó mejor. Aún rumiaba las palabras de Gunn.

—¿Ha cometido usted… un *crimen*?

Él suspiró.

—De acuerdo con los estados confederados del sur… más de uno.

Fátima creyó entender.

—Es usted un soldado…

—No, no. No un soldado. Apenas puedo ver con nitidez sin mis lentes, menos podría sostener un rifle.

—Pero asesinó a alguien —adivinó ella.

Maximilian bajó lentamente los brazos.

—*Presencié* un homicidio —precisó, demacrado— y permití que ocurriese.

La señora Aguirre, quien podía escuchar su propia taquicardia a través de su ajustado corsé, buscó con su brazo libre el sillón junto al escritorio, sin romper el contacto visual con su acompañante ni relajar la mano que empuñaba el arma.

Pero sí relajó el entrecejo.

—Explíqueme.

El abogado se sorprendió.

—Está en posición de entregarme a los dos caballeros en la otra sala, pero ¿prefiere que *le explique*?

—Confío en el criterio de Thomas Nelson —señaló, sincera, irguiendo su espalda al sentarse—. Es el hombre más honorable que conozco. Si él está al tanto de su situación y le ha ofrecido su amparo, debe de tener un poderoso motivo.

Max no se movió. De pronto, esa perspicaz mujer de vaporoso vestido de lino azul, peinado de trenzas con encaje y largas pestañas, lista para defenderse aunque se le fuese la vida en ello, le pareció lo más atractivo del universo.

—Le agradezco que…

—No me agradezca. Por favor, solo… hable —pidió, apretando los párpados.

Aún con la espalda pegada a la puerta, se deslizó suavemente hasta quedar sentado en el suelo de madera. Se detuvo un momento a escuchar si había algún movimiento al otro lado, pero no sintió nada. Quizá sí habían pasado inadvertidos.

—Esta es la oficina del embajador Lauvergne —dijo él, moviendo una mano—. Ayer murió la madre del vicecónsul Fernandois, hoy es su funeral. Está toda la legación francesa en el Cementerio General.

Ella asintió.

—Todos menos mi esposo…

—Porque él no es parte de la legación —indicó, incómodo—. No aún, al menos.

Ese era uno de los miles de temas que flotaban inconclusos en la mente de Fátima, pero no era el más urgente.

Miró su propia mano para recordar que aún empuñaba el abrecartas.

—¿Por qué el señor Gunn lo llama Mister Baltimore?

—Porque ese es mi *underground name* —contestó, torpe al pensar en una buena traducción—. Un seudónimo. Así funcionamos en el *Underground Train*.

—El Ferrocarril Subterráneo…

—En un sentido más de «clandestino» que de «subterráneo»…

—Y esa es la parte ilegal de sus pecados —entendió Fátima—. ¿Qué transportan? ¿Licor? ¿Tabaco?

Él tomó aire.

—Esclavos.

Ella hizo un gesto de estupor.

—¿Usted vende… esclavos?

—Yo *los libero*, señora Aguirre —la corrigió, tranquilo—. Mi adhesión es relativamente reciente, pero el Ferrocarril lleva treinta años guiando esclavos hacia tierras libres, desde mucho antes de la guerra…

Volvió a cerrar los ojos, aliviada. Necesitaba una pausa para asimilar lo que estaba escuchando.

—Entonces, después de todo, usted sí era un activista —lo apuntó, aludiendo a su conversación en la tertulia—. Un activista que conoce muy bien a Olympe de Gouges.

Filósofa y política francesa, había escrito la Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana en 1791, y, así como por sus postulados feministas, se la reconocía también por su lucha abolicionista, actitud valiente en un delicado momento en que el comercio de esclavos con las colonias de ultramar representaba la mitad de las riquezas de su país. Había sido una burguesa al servicio de la Revolución, hasta que se atrevió a denunciar el extremismo dictatorial de Robespierre y Marat, lo que la llevó a la guillotina en 1793. «Si la mujer puede subir al cadalso, también se le debería reconocer su derecho a subir a la tribuna», había escrito al conocer su sentencia, ya que no pudo apelar ni defenderse. Era una mártir alabada en ciertos círculos intelectuales de París por los que Fátima había circulado más de alguna vez.

—En nuestro grupo conocemos muy bien quién fue, qué pensaba y cómo terminó sus días, así como creo que terminarán los míos —cerró él con marcada resignación—. Lamento no haber sido completamente sincero con usted en ese momento, pero mi advertencia sí lo era.

«Prométame que nunca hará nada descabellado motivada por sus ideas». Ella lo recordaba bien.

—Habla de un grupo… En esa *liberación* no actúa usted solo.

Max apretó los labios.

—El *Underground Train* no es un tren real. Es simbólico. Se refiere a una red de personas por todo el país en distintos roles y bajo nombres de fantasía. Utilizamos el lenguaje ferroviario para evitar revelar información crucial si nuestra mensajería es interceptada.

—Un *maquinista* que no conduce locomotoras —se interesó, citando a Gunn—. ¿Qué hace, realmente?

—Estamos encargados de llevar a los fugitivos *de estación en estación*, es decir, de casa en casa de aliados, lo que muchas veces puede significar cruzar un estado completo. A veces son iglesias, graneros, lo que sirva; ahí se les proporciona alimento, cobija, medicamentos o simplemente un lugar donde dormir. Los esclavos son «pasajeros», los «carriles» son las rutas seguras de escape y los «jefes de estación» son los líderes por sector, generalmente personas en puestos de poder que pueden ofrecer cierta protección adicional si es necesaria. Cuando logramos que un *pasajero* arribe sano y salvo a la frontera, se anuncia al grupo como un «ticket timbrado».

Fátima suspiró, apoyando su espalda en la poltrona.

—Luce como una muy sofisticada organización…

—No tanto como quisiéramos —admitió—. Solo somos un montón de idealistas con pocos recursos, pero mucha voluntad.

—Es muy arriesgado que me haya contado todo esto. Le ha confiado su código a una extraña…

—Me pidió que le explicara, ¿no? —se defendió él—. Por demás, confío en usted.

—No me conoce lo suficiente —balbuceó, levemente sonrojada.

—Sé que no tiene intención de herirme, pues ya lo habría hecho para así poder escapar… así como usted sabe que no tengo intención en hacerle daño, pues si así lo quisiera, no estaría perdiendo mi tiempo en charlas.

Tenía razón. De pronto se sintió ridícula sosteniendo el abrecartas, así que se deshizo de él, dejándolo sobre el escritorio. Max hizo un sonido gutural de alivio.

—El señor Gunn dijo que usted era un peligroso criminal…

—Michael Gunn es un hacendado con propiedad sobre decenas de plantaciones de algodón en Tennessee y cientos de personas esclavizadas —le explicó, esta vez perdiendo el tono amable—. Está en la lista de prominentes sureños conocidos por su persistencia en atrapar o sobornar *maquinistas*… Cualquiera que esté a favor de la libertad es un criminal para él, y tiene algo de razón, pues eso va contra las disposiciones legales que protegen a los terratenientes en

los estados confederados.

—No entiendo cómo el embajador Nelson pudo aceptarlo en sus filas…

—No lo hizo. Gunn llegó a Chile hace cinco años, en la administración del embajador anterior.

—Pero, a pesar de sus antecedentes, le permitió quedarse, ¿no?

—La estadía del señor Gunn se hizo inviable cuando el presidente Lincoln le pidió a Nelson que me recibiera a mí en asilo. Eso significaba que debía enviarlo de regreso a casa lo antes posible para evitar cualquier cruce. Ha intentado sacarlo por vía administrativa desde entonces, sin éxito…

Ella suspiró.

—¿Hay más de sus… *amigos*… asilados en otros países?

—Un par, sí. Es el último recurso cuando tu rostro o nombre real ha sido descubierto. Muchos de quienes han propiciado fugas de esclavos han terminado en la cárcel o ejecutados…

Fátima tocó su garganta en un acto reflejo.

—Esto del Ferrocarril es un asunto muy peligroso…

—Es más peligroso no hacer nada —respondió, con una convicción que la conmovió—. Estamos condenados si mi país se transforma en un lugar donde vale más un kilo de algodón que la vida de una persona. Estudié abogacía para traer más justicia al mundo, no menos…

—Pero no ha ayudado desde tribunales, sino al margen de la ley —le reprochó, aunque no era su intención sermonear. El impacto de lo que escuchaba la tenía aturdida.

—He ayudado desde ambos frentes, ya que aquello le preocupa —puntualizó él, con una pizca de molestia—, pero terminé destrozado por la impotencia. La jurisdicción vigente es miope, tardía, incluso obsoleta cuando se trata de grandes cambios en sociedades que se resisten. Sé que no tengo que explicarle que una disposición legal no necesariamente es justa ni correcta, ni mucho menos ética. No he olvidado que sueña usted con representarse a sí misma mediante el voto político… pero no hay ninguna constitución en el mundo que lo permita.

Ella volvió a ruborizarse. No sonrió.

—Comprendo. Es cierto lo que dice. Es solo que… Hacer cualquier cosa contra la ley, las normas, las tradiciones… es un riesgo muy grande…

—Cada pasajero al que timbré su ticket estaba dispuesto a arriesgarlo todo con tal de lograr su libertad. Hay riesgos que no valen la pena, concuerdo, pero hay otros que valen la vida.

En su cabeza, Fátima se vio entrando a la cátedra de Matemáticas Aplicadas en la Escuela de Bellas Artes de París, empujando la silla de su hermano. Como Remigio no tenía permitido ingresar al recinto, Beltrán pidió al directorio académico que se aceptara a Fátima como su «asistente», teniendo en cuenta que, si bien la restricción de acceso a indígenas y esclavos era estricta, en cuanto a mujeres había excepciones —desde modelos para las clases de Arte hasta personal diverso de servicio—. Al inicio fue un escándalo, pues aseguraron que la presencia de una mujer en el salón de Arquitectura «alteraría la adecuada asimilación de contenidos» de sus alumnos y «degradaría la enseñanza». Finalmente aceptaron la inédita situación, en buena medida porque Fátima era una mujer casada y no soltera, y la principal exigencia fue que ella debía pasar la clase en silencio, tras un biombo en una esquina. Fue menospreciada y humillada, pero escuchó y tomó nota de cada clase, se asomó sigilosa para observar cada maqueta, memorizó cada plano…

Había valido la vida.

—Si el Ferrocarril es una asociación clandestina, ¿cómo supo usted de ella? ¿Lo reclutaron?

—Algo así —admitió, desviando la mirada—. La guerra ya había iniciado y acepté acompañar a un colega en la preparación de un caso muy difícil en Petersburg, en el estado de Virginia. Intentábamos liberar a una niña de diez años que había sido comprada fuera de la jurisdicción esclavista, teníamos una buena defensa para alegar secuestro, pero el día antes de la sentencia… Ella estaba… La encontraron en…

Su voz se quebró y necesitó un minuto de pausa para continuar. Fátima adivinó y le dolió el corazón.

—La encontraron colgada en el galpón de la plantación donde trabajaba —logró articular—. Se estaba haciendo lamentablemente

usual que los patrones, ante el riesgo de perder a algún esclavo mediante resquicios legales, lo *ajusticiaran* ellos mismos y lo hiciesen pasar por un suicidio. Mi colega ya había perdido a cinco en las mismas condiciones. Después de ese caso se retiró por un tiempo de la profesión, no aguantaba un muerto más…

Ella se movió sutil hasta el borde del sillón. Sabía que era una tontería, pero esos centímetros más cerca de Max la aliviaron.

—Y usted persistió.

Él levantó la mirada a medias.

—En ese tipo de audiencias nunca había mucho público, no es que fuesen casos de gran interés para la población sureña, pero desde el inicio del nuestro me llamó la atención la presencia de una religiosa. Una carmelita descalza. Tenía un cuerpo robusto y un gesto algo severo que me causaba curiosidad. Luego de que nuestra última audiencia se cancelara por la razón que ya sabe, fui hasta la parte trasera del edificio para que nadie me viese llorar… Pero ella me encontró ahí. Creí que me regañaría, que me bendeciría o alguna otra incómoda situación; en cambio, se arrodilló junto a mí como si rezara y me dijo, en un inglés con acento indescifrable, algo que nunca olvidaré: «Hemos perdido a una, pero aún quedan dos en el vagón. ¿Puedo tentarlo a abordar el tren?».

Maximilian ya había oído hablar del *Underground Train* en la universidad, y sí, unirse era una tentación constante, sobre todo para los más jóvenes e idealistas, pero él había decidido darle una oportunidad al camino más institucional para lograr el mismo tipo de justicia. Sin embargo, le bastaron un par de años de ejercicio para entender que el asunto esclavista jamás se resolvería en tribunales o en el Parlamento. Entre las inauditas leyes de protección al propietario y la abundancia en pruebas falsas, testigos que desaparecían y amenazas a las víctimas, decenas de abogados liberales abandonaban la lucha, demasiado desgastados para seguir. Además, la influencia y opresión de los grupos de terratenientes en las audiencias era despiadada. Recordó que, un poco antes de que estallara la guerra, en 1858, un juez en la localidad de Nashville fue asesinado y dos dueños de plantaciones estaban entre los principales sospechosos, si bien la policía sureña protegió sus identidades. El escándalo llegó a cada

tribunal y universidad del país, pero nada pudo hacerse. Nunca se investigó ni se sindicó culpables. Era un panorama desolador…

Ese día, fuera de la corte principal de Petersburg y al escuchar el lenguaje ferroviario en boca de la carmelita, Max entendió inmediatamente lo que estaba sucediendo y con quién estaba: era una «jefa de estación», el único rol con potestad para reclutar nuevos miembros.

—Me contó que había otros dos casos de niñas vendidas fuera de jurisdicción, pero que no intentarían demandar al comprador porque sabían que sería inútil. Las moverían hasta Cleveland para que huyesen hacia Canadá a través del lago Erie. Para ello necesitaban una estación intermedia, así que estaban buscando a alguien en Washington, Baltimore o Pittsburg…

—Y usted aceptó…

—Acepté sin pensarlo, como si fuese algo que deseaba inconscientemente hace mucho —recordó.

—*Mister Baltimore* —atinó Fátima.

—Mister Baltimore —repitió, apuntando a su pecho—. Así me bautizó. Ella no usaba seudónimo, pues gozaba del fuero religioso y, además, ¿quién diablos sospecharía de una monja? Colaboraba como enfermera con otras religiosas en sectores críticos de batalla y atendía a heridos de ambos bandos. Su coartada era realmente brillante. Sor Paula de Ferrari. Con su guía comencé como estación de recepción de pasajeros y a los pocos meses tomé el rol de maquinista. Acompañé personalmente a las dos niñas hasta Cleveland.

—¿Y cómo lo hizo?

—Con miedo —confesó, con una sonrisa nerviosa—. Entenderá que este particular *oficio* requiere de mucha creatividad, así que echamos mano a disfraces y todo tipo de posibilidades. No sé cómo lograron sacarlas de la plantación, los maquinistas jamás preguntamos; solo recibimos pasajeros y nos movemos hasta la siguiente estación. En esa oportunidad conseguí un coche de víveres y las chicas se escondieron entre las tinajas de arenques fermentados. El olor que desprenden es tan fuerte que ningún policía de la ruta siquiera se asomó a revisar. Ellas eran muy valientes, ¡y tenían un estómago de acero!

Fátima juntó sus manos como si agradeciese a la Providencia,

impresionada de que lo que escuchaba le estuviese produciendo felicidad.

—Hace unos minutos estaba juzgándolo, ahora envidio su coraje…

—No me envidie, pues ahora soy un fugitivo más, igual que las decenas de esclavos a los que alcancé a ayudar.

Ella apretó los pliegues de su vestido.

—Es cierto… Dijo que su cabeza «tiene precio»…

—Diez mil dólares, la última vez que supe.

—¡Diez mil! —se asombró Fátima. Ni siquiera era capaz de calcular rápidamente a cuántos pesos chilenos equivalían—. ¿Y todo por ser cómplice de fugas y… *presenciar* un homicidio?

Él exhaló con cansancio y tomó su cabeza con ambas manos.

—Un día recibí la orden de recoger a un pasajero nuevo en una estación en Waynesboro, justo en el límite de los estados de Pennsylvania y Maryland, es decir, en el límite entre la Unión y la Confederación. Me encontraría ahí con un maquinista llamado Mozart. Esos pueblos siempre son los más peligrosos, pues confluyen esclavistas y abolicionistas en todas las esquinas. Siempre hay conflicto, armado o no. Sulfurados han atacado tiendas, escuelas o donde sea que haya una persona negra, aunque estén en territorio libre, pues la ley los ampara…

La señora Aguirre seguía el hilo tan atenta que para ella fue muy obvio lo que vendría.

—¿Presenció una pelea, señor Bonecraft?

—Peor —pronunció—. Una traición.

Todo había sucedido muy rápido. La estación era la bodega de una curtidora en la avenida Harbaugh, cerca del cementerio católico de St. Andrew, manejada por una mujer joven llamada Little Phoenix. Mozart llegó a la hora señalada con un pasajero anciano que venía muy mal herido: la instrucción era dejarlo descansar unas horas, alimentarlo y cambiar sus vendajes, y luego acompañar su camino hasta el condado de Bedford. El maquinista estrechó la mano de Max y se perdió en la noche. Apenas veinte minutos después, un grupo de federales llegó a golpear el portón. «¡Little Phoenix! ¡Mister Baltimore! Están rodeados… ¡Entréguense!».

Con dos caballos echaron las puertas de madera abajo. El débil

fugitivo no tuvo dónde correr: un agente lo acorraló en una esquina del taller y le disparó con su rifle directo al pecho. Maximilian y Little Phoenix serían los siguientes.

Entonces ella hizo un movimiento valiente y desesperado.

Tomó un mazo de la curtidora y, con más suerte que técnica, lo agitó hacia el federal. Le dio con tanta fuerza que despedazó su cráneo contra el muro. El segundo agente, que hasta ese momento ni siquiera había bajado de su caballo, disparó contra ella en el acto: dos balas en el entrecejo. Su sangre comenzó a mezclarse con los restos de aserrín en el piso…

—¿Cómo pudo escapar…? —balbuceó Fátima, a través de los dedos que tapaban su boca.

—Estaba desarmado. No había nada que pudiese hacer. Era mi fin… pero Tony terminó el trabajo por mí.

Tony Ryan era el anciano negro que había buscado su libertad. Moribundo, tomó el rifle del primer agente muerto y disparó al segundo, sin que este tuviese tiempo de entender qué estaba sucediendo. Salvó a Max. El abogado se abalanzó hacia el esclavo, pero había tanta sangre por todos lados que no sabía cómo ayudarlo…

Desde afuera, más policías comenzaron a gritar su nombre, «¡Little Phoenix! ¡Mister Baltimore!», y, al entrar, leyeron mal la escena: lo único que vieron fue un joven blanco junto a un rifle y cuatro cuerpos regados, dos de ellos oficiales federales. Lo que les faltó notar fue a los caballos.

—Hasta hoy no sé cómo pude reaccionar tan rápido, culpo a la adrenalina…, pero tomé un trozo largo de cuero que había sobre una mesa y golpeé los pies de los caballos. Se asustaron y lanzaron patadas hacia todos lados, dándome espacio para huir por una puerta lateral. No sé cuántas horas caminé hasta Rouzerville, donde sabía que un matrimonio de cuáqueros tenía una estación…

Fátima se levantó del sillón. Avanzó los pasos que la separaban de Maximilian y desplegó su enorme falda en el suelo, sentándose junto a él. Le habría encantado tomar sus manos, pero no se atrevió a tanto.

—¿Qué pasó con el delator? Este tipo… Mozart…

—Si me pregunta por algún tipo de venganza, no, no fue necesario —le explicó, si bien algo nervioso por la súbita proximidad de la

chilena—. Días después supe que fue igualmente ejecutado. Los soplones son un riesgo para todos los bandos.

Ella suspiró.

—Al menos usted pudo escapar… Y hoy está aquí…

—Sigo siendo un fugitivo —afirmó, con el miedo evidente en su mirada.

—Pero está a salvo en Chile —le aseguró, compartiendo su angustia—. No pueden apresarlo aquí, ¿o sí?

—No le temo a la ley de mi país, sino a la ley por mano propia —señaló—. La misión diplomática de Nelson es abolicionista, estoy a salvo con ellos. Incluso podría pedir asilo al Ministerio de Relaciones Exteriores. De quienes no estoy a salvo es de los *cazadores*.

Fátima pensó un momento.

—Eso no suena a jerga ferroviaria…

Él negó.

—La ley contra esclavos fugitivos permite que agentes federales persigan a cómplices en toda la nación, incluso en estados libres. El único lugar donde no tienen potestad es en otros países, y ahí es donde entran a jugar mercenarios de todo tipo. Hay diez mil dólares de recompensa por mi captura, ¿recuerda?

Ahogó un grito de entendimiento.

—¿El señor Gunn es un *cazador*?

—No me consta, pero no me sorprendería. No desaprovechará la oportunidad si la tiene.

Estuvo a punto de decir que Étienne Clermont le parecía un mercenario de aún peor calibre… Pero en su lugar, pronunció:

—Ahora que ya conoce todos mis pecados… ¿Cuál es mi penitencia?

Fátima se sorprendió. Era lo último que habría esperado escuchar de él.

—¿Quiere que le asigne un castigo?

—Merezco uno…

—¿Por ayudar a tantas personas inocentes?

—Por no ayudar a Phoenix, por no poder salvar a Tony…

—¡Quién habría podido!

—… y por estar aquí, en el fin del mundo, gozando de algo

parecido a la inmunidad diplomática. Gracias a la red del Ferrocarril pude refugiarme de estación en estación hasta llegar a la oficina del mismísimo Abraham Lincoln. No sabe lo que fue estar en su presencia, me temblaban las rodillas. Él me dijo que la única manera de estar realmente a salvo era salir de los Estados Unidos, al menos hasta que la guerra acabase…

—¿Por qué lo envió a Chile? ¿Porque somos un país abolicionista?

—Por eso, sí, pero especialmente porque Thomas Nelson estaba aquí —puntualizó—. El presidente me aseguró que era un hombre íntegro que me protegería a toda costa…

—Lo es —le sonrió ella, tratando de animarlo—. Está en las mejores manos posibles.

—Sé que soy un privilegiado. Podría comenzar mi vida desde cero si quisiera. No regresar jamás. Pero ¿y el resto del tren? ¿Mis amigos? Todos quienes me refugiaron son cómplices, todos están siendo buscados por los federales, todos pueden morir por mi causa…

Ella bajó la mirada.

—Si fue tal como me lo ha relatado, no había cómo detener el curso de los hechos. Esas muertes no son su culpa, y tampoco puede responsabilizarse por la ayuda generosa que ha recibido de otros samaritanos en el camino. No ha hecho nada malo…

—Rompí varias leyes federales, muchas veces…

—Pero por una buena causa, entonces sigo sin ver un pecado que…

—¿Diría lo mismo el padre Ugarte?

—Probablemente no —admitió ella, sonriendo nerviosa. Entonces tuvo una idea, que antes de poder ser elaborada brotó sola de sus labios—. Si busca aquietar su conciencia y obtener, como dice, una *penitencia*, podría enviar una carta al Buzón.

Él creyó que era una broma. Esperó algunos segundos y se dio cuenta de que no.

—¿Quiere que relate muertes sangrientas a las Hijas de María?

—No, no —se apresuró a explicar—. No es necesario contar los hechos con tanto detalle. Bastaría con que relatara cómo se siente al haber presenciado un acto muy horrible en el que no pudo intervenir, y del que por lo tanto se siente culpable. En la sesión podríamos

discutir si estamos en presencia de un pecado, cuál sería, y si merece o no un castigo. Le haría llegar nuestras conclusiones al día siguiente…

Max la vio tan segura entusiasta que no supo cómo reaccionar.

—Agradezco su sugerencia, señora Aguirre, pero… Yo no… Es decir, los metodistas no veneramos a la Virgen María —dijo por fin, creyendo que aquello podía ofender a Fátima en gran manera—. La respetamos, pero no consideramos que tenga algún poder sobre nuestras faltas…

—Está bien, lo entiendo —contestó, tranquila—. Sé que es el Buzón de la Virgen, pero no lo tome literal, sino como el ritual que es: verbalizar una tribulación que nos pesa en el alma. Mientras más mensajes leo, más me convenzo de que sí, estamos buscando el perdón de Dios a través de María, pero también perdonarnos a nosotras mismas en el proceso.

Max apretó el mentón.

—No lo había pensado así.

—Estamos a mano, entonces.

—¿Cómo?

—Su perspectiva sobre cómo el Buzón no recogía pecados sino *lo que creemos* que es pecado ha sido fundamental en nuestras sesiones desde entonces. Necesitaba decírselo. Gracias.

Ahora él quería tomar las manos de Fátima, esas que rechazó una mañana frente a la Recoleta Dominica… En cambio, las guardó, raudas, en los bolsillos de su chaqueta.

—Su mejor forma de agradecerme es guardando el más profundo y estricto silencio acerca de todo lo que escuchó hoy —le pidió, mirándola a los ojos.

Ella asintió inmediatamente.

—Dijo usted que confiaba en mí. No lo defraudaré.

Max sonrió para sí.

—Eso me dijo sor Paula la última vez que la vi —recordó—. ¿Sabía que el monasterio carmelita más antiguo de todo el continente está en Maryland? En Port Tobacco. Ella logró que sus hermanas de fe actuaran como una estación y me recibieran mientras yo ideaba cómo llegar a la Casa Blanca. Le debo mi vida, a ella, a tantos… Le escribí hace unos días, de hecho, pues al ser jefa de estación en Virginia,

pensé que podría ayudarnos a localizar a lady Alisa, tal como le prometimos al barón Rothschild que…

Detuvo bruscamente su alocución. Dejó de pestañar.

Entonces se inclinó hacia delante y luego, quitándose los lentes, se golpeó varias veces en la frente.

—*Stupid! You're fucking stupid!*

Ella no supo qué hacer.

—¿¡Qué!? Qué sucede…

—La valija… —balbuceó, atónito, moviendo la cabeza.

—No entiendo qué está diciendo —le rogó Fátima.

Él no quiso mirarla.

—Nadie más sabe sobre esto… ¡Nadie! Solo Nelson y yo… y, bueno, ahora usted —habló a tropezones—. No había manera de que Gunn me relacionara con Mister Baltimore, aunque él sospechara que había algo raro tras mi llegada a Chile. Cuando sin querer lo escuché hablar con el señor Clermont en el pasillo, antes de que se escondieran aquí, me desesperé. No podía entender cómo lo había descubierto… Y ahora sé que yo le regalé la bala con la que me matará.

Se levantó con una agilidad envidiable. Sacudió sus pantalones, estiró su chaqueta, colocó otra vez los lentes sobre su tabique y asió el picaporte. Abrió la puerta con mucha lentitud para husmear desde la estrecha grieta. Desde ahí podía verse la oficina donde Gunn y Clermont habían estado hablando, pero ya no había nadie.

—Se han ido —anunció Maximilian, aliviado. Luego se giró hacia Fátima, quien lucía muy confundida—. Yo saldré primero, iré directo al segundo piso. Debo correr hasta el embajador. Usted, por favor, espere algunos minutos y luego salga. Que nada la detenga hasta la calle. Y, por supuesto, no me ha visto hoy.

—Tenga mucho cuidado —le rogó.

—Gunn no intentará nada mientras no tenga las pruebas que busca. Necesita estar seguro. Aún tengo unos días de ventaja.

Se sonrieron.

Abrió la puerta y avanzó por la sala hasta el corredor, pero volteó antes de perderse tras el muro. Ella se llevó una mano al pecho, como si quisiera apretarse el corazón.

—Pensándolo bien, rece, rece a su Virgen por mí —le pidió Max,

sin disimular su nerviosismo—. Necesitaré de mi lado a cuantos dioses existan.

XVI

17 de noviembre de 1863

Aferrada a su sombrilla, Fátima salió del edificio consular diecisiete minutos exactos después de que Maximilian desapareciera. Eso decía el reloj de escritorio del embajador francés. No encontró a ningún merodeador a su paso y cruzó el umbral principal con cierta premura, mirando hacia atrás algunas veces por si las dudas. Ya separada de la casona por decenas de carruajes, transeúntes y vendedores informales de la Plaza de Armas, pudo finalmente respirar tranquila.

Tranquilidad que duró pocos segundos.

—¿También la envió el padre Ugarte, señora Aguirre?

Victoria González de Huerta tenía un grueso fajo de volantes sujetado por ambas manos. Una regla tácita de la alta sociedad versaba que, cuando subía mucho la temperatura, se obviaban ciertas formalidades en el vestir; sin embargo, doña Victoria prefería seguirlas todas: ahí, bajo el sol cada vez más intenso de Santiago, figuraba con un vestido de escote cerrado y falda lisa de muselina malva, una toquilla de punto a modo de capa corta y guantes blancos de satén. El gran espacio vacío que ocupaba en una esquina de la plaza se debía, en parte, a la crinolina de dos varas bajo su enagua, pero también a que muchos hombres circundantes caminaban lejos de ella para no tener que recibir por cortesía lo que repartía: una litografía de la fachada de La Compañía, junto al llamado a la esplendorosa misa de cierre del Mes de María, el martes ocho de diciembre a las siete de la tarde, invitando a celebrar el día de la Inmaculada Concepción y un

nuevo aniversario de las Hijas de María.

—Creyó que podría necesitar ayuda —le mintió, sonriéndole sin ganas.

—La necesito, sí. Gracias. Aún me quedan muchos impresos por entregar, así que ¿podría usted ir a chequear el avance del lienzo al taller del maestro Cicarelli?

Fátima no pestañeó.

—¿Cuál lienzo?

—¿No escuchó la buena nueva? —se emocionó, abriendo sus grandes ojos verdes—. El doctor Armstrong anunció al padre Ugarte el financiamiento de un enorme lienzo de nuestra Virgen, para ubicarlo tras el altar mayor. ¿No es maravilloso? Dice que Nuestra Señora ha concedido un milagro de salud a su madre y quiere pagar el favor.

Alejandro Cicarelli era un reconocido pintor italiano, quien ya llevaba muchos años dirigiendo la Academia de Pintura y Escultura de Santiago. Dado su apego a la tradición académica europea y los cánones grecorromanos, el presbítero Joaquín Larraín Gandarillas lo había propuesto para la importante labor que engalanaría el altar en la misa de cierre.

—No me había enterado, no —admitió Fátima, lo que le pareció raro, pues ese era el tipo de noticias que el párroco no se aguantaba de comunicar a los cuatro vientos. Ni siquiera lo había informado en la última sesión de las Hijas—. Me parece un hermoso gesto de parte del doctor.

—Yo me enteré apenas hace unas horas. El padre Ugarte me pidió que fuese a inspeccionar cuando terminara de entregar los folletos… A menos de que usted quiera suplirme aquí en la plaza…

—No, no —respondió de un salto, otra vez con una sonrisa falsa—. Déjeme a mí lo del lienzo. Sé perfectamente dónde está el taller. Ya estuve ahí una vez.

Desde donde ambas mujeres estaban, a lo lejos podía verse perfectamente la fachada de adobe y teja roja, muy clásica de la arquitectura chileno-española de principios de siglo, alojada en la esquina sur poniente junto al Hotel del Comercio. Era una rareza entre el resto de las glamorosas construcciones neoclásicas que confluían en la enorme plaza, más *ad hoc* a la influencia europea en la capital, pero

era al mismo tiempo un recordatorio de que el pasado colonial aún pesaba en las tradiciones santiaguinas, donde las refinadas cornisas francesas seguían siendo un gusto de ricos y no un reflejo de la ciudadanía general. La sencilla entrada pintada de blanco era, en todo caso, engañosa, pues escondía una extensa propiedad de habitaciones en cuadrículas y patios de luz. Fátima la recordaba muy bien, y no era un recuerdo tan feliz.

Tomó un retazo de su vestido de lino, se despidió de Victoria y, bajo su sombrilla, cruzó la ajetreada Plaza de Armas hasta el destino indicado. Esperaba que la dejasen entrar, pues no estaba segura de encontrar un cálido recibimiento. El posible encono no era hacia ella sino hacia su familia en general, pues la última vez que un Aguirre había puesto un pie en el taller de Cicarelli, el escándalo había llegado hasta las páginas de *El Mercurio*. «Fue a indecorosas horas de la noche, nos señalan testigos, en que el hacendado don Segismundo Aguirre i Muñoz llegó hasta las dependencias académicas del maestro Alejandro Cicarelli. Nuestros ilustres lectores sabrán que su primojénito, de apellido también Vanderbilt, de por vida lisiado, gusta de la vida bohemia que no ha tenido el consiguiente respaldo del padre. La indignación de Aguirre ante las compañías que supone indignas de su abolengo le llevó a irrumpir en el patio de pinturas i en lo que, al parecer, era un agasajo de carácter privado, donde nos informan que el señorito cantaba para los artistas de la Academia. Con tal violencia el padre golpeó las puertas que una debió ser enteramente reemplazada, con un costo de seis pesos. Al momento de impresión de este artículo, el maestro Cicarelli ha interpuesto una queja formal en la Intendencia de Santiago, obligando al terrateniente a cubrir cuanto antes dicho costo».

Ese había sido el mayor pasatiempo de su padre antes de decidir enviarlo a Francia: espiar a su hijo y golpear y tirar puertas para sacarlo de lo que sea que estuviese haciendo. Ni Fátima ni Helena lograban comprender ese nivel de desconfianza, de odio hacia una práctica tan inocua como era el canto, pero en esa última arremetida fue evidente para todos en la familia chileno-estadounidense que algo más sucedía. Algo más que era tan importante y tan indecible que hasta Beltrán había aceptado el pacto de silencio. Cornelia y sus hijas

fueron al día siguiente a extender sus disculpas por lo que había sucedido —a Cicarelli y a un montón de otros artistas que vivían o trabajaban en el taller—, y ellos las aceptaron, si bien sabían que el patriarca no sentía ningún tipo de arrepentimiento por el bochorno provocado.

Fátima tomó aire antes de golpear la puerta. Habían pasado más de dos años desde el incidente. Si tenía suerte, quizá ya nadie ahí dentro lo recordaba…

Quien la abrió tenía la mirada más dulce que ella hubiese visto en un joven. Y en un segundo su dulzura se transformó en pánico cuando, con una sonrisa, Fati dijo:

—Yo a usted lo conozco.

Nino Di Stefano se congeló en el umbral.

—Señora Aguirre…

—Oh. ¿Y usted me conoce a mí? Cuando lo vi en misa sabía que su rostro me era familiar. No soy buena con los nombres, eso sí…

El escultor italiano palideció. Pasó su mano sucia por el mentón y luego por su camisa, mirando hacia el suelo y hacia atrás, asegurándose de que no hubiese nadie más en el corredor.

—¿Estaba buscándome?

—No, no. Busco al maestro Cicarelli…

—¡Ah, claro! —exclamó, recuperando los colores—. El óleo de la Virgen, sí, sí… Pues encuentra al maestro en el segundo patio a su izquierda. Está con el intendente Bascuñán.

Se hizo a un lado para que la chilena pudiese entrar, ya que por el umbral cabía apenas su amplia falda. Ella cerró su sombrilla y volteó hacia el joven.

—¿Es usted amigo de Beltrán?

—Algo así…

—Mi hermano no tiene muchos amigos, mi padre es muy restrictivo con sus visitas —le dijo, apenada—, así que, si usted lo estima y se preocupa por él, me da mucho gusto conocerlo.

El extranjero lo pensó un momento. Analizó los gestos de su interlocutora y concluyó, contento, que si bien ella estaba frente a un enjuto y pobre artista de camisa manchada y manos agrietadas, su amabilidad era genuina.

—Me preocupo mucho por él, sí —le aseguró él. Barajó la idea de inventar un nombre para protegerse, pero siguió su instinto—. *Mi chiamo* Giannino Di Stefano. Todos me llaman Nino.

—Es un placer, Nino.

—Nos conocimos cuando… Es decir, usted me vio aquí cuando…

—Ya sé, ya sé —lo detuvo ella, algo inquieta—. Ahora lo recuerdo. No niego que me avergüenza un poco volver, pero ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? ¿Han sanado los resentimientos? Dígame que el maestro Cicarelli no me odiará al verme entrar…

—No lo creo —le dijo, sincero—. Olvida pronto. Es un buen cristiano.

—¿Y usted? ¿No nos odia? Me alegro de que su amistad con mi hermano se haya mantenido a pesar del escándalo… y de su ausencia estos años…

Nino entreabrió la boca y la mantuvo así mientras pensaba en qué decir. Era muy evidente que la hermana de Beltrán no sabía exactamente con quién estaba hablando. Segismundo Aguirre no había contado a su familia lo que vio esa noche.

Y eso lo alivió.

—Aprecio que usted valore nuestra… *amistad* —pronunció—, si bien debo rogarle, por si las dudas, que no lo comente con su padre.

Ella se entristeció.

—Lo entiendo.

—Solo quiero proteger a Beltrán…

—Es lo que queremos todos. —Le sonrió a medias. Luego miró sobre su hombro, sabiendo que debía continuar su camino—. Lamento no poder invitarlo a cenar a nuestra casa, pero podríamos organizar un paseo a las colinas de Peñalolén o a Campo de Marte. Me cuesta persuadir a mi hermano para que tome aire fresco de vez en cuando. Si usted lo convence, Helena y yo organizamos lo demás.

Ir de pícnic con las hermanas de Beltrán le parecía tan extraordinario e improbable que solo atinó a ruborizarse.

—Incluso aunque nunca ocurra, aprecio mucho su intención —murmuró, con la voz quebrada—. De verdad.

Fátima se preocupó por la melancolía en el semblante del artista y lamentó no tener más tiempo para llegar a conocerse mejor. Avanzó

unos pasos tímidos hacia su izquierda, aún mirándolo.

—Lo veré, al menos, en la misa del ocho de diciembre, ¿no es así? ¿Asistirá para oírlo cantar?

Nino asintió con fuerza.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Compartieron una última sonrisa y luego él emprendió una rápida caminata en sentido contrario. Era como si huyera. Fati prefirió no darle muchas vueltas y seguir las instrucciones que había recibido. Fue muy fácil localizar su destino: en el patio de luz y bajo favorables rayos dorados, Alejandro Cicarelli movía los brazos hacia dos ayudantes, quienes intentaban colgar desde la barandilla del segundo piso un gran lienzo de algodón de tres por cuatro varas.

—Soy un hombre práctico, intendente —le decía a Francisco Bascuñán Guerrero, con los ojos puestos en la tela—. Práctico y devoto. Si viene un ricachón como el escocés Thomas Armstrong a pedirme un retrato de la Inmaculada Concepción y deja una letra de cajero por veinte pesos, olvido todos mis compromisos adquiridos en un santiamén.

—Yo le pago bastante más que eso por sus servicios —se quejó el chileno, cruzándose de brazos.

—Pero no con la celeridad adecuada —le reprochó el italiano—. O acaso ha venido a convencerme de la eficiencia burocrática del Estado…

El intendente bufó.

—Mi punto es que no puede dejar un trabajo a medias para tomar cualquier otro que se presente…

—Son dos semanas. Míseras dos semanas.

—Acordamos que el mural para el hospital San Francisco de Borja estaría listo para fines de diciembre…

—Y lo estará, lo estará. Confíe en mí. Deme estas dos semanas de *hiatus* para este encarguito piadoso y ya volveré a ser su empleado estrella. *Abbiamo un accordo, signor Bascuñán?*

Estiró su mano hacia la autoridad y él, a regañadientes, la estrechó. Cicarelli, de muy buen humor, palmoteó luego el hombro de Francisco.

—Buenos días, maestro Cicarelli.

La voz de Fátima los tomó por sorpresa. En realidad, cualquier mujer elegante que se presentara en ese recinto era una sorpresa, pues las únicas féminas que deambulaban solían ser modelos muy ligeras de ropa.

El pintor se irguió en el momento, con una mano sobre su prominente barriga.

—*Signora* Aguirre…

—¿Me recuerda?

—Cómo podría no hacerlo —respondió, con una molestia algo forzada. Quizá Nino estaba en lo cierto: Cicarelli olvidaba rápido, tan rápido que debía fingir encono cuando estaba obligado a rememorar ciertos episodios.

—Espero que no nos guarde ningún rencor —comentó ella, intentando sostener su mirada.

—No a usted, claro que no —contestó—, pero sí me sorprende verla aquí.

—He venido por petición del padre Ugarte a supervisar el avance de este trabajo, pero no se preocupe, que ya escuché todo lo necesario —le aseguró—. Usted acaba de recibir el encargo, le ha entusiasmado muchísimo, está preparando el lienzo en el que comenzará hoy mismo y le tomará dos semanas. No lo molestaré con más preguntas.

—Es un excelente resumen —concedió el italiano.

El intendente carraspeó para hacerse notar y Fátima levantó una ceja.

—Buenos días, intendente Bascuñán. ¿Por qué cada vez que me encuentro con usted, está peleando con alguien?

—Es una pena manchar mi reputación de esa manera —sonrió, arrugando el entrecejo—. No soy del tipo pendenciero, lo juro…

—Es solo un gran obstinado —aportó Cicarelli, divertido.

Francisco entornó los ojos.

—Y este obstinado, se retira…

—¿Puedo pedirle que escolte a la señora Aguirre?

—Con gusto.

—¿Y podré yo venir algún otro día, maestro Cicarelli? ¿Para admirar su obra? Y comentarla a mis compañeras después, en nuestra sesión nocturna…

El intendente concluyó que la palabra «admirar» era clave en la petición de la joven y aplaudió internamente su astucia.

—No suelo aceptar audiencia mientras trabajo, pero bueno, si así lo desea, podría venir alguna que otra tarde… en completo silencio…

—Por supuesto. Muchas gracias.

Bascuñán cruzó el patio hasta el segmento de corredor donde Fátima esperaba. Ambos reverenciaron al pintor y luego giraron para emprender hacia la salida. No fue hasta que estuvieron en mitad del siguiente patio que él creyó prudente hablar.

—Mercedes está bien —dijo de pronto, y el rostro de su acompañante se iluminó—. La verá esta noche.

Fati juntó sus manos a la altura del pecho.

—Gracias, María Purísima.

—Hablé con ella, tal como me sugirió, y aunque no me dijo demasiado, sí creo haber entendido lo esencial…

—¿Y eso es…?

—… que las Hijas de María creen firmemente en aceptar responsabilidad por sus pecados. Resarcirse por ellos. Entienden que haya un castigo asociado… pero le asignan *criterio*. Dicen «sí» a las penitencias, pero «no» a las penitencias injustas o desmedidas.

Fátima suspiró y luego le sonrió. Detuvo la marcha.

—¿Está de acuerdo con eso?

—No es mi rol estar de acuerdo o no —se sinceró él—, sino asegurarme de que puedan exigir el límite que procuran. Lo que le sucedió a mi hermana fue, a toda evidencia, un *abuso*. Puede pedirme que respete sus creencias, pero no puede pedirme que haga la vista gorda si algo similar vuelve a ocurrir.

Ella asintió. No podía negar la sensatez de lo que pedía.

—Debe comprender que cada falta y cada penitencia de todas las asociadas está resguardada en la intimidad de nuestras sesiones —explicó—. Es un secreto protegido por el sacramento de la confesión. No hablamos de ello fuera de la iglesia, nadie debería, al menos no sin el consentimiento de la directa involucrada. ¿Dio Mercedes su venia para que enfrentase usted al padre Ugarte?

—Por supuesto que no —respondió, molesto—. Me rogó que no me involucrara. ¿Cómo puede pedirme que no actúe frente a esta

angustia? Estuve a punto de apersonarme en *El Mercurio* y revelarlo todo…

—Debe respetar a su hermana. Es algo que no puede transgredir.

—Me lo dijo una y otra vez…

—Porque es lo correcto…

—Su sufrimiento *no es* correcto —se endureció, apretando un puño —. Lo que hace Ugarte *no es* correcto…

Fátima lo miró intensamente a los ojos.

—¿Puedo sugerirle una vía de acción que respete la privacidad de Mercedes… pero exhiba la crueldad de su dolor?

El intendente cambió su gesto. Entendió de pronto que no estaba frente a una adversaria, sino una aliada.

—La escucho.

—Ya sabe que este tipo de… *situaciones*… han ocurrido antes…

—Me consta.

—… y como también sabe, la falta y la penitencia son secretas, y esa información no puede ser revelada por su confesor ni por terceros que se enterasen, casual o maliciosamente… Aunque sí por la misma penitente, si así ella lo decidiera.

—Mercedes ya me dijo que no hablará…

—Ella no, pero quizá otras sí.

Francisco se sorprendió.

—¿Habría mujeres dispuestas a acusar a Ugarte?

—Y a otros miembros del clero —le confió, nerviosa—. No podría asegurárselo, tendré que tantear los ánimos, pero intuyo que otras Hijas que han sufrido tormentos reconocen la gravedad del silencio respecto a estas prácticas y quieren quebrarlo. Hallar la manera de contarlo al mundo.

—Me alivia escucharla, pues erróneamente creí que usted no era partidaria de aquello…

—Soy partidaria de la justicia con consentimiento de sus víctimas, no de que sean utilizadas como chivo expiatorio para maniqueos políticos.

El intendente se ruborizó levemente. Por fin lo había entendido: la señora Aguirre no quería contrariarlo, sino darle una lección de dignidad.

Acusó el golpe.

—Comprendo. Seguiré sus instrucciones tal como me las entregue.

Fátima le sonrió con los labios pegados. Comenzaron a andar otra vez.

—Lo primero es hablar con mis compañeras. Téngame paciencia. Si queremos resultados favorables, no podemos presionarlas. Exponerse de esta manera es un riesgo muy grande, el escarnio social será abrumador…

—Lo es…

—Cualquier novedad se la haré saber.

Al llegar a la puerta de salida, Francisco se hizo a un lado para dejarla pasar. Ya en la calle, ella abrió su sombrilla y, bajo su sombra, volteó hacia el intendente.

—¿Comenzó a leer la novela de Mercedes?

Se lo dijo en un susurro tal, que se perdió pronto entre el ruido de carretas de bueyes y los gritos de vendedores de pejerreyes en salmuera.

Él sonrió, escondiéndose en un gesto de su sombrero de copa.

—Es muy talentosa —reconoció, cómplice—. ¿Sabe cómo llegó Ugarte a enterarse de la verdad tras su seudónimo? ¿Un soplón dentro de *La Voz de Chile*?

—No lo sabemos —negó, apenada—. Revelar ese misterio se lo doy a usted.

Intercambiaron reverencias. La vio agitar su falda azul de lino mientras cruzaba la plaza. Pensó en su amada esposa y agradeció que ella no fuese parte, ni antes ni ahora ni nunca, de las atribuladas Hijas de María.

Era más fácil abrazarse estando de rodillas o sentadas que de pie. La señora Hernández de Sessé lo llamaba «la tiranía de las crinolinas», esperando que la moda cambiase pronto para darle algo de alivio a su espalda y caderas. Aplastando sus faldas como acordeón vertical era más plausible desafiar la *tiranía*, así que en ese minuto figuraban varias Hijas de María a ras de piso, estirando sus manos y brazos hacia

Mercedes Bascuñán, quien por fin regresaba al grupo. Fátima la tenía abrazada por la espalda, Sinforosa y Jertrudis acariciaban su brazo por un lado, Cayetana, Eulalia y Helena al otro, y con Clarissa Leighton y Luisa Piermattei cerrando el círculo, quien por su avanzado embarazo siempre iba a preferir descansar sus piernas lo más posible.

—¿Qué ha dicho tu editor?

—Que publicarán el último folletín a pesar de todo. Al menos logré terminar la historia…

—Conseguiré una copia —prometió Cayetana—. Mi casa está a unas cuadras de la imprenta. No levantaré sospechas.

—Por favor, no se arriesguen —pidió, moviendo sus manos vendadas cuidadosamente y cubiertas por guantes negros de encaje—. Si el padre Ugarte se enterase…

—O Cornelia, en su defecto —susurró Clarissa, agachándose un poco. Las más apostólicas del grupo, como María Pilar, Enriqueta, Victoria y la señora Vanderbilt, encendían velas en el altar del arcángel san Rafael.

A Helena le tembló el mentón.

—Me obligó a entregarle todos los capítulos que había guardado. Creo que los quemó en la chimenea. Perdóname, Mercedita…

—No es tu culpa, querida —la tranquilizó.

—Yo los tengo todos —aseguró Jertrudis—. Serán nuestro tesoro.

—Podemos replicarlos a mano —propuso Fátima, apoyando su rostro suavemente sobre el hombro de Mercedes—. Si nos repartimos el trabajo, lograríamos en un par de noches…

—¿Y por qué harías algo así?

—Por si alguna vez otras mujeres quisieran leerte…

—Debemos proteger a Mercedita, no exponerla más —se angustió Luisa.

—Pero no la expondremos a ella, sino a Epifanio Andazola…

—El buen Epifanio, un genio literario —sonrió Sinforosa.

—Para la mayoría de los santiaguinos, la vida continúa igual que ayer y anteayer —comentó la señora Sierra—. Salvo nosotras y el padre Ugarte, nadie más sabe de esto, ¿no?

—Mi editor en el periódico y mi hermano —aclaró Mercedes—, pero confío plenamente en ambos.

—¿Eso quiere decir que, quien te delató, es una *Hija*?

Las presentes no se miraron entre ellas con sospecha o enojo, sino con terror. Quienquiera que hubiese sido, no estaba en ese pequeño grupo de aprecio compartido. Podían asegurarlo.

Se persignaron.

—No sé quién lo hizo y no sé si quiero saberlo —suspiró la aludida.

La señora Tagle bufó.

—Cuando me entere, ¡le arrancaré a la susodicha cada uña con una pinza de sastre!

—Ningún acto de violencia es digno de una Hija de María —la enfrentó Eulalia, con más nervios que verdadera aprensión.

—Ya le enseñaré yo qué es dignidad a la alcahueta esa…

—No perdamos el foco. Estábamos planeando cómo elevaremos a *Epifanio* a la calidad de escritor insigne —les recordó Fátima, disimulando una mueca divertida hacia Sinforosa.

—Me basta con que ustedes sepan la verdad —intervino Mercedita —. No necesito aspavientos ni honores. Si mi nombre real alcanza algún tipo de fama, que sea póstuma.

—Tendrás que escribir un testamento para explicitarlo…

—Pero aún faltan muchos años para que eso suceda —apuntó la señora Tagle—. ¿No es una lástima que no podamos aplaudirla antes?

—¡Hagámoslo ahora! —se aventuró Fátima, con gesto de grito pero en volumen mínimo, y todas las mujeres a su alrededor comenzaron a golpear las palmas de sus manos, rápidas y sutiles, provocando un murmullo a lo largo de la nave principal como si fueran cientos de pájaros en vuelo.

Rieron bajito. Mercedes tenía las mejillas encendidas y el corazón en llamas.

—Basta, basta… El padre está por llegar…

—¿No les cansa vivir tan aterradas?

Varias sonrisas se apagaron al escuchar las palabras de Fátima.

—¿Realmente quiere arriesgarse a un escarmiento, señora Aguirre? —la confrontó Luisa.

—Quiero que podamos aplaudir el logro de alguna de las nuestras sin temor a ser reprendidas injustamente por ello —precisó—. ¿Usted

no?

—¿Y qué sugiere? ¿Que amordacemos a nuestro párroco y lo encerremos en la sacristía?

—No me dé ideas —se burló Cayetana.

—Sugiero algo que conversamos incluso antes de que yo viajase a París, y que estoy segura de que ustedes siguieron discutiendo en mi ausencia: independizarnos.

Se miraron con nerviosismo.

—Es imposible, Fátima…

—Lo hemos pensado tantas veces…

—No hay forma de que podamos reclamar a Hijas de María como nuestra propiedad…

—¡Pero es nuestra!

—Podemos irnos y llamarnos de otra manera, si ese es el problema —opinó Clarissa.

—*Las sublevadas de Santiago*…

Algunas rieron.

—Ya quisiera ver esas «medallas milagrosas»…

—Pondríamos un libro en lugar de la silueta de la Inmaculada, ¿no? O quizá a la Virgen con un libro en sus manos…

—Nuestras estampitas también serían una sensación. «Hacemos el milagro de despertar mentes. ¡Convertir agua en vino pasó de moda!».

—Compartiría su buen humor, señoras, pero con algo así al cuello, mi marido me encerraría en la caballeriza sin agua ni abanico por una semana —temió Jertrudis.

—Su esposo debe llevarse muy bien con el padre Ugarte, señora Sierra —bromeó Luisa.

—¡Enrique no ha pisado un templo desde su primera comunión!

—No comprendo por qué nuestros deseos serían supuestamente contradictorios —se quejó la señora Leighton—. ¿Qué mal hay en rezar el rosario por la mañana y luego discutir los postulados de Mary Wollstonecraft durante la tarde?

—O en leer a don Epifanio sin culpa —se entristeció Helena.

—O exigir que se termine de una buena vez con las penitencias de martirio —apuntó Fátima, abrazando más fuerte a Mercedes.

Ella asintió.

—Quisiera que la señorita Pardo pudiera educarnos sobre cómo funciona el Congreso en cualquier día, no solo cuando tenemos la suerte de que el padre Ugarte no llegue a la sesión…

—Y no es que alguna de nosotras planeara dejar de venir a misa o al confesionario, ¿no?

—*Ese* es justamente el riesgo que nuestro clero local no quiere correr —señaló la señora Tagle—. Una mujer que piensa, que se instruye, puede que algún día ya no quiera obedecer…

El buen ánimo reinante cambió a un silencio reflexivo. Unos segundos después, Lenita lo quebró.

—No todas las congregaciones consienten el maltrato o prohíben la culturización de las señoras. ¿Quiénes podrían acogernos? ¿Los franciscanos?

—Creo que encontraríamos más empatía entre faldas —opinó la señora Sierra—. Quizá somos muy revoltosas para el gusto de las carmelitas descalzas o las clarisas, pero las canadienses de la Providencia tienen otra mirada…

El mayor obstáculo para una cofradía como las Hijas era que, aunque estuviese compuesta enteramente por mujeres laicas, debía su existencia a una congregación religiosa; en este caso, a los jesuitas. Sin embargo, y en teoría, podría acogerlas cualquier otra que compartiera los valores del culto mariano. Si querían liberarse de Ugarte, era más sencillo ampararse en otra parroquia que pedir un cambio de guía espiritual, pues el sacerdote contaba con una red muy férrea de protección que se las arreglaría para desacreditar cualquier crítica contra él. El problema era que, estaban seguras, el arzobispado jamás aceptaría que un grupo tan influyente como las Hijas de María diese la espalda a la Compañía de Jesús y mostrase ese nivel de autonomía en sus decisiones. Era muy problemático en muchos niveles, partiendo porque demostraba la creciente debilidad del clero en el control de la feligresía…

Eulalia se tomó el rostro con las manos.

—¿Realmente queremos mendigar empatía entre claustros como si fuésemos refugiadas de guerra? Crearíamos un escándalo…

—Escándalo para *quién*, ese es el punto…

—No importa para quién. De igual forma, nosotras perdemos.

—No debemos resolverlo hoy —habló Fátima, tratando de calmar la agitada discusión para que el ruido no despertase la curiosidad de su madre, quien encendía velas a poca distancia—, pero es importante que volvamos a considerarlo. Tiene que haber alguna forma de…

—¡Todas de pie!

Juan Bautista Ugarte cerró la puerta de la sacristía con más fuerza que otras veces. El golpe asustó a varias, pero sus vestidos no permitían que reincorporarse fuese algo muy rápido de hacer. Como una red de poleas, entre todas se asistieron para lograrlo. Las Hijas que andaban desperdigadas por otras esquinas de la iglesia se apresuraron a acercarse hacia el altar mayor.

Solo entonces Fátima se dio cuenta de que no había ido en busca del «Buzón de las Impuras». Recibir y abrazar a Mercedes había sido prioritario. Soltó el brazo de su amiga, giró e intentó alejarse discretamente hacia la capilla…

—Señora Aguirre —habló el sacerdote en voz alta—. Quédese.

—Debo ir por la urna…

—Antes de eso —la detuvo—, quiero saber si el resto de las asociadas ya se han enterado de que ha confraternizado usted con las personas equivocadas.

Odiaba recibir tantas miradas de improviso. Sintió el nerviosismo en su estómago y las ideas en su mente tratando de alinearse para una inminente defensa.

—Padre, si se refiere al señor intend…

—Te vi con *ellas*, Fátima. No lo niegues.

Gabriela Almonacid de Verena había entrado hacía pocos momentos a la iglesia y estaba al fondo del grupo con los brazos cruzados. Su tono soberbio jamás alegraba a nadie.

Irónicamente, sí alegró a Fati ese día.

—Oh. ¿Las mujeres de labial rojo? —adivinó, fingiendo candidez.

—¿Qué mujeres? —se sobresaltó Cornelia.

—Meretrices, madre —pronunció su hija, sin titubear, lo que provocó un murmullo atónito y persignaciones varias entre el grupo.

—¿Le parece correcto compartir con mujeres del bajo vicio a vista y paciencia de la sociedad santiaguina? —reclamó Ugarte, en un tono parecido al de Gabriela.

—Son las únicas que mantienen limpio y adornado el altar de santa Magdalena —explicó ella, calmada—. Las vi dejando algunas velas y me acerqué a agradecerles el servicio que realizan por esa capilla en particular.

—No te acerques, *nunca* te acerques —se indignó la señora Hernández.

—Qué bochorno…

—Pero no fue un acercamiento en la calle o en un bar, sino bajo el techo de este mismo templo —la defendió Sinforosa—. Eso cuenta como un atenuante, me parece.

—Y hablar con pecadores cuenta como *caridad*, ¿no? —sopesó Eulalia.

—Es una de las virtudes de María que debemos seguir…

—La Virgen amó a Magdalena como a un apóstol más —opinó Jertrudis—. Eso dicen las escrituras. Es un buen acto cristiano agradecer a quienes se preocupan del altar de la santa en dignidad.

—¡Las *mujeres de la noche* no tienen dignidad! —alertó Victoria.

Ugarte mostró ese gesto con la nariz que siempre hacía antes de perder los estribos.

—Gracias, señora González. ¿Debo repetirles todo mil veces? ¿Y así aspiran a recibir la gracia del Señor? Ninguna cristiana de bien dedicaría un solo segundo a las desviadas de Dios…

—Si Jesús mismo lo hizo, ¿por qué nosotras no podríamos? —preguntó Clotilde, con genuina duda.

Fátima agradeció silenciosamente ese pase.

—«Y Jesús les dijo: "Les aseguro que los recaudadores de impuestos y las prostitutas van delante de ustedes hacia el reino de Dios. Porque Juan fue enviado a ustedes a señalarles el camino de la justicia, y no le creyeron…"».

—«… pero los recaudadores de impuestos y las prostitutas sí le creyeron. E incluso, después de ver esto, ustedes no se arrepintieron para creerle». Mateo 21, versículo 31 —cerró Mercedes, intentando no sonreír.

El párroco golpeó con su mano el respaldo de su poltrona, esa que el hermano Bianchi siempre dejaba para él durante las sesiones. Volvió el silencio.

—Veo con estupor cómo se han corrompido sus espíritus en el último tiempo, desafiando con arrogancia el valor del silencio. ¡Del silencio y la obediencia! Si digo que deben alejarse de sucias mujeres pervertidas, ustedes no colman mi paciencia haciendo preguntas ni citando versículos. Mi palabra es palabra de Dios, y por lo tanto es una orden que debe cumplirse. ¡La mujer que duda no merece el favor del cielo! —exclamó, alzando los brazos—. ¿Y ante la palabra de Dios, cuál es la respuesta de una decorosa Hija de María? ¿Cuál *debe* ser?

—Amén, padre —se apresuró a exclamar Cornelia, arrodillándose acto seguido. Algunas mujeres la siguieron.

—Amén, amén —emitieron otras. Lentamente todas fueron cayendo de rodillas, con más o menos convicción, miradas gachas y gestos cansados.

Todas menos Fátima.

—No volveré a acercarme a la capilla de María Magdalena, entonces.

—Por su bien, espero que haya entendido la gravedad de su insolencia —le dijo Ugarte, molesto—. A menos que quiera una segunda penitencia, peor que la primera.

Ella tensó el rostro y las manos. Bajó la cabeza como si se arrepintiese de algo, un movimiento automatizado que estaba harta de hacer. Sin replicar, giró para correr por las baldosas hasta el extremo sur de la iglesia, donde estaba la puerta lateral que daba a la capilla de las Hijas.

No quería llorar. Sentía ira. Tomó la llave que colgaba junto a su medalla milagrosa y abrió la rejilla bajo el altar de la Inmaculada en un forcejeo casi infantil. Ugarte decía que perdía la paciencia, pero ella también…

La tapa de la urna se había desencajado al tironearla. Al intentar arreglarla, tuvo un breve vistazo al contenido de la caja, algo que no solía hacer pues debía abrirse en presencia de todas. Lo dudó unos segundos, pero siguiendo su instinto, quitó la tapa completamente y observó mejor.

No se había equivocado. Entre los muchos trozos de papel cuidadosamente doblados que flotaban entre las paredes de latón, uno solo tenía algo escrito en su exterior. En tinta azul y caligrafía

redondeada, decía «Mister Baltimore». Ella sintió que dejaba de respirar.

Temblando, mirando en todas direcciones para detectar fisgones de último minuto, tomó la carta y la escondió bajo su corpiño. Cuando terminara la sesión, podría llegar a casa para leerla tranquilamente y…

Al carajo.

La sacó del escondite en su ropa, la desdobló con ansias y escuchó las letras como si el estadounidense estuviese a su lado, susurrándolas:

> Para el tiempo de la emboscada, aún estaba casado. Cuando me vi forzado a huir, mi esposa renegó de mí, i pocas semanas después me enteré de su demanda de divorcio por abandono de hogar. No la culpo por dejar de amarme, María. Cargo con muertes inocentes en mi espalda. Yo habría dejado de amarme también.

Ahora sí sintió ganas de llorar.

Apretó la carta contra su pecho y cerró los ojos. Luego los alzó hasta encontrarse con las pupilas azuladas de la imponente escultura que se encumbraba sobre ella.

—Espero que no lo hayas hecho estallar en llamas.

XVII

20 de noviembre de 1863

La congregación canadiense de las Hermanas de la Providencia llegó a Chile en 1853 y nunca estuvo en sus planes abocarse a los niños. De hecho, la incipiente República de Chile nunca estuvo en sus planes, pues su intención primigenia había sido abrir una casa en Oregón, Estados Unidos, a donde cuatro jóvenes misioneras llegaron con toda la ilusión del Espíritu Santo. No se sabe exactamente por qué se arrepintieron de quedarse —eran los tiempos del presidente Franklin Pierce, feroz defensor de las políticas esclavistas—, pero a los pocos días tomaron crucifijos, hábitos y maletas, y corrieron al puerto de San Francisco para definir un nuevo destino. A bordo de la goleta *Elena* y casi tres meses después, arribaron a Valparaíso. Si bien querían abrir un noviciado, debían esperar el consentimiento de sus superioras en el país del norte, por lo que en el intertanto se pusieron a disposición del arzobispo de Santiago. Fue él quien las designó a cargo de un precario orfanato en el barrio de La Chimba, el cual a un año de funcionamiento creció tanto y tenía tan buena reputación que obligó al Estado a mover niños y monjas a un lugar que pudiese cubrir mejor sus necesidades. El entonces ministro del Interior, Antonio Varas, compró la Chacra Chacón en setenta y dos mil pesos, y así nacía lo que popularmente se conocería como la Casa del Huérfano o, institucionalmente, la Casa Nacional del Niño.

Nunca estuvo en los planes de las Hermanas de la Providencia abocarse a la infancia, pero convirtieron a cada crío en su misión más luminosa e importante, y la sociedad santiaguina las amaba por ello…

… en especial las Hijas de María.

—*Welcome, welcome, my dears* —las saludó la madre superiora, Venerance Moris Rouleau, rebautizada en Chile como sor Bernarda Morin. Buscó la atención del grupo de mujeres que se había reunido en el patio principal. La casona era tan grande que tenía cerca de treinta patios y alojaba a casi setecientos niños—. Mucho trabajo hay para hoy. Quienes quieran participar en la sala de juegos, sigan a la hermana Cándida. Para ayuda en la sastrería, escuchen las instrucciones de la hermana Soledad. Tenemos sábanas para remendar y calcetines para tejer. En la cocina y panadería también se necesitan manos, su guía será la hermana Angelina. La hermana Petra dirige la enfermería y agradecerá su asistencia en la ronda de jarabes y ungüentos. Cornelia, sé de tu predilección por el aseo y ornato de nuestra capilla… Es toda tuya. Si desean acompañar las lecciones de Catequesis o asistir en la entrega de meriendas, me seguirán a mí.

Al menos un día al año, y a veces más de uno durante el Mes de María, las Hijas dedicaban la jornada completa a labor de caridad para los niños huérfanos. Del amplio surtido de actividades piadosas que las señoras de alta sociedad tenían para escoger, cualquiera que involucrara a niños era una de las más demandadas, pero también era de las más hipócritas. Pocas mujeres se interesaban en ir más allá de la ofrenda monetaria quincenal, pues la ayuda *in situ* requería abandonar por unas horas los opulentos vestidos, las joyas y hasta las crinolinas que obstaculizaban el trabajo real… lo que emocionaba a mujeres como la señora Hernández pero complicaba a Enriqueta Larraín o Eulalia Pardo, las más elegantes en cada sesión. El voluntariado debía tomarse en serio y por eso preparaban un día especial para ello, así como también lo hacían otras asociaciones civiles con nexos religiosos.

Era común que en el día escogido por las Hijas para presentarse como voluntarias también hubiese decenas de otras burguesas deambulando por los pasillos. Era una estupenda oportunidad para ofrecerles estampas de la Inmaculada Concepción e invitar a la misa del ocho de diciembre. El problema era que entre aquellas mujeres había, asimismo, varias protestantes, por lo que la conversación se volvía un bulo de miradas espinosas y disculpas no sentidas. La señora Vanderbilt estaba obligada a recordar que, aunque Chile fuese un país

católico, había mujeres ricas residentes que profesaban otros credos, quienes, a ojos de la madre Morin —de frescos treinta años pero arrugas prematuras que infundían el respeto requerido entre las señoras—, tenían las puertas abiertas a su casa de expósitos. Ella no privilegiaba a católicas, sino a «mujeres en disposición de servicio».

Fátima tomó un delantal blanco que le ofreció la hermana Jacobina y pasó otro a Helena. Era de cuello redondo y manga larga, las cubría hasta los tobillos y se ajustaba con una gruesa cinta en la cintura. Todas debían usarlo dentro del orfanato, independiente de en qué área decidiesen colaborar.

—No veo a la señorita Bascuñán Guerrero —se extrañó la superiora, estirando el cuello para escudriñar el grupo.

—Lamentablemente está indispuesta, madre —le respondió Clotilde, eludiendo su mirada y fingiendo que no había terminado de anudar su delantal. La madre de Mercedes le había permitido asistir a las sesiones en La Compañía, pero a ninguna otra actividad hasta nuevo aviso.

—Oh, es una lástima. Tenía una tarea especial para ella en la biblioteca, pues necesitamos preparar cuadernos de caligrafía. ¿Se animaría a aquello, señorita Aguirre?

—¿Pajarillo? ¿Está segura de que sabe escribir? —se burló Gabriela, escondiendo su risa tras otras dos jóvenes.

—Mi hermana es muy buena distrayendo a los pequeños en edades rebeldes, sor Bernarda —salió Fátima rápidamente al paso, luchando por no mostrar su molestia—. Sabe muchos juegos y rondas. ¿No te gustaría apoyar en esa sección, Helena?

Lenita asintió, algo avergonzada y con los labios pegados, intentando una sonrisa. Sor Bernarda le tomó la mano y le dio unas palmaditas en el dorso.

—Serás un maravilloso aporte ahí, querida. Por favor, sigue a la hermana Cándida y te dirá qué hacer. Y usted, señorita Almonacid de Verena —la llamó, sin moverse—, será otro buen aporte, pero en la lavandería. Necesitamos jóvenes como su merced, risueñas y despiertas, para restregar esas sábanas sucias con vigor. Vaya, por favor, con la hermana Soledad junto al grupo de sastrería.

Fátima decidió reírse solo en su interior, pero a Jertrudis se le

escapó una pequeña carcajada, la que disimuló rápidamente al girar sobre sus talones para ir tras la hermana Petra. De a poco, el grupo de una cincuentena de mujeres se fue dispersando por el gran patio de baldosas, todas ya orientadas hacia alguna labor.

Menos una.

—Madre —susurró Fátima—. ¿Requieren de ayuda en la sala de lactantes?

Ella sonrió entre los límites de su ajustada cofia y velo.

—Será muy bienvenida. Sígame.

La zancada de la religiosa no era muy amplia ni tan acelerada, así que el ritmo moderado permitía a las mujeres observar un poco más del entorno… y, por supuesto, ser observadas. Muchas Hijas de María no asistían a ninguna sesión, pero sí aparecían para las misas importantes y ciertos voluntariados. Cualquier actividad relacionada a la Casa Nacional del Niño solía tener buena prensa, así que era una gran oportunidad para que el nombre de alguna susodicha apareciese en las columnas de varios periódicos, esas que después se comentaban en las plazas o los almuerzos de domingo…

Junto a las escaleras que desde el patio llevaban al segundo piso, había dos grandes salas de clase y un comedor. La madre Bernarda dejó a dos mujeres en cada puerta, instándolas a presentarse a la hermana a cargo, y a otras tres en el umbral de donde provenía un espeso aroma a leche caliente.

Hoy en día tenían un amplio comedor con mesas, sillas y platos para todos, pero no hacía tanto, cuando se instalaron en La Chimba, contaban con una sola cuchara para dar de comer a doce niños por vez. Los sentaban en un círculo sobre el suelo de tierra, una misionera se colocaba al centro e iba dando un bocado a cada uno. En ese entonces no podían proveerles de zapatos, a veces ni siquiera de una muda de ropa, pero en ese momento cada bebé tenía su propia cuna mullida y caliente. Mucho se había avanzado en la última década respecto de la dignidad de los expósitos, gracias a la preocupación del Estado y donaciones de privados, tanto que la tendencia se volvió cruel para los demás niños del pueblo santiaguino. A cierto año, la habladuría recurrente era que convenía más ser abandonado en las escalerillas de una iglesia que crecer en una familia pobre pues al

menos en el hospicio te aseguraban dos comidas calientes al día…

Al final de la escalera, un gran salón tenía todas sus ventanas abiertas para que entrase la luz norte. Era una tibia mañana primaveral, condición óptima para una buena ventilación, sobre todo en aquellas habitaciones donde ciertos olores fétidos aparecían a cada hora sin descanso. Fátima contó cuarenta cunas de armazón de fierro y velo de algodón, todas pegadas a los muros, además de seis mujeres, una religiosa y cerca de quince llantos con distintas urgencias. Para alguien no habituado a ese nivel de ruido —o no dispuesto a enfrentarlo— podía desencadenar un episodio tal de ansiedad que rogase pedir un cambio de labor, aunque fuese la friega de pañales sucios.

—*Good morning*, señora Aguirre —la saludó Lizzie Nelson, meciendo enérgicamente a un bulto tubular entre sus brazos—. No esperaba verla en esta sección. ¡Venga y escoja el quejido de su preferencia! Hoy al parecer hay mucha necesidad de mimos.

Fati le dedicó una leve reverencia, e igualmente a la hermana Nancy, quien pasó apurada junto a ella para comentar algo en voz baja a la superiora. La esposa del embajador estaba en lo cierto: la señora Aguirre nunca había subido al segundo piso del orfanato. Alcanzó a participar en dos voluntariados antes de partir a Francia y siempre optó por quedarse junto a Mercedes, asistiendo en la instrucción del silabario español. Eso implicaba relacionarse con los más grandes del lugar, de siete u ocho años en adelante. Jamás había sentido la necesidad de cercanía a un recién nacido…

Hasta ahora.

Avanzó unos pasos y se quedó congelada en el centro de la habitación.

—¿Puedo sugerirle alguno?

La madre Bernarda tocó suavemente su brazo y la llevó hasta una de las cunas del fondo. El niño en cuestión no tenía más de tres meses y no lloraba, aunque se revolvía inquieto entre la sabanilla. Ella lo destapó suavemente para que Fátima pudiese verlo, deslizando su camisola.

En cada extremo donde debían estar sus pies, había un muñón irregular donde sobresalían uno o dos pequeños apéndices, los que

quizá se transformarían en dedos al crecer. Era una imagen fuertísima de apreciar para cualquier persona.

Fátima movió inmediatamente su mano hasta la coronilla del bebé. La acarició.

—No tiene ningún problema de salud —aclaró la superiora, adelantándose—. Está tan sano como sus compañeros de sala. Sin embargo, nuestro doctor dice que no podrá caminar. Yo le digo que los milagros ocurren, aunque algunos no crean en ellos.

Sin pedir permiso, Fati cubrió al niño con la sabanilla y lo levantó. Lo acunó en sus brazos y comenzó a mecerlo levemente. Luego pasó delicadamente un dedo por sus diminutas cejas morenas, como si al peinarlas contribuyese a calmarlo.

—¿Escuchó a Beltrán en la última misa, madre?

—Ahí estuve.

Compartieron unos segundos de silencio.

—¿No es él, acaso, un regalo de Dios?

—Lo es.

No era una frase casual. Eran las mismas palabras que su madre había pronunciado hacia Segismundo en una sala fría del hospital San Francisco de Borja, cuando, después de muchas revisiones y pruebas, el doctor Laurent Sazié había declarado que el pequeño Beltrán Aguirre, de tres años y medio, jamás podría caminar. Había nacido como un sacrificio y carga para sus padres, una prueba de fe enviada por el Todopoderoso, y por lo tanto debían abrazarlo como un regalo que les permitiría estar más cerca de la santidad.

El *regalo*, eso sí, terminó mostrando el mismo carácter obstinado de su padre al crecer, lo que había propiciado siempre más gritos que abrazos.

La última pelea había sido de las más violentas que Fátima recordaba. Hacía unos días, cuando bajó a desayunar, el jarrón de jugo de manzana ya estaba en el piso del comedor, la mesa goteaba y Alicia pedía paños a otras sirvientas para aguantar el desastre. Helena estaba en su asiento con la cabeza gacha y sus manos en los oídos, mientras Cornelia masticaba un trozo de fruta con el rostro tenso. Fuera del comedor y por el pasillo, Beltrán y su padre se hablaban a los gritos.

—¡Ya dije que lo siento!

—Es una desfachatez sin límites la que has demostrado. ¡Ventura estaba destrozada!

—Olvidé por completo la cena —reconoció, por enésima vez—. Desde ahora Remigio llevará una libreta con todos mis compromisos, ¿de acuerdo?

—¿Crees que todo en esta vida es una broma?

—¡Hablo en serio! ¡*De verdad* lo olvidé! —exclamó, moviendo sus brazos—. No es mi problema que te empeñes en ver maldad en todo lo que hago…

—No veo maldad, veo… inmadurez, desconsideración, ¡egoísmo!

—¿*Egoísmo*? —remedó el joven, alterado—. No me has permitido tomar una sola decisión en mi vida, ¿y resulta que soy *yo* el egoísta?

—Basta, por favor —intervino Fátima, apareciendo tras la espalda de su padre.

—Fátima Evangelina, ven aquí —la llamó la señora Vanderbilt, severa.

—¿Vas a dejarlos pelear de esta manera?

—¡No te metas, he dicho!

—Iré ahora mismo a disculparme con ella y con sus padres —anunció Beltrán, ya más cansado que enojado—. Pero no lo hago por ti. Ventura es inocente en esto, es una víctima, igual que yo…

—¡De qué eres víctima, por favor! —lanzó Segismundo, irónico—. Eres el joven más privilegiado de esta ciudad… ¡Te lo he dado todo!

—¡No tengo nada! Te has encargado bien de eso, ¡odias todo lo que *amo*!

Pronunció lo último con un dejo de tristeza que no pasó inadvertido para ninguno de los que presenciaban o escuchaban la conversación. Las mejillas del señor Aguirre se encendieron.

—¿Qué has dicho? —balbuceó—. ¿Te has atrevido a…? ¿Acaso volviste a…?

Beltrán sintió la garganta apretada.

—¿A *cantar*? Claro que he vuelto a cantar. Me escucharon miles de personas en La Compañía y volveré a hacerlo en…

—¡Sabes bien a lo que me refiero! —le gritó, apuntándolo con su dedo índice, temblando de rabia—. Si me enterara de que has vuelto a

ver a ese… a ese jov… Si te has atrevido a desobedecerme, juro por Dios que…

El gesto de pánico de su hermano punzó el corazón de Fátima.

Y ella, apanicada también, creyó por fin entender.

—¿Qué? ¿Vas a lanzarme con silla y todo por alguna escalera? ¿Vas a encerrarme en la caballeriza? —lo enfrentó Beltrán, con la mirada acuosa—. No me amenaces, padre. Solo hazlo. Has conmigo lo que quieras, pero deja a cualquier otra persona fuera de esto. ¡Te lo advierto!

—Nada puedes advertirme tú a mí —le dijo entre dientes—. Iluso eres si crees que puedes detener los designios de tu padre…

Remigio apareció tras su patrón justo a tiempo.

—Oh, lo sé. Cursé la profesión que *tú* querías, acepté la novia que *tú* escogiste, me resigné al futuro que *tú* planeaste, sin mi parecer y sin mi consentimiento —se lamentó—. Pero iluso tú si crees que esto te engrandece. Yo tendré que vivir con tus *designios*… Tú tendrás que vivir con mi desprecio.

Levantó su mano; su *valet* entendió enseguida. Tomó las asas de la silla y la arrastró hacia atrás para salir del corredor hacia el vestíbulo. El ambiente quedó tan pesaroso que nadie pudo probar ni un bocado después. Helena se encerró en su cuarto y Cornelia fingió ir a inspeccionar las alacenas. Segismundo, con las manos en las caderas y el cuerpo inclinado, volteó apenas el rostro hacia Fátima, pero ella no dijo nada ni se quedó. Compartía con su hermano la impotencia y el desconsuelo, por él y por sí misma…

Regresó su conciencia al orfanato, a esa sala luminosa de recién nacidos, al niño inocente que tenía en sus brazos y a la sonrisa cálida de sor Bernarda a su lado. Acercó con cuidado su rostro a la piel tibia del huérfano, sin evitar que un par de lágrimas cayeran por su mejilla.

La superiora puso su mano en la espalda de Fátima.

—No sienta lástima por él. Se convertirá en un hombre fuerte, no lo dude.

—No lloro por él, sino por mí —susurró, lo que era parcialmente cierto. Entonces volvió a erguirse, mirando a la religiosa a los ojos—. ¿Cree que no tener hijos es un castigo del Señor?

Ella se sorprendió.

—Creo que usted es muy joven aún para preocuparse por eso…

—Me preocupo mucho por todas las cosas. Eso dice Helena.

—Y esa es una muestra de su buen corazón —le sonrió—. Deje que el amor conyugal dé sus frutos en los tiempos de Dios. Él le mostrará los caminos.

Más le rompía el corazón aceptar que no poseía aquello, que no sabía exactamente cómo ocurría un embarazo, pero que sí sabía que el contacto físico entre los esposos era indispensable, tal como lo había relatado con tanto sentimiento aquella anónima mujer en la confesión del buzón. Un tipo de intimidad que ella, Fátima Aguirre de Clermont-Tonnerre, solo conocía por el *Cantar de los Cantares*…

—Mi camino puede ser uno sin hijos… como el suyo…

—Puede ser. Es sabio de su parte estar abierta a que sea la gracia divina y no su ego lo que la guíe. Sin embargo, mi mejor consejo es que cultive la virtud de la paciencia. Y que rece, por supuesto.

—Sí, madre. He estado siguiendo la directriz del padre Ugarte para recuperar el favor de Dios…

—Siga también su intuición —le pidió, disimulando su reticencia respecto al sacerdote en cuestión. Entonces la hermana Nancy la llamó desde el umbral y ella le hizo un gesto de entendimiento—. Y, en cualquier caso, recuerde esto: no todas las mujeres están destinadas a parir, pero cada mujer que quiere ser madre lo consigue en cada niño que abraza, en cada niño que protege, en cada niño al que alimenta, al que enseña. Está la maternidad del cuerpo, pero también está la del alma. ¿No me ha llamado usted «madre» a mí? ¿No me llaman «madre» los cientos de niños que viven bajo mi techo, sin que una gota de sangre nos una?

Fátima sonrió. Una acotación muy evidente podía ser reveladora a la vez. Sor Bernarda le sonrió de vuelta y regresó sus pasos hacia la puerta, donde otras mujeres la esperaban para más instrucciones.

—¿Se encuentra bien, señora Aguirre?

El fuerte acento de Elizabeth Nelson la obligó a mirar a su izquierda. Los ojos pardos de la norteamericana mostraban genuina preocupación.

—Sí, sí —respondió Fati en un volumen más apagado—. La melancolía me ha atrapado estos días. Ya me soltará.

—Por estos lados no hay tiempo para entristecerse —comentó, risueña, mirando al niño en sus brazos que estaba ya casi dormido—. La cuota de llanto se la llevan los críos…

—¿Viene muy seguido, señora Nelson?

—Una o dos veces a la semana. Mantiene mi mente y corazón activos.

—¿Y su hija no reclama su atención?

—Mary es la más feliz de verme aquí —le aseguró—. Ya es una señorita y yo disfruto de las infancias. La vida me arrebató a dos antes de que ella naciera… Ambos cuando aún eran bebés. Helen y Thomas Jr.

—Lo siento tanto —murmuró, consternada. No habría imaginado que una pareja tan excepcional como los Nelson hubiesen pasado por ese dolor.

Lizzie mantuvo la sonrisa amable.

—La vida me ha entregado grandes alegrías y grandes desdichas. Recibo mi destino con serenidad.

—Muy sabia…

—Y no pierdo la curiosidad. Quién sabe lo que puede pasar cada día. Hoy, por ejemplo, una Hija de María me ofreció una estampa de la Inmaculada Concepción sin saber quién soy, y la acepté sin más —confesó, divertida—. Vaticino una interesante reprimenda del pastor Trumbull.

El artículo 5 de la Constitución de la República de Chile, vigente desde 1833, prohibía el ejercicio público de cualquier manifestación religiosa no católica, pero no decía nada sobre el ejercicio *privado*, vacío legal al que las colonias extranjeras residentes se habían aferrado durante décadas para vivir sus diferentes credos mientras fuese mediante actividades y reuniones discretas. La prensa conservadora publicaba columnas armígeras contra prácticas protestantes todas las semanas, las denuncias y quejas de católicos se acumulaban en las oficinas de la intendencia, pero era el mismo señor Bascuñán Guerrero quien recordaba a sus compatriotas, una y otra vez, que en Chile «lo que no está expresamente prohibido por ley, no puede ser impedido».

Así fue como el templo presbiteriano de la Union Church en

Valparaíso pudo levantarse. Liderado por el popular pastor estadounidense David Trumbull, se erigió en 1848 en un terreno privado, comprado gracias a donaciones de adinerados compatriotas que manejaban algunas de las líneas comerciales más importantes del puerto, el que a esos años ya se estaba convirtiendo en el de mayor actividad en todo el Pacífico. Varias autoridades católicas expresaron su molestia y se intentó detener la construcción en numerosas oportunidades, sin éxito, igual a como lo intentaron después respecto a la catedral anglicana de Saint Paul. Agotadas las vías legales, el arzobispado igualmente hizo llegar a Trumbull un par de amistosas *advertencias*, como que levantaran un muro de doce pies de altura para separar el templo de la calle principal y así «no fuese de fácil acceso o vista», que sus cánticos fuesen entonados «con prudencia» para no atraer la atención de los transeúntes y que se olvidaran de incorporar un campanario. El pastor cumplió cada sugerencia sin chistar, pues su verdadera batalla estaba en otro frente. A menudo utilizaba su popularidad para abogar en sus sermones por la necesaria secularización del Estado, la apertura de escuelas no confesionales o la aceptación de cementerios laicos, lo que le trajo el aplauso de liberales y enemigos declarados entre los conservadores. Más importante aún, le regaló amigos en puestos de poder que se transformaron en el mejor blindaje, como el embajador Thomas Henry Nelson, pues pocos incautos decidirían irse en contra del principal representante de Abraham Lincoln en Latinoamérica.

—Le pido que me disculpe en nombre de nuestra asociación —dijo Fátima, ruborizada.

—Es interesante que sea usted quien se disculpe, siendo que la inadecuada en este contexto soy yo…

—Ninguno de los hijos de Cornelia Vanderbilt es tan implacable como Cornelia Vanderbilt —acotó ella.

—Amén —respondió Lizzie, agradecida—. Y por favor, no se preocupe. Lo cierto es que el culto a María siempre me ha parecido muy llamativo. Guardaré la estampa como un preciado secreto.

La señora Aguirre pensó un momento. Cierto hombre de lentes se cruzó en sus pensamientos.

—¿Metodistas y presbiterianos tienen creencias similares sobre

ella?

—Bastante, sí… Tan similares como las suyas y las mías. Todos nos guiamos por el mismo libro.

Tenía razón.

—Entonces, ¿qué nos separa?

Era una excelente pregunta. La señora Nelson seguía impresionada de que a Fátima le interesase una conversación así, cuando la supremacía católica era abrumadora al momento de silenciar a las disidencias. Lo cierto es que el conocimiento que los protestantes manejaban sobre el catolicismo era muy superior al que los católicos tenían sobre el resto de las iglesias cristianas.

—Digamos que nuestras catequesis se realizaron con la misma información pero distinto énfasis —comenzó a explicar, notando que el bebé en brazos de Fati ya dormía plácidamente. Hizo un gesto para que se alejaran un poco del resto de las mujeres presentes—. Usted cree que María es la encarnación de la perfección, de la máxima pureza, de la aspiración divina respecto a una mujer siempre pulcra, servicial, devota, de amor incondicional que lo soporta todo… ¿Sí?

Aunque no había pizca de burla en el tono de la extranjera, la señora Aguirre sintió por primera vez la carga enrarecida de esos conceptos.

—Así es —aceptó.

—Ajá. La diferencia es que nosotros vemos a María como una humana, una mujer con fragilidades y contradicciones como cualquier otra, como usted o como yo… pero con una cualidad sobresaliente e innegable: su coraje.

Fátima se interesó.

—¿Cómo así?

—Hubo una fuerza inaudita en su convicción y en su acción. Era apenas una adolescente cuando aceptó el designio del ángel, ¿y acaso este se quedó? ¿La acompañó, la protegió? ¡No! La abandonó a su suerte. ¿Lo ha pensado alguna vez? Desde el minuto en que ella aceptó ser madre de Jesús, tuvo que confiar en su propio juicio. Si recuerda bien las escrituras, María estaba prometida a José, no estaban casados aún, así que confesarle que estaba embarazada era un verdadero suicidio. Literalmente estaba transgrediendo reglas sociales y morales

por las que José tenía el poder de hacerle pagar de forma ejemplificadora, usualmente en lapidación pública. ¿Cuántas mujeres se habrían arriesgado como ella lo hizo, armada solo con su convicción y su fe? ¿¡Cuántas!? Sí, José le creyó, confió en que el niño que venía en camino había sido enviado por Dios mismo, pero bien podría haberla despreciado y propiciado su martirio, incluso su muerte. María demostró más carácter que varios hombres que conozco…

El rostro de la chilena estaba casi desfigurado por la epifanía que la golpeó. Tenía de pronto mil pensamientos, unos aturdidos con otros, pero, en el calor del entusiasmo, atinó a tantear:

—¿Aceptaría, señora Nelson, reunirse algún día con ciertas asociadas de las Hijas de María?

—¿Con *ustedes*?

—Quisiera que escucharan su visión. Como dice, no es opuesta a la nuestra, sino complementaria, pero ese complemento nos es negado o prohibido constantemente por nuestro líder espiritual…

—Entonces deben cambiar urgentemente de líder —se preocupó la estadounidense.

—Me temo que no es posible por ahora…

Fati se escuchó a sí misma. *Por ahora*.

Este era justamente el tipo de actividades que podría ayudar a sus compañeras a encontrar la valentía de luchar por la ansiada *independencia*…

Lizzie asintió.

—Dudo que sus compañeras accedan a lo que usted plantea, pero si así lo decidieran, claro que puede contar conmigo en el futuro.

Ambas mujeres se miraron con auténtica alegría.

—Se lo agradezco… Propondré pronto un encuentro, y ya que le produce curiosidad nuestras festividades, podríamos contarle qué y cómo las llevamos a cabo. Me apena que no pueda asistir a la misa de cierre del mes de la Inmaculada, ni siquiera a mirar…

—Lo que más me duele es no poder escuchar a su hermano Beltrán —admitió, dulce—. Todos hablan de su talento, y nosotros sin poder aplaudirlo.

—Si por él fuera, cantaría en todos lados: teatros, procesiones,

hoteles, inauguraciones, matrimonios…

La señora Nelson alzó una ceja.

—¿Conoce su hermano el himno de los Estados Unidos de América?

—Por supuesto, mi madre se lo enseñó.

Se alegró.

—¿Y cree que quisiera cantarlo para nosotros? Muy pronto viajaremos a Valparaíso para las celebraciones de *Thanksgiving* y nuestro cantante oficial está… bueno, separado *permanentemente* de la misión.

Fátima adivinó, repentinamente alerta.

—¿El señor Gunn?

—El señor Gunn —confirmó la extranjera—. No es que tuviese una voz muy colosal, pero era nuestro número fijo. Necesitamos con urgencia su reemplazo.

—¿Y ya regresó a su país? —preguntó, intentando ocultar lo importante que era para ella la respuesta.

—Su barco zarpa mañana o pasado, sí.

Ella suspiró. Eso se unía a otra información que había adquirido justo después del desayuno infame: Segismundo le comunicó que Étienne había tomado el primer tren a Valparaíso y no regresaría por unos días, según él por mandato de la legación francesa. Fátima, por supuesto, sabía la razón real del viaje, pero no dijo ni cuestionó nada. Ahora debía rezar para que Michael Gunn abordase su barco con las manos vacías, y así dejase a Maximilian en paz…

—Beltrán estaría encantado de participar, estoy segura, pero quien debe consentir es mi padre —le advirtió, incómoda—. Si me permite la sugerencia, que sea el embajador en persona quien haga la petición. Mi padre tiene a su esposo en una gran estima, así será más difícil negarse.

La señora Nelson asintió con entusiasmo. Con un gesto de mentón comunicó a Fátima que deberían recostar a los bebés dormidos. Así lo hicieron.

—Señora Aguirre —la llamó la hermana Nancy desde la puerta—. La señora Vanderbilt llama por usted. Dijo que la espera en la capilla.

—Gracias. Voy de inmediato.

A medio camino hacia la salida, pensó en algo y regresó. Se aproximó a Lizzie como si fuese a susurrarle un secreto.

—¿Verá usted al señor Bonecraft en algún momento próximo?

La estadounidense se intrigó.

—Así es. Tengo entendido que lo recibiremos a cenar el domingo.

—Espléndido —se alegró Fati, sin detenerse a disimularlo—. ¿Podría entregarle un recado de mi parte?

Hubiera sido más eficiente escribirle una nota en lugar de pasar un recado por voz, pero de esta forma era más discreto. La correspondencia solía ser muy vistosa, podía pasar por muchas manos, y lo último que Fátima quería era atraer la indiscreta atención social respecto a su proximidad a un metodista divorciado.

—Por supuesto, el que guste.

—Dígale que debe comprar astromelias amarillas y situarlas en su mesita de noche…

Lizzie arrugó el mentón.

—¿Y él sabrá por qué debe hacerlo?

—Él sabrá por qué —le aseguró, inocente, reverenciándola luego y deslizando sus pies por las baldosas hasta salir al corredor.

XVIII

23 de noviembre de 1863

Si Segismundo Aguirre citaba a sus hijos en su despacho a primera hora de un lunes, era porque algo andaba mal.

Ni Fátima ni Helena fueron particularmente traviesas al crecer; nunca dieron razones a sus padres para preocuparse o avergonzarse, pero ambas actuaban como guerreras y escudos para Beltrán, quien sí daba todas las razones del mundo. El primogénito se veía involucrado en cuanta osadía existiera, muchas veces con resultados desastrosos, y ahí estaban siempre sus hermanas, jurando que ellas también eran parte del enredo y que el castigo debía ser repartido en tres. La hermandad de los Aguirre Vanderbilt era férrea como una legión romana, y el patriarca lo sabía muy bien.

Hoy por hoy, ya adultos, el pacto seguía intacto, pero eran otras las osadías. Al llamado de su padre lo único que se les ocurría pensar era «¿Qué habrá hecho Beltrán ahora?» y, en cualquier caso, el libreto sería el mismo: «Discúlpanos, padre. Fuimos todos. Fregaremos el piso de la cocina por una semana…».

—Cierra la puerta, Fátima.

No lo habían visto tan serio desde el episodio de los soldados. A los diez años, el mayor de los Aguirre subió hasta la punta del quillay en el patio y hubo que llamar al Cuerpo Cívico de Zapadores para bajarlo. Hasta ese momento nadie sabía cómo había llegado hasta ahí. Su fechoría ganó una breve mención en *El Ferrocarril* y en la homilía del arzobispo en la misa dominguera de la Catedral, aludiendo a cómo se despilfarraban los recursos públicos en anécdotas privadas.

Habían visto a su padre enojado, violento sin duda, pero serio, no. *Serio* era otra cosa. *Serio* era grave.

—Dime qué hice esta vez para que pueda regresar pronto a mi cadalso…

Estaban Fátima y él alineados frente al escritorio. Segismundo, sentado, encendía su pipa. Helena no había sido convocada esta vez y esperaba afuera en el pasillo, ansiosa por estar perdiéndose del chisme.

—No me he enterado de ninguna tontería nueva —respondió el padre, sin mirarlo—. Si quieres acusarte por adelantado, te escucho.

—Mis disculpas por victimizarme, es la fuerza de la costumbre —sonrió sin ganas—. Alguna otra cosa muy terrible ocurrió en el mundo, entonces. ¿Cancelaste mi boda?

—No. ¿Esperabas que cancelara tu boda?

—Ya no sé qué esperar, francamente —admitió—. Esta curiosa invitación a tu despacho despierta especulaciones. Otra posibilidad es que madre se haya reconvertido al adventismo.

—Beltrán… —lo regañó Fátima.

—De hecho, está relacionado con ella —intervino el señor Aguirre, al tiempo que se inclinaba hacia delante y apoyaba sus antebrazos en la mesa—. Tengo una propuesta para cada uno de ustedes. Cuando Cornelia se entere será una catástrofe, así que lavaré mis manos cual Poncio Pilatos. ¿No dicen odiar que ejerza mis potestades como padre en sus vidas de adultos? Pues bien. Esta vez, aceptar o declinar estará en vuestra entera responsabilidad. Eso significa que podrán gozar de los beneficios si todo sale bien, o tendrán que cargar con la responsabilidad si algo sale mal.

Sorprendido, Beltrán no optó por ningún comentario sarcástico, sino que, emulando la seriedad de su progenitor, pronunció:

—Puedes empezar por mí.

Segismundo tomó una bocanada, dejó su pipa en una bandejilla de cobre junto a su escribanía y entrelazó los dedos de sus manos.

—El embajador Nelson quiere que cantes el himno estadounidense en la celebración de Acción de Gracias de este jueves…

—Sí, sí, ¡por supuesto que sí!

—… en los jardines del templo de la Union Church.

—*Oh, shit*.

La situación había ocurrido así: mientras gran parte de la sociedad santiaguina asistía a la misa de domingo en alguna de las decenas de iglesias católicas repartidas por la capital, Thomas Nelson había solicitado audiencia al señor Aguirre yendo directamente a su casona en Calle de Morandé. Él se preocupó, ya que el embajador no solía caer en ese tipo de apariciones sorpresa, pero entendió pronto que su visita más que por importancia era por premura: en pocos días viajaría con toda su legación a Valparaíso para la festividad de Acción de Gracias y tenía una petición imprevista que hacer.

Primero le mencionó a Segismundo algo que él ya sabía: que su jefe legal consular, el señor Michael Gunn, había terminado su periodo diplomático y su barco de regreso a Estados Unidos zarpaba el lunes por la tarde. Lo que Segismundo no sabía era que, detrás del viejo cascarrabias, había un barítono aficionado, sin ningún don o técnica muy especial, pero con la habilidad justa para amenizar en algunas ocasiones importantes. Ahora que él se había ido, en la legación necesitaban un reemplazo urgente, y Nelson había pensado en Beltrán.

Antes de negarse de plano y por mera prudencia, el señor Aguirre le sugirió al embajador que requiriese los servicios de alguna banda militar para lograr su objetivo; sin embargo, Thomas pasó inmediatamente a recordarle un curioso *impasse* acaecido el año anterior, el cual desechaba por completo esa posibilidad.

En uno de sus primeros reportes desde Washington, el ministro plenipotenciario de Chile en los Estados Unidos, Francisco Astaburuaga Cienfuegos, incluyó como anexo un dibujo de la bandera confederada y una partitura que no tenía título ni especificación alguna. No se sabía qué funcionario chileno había recibido la valija aquella vez, pero sin tener ni idea de lo que tenía en sus manos, traspasó la pieza musical a la Comandancia General del Ejército, quien a su vez la envió a la Dirección de Bandas de la Guarnición de Santiago. Cerca del cuatro de julio, alguien en la guarnición recordó su existencia y comenzaron a estudiarla para interpretarla como sorpresa en el festejo que se ofrecería a la legación norteamericana en sus dependencias de la Calle de Duarte, en el día en que se conmemoraba la independencia de su nación y se reiteraban las

credenciales épicas de guerra en pos de la libertad liderada por la Unión. Y así lo hicieron; el problema fue que aquella canción, que tan entusiasmada tocaba la banda chilena, era nada menos que *Dixie*, una tradicional melodía sureña considerada el himno oficial de los Estados Confederados, algo que el embajador Astaburuaga no se había molestado en explicar en su reporte. Como era de esperarse, Thomas Nelson dio cátedra de su sensatez y, en lugar de armar un escándalo diplomático —algo que la indignación de Silvey, Pearce y sobre todo del coronel Wood alentaban—, no culpó a nadie ni hizo ningún alboroto. Al contrario, realizó un gesto tan emblemático que se hablaría de ello por meses: remitió inmediatamente al Departamento de Estado en Washington la partitura oficial de la canción nacional de Chile, aquella compuesta no hacía mucho por Ramón Carnicer y Eusebio Lillo. En su misiva, Nelson sugería a sus compatriotas que dicha pieza musical fuese ejecutada en la residencia del ministro Astaburuaga en la capital estadounidense, lo que efectivamente se hizo el dieciocho de septiembre de ese año. Fue la primera vez que la canción nacional chilena sonó en las tierras de Abraham Lincoln.

—Qué desastre —balbuceó Beltrán, aguantándose la risa.

—Habría pagado por ver el rostro del ministro Astaburuaga —sonrió Fátima, bajando la mirada.

—El asunto es que el embajador Nelson preferiría, esta vez, contar con un solista de confianza, y no con una banda que pudiese errar de partitura frente al centenar de sus compatriotas que se reunirán para la cena.

—Lo que no entiendo es por qué se realizará en el templo —dijo Beltrán—. Acción de Gracias no es una celebración religiosa…

—Le hice la misma pregunta —aceptó su padre—. La respuesta que me dio es que no se realizará en la iglesia en sí, sino afuera, en los jardines, donde habría espacio suficiente para poner la docena de mesas que necesitan.

—Pero sigue siendo terreno de la Union Church…

—Justo tras sus muros, sí.

—Madre jamás lo aceptará —opinó Fátima.

—Habría mucha agua bendita y un exorcismo en mi futuro —confirmó su hermano, ni tan en serio ni tan en broma.

—Me negué, lógicamente —continuó Segismundo, tomando su pipa otra vez—. Le expliqué que, por mucha cercanía que tuviésemos con la colonia estadounidense, esto transgrediría de forma grave nuestras directrices religiosas, por lo que no era posible…

—*Pero*… —tentó su hijo.

—Pero —recogió el señor Aguirre— Nelson tenía un muy buen disuasivo: una carta del barón Rothschild.

Fati arrugó la frente.

—¿Le escribió al embajador desde Argentina?

—Así es. Me extendió la hoja para que pudiese leerla por mí mismo: el barón sabía que se aproximaba Acción de Gracias y ofrecía recibir a los miembros santiaguinos de la legación en Bluebells, como retribución y agradecimiento por la búsqueda de lady Alisa. Además, donaría fruta y vino de su hacienda para la cena.

—¿Y el señor Nelson aceptó?

—Quería mi venia primero…

—Fue una forma sutil de decirte que permitir el viaje de Beltrán también sería considerado como *retribución y agradecimiento* —dedujo su hija.

—Nada de sutil —rio Beltrán—. Es un político nato, pero de los buenos.

—Le respondí que lo dejaría a tu decisión —señaló Segismundo, sospechosamente calmo.

—No veo en qué podría perjudicarme, salvo por el riesgo de que me deshereden…

—¿No es obvio? —habló su hermana, obligando al señor Aguirre a sostener su mirada—. Si cantas para unos cuantos disidentes, el padre Ugarte jamás permitirá que te presentes ante miles de católicos en la misa de la Inmaculada.

Debía reconocerle a su padre una movida digna de ajedrez. Siempre había sido un público detractor del arte de su hijo, odiaba hasta escucharlo tararear, por lo que esta disyuntiva le convenía: si Beltrán decía que sí, ganaría el aprecio de la colonia estadounidense, pero perdería una de sus vitrinas musicales más importantes del año.

—Ya me ocuparé de eso en su momento —respondió el aludido, quitándole gravedad—. Ha sido una propuesta estupenda; gracias,

padre. Enviaré un mensaje de inmediato al edificio consular para comunicar mi aceptación. Fati, ¿podrías decirle a Remigio que ya est…?

—No creo haberte dicho que podías retirarte.

La seriedad de Segismundo se ensombreció con un dejo de dureza. Beltrán bajó los hombros; era imposible que una charla con su padre no terminase en alguna pelea o recriminación. Por supuesto que algo tenía que faltar.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Aceptar la invitación de los estadounidenses implica que tendrás que ausentarte de tu trabajo por al menos tres días. ¿Cómo conseguirás ese permiso especial? ¿O pretendías simplemente desaparecer?

—Es *mi* trabajo, así que yo veré como lo resuelv…

—Ya me adelanté a ello —lo interrumpió—, y aquí entra la propuesta para Fátima.

Ella hizo un gesto de aprensión.

—¿Qué tengo que ver yo?

Antes de responder, el señor Aguirre repasó en su cabeza la conversación que había tenido con Lucien y Manuel. Fue a verlos directamente a la obra en La Chimba una vez que se despidió de Thomas Nelson, pues sabía que los arquitectos no descansaban ni los domingos. También creía saber perfectamente cómo respondería su hijo a la propuesta del embajador, así que usaría aquello de excusa para presentarse en la construcción de la Recoleta, aprovechando el momento para averiguar cómo se calificaba el desempeño de Beltrán.

—La situación no puede ser tan terrible —había alegado Segismundo hacia el maestro Hénault, camuflando su tono defensivo mientras reencendía su pipa. La sala de planos tenía una sola ventana y había escogido pararse junto a ella.

—El muchacho tiene cierto conocimiento, no lo estoy negando —explicó Lucien—, pero a ratos parece más un autodidacta que un graduado. Ayer había olvidado lo que es un baldaquín. Está construyendo una iglesia, ¡y no sabe lo que es un baldaquín!

—Llegó apenas hace unas semanas, dale tiempo.

—Esto no es un juego. Un mal cálculo y en un año todo se viene

abajo…

—El terremoto de 1850 dejó en el suelo varias casas construidas por los más prominentes profesionales…

—Sé que sabes de qué estoy hablando, Segismundo.

—Lo sé —admitió a regañadientes—. Hablaré con él y le exigiré que esté a la altura.

Lucien Hénault no estaba muy seguro, pero la opinión que más importaba, en este caso, era la del señor Aldunate. Él era el arquitecto líder del proyecto, el francés tan solo era un consultor.

—Dice usted que, si Beltrán acepta la propuesta del embajador, eventualmente su ausencia sería de unos tres días, ¿no?

—Considerando lo que demora el tren de ida y regreso, sí.

Manuel apoyó los nudillos sobre una mesa y estos crujieron. Se balanceó sutilmente mientras pensaba.

—El maestro Hénault está en lo cierto al decir que Beltrán no ha sido el mejor aporte en estos días, pareciera que su cabeza está en otro lado, pero también creo que es muy pronto para evaluar —comentó—. Le daré esos días de permiso especial si me los pide. Sin embargo, hay un gesto compensatorio que estaría dispuesto a recibir con la mejor de las disposiciones.

El señor Aguirre se interesó.

—Si existe alguna cifra que…

—No, no es dinero —negó, un poco molesto por la insinuación—. Me refiero a la señora Aguirre de Clermont.

Es lo último que habría creído escuchar.

—¿Fátima? ¿Qué hay con ella?

—Su mirada técnica es correcta y su conocimiento me ha sorprendido gratamente —señaló, admitiendo su escepticismo—. Piensa y habla como un arquitecto.

Segismundo buscó el rostro de Lucien, quien levantó sus manos mostrando inocencia.

—A mí no me mires. Yo no condono esta locura.

—Imagino que habrá aprendido una o dos cosas de su hermano —moduló el patriarca, incómodo, viendo la pipa en su puño como si nunca la hubiese fumado en su vida.

—Eso es lo que ella dice —confirmó Manuel—, y si ese es el caso,

creo que le podemos dar buen uso.

Segismundo dejó de pestañear. Creyó entender.

—Señor Aldunate, no puede estar hablando en serio…

—Será por apenas tres días. No recibirá paga ni crédito de planilla, por supuesto, y solo estará aquí, en el cuarto de planos. Si no pisa el terreno en obra, ningún cristiano hará escándalo por su presencia.

Recibió unos pesados diez segundos de silencio como respuesta. El viejo estaba viviendo una intensa contradicción interna.

—Un Aguirre deficiente por un Aguirre útil —murmuró Lucien—. No parece un mal trato.

—Esto podría traer todo tipo de habladurías… —dijo por fin el señor Aguirre, pensando en voz alta.

—La ventaja es que su hija ya es una mujer casada. Si fuese soltera, no podría estar ofreciéndole este trato.

—Cierto. Significa que tendría que pedir la venia de Étienne…

—Esa diligencia la dejo a su responsabilidad.

—¿Y si acepta?

—Todos ganamos.

Al salir de la sala, Segismundo había cerrado la puerta con delicadeza, como quien concluye una reunión satisfactoria, pero se sentó en la cabina de su carruaje con el semblante agobiado, digiriendo qué diablos acababa de hacer.

—¿Estás diciendo… —comenzó a modular Fátima, atónita— que el señor Aldunate quiere que *yo* reemplace a Beltrán?

—Este es el mejor día de mi vida —exclamó Beltrán, aplaudiendo —. Manuel es un revolucionario.

—No puedo creerlo…

—Recuerda, sin paga ni crédito…

—¿Y el maestro Hénault estaba de acuerdo?

—No, pero dejó la decisión al señor Aldunate —explicó su padre.

—Acepta, Fati —la animó su hermano—. Madre nos desheredará a ambos, eso sí, pero quizá los dominicos nos reciban en asilo.

—Les dije que estas propuestas tocarán una fibra importante en las convicciones de Cornelia —comentó Segismundo—. Ella, y también yo, creemos que una mujer nada tiene que hacer en espacios de labor pública. Si mucha gente se entera, puede convertirse en un gigantesco

bochorno…

—Ajá. «Si mucha gente se entera». Esa es la clave —intervino Beltrán—. No tiene por qué enterarse todo el mundo, partiendo por el inconmovible de tu párroco.

Tenía razón. Creía poder navegar el posible desaire de su madre, su enojo y su reproche, pero el padre Ugarte tenía otro poder: el de la humillación. Vio en su futuro una penitencia como la de Mercedes. ¿Valían tres días en una sala de arquitectos una dolorosa quemadura en sus manos?

Su corazón decía que sí.

—De hecho… ¿Es tan indispensable que *madre* se entere?

Segismundo lo pensó.

—Me estás pidiendo que le oculte algo muy importante…

—No sería la primera vez —le enrostró su hijo, cruzándose de brazos—. Déjame que te recuerde el operativo militar que tuvimos que diseñar para salir airosos del cuarto de Helena mientras se quitaba su vestido de novia…

El viejo se echó hacia atrás en su silla.

—Sí sabrá sobre tu paseo por el templo protestante…

—Es lo de menos. Algo se me ocurrirá para templar su ira. El asunto de Fati es distinto. Es más… *delicado*.

Tan delicado que necesitaba un permiso adicional.

—Si ya cuento con tu autorización, padre… ¿Requiero la de Étienne?

Era una duda genuina. Él lo consideró un momento. No tenía la mejor impresión ni relación con su yerno, por lo que dejarlo fuera de las decisiones le parecía hasta seductor.

—Idealmente, sí, pero como no sabemos cuándo regresará, mi venia bastará.

Ambos miraron a Fátima, quien sentía su piel arder, su estómago revuelto y la felicidad en un nivel que hasta hace poco no creía poder sentir.

—Entonces, lo haré —susurró, primero para sí misma. Luego, levantando el rostro, lo dijo hacia sus acompañantes—. ¡Lo haré!

Beltrán se alegró, tomó la mano de su hermana y la besó. El señor Aguirre volvió a hablar, ahora con cierta amargura.

—Que así sea, entonces. Son ambos responsables de sus actos. Les deseo madurez para aceptar sus consecuencias.

El tono fatalista del padre alertó a los hermanos, como si hubiese aún un cabo suelto, pero no se quedaron a averiguarlo. Helena se abalanzó sobre ellos apenas los vio salir al corredor y, una vez bajaron la pendiente hasta la terraza del primer piso, le contaron cuál sería la nueva aventura de Beltrán, además de revelarle que el bueno de Craig había invitado a la legación a su hacienda. Sobre la aventura de Fátima no dijeron nada. Odiaban tener que esconderle algo a Lenita, entre los tres siempre compartían todo, pero su espíritu era indudablemente más frágil, e involucrarla en este asunto sería darle más una carga que una alegría…

Esa noche, la caminata hacia La Compañía fue enérgica. Eléctrica. Fati no podía esperar para contarle cada detalle a Mercedes, en quien confiaba ciegamente. No quería guardarse ese logro en el corazón, no podía confiárselo a su hermana, pero necesitaba compartirlo con alguien… Y otro alguien asaltó su mente cuando se hallaron en la fachada de la iglesia.

Dejó que Helena entrase por las puertas principales y ella se desvió para entrar por la pequeña puerta de la capilla de las Hijas. Se presentaría en la sesión de inmediato con la urna en sus manos, para así evitar cualquier reprimenda de parte del jesuita. Besó rápidamente el pie desnudo en la escultura de la Inmaculada, susurró «Ave María Purísima» y se arrodilló para descorrer la rejilla a un costado del altar. Su corazón latía con fuerza. Mirando hacia todos lados, abrió discretamente la tapa de latón y escarbó entre las decenas de cartas…

Ninguna decía su nombre.

Tapó la caja, suspiró y se levantó. Tenía que dejar de desvariar. Era una mujer casada, por Dios santo. Maximilian no tenía ninguna razón para volver a escribir al buzón, en realidad. Seguro tenía mucho trabajo en la legación. Seguro estaba más preocupado por la amenaza aún latente sobre su vida. Seguro la primera vez lo había hecho solo por agradecerle, no significaba nada más…

Decidida a despercudirse esa súbita tristeza, se pellizcó las mejillas, levantó el mentón y asió bien el buzón bajo su brazo. Giró para cruzar la puerta lateral hacia la nave central, dio dos pasos… Y

se detuvo.

Giró otra vez. Caminó de regreso hacia la escultura de la Virgen, parpadeó para asegurarse de haber visto correctamente y, entonces, estiró su mano libre. Bajo los pies de María, introducida en la rejilla que daba al «Buzón de las Impuras», había una solitaria vara de astromelias amarillas en flor.

Suavemente estremecida, Fátima la tomó, la olisqueó y le sonrió. Luego la escondió en el altar hueco, para rescatarla al finalizar la sesión.

Esto no podría contárselo a Mercedes.

XIX

27 de noviembre de 1863

Cuando Beltrán tomó el tren a Valparaíso junto a la legación estadounidense, Cornelia llegó a la reunión nocturna de las Hijas de María con piedras en sus botines. Piedras pequeñas, algunas puntiagudas, que dificultaban y afligían su caminar. Varias de las asociadas trataron de disuadirla; Fátima le recalcó mil veces lo inaudito de su castigo autoimpuesto, pero, por supuesto, el padre Ugarte lo celebró como un ejemplo a seguir. Una verdadera madre no solo se preocupaba de nutrir y criar a sus hijos, sino también asumía su responsabilidad ante Dios cuando ellos se descarrilaban. Un hijo pecador era, indefectiblemente, carga moral de la mujer que lo trajo al mundo…

Al comienzo, las opiniones estaban divididas sobre si el mayor de los Aguirre Vanderbilt debía o no haber aceptado la invitación del embajador Nelson. El grupo terminó inclinándose más hacia al entendimiento y la empatía, especialmente después de que Clarissa Leighton explicara que la cena de Acción de Gracias, hoy por hoy, no era una actividad de alguna religión protestante en particular sino de toda la nación sin distinciones, declarada por el presidente Lincoln para conmemorar la hermandad entre colonos e indígenas. El jesuita no confrontó sus palabras pues no le convenía. Los Leighton era una poderosa familia británica de formación anglicana pero convertida al catolicismo cuando se instalaron en Chile, y él mismo solía nombrarlos mucho como evidencia de la fuerza transformadora del Espíritu Santo en una familia de bien… algo de lo que Cornelia no

podía jactarse, pues ella fue la única de su clan en abandonar el adventismo. A estas fechas ya no tenía familiares vivos, por lo que los rencores poco servían.

El buzón también deparaba un par de sorpresas relacionadas; más concretamente, dos *cartas* sorpresa. La primera era de Mister Baltimore, la cual Fátima se apresuró a rescatar y esconder antes de la lectura en público:

> Un florista en la Calle del Puente me aseguró que las astromelias amarillas simbolizan el perdón, la reconciliación con uno mismo. Dejé un ramo en mi habitación. Las naranjas simbolizan alegría i confianza renovada, así que llevo uno de esos para nuestra cena de camaradería. Las rojas, me advirtió, simbolizan romance i pasión, así que no pueden regalarse a la lijera. Curiosas son estas bellas flores chilenas, María, que anuncian sin aspavientos, confortan sin palabras i exculpan sin sanción.

Presa de unos nervios de tinte adolescente, ella se pasaría las siguientes tres noches dándole vueltas a su significado literal y oculto, guardando el papel bajo la lana de su colchón.

La segunda carta era completamente anónima, como se esperaría de cualquier mensaje introducido en el buzón, pero la firma de Beltrán Aguirre estaba implícita en cada sílaba, sin contar que Fátima reconocería su destartalada caligrafía en cualquier lugar. Sonrió tan ampliamente que lo que más causó en el padre Ugarte no fue sorpresa sino indignación.

—¿Acaso el remordimiento de una de sus compañeras le causa placer?

Ella trató de mostrar seriedad.

—Este mensaje no contiene remordimiento, padre —le anunció—. De hecho, no comparte ningún pecado ni pide ninguna penitencia. Es… un *agradecimiento*.

El jesuita se acercó a la señora Aguirre y le quitó el papel de las manos. Su desagrado fue automático.

—¿Puede leerlo, padre? —pidió María Pilar desde su alfombrilla. Un coro de «¡Por favor!» se unió pronto.

—Es claramente una broma de pésimo gusto…

—¿Qué es lo que se agradece? —preguntó Enriqueta.

Ugarte le regresó la carta a Fátima y se cruzó de brazos. Ella, sonrojada, comenzó a leer:

> María Santísima, te doy gracias por las mujeres que me rodean. Cuida a todas aquellas que asisten a las sesiones en tu nombre, especialmente a quien está leyendo estas cartas hacia ti, pues su valentía es una inspiración para todas las que sueñan con ser arquitectas de sus propias vidas.

—Qué hermoso —expresó Helena.

—¡Es un cumplido hacia ti, Fátima! —se alegró Cayetana.

«Escribe algo lindo y ofréceselo a la Virgen», le había dicho a su hermano esa vez junto al altar mayor, y él había escogido el contexto de Acción de Gracias para cumplir con la orden. Acción poética.

—Deberíamos agradecer más seguido…

—¡Hay mucho por agradecer!

—¿Quién de ustedes lo escribió? —demandó saber el sacerdote, apuntando a la treintena de mujeres sentadas en círculo.

—Eso no puede decirse, padre —se escandalizó María Pilar.

—La carta no habla de ningún pecado —insistió él—, así que sí podr…

—Todo mensaje al Buzón de la Virgen es anónimo, esa es la regla.

—*Yo* determino las reglas —les recordó, tensando la mandíbula— y procedo a recordárselas. Pecados, ¡quiero oír *pecados*!, para que recuerden lo lejos que están de la vida eterna y a quién deben obedecer para llegar a ella…

Era difícil determinar qué significaba el silencio que reinó a continuación. En cualquier caso, Fátima continuó con la lectura de cartas entre cálidas miradas y sonrisas, incluso más cuando debieron discutir sobre el mensaje de alguien que preguntaba si era pecado o no el observar a los trabajadores de torso desnudo en los campos de trigo

de su padre…

Fue la «arquitecta de su vida» durante tres días, y fue muy feliz. Para salir al alba sin despertar sospechas, contó a su madre y hermana que debía ir a comprobar a los talleres de La Chimba la confección de las gigantes franjas de tul que decorarían el techo de La Compañía para el ocho de diciembre. No recibió ninguna pregunta u objeción de regreso, así que sorteó ese escollo rápidamente. Otros fueron más difíciles, como entrar en la sala de planos sin alterar a los capataces —ya que implicaba tocar *terreno prohibido*, aunque la casucha de la discordia estaba lo suficientemente lejos de la construcción como tal— y usar su voz ahí adentro para lo que fuese, sin que el maestro Hénault la interrumpiese sin descanso o le preguntase diez veces lo mismo para cerciorarse de que ella entendía la instrucción. Estaba impresionado de que Fátima supiese usar las plantillas para replicar un ajimez o hasta un simple compás, y la conversación se volvió realmente interesante cuando, una tarde, el tema central fueron las puertas del nuevo templo dominico: ella preguntó al señor Aldunate si en los accesos se consideraría la usanza moderna europea de las dobles bisagras, es decir, puertas batientes que podían abrirse hacia fuera o hacia dentro a la vez, y eso interesó a ambos arquitectos, pues no habían pensado en ello. Iglesias muy antiguas o con retazos de ruinas de derrumbes anteriores, como la de los jesuitas, aún conservaban puertas de una sola bisagra, aludiendo al simbolismo medieval de atraer a los fieles hacia *dentro* de la iglesia, sin darles muchas facilidades para salir.

Después de corregir algunos cálculos y ordenar las herramientas desperdigadas en la mesa principal, la señora Aguirre se despidió con sentimientos encontrados en la tarde del tercer día. No quería irse, y al mismo tiempo quería salir corriendo antes de que la persona incorrecta la viese en esas andanzas. Lucien no estaba presente a esa hora, lo que dio a Manuel más libertad para agradecer con calidez a Fátima por su ayuda, además de extenderle una invitación a cenar que provenía de su esposa Albina. Con dos hijos pequeños en casa, no tenía mucho tiempo para socializar, y se moría por conocer a la joven que había logrado influir en los planos de la Recoleta Dominica…

Tomó una diligencia local —también llamada «carruaje de

camino»— y llegó a las seis en punto a la estación de tren. Había quedado en encontrarse ahí con Helena para esperar la llegada de Beltrán.

—¿Vas a contarme por fin por qué estás tan contenta?

La menor de los Aguirre Vanderbilt había escogido un vestido anaranjado de algodón con cintas de seda, delicadamente combinado con un sombrero de mediana altura sobre su peinado de perfectos rizos. Apenas vio a su hermana, tomó su brazo con amor y Fátima la besó en la frente.

—¿Me ves más feliz que de costumbre?

—Mucho más —respondió Lenita, curiosa—. ¿Es por ese mensaje lindo que alguien dejó para ti en el buzón?

Fati sonrió.

—Claro que sí —dijo, sin mentir—, y porque los días están muy soleados, y porque te casarás muy pronto con un hombre excepcional, y porque Beltrán viajó a cantar, y porque ya es temporada de cerezas…

Y porque estaba frente a la excusa perfecta para ver a Maximilian después de muchos días, sin saber cuándo volvería a presentarse una oportunidad igual.

No había tantas personas deambulando como a primera hora del día, así que captar a Beltrán y Remigio no sería tan difícil. Además, se ubicaron justo en el sector donde siempre se detenían los vagones de segunda clase. Al pasar la locomotora, los vapores levantaron un poco sus vestidos y el pitido del freno llenó la estación. Eso daba pie a que los asistentes de los vagones de primera clase se acercaran al borde y los de bodega se alistaran para recibir instrucciones.

En pocos minutos, las puertas comenzaron a abrirse y pasajeros de todo tipo llenaron los espacios vacíos en el andén. El corazón de Fátima comenzó a latir muy rápido y sintió sudor en sus manos. Helena se movió para escudriñar por las ventanillas si veía alguna cara conocida, pero no tuvo que buscar mucho.

—*Good afternoon, pretty ladies* —exclamó Beltrán desde su asiento junto al acceso del vagón. Remigio se bajó de un salto, reverenció a las jóvenes Aguirre y corrió hasta la bodega en busca de la silla de Beltrán.

Helena se apoyó en la ventanilla y su hermano la besó en la frente. Luego tomó la mano que Fátima le extendía.

—Te preguntaría qué tal te fue, pero yo diría que tu ánimo lo dice todo…

Él sonrió mostrando todos los dientes.

—Hermanas mías, les traigo una revelación: los protestantes son más felices —dijo, moviendo sus brazos—. Cambiémonos de bando, estamos a tiempo.

—*Shhh* —lo hizo callar Helena, divertida—. No puedes decir eso en voz alta. Menos mal que madre no está aquí…

—Madre cometió una terrible equivocación. Deberíamos regresar al adventismo. Los católicos son puro pesimismo, pedantería y aburrimiento.

—Llegaste convertido en todo un misionero —rio Fátima—. ¿Qué bicho te picó?

—Un solo sermón de David Trumbull tiene ese poder. ¡Impresionante!

El gesto alegre de sus hermanas cambió bruscamente. Ambas se acercaron a Beltrán, estrechando el espacio entre los tres y preocupándose de que ningún otro pasajero tuviese mucho interés en ellos.

—¿Escuchaste un sermón del pastor Trumbull? —se apanicó Helena.

—¿Participaste en una misa presbiteriana? —se impresionó Fátima.

—Sí y sí —contestó él con un susurro—. Es un espectáculo. Y no tuve que espiar o esconderme, ellos mismos me invitaron a entrar. No me arrepiento de nada.

Lenita seguía con un gesto de estupefacción, pero su hermana sentía algo de envidia.

—¿Qué decía en el sermón?

—*Fá-ti-ma…* —la regañó su hermana entre dientes.

—¿Qué? La información no hace daño…

—Que personas buenas y malas hay en todas las religiones, que profesar una fe no es garantía de integridad y que, aunque lo llamemos y le recemos de formas distintas, Dios es uno solo para todos

—resumió Beltrán.

—Se oye sensato…

—Fati, no avives esta locura —siguió Helena—. ¿Qué diría el padre Ugarte?

—Juan Ugarte diría que hay que asesinar a todos los disidentes, cortarlos en pedacitos y lanzarlos al mar —cerró Beltrán—. ¿A que sí?

—Quizá no al mar, a lo mejor al cerro Santa Lucía…

—¡Fati!

—Estoy seguro de que simpatizarían con el pastor Trumbull. En su sociedad bíblica enseñan a los obreros sobre derechos laborales y… ¡*Hey*, señor Bonecraft!

Maximilian había aparecido tras Fátima. Ella saltó al verlo e hizo la reverencia más torpe de su vida. Hasta Helena ahogó una risita.

—Mi hermano nos estaba contando sobre la cena —mintió Lenita, con la mirada evasiva.

—Les decía que no podré volver a comer ni un trozo más de pavo ahumado en mi vida —siguió la corriente Beltrán, con tal de no contrariar más a su pobre hermana menor—. La esposa del pastor Trumbull me alimentó con todo lo que encontró…

—Fueron muy amables. La cena estuvo magnífica —confirmó Max, y aunque quiso hacerlo con una sonrisa, todo su cuerpo mostraba una tensión evidente. Fátima, a su lado, intentó buscar su mirada, pero no la encontró.

—¿Y el himno? —continuó Helena—. ¿La voz de mi hermano fue del agrado de la concurrencia?

—Terminaron todos aplaudiéndolo de pie. El embajador Nelson bromeó con darle la ciudadanía estadounidense por gracia…

—Pero no pude aceptarla. Tuve que decepcionarlo.

—Tu presentación debe haber sido mejor que la del señor Gunn, entonces —tentó Fátima, pronunciando el nombre del veterano para lograr alguna reacción en Maximilian. Necesitaba saber si él estaba, por fin, fuera de peligro…

—Creí que podría aparecer en cualquier momento y aguar mi fiesta —confesó Beltrán, divertido—, pero escuché que su barco había zarpado unos días antes…

—Así fue —confirmó, escueto.

—Entonces, todo salió bien… —comentó Fátima hacia Max, un poco nerviosa, intentando otra vez conectar con los ojos del abogado tras sus lentes. Casi no quedaban personas en los vagones, y las del andén comenzaban de a poco a dispersarse. La mayor parte de los diplomáticos ya había emprendido el regreso a casa.

—Fue perfectamente adecuado. Gracias, señora Aguirre.

Él mantuvo su vista en un punto vago entre Beltrán y la cortina de la ventanilla, con la mayor indiferencia hacia ella. Entonces la embargó una tristeza indescriptible.

—¿Aún no llega tu criado con la bendita silla?

La voz de Étienne Clermont-Tonnerre hizo que todos los presentes se enseriaran de golpe. Maximilian dio inmediatamente dos pasos hacia el costado, alejándose aún más de Fátima, y compartió con su marido un gesto sospechoso.

Nadie le dijo «Buenas tardes».

—¿Venías también en este tren? —se sorprendió ella.

—Coincidí felizmente con mis amigos de la legación estadounidense. Fue toda una sorpresa…

—Ahí viene Remigio —anunció Helena.

Con la ayuda de Adolfo Eastman y Minor Keith, el *valet* pudo sacar la pesada silla de ruedas del vagón bodega. Los tres se acercaron hasta la puerta del vagón de Beltrán, saludaron y se despidieron del grupo con el mismo gesto de sus sombreros. Luego desaparecieron de la estación.

Acto seguido, Remigio tomó al joven Aguirre en sus brazos y lo depositó sobre los cojines de su silla.

—¿Por qué madre no vino a buscarme? Es muy tarde para abandonar la postura de sobreprotección…

—Cuando salía para acá, me dijo que nos esperaría a Fátima y a mí en la iglesia —explicó Helena.

—Una sesión de Hijas de María es más importante que su primogénito, ¿eh? Está bien, no discutiré…

—Adoptó una penitencia por *tus* pecados —le avisó Fátima—. Quizá por lo mismo no quiere verte aún…

Beltrán entornó los ojos.

—Pues le haré ese favor. Llegaré directo a mi habitación, lo juro.

Estoy rendido. Así que… señor Bonecraft, fue un placer —le dijo, ofreciéndole su mano. El abogado la estrechó con calidez—. Que llegue sin novedad hasta donde sus dominicos. ¿Vienes, Étienne?

—Adelántense —respondió el francés—. Iré en un minuto.

Fátima intentó el contacto visual por tercera vez. Por tercera vez, Maximilian hizo como si ella no estuviese ahí. Escondiendo su decepción, tomó el brazo de Helena y la apuró para que saliesen pronto de ahí.

Cuando ya ningún Aguirre quedaba en la mira de los dos hombres en el andén, Étienne sacudió las solapas de su chaqueta y volteó hacia el norteamericano.

—Recuerde, *Mister Baltimore* —murmuró, en ese tono suave que buscaba ser evidentemente una amenaza—. Tiene tres días. Y no intente jugar conmigo. Si usted no cumple con su palabra… bueno, créame, yo cumpliré con la mía.

El diplomático le dedicó una sonrisa forzada y un gesto con la mano en su sombrero de copa, alejándose luego para ir tras los pasos de su familia política. Max suspiró imperceptiblemente, sin moverse. Él también miraba hacia donde los chilenos se habían ido, hacia donde el vestido de Fátima rozaba las baldosas del andén por última vez. Entonces, derrotado, metió una mano al bolsillo de su pantalón. Ahí morirían aplastados, ahogados, los pétalos jaspeados de una astromelia que nunca tocarían la mano de su dueña.

XX

3 de diciembre de 1863

Helena no entendía cómo su hermana había pasado de la felicidad más absoluta a la tristeza más gris en tan pocos días. Creía que algo tenía que ver con Étienne pues, mientras él no estuvo en Santiago, había visto a Fátima en su mejor momento. Ahora que él había regresado a casa, ya no se levantaba al alba ni reía con Benedictina ni tarareaba melodías con Beltrán en el corredor. Hasta había pedido que quitaran las flores frescas de su habitación. Pero no podía ser solo eso. Hacía unas horas, y tras un almuerzo en que su hermana mayor no tocó el guiso en su plato, Helena se echó en su regazo en el jardín y le dijo que, si no quería hablar, que no hablara, pero que podía llorar si lo necesitaba.

Rindiéndose en el abrazo de Lenita, Fátima sollozó silenciosamente.

Ni ella misma entendía su propio cambio de ánimo. O no quería entenderlo. No quería pensar en ello, en ningún nombre en particular, en ningún rostro en particular, porque eso implicaba llegar a conclusiones complejas y tener que hacerse cargo de ellas. Repetía en su mente que no era más que el efecto «*post* Recoleta», el bajón de adrenalina tras unos pocos días en que supo cómo se sentía ser una profesional, sabiendo que había sido una instancia de excepción y que no volvería nunca a vivir algo así. Llegó a creer que su padre había dado su insólita autorización justamente por eso: para que ella tuviese una probada de lo que no estaba a su alcance. Para enrostrárselo. Para que se resignara. Para que cerrara el capítulo de esa falsa esperanza, si

es que aún existía. Para recordarle que en su papel de esposa y madre estaba todo lo necesario, todo lo requerido, todo su universo. Una mujer como Dios mandaba.

Mientras lloraba, acariciaba su vientre. Un vientre vacío.

Cornelia no le había preguntado nada. Fátima ni siquiera sabía si realmente se había dado cuenta de su tristeza, pues la veía muy poco en casa. Se debía en parte a que los preparativos para el ocho de diciembre eran cada vez más urgentes —lo último que debió coordinar fue que la instalación de andamios se realizara al interior de la iglesia sin falta el día siete, para poder colgar las telas decorativas y las miles de velas y lámparas acordadas— y a que evitaba la confrontación con Beltrán o con su esposo. Con el primero estaba muy enojada, no le dirigía la palabra ni en la cena, pero con el segundo su ira fue superior. No podía creer que Segismundo la hubiese traicionado de esa manera, al dejar que su primogénito se involucrara con sucios pecadores, renegadores del Dios verdadero. Estaba hipotecando su alma. El Todopoderoso les había enviado un hijo débil, de cuerpo marchito, a quien debían guiar por el buen camino, no ofrecerlo al demonio en bandeja de plata.

—Debe de haber puesto el doble de piedras en sus zapatos —murmuró Fátima del brazo de su hermana, mientras caminaban por Calle de Morandé. Aún quedaba suficiente luz natural, pero los serenos ya habían salido con sus escaleras y varas para encender los faroles—. La vi hablando con Alicia esta tarde antes de salir. Ninguna de las dos tenía una cara muy feliz. Seguro le estaba volviendo a pedir que recogiera guijarros del jardín.

—¿No crees que Beltrán fue muy lejos esta vez?

—¿Por cantar el himno estadounidense en una cena?

—Bromea con ofrecerse como misionario para Trumbull…

—Sabes que solo lo dice para enfurecer a madre…

—¿Y si realmente lo hiciera?

Fátima buscó los ojos de Helena entre los bordados de su mantilla.

—¿También crees que su alma se condenaría si elige otra religión?

—¿Tú no?

—Claro que no. ¿Crees que una persona tan conciliadora como Thomas Nelson irá al infierno? ¿O el señor Meiggs, quien pagó salarios

justos a sus trabajadores como ningún otro patrón chileno lo había hecho antes? ¿O algunos metodistas, que en este momento están arriesgando sus vidas en Estados Unidos para salvar a personas esclavizadas?

Lena se tomó unos segundos de silencio para responder.

—No lo había pensado así…

Doblaron por la Calle de la Compañía. Ya podían ver al solitario árbol de la plazuela frente a la fachada.

—¿Recuerdas cuando el padre Ugarte nos dijo que los protestantes despreciaban a la Virgen? ¿Que odiaban a sus devotas?

—Lo ha dicho muchas veces…

—Pues no es cierto —aclaró, provocando sorpresa en Helena—. La veneran de una manera… diferente. La respetan mucho.

—¿Cómo lo sabes? —se asustó ella—. Fati, si estuviste en algún rito pecador como Beltrán… Si el padre Ugarte se enterara…

—Nunca he pisado una iglesia que no sea católica —la calmó—. Simplemente he tenido la suerte de cruzarme con la gente correcta en otras instancias… como la señora Nelson, por ejemplo. Si tú quisieras, si te animaras, podríamos planear un…

—¿Qué hace madre ahí?

Cornelia Vanderbilt estaba frente a las puertas principales de La Compañía. Tenía ambas manos entrelazadas descansando en los pliegues de su falda oscura, el cuello repujado de su blusa blanca la cubría hasta la barbilla y su medalla milagrosa brillaba como si estuviese recién pulida. Las arrugas en las comisuras de sus labios acrecentaban su gesto severo y las hermanas Aguirre detuvieron su paso al momento de notarlo.

Algo muy malo había ocurrido. O estaba por ocurrir.

Fátima cerró los ojos y aceptó la fatalidad de su destino. Tal como su padre le había dicho, ella sería la única responsable de sus actos. Lo entendía. No podía llegar a imaginar el castigo que estaba por recibir, pero esperaba aferrarse al paliativo de la alegría en su memoria, de la dicha que había sentido al sentarse junto a una mesa de planos, ya no a mirar detrás de un biombo, ya no a escuchar a otros, sino a opinar y sugerir…

Cornelia recorrió los pasos que la separaban de sus hijas, estiró su

brazo…

… y tomó el de Helena.

—¡Madre! —exclamó ella, al sentir las uñas de la señora Vanderbilt clavándose en su piel.

—Te lo advertí, Helena de los Ángeles. ¡Soy tu madre y Dios sabe que te lo advertí!

Apartó a Fátima con brusquedad y arrastró a su hija menor hacia la nave principal de la iglesia, mientras varias mujeres envueltas en sus largas mantillas negras les abrían paso. Nadie sabía qué estaba ocurriendo. Muchas asociadas ni siquiera habían extendido aún sus alfombrillas de misa. Los murmullos de confusión se convirtieron pronto en preguntas acaloradas y luego en espanto contenido. Madre e hija llegaron hasta la reja que separaba el altar mayor y Helena fue obligada a arrodillarse frente a Juan Bautista Ugarte.

—¡¿Qué está sucediendo?! —exclamó Fátima, intentando acercarse a su hermana entre las decenas de crinolinas. El sacerdote mantuvo su gesto impasible, contrastando con la ansiedad de las mujeres que esperaban una explicación.

Tanteó un objeto de metal en sus manos.

—Desde que Hijas de María existe, uno de los pecados más recurrentes en este grupo ha sido el de la vanidad —comenzó a decir, muy fuerte para que lo escucharan por toda la bóveda—. Me he preocupado con fervor en ser un faro de luz en sus vidas, ya que es eso lo que necesitan las mujeres de carácter endeble, dispuestas a dejarse manipular tan fácil por las lenguas de la adulación. Ya lo hemos dicho: la vanidad es hija de la soberbia… Y la soberbia se ha apoderado de las decisiones de Helena Aguirre. Es nuestro deber evitar que su alma se corrompa aún más.

Desde su posición de rodillas, Lenita elevó el rostro y negó con pánico.

—De qué se me acusa, padre… No entiendo… Yo no…

—Se me ha informado de dos graves transgresiones —dijo él, de nuevo mirando en todas direcciones, sin hablarle a la acusada sino a todas las demás—. Has violado los sellos de tu ajuar matrimonial, exhibiendo tu vestido de novia a terceros antes de tiempo…

Fátima se cubrió la boca con ambas manos. Helena cerró los ojos.

—… y, por si fuera poco, el vestido en cuestión es de una opulencia excesiva. ¡Grotesca! Toda ostentación es presuntuosa, y la presunción es el grado más alto de vanidad.

—Padre…

—¡Di la verdad! —exclamó el sacerdote.

—Por favor… padre…

—Frente a todas las devotas, frente a María Santísima, ¡confiesa!

Cornelia había adoptado una posición parecida a la del jesuita, erguida de forma rígida con el mentón arriba y el ceño apretado. Su desprecio era tan notorio que nadie que pasase por ahí creería que la arrodillada era su propia hija.

—Lo hice…

—¡No te oímos!

—¡Sí, lo hice! —lloró Lenita, encorvándose hasta que su frente tocó el suelo.

Ugarte se aclaró la garganta. Algunas mujeres se abrazaron y otras escondieron sus rostros tras sus mantillas.

—Quiero que recuerden este momento. Recuérdenlo bien. Son ustedes, ¡ustedes!, quienes me obligan a la severidad de las penitencias. Es la gravedad de *sus* pecados lo que determina el castigo. Yo solo soy un mensajero. ¡Solo hago lo que Dios mismo haría con una mujer perdida como Helena Aguirre!

Con su mano derecha, levantó el objeto que sostenía desde que salió de la sacristía: era una enorme tijera de sastre, de metal afilado y punta fina.

—¡No! —gritó Fátima, al tiempo que veía a su madre acercarse a la esquina más oscura del altar del Señor Crucificado. Arrastró un muy conocido baúl de roble hasta el centro del círculo y lo abrió, dejando expuesto su contenido. Las Hijas que estaban más cerca se inclinaron a mirar, pero pronto dieron varios pasos hacia atrás a medida que el sacerdote se aproximaba.

Él introdujo su mano en el cofre y levantó a la vista de todas las asociadas una chaquetilla de terciopelo azul zafiro, con botones de perlas y flores bordadas en hilo de oro. Con la otra mostró la tijera.

—María Santísima te da la posibilidad de expiación, Helena. ¡No le des la espalda a tu Dios! Destruye aquello que tiene el potencial de

destruir tu alma.

La señora Vanderbilt obligó a su hija a levantarse y caminar hasta el baúl. Lloraba desconsoladamente. Ella misma tomó la tijera que mostraba el párroco y la puso en manos de Helena.

—¡No! —volvió a gritar Fátima, esta vez burlando el bloqueo de Jertrudis y llegando hasta su hermana—. Lenita, no escuches a nadie…

—¡Fátima! —le rogaron sus amigas.

Ella solo miraba a Helena.

—No tienes que hacerlo, nadie puede obligarte…

—¡Estamos hartos de tu persistente desafío a las reglas del Señor, Fátima Evangelina! —se enfureció Ugarte—. ¿No te ha bastado con el vergonzoso castigo divino que yace sobre tu propio ser?

Las mujeres a su alrededor ahogaron un grito de estupor. Algunas se alejaron. Otras no se movieron.

—¡Apártate, Fátima! —le advirtió su madre.

—Ya se ha involucrado mucho más de lo admisible —gruñó el sacerdote—, y la transgresión permanente tiene costos muy claros. Los árboles torcidos no se enderezan con mimos ni palabras amables, ¡se enderezan con cuerdas y palos!

La señora Aguirre apretó sus puños.

—Mi hermana no ha hecho nada malo. Un vestido de novia de ensueño no es suficiente para corromper el alm…

—Fátima Aguirre de Clermont es una mujer estéril —proclamó Juan Ugarte, en un volumen al tope de sus pulmones y con una mueca de asco—. Yermo es su cuerpo. El Señor le ha negado la bendición más importante de la que puede vanagloriarse una mujer, ¡y se la seguirá negando mientras no demuestre verdadero temor de Dios!

La aludida sintió que su corazón se detenía. Se le adormecieron las piernas. Frente a ella, y bajo la luz tenue de las velas en la gran araña de hierro, vio en las asociadas gestos de conmoción, de tristeza, de desprecio, de recelo. Todo le daba vueltas.

—¿Quieres que el Todopoderoso también te maldiga de forma ejemplar? —le gritó a Helena, acercándole la chaquetilla al rostro—. ¿Harás lo correcto para aplacar su ira sobre ti?

La menor de los Aguirre Vanderbilt, temblando, se sentó en el

suelo. Asió la pieza superior de su vestido que el jesuita le extendía, la observó con el aliento entrecortado y la dejó sobre su regazo. Entonces ubicó la tijera en su mano derecha. Con la izquierda, tironeó su mantilla hasta que cayó sobre sus hombros, descubriendo su sedoso cabello rubio.

Levantó la mirada y la fijó en Ugarte.

—María Santísima me pide una penitencia ejemplar…

—Así es…

—Así será.

Ni siquiera hizo el intento de tocar el terciopelo azul. Con dos dedos, levantó en el aire los largos y espesos rizos dorados que colgaban desde su nuca. Abrió la tijera.

—¡No!

Un gran trozo de cabello cayó al suelo, así como también la puntiaguda herramienta de metal, la que por el torpe manejo había dejado un corte sanguinolento en su cuello.

Su llanto se oyó hasta la calle.

Antes de que Fátima se arrodillara junto a Helena, la sotana del párroco se interpuso.

—Ya no eres más bienvenida en esta asociación. No eres digna de María.

Ella no parpadeó, incrédula.

—No puede expulsarme…

—Por supuesto que puedo. ¡Hijas de María me pertenece y yo decido su porvenir! —estiró su brazo y lo apuntó rígido hacia las puertas principales en el muro sur—. Vete ahora. ¡Vete y no regreses!

Los pies de Fátima empezaron a moverse sin que ella les diera ninguna orden. Su cuerpo quería huir de La Compañía, pero su mente se empeñaba en quedarse. Quería discutir, quería defenderse. Ni siquiera buscó apoyo en otros rostros, porque no pudo ver ninguno. Solo veía siluetas borrosas de faldas enormes y mantillas negras que cubrían coronillas. No protestó, no pidió ayuda, pues ningún sonido salió de su boca. Simplemente retrocedió, dos, cinco, ocho pasos, hasta que giró sobre sus talones y corrió, pero no salió por la puerta principal sino por el pequeño acceso que daba a la capilla de las Hijas.

No quedaba ninguna vela encendida, así que la escultura de la

Inmaculada se encumbraba en silencio y en penumbra. Fátima llegó hasta ella con las mejillas empapadas y el pecho a punto de estallar en taquicardia. Acercó su frente a la fría porcelana que simulaba un pie desnudo, la bañó con sus lágrimas y la besó. Entonces tironeó su medalla. Quería romper la gruesa cadena y lanzarla lejos…

Sus dedos no solo tocaron la medalla milagrosa, sino también la llave maestra. Con la misma fuerza con la que pretendía herirse el cuello con tal de liberarse de todo signo de las Hijas de María, apretó la llave en su puño y lo pensó mejor. Lo pensó muy bien. Miró hacia la rejilla del altar hueco y lo vio todo tan claro en su mente que le pareció una locura no haberlo pensado antes.

Buscando los ojos de la Virgen, se persignó y le juró que regresaría…

Tomando retazos de su amplia falda con las dos manos, corrió fuera de la iglesia, cruzó la plazuela y bajó por la Calle de la Bandera siguiendo la estela de los faroles de aceite encendidos por los serenos. Giró a la derecha por la Calle de la Moneda y divisó luces en el segundo piso de su casa. Se apresuró a entrar por el portón del carruaje —el mismo Jerónimo le abrió, pues justo estaba desacoplando a los caballos—, esquivó a un par de criadas que tomaban mate en la cocina y subió la escalerilla de servicio para llegar al recibidor. Desde ahí, el pasillo amplio la llevaba a la gran escalera curva que terminaba en el sector de los dormitorios.

Cansada, sudada, con la mitad de su peinado deshecho y el pulso desbocado, se detuvo frente a la puerta de su esposo. De un tirón se quitó la peineta que sostenía su mantilla y tiró todo al suelo.

No golpeó la puerta ni se anunció.

—Dime por qué.

Étienne Clermont estaba semidesnudo, sentado en su cama, dando la espalda a la puerta. Su chaqueta, pantalones y botas estaban desparramadas por la alfombra. Había una carta a medio escribir en el estrecho bargueño de la esquina y la lámpara de Argand parpadeaba por falta de aceite.

—¿Cómo te atreves…? —empezó a decir, pero como recordó que no llevaba nada encima más que su amplia camisa blanca de lino, cruzó las piernas y prefirió no levantarse.

Fátima cerró la puerta y apoyó su espalda en ella.

—Solo necesito saber por qué.

—¡Sal ahora de mi habitación!

—¿Por qué jamás me tocas?

El francés se desencajó al oír la pregunta, ciertamente impropia en la boca de cualquier mujer. La observó de pies a cabeza, quizá con más atención de la que le había puesto nunca.

—Pareciera que vienes de una corrida de toros… Es realmente desagradable. Ve a asearte y mirarte al espejo…

—¿Es por eso? ¿Te desagrado… *tanto*?

Él arrugó el rostro y movió las manos.

—¿Qué clase de esposa importuna al marido con reclamos como ese?

—¡Tengo derecho a saber!

—¿Acaso *quieres* que te toque? ¿A quién engañas?

—Pero eres mi esposo —insistió, ahora con la mirada gacha y la garganta apretada—. ¿No esperas que conciba un heredero?

Su desagradable risa seguro podía escucharse en las habitaciones vecinas. Ella esperaba que su padre y su hermano estuviesen en cualquier otro lugar de la casa para no tener que oírla.

Él movió la cabeza en un gesto condescendiente.

—¿Sabes qué? Me retracto. Aplaudo tu valentía de emboscarme aquí y preguntar —concedió, aunque burlesco—. La mayoría de las mujeres no lo habría hecho, habrían vivido en el silencio que se les exige. Pero aquí estás tú. Quizá sí eres la más inteligente de los Aguirre después de todo.

Lo que debía ser un cumplido, se convertía en sorna en la boca del francés.

—Entonces sí hay una razón…

Étienne apoyó ambas manos en el colchón. Lo que estaba a punto de hacer le causaba cierta gracia.

—Está bien, te lo diré. Tú lo quisiste.

Ella apretó el dobladillo de algodón que sobresalía de su corsé, como si debiese sostenerse a sí misma ante lo que iba a escuchar. Había esperado mucho para ese momento y aún sentía que no estaba preparada. Pero tendría que estarlo.

—Todo este tiempo he vivido en la constante angustia de que…

—Escúchame, Fátima, y escúchame bien, para que la humillación de hoy te baste y no vuelvas a rogar por ella —la interrumpió, seco, y sin deferencia alguna, pronunció—: No te toqué antes, no te tocaré hoy ni te tocaré nunca. Solo falta un año y seré libre.

La chilena sintió que se ahogaba. Llevó una mano instintivamente a su garganta, pero entre las lágrimas que bajaban por sus mejillas ardiendo, logró articular:

—¿*Un año*?

Él se detuvo a pensar si ya había dicho demasiado. Sonrió otra vez con desprecio.

—Las mujeres estériles como tú son desechables. El arzobispo me permite pedir la nulidad eclesiástica si no te embarazas en un máximo de tres años desde las nupcias. Falta uno. ¿Por qué tres? Por capricho de estos curas inservibles, nada más. Que las apariencias, que la dignidad de la institución matrimonial y no sé qué otras estupideces. Por mí, lo habría hecho al mes de la ceremonia.

Fátima necesitó varios segundos de pausa para digerir la desfachatez de esa revelación. Le tembló el mentón.

—Yo no… Yo no soy…

—Mientras no tengas un niño en los brazos, lo eres…

—¡Pero no es mi culpa! Eres tú… Tú no quieres que…

—¿En qué mundo un hombre casado no querría un heredero lo más pronto posible? ¡Ve e intenta convencer de eso a tu párroco! —rio, golpeteando sus manos—. ¿O vas a acusarme *a mí* de infertilidad? Serías el hazmerreír de la temporada, terminarías en la Casa de Orates…

Su burla sin disimulo rebotó en los muros de adobe y abombó los oídos de su esposa. Pero ella recordó algo.

—Sé que no te han contratado en la legación francesa —lanzó, como si hablara con su último aliento—. Padre debe saberlo, se lo diré cuanto antes…

—Es irrelevante —dijo él, tan calmado que la enervó—. Soy un Clermont-Tonnerre. Alguien como yo no nace para trabajar. Nadie espera que un verdadero caballero lo haga.

—¡Sí importa! ¡Le mientes a padre, le mientes a todos! Tampoco

sabe que debimos huir de París por tus deudas de juego, y estoy segura de que…

—Saldaré esa situación en breve, que para eso está la fortuna Vanderbilt —continuó con toda soltura—, esa que Segismundo irá cediéndome poco a poco a su propia voluntad. ¿Acaso no sabes cuán atormentado está por la culpa de una hija infecunda, inútil para lo único que debía servir?

—¡La fortuna Vanderbilt es de Beltrán! —espetó ella con angustia —. Jamás será tuya…

—Ya lo veremos. Tengo un año más por delante. Con algo de suerte, para ese momento será más que conocida la relación sodomita de tu hermano, y ya estará en la cárcel o en el exilio…

Mientras Fátima se tomaba el rostro y buscaba encontrar sentido en toda la información que había recibido en tan pocos minutos, Étienne recogió su pantalón y se lo calzó de un salto. Entonces se acercó a su torturada mujer, quien no lo miró con sorpresa ni miedo.

Su miraba destilaba repulsión.

—Mira el lado bueno, Fátima Evangelina —moduló él, acercando tanto su cuerpo a ella que pudo apoyar su mano en la puerta—. En pocos meses estarás libre de mí para elegir el claustro que mejor te apetezca y seguir adorando a tu virgencita… Porque claro, nadie querrá casarse contigo después de mí.

Movió el picaporte y corrió a Fátima hacia un lado. Con la puerta ya abierta, la tomó del brazo y volvió a empujarla, obligándola a salir al corredor. Ella se tambaleó, pero sin alcanzar a caer al piso.

—Ya no podrás denunciar que nunca te he tocado —comentó el francés, curvando las cejas, antes de cerrar la puerta otra vez—. Acabo de hacerlo.

XXI

6 de diciembre de 1863

—Esto es una locura…

—Mi madre moriría si supiera dónde estoy…

—Si resultase, sería realmente extraordinario…

—Valentía, señoras, valentía…

—¿Quieren callarse todas?

Fátima levantó sus manos y pidió silencio en un susurro. El grupo obedeció en el acto. No había mayor signo de ansiedad que el parlotear sin control.

—Es un gran paso el que damos hoy —señaló—, no hay vuelta atrás. Protégenos, María.

—Ave María Purísima —repitieron todas, persignándose como si saliesen de una trinchera.

Por los accesos traseros del hotel Aubry, en pleno centro de Santiago, circulaban los sacos de la basura, las sábanas que venían de la lavandería y los canastos de víveres que debían cargarse hasta las alacenas. Nadie deambulaba en ese callejón salvo el personal de servicio… salvo ahora, en que siete mujeres en bandada intentaban disimular sus rostros bajo pañuelos o sombreros, sin poder esconder sus enormes faldas.

Esta era su segunda reunión secreta de la jornada. Todo había sido secreto en esos días.

La noche de su expulsión de la cofradía, Fátima y Helena habían llorado juntas bajo el gran mesón de la cocina, como lo hacían de niñas. Curó la herida que había quedado en el cuello de su hermana

menor, revisó el resto de sus rizos y le preguntó por qué no había dañado la chaquetilla de terciopelo. «Porque no es un simple vestido», había dicho Lenita. «Es un regalo, tuyo y de Beltrán, y representa los colores y símbolos de la familia de Craig…». «Y porque no querías obedecer al padre Ugarte, ¿verdad?», la tentó. «Y para enfadar al padre Ugarte», confirmó confesando la rubia, riendo bajito y entre lágrimas. Fátima no aceptó muchas preguntas de su hermana; le aseguró que dejar las Hijas de María no era algo tan terrible y que no se preocupara, y era cierto, pues toda su energía mental estaba volcada en otra desgracia.

Aún estaba digiriendo las verdades que tuvo que escuchar de boca de Étienne.

No era ni la primera ni la última mujer atrapada en un matrimonio sin amor y no quería victimizarse por ello, pues su verdadero dolor estaba en otro asunto: en la espera. «Un año», había dicho él, porque solo *él* tenía la potestad de determinar cómo y cuándo. Un año esperando la humillación que podría liberarla, pero ¿liberarla para qué? ¿Qué vida le esperaba cuando todos supieran las razones de la nulidad? ¿Valía la pena?

Lo único que aparecía como un débil rayo de luz en la tormenta, pero luz al fin y al cabo, era soltar por fin la culpa de no ser madre. No tenía culpa de nada.

Cuando Segismundo vio el vendaje en el cuello de Helena y pidió explicaciones, sus hijas callaron, si bien Fati deseaba gritar muchas cosas. Aún no podía. Cornelia le recordó a su marido que todo lo que ocurría en las sesiones de las Hijas estaba protegido por el sacramento de la confesión —regla que estaba dispuesta a seguir incluso fuera de la iglesia, pues se aseguró de devolver el baúl del ajuar a la habitación de su hija en absoluto silencio, sin revelar jamás que supo de la transgresión de Lenita por el descuido de una de sus criadas más jóvenes—, lo que provocó una nueva pelea, haciendo que el patriarca abandonara la mesa con el desayuno a medio comer. Beltrán no se enteró del altercado, estaba en la Recoleta desde primera hora de la mañana, y era con quien Fátima más necesitaba hablar…

También habían sido secretas sus visitas a La Compañía. En las últimas dos noches, ella había salido discretamente de su casa y

arribado a la iglesia sin complicaciones, vestida con un conjunto sencillo y oscuro, sin crinolina, tan parecida a cualquiera de sus doncellas que nadie volteaba a mirarla en la calle. Asegurándose de que Ugarte y el resto estuviesen en plena sesión, ella se inmiscuía en la capilla de las Hijas, abría la reja, estiraba su brazo en el altar hueco y escarbaba en la caja de latón en busca de alguna señal de Mister Baltimore. Le aterraba la idea de que el párroco encontrase algo de él en el buzón. Todo se derrumbaba en su vida y, por algún motivo, Fátima sentía que ver el trazo redondeado de las letras del estadounidense la mantendría en pie. Pero no había hallado nada. Ni flores ni cartas. Tristemente, nada…

—¡Por aquí!

En toda la trayectoria del hotel Aubry, su salón de música se había utilizado más veces para cónclaves subversivos que para conciertos de cámara. Se habían desarrollado ahí encuentros de la Sociedad de la Igualdad, planificaciones para la revolución liberal de 1859, pautas del periódico *La Asamblea Constituyente* lideradas por José Victorino Lastarria, inscripciones de adheridos al nuevo Partido Radical y hasta un bautizo luterano. Lo que ocurría en terreno privado, quedaba en terreno privado; lo único importante para Lewis Stratford, el dueño del hotel, era que quienes transitaran por su establecimiento fuese gente elegante y adinerada. En qué malos pasos anduviera esa gente, era harina de otro costal.

Ahora eran siete mujeres adineradas en actitud sospechosa y nerviosismo de rebelión, juntas no necesariamente para tomar el té.

—¿Cómo sabemos que el señor Stratford no correrá a acusarnos con el padre Ugarte? —temió Eulalia, husmeando desde la puerta entreabierta hacia el corredor. La sala tenía un solo acceso de entrada y salida.

—El señor Stratford apenas habla español de Castilla, para empezar —dijo Sinforosa.

—Y entiendo que es luterano, así que no debe saber ni quién es Juan Ugarte —añadió Cayetana.

—Sé de buena fuente que estamos seguras aquí —las tranquilizó Fátima—. Ven, Eulalia. Esperemos.

—¿Por qué no nos dices quién es esta persona misteriosa que

quiere ayudarnos? —preguntó Jertrudis, sentándose en un *fauteuil* de forro rojo junto a la señora Tagle. Todo el mobiliario, incluidas las mesas laterales y los aparadores, eran de palo de rosa con acabados en dorado e incrustaciones de nácar.

—Porque quiero que él se presente y explique sus motivos…

—Al menos sabemos que es un «él» —habló Clarissa.

—¿Y qué le diremos exactamente? —sondeó Mercedes.

—Todo lo que ya convenimos hace una hora —les recordó Fátima.

—Creerá que somos un montón de histéricas…

—Todo lo contrario, señora Tagle. Todo lo contrario.

Esta era su segunda reunión secreta de la jornada, pero era la primera a puertas cerradas. La anterior había ocurrido de la manera más contestataria que Fátima Aguirre pudo idear: a plena luz del día y en paseo público. A tres días de su expulsión, envió recaderos a las casas de sus amigas y las citó a las diez de la mañana en la gran fuente de agua donde intersecaba la Calle de San Martín con la Alameda de las Delicias, la principal arteria vial de Santiago.

—Eso es lo que el padre Ugarte quiere, que me esconda, pero no lo logrará —había dicho ella, con una mezcla de ira, decepción y ansiedad difícil de manejar, a las seis mujeres que la rodeaban.

—Ha continuado las sesiones como si nunca hubiese ocurrido nada —le explicó la señora Sierra, moviendo frenéticamente su abanico, más por nervios que por el calor—. ¿Cómo está Helena?

—Todavía muy turbada. Necesita descansar de los sermones, denle un par de días más.

—¿Y cómo estás tú?

Fátima agradeció leer en el rostro de las presentes no un esperable morbo sino auténtica preocupación y empatía.

—Expectante —les dijo, sincera—. Sé que debería estar destrozada, y lo estuve, pero creo que he estado esperando por este nivel de claridad toda mi vida…

—¿Claridad sobre qué? —se interesó Cayetana.

—Sobre lo correcto de hacer —respondió, y entonces hizo un gesto con su mano—. ¿Caminamos?

Algunas se tomaron del brazo, otras se aferraron a sus sombrillas y otras a sus abanicos. Avanzaron lentamente por la platabanda

izquierda, a la sombra de los álamos, como si fuesen en dirección a la Estación Central de tren. A esa hora, la mayor parte de los paseantes eran criadas y niños pequeños que jugaban a perseguir chincoles.

—Sé que se preguntan si lo que dijo el padre Ugarte sobre mí es real.

Todas se miraron. Mercedes le acarició el brazo.

—No debes hablar de eso si no lo deseas…

—Lo sé, pero tampoco quiero que se preocupen por mí —expresó. Inspiró profundo y siguió—: Lo único que deben saber, y que puedo decirles con absoluta certeza, es que, si bien no he logrado concebir en mi tiempo de casada, no hay nada malo conmigo o con mi cuerpo.

—¡Lo sabía! —exclamó Sinforosa, y luego bajó el volumen para no atraer más atención—. Sabía que el padre Ugarte estaba mintiendo…

—Lo intuíamos. Han pasado apenas dos años, es muy pronto para concluir algo tan lapidario…

—Pero ¿qué gana con mentir?

—Cualquier cosa sirve para horrorizarnos, Eulalia…

—Por eso quise convocarlas —les dijo Fátima, deteniendo su caminar. Les dedicó una mirada intensa y cómplice—. Pelearé para rescatar a las Hijas de María del pantano en el que se ha hundido, y quiero saber si están conmigo.

Había cierto temblor en su voz, pero también convencimiento. Sus compañeras demostraban reticencia.

—Querida, ya discutimos cada variable hasta el hartazgo —comentó la señora Tagle, cansada—, y concluimos que nuestra independencia es casi imposible…

—Eso es porque solo hemos considerado una ruptura por las buenas —señaló Fati, sonriendo levemente y por primera vez en días —. Es hora de evaluar un cisma por las malas.

Mercedes se alteró.

—¿Quieres entrar a La Compañía con rifles y bayonetas?

—No las necesitamos —afirmó ella—. Ya tenemos la mejor arma posible para derrocar a Ugarte, y es nuestro buzón.

Las mayores del grupo, la señora Tagle y la señora Sierra, movieron al resto para que formaran un círculo hermético en el que Fátima pudiese explayarse con tranquilidad. Estaban en plena vía

pública, sí, pero grupos de mujeres cuchicheando era una imagen lo suficientemente habitual como para que ningún transeúnte reparara demasiado en ellas.

La conmoción por la penitencia de Helena había sido la gota que rebalsó el cántaro, comenzó diciendo Fati, y había traído consigo una epifanía: lo que el jesuita más disfrutaba era justamente lo que lo iba a condenar.

—Necesitamos que todas las asociadas que hayan sufrido un trato abusivo durante estos años en la cofradía, ya sea físico o de conciencia, lo denuncien.

—¿Te has vuelto loca? Eso jamás pasará —la detuvo Clarissa—. Ninguna de nosotras se arriesgaría a ese repudio social.

—Sabes que nuestras denuncias no servirán de nada, Fátima. Los sacerdotes son intocables…

—Así sería si reclamásemos ante el arzobispado, sí —explicó la joven Aguirre—, pero no si lo hacemos ante la justicia civil.

Mercedes no pestañeó.

—Cada clérigo en este país está protegido por fuero —le recordó, aunque estaba segura de que su amiga ya lo sabía.

—Es cierto, un tribunal civil no puede juzgarlo, pero sí puede recibir la denuncia, y toda la prensa lo sabrá. Entonces debe ser derivada al arzobispado para que el proceso sea en un tribunal eclesiástico…

—… y así, volvemos al mismo problema del principio —cerró Clarissa, confundida por el extraño entusiasmo de la convocante.

Sinforosa Tagle creyó entenderlo todo.

—El objetivo no es que juzguen al padre Ugarte —murmuró, abriendo los ojos al máximo—. No es la condena legal. Es la condena social.

Fátima asintió con fuerza.

—Ningún juzgado nos dará nuestra libertad. Lo hará la gente.

Dio varios segundos de silencio a sus compañeras para que procesaran lo que acababan de escuchar.

—¿Cómo sabes todo esto?

Ella bajó los hombros.

—No he planeado esto sola. Hay alguien que puede y *quiere*

ayudarnos. ¿Aceptarían reunirse con él?

—Es muy riesgoso, Fátima —temió Eulalia—. Nos expone demasiado…

—Lo sé, pero temo que, si no hacemos nada, tendremos que lamentar pronto algo mucho más grave de lo que ya hemos presenciado. La señorita Ocampo y la señora Baltras de Zanetti terminaron en el hospital. ¿Alguna de ustedes está preparada para cargar con la muerte de una Hija de María?

Sinforosa y Clarissa se persignaron. Las otras se ensombrecieron.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con el Buzón de la Virgen? —inquirió Jertrudis.

—Es la manera en que denunciaremos.

No quiso revolver más sus ya aturdidas mentes con tantos detalles. Les aseguró que entenderían todo mucho mejor si la acompañaban a la reunión. El secretismo era atractivo para varias, como para Cayetana y Mercedes, quienes fueron las primeras en acceder. Clarissa y Eulalia eran las más reticentes, pero terminaron persuadidas por el grupo para que, al menos, entregasen apoyo moral. No tenían que decidir nada aún; la decisión la tomarían después, en conjunto, cuando todas entendiesen bien qué es lo que estaba en juego.

La puerta del salón de música del hotel Aubry crujió al abrirse y las mujeres saltaron de sus asientos. Varias se llevaron una mano al pecho.

Fátima sonrió con los labios pegados, nerviosa.

—Lo estábamos esperando.

—¡Francisco!

El intendente de Santiago, Francisco Bascuñán Guerrero, caminó lentamente hacia el círculo femenino que lo miraba con expectación. Su hermana Mercedes fue la primera en recibirlo. Ambos eran delgados y cortos de estatura, con los mismos ojos redondeados de aspecto somnoliento. En él se añadía una frondosa barba en punta que intentaba agregar más edad a su rostro juvenil.

—¿Eres tú quien nos ayudará? —preguntó Mercedita.

—Solo con tu venia —le aseguró— y con la de todas ustedes.

Fátima también se acercó y se reverenciaron mutuamente. Entonces ella extendió su mano hacia el resto.

—Quizá las recuerda de alguna misa o tertulia, pero por si las dudas, le presento a la señora Sinforosa Tagle de Zimmermann, señora Jertrudis Sierra de Cañadas, señora Clarissa Leighton de Robles, y las señoritas Eulalia Pardo y Cayetana Arrigorriaga.

Las saludó quitándose el sombrero de copa, y cuando todas volvieron a sentarse, él se mantuvo de pie. Había una intención de solemnidad en sus movimientos.

Tenía un ejemplar de periódico enrollado bajo el brazo.

—Curioso lugar elige usted para sus reuniones, intendente.

—Si las recibía en mi oficina, eso generaría muchas preguntas entre mis colegas. Preguntas que aún no estoy en condiciones de responder.

—¿Pero sí responderá a las nuestras?

Él asintió.

—Intuyo que la señora Aguirre ya les ha adelantado el propósito de esta reunión, en la que quis…

—¿Realmente tiene usted la facultad de denunciar al padre Ugarte ante la justicia ordinaria? —lanzó la señora Tagle, así sin más.

El intendente se sorprendió por esa actitud tan frontal, pero internamente la agradeció. Era mejor avanzar sin rodeos.

—Es una de mis potestades, sí… Aunque sería un acto meramente simbólico. E inútil, según la mayoría. Ningún tribunal en Chile puede juzgar a un sacerdote.

—Lo sabemos —se apresuró a aclarar la señora Sierra.

—¿Por qué quiere ayudarnos? ¿Solo porque odia a la Iglesia católica?

El tono de Eulalia fue tan cortante que borró en parte la sonrisa amigable de Bascuñán. Miró de reojo a Fátima, quien ya le había advertido que esta conversación no sería fácil.

—Mi postura al respecto es bien conocida, no tiene caso profundizar ahí —respondió, cauteloso—. Sin embargo, no se equivoquen: yo no desprecio a la religión, sino a quienes se han aprovechado de ella para controlar y aterrorizar.

—Como en la política —dijo Mercedes, levantando una ceja.

—Sí. La política también puede utilizarse para oprimir, si es administrada por las manos incorrectas…

—Odia al clero, entonces —puntualizó Jertrudis.

—Desprecio a buena parte de sus miembros, sí.

—¿No a todos?

—No —admitió, ahora recuperando la sonrisa—. Me alejé de los ritos hace muchos años, pero cuando aún era un feligrés activo, mi confesor predilecto era el hermano Bianchi.

Cayetana cambió su postura a una más animada.

—También lo apreciamos mucho…

—¿Sigue viendo al fantasma del hermano Castaneda en el campanario?

—Y al del hermano Ponce de León rondando el altar de san Luis. Dice que es él quien apaga las velas.

Varias sonrieron.

—No creo en derrumbar iglesias, sino en lograr que los humanos que las dirigen recuerden eso: que son humanos, no dioses.

—Hasta las leyes de la República lo contradicen, señor intendente —apuntó Sinforosa.

—Lamentablemente —admitió—, pero incluso en un caso adverso como el que nos convoca podemos darle la vuelta.

La señora Leighton movió la cabeza, bajando la mirada a los recovecos de la alfombra.

—Es muy optimista si cree que la mera denuncia contra el padre Ugarte bastará para impulsar un juicio social. ¿Quién nos asegura aquello?

—No tenemos ninguna garantía, es ciert…

—¡Decenas de mujeres se expondrán y serán repudiadas! No vale la pena…

—Podemos eludir los ataques individuales, Clarissa —intervino Fátima, ansiosa por participar del intercambio—, si mantenemos las denuncias en el anonimato.

—¿Cómo? —desconfió la señora Tagle—. Es imposible realizar una denuncia formal sin nombres, no sería creíble…

—Hay una manera —señaló Bascuñán, misterioso—: El «Buzón de las Impuras».

Lo natural habría sido que las Hijas presentes se mostraran muy ofendidas frente a ese desdeñoso término, acuñado por la prensa

liberal. Sin embargo, él lo había pronunciado de una manera tal que lo que produjo fue un silencio profundo y gran interés.

—Hasta el momento, todo lo que sucede en nuestras sesiones respecto al Buzón de la Virgen es un misterio para terceros. Todo se sostiene en rumores… —empezó a explicar Fátima.

—Con alguna ocasional ayuda de la prensa en su amplificación —añadió el intendente, y entonces mostró el periódico enrollado bajo su brazo. Era el último ejemplar de *El Ferrocarril*. Ni siquiera la señora Aguirre había previsto aquello, y ante la expectación de las señoras, él leyó un pasaje de la columna editorial—:

> Se escucha de boca en boca que las sesiones nocturnas de las llamadas Hijas de María han dejado la calma pura de las piadosas para transformarse en un foco de martirio. Duras i cuestionables penitencias se estarían exijiendo a sus asociadas hace ya un tiempo, las que han llegado incluso al tormento físico, prácticas medievales que creíamos superadas, pero que al parecer los hermanos jesuitas han traído de regreso en la valija de su exilio. Dispénsese de este alegato a las señoras de Santiago, quienes en alarde de sus votos de obediencia i sumisión solo siguen órdenes. Una vez más nuestro dedo acusador debe apuntar al clero, a párrocos i obispos, a quienes las chilenas más distinguidas confían como sus guías, pese a ser continuamente maltratadas en la impunidad del abuso de la fe.

—¿Esto apareció hoy? —preguntó Fátima, sorprendida, recibiendo el papel impreso de manos de Francisco.

—Hoy, sí. Y antes de que me encares, hermana mía: no, no he sido yo el informante para esta publicación —se defendió él, mirando a Mercedes.

—¿Quién, entonces?

—Alguna de las asociadas debe de haber hablado…

—Es imposible —dijo Eulalia, molesta—. Nuestro respeto a los sacramentos es sagrado. Nuestro pacto es férreo…

El intendente caminó tras el sillón curvo, donde Sinforosa y

Clarissa estaban sentadas.

—Si Ugarte se empeña en quebrar sus espíritus, también quebrará su silencio. ¿No es acaso exactamente lo que estamos buscando?

Las presentes pensaban como Eulalia; era muy difícil creer que una Hija se atreviese por sí sola a revelar a un ajeno la intimidad de sus sesiones, incluso después del último violento episodio respecto a Helena… Todas juntas, sin embargo, era un panorama diferente.

—Así como el periódico lo describe, son solo especulaciones, imposibles de tomar en serio —opinó Clarissa.

—Por eso el buzón se vuelve tan importante…

—No entiendo.

—Porque las cartas enviadas al buzón no son especulaciones, son *hechos* —explicó Fátima, energizada, logrando la atención de todas—. Así lo considera el mismo padre Ugarte, pues nos otorga penitencias sobre lo descrito en el papel. Toma esos relatos por ciertos. Si no les diera validez, no podría asignar castigo.

Cayetana comenzó a asentir, concentrada en sus pensamientos. Bascuñán tomó aquel gesto como un impulso para continuar hablando.

—Entonces, si por algún descuido o extraño acontecimiento, ese buzón llegase a manos ajenas y el contenido se expusiera, el arzobispado no podría alegar que son mentiras o montajes, ya que ellos mismos han utilizado esas cartas para imponer su control sobre las asociadas…

Las mujeres comenzaban a entender a dónde quería llegar, y Fátima confirmó sus sospechas.

—¿Y si, en lugar de pensamientos o acciones dudosamente pecaminosas, lo que esas cartas relataran fueran abusos sufridos, castigos indebidos, crueldades atestiguadas, injusticias vividas…?

—Es una idea brillante —celebró Jertrudis en un susurro.

—Si ese fuese el contenido encontrado —retomó el hilo Francisco, animado—, cada denuncia tendría que tomarse por real y sopesada como tal. Descartadas como evidencia en un juicio, sí, dado su anonimato, pero suficientes para crear el caos social y mediático que ustedes necesitan respecto a Ugarte y la Compañía de Jesús —aseguró, optimista—. Cualquier congregación a la que Hijas de María pidiese

asilo, lo aceptaría.

Jertrudis moderó su sonrisa por un segundo.

—¿Y qué gana usted, intendente?

Era una excelente pregunta.

—Me permite abrir una investigación civil —indicó—. Generar ruido, ir hasta el Congreso. Hace décadas se está intentando eliminar el fuero eclesiástico en tribunales, ¿lo sabían? Un escándalo como este sería el empujón perfecto para lograrlo…

—Y se convertiría en una bola de nieve —anticipó Mercedes, comprendiendo el alto interés de su hermano en este asunto—. De la eliminación del fuero a la libertad de culto, hay un paso…

—El sueño liberal —dijo Sinforosa.

—Todo suma —aceptó Francisco.

—Y sí, sería todo mucho más fácil si consiguiésemos denuncias con nombre y apellido —apuntó Fátima—, pero no pediré esa inmolación a ninguna asociada. No es justo. O nos protegemos entre todas, o ninguna avanza.

—Eso es lo que la señora Aguirre me ha exigido para articular este plan, y tiene mi compromiso —afirmó, serio—. Ustedes me ayudan a mí y yo las ayudo a ustedes… Respetando el anonimato de las confesiones. Sin su consentimiento, nada se hará.

Se escucharon suspiros entre las miradas aprensivas. Mercedes agradeció a su hermano con la mirada, mientras Eulalia buscaba esos mismos ojos.

—Suena todo muy bien… mientras pueda poner usted las manos en el buzón —señaló—. ¿Cómo lo hará? ¿Cuál sería ese supuesto «descuido o extraño acontecimiento»?

Un tintineo convocó sus miradas. Fátima levantó sutilmente la cadena que rodeaba su cuello, donde una medalla y una llave compartían colgante.

—La rejilla en el altar hueco de nuestra capilla quedará sorpresivamente abierta durante la misa de la Inmaculada —comentó ella, fingiendo inocencia—. En ese mar de gente, en la vorágine del tumulto, cualquier cosa puede pasar…

—Algún maleante podría robar la urna creyendo que es una alcancía, por ejemplo —siguió Bascuñán—, y en la decepción del

contenido erróneo, dejarla tirada por ahí…

Cayetana abrió la boca de asombro.

—¿Va a hurtar nuestro buzón en plena misa, intendente?

—Esa es otra forma de verlo, sí.

Ella tapó su boca, sin poder esconder lo atractivamente disruptivo de esa idea.

—Enviar al padre Ugarte a la hoguera mientras celebramos a la Virgen, ¿es pecado?

Eulalia se persignó… y rio bajito inmediatamente después.

—Tendríamos que insertar las cartas *nuevas* durante ese mismo día —alertó Mercedes—. Es la mejor forma de no levantar sospechas. La Compañía abre sus puertas a las cuatro de la tarde para comenzar a recibir a los fieles que asisten a la misa de las siete…

—¿Puedo dejar dos? ¿O tres? Dios santísimo, tengo mucho que decir —dijo la señora Sierra, con la mandíbula tensa.

—Un solo relato de denuncia ya me sirve de mucho, pero mientras más sean, más certero será el golpe —explicó Francisco.

—No todas las asociadas querrán involucrarse —advirtió la señora Leighton—. Se requiere mucho coraje para enfrentarse a un sacerdote, incluso en el anonimato…

—No hay problema. No obligaremos a nadie. Somos siete mil inscritas en esta ciudad —le recordó Fátima—, unas tres mil verdaderamente activas, y de aquellas, unas doscientas aparecen en rotación continua durante las sesiones. Salvo pocas excepciones, las que más asisten son las más descontentas, puedo asegurarlo. Si cada una de nosotras habla con otras cinco Hijas de su entera confianza, y al menos una o dos quisieran poner su denuncia en el buzón, sería suficiente…

—El resto del asunto corre por mi cuenta —cerró el intendente, tomando la mano de Mercedes. Su guante de encaje no lograba tapar completamente los vendajes de sus quemaduras—. Odio al clero, sí, no lo negaré… pero más amo a mi hermana. No permitiré que Ugarte ni ninguna otra sotana crea que puede dañar y humillar a una devota en nombre de Dios, no si está en mis manos cambiar el curso del viento.

Fátima hubiese deseado abrazar a Helena, decirle que todo estaría bien, que el gran riesgo que tomarían era para protegerla… y para

protegerse a sí misma. La ironía radicaba en que, probablemente, su madre diría que ella no necesitaba protección, que era perfectamente feliz con cada piedra en sus zapatos… ¿Seguiría siendo feliz tras pasar una noche en el hospital por inanición?

Las siete mujeres se levantaron de sus asientos, se acercaron todo lo que sus crinolinas les permitían y se tomaron de las manos. Se miraron sin pestañear para darse valor. Entonces el intendente de Santiago las vio cerrar sus ojos, pronunciar «Dios te salve, Ave María Purísima» y persignarse.

Era cierto lo que las mujeres presumían y los hombres despotricaban. El culto a María era, en sí mismo y con gran ventaja, una propia religión.

XXII

7 de diciembre de 1863

«Con las señoras de la capital basta para llenar tres Compañías, e igualmente todos los siete de diciembre hierven posadas i hoteles con devotas del norte i del sur en vijilia del rito mariano. El arzobispado sacará cuentas alegres si la feligresía supera los pronósticos en un millar. Por lo pronto, tenderos de peinetas, flores, rosarios i velas ya anuncian su mejor día de venta del año», comentaba la columna editorial de *El Mercurio*. Y el movimiento no era un invento de la prensa o un anhelo de la curia, sino una realidad muy tangible. Bastaba con asomarse por los balcones para notar que el flujo de transeúntes con abanicos y amplias faldas había crecido notoriamente en los alrededores de la Plaza de Armas, donde la distancia entre la Catedral Metropolitana y la Iglesia de la Compañía de Jesús era de apenas una manzana. Los más contentos eran, como decía *El Mercurio*, los comerciantes y empresarios, pues las ventas de bienes y servicios también se disparaban en esos días. En el pasaje Bulnes, los escaparates de madame Chessé, siempre abarrotados de primorosas modas dizque parisinas, agotaban sus muestras de *broderie* más de tres veces al día, y la peluquería de Gustave du Mirail, el confesionario no-religioso favorito de la clase alta santiaguina, tenía citas reservadas hasta para media hora antes de la misa. La lógica dictaría que la estricta exigencia de mantillas rivalizaría con la necesidad de peinados muy elaborados que nadie alcanzaría a apreciar; sin embargo, la astucia de las señoras siempre iba dos pasos adelante: guardaban para la celebración de la Inmaculada aquellas mantillas de encaje más fino y transparente, que dejasen traslucir no solo un tocado voluminoso sino los consabidos adornos en cintas, plumas y joyas que denotaban

el poder adquisitivo de quien las llevaba…

La noche del siete de diciembre nunca había sesión para las Hijas, pues todo el tiempo y esfuerzo se concentraba en la preparación y decorado interior de la iglesia. Cada arco y pilar de piedra estaba cubierto por un andamio o escalera, bloqueando también el acceso a las capillas laterales. Encaramados en ellas había casi un centenar de niños de rostros entierrados y pies descalzos —las enclenques estructuras no soportaban el peso de personas adultas—, a quienes se les pagaba diez centavos por ayudar a colgar los largos tules y guirnaldas de flores de papel y cera que cruzarían el techo de oriente a poniente, así como las lámparas de parafina. Esas eran las últimas en colocarse, generalmente a las tres de la tarde del día ocho, pues se enganchaban ya encendidas: si se llenaban de combustible al máximo permitido, mantendrían sus llamas en alto durante toda la misa. Y Juan Bautista Ugarte había cumplido con su palabra: echando mano a las donaciones, ese año habría tres mil de ellas alumbrando los rincones; junto con unas cuatro mil velas repartidas por las arañas de hierro, dinteles y barandillas, encandilarían al apático nuncio Eyzaguirre, tanto como para que sintiera que no estaba en una iglesia en Santiago de Chile, sino en Roma.

Fátima se paseó varias veces frente a la fachada de La Compañía, e incluso se dio el tiempo de sentarse bajo el solitario árbol de la plazuela a ver las carretas de flores y lámparas entrar por la Calle de la Bandera. Aunque su propia madre consideraba una desfachatez que ella decidiese aparecerse en la misa después de todo lo que había ocurrido, tenía dos grandes situaciones a su favor: la primera, que solo una Hija de María que asistiera regularmente a las sesiones sabía de su expulsión, es decir, un muy pequeño porcentaje del total de devotas; la segunda, que al mismo párroco le convenía que nadie lo supiera por el momento, pues un escándalo *ad portas* de la fiesta de la Inmaculada podría dañar gravemente la convocatoria. Sin ir más lejos, el editorial de *El Ferrocarril* aludiendo a las supuestas penitencias tortuosas ya había significado un leve enrarecimiento del ambiente, por lo que al día siguiente el arzobispado había contraatacado con uno de sus recursos más manoseados, pero sumamente hábiles para mantener el favor de los creyentes: un milagro.

Junto a la descripción de los abundantes preparativos eclesiales, una entrevista al obispo Rafael Valentín Valdivieso y testimonios de comerciantes felices por el aumento en las ventas, en la portada de *El Mercurio* venía un gran recuadro destacado que rezaba «Milagro de la Virgen María» en letras capitales, con una bajada donde se anunciaba un extenso reporte de la inaudita recuperación de doña Patricia Anne, madre del ilustrísimo doctor Thomas Armstrong, aquejada de tuberculosis. Cuando el hospital había decidido desahuciarla por la gravedad de su estado, la piadosa familia escocesa había rezado el rosario sin pausas por siete días seguidos. Al octavo día se había despertado curada por completo. «El eminente hijienista, en devengo por la intercesión de María Santísima en la maltrecha salud de su madre, encargó la preparación de un lienzo de tres por cuatro varas al maestro Alejandro Cicarelli para ser venerado el día de la Inmaculada, a una inversión de veinte pesos, el que será bendecido por el Excelentísimo i Reverendísimo Monseñor Rafael Valdivieso i ubicado tras el altar mayor de la iglesia de la Compañía de Jesús».

El efecto fue exactamente el esperado: la noticia corrió rápido entre las familias, con tal expectación que Ugarte había mandado ingresar el dichoso lienzo en secreto por la sacristía, para que así nadie pudiese verlo hasta la misa de las siete. Esa nueva imagen de la Virgen se convertiría en un destino de peregrinaje y otra razón para llegar muy temprano al templo el día ocho, pues era la única manera de asegurar un buen lugar cerca del altar principal. Además, el párroco mandó comprar dos lámparas de gas hidrógeno para ubicar en los extremos de la pintura al óleo, novedad creada por un físico italiano de apellido Volta que algunos hoteles ya estaban implementando. Eran algo inestables y de difícil manejo por la complejidad de su engranaje interno —la cantidad de gas se regulaba con una llave de paso, la que a su vez controlaba la chispa que encendería el quemador—, y ni Ugarte ni el hermano Bianchi sabían bien cómo usarlas, pero eran una atracción tecnológica que añadiría emoción al espectáculo…

Pero cuando Beltrán se enteró de la penitencia de Helena, tuvo ganas de boicotearlo.

«¡No cantaré para ese malnacido!», había gritado, acariciando el

cuello herido de su hermana. Ella le recordó que no cantaría para el jesuita sino para la enorme cantidad de mujeres concurrentes, y que debía actuar como si no supiese nada sobre sus rizos cercenados ni sobre la expulsión de Fátima, respetando su pacto de hermanos. Él accedió a regañadientes, aunque luego lamentó tener que sumar un gramo más a sus tristezas. Según la información que los criados de la hacienda le habían transmitido a Beltrán durante su estadía por Acción de Gracias, Craig había pedido un permiso especial al señor Wheelwright para ausentarse unos días y así participar de la famosa misa del cierre del Mes de María, por lo que arribaría a Santiago en el tren del siete de diciembre. Sin embargo, ese día ya había llegado y él no estaba en la nómina de pasajeros ni nadie lo había visto en el andén. Quizá había tenido algún problema para escapar antes del trabajo o algún retraso de su transporte cruzando la frontera… Como fuera, era una noticia horrible. ¿Y si no se apersonaba a tiempo? Para contrarrestar en algo su delicado estado de ánimo, Helena necesitaba entrar a La Compañía aferrada al brazo de su prometido, sosteniendo su autoestima en su devoción romántica, asegurándose de ser presentada como la próxima baronesa de la casa Rothschild ante centenares de asociadas a las Hijas de María que, si bien jamás asistían a las sesiones, sí lo hacían en los grandes eventos para actualizar su escrutinio social, justamente donde las apariencias cobraban una importancia mayor.

Fátima, por su lado, tenía toda su atención puesta en las otras Hijas, en las más activas, en las que conocían las dinámicas de las sesiones al dedillo y podían dar testimonio de las irregularidades. Las que tendrían que asumir la valentía de verbalizar los horrores. Las que podrían cambiarlo todo.

En las horas que llevaba sentada bajo su sombrilla junto al árbol de la plazuela, admirando la fachada y movimiento fuera de la iglesia de los jesuitas, había recibido a nueve recaderos. Era mucho mejor de lo que habría esperado. Las notas de sus compañeras denotaban un pulso nervioso, pero postura aguerrida: «Doña Carmen Chavarría aceptó participar. Recuerda bien el tormento de su hija Sózima cuando el padre descubrió que su busto se había desarrollado mucho para su edad. Los vendajes dejaron secuelas permanentes en su columna»; «He

recibido correspondencia confidencial de Delfina García y las hermanas Makart. Agradecieron el anonimato de las denuncias. Elisa, en particular, no ha podido recuperarse tras la muerte de su perro Pinky. Sacrificar un animal de compañía no puede ser penitencia razonable…»; «Me respondió Gumercinda. ¡Dijo que sí! Que con gusto agregará su aporte al buzón. El cilicio que usó por dos meses contra su voluntad fue la razón principal por la que renunció a la cofradía».

Mercedes, Clarissa, Eulalia y el resto de las asociadas con las que se había reunido habían demostrado su compromiso, y ahora Fátima debía terminar de hacer su parte. Quedaban los últimos minutos de luz natural y ella, acechante, no se movía de su puesto. Sus ojos estaban clavados en el acceso a la capilla de las Hijas. A las ocho en punto, el hermano Bianchi pasaría a cerrar todas las puertas, así que un poco antes de eso vería salir a las mujeres y a los distintos ayudantes que habían trabajado en la decoración de la iglesia durante todo el día. Eso le daría apenas unos minutos para correr, abrir la rejilla del altar, vaciar el buzón —no podían mezclarse los pecados cotidianos con las denuncias— y dejarlo listo para recibir las nuevas cartas durante el día de mañana. Lo más importante: cerrar la rejilla sin ponerle llave. Así solo faltaría el movimiento del intendente Bascuñán, amparado en la distracción de la misa. Habría muchas mujeres rezando bajo la cúpula, lo que favorecería que el robo resultase sin problemas y el plan continuara su marcha…

Cerró su sombrilla y la dejó en el césped. Corrigió la postura de su mantilla para no ser reconocida, o al menos para que no fuese tan fácil. En cualquier minuto saldría su madre y otras devotas por las puertas principales. Esperaba que no se detuviesen a cuchichear en el camino de…

—¿Señor Bonecraft?

Reconoció rápidamente su silueta a lo lejos. El norteamericano había llegado desde un punto ciego a la izquierda de Fátima, entrando por la Calle de la Compañía, y tras quitarse su sombrero de copa, comenzó a husmear por la puerta entreabierta de la capilla de las Hijas de María. Ella se alarmó, pues si se quedaba mucho tiempo ahí podría echar a perder toda su planificación.

Asió los pliegues de su vestido y corrió. Varias voces femeninas se

acercaban por la nave principal hacia la salida, podía escuchar su eco…

Tomó a Maximilian del brazo y lo arrastró al callejón contiguo. Se detuvo a recuperar el aliento bajo la escalerilla del campanario.

—¡Señora Aguirre! —exclamó él, tan sorprendido que olvidó la reverencia—. ¿¡Qué está haciendo!?

—¿Qué está haciendo usted? —reclamó Fátima, con una mano en su pecho para calmarse.

—Siempre pienso que es más probable encontrarla en La Compañía que en su propia casa…

Ella dudó.

—¿Estaba buscándome? —preguntó. Luego de que él asintiera, ella agregó sin pensar—: Fui expulsada de la cofradía.

—¡Expulsada! ¿Qué fue lo que hizo?

—Es una larga historia —suspiró, y entonces notó algo en su mano derecha—. No venía a dejar una carta al buzón, ¿o sí?

Nervioso, guardó aquello en el bolsillo de su chaqueta.

—Algo así —admitió, animándose a levantar el mentón para mirarla directamente—. Una despedida.

—¿Se va?

—Dejaré Santiago por un tiempo.

Fátima sintió que una acuosidad repentina nublaba sus ojos.

—¿Es por el señor Gunn? Creí que, con su partida, usted ya estaba a salvo…

—También lo creí. Cuando supimos que su barco ya había zarpado, en Valparaíso el embajador pudo convocar a una reunión extraordinaria e hizo lo que pretendía desde un inicio: presentarme al equipo como un profesional en asilo…

—Esa es una buena noticia, ¿no?

—Mis colegas creen que soy un héroe, yo creo que soy un *inconveniente* —respondió, inquieto—. Han concordado enviarme una temporada a las oficinas de la legación en la zona austral, quizá pasar una temporada en Argentina. El embajador Nelson dice que es lo mejor para mi seguridad.

—Pero no lo entiendo —insistió ella, acercándose un paso—. ¿Temen que haya más *cazadores*?

—No lo temo —dijo, en tono de derrota—. Ya es un hecho.

Un grupo de mujeres pasó caminando por la Calle de la Compañía hacia el poniente. Fati saltó al reconocer la voz de su madre, de Victoria González y Enriqueta Larraín. Inmediatamente se pegó al muro de la iglesia y obligó a Maximilian a seguirla.

—¿De qué nos escondemos?

—De *quiénes* —corrigió ella, comenzando a angustiarse. Si las Hijas ya habían abandonado la iglesia, el sacristán cerraría todas las puertas en cualquier minuto… Entonces miró al abogado—. ¿De quién se esconde usted?

Él pasó una mano por el cuello de su camisa.

—No quiero que se arriesgue a…

—Dígame quién lo persigue. Si es alguien peligroso, podríamos dar aviso a la intendencia y…

—Es su marido —soltó él, arrugando los párpados.

Fátima no esperaba ese golpe. Palideció.

—¿Étienne?

—Resultó ser el más interesado en la recompensa por mi cabeza…

—¡No puedo creerlo! —bramó, echando su cabeza hacia atrás—. En realidad, sí puedo creerlo…

—No es mi intención enemistarla con su esposo. De verdad, solo iba a despedirme, sin dar tantos detalles…

—He estado enemistada con mi esposo desde el día mismo de nuestro matrimonio —compartió ella, consternada, y el rostro de Max pareció iluminarse—, y sé que es un gran cobarde, así que jamás le pondría a usted un dedo encima…

—No es necesario —se lamentó él—. Tiene los contactos adecuados para hacer el trabajo sucio. Gracias a las gestiones discretas del pastor Trumbull, nos enteramos de que en el *Fredonia* hay un marino listo para entregarme a un barco de la Confederación recalado en el puerto de Callao…

—¿Y con qué pruebas?

—El señor Clermont consiguió el retrato hablado —aseveró, ahora demostrando el terror que esa posibilidad significaba—, y es la última pieza. La única que requiere.

Ella sentía una compleja mezcla entre desolación y vergüenza.

—Me imagino que le habrá exigido a usted los diez mil dólares…

—Monto que no poseo, por supuesto. El embajador Nelson consiguió una parte y ya se la entregué, pero él querrá más, y cualquier extorsión es insostenible. No puedo quedarme.

Si antes ya detestaba a Étienne, ahora Fátima creía estar más cerca del odio. Puso ambas manos en su frente y comenzó a moverse.

—Maldito… Maldito seas…

—Señora Aguirre…

—Mi padre truncó mi vida cuando negoció mi mano con el embajador Clermont-Tonnerre —dijo, con la voz temblorosa—. Su hijo no era una buena persona, ni siquiera un buen prospecto…

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque creyó que nadie jamás me desposaría —confesó, con algunas lágrimas asomándose—, y el padre Ugarte alentó esa idea. «Muy despierta para ser una buena esposa», dijeron. Solo en una mujer la inteligencia es una falta a reformar.

Maximilian acortó aún más su distancia.

—Perdóneme por dejar de escribirle… Si alguien más revisaba el buzón, la pondría en riesgo…

Ella se detuvo.

—¿Por eso me fue indiferente en la estación de tren?

—No quería que usted sufriese alguna consecuencia por mi culpa. Eso no me lo perdonaría.

Ella hizo un gesto de entendimiento. Quería llorar a gritos.

—¿Cuándo se va?

—Mañana por la noche.

Apuntó al bolsillo de su chaqueta.

—¿Y trajo algo para mí?

Max dudó por un momento. Su corazón latía muy rápido, pero no tenía sentido arrepentirse ahora. Extrajo un pañuelo blanco de algodón, con las iniciales «M. L. B.» dibujadas en hilo azul.

Tomó las manos de Fátima y lo depositó ahí.

—Lo bordó mi madre, es todo lo que tengo de ella. Y sí, recuerdo bien qué significa esto según las reglas sociales de Chile —indicó, intentando sonreír, aunque le temblaba el mentón—. Lo único que lamento es entregárselo en secreto en un oscuro callejón y no en un

salón frente a todo quien quisiera atestiguar, como usted lo merecería.

No supo si fue él quien se inclinó primero o si fue ella quien ya le había tomado el rostro para deslizar sus anteojos sobre su coronilla. Fátima imaginó que no podría besarlo bien si los mantenía sobre su nariz, aunque en realidad no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. Él, sí. Los versos bíblicos sobre el adulterio mencionaban siempre el compartir el lecho como la señal inequívoca; ella no recordaba si un beso sería suficiente, pero como besar le era nuevo y ya no aceptaría más penitencias, se entregó sin dudar a lo que sucedía. El abrazo de Maximilian era muy cálido como para soltarlo y su boca presionaba contra la suya con la suavidad y la urgencia justas. No podría decir que las sensaciones que se apoderaban de todo su cuerpo eran lo que siempre había soñado, porque simplemente no se había creído digna de soñarlo nunca…

Y tuvo que detenerlo.

—¡El buzón!

Fátima deshizo el abrazo con frustración y se apresuró hasta la puerta lateral de la iglesia que daba al callejón. Forcejeó con la plancha de madera, pero no había caso: estaba cerrada. Entonces fue hasta la calle, giró a la izquierda y tomó las aldabas de las puertas cerradas de la capilla.

Había perdido la ventana de tiempo.

—Está bien, no pasa nada, no pasa nada —se repitió en voz baja, tratando de calmarse—. Aún puedo hacerlo. Tendré que hacerlo mañana. Sí es posible. Lo haré…

—¿Qué sucede? —se inquietó él, saliendo tras ella y pestañeando al reacomodar sus lentes—. ¿Necesita entrar?

La joven señora Aguirre inspiró profundo. Ahora tendría que correr. Si no llegaba a su casa antes del llamado a cenar, sería un escándalo. ¿Qué razón daría para estar afuera a esas horas, si no había sesión piadosa a la que asistir?

—Estaré aquí a las cuatro de la tarde —le dijo a Max, al tiempo que daba algunos pasos, alejándose en dirección poniente—. Exactamente aquí. ¿Vendrá antes de irse?

—Fátima…

—Debo correr. Dígame que lo veré mañana —le rogó—.

Dígamelo…

Maximilian sonrió sin planearlo.

—*I'll be here.*

Ella apretó el pañuelo en su mano y se lo llevó a sus labios sellados. Tomó su falda y comenzó a correr. Él no alcanzó a verla llorar.

XXIII

8 de diciembre de 1863

Juan Bautista Ugarte bien podía abrir las puertas de La Compañía a las seis de la mañana cada ocho de diciembre, pero elegía no hacerlo. Abrirlas a las cuatro de la tarde era una manipulación muy exitosa, aprendida directamente del arzobispo Valdivieso, para así crear expectación en la prensa y aglomerar a la masa donde tuviese un impacto más visible: en las calles. El discurso laicista aseguraba que la Iglesia católica iba perdiendo cada vez más poder en Chile, por lo que celebraciones como el día de la Inmaculada Concepción tenían el importante objetivo de demostrar al mundo lo contrario, ya no desde el discurso en el púlpito, sino desde lo empírico. Las portadas de los periódicos informarían cifras, y buenas cifras les darían…

Como el templo de los jesuitas no era precisamente el más grande de la ciudad —ocupando hasta el último pequeño espacio, podía albergar no más de tres mil parroquianos—, era físicamente imposible que todos los interesados lograsen entrar a la misa principal de las siete. Eso generaba un clima de competencia que el clero sabía capitalizar muy bien, pues significaba que se instalaría un gentío bullicioso en todas las manzanas a la redonda desde primera hora de la mañana, rezando el rosario o leyendo la Biblia, con tal de no perder el lugar en la fila. La única excepción a esto era, por supuesto, las Hijas de María: cada mujer que llevase una medalla milagrosa al cuello tenía preferencia de acceso, por lo que usualmente acaparaban el ochenta por ciento del aforo total, así como el sector más cercano al altar principal.

Así era siempre, desde que se celebraba el Mes de María en Chile, pero Cornelia prefería no confiarse.

—Helena de los Ángeles… ¡Termina con los paseos y permite que te vistan!

La casa Aguirre Vanderbilt estaba en pleno movimiento, y la más joven del clan parecía entorpecerlo. Arropada en un delgado albornoz, salía y entraba de su habitación, se asomaba por el balcón de la Calle de Morandé, se sentaba frente al piano que no sabía tocar y luego volvía a subir las escaleras. Alicia y Fátima habían tenido que perseguirla para poder terminar de peinarla, dejando una obra de arte en su cabellera rubia entre horquillas y cintas de raso. Nadie jamás adivinaría que una sección importante de pelo ya no existía…

—¡Déjame ir a la estación, te lo pido!

—Ya dije que no —insistió su madre, molesta.

Como discutían en el corredor de las habitaciones, Helena caminó un poco más y se asomó hacia la de Segismundo, pues su puerta estaba abierta.

—¡Padre, no me desampares!

Frente a un gran espejo ovalado con borde de peltre, el señor Aguirre y su *valet* estaban decidiendo qué nudo utilizar con el paño finísimo de seda que Fátima le había traído de regalo a su regreso de París. En un caballete sostenían una copia de *El arte de ponerse la corbata*, de Mr. Emile, barón de L'Empesè —seudónimo de Honoré de Balzac— donde se describían veinte formas distintas, como el nudo Windsor, el *four-in-and*, papillón, ascot o *lavallière*…

—Querida mía, tu madre tiene razón —respondió él, sin moverse, pero dedicándole una mirada amorosa mediante su reflejo—. Si el barón Rothschild hubiese llegado en el tren de las dos, ya estaría aquí…

—Quizá el tren se retrasó, quizá lo han retenido en la estación…

—Quizá lo han asaltado en el camino, está lleno de cuatreros en estos días —intervino Étienne, dejándose ver fuera de su dormitorio con traje listo, camisa con puño doble y colleras de plata engravadas con el emblema de los Clermont-Tonnerre, más guantes blancos, un nuevo sombrero de copa y bastón en la mano. Ni para el día de su matrimonio había lucido tan elegante.

—Gracias por contribuir a la mesura de los ánimos —murmuró Fátima, con la mirada de odio más sincera que le había dedicado nunca.

—Lenita, no llores o me harás llorar —gritó Beltrán desde su propia habitación—. No hay razón para pensar en el peor escenario…

—Puede ser que haya perdido el tren, ¿no? Si es así, debe venir en alguna de las diligencias del señor Vigoroux, así que probablemente llegará a Santiago por la noche —aportó Fátima, acariciando el hombro de su hermana para calmarla. A su espalda, Benedictina pasaba un cepillo de cerdas suaves sobre su falda para terminar de acicalarla.

—Prometió que llegaría a tiempo —sollozó Helena—. ¡Prometió que no me dejaría sola hoy!

—No estarás sola, estarás con todos nosotros…

—Viene desde Argentina —continuó su hermano, quien ya había aparecido en su silla, peinado y perfumado, empujado por Remigio—. Es un viaje largo y engorroso. Quizá le tocó mal tiempo cruzando la cordillera y no ha podido llegar ni a su hacienda…

—Tienes mi palabra de que, saliendo de misa, pediré al intendente Bascuñán que envíe algún mensajero a la frontera —propuso su padre, saliendo de su recámara al tiempo que se calzaba su levita oscura—. Estoy seguro de que él está bien y esto no es más que un infortunado retraso…

Tomó el rostro de su hija y le sonrió, pero ella no sonrió de vuelta.

—¿Podemos comprobar en la estación? —le pidió—. Por favor, padre… Por favor…

Usó su dedo pulgar para secar una de sus lágrimas.

—Benedictina —la llamó Segismundo—. Di a Jerónimo que vaya hasta la estación. Que pida al jefe de andén el listado de pasajeros del último tren y que vuelva cuanto antes.

Su hija menor lo abrazó y apoyó su rostro en su pecho. Cornelia bufó, exasperada.

—Si envías el carruaje hacia allá, ¿cómo planeas que lleguemos nosotros a la iglesia?

—Caminando —dijo él, tranquilo—, como lo haces todos los días…

—¡Pero hoy no es cualquier día! ¿Qué dirán las señoras cuando me

vean llegar con la nariz enrojecida por el sol y motas de polvo en el reborde de mi vestido?

—Dirán: «Oh, seguro ella vive cerca de aquí y quiso venir en peregrinación» —dijo Beltrán entre risas.

—Son cuatro manzanas de distancia, madre —remarcó Fátima. De hecho, la corta distancia entre la casona y La Compañía había sido uno de los argumentos principales para lograr que el señor Aguirre permitiese la asistencia de algunas criadas a la misa. Benedictina, Alicia y todo el personal de cocina estaban dejando sus labores listas para poder partir.

—Cuatro manzanas atestadas de gente —describió Étienne—. ¿No han salido al balcón?

—¡Calles llenas! —se quejó su suegra, agitando su abanico.

—No te preocupes. Si vas conmigo, nos abrirán paso voluntaria e inmediatamente —la animó su hijo, mostrando con su mano el voluminoso aparataje de su silla.

Segismundo levantó sus brazos.

—¡Como Moisés en el mar Rojo!

Todos rieron, y hasta Helena sucumbió a una leve sonrisa entre lágrimas. Sin embargo, para Cornelia cualquier broma era una humillación.

—¡Me voy! —declaró, cansada, retocando la posición de su grueso peinetón de carey, el que servía de ajuste para su larga mantilla negra de encaje—. Vamos, Beltrán.

—Oh no, no saldré aún. Esperaré a Lenita —señaló, y la aludida se acercó para tomar su mano. Él le besó los nudillos.

—¡Inaudito! ¿Fátima?

—También me quedaré —avisó, situándose al otro costado de Helena. Lo cierto es que, en el fondo de su alma, hubiese preferido correr lo antes posible para ser la primera en entrar al templo: tenía una importante tarea pendiente, pero la angustia de su hermana menor tocaba su corazón y no se le ocurría cuestión más importante que apoyarla.

Cornelia volteó hacia su marido.

—No te preguntaré, pues ya sé la respuesta…

—Quédate y partiremos todos como una familia feliz…

—Yo la escoltaré, señora Vanderbilt —habló el francés, con un sutil gesto de desprecio hacia el resto. La aludida alzó la nariz en señal de triunfo.

—Por fin alguien cuerdo en esta casa. ¡Dame paciencia, María Santísima!

No se despidieron. Ella hizo girar la enagua de su costosísimo vestido verde esmeralda y se aproximó a la escalera curva con decisión, flanqueada por su yerno. Cada escalón que bajaban sonaba con furia.

—¿Por qué de pronto estás de tan buen humor? —enrostró Beltrán a su padre un minuto después, levantando una ceja.

—¿Qué? ¿Acaso no puedo?

—Jamás te ha interesado esta misa…

—Quiero oírte cantar, a ver qué tanto exagera la burguesía de esta ciudad con sus cumplidos —explicó, comenzando a tensar el tono.

—Asistirá Ventura, ¿no es así? —preguntó Helena.

—Los Barros Matheu en pleno —corroboró Segismundo, abotonando su levita—. Nuestro punto de encuentro es el altar de san Luis de Gonzaga.

—Ajá, entonces no vas a escucharme cantar sino a cerrar negocios.

Su padre bajó los hombros.

—Deberías estar *dichoso* de que tu prometida asista a tu espectáculo…

—Estoy dichoso de cantar para *cualquiera* que quiera oírme desde el interés genuino —respondió él. Fátima movió sus manos.

—Padre, Beltrán…, por favor…

—Deberías estar agradeciéndome por asistir a la misa, ¡no pidiéndome explicaciones!

—¡Nadie te obliga! —exclamó el joven—. Prefiero cantar para quienes siempre han estado ahí para mí, no para cínicos de última hora…

—Soy la cabeza de esta familia ¡e iré a donde se me antoje! —gruñó de vuelta, altivo—. Y si estabas esperando la asistencia de alguien en particular, cumplo con avisarte que esperarás en vano.

El tono distintivamente virulento de ese comentario fue lo que encendió la alarma en Beltrán. Podría haber significado cualquier

cosa, podría haber estado refiriéndose a cualquier persona y a nadie en particular, pero…

—Qué hiciste, padre… —murmuró el joven Aguirre, sin disimular su recelo.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—Qué… hiciste…

La voz de Beltrán se quebró. Remigio se movió nervioso tras su silla, sin decidirse a contenerlo o no. Fátima miraba a su padre, estupefacta, temiendo lo que iba a suceder.

Entonces Segismundo se acercó a su hijo y apoyó sus manos en los costados de su silla Bath, inclinándose. Sus rostros quedaron a centímetros.

—Le ofrecí dinero —le dijo él, árido como el desierto del norte— y lo aceptó. Hoy mismo se larga de esta ciudad.

—¡No!

—¿Quién? —se alteró Helena—. ¿De quién estás hablando, padre?

—¡No es cierto! —gritó Beltrán, desencajado. Movía tanto su torso que Remigio lo abrazó por la espalda, evitando que cayese de la silla —. ¡Él jamás habría aceptado! ¡Mientes!

El patriarca volvió a su postura erguida y maquinó una mueca de indiferencia, aunque Fátima podía jurar que fingía.

—¿Acaso tendré que pasar el resto de mi vida encausando la tuya?

El dolor en el rostro de su hermano hizo a Fátima temblar de desconcierto. Quiso tomar su mano, pero se movió más rápido de lo que los presentes habrían anticipado. En una serie de gestos que solo el tenor y su *valet* comprendían, Remigio tomó el respaldo de la silla y comenzó a tirar hacia atrás por el corredor.

—¿¡A dónde vas!? —gritó ahora Segismundo, apurándose hasta su hijo.

—Iré a buscarlo —balbuceó su hijo mayor, con los ojos enrojecidos —. ¡Probaré que no es cierto!

La última habitación del segundo piso, la de la esquina surponiente, era la que a través de su amplio ventanal conectaba con la rampa que bajaba hacia el jardín. La habitación de Beltrán.

—No irás a ningún lado —pronunció el padre entre dientes, volteando luego hacia Remigio, sabiendo que su dura mirada era una

orden suficiente para el indígena—. No irás a ningún otro lugar que no sea la misa de la Inmaculada Concepción…

—¡Maldita sea esa misa y malditos sean los curas que las dirigen! —exclamó, completamente fuera de sí, y entonces miró a Fátima—. Perdóname, Fati. No cantaré hoy, porque necesito encontrar a…

—¡Basta! ¡Irás donde yo diga o nada!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Encerrarme?

—Es exactamente lo que haré.

El señor Aguirre rodeó a su hijo, apartó al *valet* bruscamente y empujó la silla por el corredor. Entraron a la habitación de Fátima, se detuvieron cerca de la cama y, en un movimiento más ágil del esperado para su edad, Segismundo tomó a Beltrán desde las solapas de su chaqueta y lo soltó sobre la cama. Helena corrió a socorrerlo.

Luego siguió empujando la silla vacía hasta la salida.

—Quedará confiscada en mi despacho. Aún tienes un par de horas para recapacitar. Cuando regreses a la sensatez que se espera de un heredero Aguirre Vanderbilt, la tendrás de vuelta.

Apenas Segismundo salió de la habitación, envuelto en el chirrido histérico de las ruedas de metal, Remigio y Fátima pudieron por fin entrar. Beltrán no tuvo fuerzas para seguir gritando o forcejeando; boca abajo sobre la colcha de su hermana, se abandonó a un llanto amargo.

—No puede ser… Él jamás aceptaría… No me traicionaría, lo sé…

Remigio puso uno de sus brazos bajo el pecho del joven para evitar que se ahogara. Fátima le acarició el rostro y Helena le abrazó los pies.

—¿A quién se ha referido padre? —le preguntó Helena, compartiendo la angustia de todos los presentes—. ¿Quién se irá de la ciudad? ¿Alguien a quien estimas?

Su hermano estrechó la mano que Lenita le extendía.

—Lo estimo, sí… Lo quiero…

—¿Es un amigo?

—Es más que un amigo —admitió, más abatido que nervioso. Estaba tan cansado de esconderse…

Fátima pasó sus dedos por el cabello castaño de Beltrán, peinándolo como lo hacía cuando eran niños.

—Creo que lo conocí por casualidad —le dijo, buscando sus ojos—. En el taller del maestro Cicarelli…

Después de años de práctica y complicidad, una mirada bastaba para saber qué había en la mente del otro. Ella le sonrió con compasión y él, con el rostro empapado, le sonrió en agradecimiento.

—¿Tenía la camisa fuera del pantalón y los dedos manchados de pintura?

—Y unos ojos amables, sí…

—¿Tu amigo es un joven agradable? —quiso saber Helena, ajena al entendimiento mutuo de sus hermanos mayores.

Él limpió su nariz con el dorso de su mano.

—Tiene el corazón más grande del universo —describió, con los ojos cerrados—. Y es un artista tan talentoso… No creerías lo que sus manos son capaces de hacer…

—*Tú* tienes el corazón más grande del universo —apuntó Fátima, conmovida—. Y si tú lo quieres, yo lo querré también.

El pecho del tenor estallaba de dolor y emoción a la vez.

—Pero padre dijo que le dio dinero para irse de Santiago —repitió Lenita—. ¿Por qué haría algo así?

Una nueva mirada cómplice entre Beltrán y Fátima bastó para tomar la decisión. Había que moverse.

—¿Sabes dónde encontrarlo? —indagó ella, con un tono de urgencia—. ¿Estará en el taller?

—No, ahí no —negó su hermano—, pero sé dónde puede estar…

Fati asintió. Luego se levantó y se acercó al ventanal de su habitación. La vista desde el balcón daba a la Calle de la Moneda.

Miró a Remigio.

—¿Has escalado un muro alguna vez?

El *valet* dejó a Beltrán apoyado sobre el respaldo de la cama y se reincorporó de un salto. Llegó junto a Fátima, observó a través del cristal y, con tal de estar seguro, abrió ambas hojas. Salió, se apoyó en la barandilla del balcón e inspeccionó hacia los lados y había abajo. Eran unas cinco o seis varas hasta el suelo.

Volteó. Y asintió, convencido.

—¿Qué estás planeando? —preguntó el joven, más alerta que hace un minuto.

Ella regresó a su lado.

—Nunca supe cómo diablos lograste subir hasta la punta del quillay aquella vez —le dijo con nostalgia—. Hoy, Remigio es tu árbol. Aférrate lo más que puedas.

Helena saltó al entender.

—¿Estás loca? —se persignó—. ¡Se romperá el cuello!

—Remigio no dejará que suceda.

Beltrán se quitó la chaqueta y la corbata de seda, para luego impulsarse con los codos hasta el borde de la cama. Remigio se acuclilló, dándole la espalda para que él pudiese rodear su cuello con sus brazos. Se levantó otra vez con tanta facilidad que parecía que el mayor de los Aguirre pesaba menos que una pluma.

—Reza por mí, Lenita —le pidió, lanzándole un beso en el aire. Ella le sonrió, nerviosa, y luego se tapó el rostro, porque no quería mirar lo que iba a suceder.

Se acercaron nuevamente al balcón. A lo largo de la calle, mucha gente circulaba bajo sombreros y sombrillas, ninguno pendiente de algo o *alguien* que pudiese caer del cielo…

Remigio volvió a mirar a su alrededor para calcular sus movimientos. Llevaba a Beltrán como si fuese una larguirucha mochila.

—¿Dónde irán? —preguntó Fátima en un susurro, y el *valet*, que solía no modular palabra alguna si no era estrictamente necesario, dijo:

—*La Casa de las Otras*.

Ella lo pensó un momento. Apretó los párpados; todo le pareció tan obvio…

—¿Qué pasará con padre?

—Yo me encargo, no te preocupes —respondió Fati, y añadió—: Lo único que lamento es que no te escucharé cantar hoy…

Él movió la cabeza.

—Te cantaré después de la dichosa misa… si logro que madre me dejé entrar a casa otra vez.

—Dejaré el ventanal abierto, entonces. Por donde bajarás ahora, también podrás subir.

Su hermano la observó un momento. Tuvo la extraña sensación de

que la echaría de menos, como si ella estuviese a punto de partir a un largo viaje.

—Eres lo segundo que más amo en la vida —declaró.

Lo besó en la mejilla.

—¿Qué es lo primero?

Remigio ya había puesto un pie en la barandilla.

—Las panquecas de chocolate de Bene.

Rieron bajito, como siempre lo hacían, y se miraron por última vez.

Sin aviso, el *valet* saltó al borde externo del balcón, asido a la barandilla. Desde ahí, y apoyándose en las distintas molduras, fue bajando, con el joven Aguirre fuertemente enganchado y negándose a mirar. Fátima se quedó ahí hasta que, en un segundo salto de al menos dos varas, Remigio tocó tierra. Estaban a salvo.

Ella retrocedió unos pasos y cruzó su habitación. Helena estaba en el umbral hacia el corredor.

—Debo irme —le dijo a su hermana, contrariada—. Se hace tarde…

—¿Guardarás un sitio para Craig y para mí?

Fati tomó sus manos. Cualquier comentario que creyera sensato iba a romper su corazón, así que simplemente respondió:

—Por supuesto que sí. Te quiero mucho. ¿Lo sabes?

—Lo sé.

Se hicieron mutuamente la señal de la cruz en sus frentes. Luego Fátima tomó su peineta y mantilla, que estaban listas sobre el mueble junto a su puerta. Con el calor que hacía afuera, prefería ponérsela cuando ya estuviese cerca de la iglesia.

Casi había terminado de bajar la escalera curva cuando se encontró con Alicia y Jerónimo yendo en dirección contraria. Las miradas de ambos eran elocuentes.

—Ni señas del barón, imagino…

El cochero negó con los labios apretados. La joven señora Aguirre se hizo a un lado para que los criados pudiesen subir y darle la noticia a Helena. Habría deseado subir ella misma para contenerla, pero no podía perder ni un minuto más…

Al avanzar por el vestíbulo y a pocos pasos de la puerta de salida,

captó de soslayo la silueta de su padre contra el ventanal del salón principal. Levemente inclinado, miraba su pipa como si esperara que el objeto le hablara de vuelta.

—Intentaré guardar sitios para Helena y para ti —le comunicó a lo lejos, cortante, interrumpiendo los pensamientos de Segismundo de improviso.

Él subió la mirada hacia ella y asintió, autómata.

—Y para Beltrán, cuando entre en razón.

Ella no respondió nada. Bajó la cabeza, sintiendo la rabia bullir en su estómago. Retrocedió lentamente y se dirigió otra vez hacia la salida.

Pero se arrepintió.

—Sé que hay algo que intuyes desde que volvimos de Francia… y lo corroboraré para ti, así no tendrás que seguir durmiendo con la duda —expresó, con probablemente el tono más duro que había usado jamás hacia su padre—. Sí, yo respondí el examen final de Beltrán en la academia.

Segismundo cambió completamente su postura. Del ensimismamiento pasó a la rigidez.

—Lo intuía, sí.

Antes de que él se decidiese a un largo monólogo sobre valores y principios, ella tomó el control de la conversación.

—No lo hice porque él no tuviese el conocimiento o la capacidad, sino porque ese día tenía algo mucho más importante que hacer. ¿Sabes qué era? Una audición en el Palais-Royal de París. Había una vacante en la nómina de tenores.

Alguna vez creyó que sería muchísimo más difícil revelarle todo eso, si es que un día se atrevía a hacerlo. Ahora sentía que era, por lejos, de los momentos más liberadores de su vida.

—Creíamos que si él ganaba ese puesto, si lo aceptaban en un lugar tan exclusivo e influyente como ese, a ti no te quedaría más remedio que aceptar su talento y dejarlo perseguir su sueño… Pero falló. Los nervios lo traicionaron. Desafinó su aria y no consiguió entrar, así que volvió aquí, a Chile, con el diploma que tú esperabas y resignado a su destino. Yo lo ayudé, y no me arrepiento. Si ambos estamos condenados a seguir caminos lejos de nuestros anhelos, nos

tenemos el uno al otro para navegar la tormenta.

Su padre caminó lentamente hacia ella. No había enojo en su rostro, tampoco una real sorpresa. Parecía abatido con cada palabra que salía de la boca de Fátima.

Ella revolvió la mantilla arrugada entre sus manos.

—Sé que nos amas, padre. Podría asegurarlo… y, aun así, has hecho miserables nuestras vidas de tantas formas… —pronunció, ahora con un nudo en la garganta. No quería mirarlo, pero se armó de valor y creó el contacto visual que faltaba—. ¿Llegará el día en que nuestra felicidad, lo que sea que eso signifique y aunque escape a tu entendimiento, valga más que tu compulsión por recordar quién manda?

Habría jurado que notó un leve temblor en el mentón del patriarca, pero no se quedó a averiguarlo. Tampoco le dio espacio a réplica. Se dedicaron una mirada intensa que ella sostuvo cuanto pudo, lo suficiente como para que su salida sin despedirse no pareciese una huida.

Arriba, en el segundo piso, no había furia sino tristeza profunda. Helena lloraba en los brazos de Alicia, declarando que no saldría nunca más de casa hasta que su prometido volviese a la ciudad. El último rumor circulante decía que él ya se había cansado de ella, que quizá hasta había anulado el compromiso… ¿Cómo podría presentarse a uno de los eventos más importantes del año, completamente sola, sin justificación alguna que entregar? ¿Estaba dispuesta a ser el hazmerreír de la capital por meses?

Alicia rompió el abrazo y buscó los ojos de Lenita con intención. Secó sus lágrimas con su delantal.

—Si el rumor es que ya no habrá nueva baronesa de Rothschild, la mejor forma de probar lo contrario es… *mostrarles* a una.

La doncella apuntó a un rincón de la habitación con la mirada. Helena demoró varios segundos en entender, pero cuando lo hizo, su rostro cambió. Irguió su espalda y se llevó una mano a su perfecto peinado, el que por ningún motivo cubriría con una piadosa mantilla negra esta vez.

—Soy una baronesa, y una baronesa les daré.

XXIV

8 de diciembre de 1863

Para ese momento de la tarde, la medalla de las Hijas de María era como la insignia en el sombrero de un policía: si alguien la veía, debía abrir el paso. Fátima la alzaba constantemente para avanzar entre el gentío, a veces lográndolo, a veces no. La prioridad de acceso a la iglesia para las devotas de la Virgen era una disposición tácita, más arraigada en las buenas costumbres que en una normativa, por lo que ciertos feligreses —ciertos hombres, principalmente, que no pisaban una misa en todo el año, pero sí aparecían para *esta*— no se mostraban muy dados a cumplirla. Sobra decir que esas presencias eran excepcionales, pues la mayor parte de la población masculina de Santiago estaba, a esa hora, en cualquier otra actividad menos la parroquial: los cafés de los hoteles se hallaban repletos de caballeros en reuniones lúdicas o políticas, las oficinas gubernamentales funcionaban como cualquier día hábil y el comercio abría sus puertas con normalidad. En un breve vistazo a las calles, volvía a confirmarse esa desdeñosa frase que sostenía que la religión era un asunto de mujeres, si bien eso demostraba su gran poder de convocatoria, anunciando la festividad más masiva del año…

Obstáculos más, obstáculos menos, Fátima cruzó las pocas cuadras que separaban su casa de La Compañía en el triple de tiempo que el usual, por lo que arribó a la fachada cuando las puertas ya se habían abierto para los concurrentes. Faltaban tres horas para la ceremonia y el acceso principal era un caos.

Suerte que ella no tenía planeado entrar por ahí.

Algo «bueno» de las sucesivas reconstrucciones de la iglesia de los jesuitas sobre sus propias ruinas era que a nadie se le ocurría utilizar las capillas frontales para entrar a la nave central. El paso desde cada una de ellas había quedado estrecho y engorroso desde la última refacción, y ya lo sabían bien las asociadas, quienes para rendir honores a la escultura de la Inmaculada debían entrar y salir por esa puerta interna varias veces al día, muchas veces raspando o ensuciando sus faldas en el proceso. Claramente, ese marco de piedra y madera no estaba pensado para una crinolina de dos varas de diámetro.

Así entonces, la aglomeración de las personas en la gran puerta principal se transformó en una ventaja para Fátima, ya que el acceso a la capilla de las Hijas estaba bastante despejado en comparación. Consultó la hora a un hombre elegante que asistía con su esposa y dos hijas pequeñas: las cuatro y quince de la tarde.

Miró hacia todos lados.

No había señas del señor Bonecraft.

¿Habría llegado puntual y se habría marchado luego, decepcionado? ¿Creería que citarlo ahí había sido un capricho femenino? ¿Estaría retrasado y quizá, quizá, aún tendría chance de verlo antes de que abandonase la ciudad? Puso una mano sobre su vientre, donde llevaba cierto pañuelo escondido bajo la gruesa pretina de su falda. No podía irse sin abrazarlo de nuevo, no podía irse sin besarlo por última vez…

Comprobó la postura de su peineta y mantilla e intentó calmar su pena para concentrarse en su objetivo más urgente. Alzó los ojos bajo el umbral de la capilla y se persignó. El asunto le tomaría un minuto, solo un minuto…

—No creí que tuviese la desvergüenza de presentarse, señora Aguirre.

El tono de Juan Bautista Ugarte fue tan ácido como era de esperarse, pero Fátima no reaccionó a eso sino a su imprevista presencia. Él no tenía que estar ahí, menos a esa hora. ¿Qué diablos hacía en el altar de la Inmaculada?

—En el cierre del Mes de María no hay restricciones de acceso para ningún feligrés, padre Ugarte —le recordó ella, caminando lentamente

para no denotar su nerviosismo.

—Así es, así es —concedió él—. Cuando celebramos a María Santísima están todos invitados a la casa del Señor, ya seas una persona de bien o una abominable pecadora.

Ella se alegró por un momento. Hace unos años, esa frase de agresión pasiva le habría hecho mucho daño. Ahora eran sílabas que resbalan por su velo y caían al suelo de piedra, insignificantes, inválidas.

—Los pecadores son los invitados más esperados y agasajados en la casa del Señor. Eso nos enseñó la parábola del Hijo Pródigo. Nunca estuve muy de acuerdo con ese postulado, pero ahora lo entiendo muy bien.

La suficiencia en el rostro del párroco se diluyó pronto en la molestia obvia. Fátima ya había comprobado mil veces su dominio de los versículos en las sesiones de la cofradía y él saldría trasquilado, otra vez, si intentaba aplastarla en ese frente.

Tenía que ser en otro.

—Este templo se está llenando hoy de pecadores, qué duda cabe. Arrepentidos, eso sí, pues a eso apunta la parábola. ¿Está arrepentida de sus horribles faltas, Fátima Evangelina?

Ugarte se erguía justo frente a la Inmaculada, rígido, entorpeciendo el paso hacia la escultura. Llevaba un alba muy elegante sobre la sotana, de algodón y encaje, amarrada con un grueso cíngulo de cuerda blanca que terminaba en dos abultadas borlas. Sin embargo, la casulla que había escogido para la festividad era el más llamativo de sus ornamentos: de amarillo ocre y bordada enteramente en canutillo con hilo de oro, dejaba libre las mangas y le cubría hasta los pies. Debía de pesar una tonelada.

Él sabía perfectamente que el primer movimiento de cada mujer que pasaba por esa capilla era besar el pie desnudo de la Virgen. A su díscola acompañante no se lo permitiría.

Fati estaba más preocupada del bloqueo hacia la rejilla del altar hueco.

—Creo que usted y yo tenemos algunas discrepancias sobre qué es una «horrible falta»…

—Oh, no hay duda. Por lo mismo, lamento que su penitencia no

diera los frutos esperados —habló, en burla solapada—. Dudo que la Virgen haya visto verdadero recogimiento en su altiva actitud. Administrar el buzón debía mantenerla humilde, ¡no subirle los humos a la cabeza!

—Para que usted asigne un castigo, debe confesarse un pecado, y en mi caso yo no le compartí ninguno. ¿Lo recuerda?

—Recuerdo muy bien haberle advertido que las mujeres incapaces de concebir son repudiadas por Dios…

—Pero no es mi caso, no —lo contradijo, produciendo en el sacerdote un gesto de máxima indignación—. Si de algo me arrepiento es de no haber detenido a mi madre cuando debí hacerlo, para así evitar que ella viniese hasta usted a pedir la ayuda equivocada. Lamento haberle hecho perder su valioso tiempo, padre Ugarte.

Él apretó los dientes, guardando a como diera lugar la compostura, pues había parroquianos circulantes muy cerca de ellos.

—Esa soberbia la llevará pronto a la perdición, señora Aguirre… —vaticinó, sombrío—, y no dejaré que más almas se descarrilen. Así que aquí me ve, inclaudicable en mi misión. Como por esta capilla pasan solo mujeres de devoción mariana, era un excelente momento para reclutar nuevas asociadas. Agradezco su generosidad por liberar una vacante.

Otro sarcasmo que Fati no se tomaba a mal. Sentía liberado su corazón.

—Suerte con las nuevas inscripciones, entonces. Lo dejaré a la labor.

Ella no hizo una reverencia, sino un gesto sutil con su cabeza. Dobló inmediatamente hacia su derecha, lista para pasar por la puerta de conexión hacia la nave central de La Compañía. Volvería a acercarse al buzón en otro momento, estaría horas al acecho si era necesario…

—No tan rápido.

Fátima se detuvo justo bajo el grueso dintel de roble. No giró su cuerpo, pero sí su rostro.

—¿Algo más, padre Ugarte?

—Claro que sí —dijo, y extendió su brazo hacia ella con la palma de su mano expuesta—. Su medalla.

Ahora sí volteó. En un movimiento reflejo, llevó una mano a su pecho y tocó las dos piezas de metal que colgaban de su cadena de plata, escondidas bajo los botones de su chaquetilla.

—¿Mi medalla?

—Usted ya no pertenece a las Hijas de María —declaró él—, por lo que no merece llevar su imagen al cuello. Ese es un privilegio para las mujeres que conocen su lugar en el mundo, para las puras del alma que honran el mandato de la Inmaculada. Usted no fue ni será digna de su llamado.

Ugarte disfrutó el gesto de pavor que Fátima no pudo disimular, si bien erraba en sus causas. Para él, expulsarla de la cofradía era un hito que la convertiría en una escoria entre sus pares, impactando sin remedio en su vida familiar y social, lo que en sus turbios términos significaba un triunfo propio. A ella, por cierto, poco le importaba una asociación que estaba a punto de morir… Pero que no podría morir si obedecía a lo que el párroco le pedía. Quitarse la medalla significaría exhibir la llave, la bendita llave maestra, y prefería salir corriendo entre la multitud antes que entregarla por voluntad.

—Pagué buen precio por esta medalla —moduló Fátima, emitiendo el argumento más estúpido que pasó por su mente, pero lo suficientemente absurdo para descolocar a su interlocutor—. Es plata fina de las minas de los Zimmermann. ¿Reembolsará usted mi inversión?

—¿Qué dice? Por supuesto que no —se exasperó él, observando a la joven Aguirre de arriba abajo con desprecio—. No le estoy preguntando, se lo estoy ordenando. ¡Entregue su medalla, ahora!

—¡Niña Fátima!

Desde el umbral que daba a la calle, y entrando tras otras dos mujeres a la capilla, Benedictina asomó su rostro angustiado y enrojecido. Parecía haber corrido muchas calles bajo el sol.

—¿Bene? —se preocupó Fátima, retrocediendo y pasando junto al sacerdote como si no existiera.

Su criada casi se desmaya en sus brazos.

—Beltrán… Beltrancito…

—Él está bien, no tuvo más opción que escapar por la ventana. Era necesario. Pero no te preocupes, llegará pronto de vuelta a casa…

—No, no —balbuceó ella, jadeante—. Don Segismundo… Niña mía, su padre…

—¿Él ya lo sabe? —se preocupó.

—Y está furioso… Furioso como nunca…

—Dejemos que se enfurezca. Se le pasará.

—Prohibió venir a misa a todo el personal. ¡Estábamos tan ilusionados! Yo escapé solo para advertirle a usted…

Por fin Fátima conectó con la angustia de su doncella.

—Creo que mi padre, Beltrán y yo tendremos una dura conversación esta noche…

—No, esta noche no… —insistió Benedictina—. Salió sulfurado de casa, tomó el carruaje… Sabe dónde está su hermano…

—Es imposible…

—Lenita se lo dijo —confesó, contrariada—. La obligó, no es su culpa… Le dijo que Remigio había susurrado algo sobre «las otras»… Yo no sé qué significa, pero seguro usted sí…

La joven Aguirre cerró los ojos. Esa pista sería suficiente para su padre.

—Será otro escándalo como el del taller de Cicarelli…

—Mucho peor —le advirtió Bene, casi al borde del llanto—. Ahora lleva un arma…

Eso la dejó sin aliento. Su padre había recibido, hacía ya muchos años, un revólver Colt como los que usaban los *rangers* de Texas, pero nunca lo había utilizado… o al menos jamás lo había admitido. Salir con él en el cinto significaba que no estaba pensando con claridad y que algo saldría mal, muy mal…

—Iré a buscar a Beltrán, iré ahora mismo —le prometió, nerviosa, caminando con la criada hasta la salida.

—Le pedí a Jerónimo que tomase una ruta larga, que lo demorase a propósito…

—Muy bien —la confortó Fátima—. Con la cantidad de gente en las calles, ir en transporte fue su peor decisión. Si voy corriendo, llegaré antes que él.

Y era cierto. De la esquina de la iglesia a la Maison des Autres, en San Pablo con la Calle de los Teatinos, había apenas cinco manzanas de camino.

Benedictina hizo la señal de la cruz en la frente de Fati. Ella volteó hacia la capilla, desde donde el padre Ugarte la miraba con odio contenido, sin poder ir tras ella pues estaba atrapado entre dos devotas que le pedían más detalles sobre las sesiones de las Hijas de María, para así decidir su inscripción. Fátima dudaba de que él fuese a prevenirlas sobre el martirio obligatorio…

Vio también la escultura de la Virgen a la distancia, pensando en lo que se escondía en su altar hueco y aún no podía alcanzar. Había muchas mujeres que habían confiado en ella, que probablemente ya se habían acercado a la urna para dejar su reveladora carta… Había toda una operación inédita que dependía de un pequeño clic en una cerradura que solo ella podía materializar. ¿Cómo no iba a ser capaz de lograrlo? ¿Cuántos más obstáculos encontraría?

Aún tenía un par de horas. Podría hacerlo.

Le dio orden a Benedictina de que se quedase en la iglesia y buscase a su madre, quien probablemente estaría cerca del altar del Señor Crucificado. Que ella regresaría cuanto antes. Apenas su doncella se despidió, Fátima tocó la parte de su corsé que escondía un pañuelo con iniciales en hilo azul. Volvió a mirar hacia los lados, hacia la calle, hacia la muchedumbre que se movía espesa, a paso lánguido como el ganado, para poder encontrar un sitio dentro de La Compañía. Buscaba un rostro de lentes, uno que temía no volver a ver.

No tenía más opción que dejarlo ir.

Tomó un pliegue de su falda y comenzó a murmurar disculpas y excusas para poder cruzar entre la gente en dirección a la Calle de la Bandera. Eran tantas las personas, y tanto el ruido de rezos y cuchicheos, que no escuchó una voz que le gritaba desde el otro extremo.

—¡Fátima! ¡Fátima!

Maximilian la vio salir por la puerta de la capilla y se apresuró. Dio algunos empujones, pidió disculpas en inglés y saltó un par de veces por sobre las cabezas de los feligreses, pero avanzar entre las faldas ampulosas y los niños inquietos era muy difícil. Si así era afuera, no podía ni imaginar cuán atochada estaría la iglesia por dentro…

Forcejeando, logró llegar hasta la entrada del callejón lateral. Se

detuvo ahí para recuperar el aliento y decidió que no se movería. ¿A dónde iba Fátima? No la vio con actitud de entrar al templo, pues siguió de largo. Lo mejor sería esperarla ahí mismo, junto a la capilla, donde ella le había asegurado que se verían por última vez…

Entonces sintió algo rígido y frío en su espalda. Al comienzo creyó que algún infante había tropezado con él, alguna señora con un cofre de ofrenda…

Al presionar el objeto contra su piel, no hubo duda.

Era el cañón de un arma.

—*Did you miss me, Mister Baltimore*?

La voz de Michael Gunn era lo último que Max hubiese previsto escuchar. El fraseo del rosario católico a distintos ritmos a su alrededor ya lo tenía un poco mareado, pero al saberse encañonado creyó que se desmayaría.

—Señor Gunn…

—*Let's walk. Shall we*? —le susurró el veterano, demasiado cerca de su oído para el gusto del joven abogado.

Asintió, levantando levemente sus manos en señal de sumisión, y salieron del callejón para atravesar la plazuela. En esa algarabía, dos hombres caminando muy cerca el uno del otro no llamaba la atención de nadie. Maximilian estaba desarmado, como siempre en su vida, por lo que voltear y enfrentarse al confederado no era opción. Tampoco había espacio para correr.

Cerró los ojos y evocó la imagen de Fátima. Sus mejillas suaves, el sutil aroma a jabón en su cuello. No pudo sonreír, pero quiso hacerlo. Cuán simbólico era que un beso fuese lo único que lo acompañase a su tumba.

La fachada de la Maison des Autres era tan sencilla como cualquier casa de pasado colonial y tan misteriosa como cualquier lugar donde sonase, a toda hora y por cualquier motivo, risas desbocadas y los acordes de un piano. Salvo cada ocho de diciembre, por supuesto. En esa esquina, el rumor de las voces de los cientos de parroquianos que aún no entraban a La Compañía llegaba como susurros diluidos y el

nulo movimiento dejaba espacio al silencio. Al menos durante esa tarde, *las otras* no eran el centro de la atención.

Pero lo eran ahora para Fátima.

La gruesa puerta de caoba estaba cerrada. No tenía aldaba ni campanilla. Ansiosa, golpeó varias veces, primero suavemente y esperando algunos minutos, luego con más fuerza e insistencia. Jamás imaginó estar en esa posición alguna vez en su vida: rogando que la dejaran entrar a un burdel. Si sumaba a eso su voluntaria caída en los brazos del adulterio, podía escuchar en su cabeza la voz de su madre, trastornada, pidiendo por una tortura ejemplar y consiguiente excomunión…

Dio vuelta a la esquina y entró por San Pablo. Casi en el límite de la propiedad había otra puerta, más pequeña y discreta, y como tampoco poseía algún método formal de anunciarse, Fátima simplemente comenzó a golpear. «¡Por favor! ¿Hay alguien aquí? ¡Abran, por favor!». Que nadie contestara, a fin de cuentas, podía significar algo bueno: que efectivamente no había alma alguna en casa, que su hermano estaría en otro lugar, y que su padre haría el viaje en vano…

Un hombre obeso de ojos rasgados apareció bajo el umbral. Ella dio dos pasos hacia atrás, asustada por esa repentina aparición, y luego hizo una reverencia, sin estar segura de si era el gesto correcto en un contexto como ese.

—¿Mi hermano está aquí? —preguntó, afligida—. Por favor, déjenme verlo… Díganle que…

—¿Señora Aguirre?

Madame Lysanne asomó su rostro tras el hombro del guardia. Llevaba polvos de color en los pómulos y tinte con miel en los labios. Esta vez su vestido no incluía escote sino una recatada blusa hasta el mentón, y apretaba una mantilla de encaje en sus manos. Cuando vio a Fátima, se sobresaltó.

—Señora Lysanne… *madame* Lysanne —empezó ella, torpe y ruborizada, saludándola con una inclinación.

—Íbamos de salida hacia la iglesia, señora Aguirre. ¿No debería estar usted allá?

—Mi hermano —apuntó—. Sé que mi hermano está aquí…

—Mi establecimiento cierra todos los ocho de diciembre —aclaró ella, con su mejor cara de negocios—. No hemos recibido ni un solo cliente en todo el día.

—Intuyo que Beltrán no es un cliente… *común* —dijo, y eso le revolvió el estómago. Amaba a su hermano mayor, Dios sabía cuánto lo amaba, pero ese aspecto de su vida no sería algo fácil de asimilar. No podía negar que había escuchado rumores, que había visto extrañas situaciones en París con supuestos *amigos* que pasaban la noche en casa; sin embargo, hablar sobre esto a toda luz y aceptarlo era algo muy diferente. «Una desviación antinatura», había dicho alguna vez el padre Ugarte, en una homilía donde repudió cruelmente a dos jóvenes que habían sido expulsados de la universidad por conductas impúdicas. Ella no sabía qué pensar, realmente; no le quedaba más que confiar en su hermano y en la pureza de sus intenciones. Si su elección no dañaba a nadie, si la mantenía en absoluta discreción como los disidentes lo hacían con su fe, ¿era realmente un pecado, después de todo?

—Ha perdido su tiempo, señora Aguirre —declaró Lysanne—. Si me permite, ya vamos atrasadas y…

—¿Me lo promete? —moduló Fátima, sin esconder un gramo de angustia, reteniendo la puerta que la proxeneta estaba por cerrar—. ¿Promete que Beltrán no ha venido hoy? Mi padre está por llegar, y si lo encuentra…

—¿Su padre? —repitió la dueña, demostrando ahora ella su interés.

—Hará un escándalo… y viene armado —la alertó, compartiendo con la mujer el entendimiento de lo que eso podía significar—. No temo por Beltrán, temo por… por… por Nino…

La *madame* retuvo su último aliento y con la fuerza de sus pulmones llamó a un tal Sandro. En los segundos que el hombre demoró en aparecer, otras chicas llegaron a la puerta a husmear el alboroto. Entre ellas, Fátima reconoció los rostros de Perla y Francine, ambas con sus mantillas puestas, listas para salir a misa.

El corpulento guardia llegó corriendo y las meretrices hicieron espacio para que avanzara hasta la jefa. Ella habló con decisión.

—Que los tórtolos recojan sus cosas. Sácalos por el pasadizo,

llévalos donde Constantino. Él sabrá qué hacer.

Sandro asintió y regresó de vuelta por el pasillo. Las muchachas comenzaron a farfullar, confundidas, mientras Fati se persignaba, aliviada pero jadeante. «Gracias, María Santísima… Gracias…».

—¿Por qué hace esto? —le preguntó Lysanne, esta vez acercándose hacia la joven, dejando incluso la protección del umbral para bajar hasta la calle. Su postura a la defensiva era esperable.

Inspiró hondo, incómoda.

—Ellos se *aman*, ¿verdad?

La proxeneta relajó los hombros. Luego asintió, sin cortar el contacto visual. Debía reconocer que empezaba a sentir verdadero afecto por la hija de la insufrible beata Cornelia Vanderbilt.

La señora Aguirre asintió para sí misma, inmersa en su debate interno, rumiando lo inaudito de aquello. Entonces sonrió tibiamente a Lysanne, hizo una nueva reverencia y dio un paso para alejarse. La mujer la detuvo.

—No cualquiera habría hecho esto —admitió, en lo que sonaba a un cumplido—. Ya le había dicho, es usted muy valiente. Déjeme compensarla.

—Mi mayor compensación es la felicidad de mi hermano —le respondió, sincera, haciendo otra vez un gesto de despedida. La *madame* insistió, estirando su brazo hacia ella.

—Usted sabe… Seguro usted sabe… que su marido es un regular de este establecimiento.

Fátima enderezó su espalda, aferrándose a su dignidad.

—No lo sabía —confesó, bajando la mirada—, pero no me sorprende…

Lysanne tensó la barbilla.

—Pídamelo, entonces. Una palabra suya, una sola, y ese bastardo no vuelve a pisar la *maison* mientras yo esté viva.

La joven subió los ojos de golpe. Las chicas, unos pasos más atrás, ahogaron un grito de sorpresa.

—¿Está dispuesta a perder un cliente… *por mí*?

—En este rubro, señora Aguirre, jamás faltarán los clientes —le aseguró, con la confianza inherente de quien lleva muchos años de circo—. Si no es una preocupación para mí, que no lo sea para usted.

A Fátima le costó situarse en esa nueva posición, tan desconocida y a la vez tan deseada: con la potestad de decidir por otro. Una posición de poder. Debía asegurarse de usarla bien.

—No lo haga —respondió por fin.

No es lo que la proxeneta esperaba escuchar.

—¿Está segura de haber entendido lo que le expliqué?

—Perfectamente —corroboró ella, con una mueca de profunda decepción—. Aunque le parezca difícil de creer, mi respuesta más honesta… es que no siento dolor. Tampoco rabia. Es casi un extraño para mí, un desconocido en mi casa. Lo único que sí siento, aquí en mi corazón —dijo, tocándose el pecho—, es el vacío de la vida que he perdido y seguiré perdiendo… porque él hace aquí lo que nunca, nunca ha querido hacer conmigo, ni querrá jamás, hasta que la muerte nos separe…

Ahora sí partió. Necesitaba salir de ahí. No dirigió más reverencias ni gestos, simplemente tomó su falda y corrió por San Pablo, para dar la vuelta en la esquina y perderse calle abajo.

Zara se acercó a madame Lysanne, quien seguía petrificada en su sitio, con la vista puesta donde Fátima había desaparecido.

—¿Ella acaba de decir lo que creo que acaba de decir?

—Así parece —respondió la jefa, pensando.

—Pero no puede ser posible…

—Es lo *más* posible en esta historia —la contradijo, por fin dibujando una sonrisa. Giró sobre sus talones, se abrió paso entre el grupo de chicas fisgonas y entró a la casa—. ¡Misty! ¡¿Dónde está Misty?!

—¡Aquí, aquí! —exclamó la aludida, quien había estado esperando, mantilla y rosario en mano, sentada en la escalera—. ¿Ya nos vamos?

—Tú y yo llegaremos tarde —anunció—. Todas las demás, adelántense. Francine, lleva una vela extra y, si logras llegar hasta el altar de nuestra Magdalena, enciéndela en nombre de la señora Aguirre.

—Amén —sonrió Francine.

Miró a Ôzeki.

—¿Y el señorito?

—A salvo los dos —confirmó él.

—Bien. Cuando Segismundo Aguirre llegue gritándole a la puerta, déjenme, que yo misma le abriré a ese malasangre.

—Esperarlo a él la retrasa a usted… ¿Y por qué a mí? —se quejó Misty, cruzándose de brazos.

—Porque en el intertanto vas a escribir una pequeña carta por mí —dijo, misteriosamente contenta—. Vamos a salvar a una virgen, y no es la Inmaculada.

XXV

8 de diciembre de 1863

Según el sereno que pasó gritando a su lado, con su gabán azul y gorra de plato, eran casi las seis de la tarde. Para Fátima eso solo significaba una cosa: sería imposible volver a entrar en La Compañía.

Sorteando los grupos de rezagados, optó por dar la vuelta por la Calle de la Catedral y entrar por la Calle de la Bandera, esperando que ese ingreso lateral de la iglesia estuviese menos abarrotado. Se equivocó. Había mucha gente afuera y la masa bajo el umbral parecía estancada. Siguió rodeando el perímetro y las puertas principales figuraban igual de rebosantes en feligreses ansiosos, con ya muy poco espacio que llenar. La puerta de la capilla de los Dolores estaba cerrada, lo que le pareció muy extraño, y temió lo peor. Un tanto más brusca que de costumbre, pasó entre adultos y niños bordeando la gran fachada de piedra para llegar hasta la capilla de las Hijas de María, rogando a la Divina Providencia que se apiadara de sus desgracias.

La puerta estaba entreabierta.

Se persignó, sonrió, se persignó otra vez y empujó la pesada hoja de madera con bisagras de hierro. Dentro había tres mujeres muy elegantes, justo junto a la pequeña puerta que daba a la nave central, todas en puntillas, tratando de observar sobre el hombro de la multitud. La vía estaba absolutamente bloqueada.

El paso hacia el buzón, en cambio, estaba por fin despejado.

—Ave María Purísima —las saludó Fátima, escondiendo su nerviosismo. Solo una volteó, quien saltó de nervios al verla.

—Señora Aguirre —dijo, acercándose para tomar sus manos y unir sus frentes. Era Josefa Argomedo de Soffia, una joven madre que no hacía mucho que residía en Santiago y asistía a las sesiones de las Hijas—. Estoy desolada, no hay forma de avanzar. Jamás llegaré hasta la cúpula…

—Si se queda aquí, no verá nada, pero igualmente podrá oír el sermón —intentó tranquilizarla.

—Es que debo entrar. Es obligación. El padre Ugarte dijo que estaría atento, que debíamos estar en primera fila, que a quien no divisara estaría cometiendo una grave falta…

Su aflicción era real. Fátima pareció verse a sí misma unos años antes. El terror de no hacer lo que le ordenaran, de desafiar lo esperable, de que Juan Ugarte lograse leer su pensamiento y juzgarla por sus pecados incluso antes de que ella misma tuviese chance de verbalizarlos…

—Señora Argomedo…

—Mi hijo sigue muy enfermo, no pude salir antes de casa… Sus fiebres no ceden…

Fati recordó.

—Era *suyo*, entonces… Ese mensaje del buzón que leímos hace un tiempo —tanteó. Josefa hizo un gesto de pánico que la señora Aguirre calmó de inmediato—. Su secreto está a salvo conmigo, con la Inmaculada como mi testigo.

Ella casi se pone a llorar.

—Está muy grave…

—Entonces usted no debería estar aquí.

—Pero… es obligatorio que…

—Nada es más importante que su hijo —le aseguró Fátima—, así que esto es lo que haremos: hoy por la noche, cuando esté cenando con mi familia, comentaré casualmente que la vi a usted cerca del altar de san Luis. Basta que mi madre lo oiga para que el padre Ugarte se entere y lo dé por cierto. Nadie sospechará.

La señora Argomedo lo consideró un momento y asintió. Pero no estaba tranquila.

—No fui capaz de levantar la voz por usted la terrible noche de su expulsión —se reprochó, triste—. ¿Por qué me ayuda?

Fátima volvió a tomar las manos de la mujer. Le sonrió.

—No hace mucho, una mujer disidente me dijo algo muy revelador: que la mayor virtud de nuestra Virgen Santísima no era su pureza ni su castidad ni su obediencia, sino su coraje para hacer lo correcto aun en la situación más adversa —le explicó—. No es lo que nos enseñaron, pero podemos seguir aprendiendo. Si yo le he mostrado a usted ese coraje, no es para que se recrimine, sino para que se anime a los cambios. Dentro de poco, la cofradía no volverá a ser lo que fue.

Josefa respondió con un gesto cómplice. Miró hacia su derecha, hacia la escultura de la Inmaculada, y especialmente al altar de piedra hueca que la sostenía.

—Lo sé —susurró, inquieta, girando ahora mínimamente el rostro para asegurarse de que las otras dos mujeres presentes estuviesen más preocupadas del gentío en la iglesia que de su conversación—. Que Dios bendito las proteja. Que nos proteja a todas…

Fátima se alertó.

—¿Hay una… *nueva* carta suya en el buzón?

—No —se lamentó, bajando la mirada—. No soy capaz. No poseo esa bravura de la que usted habla… Pero sé de varias que lo hicieron. Las admiro. Cuenten con mi rezo para que María nos guíe donde quiera llevarnos.

La joven Aguirre le sonrió, suspirando. Luego arrugó la nariz.

—¿Y podría contar con su *falda*?

Lo que de buenas a primeras parecía una pregunta a lo menos indecorosa, en el lenguaje de miradas Josefa decodificó pronto el significado: Fátima necesitaba un muro visual para acuclillarse junto al altar y destrabar la rejilla que daba acceso al buzón. No estaban solas en ese estrecho cuartito y no era el momento de confiarse…

Sin esperar una instrucción directa, la señora Argomedo volteó y le dio la espalda, simulando estar atenta a los sonidos que venían desde la parte principal de la iglesia. Su enorme crinolina servía de perfecto escondite temporal, así que Fátima no dudó. Caminó los pocos pasos que la separaban de la escultura, deslizó la cadena de plata en su cuello y tomó la llave que colgaba junto a su medalla. Su mano temblaba tanto que debió hacer tres intentos para encajarla en la

pequeña cerradura. Cuando escuchó el clic, liberó todo el aire de sus pulmones. Sintió la tentación de estirar el brazo y mirar dentro de la urna, pero no había tiempo. El intendente tendría después que, con alto criterio y la mayor discreción, saber separar los pecados de las denuncias…

Se reincorporó como si nada. Alisó los pliegues de su vestido, ajustó su corsé y se cercioró de que su mantilla siguiese donde debiera. Entonces tocó el hombro de Josefa.

—Corra a su casa. Vaya.

Esa instrucción sí que la esperaba con ansias. No sabía por qué, pero en lugar de una reverencia, la señora Argomedo sintió la imperiosa necesidad de abrazar a Fátima… Y así lo hizo. Luego le tomó el rostro, le sonrió y salió de la capilla con apuro. La joven Aguirre lo sintió como una despedida.

Las otras dos mujeres que estaban en la capilla habían empujado lo suficiente como para introducir la mitad de sus faldas en la iglesia, y como se les veía preocupadas enteramente por esa labor, Fati tuvo la certeza de que su rápida movida había pasado desapercibida. Entonces retrocedió, acarició el pie desnudo de la Inmaculada y lo besó. «Que se haga tu voluntad, Madre»…

Salió de la capilla apenas unos minutos después de Josefa. Aún había tanto ruido de rezos y movimiento de enaguas que no parecía que la ceremonia estuviese por empezar. Se movió hacia el callejón y vio cómo ese acceso lateral también estaba repleto de personas que no estarían dispuestas a moverse un centímetro más. ¿Y si abandonaba la idea de entrar? Podía regresar a su casa o dar vueltas hasta que la misa terminara y la muchedumbre se dispersara, para así encontrar a su madre y a Benedictina. ¿Y Helena, habría ingresado ya? Por otro lado, si no entraba, Mercedes y el resto de las «asociadas rebeldes» se preocuparían innecesariamente. No tendría cómo avisarles que el plan seguía su curso con éxito. Quizá pensarían que ella no había querido entrar; que, después de su expulsión, no era bienvenida ni siquiera en las misas…

Agitó la cabeza para despabilar. No, sus amigas no. Eso es lo que *Ugarte* pensaría… Y no le daría ese triunfo.

Había un acceso más. Uno conocido solo por las devotas que más

frecuentaban la parroquia, y ni aun así se atreverían a usarlo. Era casi imposible pasar por ahí, impensable sin un explícito salvoconducto.

Hoy era el día para intentarlo.

Avanzó por el callejón hasta el murallón final, donde comenzaba el otro paño de la gran propiedad que alguna vez fue de los Jesuitas y ahora era del Estado de Chile. A su derecha, una puerta de marco recto, distinta a todas las otras de La Compañía —conocidas por sus altos dinteles arqueados y faldones laterales adosados al muro de piedra— llevaba a un lugar que pocas personas en todo Santiago podrían decir que pisaron y cruzaron.

La sacristía.

Fátima entendía perfectamente la gran transgresión que estaba a punto de cometer, pero, siendo franca consigo misma, a esas alturas no era más que otra en su lista de razones para la excomunión. Entrar ahí no era lo que la preocupaba, aun cuando el Cuerpo de Derecho Canónigo augurara para ella las penas del infierno; el verdadero obstáculo era que, abriendo la puerta, el párroco estuviese ahí.

Ya en su primer encuentro, hacía unas horas, lo había visto completamente vestido con los ornamentos ceremoniales, así que al menos sabía que no necesitaría vestirse a última hora. Si tenía suerte, el sacerdote aún estaría pululando por los alrededores, repartiendo bendiciones, colectando donaciones y haciendo el último llamado para conseguir un lugar dentro de la iglesia…

Apretó con su puño la aldaba de bronce. Solo tenía que empujar.

Las bisagras de hierro rechinaron sin tanto escándalo. El silencio y el vacío frente a ella le permitieron respirar.

Entendida como «el lugar de lo sagrado», la sacristía solía ser una habitación amplia donde el sacerdote se calzaba su atuendo litúrgico y preparaba todo lo que iba a necesitar para la misa, desde cálices y ciborios hasta velas o el mismo vino para la transubstanciación. Por demás, era donde estaba la custodia, aquel receptáculo cerrado donde se guardaban las ostias consagradas y las por consagrar. Esa sacristía en particular tenía todos sus muros cubiertos con grandes alacenas, dos de ellas con puertas de vidrio, donde había diferentes objetos religiosos como cruces, relicarios y medallas, muchos de ellos manufacturados en oro y plata. También había múltiples cajoneras

con manteles, purificadores y corporales, percheros con albas y estolas, y algunos elementos generalmente manipulados por monaguillos, como el incensario o los cirios procesionales. La urna para el Jueves Santo, empotrada en una repisa alta, tenía gruesos tallados dorados, y junto a algunos cuadros también relucientes, era quizá lo más valioso del lugar.

Fátima empujó el panel con su espalda para cerrarlo, se persignó, avanzó con la vista al frente, como si hasta prestar atención a un mueble fuese pecado, y se detuvo en la puerta siguiente. Era su obstáculo final: el acceso directo desde la sacristía hacia el altar mayor. La aldaba era ovalada y más pequeña; la tomó apenas con dos dedos y luego presionó con los nudillos.

Lo primero que notó fue la gran diferencia en sonido y temperatura. Aunque las iglesias debían tratarse igual que una biblioteca de monjes, con recogimiento absoluto, las ceremonias más importantes solían vivirse desde la expectación, y eso hacía que los murmullos de los presentes fuesen interminables, sin contar a todos los que comenzaban a rezar el rosario tan pronto cruzaban el umbral. Sin temor a exagerar, en ese minuto en La Compañía había un bullicio estridente, acaparado en su mayoría por mujeres y niños, y no se callaría hasta que viesen a Ugarte cruzar el presbiterio.

Lo que estaban viendo ahora, sorprendidos, era la crinolina ampulosa de una mujer.

—¡Fátima! —se asustó el hermano Bianchi, anonadado por verla salir de la sacristía. Estaba probando una de las lámparas de hidrógeno que acompañaban al lienzo de Cicarelli—. ¿Se volvió loca, niña? ¿La vio el hermano Ugarte?

—No, no —le dijo ella, con la mirada gacha para que su arrepentimiento fingido fuese más creíble—. Discúlpeme, hermano, sé que no debí entrar por la sacristía, pero era la forma más eficiente para encontrarlo a usted o al padre Ugarte. Necesitaba avisarles que Beltrán se encuentra indispuesto y no podrá cantar hoy.

Era una buena coartada, y se sorprendió de cuán rápido la halló en alguna esquina de su mente. Perfecta porque era cierta, y porque era información delicada que el párroco o el sacristán debían saber lo antes posible. En una iglesia tan aglomerada como esa, cualquier otra

vía habría sido infructuosa y, por ende, irresponsable.

—¡Qué penosa noticia! —se lamentó Bianchi, con una mano en su frente—. Era imperioso saber esto, así es. Gracias, querida mía… Pero corre, corre ya, antes de que el hermano Ugarte se entere de tu presencia aquí.

La guio hasta la reja que separaba el altar mayor del resto de la nave central. Abrió raudamente y la hizo pasar hacia el atestado sector colonizado por las Hijas de María, quienes no podían creer lo que estaban viendo.

—¡Fátima Evangelina! —exclamó Cornelia, persignándose—. ¡¿Qué hacías saliendo de la sacristía?! ¡Por Dios santo!

—Era una emergencia, madre —le respondió, sin mentir realmente, a duras penas incrustando su amplia falda entre las de sus amigas. Mercedes, Cayetana y Eulalia la saludaron, tomando sus manos—. Debía avisarle al hermano Bianchi que Beltrán no cantará.

—¡No cantará! —exclamó, agitando su abanico como si fuese a desmayarse. En realidad, parecía que todas las mujeres asistentes a esa misa estuvieran por desmayarse, pues la temperatura se sentía altísima, incluso más bajo las mantillas y los abultados vestidos: no había ninguna que no estuviese sacudiendo su propio abanico con furia, ya fuera a sus cuellos o a los rostros de los pobres niños que poco entendían qué hacían ahí o por qué tenían que pasar una hora más en ese horno. En La Compañía no había ni una sola ventana o respiradero.

—Padre y él volvieron a pelear, muy fuerte esta vez… Tendrás que pedirles explicaciones en la cena.

—¡Ya me oirán los dos! —dijo, sulfurada—. Hacerme esto en la misa de cierre… ¡No tienen perdón de Dios!

Benedictina, a un costado de Cornelia, miraba a Fátima con intensidad. La joven dibujó una sonrisa contenida.

—Al menos Beltrán está bien, está *perfectamente* bien —insistió, y su doncella bajó los hombros, aliviada—. Le dije al hermano Bianchi que estaba indispuesto para que los altercados familiares no salgan de los límites de casa, como sé que prefieres…

—Sí, sí —aceptó la señora Vanderbilt, aún trastornada.

—Lo siento por los Barros Matheu, pues se quedarán esperando el

espectáculo.

—No pude encontrarlos en este caos —admitió su madre, estirando el cuello hacia los rostros de atrás—. Tu esposo fue a buscarlos y no regresó…

Nunca era novedad que Étienne se perdiese de vista, pero en ese contexto era al menos comprensible.

—Muchas familias han quedado separadas —intervino Sinforosa, hablando desde un espacio a su izquierda—. ¿Ustedes esperaban esta convocatoria? Madre mía…

—¿Cuántas seremos? ¿Tres mil? —se aventuró Eulalia.

—¿Caben más en esta iglesia? —contó Luisa Piermattei. A pesar de su embarazo tan avanzado, había decidido asistir igualmente.

—Se retrasó mucho hoy, señora Aguirre —comentó Enriqueta, quien se había presentado con tres criadas y sus cinco hijos—. Pensamos que no vendría…

—Hasta que el arzobispo en persona me lo prohíba, me verá en cada misa, señora Larraín.

—Creímos que quizás algo la habría detenido en nuestra capilla —lanzó Cayetana, añadiendo una mirada aprensiva y cómplice. Al menos diez mujeres a su alrededor hicieron el mismo gesto de expectación.

—Pasé a saludar a María Santísima, por supuesto, y aproveché para asegurarme de que *todo* estuviese en orden —respondió, llevando una mano a su pecho y tocando su medalla bajo su chaquetilla. Su medalla y su llave. Mercedes y el resto, comprendiendo, compartieron amplias sonrisas tras sus abanicos.

—Ya no será más su responsabilidad esa labor —le comunicó María Pilar Hernández de Sessé—. Únicamente a una Hija de María se le exige esa ocupación.

—Qué puedo decirle. La fuerza de la costumbre, señora Hernández —replicó Fati, no en el tono más amigable.

Mercedes empezó a hablar antes de que la tensión subiera.

—¿Nos dejarán quedarnos con el lienzo del maestro Cicarelli? Podríamos colgarlo en el muro oriente de la capilla. Atraeríamos aún más devotas…

Fátima giró para ver de frente el altar mayor. Había pasado tan

rápido por ahí que no había reparado en el «lienzo milagroso» ya terminado. Y sí, era espectacular. El italiano había optado por la imagen más tradicional de la Inmaculada Concepción, con su pelo rizado muy largo, actitud de oración, capa azul sobre su túnica blanca y rodeada de muchos querubines, algunos sosteniéndola en el aire y otros dejando una corona de reina sobre su cabeza. El único detalle distintivo era, a juicio de la señora Aguirre, quizá lo más importante del conjunto: la Virgen ya no miraba al cielo, sino hacia abajo. Hacia sus devotos.

Otro detalle, pero ya no del lienzo en sí sino por creatividad del padre Ugarte —o quizá del sacristán—, era una gran media luna hecha de pequeñas mechas de aceite, dispuesta como si estuviese a los pies de María. Este era un símbolo importante, pues en la iconografía de la Inmaculada en todo el mundo, la media luna representaba el principio femenino, opuesto y complementario al sol, que sería el masculino y, por ende, representado por Cristo. Destacar este elemento era destacar a las mujeres, quienes eran las directas responsables de que el culto mariano fuese de los más poderosos en el catolicismo.

El famoso lienzo cumplía el objetivo de conmover; la media luna encendida sería sin duda una sorpresa para la multitud. Sumada a los miles de luces que colgaban por todo el perímetro, las decenas de gasas transparentes de diferentes colores adornando los arcos torales que sostenían la cúpula, las guirnaldas de flores de papel cruzadas de esquina a esquina sobre sus cabezas y los cientos de maceteros y vasijas con azucenas, rosas y violetas en todos los rincones, a Fátima no le quedaba más que admitirlo: era la decoración más espectacular que había visto nunca. Estaba segura de que el nuncio Eyzaguirre estaría satisfecho.

—¿Qué está sucediendo allá?

De un minuto a otro, las murmuraciones crecieron. Exclamaciones de asombro y admiración no eran algo común de escuchar en un templo, así que voltear a ver era inevitable. Algo ocurría cerca de las puertas principales y, desde su posición, las Hijas de María no podían ver nada, solo escuchar las reacciones. El mensaje comenzó a correr de oído en oído hasta que llegó a Clotilde Dancaster, la más alejada del grupo hacia el centro de la nave. Ella frunció el ceño.

—Dicen que llegó una mujer noble, no saben quién es…

No sabían quién era, pero eso no era importante. Ante el desconocimiento del nombre, rango o procedencia de alguien, su atuendo transmitía todo lo que necesitaban comprender. En este caso, la mujer en cuestión exhibía un vestido de terciopelo azul zafiro, con botones de perlas en su chaquetilla y una sobrefalda abierta, todo bordado en hilos de oro con motivos florales. La *robe à la polonaise* en la parte posterior era magnífica, y sin duda era la crinolina más grande que las santiaguinas hubiesen visto, con casi tres varas de diámetro. Lo realmente impactante era cómo las personas a su alrededor, que hasta hace un minuto se negaban a ceder ni un centímetro de su lugar, hicieron un esfuerzo sobrehumano para moverse hacia los costados con tal de hacerle espacio a la mujer misteriosa, reverenciándola a medida que caminaba por el centro de la nave principal hacia el altar mayor. Su rostro estaba cubierto bajo un extenso velo blanco, coronado con una tiara de perlas tejidas…

—¡Helena! —exclamó Fátima, al reconocer a su hermana a la distancia. Lucía realmente magnífica, de ensueño. Jamás vaticinó que se presentaría a la misa en su atuendo de bodas, pero creía comprender por qué lo hacía.

Cornelia Vanderbilt, al descubrir por sí misma que era su hija a quien todo el mundo estaba observando y admirando, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Es la baronesa Rothschild! ¡La baronesa de la casa Rothschild!

Esa información le regaló a Helena más miradas extasiadas y reverencias profundas de la burguesía santiaguina, y su sonrisa de satisfacción fue tan grande que Fátima pudo apreciarla con claridad tras el velo, a pesar de las muchas varas que las distanciaban. Era tal el gentío en la iglesia que, llegado a cierto punto, ella no logró avanzar más, obligada a permanecer en un sector central desde donde todos podían observarla bien. Fati alzó los brazos y le hizo señas, pero su hermana menor estaba demasiado absorta en las cortesías y cumplidos de las otras mujeres, las mismas que ya la habían humillado antes, tantas veces…

—Esa familia… Los Aguirre Vanderbilt… ¡Cada vez menos dignos de mi confianza! —exclamó Juan Ugarte, irritado, de pie en la

sacristía junto al hermano Bianchi, un segundo después de que este le anunciara que Beltrán no estaría disponible para cantar. Al otro lado de un mesón, Alejo Eyzaguirre terminaba de ajustar su alba para calzarse la casulla.

La puerta hacia el presbiterio estaba abierta.

—¿Y esa media luna de luces? —apuntó el nuncio con el mentón.

—Una atracción de última hora —le explicó Bianchi—. La mandamos pedir como complemento del lienzo.

—Eso ya es suficiente espectáculo —opinó él—. La encendemos, bendecimos la imagen y a la concurrencia, y comenzamos la ceremonia. Le aseguro, padre Ugarte, que nadie recordará la promesa de un tedioso número musical.

El párroco lo pensó un momento. Asintió con fuerza.

—Hermano Bianchi, es hora de cerrar todas las puertas.

—¿Las puertas? —se extrañó el sacristán—. No es necesario. No cabe un alfiler en este lugar…

—La deficiente acústica de esta iglesia es un problema en *todas* las ceremonias importantes —le recordó, impaciente—. Me da igual a cuántos tendrá que empujar. Cierre todos los accesos. ¡Mejor si queda gente afuera! Pelearán después por el privilegio de entrar a La Compañía y, si la prensa les pregunta, dirán que hubiesen dado lo que fuera por estar presenciando el cierre del Mes de María.

El viejo sacristán no estaba contento con la orden. No se movió de inmediato, pues aún lo estaba considerando. Entonces habló el nuncio.

—Obedezca, pues, hermano Bianchi —lo apuró—. Tenemos que comenzar muy puntuales.

—Ah, y no olvide las cerillas —apuntó Juan Bautista Ugarte, sonriendo desde el umbral de la sacristía hacia la enorme afluencia de parroquianos, deseosos por comenzar la fiesta—. Vamos a *encender* la fe.

A Michael Edgar Gunn lo sostenía la rabia, pero le fallaban las rodillas. Ya había llegado a ese momento de su vida en que siempre había alguna esquina de su cuerpo doliendo, tiritando o escociendo, y

si bien defendía la perfecta lucidez de su mente y la tozudez de su espíritu, cuando el cuerpo no acompaña, los planes no prosperan. Algo así era lo que sentía justo en ese momento, empuñando su arma contra la espalda de Maximilian Bonecraft para obligarlo a andar. Se había visto en situaciones parecidas muchas veces, había incrustado su rifle entre los omóplatos de cientos de esclavos para urgirlos a acciones bastante más impías que una simple caminata; ahora esos recuerdos parecían de otra vida, observando sus propias manos manchadas y arrugadas sosteniendo un arma que pesaba una tonelada más cada año…

Llegaron a un sitio eriazo entre dos casonas. Empujó a Max con su puño hasta hacerlo tambalear y caer sobre la tierra. El joven abogado se arrastró hacia un muro derrumbado de adobe, se sentó y levantó las manos en señal de sumisión.

—¿Qué hará conmigo?

—*Speak in English, you saddle-goose!*

—¿Por qué? —lo enfrentó Maximilian, aun sabiendo que provocar al veterano podía ser una estupidez que le costaría caro. Sin embargo, estaba exhausto, no física sino anímicamente. Cansado de correr y huir—. ¿Por qué querría usted que ningún ciudadano de por aquí comprendiese lo que estamos hablando? ¿Tiene algo que ocultar? Yo no. No más.

No se habían alejado lo suficiente de los barrios de La Compañía como para que el gentío terminara de dispersarse. Aún las calles estaban llenas de paseantes, en su mayor parte quienes no lograron un lugar dentro de la iglesia jesuita para la festividad y debían contentarse con otras misas más modestas en las capillas de otras congregaciones. Familias completas caminaban ahora no tan lejos de donde los dos norteamericanos se habían detenido. Hasta gritar por ayuda sería sencillo.

Gunn miró hacia todos lados, nervioso, y escondió su revólver en el interior de su chaqueta, sin dejar de apuntar a Maximilian. En pocos minutos, a las siete en punto, ya comenzarían todas las malditas misas católicas y las vías se despejarían de feligreses errantes.

—Te quedarás ahí mientras esp…

—Estaba seguro de que usted no había subido al barco —lo

interrumpió el joven—. El embajador no quiso creerme, insistía en confiar en usted…

—Nelson es un bonachón estúpido que no tiene, ni tendrá jamás, el puño firme para dirigir una legación.

—¿Y usted sí?

Los segundos de silencio fueron elocuentes.

—Lincoln jamás debió ganar. Con Breckinridge en la Casa Blanca, no estaría perdiendo mi tiempo con gusanos como tú…

—No, claro que no. Ya sería usted el ministro plenipotenciario en Chile —lo tentó Max, y la mueca de rabia en el viejo le dio la razón—. ¿Cree que, secuestrándome, el Partido Demócrata le dará un cupo en alguna gobernación estatal?

—A un traidor a la patria no se le *secuestra*, ¡se le apresa!

—John Breckinridge es el traidor, no yo. Ese fue el delito federal por el que lo expulsaron del Senado, ¿recuerda?

El candidato a la presidencia de los Estados Unidos y principal contrincante de Abraham Lincoln en las elecciones de 1860 era presidente del Senado en ese año, pero dicha inmunidad no le había servido cuando el Partido Republicano tomó el control del país. Huyó a refugiarse a los estados del sur, cuyas autoridades ya habían comenzado a declarar que no aceptarían jamás a un abolicionista como líder federal. Poco después estalló la guerra.

Gunn acercó el cañón a la frente de Max. Él contuvo su respiración.

—Hay seis balas aquí. Este parloteo tan insolente te hará merecedor de más de una.

—Creí que valía más vivo —murmuró el joven, aunque temblando.

—Lamentablemente, sí —gruñó el veterano—, pero la última palabra la tiene el teniente Adney. Ellos no te tratarán tan bien como yo…

—Diez mil dólares repartidos entre usted, Étienne Clermont y unos cuantos marinos no parece un buen trato…

—*Don't talk to me about that bastard!*

Esta vez lo golpeó usando la empuñadura del revólver. Maximilian cayó sobre su hombro derecho y arrugó todo el rostro por el dolor. Un hilillo de sangre comenzó a brotar en algún lugar sobre su oreja. Tomó

aire, apoyó sus codos en la tierra y volvió a sentarse. Uno de los vidrios en sus anteojos se había trizado.

Aun con la punzada latiendo en su sien izquierda, su mente seguía atenta.

—Voy a adivinar: la relación entre usted y el señor Clermont no está hoy en sus mejores términos…

—Creyó que podría burlarme, ¡robarme! Él es el siguiente en mi lista, también ganará una bala…

—¿La extorsión no fue con su venia, entonces?

Su rostro se desfiguró.

—Engañó al teniente Adney para que le diesen a él ese maldito retrato. Menos mal que lo supe a tiempo. ¡Nadie se ríe de mí!

—¿Y va a entregarme a *ellos* en el muelle?

—Zarparán de Valparaíso apenas les dé la orden de…

—Si me escolta usted mismo de vuelta a casa —insistió Max, olfateando la incongruencia—, podría embolsarse cada centavo de la recompensa y sería un héroe entre sus pares del sur. ¿Qué razón tiene para darle esa satisfacción a unos pocos marinos confederados?

—¿Desde cuándo debo darte explicaciones?

—Entonces sí hay una razón —concluyó él, más interesado que nunca.

El viejo volvió a apuntarlo con el arma.

—Si no te callas en este instante…

Maximilian, sin ya nada que perder, se arriesgó a especular.

—No es que usted no quiera volver a Estados Unidos… Es que no *puede*.

Por un segundo, Michael Gunn cambió su postura amenazante por una de nerviosismo, y el joven abogado, acostumbrado a usar la debilidad de su contraparte a su favor en cada juicio, no soltaría la pista.

—Eso es. No puede entrar al país. ¿Qué hizo?

—*Shut up*…

—¿Hay agentes federales detrás de… *usted*?

—*I'm warning you*…

—Llegó a Chile en 1858, ¿no? En el 58…

—*I… said… shut up!*

Balanceó su brazo para golpear al joven otra vez, pero Max fue más rápido. Rodó por la tierra y se reincorporó un metro más allá. Miró a Gunn a los ojos.

—Me odió incluso antes de saber quién soy… Esto no es por el *tren*, no es por la recompensa… Es porque mi llegada a Chile lo obliga a usted a irse…

—¡No ha nacido el hombre que me obligue a mí a algo!

—Claro que sí, y se llama Thomas Henry Nelson —apuntó el maquinista, casi sonriendo—. Él lo expulsó a usted de la legación por negarse a jurar lealtad a los valores de la Unión, y eso lo obliga a presentarse inmediatamente en Washington o a huir y enfrentar cargos por desacato… A menos, claro, que ya haya *otros* cargos que no quiera enfrentar…

—No respondo ante un gobierno de pusilánimes. ¡Dios mismo está de mi lado!

Ahora ya no era una sonrisa. Eran simples y llanas carcajadas. A pesar de la sangre que corría por el lóbulo de su oreja y goteaba en su camisa de algodón, Maximilian comenzó a reír, apoyando sus manos en sus rodillas, lo que exasperó a Gunn. Esta vez puso el cañón del arma en su pecho.

—¿Te parece divertido?

—No me diga que no aprecia la ironía de la situación —se burló Max—. Usted está bajo orden de captura y yo también. Un par excepcional…

—Al diablo la maldita recompensa. ¡Puedo matarte aquí mismo!

—Sí, eso debe ser —balbuceó el joven, tratando de calmar su risa nerviosa para erguir su postura—. Mató a alguien, ¿no? Y no fue a ningún esclavo, pues ya sabemos cómo termina eso. Ningún sureño huye a una república sudamericana por asesinar fugitivos. Debe haber sido alguien más… Alguien importante…

—Alguien más importante que tú, ¡eso es seguro!

Maximilian borró la actitud risueña de golpe. Lo apuntó.

—¿Nashville? —murmuró. Gunn palideció, y entonces todo le pareció tan obvio—. ¡Nashville! ¡La muerte del juez Preston! —recordó, horrorizado—. Oh, Dios… Era un hombre justo, humanitario. Quiso hacer lo correcto…

—Esa sabandija merecía morir —dijo el viejo entre dientes, sin remordimiento alguno—, y jamás encontraron el arma, así que no podrán probar nada contra mí…

—¡Yo me encargaré de ello!

—¿Y cómo lo harás? ¡Los muertos no testifican!

—¡Fuego! ¡Fuego!

Un grito desgarrador los sacó de su discusión. Venía de la Calle de Ahumada. Ambos voltearon hacia la fuente del sonido y, un momento después, apareció ante sus ojos un caballero con su sombrero de copa en una mano, mientras con la otra apuntaba hacia el norte. A una columna espesa de humo.

Y de pronto sonaron campanadas. Campanadas que no cesaban.

—¡¡Se quema La Compañía!!

Las personas a su alrededor ahogaron la sorpresa y comenzó pronto la desesperación. Las mujeres estaban paralizadas, los hombres comenzaron a correr, y Maximilian dejó salir una única palabra de sus labios.

«Fátima».

En esos valiosos segundos de distracción, el joven empujó a Michael Gunn y él dejó caer el revólver. Max lo levantó del piso y apuntó al veterano, aun sabiendo que no lograría disparar. No podría hacerlo.

Pero había otra cosa que sí podía hacer.

Tomó el arma desde el cañón para golpear el cráneo del confederado con la empuñadura. No alcanzó a oponerse y perdió inmediatamente la conciencia. El joven tiritó con el arma en sus manos y la arrojó junto al cuerpo de Gunn. Ya enviaría a alguien de la legación por él. Por ahora, nada era más importante que la promesa hecha, a una fascinante mujer chilena, de verse por última vez.

Aunque no era esta la forma que había imaginado.

XXVI

8 de diciembre de 1863

Cuando el presbítero Juan Bautista Ugarte y el nuncio Alejo Eyzaguirre entraron al área del altar mayor, se creó un silencio inmediato y profundo. El aleteo de los abanicos se detuvo y, en una ola progresiva que llegó hasta el muro sur, todos se pusieron de rodillas. Si esta hubiese sido una misa corriente, el párroco simplemente besaría el altar para luego darle la espalda a la feligresía, desarrollando cada sección en latín como era menester. En las misas especiales, en cambio, como en Cuaresma o en el Mes de María, Ugarte se sentía lo suficientemente generoso como para dedicar algunas palabras de agradecimiento al inicio, si bien declaraba durante el resto del año en los pasquines religiosos que, en el fondo, no había nada que agradecer, pues ir al templo era una obligación de los fieles.

Se ubicó entre el lienzo y la media luna de mechas listas para encenderse.

Abrió los brazos.

—Bienvenidos, hermanos, hermanas, que han colmado por miles en el día de la Inmaculada, esta, la humilde casa del Señor. ¡Que la grandiosa imagen que desde aquí se aprecia, enseñe a la política que la única ley es la de Cristo Rey!

Quien extendió ahora su casulla para abrir los brazos fue el nuncio. Él estaría a cargo del sermón unos minutos después, ya bien avanzada la ceremonia, pero quiso sintetizar qué los había reunido a todos ese día, así que alzó la voz:

María es esa criatura tan privilegiada: la Virgen purísima de Judá, la reina soberana de los ángeles, la madre perfectísima del Dios tres veces santo… Es la única criatura a quien no alcanzó jamás el venenoso aliento de la serpiente antigua, porque además de no haber cometido pecado en toda su vida, ni mortal ni venial, fue, desde el primer instante de su concepción, preservada de la culpa original. Por eso el Espíritu Santo, después de haber formado a esta mujer bendita, destinada desde la eternidad a ser su esposa castísima, detiénese como a contemplar la obra maestra de su gracia, y en un arrebato de místico amor le dice: «¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres!». También nosotros, aquí en Chile y en el mundo entero, iluminados por el espíritu del amor, hemos creído y proclamado siempre este misterio con un entusiasta fervor. Esta numerosa concurrencia demuestra de qué están hechas nuestras convicciones y nuestra fe.

Esa última frase era el paso para Ugarte. Era el momento de encender la media luna. ¿Dónde estaba el hermano Bianchi?

Los dos sacerdotes miraron hacia la sacristía, esperando que el viejo jesuita reapareciese luego de cerrar las puertas del recinto, tal como le pidieron. Pero no había rastros de él. ¿Había sido una labor muy pesada para alguien tan añoso? Quizá los accesos habían sido difíciles de cerrar, bloqueados por la cantidad de gente. Quizá había sido un error no contar con monaguillos por ahorrarse unos pocos centavos…

La paciencia no era precisamente la virtud más destacada del párroco, así que necesitaba moverse y tomar una decisión rápida. No iba a desteñir la ceremonia con una absurda demora.

Ante la expectación absoluta de la multitud, escudriñó a su alrededor para encontrar algo parecido a una lumbre. La gran mayoría de las velas y lámparas de parafina estaban enganchadas a buena altura; no le servían para el propósito inmediato, y los cirios que estaban a cada lado del altar mayor eran muy grandes y difíciles de manejar.

Entonces vio las lámparas de hidrógeno.

Había una en cada esquina del gran lienzo y mostraban una luz muy débil. Ugarte no conocía esa tecnología y no sabía manipularla, era el hermano Bianchi quien las había estado estudiando, pero no tenía tiempo para esperar a ese viejo lastre. Tomó una de ellas, notó que bajo el bulbo de vidrio había una llave de paso e imaginó que ese era el mecanismo para que la flama creciera.

Acercó la lámpara a la media luna.

—¡Ave María Purísima! —exclamó, con miles de ojos sobre él, y entonces abrió la llave cerca de la primera mecha, la que a su vez encendería a todas las demás.

Alguien ahogó un grito.

Una larga lengüeta de fuego apareció desde el contenedor de vidrio, tan desproporcionada que tocó las flores de papel y cera que enmarcaban el lienzo, casi dos varas sobre la cabeza del jesuita.

Se encendieron en el acto.

Con un segundo de distancia, cada flor de la extensa guirnalda fue prendiendo sus pétalos, uno a uno, hasta lograr un verdadero abrazo de fuego a la Inmaculada pintada al óleo. Desde la muchedumbre se escucharon más exclamaciones de asombro y preocupación, así que el nuncio levantó sus manos.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo, al tiempo que el hermano Bianchi, acelerado, aparecía por la puerta entreabierta de la sacristía. Le impactó ver las flores en fuego, pues no entendía qué diablos había sucedido.

—¡Apáguelo, pues! ¡Apáguelo! —le ordenó Ugarte, quien había dejado la lámpara de hidrógeno rápidamente en el suelo. La guirnalda ya estaba por encender otras dos que colgaban muy cerca…

No había tiempo para ir en busca de una escalera u otra herramienta. El sacristán desanudó su cíngulo y, usándolo como si fuese un látigo, lo golpeó contra la guirnalda para hacerla caer al piso de mármol. No solo no lo logró, sino que encendió su propio cordón e hizo saltar chispas hacia los tules.

En menos de dos minutos, las llamas se habían expandido hacia todos los adornos que decoraban el lienzo.

—¡Nadie se mueva! —gritó el párroco, al notar que los feligreses se revolvían inquietos tras la reja del presbiterio. El fuego estaba,

aparentemente, muy lejos de ellos, pero avanzaba tan rápido entre los florones junto al altar mayor que era imposible no alertarse—. La misa comenzará en un momento. ¡Ningún lugar es más seguro que la casa de Dios!

Muchas de las Hijas de María, quienes más cerca estaban de la peligrosa situación que ocurría, pusieron inmediatamente en duda las palabras de Ugarte. Ninguno de los jesuitas parecía tener control sobre el caos.

La señora Leighton levantó su voz.

—¡Se quema el lienzo!

Una chispa se había convertido en llama cerca del rostro de la Virgen. Irónicamente, daba luz a su corona de estrellas mientras comenzaba a desfigurar sus facciones…

Ese fue el momento en que, a vista de los miles de fieles y sin mediar ninguna palabra de serenidad o cautela, Alejo Eyzaguirre dio media vuelta y entró corriendo a la sacristía.

Fátima tensó su cuerpo. Si un sacerdote huía, ¿no debían hacerlo todos?

—Salgamos —opinó en un susurro, reincorporándose, sin despegar la mirada de las flamas a la distancia.

—Por supuesto que no —le respondió Cornelia, en tono indignado, tirando de su vestido para que volviera a arrodillarse—. Perderemos nuestros lugares…

—Volveremos cuando apaguen ese fuego…

—¿Salir por dónde, Fátima? —preguntó Jertrudis, incorporando en su tono algo de aprensión. Las mujeres miraron hacia atrás y a su alrededor. Era imposible desplazarse si no lo hacían primero los cientos de asistentes que estaban más cerca de las puertas.

—¡*Hey*, ustedes! ¡Muévanse! —gritó Sinforosa, poniéndose de puntillas y levantando su brazo para que la viesen los de más atrás. Solo encontró rostros indiferentes o confundidos.

—El padre Ugarte dijo que no nos moviéramos —exclamó de vuelta una mujer a unas cinco varas de la señora Tagle. Varias asintieron.

—¿Y si él también se va? —alertó Cayetana, apuntando con su brazo al extremo norte de la iglesia.

En el último intento del hermano Bianchi por detener la expansión del fuego, volvió a arrojar su cíngulo hacia las guirnaldas. Esta vez el cordón se quedó enganchado, así que el jesuita jaló con todas sus fuerzas, como cuando tiraba de la gruesa cuerda del campanario. Buscaba romper los hilos y que las flores cayeran al suelo de mármol, pero lo único que logró fue que se quebrara de un extremo y se balanceara hasta el otro, como un péndulo de fuego que encendió inmediatamente un conjunto de gasas coloridas en la esquina oriente.

El sacristán ocultó su rostro con sus manos.

Ugarte liberó su propio grito.

Sin mirar a los feligreses, sin dar ninguna instrucción a Bianchi, sin demostrar siquiera interés en las tres mil almas que lo observaban desde la nave central, se arremangó la casulla y corrió a la sacristía.

Así se inició el pánico colectivo.

Aunque los de más atrás no podían ver nada de lo que estaba sucediendo en el altar mayor, sí se enteraron del problema al alzar la mirada, pues llamas intensas se habían apoderado de todo el lienzo y de los adornos colgantes sobre él. El humo espeso ya estaba envolviendo parte del techo, señal inequívoca, para cualquier humano sensato, de comenzar la retirada.

Fátima, quien estaba muy cerca del foco del peligro, debería haberse movido al instante, tal como lo había propuesto hacía un minuto. Pero sus pies no respondían. No le salía la voz. Estaba absolutamente congelada, pues el recorrido que acababan de hacer sus ojos le había contado toda la historia.

Pudo predecir el futuro.

—Tenemos que salir —atinó a modular, aún en *shock*, buscando con sus manos el brazo de Mercedes y luego mirando hacia atrás, frenética, escudriñando entre los cientos de mantillas negras el velo blanco de Helena—. ¡Tenemos que salir!

—¡Estás asustándome…!

—¡Salgamos ya!

—Pero ¿por qué nadie se mueve? —insistió Sinforosa, observando a la multitud—. ¡Señoras! ¡Caminen hacia las puertas!

Un grito agudo sonó entre las cabezas a la altura del altar de san Francisco Javier. Era ininteligible. Los murmullos crecieron, entre las

mismas mujeres intentaban pasarse el mensaje, hasta que el grito volvió a oírse:

—¡Las puertas están cerradas! ¡Cerradas!

—¿Qué?

Más gritos surgieron tras el primero. Ya no eran de sorpresa sino de advertencia: la masa comenzaba a presionar hacia las salidas, lo que estaba aplastando a quienes se hallaban pegados a los muros. Las devotas más cercanas entendieron de inmediato, detuvieron su avance e intentaron contener a quienes seguían empujando, pero tras ellas había centenares de personas que no podían ver qué pasaba ni tampoco oír instrucciones entre el creciente bullicio de tensión.

—No pueden estar cerradas —se espantó Cayetana—. ¡¿Qué está pasando?!

—Cuántas salidas hay, cuántas hay… —trató de recordar Victoria González, agitando su abanico tan rápido que más bien parecía un espasmo de su muñeca.

—Hay cinco —aclaró Fátima de inmediato—. Una junto al altar de san Luis, una junto al de Nuestra Señora del Tránsito, además del acceso a las dos capillas, la nuestra y la de los Dolores. Y claro, la puerta principal.

—¿Únicamente la de san Luis está cerrada? —inquirió Luisa, sobando su vientre—. ¿Y las otras?

—Solo escucho gritos de «Muévanse», y ¡nadie se mueve!

Eulalia Pardo no era de las más jóvenes del grupo, pero sí de las más delgadas y menudas. Como se encontraba justo bajo uno de los arcos de piedra, arrugó su crinolina con esfuerzo y se encaramó en los tallados de un pilar para lograr una mejor visión hacia atrás. Captó un halo de luz apareciendo en el extremo sur de la iglesia, y luego ya no, y luego de nuevo, y luego ya no…

—Están intentando abrir las puertas principales, pero la misma gente las cierra —les comunicó a sus compañeras, asustada—. ¡Ellos mismos las cierran! ¡No tiene sentido!

Fátima puso ambas manos en su frente.

—Las bisagras —exhaló, sintiendo la temperatura subir muy rápido en su cuello y torso, por la aglomeración y la angustia—. ¡En esta iglesia las puertas solo se abren hacia dentro! Mientras más

empujen hacia fuera, ¡más las cerrarán!

Jertrudis y la mayoría de las Hijas que solían escuchar a Fátima atentamente, confiando en su sabiduría en cuestiones técnicas que ellas ni imaginarían, llegaron a la misma conclusión. Si las puertas principales no tenían doble bisagra, lo más probable es que *todas* las puertas de la iglesia tuviesen el mismo problema, y así una evacuación se haría imposible…

—¡Alguien tiene que avisarles! —exclamó Clotilde.

—Señoras, por favor, no nos desesperemos —alzó los brazos Adelina Ovalle, secando luego el sudor en su mentón, intentando que otras mujeres a su alrededor escucharan el mensaje y lo traspasaran una a una hasta el otro extremo del templo—. Seguro en un instante el padre Ugarte y el nuncio abrirán las puertas. No van a dejar a tres mil mujeres aquí…

Entre las voces cada vez más altas y apanicadas comenzaron a oírse unos golpes secos a un creciente ritmo frenético. Al comienzo no era fácil identificar qué era, hasta que Enriqueta, abrazando a su hija menor, susurró la respuesta: eran golpes de auxilio.

Mujeres azotaban las puertas cerradas de La Compañía, clamando por ayuda.

Fátima volteó rápido hacia el altar mayor. Ya no había nadie. El acceso de la sacristía estaba entreabierto y a la lejanía pareció ver sombras dentro, pero no estaba segura. El humo negro había cubierto casi todo ese sector, escurriéndose entre las vigas y elevándose hasta la cúpula, con llamas cada vez más grandes en el lienzo ya completamente perdido.

—No podemos quedarnos quietas —volvió a decir Fátima.

—Apenas podemos desplazarnos, hay demasiada gente…

—Quietas es exactamente como hay que estar —la contradijo María Pilar, apretada en el vaivén de decenas de otras mujeres—. Hay hombres que ya deben estar pensando en cómo liberar los accesos…

—¿Y usted no tiene mente propia, señora Hernández? —se exasperó Mercedes.

—Debemos esperar instrucciones —opinó Cornelia, en un tono seco—. Cualquier cosa que hagan puede terminar en una estupidez. ¡Deberíamos estar rezando!

—¡Deberíamos estar *huyendo*! —exclamó su hija, tironeando de su brazo y obligándola luego a mirar hacia donde ella le apuntaba—. ¡Mira bien! Mira dónde están las llamas… ¿Ves las guirnaldas amarradas a las vigas? Esas serán las siguientes. Y esas vigas —enfatizó, nerviosa, haciendo el recorrido en el aire con su mano— van por todo el techo hasta acá, hasta ahí, hasta las barandillas y revestimientos sobre los arcos, a lo largo de toda la iglesia… donde hay siete mil… siete mil… siete…

—Siete mil luces —balbuceó Clotilde, con la vista aterrada en el cielo.

Todas miraron hacia el techo y los bordes de los muros.

Cuatro mil velas. Tres mil lámparas de parafina cargadas al máximo.

Siete mil cargas explosivas.

Sin poder evitarlo, varias volvieron a escuchar la promesa efusiva de Ugarte en sus cabezas. *La concurrencia creerá que hemos traído el sol mismo a la cúpula…*

—Esta iglesia va a estallar —se horrorizó Jertrudis, mirando hacia todas las cornisas y esquinas del techo, girando sobre su eje con el mentón en alto—. ¡Va a estallar!

Fue en ese momento en que las campanas comenzaron a sonar.

Los millares de rostros se alzaron. Sus voces y clamores se callaron de inmediato, como si el agudo sonido metálico fuese un mensaje urgente para ellas. El silencio expectante de madres y niños resultó más abrumador que las llamas que crecían y crecían, abarcando ahora todo el muro norte…

El mensaje urgente no era para ellas, sino para la ciudad de Santiago. La Iglesia de la Compañía de Jesús comenzaba a arder sin control.

—¡No voy a morir aquí! —exclamó Eulalia, quien apenas podía permanecer de pie por el forcejeo constante de otras mujeres a su alrededor, las que a su vez recibían los embates de los cientos de otras que intentaban desplazarse en todas direcciones.

—¡¿Qué podemos hacer!?

Estaban atrapadas ahí, apiñadas contra la reja, demasiado lejos de la puerta más cercana, donde los golpes enardecidos y los gemidos por

ayuda no habían cesado…

—Hay otra salida —comprendió Fátima, saltando por la epifanía —. ¡Hay otra!

—¿Qué?

—¡La sacristía!

Se llevó una mano al pecho. A tirones, con el pulso desbocado, desabrochó su chaquetilla dejando su corsé al descubierto. Varias devotas se escandalizaron, pero ella no las vio ni escuchó. Se abrió paso a codazos, algo casi imposible de hacer por sus malditas crinolinas, y llegó hasta la puerta de la reja que encapsulaba al sector del presbiterio. Sus pupilas ya comenzaban a arder por el humo.

Tomó la llave que colgaba de su larga cadenilla.

Si era una «maestra», en palabras del hermano Bianchi, ¿podría abrir algo más que las rejillas de los altares huecos?

La introdujo en la cerradura y dejó de respirar. La giró.

Clic.

—¡Gracias, María Santísima!

A su lado, el grito exaltado de Mercedes y Jertrudis atrapó la atención de muchas otras mujeres, quienes dejaron de empujar para entender lo que ocurría en la esquina de la capilla del Prendimiento de Jesús.

—¡No puedes pisar el altar mayor! —le gritó Cornelia—. ¡Es suelo sagrado!

—¡Podemos! —gritó Sinforosa de vuelta—. Y que me perdone el Todopoderoso. ¡Avancen, señoras! ¡Andando!

—¡Vamos! —la secundó Fátima, descorriendo la estrecha puerta de hierro y permitiendo que comenzara el flujo de parroquianas, más lento y torpe de lo vaticinado. Solo podía pasar una mujer por vez, y sus enormes vestidos eran el más absurdo obstáculo, sumado al nerviosismo de entrar justamente al área principal del fuego. Sin embargo, era su única opción, pues, *oh ironía*, era ahí donde estaba la única salida posible por el momento—. ¡Crucen la sacristía y salgan al callejón! ¡Vamos, vamos!

Eulalia fue la primera en pasar. Se deslizó rápidamente por la explanada de piedra y mármol hasta el umbral señalado. Las llamas del muro norte estaban muy cerca y bloquearían esa vía en poco

tiempo, así que debían apresurarse. Gritando, hizo señas a sus compañeras para que se acercaran con valentía: la ruta hacia el exterior estaba despejada.

Pronto muchas otras mujeres, especialmente en las áreas centrales y junto al altar del Señor Crucificado, entendieron lo crucial. La sacristía era la respuesta. Vociferando en todas direcciones, compartieron el mensaje de esperanza…

Y eso lo complicó todo.

—¡No empujen! ¡No!

De un minuto a otro, una masa de faldas comenzó a presionar hacia el paso abierto en la reja. Intentaban entrar dos a la vez, lo que era físicamente imposible. Una joven cayó de bruces tratando de cruzar, y eso hizo que dos más tras ella la golpeasen al correr. De un tranco lento pasaron a uno completamente caótico en pocos segundos, sin que Fátima ni ninguna otra devota fuese escuchada en sus ruegos.

—¡Con tranquilidad, por favor!

—¡Hay niños aquí!

—¡Las embarazadas deberían tener prioridad!

—¡No puedo respirar!

Fátima sostenía la puerta de hierro para que no se cerrara con el forcejeo, y desde su posición podía ver cómo una, tres, cinco mujeres pasaban exitosamente de la reja hasta el umbral de la sacristía, y de ahí hacia el callejón. Era un escape atropellado, pero funcionaría. Tenía que encontrar a Helena para…

—¡Herejes!

La voz grave del presbítero Juan Bautista Ugarte sonó aún más aterradora que de costumbre en un contexto como ese. Sin su casulla dorada y el alba torcida sobre su sotana, entró jadeante a la sacristía desde el exterior. Se desfiguró al ver mujeres circulando en ella.

—¡Se quema la iglesia, padre!

—¡No pueden estar aquí! —les gritó, iracundo, con el rostro constreñido. Tras la última mujer en salir al callejón, cerró la puerta de golpe y amenazó a las demás con el dedo índice—. ¡Vuelvan a sus sitios! ¡Impuras! ¡Salvajes!

—¡No hay más salidas!

—Bianchi está ahora en ello. ¡Esperen en silencio! ¡Recen!

Usó la impostura de todo su cuerpo para forzarlas de regreso a la iglesia, tan precipitado que una de ellas tropezó junto al altar y azotó su cráneo en el suelo de piedra. Empezó a sangrar profusamente.

Sin pensarlo, Fátima corrió hacia la joven herida y, antes de arrodillarse junto a ella, miró directo hacia el sacerdote. Él le sostuvo la mirada, y con la misma mueca de repudio que ya se había hecho usual en su repertorio, dio un portazo. Ignorando los gritos de desesperación de una decena de mujeres arrojándose al umbral de la sacristía y golpeando el panel de madera, ni siquiera disimuló el tintineo de unas llaves girando contra el cerrojo.

—¡Padre, ábranos! ¡Por favor!

—¡Moriremos, padre!

—¡Sandrina! Despierta, Sandrina…

No respondía. Su cuello estaba lánguido. Fátima tomó su brazo e intentó arrastrarla lejos de ahí, pero no serviría de nada, pues otro asunto se volvió más urgente.

Miró con pánico hacia la reja. Captó el característico sonido del hierro exigido.

La presión de los cientos de mujeres lo haría ceder.

—¡No!

Soltó a Sandrina y atinó con dos segundos de suerte a retroceder los pasos suficientes. El enrejado de extremo a extremo se vino abajo con un gran estruendo, no por el metal rechinando, sino por la cantidad de cuerpos que cayeron aferrados a él, uno sobre otro, aprisionando irremediablemente a la chica herida y pisoteándose entre sí. Las enormes faldas no les permitían reincorporarse una vez en el suelo, lo que hacía que más mujeres siguieran cayendo entorpecidas por las mismas desplomadas y por la presión de las que estaban más atrás. Era una marea humana incontrolable que aterró a Fátima y le congeló el alma, pues muchas de esas mujeres morirían frente a ella, ahogadas o aplastadas…

Entonces sonó un estallido sobre sus cabezas, y luego otro. Y otro.

Las lámparas cercanas comenzaban a reventar.

—¡Retrocedan! ¡Atrás, atrás!

Era inútil. La avalancha era un enredo de brazos, vestidos y gritos, donde nadie escuchaba a nadie y el ansia por moverse era más

importante, aunque no supieran hacia dónde. Un grupo seguía golpeando la puerta de la sacristía sin respuesta, hasta que no tuvieron más remedio que alejarse, pues los bulbos reventaban en cadena. En una de esas explosiones, la parafina ardiente cayó sobre la mantilla de una señora muy mayor, encendiendo su cabello y su poncho. La mujer embistió a otras devotas por la desesperación, lanzando alaridos de dolor. Como no había espacio para correr, simplemente se desplomó, y al menos tres mujeres más a su alrededor vieron arder sus vestidos por contacto, sin piedad y sin solución, contagiándose del fuego como si de un virus se tratara…

Fue una imagen tan inesperada y aterradora que espabiló a Fátima lo suficiente como para hacer andar su bendita lucidez.

No iba a morir ahí. No podía morir ahí.

Se alejó hacia la esquina oriente y, con la ayuda de Victoria, pudo regresar donde estaban Cornelia, Benedictina, Luisa, Enriqueta y otras Hijas, saltando la reja caída y esquivando mujeres que forcejeaban para avanzar en sentido contrario.

—Hay que alejarse de los muros. ¡Muévanse! ¡Hacia el centro, como sea!

Se quitó la mantilla y varias la imitaron. El calor era insoportable. Les explicó que, en una construcción como esa, el fuego suele extenderse por el perímetro, así que en el centro de la nave evitarían las llamas inmediatas… pero que en ningún lugar estarían seguras, pues las telas que cruzaban el techo ya ardían desbocadas y encenderían las vigas. Por demás, la gigantesca araña de velas al medio de la iglesia cedería en cualquier momento, cayendo intempestivamente sobre cientos de devotas…

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le preguntó Clarissa, temblando y abriéndose paso a codazos entre los cuerpos que se movían en todas direcciones.

Fátima la miró y no respondió.

No había respuesta más clara que su silencio.

Las campanadas habían dejado de sonar bruscamente, si bien el mensaje había llegado fuerte y claro a la ciudad. Los espectadores que se concentraban por cientos junto al frontis a La Compañía se sentían completamente inútiles. Movieron y golpearon las diferentes puertas,

todas trancadas, mientras al otro lado de la madera y el hierro los gritos de desesperación eran desgarradores. El humo se colaba por todas las rendijas de la cúpula y algunas llamas ya eran visibles para los horrorizados testigos que comenzaban a atestar las calles. Las escasas ilesas que habían alcanzado a salir por la sacristía se dispersaron rápidamente, y mientras unas corrieron a sus casas, otras fueron por ayuda.

Los primeros en acudir fueron hombres que trabajaban cerca, especialmente de oficinas gubernamentales; con la rápida asistencia de unos veinte policías, comenzaron a ingeniar vías de escape para la muchedumbre atrapada. ¿Por qué los accesos estaban cerrados? ¿Dónde estaban las llaves?

Francisco Bascuñán Guerrero se detuvo frente a las puertas principales con jadeos de agitación y náuseas. Gritó por Mercedes. Dos policías le explicaron la inaudita situación de bloqueo e inmediatamente mandó a buscar al Cuerpo Cívico de Zapadores. Debían presentarse todos los asociados que estuviesen disponibles, con todas las herramientas y adminículos que encontrasen en las bodegas…

—¡Los bomberos, intendente! ¿¡Dónde están!?

Bascuñán no recordaba haber visto jamás a Thomas Nelson con ese gesto de terror en el rostro. No recordaba él mismo haberlo sentido nunca.

Y al terror debía sumar la vergüenza, la culpa, por lo que iba a contestar.

—No hay bomberos en Santiago, embajador…

Para un estadounidense, esa respuesta era inexcusable. ¿Qué capital en el mundo carecía de un cuerpo de bomberos? ¿Era algún tipo de broma cruel? Henry Meiggs, quien hasta hace diez minutos había estado en reunión con el cónsul, Minor Keith, el doctor Silvey y una decena de trabajadores del ferrocarril en la oficina de Calle de Duarte, se tomó la cabeza con impotencia. Recordaba bien que, hacía un año, habían tenido un pequeño incendio en la estación Yungay que debió ser extinguido por los mismos obreros, pues los llamados «zapadores» no eran más que un montón de albañiles, carpinteros y herreros sin formación en emergencias. En algún momento llegaron a

manejar algunos bombines, hachas y baldes, pero en la revolución de 1851 se había perdido casi todo y desde la intendencia jamás habían repuesto ni un solo pistón. La junta municipal había decidido que no era un gasto prioritario…

… y más de una década después, una desgracia venía a contradecirlo.

—*Mister Nelson!*

Casi todo el personal de la legación estadounidense que se encontraba en el edificio consular a esa hora de la tarde, había llegado hasta el templo de los jesuitas con el corazón en la garganta y el ímpetu intacto. Nelson, quien había sido voluntario del Cuerpo de Bomberos en Rockville, la ciudad de Indiana donde creció, no perdió ni un segundo en lamentos o recriminaciones. Pidió permiso al intendente para actuar y el chileno le rogó que hiciera lo que sea que estuviese en sus manos. Él concentraría su fuerza en el acceso principal, mientras ellos podían encargarse de las puertas laterales.

Y así lo hicieron.

Los extranjeros se desplazaron hasta la Calle de la Bandera. La puerta que encontraron era relativamente pequeña, sería muy difícil evacuar con celeridad por ahí, pero no tenían más opción. Nelson apoyó su oreja en la madera: estaba tibia. Los llantos de los niños le pusieron la piel de gallina y, antes de que la desesperanza lo aturdiera, repartió instrucciones.

—Señor Meiggs, necesitamos palancas y martillos… Sé que sabe dónde encontrarlas. Pida alguna carreta en la Plaza de Armas, apóyese en el coronel Wood. Señor Eastman, señor Pearce… Toquen cada puerta de las casas en esta calle. Necesitamos cualquier recipiente que pueda contener agua: palanganas, barriles, tinajas… Señor Smith, señor Keith…, ustedes son los más jóvenes, los pondré a correr. Chequeen el estado de la puerta lateral poniente. Si hay que abrir un hueco en el muro, lo haremos. James, te quedarás conmigo; no tienes las rodillas, pero sí la mente despierta. *Go! Go!*

—¿Y yo? —gritó Maximilian, deteniendo su carrera al llegar junto a sus colegas. Estaba exhausto—. Deme alguna orden, embajador Nelson, o moriré de la angustia…

—¡Señor Bonecraft! ¿¡Qué le sucedió!?

Había rastros de sangre en la oreja izquierda, cuello y ropa de Max, pero él no sentía dolor alguno. El doctor Silvey hizo el intento de revisarlo, pero el abogado lo rechazó con un gesto de indiferencia.

—*Later, later* —le rogó, apuntando luego a la iglesia—. Están diciendo que las puertas están cerradas. ¿Cómo puede ser?

—Poco importan las causas por ahora, necesitamos soluciones. Si se le ocurre alguna forma de tirar abajo este bloque de madera sin herramienta alguna, por Dios, dígalo ya.

La discusión entre los norteamericanos se interrumpió por los gritos que venían de la fachada. Quince hombres, entre caballeros, zapadores y policías, empujaban cada hoja de las puertas principales con todas sus fuerzas. La presión contraria que recibían desde adentro era inmanejable.

—¡No empujen! ¡Señoras! ¡Muévanse hacia atrás!

Nadie escuchaba la voz del intendente. Las pocas cabezas que alcanzaba a divisar cada vez que los rescatistas lograban una grieta de luz entre las puertas estaban, con toda razón, desesperadas por salir, y ya sabía él que la desesperación era el peor enemigo de la cordura.

Entonces, y por la fuerza de la marea humana, las puertas volvían a cerrarse con estruendo, dejando a los hombres pateando la madera y gritando con exasperación.

—¡Necesitamos más manos!

La mayoría de los espectadores, ya fuera por pánico o perplejidad, no quería acercarse demasiado. Algunas mujeres ya habían comenzado a rezar el rosario en voz alta. El humo negro salía por cada recoveco de madera o piedra, las centelleantes llamas amarillas y anaranjadas estaban avanzando muchísimo más rápido de lo que las autoridades poco preparadas habían alcanzado a reaccionar, y las consecuencias serían tangibles, hórridas y declamatorias.

Nelson, Bonecraft, y los recién llegados George Colton y Alan Andrews, junto a un par de diplomáticos franceses, ni siquiera tuvieron que discutirlo: se quitaron las chaquetas, arremangaron sus camisas y se ensamblaron entre los otros rescatistas. Pusieron sus manos en las gruesas puertas principales, alistándose para empujar. Habría que intentarlo todas las veces que fuese necesario, hasta que quedasen sin aliento…

Adentro, las flamas ya habían entrado a los primeros altares laterales y subían con furia, debilitando las estructuras. Al crepitar incesante se añadían los agudos crujidos en la madera, un aviso en cuenta regresiva. Todo sobre sus cabezas iba a colapsar, más temprano que tarde.

Siguiendo las instrucciones de Fátima sobre alejarse de los muros, algunas Hijas formaron un grupo aglomerado bajo la cúpula en la nave principal, intentando que la masa dispersa no las moviera de sitio. Debían ser como una roca en medio del océano, labor casi imposible. Entre lágrimas, comenzaron a rezar a gritos, unas de pie, otras de rodillas, muchas con los brazos hacia el cielo. A su lado caían devotas como moscas, aplastadas por la brutalidad del tumulto desorientado, sofocadas por el aire ardiente o superadas por la angustia de saberse en una irremediable prisión. El estallido de las lámparas o el violento estropicio de las vasijas de flores las hacía saltar, pero enlazaron sus brazos y se prometieron resistir.

—¡Helena! ¡Lenita!

Comprendiendo el riesgo de ser arrastrada o pisoteada, Fati se alejó de sus amigas y comenzó una búsqueda frenética. La imagen de Étienne pasó rauda por sus pensamientos y se sorprendió cuán poco la afectaba no conocer su paradero en ese sinfín de cabezas. Solo le importaba su hermana. Cerca del altar de santa Magdalena, cuyo hermoso óleo ya no se distinguía tras las llamas, gritó su nombre hasta que le dolió la garganta. Su grito era apenas inteligible entre los cientos de otros, unos suplicando por ayuda, otros de profundo lamento, otros pronunciando nombres como ella, en la angustia de las familias por reunirse para que la muerte los encontrara abrazados. Podía oír la voz clara de Enriqueta, ronca de tanto clamar, pues su hija más pequeña, Antonieta, se había perdido entre las faldas y las alfombrillas de misa…

Helena había llegado a la misa con un atuendo imposible de igualar, tan brillante y despampanante que, en cualquier otra situación, habría sido muy fácil de señalar a larga distancia, más aún en una masa homogénea de mantillas negras, aunque estas se contasen por miles. ¿Dónde diablos estaba?

Volvió a gritar el nombre de Helena y la aludida, sepultada entre

cuerpos inertes en el perímetro sur, creyó oírlo, tan lejano y confuso como si lo estuviese imaginando…

Luisa Piermattei también la llamaba, aunque apenas a unos centímetros de distancia. Entre ella y Gabriela Almonacid intentaban rescatarla de la asfixia inminente, tras quedar atrapada entre el tumulto que buscaba con desesperación cruzar el estrecho umbral hacia la capilla de las Hijas. Presas del miedo y la incertidumbre, cientos de mujeres habían optado por clamar misericordia a la escultura de la Inmaculada, pero ninguna había logrado el cometido. El acceso era tan pequeño que se había bloqueado tempranamente en el forcejeo de las crinolinas, sin contar el brusco vaivén de los cuerpos que presionaban con furia las puertas principales, dificultando aún más los esfuerzos de quienes empujaban desde afuera. En ese caos, la enorme estructura bajo la falda de Lenita condenaba sus pasos a la torpeza e inestabilidad, y las mismas devotas que hace no mucho la habían reverenciado con admiración ahora la atropellaban sin miramientos, compitiendo por llegar hasta los pies desnudos de la Virgen Santísima.

Gabriela tironeó del brazo de Helena, pero lo único que logró fue despojarla de su chaquetilla de terciopelo. Intentó nuevamente abrirse paso, agitando sus manos en todas direcciones. Pajarillo se hundía en la succión voraz de la multitud.

—¡Es mi culpa! —lloró la joven Almonacid—. ¡El Señor ha enviado su castigo sobre mí! ¡Es mi culpa!

—¿Qué dices? —se sorprendió Luisa.

—Yo alerté al padre Ugarte sobre la novela de Epifanio —confesó ella, arrugando el rostro por el remordimiento—. ¡Yo lo hice! ¡Perdóname, Dios mío!

No estaba orgullosa de haber sucumbido a la envidia, menos luego de haber tenido que presenciar la horrible penitencia de Mercedita. Creyó que dejar un mensaje anónimo en las oficinas de *El Ferrocarril* había sido una buena forma de resarcirse, colaborando para que la prensa desnudara los martirios escondidos en las sesiones de las Hijas, pero ahora se daba cuenta de que no había sido suficiente. El Todopoderoso había desatado todo su encono para cobrarle su error.

La italiana no alcanzó a contradecirla. No tenía fuerzas para emitir

ninguna palabra más. Perdía a Lenita de vista, no había logrado sostenerla. ¿La castigaría Dios, a ella, por ese imperdonable descuido? Su agobio empeoraba al saberse tan cerca de una potencial salida y, al mismo tiempo, incapaz de acercarse a ella… Y su cuerpo no demoró en somatizar.

Tomó su vientre y se retorció de dolor: las contracciones comenzaron de súbito. Eran tan fuertes que debilitaban sus rodillas. Intentó mantenerse de pie, al tiempo que Gabriela buscaba protegerla de los codazos intermitentes en su cuerpo hinchado. No podía desmayarse, no ahí.

—¡Lenita!

Movida por la masa como un bote en la tormenta, Helena recibió un último golpe, ahora en la mandíbula. No supo si había chocado contra un botín o un puño; solo estaba segura de que estaba sangrando, pues el sabor metálico entre los dientes no mentía. Sus ojos ardían y ya no veía nada. Pero sí oía. Oía a Luisa gritando por ella. Oía a Gabriela. Luchando por una bocanada de aire que la compresión de cuerpos caídos le negaba, oyó a Fátima, a su querida Fati, y antes de desvanecerse se preguntó si habría ángeles esperándola en el cielo…

La joven señora Aguirre llamó a su hermana una última vez sobre las cabezas alocadas del gentío y comenzó a llorar. Su fuerza flaqueaba. ¿Podía permitírselo? No tuvo tiempo para pensarlo, en realidad, pues la alertaron una decena de brazos apuntando hacia arriba. Sobre el arco que daba paso al altar del arcángel san Rafael, un adolescente escalaba ágilmente los tallados de piedra para llegar hasta la más alta barandilla. Era una locura. Esos recovecos del techo eran, en ese momento, el lugar más peligroso de todos, de madera pura y sugerente barniz a minutos de ser alcanzado por las llamas. Tal vez creyó que encontraría por ahí alguna ventana o respiradero, pero ella sabía que no existían.

Lo vio trastabillar, perder el equilibrio, soltar sus manos y caer al vacío desde una altura de ocho varas. Se cubrió el rostro para no observar la consecuencia, e hizo bien: el chico no cayó al vacío, sino sobre varias mujeres, y el golpe liquidó a una de ellas en un suspiro, quebrándole el cuello.

Los testigos soltaron chillidos de horror; el joven quedó sepultado irremediablemente entre los cuerpos que, de pronto, se movieron con arrebato hacia la salida que daba a Calle de la Bandera. Pasando el obstáculo visual del grueso arco de ladrillo y piedra, Fátima se interesó en el repentino cambio de dirección de la masa. Desde ahí podía notar que la puerta seguía cerrada. ¿Por qué volvían a empujar?

Aguzó el oído hasta que logró distinguir lo que había pasado por alto hacía un minuto: a los golpes de puño de las mujeres contra las puertas, se había sumado otro tipo de sonido. Era bruto y metálico. Parecía como si alguien le hubiese quitado su bastón a algún sereno y lo estuviese azotando contra la madera desde afuera.

Su imagen mental había tenido la aguda precisión de una espiritista. En efecto, desde la calle y alentado por sus compañeros, Adolfo Eastman asía un chuzo de sereno con moharra de hierro, con el que golpeaba una y otra vez el área de las bisagras. James Silvey le había dado la idea mientras esperaban las otras herramientas de ayuda. Mientras, Abner Pearce ya había movido dos barriles de agua con la asistencia de residentes de esa calle. Entre los hombres presentes, utilizaban el chuzo por turnos como una palanca, pues si rompían los goznes, la puerta se abriría sin remedio por la presión del interior…

—*Great idea!* —gritó Meiggs al ver el esfuerzo de sus connacionales, bajándose de una carreta con otro gran listón de fierro en la mano. Entregó más herramientas a otros interesados y entre todos comenzaron a forzar las junturas.

—¡Echarán la puerta abajo! ¡Estamos salvados!

El campesino Jovino Barrionuevo, con su cuerpo pegado al muro oriente, hizo el anuncio con la mejor intención; sin embargo, en lugar de calmar a los cientos de apiñados, solo logró desesperarlos más. Su posición era privilegiada, sería de los primeros en salir si los norteamericanos lograban quebrar los tablones de madera, pero también sería de los primeros en morir aplastado si la muchedumbre seguía presionando…

—¡Deme su lugar!

Una voz con acento francés trató de colarse entre los gritos de angustia. El señor Barrionuevo alzó el mentón, confundido. Cuando

escuchó el llamado por segunda vez, captó a la persona que lo emitía.

Estrujado contra la rejilla del altar de san Luis de Gonzaga, un caballero muy elegante le hacía señas. Estaban a unos diez hombres de distancia. La histeria masiva lo había acorralado en ese punto, donde había esperado en vano por la familia adinerada con la que planeaba comenzar una fructífera amistad: los Barros Matheu no habían logrado ingresar a tiempo a La Compañía y se perderían la ceremonia. Solo Ventura estaba presente, del brazo de sus amigas en algún altar del muro poniente.

—¿Qué dice?

—¡Que me dé su lugar! —repitió Étienne, apuntando a la puerta de acceso que estaba a punto de ser derrumbada—. ¿Cuánto dinero quiere por él? Conseguiré la cifra. ¡La que sea!

Barrionuevo demoró en responder. Era una petición insólita. El diplomático francés estaba tan nervioso como cualquiera, se limpiaba el sudor con sus guantes blancos y bajo su brazo apretaba el bastón que se había negado a soltar. Ni siquiera en una emergencia estaba dispuesto a relajar las apariencias. Su ubicación en el tumulto era bastante buena dada las circunstancias, apenas a unas cuantas varas del acceso oriente, pero no frente a él sino a un costado. Eso transformaba su ventaja en una desventaja, pues ya había intuido lo evidente: tendría que luchar para integrar el flujo de salida, y podría no lograrlo antes de que las llamas bloquearan el paso.

Habría que comprarlo.

—Este puesto no tiene precio —le dijo el chileno de vuelta, frunciendo el ceño. A su lado, su esposa asentía con vehemencia.

—¡*Todo* hombre tiene un precio! —insistió el señor Clermont, agitado—. ¿Quince pesos? ¡Treinta!

—Ya le dije que…

—¡Cincuenta!

El matrimonio Barrionuevo se miró con estupor. Cincuenta pesos chilenos era mucho dinero para una pareja con tres niños que vivía de vender leche fresca y pejerreyes en salmuera frente a la Estación Central. ¿Acaso el burgués hablaba en serio? La mueca aterrada bajo su bigote apuntaba a que sí.

Ellos consideraron la oferta. Escudriñaron las miradas enjuiciantes

que los rodeaban, si bien la mayor parte de los feligreses estaba más preocupado por los esfuerzos de los rescatistas al otro lado del muro que de esa extraña conversación.

El campesino observó las lenguas candentes que avanzaban por el techo de los altares laterales y se estremeció. La posibilidad de morir era inminente.

Pero estiró su mano y levantó la voz.

—Págueme. Deme las monedas y podrá esperar aquí, junto a la puerta.

En lugar de quitarse su sombrero de copa, víctima del calor sofocante, Étienne lo acomodó sobre su coronilla, preparándose para avanzar aunque fuese a codazos. Una cosa era negociar su posición frente a la salida: otra muy distinta era llegar hasta ahí.

—No tengo ese monto en este instante. Apenas salgamos, conseguiré para usted una letra de cajero que…

—¡No hay trato!

—¡Espere!

Odiando y maldiciendo al harapiento en voz baja, el diplomático francés se tanteó los bolsillos aunque supiese que no cargaba ni un céntimo. Al mover sus brazos, algo brilló y captó su atención.

—¡Eso es! ¡Tome! —exclamó, intentando con mucha torpeza desabotonar los puños de su camisa—. Son colleras de plata engravadas. ¡Plata finísima! Puede vender el par por más de cincuenta pesos…

Logró quitarse una y se la dio a una mujer a su lado, ordenándole que la hiciese llegar al señor Barrionuevo. Pasó por varias manos hasta que el destinatario la tomó, levantándola sobre las cabezas de los parroquianos para examinarla a la luz de las lámparas. A juzgar por el ruido, los golpes de martillos y chuzos contra las bisagras darían sus frutos en cualquier momento.

—¡Deme la otra! —le exigió el chileno a la distancia.

Étienne masculló un insulto en su lengua natal, forcejeando con la joya que seguía incrustada en el ojal de algodón en su puño, pero se congeló de pronto.

Un chillido metálico lo alertó.

Afuera, en la Calle de la Bandera, Henry Meiggs cayó de espaldas

al suelo.

Los clavos saltaron en todas direcciones. Las placas de las junturas habían cedido.

Y la puerta se rindió.

Muchos escandalosos sonidos llenaron la calle al mismo tiempo. Tan pronto la pesada plancha de tablones se azotó contra el piso de tierra, decenas de cuerpos salieron expelidos con la furia de un huracán, envueltos en un grueso humo oscuro que arrastraba materias encendidas. Caían unos contra otros, sin tiempo para serpentear o levantarse, donde los más suertudos lograban rodar por la gravilla y los más desafortunados veían sus manos, muñecas y tobillos fracturados en el forcejeo. Algunos zapadores se acercaron en el acto, tomaron del brazo a quien podían y los arrastraban lejos de la confusión, mientras los estadounidenses gritaban a los rescatados que corrieran a la plazuela. Meiggs, exhausto, recuperaba la fe y, al vuelo, contaba veinte, cuarenta, cincuenta, setenta almas a salvo…

—¡Déjenme pasar! *Laissez-moi passer!* ¡Soy un Clermont-Tonnerre!

En el griterío de desesperación, no logró escuchar ni su propia voz. Perdió rápidamente su bastón y su sombrero, pisoteado en la avalancha. Empujó y amenazó, usó su fuerza para adelantarse a cualquier falda que lo retrasase, y cuando quiso interponerse entre unos niños para huir primero, recibió un puñetazo desde su punto ciego. Su cabeza rebotó contra la piedra del muro. Quizá la misma multitud habría arrastrado su cuerpo inerte hacia la libertad, si no fuera porque de un segundo a otro el flujo se había detenido.

¿Qué estaba ocurriendo?

El coronel Wood, auxiliando a un anciano de traje, notó un patrón: la mayor parte del público que había logrado salir era masculino. Horas después alguien le explicaría que, en las misas católicas, los pocos hombres asistentes siempre se quedaban cerca de las puertas del templo, pues solían ser los últimos en ingresar y los primeros en marcharse. Ahora habían sido los prioritarios al escapar, dejando a las mujeres estancadas y atrapadas en sus propios vestidos, creando un tapón de cuerpos desmayados, retorcidos o agobiados en el umbral, estirando los brazos hacia el exterior mientras clamaban por misericordia, pues las llamas ya estaban muy cerca…

La súbita abertura de luz natural en el muro encandiló a Fátima por un momento, desde su posición en la nave central. Luego pestañeó varias veces para cerciorarse.

Habían desplomado la puerta oriente. ¡Estaba abierta!

Su primer movimiento debería haber sido regresar a su grupo de cercanas para movilizarlas hacia la repentina salida, o quizá volver a revisar si Helena estaba en los alrededores, pero la hipnotizó la evacuación caótica, la caída apresurada de los cuerpos que salían, los gritos de felicidad y también de terror…

Los de terror, sobre todo, porque no habían pasado ni cinco minutos y ya nadie más se pudo mover. Como un embudo, la única vía de libertad posible se bloqueó por un puñado de señoras empujadas y noqueadas por la estampida, quienes nunca más volvieron en sí. Sus cuerpos se transformaron en sacos de arena, en obstáculos imposibles de remover por la presión de la muchedumbre, a los que se sumaron otros y otros más, víctimas del calor y los gases que agudizaban la asfixia por compresión. Un reportero de *El Ferrocarril* había llegado a Calle de la Bandera justo a tiempo para presenciar la apertura de esa puerta, y establecería en su artículo, horas más tarde, que el muro de parroquianas cortando el paso llegó a tener casi dos varas de alto, que los gritos eran ensordecedores, y que muchas madres comenzaron a lanzar a los niños más pequeños por sobre el tumulto, llorando de desesperación y esperando que treparan, cruzaran el umbral y algún buen samaritano los recibiese al otro lado. Entre el profesor Smith y el doctor Silvey salvaron, al menos, a una docena de infantes…

Atrás, en cada rincón de La Compañía, las miles de lámparas de parafina seguían estallando en cadena y derramando su contenido sobre los feligreses. Astillas de madera, enredadas en guirnaldas y tules encendidos, caían desde el cielo; no había dónde correr ni cómo protegerse. La joven Aguirre contuvo un alarido al presenciar a Adelina Ovalle luchando contra las flamas que encendieron su cabello como una verdadera antorcha, extendiéndose por toda su cabeza. La vio luego arrancándose trozos de la piel de su rostro entre gritos de agonía.

Fue exactamente la misma aterradora imagen que vio Henry

Meiggs desde afuera. Era peor de lo que imaginaba, y estaban llegando tarde…

Minor Keith apareció tras su tío, jadeante.

—¡Hay que forzar la otra puerta! ¡Allá en el callejón!

Meiggs asintió y tomó dos de los chuzos olvidados en el suelo. Corrieron de vuelta al frontis para rodear la iglesia hasta el otro extremo, topándose con los policías que intentaban botar las puertas de las capillas a hachazos. Eran mucho más robustas e imposibles de apalancar que las laterales, así que el norteamericano prefirió seguir de largo y concentrarse en un acceso que estuviese seguro de poder vulnerar, como el que encontraría en el muro poniente.

Sin embargo, una escena muy peculiar lo detuvo. Al menos veinte hombres, con todo el vigor de sus cuerpos, empujaban las dos grandes hojas del acceso principal. En ese esfuerzo que parecía sobrehumano, conseguían abrir apenas una hendidura y liberaban a tirones a dos o tres personas por vez. Así jamás lograrían sacar suficientes personas a tiempo. Entonces apareció una solución inesperada: un campesino de manto a rayas sobre un fornido purasangre se ubicó justo entre las puertas y, en esos pocos segundos que los rescatistas lograban mantenerlas abiertas, lanzaba su laso hacia el interior de la iglesia, tal como si quisiera atrapar un novillo. Mujeres atascadas se aferraban a la cuerda y eran jaloneadas hacia el exterior mediante la fuerza del caballo. Ya no liberaban a dos sino a seis o siete personas por intento. ¡Funcionaba! El embajador Nelson tenía las manos y rodillas acalambradas, el intendente Bascuñán seguía gritando por Mercedes, y Maximilian, cubierto de sudor hasta su baja espalda, le rogaba a su Dios que no abandonara a Fátima.

En el cuarto arrojo de la soga por parte del huaso chileno, fueron tantas las personas que tomaron la cuerda que, al retraerla con el galope del equino, se cortó. Eso dejó tres nefastas consecuencias: campesino y caballo cayeron al suelo, ningún feligrés pudo ser rescatado y, para peor, varios cuerpos quedaron atrapados entre las puertas centrales, trancándolas. Los hombres que habían estado empujándolas retrocedieron en el acto, sorprendidos, y aunque volvieron a acercarse un minuto después a prestar ayuda a las devotas aprisionadas, fue imposible. Bajo el gran umbral principal de La

Compañía había decenas, probablemente cientos de caídos que, ya fuera por cansancio, por sofocación o aplastamiento, no se moverían un centímetro más, bloqueando la salida a otros cientos que gritaban descorazonados por una mano auxiliadora y una oportunidad de sobrevivir. Desde afuera podían verse las llamas avanzando por el tejado, los trozos de madera ardiendo que caían como lluvia destellante, las figuras con los brazos en alto chillando de dolor…

—¡Bonecraft! —le gritó Henry Meiggs, sin darle espacio a que el ánimo del joven se derrumbara—. *Move! Now!*

Max se quitó por un momento sus lentes trizados, se restregó los ojos y corrió tras el empresario. Los señores Colton, Andrews y Nelson, por su lado, se repartieron entre las puertas de las capillas de los Dolores y de las Hijas de María, las que se habían podido abrir solo parcialmente, dando lugar a un espacio inútil para lograr socorrer a alguna clamorosa víctima.

Adentro, el fuego ya se había extendido por el perímetro y todo el borde del techo, cubriendo incluso el altar de san Luis. Con o sin bloqueo de cuerpos, Fátima concluyó que en pocos minutos el fuego haría imposible salir hacia la Calle de la Bandera, así que debía reaccionar y llegar hasta ahí como fuera.

Miró hacia abajo. A sí misma.

Ya sabía cómo.

—¡Vestidos! —gritó a quien quisiera escucharla, pero por sobre todo a sus amigas, hacia quienes empezó a avanzar mientras se desnudaba—. ¡Vestidos fuera, señoras!

Benedictina fue la primera en oírla. Había estado rezando de rodillas junto a la señora Vanderbilt. A su alrededor muchas tosían por el humo y los gases, y en cada pestañeo había un tumulto diferente de desplomadas. La doncella ya no sabía si asistirlas o dejar que terminaran de asfixiarse por el calor, quizá lo más benévolo de hacer antes de que las llamas las alcanzaran.

—¡Qué dice, niña!

—¡Los vestidos! —repitió Fátima—. ¡Quítenselos! Es la única manera de alcanzar la puerta. El bloqueo de cuerpos es muy grande, es imposible avanzar…

—¡Te volviste loca, Fátima Evangelina! —le gritó Cornelia, con su

peinado desmarañado y ceniza en el rostro.

—¡Desnudarse es un pecado!

—¡Por supuesto que no!

—¡Es una impudicia!

—¡Yo lo haré!

Sinforosa Tagle de Zimmermann, a sus setenta años bien habidos, exclamó fuerte y claro. Si alguien no tenía nada que perder, era ella. Con la vista fija en las otras asociadas y las manos en su espalda, desanudó su vestido y se lo fue quitando de los hombros hacia abajo. Algunas, por pudor, ni siquiera fueron capaces de mirarla. Otras se alejaron. Otras volvieron a su rezo…

Pero otras se inspiraron. Jertrudis y Cayetana compartieron una mirada aterrada y, como si leyeran el pensamiento de la otra, concluyeron que ese era el camino. Porque era cierto: las imágenes más espeluznantes de las que estaban siendo testigos eran de mujeres víctimas de sus enormes crinolinas, que no solo no les permitían moverse libremente o con mayor celeridad en un mar humano como ese, sino que eran de por sí un poderoso material inflamable junto a las cuatro o cinco capas de ropa que llevaban encima. Lo que Fátima proponía no era absurdo ni descabellado ni pecaminoso. Era la forma más sensata de salvar sus vidas.

La doncella de los Aguirre Vanderbilt obedeció con mucha convicción. Su sencillo vestido era muy fácil de quitar y ella no llevaba crinolina, así que quedó con apenas su delgada camisola y unas medias. Mujeres que aún se movían desbocadas a su alrededor se detenían con espanto al ver a la criada desnuda, pero se espantaron aún más cuando vieron a cuatro, cinco, siete mujeres elegantes despojarse de todo, hasta del corsé, ayudándose entre ellas para que fuese más rápido. De todo, sí, salvo de sus medallas milagrosas pegadas al pecho.

Desatando la última cinta que sujetaba la crinolina de Fátima a su cintura, el armatoste se desprendió y el esqueleto metálico cayó a sus pies. Quedó con apenas unas largas bragas blancas, ceñidas en las rodillas —donde escondió el pañuelo de Maximilian, negándose a perderlo—, y una camisilla corta.

Entonces Cornelia encerró la muñeca derecha de su hija con su

puño. La apretó con violencia. Con asco.

—¡*Sin ropa* en la casa de Dios! —gritó, fuera de sí—. ¡Te condenarás al infierno! ¡Eres una insensata, una atrevida, una…!

La joven señora Aguirre, en un ágil movimiento, se liberó del agarre de su madre e hizo lo que, quizá, entretuvo tantas veces antes en su mente, pero se habría jurado ser incapaz de hacer.

Le dio una bofetada.

Benedictina tapó su boca con ambas manos y todas las demás congelaron sus movimientos.

—¡Ya *estamos* en el infierno, madre! —la increpó, con los ojos llenos de lágrimas. No estaba orgullosa, pero tampoco retrocedería—. ¿Quieres morir? ¡Hazlo! Reza hasta que la techumbre se derrumbe sobre ti. Yo no te puedo acompañar.

La señora Vanderbilt, con sus manos en la mejilla que escocía y el mentón temblando de furia, hizo lo último que su hija o las otras asociadas habrían esperado: recogió del suelo una mantilla ajena, pisoteada y rasgada, la colocó sobre su cabello y se arrodilló. Sin cortar el contacto visual con Fátima, juntó ambas manos a la altura de su pecho en señal de rezo, y modulando con toda la intención que le quedaba, levantó la voz entre el bullicio agónico de miles a su alrededor: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo…».

Fátima asintió, con lágrimas surcando sus pómulos.

—Adiós, madre…

Sin mirar atrás, sin permitirse hacerlo, corrió haciendo uso de su nueva ligereza de prendas seguida de otras Hijas. Cruzaba por reflejo sus brazos sobre sus pechos para ocultarlos, no podía evitarlo, pero su convicción de sobrevivir era más fuerte. Casi no veía hombres alrededor, solo mujeres de movimiento limitado y consternación creciente.

Para ese momento, ya había luz natural entrando por tres lugares: la puerta lateral oriente, la puerta principal y ahora la puerta poniente, entre los altares de san Francisco de Paula y Nuestra Señora del Tránsito. Si bien desde afuera habían logrado sacar la puerta de cuajo y ofrecer una vía expedita de escape, el problema ahora ya no era un muro de desmayadas por avalancha, sino un terror peor: un

muro de fuego. Las flamas eran tan altas que las mujeres habían comenzado a retroceder en lugar de luchar por salir. Quienes se atrevían a cruzar llegaban al callejón con cada extremidad ardiendo, recibiendo la ayuda de distintos hombres que arrojaban sus chaquetas para apagar las llamas en sus cuerpos. Luego, entre dos o más, las llevaban a la plazuela, donde varias carretas de bueyes las derivaban a boticas u hospitales. Pero eran solo algunas valientes. Con el fuego envolviendo cada muro del templo, quienes hasta hacía poco empujaban con locura hacia los accesos ahora hacían el perfecto movimiento inverso: forcejeaban para refugiarse al centro de la nave principal, aunque eso significase una protección frágil y pasajera.

Esa no era la estrategia. No podía serlo. Era el momento de escapar malherida o resignarse a morir.

Echaron un vistazo hacia el conducto que daba a la capilla de las Hijas. Secretamente todas compartían el deseo de abrazar los pies de la Inmaculada rogando por salvación, pero esa puerta, mucho más estrecha que cualquiera de las otras, estaba también bloqueada por una montaña de cuerpos entrelazados y sufrientes que quebraron sus costillas en el anhelo por la libertad. Fátima escudriñaba los rostros de cuanto cuerpo veía abandonado en el suelo, apilados en las esquinas, pisoteado en los vaivenes, por si reconocía las facciones de Mercedes, de Luisa, de Clotilde o Clarissa, a quienes les había perdido la pista en el caos y sufría al pensar que no lograrían salir. ¿Habría llegado Helena a la misma conclusión que su hermana, despojándose a tiempo de su ampuloso vestido? ¿La creía posible de ese acto tan indecoroso y, al mismo tiempo, tan jodidamente valiente?

Forcejeando entre la multitud, llegaron lo más cerca posible de la puerta que daba al callejón. Les ardían los ojos y la garganta. Sus labios comenzaban a quebrajarse. El aire dentro de la iglesia se había convertido en una neblina viscosa de vapores extraños, aromas indefinibles y un calor que no podrían soportar mucho más.

—Bene, hazlo ahora —le rogó Fátima. Frente a ellas, un cúmulo de mujeres se arrojaba al fuego con torpeza, desapareciendo al otro lado del umbral tras el humo negro—. Podrás correr más rápido que ellas. Cierra los ojos y solo hazlo…

—No puedo dejarla aquí, niña…

—Iré justo detrás de ti —le mintió, intentando no llorar mientras la miraba a los ojos. Ella no saldría hasta buscar a Helena por última vez…

—¡No, Micaela! ¡No!

Una niña de unos cuatro años, con su hermoso vestido de tul hecho jirones y rizos chamuscados cayendo de su coronilla, corrió detrás de una mujer creyendo que era su madre, directo hacia el fuego para traspasar la puerta, pero el miedo y el dolor la paralizaron casi al medio de las llamas. Fátima no lo pensó, solo actuó, y se abalanzó hacia la niña para sacarla de ahí.

Alguien se le adelantó.

Desde el callejón, un hombre saltó hacia las flamas tapando su rostro con sus brazos en alto. Estaba empapado, como si deliberadamente se hubiese remojado en una tinaja antes de entrar. Sin decir ni una palabra, se inclinó hacia la niña, la tomó en sus brazos y volvió por donde vino.

—¡Señor Bonecraft!

Fátima no sabía que se podía sonreír tan ampliamente y llorar tan amargamente al mismo tiempo. En un pequeño espacio de dispersión del humo denso, a través de las llamaradas que subían y subían, vio a Maximilian. Entregó a la niña a un zapador, quien la envolvió con una frazada y corrió en dirección a la plazuela.

Entonces él volteó para mirar otra vez hacia el interior de la iglesia, con el estupor y anhelo de haber reconocido la voz que lo llamó. En el breve momento en que sus ojos se encontraron con la mujer por la que había implorado en silencio desde que llegó a La Compañía, sintió su fe renovada.

—¡Salta, Fátima! —le rogó, abriendo sus brazos. El señor Meiggs y su sobrino Minor estaban a su lado, también goteando de pies a cabeza. Habían pasado los últimos minutos ayudando a las mujeres a cruzar el umbral, mientras, en la puerta oriente, ofrecían el mismo servicio heroico el coronel Wood y los señores Eastman y Silvey—. ¡Salta!

—¡Vamos, Bene! —la animó ella—. El señor Bonecraft te recibirá. ¡Hazlo!

Su doncella hizo en su frente la señal de la cruz. Entonces corrió.

Con un grito, se lanzó hacia el otro lado. La joven señora Aguirre no podía ver nada por la humareda, pero como no había escuchado un golpe de caída, asumió que alguno de los estadounidenses la había recibido. Entonces giró para animar a alguna de sus acompañantes, notando que Sinforosa ya había hecho el mismo recorrido, sin avisar. Su cabello se incendió en el cruce y, una vez en el callejón, Minor la roció con un balde de agua. Luego, al verla también desnuda, igual que Benedictina, la cubrió con su propia chaqueta y gritó por una camilla.

—*Come on, ladies! Jump!* —gritó el señor Meiggs desde el otro lado y, en un nuevo espacio entre el humo, apareció su rostro, viendo directamente hacia las mujeres que aún no se atrevían. Cayetana hizo el gesto de tomar impulso, pero notó a los tres hombres que esperaban y, por un segundo, recordó cómo lucía. Miró sus pechos bajo la camisola translúcida, sus piernas con las medias sucias…

Y retrocedió. Comenzó a negar frenéticamente con la cabeza, mientras intentaba taparse con sus brazos.

—¡Cayetana! —la llamó Fátima, aterrada.

La joven comenzó a buscar alguna falda o chaquetilla perdida en el piso. Deliberadamente le quitó una a quien no podía distinguir si era una desmayada o si ya había muerto. No saldría desnuda, no podría… Había hombres mirando, no sería capaz…

Jertrudis, por su lado, se persignó, sacando fuerzas que no sabía que tenía. Miró a la señora Aguirre por última vez y se lanzó hacia el fuego. Gritó de dolor. Las llamas habían alcanzado la altura de la puerta completa, unas tres varas, por lo que el cruce ya no era peligroso, sino suicida…

—¡Fátima! —volvió a gritar Max—. ¡Aquí estoy! ¡No me iré sin ti!

Tomó un balde de agua y lo volcó sobre su cabeza. Se acercó al umbral.

—¡No! —lo detuvo el señor Keith, sujetándolo del brazo—. ¡El fuego está descontrolado! ¡No podrás volver a salir!

—¡Tengo que hacerlo!

—¡Maximilian! —gimió Fátima.

Esa fue la última vez que escuchó su voz.

Listones de madera incandescente crujieron más alto que cualquier

clamor.

Y, desde lo alto, caerían.

El siguiente grito que cruzó el ambiente fue el del intendente Bascuñán, vociferando una advertencia desde el frontis de la iglesia, con toda la desolación de su alma y todo el aire de sus pulmones.

—¡Derrumbe!

Los cientos de observadores que rodeaban La Compañía corrieron en todas direcciones, escondiéndose en calles aledañas, tras los carruajes, tras los árboles. La torre y el campanario, estructuras erigidas en el sector frontal del templo, chirriaron en absoluta agonía. Eran esqueletos cubiertos de fuego, con llamas que se elevaban hasta el cielo y dejaban un rastro infinito de hollín en suspensión.

Fátima miró hacia las vigas cruzadas del techo. Lo pensó un segundo. Repasó en su mente las diferentes secciones arquitectónicas de la iglesia…

Y corrió.

Corrió contra la corriente. Se escabulló entre los cientos de faldas que aún pululaban desconcertadas e intoxicadas, eludió cuerpos caídos y pisoteó otros en el intertanto. Avanzó rauda hacia el área norte y se refugió, sin expectativa y encomendándose a la Virgen, bajo el grueso arco de piedra que daba al altar del Señor Crucificado, donde otras mujeres arrejuntadas habían intentado ponerse a salvo.

Se escucharon los bramidos más desgarradores de la noche.

La torre cayó hacia el costado de la Calle de la Bandera, lenta y dramáticamente, como un tizón ardiendo que marcaba su trayecto con fuertes destellos. A su lado, el campanario y la tonelada de sus cinco bronces se desplomaban hacia dentro de la iglesia.

Aún no había terminado de ponerse el sol.

Eran las siete y cuarenta de la tarde.

Fátima se puso en posición fetal, apretó los párpados y tapó sus oídos. El ruido del derrumbe era como ella imaginaba que sonaría el fin de los tiempos, tal como versaba en la Biblia el libro del «Apocalipsis». Aunque se resistió a abrir los ojos, pudo distinguir la resonancia de las campanas al golpear el suelo, pues la tierra tembló. Un minuto después, otra caída, esperable pero no menos dramática, también la obligó a abstenerse de mirar: la araña de hierro que

iluminaba con cientos de velas de estearina en medio de la nave principal se precipitó junto a las vigas centrales, sepultando bajo su aro metálico a incontables mujeres que se abrazaron para morir. Y eso significaba que solo faltaba un derrumbe más: la cúpula y todo el techo del área norte, lo que sucedería en no más de cinco o diez minutos, de acuerdo al cálculo de la joven señora Aguirre, terminando de borrar a toda devota que hubiera pisado ese martes la misa de la Inmaculada Concepción…

—Fammi entrare! Luisa, vita mia!

Entre tres caballeros chilenos debieron contener al señor Andreas Piermattei, quien, llegando tarde a la fatídica escena por encontrarse en la periferia, había caminado desbocado hacia las llamas de la puerta principal. Gritaba por su encinta esposa. Los hombres a su alrededor no necesitaban dominar su idioma para comprender su dolor y, sosteniéndolo de brazos y piernas, evitaron que muriera sin razón. Ya estaban atestiguando demasiadas muertes. El incendio era absoluto en cada umbral, cornisa y hornacina del sector frontal, y al derrumbarse las puertas había quedado al descubierto el infierno interior, con miles de cabezas y manos convertidas en antorchas entre ladrillos, vigas y rocas…

Las mujeres más gravemente heridas habían sido derivadas a cuatro hospitales distintos, mientras que aquellas con quemaduras importantes, pero aún lúcidas, abarrotaron las boticas cercanas. Esa fue la información que Segismundo Aguirre pudo recopilar apenas consiguió acercarse al siniestro. La estúpida persecución a su hijo Beltrán había resultado inútil —la portentosa dueña del burdel no le permitió la entrada, aun cuando el viejo se atrevió a amenazarla, blandiendo su arma— y también perjudicial, pues, aunque unas extrañas campanadas cambiaron su foco de atención, sumadas a unos chillidos a lo lejos, su arrebato paternal había retrasado de forma irremediable su comprensión sobre la tragedia que se desataba a unas cuadras de distancia. Llegó a las inmediaciones de La Compañía cuando ya todo estaba perdido. Corrió hacia las jóvenes orantes que se aglomeraban en la plazuela y gritó los nombres de su esposa e hijas. Al no encontrarlas, unos zapadores le sugirieron hablar con los carreteros de bueyes, por si recordaban el semblante de alguna herida

a la que hubiesen trasladado. Creyó oír a los Barros Matheu, Orlando y Marianne, desesperados buscando a Ventura, pero no se detuvo a ofrecerles ayuda ni apoyo moral. La angustia había nublado su buen juicio. En *shock* ante la espesa luminaria del templo católico convertido en hoguera, no entretuvo ni por un segundo la idea de que sus mujeres estuviesen pereciendo ahí adentro. No era posible. Decidido a encontrarlas, se alejó hacia donde Jerónimo lo estaba esperando junto al carruaje, con el que recorrería cada lazareto, hospicio o claustro durante toda la noche.

Unas pocas devotas rescatadas, cuyas heridas eran más emocionales que físicas, no quisieron alejarse del lugar. Entre ellas, Eulalia Pardo y Victoria González de Huerta. Observaban la tragedia desde la plazuela, llorando y rezando, pues el Todopoderoso había perdonado sus vidas sacrificando la de sus hermanas marianas. Le debían a cada mujer mártir el permanecer ahí, vigilantes, hasta que cayeran la última tabla y la última piedra. Presenciar su oblación era un padecimiento leve, insignificante, comparado con el que estaban viviendo los padres, esposos y hermanos repartidos por cientos en todo el perímetro, quienes se habían alejado ante la advertencia del intendente, pero habían regresado con apremio tras el primer derrumbe. Aún se escuchaban gritos de auxilio entre las paredes ardientes del templo jesuita y, en el delirio de su dolor de testigos, no perdían la esperanza de salvar a alguien más, a una más…

No solo el señor Piermattei se había enajenado y luchaba por arrojarse al fuego. También Maximilian. El embajador Nelson y Henry Meiggs lo aprisionaron desde el cuello y torso, impidiendo que cometiera una locura. Las puertas laterales habían quedado completamente inutilizadas, ya no había nada más que hacer. ¿Y los clamores que aún se oían de mujeres y niños? ¿Se quedarían ahí, simplemente ahí, en la tortuosa espera de que el Dios católico terminase de aniquilar el pandemonio desatado bajo su mirada?

En ese segundo, Fátima Aguirre se hacía la misma pregunta. ¿Se quedaría ahí, en ese falso resguardo bajo el arco de piedra, a esperar su muerte inminente? ¿Valía la pena invertir el escaso aire en sus pulmones para moverse, para correr, para gritar? ¿Hacia dónde? ¿Hacia quién?

En sus pies, pantorrillas y antebrazos había manchas blanquecinas y sanguinolentas, las que, inauditamente, no le causaban ningún dolor. El tormento de su alma tomaba toda su atención en sus últimos momentos. Sin estar totalmente consciente de por qué, se reincorporó apenas y se arrastró entre las decenas de cuerpos aplastados por la reja hasta la explanada de mármol.

Se detuvo a un costado del altar mayor, pegada a la base, y se recostó boca arriba, observando las llamas que devoraban la cúpula y la harían colapsar en cuestión de segundos. Había algo hipnotizante en el danzar de tonos rojizos de un fuego con poder incontrolable. Otra decena de fallecidas recientes colgaban de la mesa, aferradas a la cubierta, con los ojos y bocas abiertas rogando a Dios, desfiguradas por el paso de la fogarada. Sentía a su alrededor a mujeres que aún se movían, que aún luchaban por una bocanada más de aire, aunque fuese inútil. Encomendó sus almas al Señor. El cordón de fuego estaba a centímetros de su cabeza, sentía los hilos de sus cabellos retorcerse por el calor, pero ya no lo intentaría más. Sus párpados quemados se entrecerraban. Quería aceptar su destino.

Descansó su cabeza hacia la derecha, lo que la dejó a poca distancia del rostro de una desmayada. Dudaba de que todavía respirara. Su cabello castaño cubría gran parte de sus facciones, no era distinta a otros cientos de mujeres caídas, y aun así Fátima quiso seguir su intuición. Estiró, torpe, su brazo hasta ella, y removió un mechón.

Era Mercedes.

A la joven Aguirre le pareció absurda la repentina felicidad que sintió. La felicidad por encontrar el cadáver de su amiga y poder morir a su lado. ¿Había un nombre para ese tipo de desquiciada alegría? Quizá la cordura estaba abandonándola, y en buena hora, pues deseaba que todos sus sentidos se apagaran cuanto antes. Acarició la mejilla de la joven Bascuñán y lloró. Pensó en Helena. Pensó en Beltrán. Pensó en sus inclaudicables Hijas de María. Pensó en Maximilian, tocando el trozo de algodón con sus iniciales que seguía escondido en sus bragas, y concluyó que, después de todo, en esa corta vida sí había tenido la dicha de amar…

Entonces la abrumó un repentino cansancio. Cerró los ojos. «María

Santísima, en tus manos encomiendo nuestros espíritus», susurró, tanteando con su mano izquierda la medalla que aún colgaba de su cuello.

Sintió el metal entre sus dedos. Entendió algo. De golpe, abrió los ojos otra vez…

—¡Derrumbe!

El aviso fue gritado por muchos hombres al unísono. Desde la esquina de Calle de la Bandera, el doctor Silvey y el señor Eastman retrocedieron varios pasos, y aun así continuaron teniendo la vista más predilecta y horrenda a la tragedia que culminaba. En una ensordecedora sinfonía de crepitares y chillidos madereros, la cúpula se deshizo como un papel arrugado en el puño de Dios. Junto a ella, todo lo que quedaba de techumbre en la Iglesia de la Compañía colapsó.

Nelson tiró de la cadenilla de su reloj. Eran las siete y cincuenta y cinco.

En menos de una hora, más de dos mil mujeres y niños habían perecido frente a sus ojos.

—¡No!

Maximilian se liberó de la contención del señor Meiggs y cayó de rodillas, apoyando las manos en la tierra. Cientos de hombres hacían lo mismo en cada centímetro a la redonda, derrumbados, algunos escondiendo sus rostros con sus brazos y otros extendiéndolos al cielo, lanzando su peor alarido de frustración y desolación. El intendente se apoyó en el hombro del señor Colton para no desfallecer.

Entonces ninguna otra quejumbre volvió a escucharse. El silencio repentino fue arrollador. Si no había ya ninguna voz ahí adentro, tampoco la habría ahí afuera…

Salvo una.

Padrenuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…

El presbítero canadiense Godeón Huberdault, capellán de las Hermanas de la Providencia, había sido llamado de urgencia. El cónsul francés había partido personalmente en su búsqueda, al notar que ningún otro sacerdote pululaba a la redonda. ¿Era posible realizar

una extremaunción masiva en esas condiciones? ¿Tendría él la clemencia de otorgar el perdón y la absolución al millar de almas que volvían al Creador en calidad de mártires de la fe?

Huberdault no lo dudó. Llegó lo suficientemente a tiempo como para notar el esfuerzo mancomunado de hombres de distintos pasares, rangos y credos, en el rescate de las indefensas. Tocó sus brazos doloridos y sus espaldas mojadas para bendecirlos. Luego, y tan cerca del fuego como pudo, impuso sus manos para bendecir ahora a las que perecían ante los ojos aterrorizados del pueblo. Serían, desde ese día y en adelante, añadidos sus nombres en los anales del martirio católico. Dos mil santas para Chile y el mundo.

Su último rezo, ahora y a toda voz, no era para las fallecidas. Era para sus deudos. Para los testigos. Para los estremecidos y destrozados que la miseria dejaba en su estela. La oración escogida era la única que católicos y protestantes conocían muy bien, la única que podrían gritar juntos, la única que los uniría en el momento más sombrío de sus vidas…

Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad,
en la tierra como en el cielo…

«Prometo, con el Todopoderoso como mi testigo, que Chile no habrá visto nada igual», había dicho el párroco Juan Bautista Ugarte en la víspera de la misa.

Nada igual.

XXVII

9 de diciembre de 1863

El capellán del Ejército, Juan Despott, apoyó una mano en lo que quedaba del muro oriente y se detuvo para armarse de valor. La piedra aún estaba tibia. Con la otra tanteó en su pecho y apretó su cruz de plata. Un dolor punzante presionaba sus pulmones; le costaba respirar tras el grueso paño que cubría su nariz y boca, pero no temía que su viejo corazón estuviese fallando. En realidad, su corazón gritaba…

El fuego había terminado de consumir cada viga y cada cuerpo cerca de la una de la madrugada. Un centenar de hombres sufrientes quiso entrar apenas las llamas menguaron a un nivel manejable; sin embargo, el intendente Bascuñán, aun luchando contra su propio martirio, mandó establecer un cordón de policías por todo el perímetro. No dejaría que nadie entrase a las ruinas en plena noche, manipulase cadáveres sin autorización o, peor, entrase con lámparas de parafina que pudiesen provocar nuevos focos de fuego. Prometió a los deudos que liberaría el acceso tan pronto su equipo pudiese hacer una ronda general de reconocimiento, cuando se asomase el primer rayo de luz natural.

Eso fue a las seis y veintiséis de la mañana. Diez minutos después, concedió entrada por turnos a cualquier ciudadano que tuviese una pérdida cercana entre las víctimas, pero, por sobre todo, que tuviese el estómago para mirar a los cadáveres de frente, pues la escena era tan monstruosa que generaría pesadillas de por vida: desde hacinamiento de cuerpos en cada rincón, pasando por desmembramientos y

decapitaciones hasta fallecidas que el fuego había asesinado en perfecta actitud de oración, con los ojos fijos todavía en el cielo, como implorando la misericordia divina que nunca llegó. Muchos voluntarios se arrepintieron al segundo de asomarse desde el muro donde alguna vez estuvo la puerta lateral oriente; solo unos pocos avanzaron, usando el dolor como motor. Era, por ahora, el único paso que permitía mayor flujo, gracias en gran medida al desplazamiento de piedra que había provocado la caída del campanario. Entrar o salir por las puertas principales del templo era aún imposible, pues los montones de cadáveres que obstaculizaban el umbral llegaban a las dos varas de altura.

Despott se persignó antes de entrar. Le advirtieron que debía mirar hacia el suelo en todo momento o tropezaría sin remedio. Lloró al escuchar las voces masculinas que se alzaban contra cada ladrillo y rebotaban en cada tabla de roble que no se había terminado de consumir. Gritaban, gemían, movían escombros con rabia o desolación, pronunciando los nombres de aquellas que ya no podían oírlos. Él repetía los suyos en voz baja. Rosa, María, Rosa, María… Su hermana y sobrina. ¿Podría hallarlas? ¿Le permitiría Dios darles santa sepultura? Entre los deudos, policías, funcionarios de la intendencia y algunos miembros de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile —quienes tenían la amarga misión de practicar las autopsias y esclarecer los pormenores tanatológicos, liderados por Francisco Javier Tocornal—, el canónigo contó al menos treinta hombres de andar errante, chaquetas largas y oscuras como sombras, escarbando entre la multitud putrefacta que alfombraba el templo sin esperanza de encontrar sobrevivientes, sino más bien cualquier cosa que pudiese identificar a su ser querido entre la carne carbonizada y las ruinas de piedra y adobe.

Andreas Piermattei fue uno de los pocos en lograr el cruel privilegio de identificar el cuerpo de un ser querido. Los restos de su esposa fueron rescatados gracias a su anillo de bodas. Entre las incontables mártires de rostros desfigurados, el informe oficial diría que únicamente se logró reconocer a siete. *Siete* en más de dos mil doscientas almas… Un mero estimado de la hecatombe, pues distintos periódicos, entre ellos el mismísimo *The New York Times,* hablaría de

dos mil quinientas, si bien la cifra total no se conocería jamás. Ante la masiva fosa común en ciernes, la que el mismo presidente de la República había ordenado cavar frente al Cementerio General, una tumba nominativa se convertía en una dolorosa excepción, y en el caso de Luisa Piermattei, un dolor por partida doble: ya fuera por el pánico, por la estampida o por el martirio de las quemaduras, su avanzado embarazo se transformó en trabajo de parto entre las llamas. El cadáver de su pequeña hija se encontró entre sus piernas, aún unidas por el cordón umbilical. «Para aumentar, si esto es posible, las desesperantes escenas del martes, nos refieren haberse encontrado al lado de sus madres criaturas recién nacidas, fetos informes condenados a la muerte antes de nacer. ¡Porvenir de la patria! ¡Esperanza! Todo ha caído ahí, al soplo de las llamas i encendidas por la ignorancia del exacerbado culto religioso, ¡por la locura, adueñada de nuestras familias!», escribiría Benjamín Vicuña Mackenna en su largo reporte sobre el incendio, unos días después, para *El Mercurio*.

Otro de los pocos identificados fue el sacristán Ruibarbo Bianchi, pasando a integrar un reducido grupo de fallecidos masculinos que no superaba el centenar de nombres. En rigor, no se había localizado su cuerpo, sino solo su cráneo. Estaba perfectamente resguardado al interior de una de las grandes campanas que destruyeron el techo del sector sur al caer. Por la mueca petrificada en su rostro inerte, la teoría que más aceptación tendría entre los forenses era que el anciano jesuita se encontraba en el campanario al momento del colapso, pero que probablemente había muerto de un infarto antes de la caída. Eso explicaría por qué el replicar de los bronces como llamada de auxilio terminó tan abruptamente y por qué no logró abrir las puertas a tiempo. Entre los escombros, días después, se hallaría su inmenso manojo de llaves.

Sin planearlo, el macabro destino del sacristán se convertiría en la coartada perfecta para Juan Bautista Ugarte. En medio del caos, cuando aún no se había producido el último derrumbe, se había dado al párroco por muerto, ya que los deudos estaban convencidos de que él se había quedado junto a las devotas hasta el final. Quizá se habría escondido de la vista pública por tiempo indefinido si no fuese porque el padre Huberdault, cándidamente, lo delató: antes de retirarse bien

avanzada la madrugada, comentó al intendente su alivio al saber que al menos Ugarte y el nuncio habían salvado ilesos. La ira hirvió entonces en el estómago de Bascuñán Guerrero. Su rol como máxima autoridad de Santiago le impedía abandonar la escena en aquel álgido momento; de lo contrario, habría encarado al odiado sacerdote esa misma noche.

Informalmente primero, y en un comunicado oficial después, el arzobispado se aferraría al hallazgo de los restos del hermano Bianchi para explicar la milagrosa integridad física de los dos sacerdotes que habían liderado la misa de la Inmaculada Concepción. Echaron a correr una particular versión de los hechos: al percatarse de la manipulación irresponsable por parte del sacristán referido a una lámpara de gas, Eyzaguirre y Ugarte intentaron apagar el fuego, sin éxito. Ahí es cuando habían decidido salir de la iglesia a través de la sacristía, para luego conducir heroicamente a numerosas mujeres a su salvación antes de que el fuego bloqueara el acceso al presbiterio. Mientras tanto, confiaban en que Bianchi ya estaría abriendo las puertas laterales, pues era el único poseedor de las llaves indicadas. Ambos jesuitas se pusieron a resguardo, sin intuir jamás que el incendio alcanzaría las proporciones apocalípticas que la ciudad atestiguó…

El intendente pondría todo aquello en duda durante la sesión del consejo municipal del doce de diciembre, ya que, a través del censo de heridas y desaparecidas, alcanzaría a recopilar algunos testimonios que contradecían la supuesta gallardía de los sacerdotes. Pero faltaban días para esa batalla.

Ahora su prioridad no era su odio, sino su amor.

Su prioridad era Mercedes.

Como intendente de Santiago, su obligación era velar por la mayor cantidad de reconocimientos posibles de fallecidos; sin embargo, a cada paso que daba dentro del pestilente templo, el único rostro que buscaba era el de su hermana menor. Reajustó el pañuelo sobre su boca: era muy difícil respirar ahí, pero se animó a seguir pues su objetivo era apremiante.

Aunque también tenía otro, y uno de sus funcionarios se lo recordó.

El Buzón.

Cuando el joven secretario Malaquías Riquelme le avisó que habían encontrado la famosa urna, le pareció tan insólito como providencial. Había dado instrucción expresa a su equipo y a la policía de que cualquier tipo de objeto, artefacto o similar que se encontrase en relativas buenas condiciones entre los escombros, debía ser inmediatamente incautado e incluido como evidencia de la investigación. Era la forma más eficiente —y discreta— de sondear el paradero del Buzón de la Virgen, si había tenido la suerte de resistir en el altar hueco.

Corrieron por la Calle de la Bandera, dieron toda la vuelta y se detuvieron frente a la inmensa fachada de piedra que sostenía a duras penas algunos de sus nichos y molduras. El acceso a la capilla de las Hijas de María estaba despejado. El fuego había consumido por completo las gruesas puertas de madera, mientras del techo y paredes apenas quedaban retazos. Afuera el sol comenzaba a brillar en el esplendor del verano santiaguino, pero ahí dentro parecía que la oscuridad de la noche pasada no había terminado.

Al entrar, el panorama en la esquina derecha era desolador, con escombros y evidentes figuras humanas carbonizadas bloqueando sin remedio el estrecho pasadizo que alguna vez había conectado ese lugar con la nave central del templo. A la izquierda, aún podía distinguirse el altar de piedra y mármol donde, hasta el día anterior, se alzaba una imponente escultura de la Inmaculada Concepción. Su corona de estrellas y su mirada santa hacia el cielo ya no estaban: el derrumbe del muro contiguo había decapitado la gran figura de yeso policromado, manteniendo, sin embargo, el torso. A sus pies, bajo una capa gruesa de ceniza, dos querubines entre nubes habían perdido sus ojos y dedos…

Pero lo importante estaba, aún, escondido.

El empleado de Bascuñán apuntó hacia el costado derecho del altar. «Ahí», anunció, entregándole a su vez el candil para que la autoridad se acercase y viese con sus propios ojos. Él avanzó con cuidado, se acuclilló y acomodó la débil llama para iluminar.

Retuvo su respiración mientras enfocaba. Una puertecilla de hierro forjado resguardaba del mundo el secreto mejor guardado de la

capilla: un altar de piedra hueca. Dejó la vela sobre un peñasco, tocó los recovecos de metal y probó que su temperatura fuese apta para manipular sin peligro. El cerrojo que aseguraba la reja estaba abierto, aunque les regaló un escandaloso chillido que daba cuenta de la profanación presta a ocurrir. Entonces estiró su brazo hacia el espacio oscuro, temblando.

Sus dedos tocaron rápidamente un objeto. Algo de latón.

Una caja.

Con su mano en pinza, tomó uno de los bordes y la sacó lentamente, dejándola por un momento en su regazo. Le costaba creer lo que estaba viendo. Se hallaba intacta, al igual que su contenido: decenas de notas de papel, dobladas en dos o en cuatro partes, habían escapado prodigiosamente de las llamas gracias a su sagaz madriguera.

El codiciado e infame Buzón de las Impuras.

Había acordado con Fátima el retiro discreto de la urna pasadas las siete de la tarde, cuando la misa ya estuviese en curso. No había alcanzado siquiera a salir de su oficina cuando comenzaron a sonar las campanas de alerta, cuando el aire comenzó a llenarse de humo…

Francisco Bascuñán Guerrero levantó la mirada y tironeó el pañuelo sobre su nariz, descubriendo su rostro.

—Con usted como mi testigo, señor Riquelme, declaro esta pieza como objeto de la investigación en curso y, por tanto, pertenencia confiscada por la Intendencia de Santiago hasta nuevo aviso, conforme a la ley —pronunció, solemne. Malaquías asintió, sin saber exactamente la importancia de lo que estaban presenciando—. Y no comunicará de esto a ninguna persona fuera de nuestra jurisdicción, a menos de que cuente con mi permiso explícito.

—¿Ni siquiera al padre Ugarte? —preguntó él. El intendente creyó notar ingenuidad en el tono del joven, así que cuidó que su reacción no denotara su profunda rabia. Lo único que no pudo disfrazar fue su tristeza.

—A él menos que a nadie —respondió, liberando por primera vez el dolor contenido por tantas horas. Las lágrimas cayeron por su rostro, creando surcos en sus mejillas sucias por los restos de ceniza. Abrazó la caja como si abrazara por última vez a su hermana—. Él

traicionó a estas mujeres. Yo no lo haré.

—¿Intendente?

Un hombre de aspecto muy maltrecho se asomó por el umbral. Tenía el cabello y la camisa llenos de ceniza, restos de sangre en una de sus orejas y el vidrio de sus anteojos trizado. Sus ojos se veían enrojecidos, aunque Bascuñán no podía distinguir si era irritación por el humo o por llanto sostenido. Un grueso pañuelo oscuro cubría la mitad de su rostro y distorsionaba un poco su voz, pero el chileno relajó los hombros. Esa presencia era alguien a quien había visto luchar contra las llamas para rescatar feligreses, incluso arriesgando su propia vida, como muchos de sus connacionales.

—¿Se ha retirado ya el embajador Nelson?

Maximilian asintió.

—Le rogué que se marchara a casa, también a los otros. El señor Meiggs apenas podía mantenerse en pie. Fue una larga noche para todos…

—Para todos —repitió Francisco, suspirando. Luego miró a su subalterno—. Traiga el carruaje, señor Riquelme. Llevará esto directo a mi oficina.

El muchacho obedeció en el acto y pasó junto al estadounidense para volver a la calle. Entonces Max se quitó el pañuelo y suspiró. Avanzó unos pasos hacia el interior de la capilla, donde la luz menguaba considerablemente. El único candil iluminaba directamente el rostro de Bascuñán y aquello que guardaba en su regazo.

—El buzón de Fátima —apuntó el señor Bonecraft, sintiendo el tormento de simplemente modular su nombre.

La autoridad se sorprendió.

—¿Lo conoce?

—Ella me lo mostró, aquí, una vez —recordó—. Es el confesionario de su comunidad…

Cuán agria era la ironía. En ese mismo lugar, ella le había convencido de que incluso un metodista estaría a salvo. Nadie le prometió a ella esa seguridad en su propia capilla.

—Algo así, sí…

—¿Se lo entregará al párroco?

—Por supuesto que no —respondió Bascuñán al instante,

calmándose un segundo después para escoger mejor sus palabras—. No le entregaré nada a alguien que estará prontamente bajo investigación.

Maximilian leyó entre líneas y se espantó.

—¿Cree que el incendio fue intencional?

—Lo que yo crea no es relevante —aclaró, levantándose y saliendo del recoveco junto al altar—, sino solo lo que pueda probarse. Por eso debo aferrarme a cada trozo de evidencia.

—Entonces *sospecha* de él…

—Digamos que aquí dentro hay algo más que pecados de mujeres —sugirió mirando hacia el buzón, ofuscado. Luego cambió el gesto—. ¿Era usted cercano a la señora Aguirre? La ha llamado por su nombre de pila.

Max se ruborizó, aunque en esa oscuridad era imposible que alguien lo notara.

—Intenté que saliera de la iglesia, pero se empecinó en que otras mujeres fuesen rescatadas antes —murmuró, bajando la mirada—. La perdí de vista en el fuego… No pude… No…

Max se había derrumbado muchas veces en pocas horas. Al comienzo había intentado mantener cierta compostura, pero el intendente parecía un hombre sensato. Confió en que no lo juzgaría por su debilidad.

Sintió la mano del chileno en su hombro. Sus ojos también estaban llorosos.

—Ha descrito muy bien a la Fátima Aguirre que yo también conocí —compartió, conmovido—, y si su estima por ella era real, entonces me atreveré a pedirle un favor.

—¿Un favor?

—Su máxima discreción —le explicó, muy serio—. No estoy familiarizado con la ley federal de los Estados Unidos, pero al menos en Chile la persecución criminal de un religioso es un suicidio político. Para qué hablar de sus mil y un obstáculos judiciales…

Maximilian asintió inmediatamente.

—No seré yo quien entorpezca su investigación, intendente —le aseguró—. Hoy no he visto ni escuchado nada en esta capilla.

Francisco movió su cabeza en agradecimiento.

—Lamento no poder darle detalles… pero fue la misma señora Aguirre quien dejó abierta la rejilla de este altar para que yo pudiese acceder al buzón. Debo proteger estas cartas con mi vida, porque tienen el potencial de cambiar o salvar a muchas otras.

El norteamericano hubiese querido indagar más. Sin embargo, entendió que no era el lugar ni el momento.

—Si esto era algo importante para Fátima… Por favor, prometa que me contactará si necesita asistencia legal. O de lo que sea. Cuente conmigo.

Bascuñán tuvo la leve impresión de que no estaba frente a un simple *amigo* de la señora Aguirre.

—Lo prometo.

En sus mentes habrían querido sonreírse. Sus cuerpos estaban demasiado deshechos para maquinar un gesto tan positivo.

Max volvió a poner su pañuelo sobre su rostro.

—Volveré a la búsqueda. No descansaré hasta encontrarla.

Bascuñán admiró su persistencia. Él solo tenía ganas de llorar a gritos.

—¿Cómo hace para guardar esperanza?

El abogado se encogió sutilmente de hombros.

—¿No es un milagro que tenga en sus manos ese buzón intacto?

—Varios altares en esta iglesia son rezagos de derrumbes o incendios anteriores —expuso el chileno—, por eso algunos son huecos. Piedra antigua y revestimientos de mármol que han soportado calamidad tras calamidad. Pero esta es la última. Yo mismo exigiré la demolición total de este lugar. No más reconstrucciones, no más nada. Juro por Mercedes que hoy se acaba La Compañía.

Maximilian quedó atrapado en una imagen mental.

—¿Hay más de un altar ahuecado en este templo?

—Tres o cuatro, creo…

Apuntó a la rejilla bajo los pies de la Inmaculada.

—¿Y Fátima tenía acceso a… *todos*?

—La misma llave maestra, según entiendo. ¿Por qué? ¿Señor Bonecraft?

Max retrocedió con torpeza. Trastabilló con unos escombros, se puso inmediatamente de pie y salió corriendo de la capilla. Casi

atropella al pobre Malaquías, que regresaba con el carruaje tal como le habían pedido.

—Directo a la caja fuerte, Riquelme —le ordenó Bascuñán al muchacho, entregándole el buzón y apretándole los brazos para que no fuese a soltarlo—. Si se pierde una sola carta, pagarás con tus córneas.

El empleado hizo un gesto de terror, abrazó más fuerte la caja y se devolvió sin distracciones hacia el carro.

Francisco corrió entonces tras el estadounidense.

Quizá el buzón no sería el único milagro.

XXVIII

9 de diciembre de 1863

Nadie en Santiago de Chile había conciliado el sueño esa noche. A casi doce horas del infierno, el aire seguía escaldado y sofocaba, a unos por el llanto y a otros por el olor nauseabundo a carne carbonizada que la corriente empujó hacia el norte, cruzando el río Mapocho hasta La Chimba, y hacia el sur, cubriendo la gran Alameda de las Delicias en todas direcciones y golpeando en la ladera del cerro San Cristóbal o, en el otro extremo, en la Estación Central. El hedor a muerte se había impregnado en las camisas de los rescatistas, en el pelo de las vigilantes que se negaban a abandonar el frontis de la iglesia y en los cortinajes y muebles de las elegantes casonas contiguas. También en las banderas de fibra de cáñamo que ondeaban a media asta fuera del edificio consular, de la casa de gobierno y la intendencia, enmarcando a una Plaza de Armas inéditamente vacía en la madrugada de un día hábil. No había transeúntes ni vendedores ambulantes, tampoco carrozas apuradas o criadas acarreando canastos hasta el mercado. El centro de la ciudad se hundía en el silencio, como si el fuego hubiese consumido no solo las voces del millar de almas atrapadas, sino también las de los cientos de miles que las lloraron desde la libertad.

Mientras todas las oficinas, gubernamentales y privadas, cerraban por luto —el presidente Pérez Mascayano había decretado duelo nacional por tres días—, las casas de los santiaguinos abrían sus puertas de par en par. La muerte ya había entrado en ellas, así que exhibirla era un simple trámite. Un gesto que era aparentemente

simbólico del dolor colectivo, con vecinos de calles aledañas abrazándose en la polvareda aunque jamás antes hubiesen cruzado una mirada. Era también un gesto dolorosamente pragmático: había tantos cuerpos imposibles de reconocer que el censo fúnebre estuvo obligado a hacerse a mano, por goteo, casa por casa y cuadra por cuadra. Se proporcionó a la policía cien hombres adicionales para la labor, sumado al reporteo riguroso de varios periódicos que, durante las semanas siguientes, se encargaron de enlistar con la mayor veracidad posible los números de la catástrofe. *El Ferrocarril* fue el primero en publicar una lista certificada de fallecidas, cuando apenas se contaban cerca de quinientas, al tiempo que *El Mercurio* comunicaba el empadronado de desaparecidos. Pero el número crecía pavorosamente con el pasar de las horas. Las listas eran actualizadas en ediciones especiales que se distribuían en las plazas o se pegaban en los muros de los edificios con engrudo, celebrando si algún nombre era encontrado con vida o agradeciendo las oraciones cada vez que otro era agregado como pieza de dominó al conteo de decesos. Los imprenteros, emocionalmente exhaustos, dedicaban un turbado padrenuestro antes de echar a correr sus máquinas…

Los testimonios de primera fuente fueron cruciales. Nunca se había visto a tantos patriarcas en los umbrales, sostenidos por sus criados para que no se derrumbasen al pronunciar los nombres de quienes ya no estaban: madres, esposas, hijas, hermanas, cuñadas, abuelas. No hubo casa humilde o acomodada que no hubiese perdido a, al menos, una mujer. Hubo casas que las perdieron a todas. En la morada de doña Petronila Menare vivían ocho mujeres; en la de Lucía Lobo eran once, contando también a las niñas. En la de Enriqueta Larraín eran catorce, incluidas hijas y sirvientas, casi todas en el listado de fallecidas. Casi, pues la más pequeña, Antonieta, había conseguido escapar. Eran ahora casas vacías, posando bajo las luces del alba en un tiempo violentamente interrumpido. En el antejardín de la viuda Lamanié de Clairal aún aguardaban un caballito de madera y un volantín con hilo orillado: sus tres hijas y siete nietos jamás regresarían. Al volantín se lo comería la hiedra, pues el esposo de su hija mayor vendería pronto el inmueble con todo adentro, hasta el último jarrón y vestido, incapaz de volver a pisar las baldosas donde

alguna vez rieron su amada mujer Selena y sus dos fugaces herederos, Héctor y Antonio.

Quizá esa fue una de las más notorias novedades que dejó la tragedia, aciaga y cruenta, pero novedad al fin: el sonido persistente de un llanto masculino regado en avenidas, plazoletas y atrios. Un dolor que pudo haberse confinado en bares, tras puertas herméticas al escrutinio público, se escogió, en cambio, mostrarlo a toda luz. Por primera vez afloraba la vulnerabilidad de aquellos a quienes la sociedad les exigía compostura sempiterna, en parte porque no se les enjuició. Ni un solo citadino se hubiese atrevido a cuestionar el tormento de los deudos, quienes fueran, cuantos fueran, aludiendo a estrictas reglas de hombría. Las muestras de tristeza se acogieron en comunidad, se aceptaron sin más, porque el duelo en solitario también podía ser un destructor de vidas.

Hubo varones que se resistieron, claro, y también pagaron su terquedad. Don Pedro de Salas y Armiño, septuagenario oriundo de Castilla, perdió a su suegra, esposa e hija en el incendio, pero siguió administrando las transacciones de su rancho ganadero como cualquier día de verano, sin admitir condolencias. Menos de un mes después se desplomó en una inspección de campo y su corazón no volvió a latir. El comerciante de telas británicas, Alan Kilpatrick, no derramó ni una lágrima; cerró sus dos tiendas, despidió a todos sus empleados, declinó reclamar los cuerpos de su esposa y hermana, y volvió a su tierra natal en el vapor *Highlands*. Donó todo a la caridad y pasó sus últimos días asilado en las ruinas de la abadía de Bermondsdey, al sur de Londres. Por años se lo conoció como «el orate Bermond», porque cantaba *Dios te salve, María* en español mientras tallaba cruces en las piedras…

Otros se resistieron al inicio, pero claudicaron en su afán al poco andar. Apenas se extinguió la última flama en las ruinas y la luz ya no provenía del fuego sino de la aurora, una cincuentena de padres de familia arremangó sus costosas camisas de algodón y usó sus corbatas de seda como cubrebocas, decididos a colaborar en la remoción de cadáveres, intercambiando miradas pero ni una palabra. Entraron en la oscuridad de la iglesia derrumbada con camillas hechas de palos y costales de harina, buscando aquellos cuerpos más enteros para

ordenarlos luego en el exterior en filas de quince o veinte, bloqueando el libre tránsito por la Calle de la Bandera. Eso podía facilitar el reconocimiento de algún malogrado rostro, aunque intuyesen que sería inútil. Había, todos los días, tres o cuatro grupos de mujeres avocadas a esa precisa tarea, principalmente familiares de las difuntas, pues nadie reconocería más rápido algún peinado, un trozo de vestido o una joya. Aun así, se convirtió en una labor dolorosa e infructuosa, ya que jamás se habían enfrentado a algo más despiadado que la carbonización de un ser humano. Perder la vida era una cosa, pero perder la identidad era otra muy distinta… Perder el derecho a una tumba con una lápida nominal, a un funeral como Dios mandaba. Hasta eso les había quitado el fuego.

Con la venia de la intendencia, los cadáveres no reconocidos eran ubicados en carretas cual montículos de heno, uno sobre otro, cubriéndolos con cloruro de cal o pasto para enmascarar la pestilencia. Por temas sanitarios y logísticos, debían ser retirados lo antes posible de las inmediaciones de la iglesia, por lo que se hizo un llamado a doscientos voluntarios para cavar frente al Cementerio General una gigantesca fosa común de veinticinco varas en cuadro, sepultación inédita que no tenía cabida física dentro del camposanto, pero que era urgente habilitar, pues con cada remoción de escombros aparecían más y más cadáveres. Obreros y campesinos acudieron prontamente para la labor, agradeciendo el jornal extra ofrecido por la gobernación, si bien con el paso de las horas debieron dejar espacio a elegantes señores que aparecían en La Chimba para tomar una pala o un cubo de tierra, para mover sacos, para cubrir turnos, para alzar lámparas sobre las cabezas de quienes seguían cavando cuando el sol ya anunciaba su retirada, porque hacer y no pensar les pareció una salida inocua al escozor del alma. Salida transitoria, engañosa, que atrajo a numerosos hombres de las familias más distinguidas de la capital para disimular con sudor el llanto que habían retenido en el pecho, ese que no podrían retener mucho más.

Entre ellos, Segismundo Aguirre.

En su peregrinar nocturno se había encontrado con un centenar de malheridas en los hospitales San Juan de Dios, San Vicente y San Francisco de Borja, así como en las boticas Miramar, Guerrarel y

Mourgues. Hasta los frailes de los Sagrados Corazones y las monjas clarisas habían abierto excepcionalmente sus claustros para auxiliar a algunas rescatadas. Segismundo tomó y examinó el rostro de cuanta joven se cruzó, de cuanta mujer le lloró, reclamando el semblante de las suyas. Olvidó cuántas horas había estado en pie recorriendo las calles. Cuando ya no había más dónde buscar, volvió a su casa, convenciéndose de que Cornelia, Fátima y Helena estarían ahí, esperando por él. El rostro lúgubre de sus criados fue su recibimiento, y cediendo a las piernas acalambradas, su mente se paralizó. La conmoción le nubló el juicio. Aunque no se había detenido lo suficiente frente a la iglesia en llamas, ya que no había tenido el valor, los gritos mártires seguían suspendidos en el aire, y los oiría en su cabeza durante muchos años venideros.

No volvió a la plazuela. No salió a mirar. No consideró siquiera la posibilidad de ofrecerse para encontrar sobrevivientes bajo los escombros. De ese infierno, estaba seguro, nadie saldría vivo. Y no quería presenciarlo. No quería ser testigo. Si no lo veía, no lo atormentaría. Podría obviarlo, ignorarlo, decirse a sí mismo que nunca ocurrió. Lástima que no pudiese hacer nada contra los gritos, los malditos gritos…

Se encerró en su despacho y le puso doble llave. Afuera, en el pasillo, su *valet* le rogaba que dispensara al servicio doméstico para que pudiesen salir a ayudar, pero el patrón estaba mudo. De repente había olvidado el habla, las palabras inteligentes, los discursos correctos. Se arrastró bajo su escritorio, pegó las rodillas al pecho y cubrió sus oídos con sus manos. Apretó los párpados. Nada de esto estaba sucediendo. No. Fátima y Helena aparecerían en el vestíbulo en cualquier momento. Fati y Lenita. Sus niñas. Sus risas melódicas y sus vestidos vaporosos. Si cerraba los ojos podía verlas, tan nítidas como las había visto por última vez, a las cuatro de la tarde del ocho de diciembre.

Abandonó su refugio recién pasadas las siete de la mañana. Se había quedado dormido y su conciencia regresó a saltos, coordinada con golpes estruendosos a la puerta. Abrió y ahí estaba Alicia, con un gesto demacrado que superaba cualquier sílaba. Él temía preguntar, no quería oír pormenores…

Pero oyó voces en el salón principal.

Corrió por el pasillo.

Sentada en el gran sofá isabelino de góndola, una mujer de cabello largo y oscuro le daba la espalda. No llevaba más tapado que su enagua ennegrecida y una mantilla, y entre dos doncellas intentaban cambiar las vendas de sus pies, horrendamente quemados…

Segismundo ni lo pensó y se arrodilló junto a ella. Tomó su rostro. «Fátima, mi cielo», alcanzó a balbucir.

No era su hija.

Era Benedictina.

La criada tenía los ojos inflamados y las mejillas oscuras de ceniza. Ante la proximidad de su patrón sus reflejos no se activaron, no retrajo el cuerpo ni dio explicaciones. Lo miró a los ojos y movió lentamente la cabeza de lado a lado. Quizá no era necesario negar lo evidente, pero servía como confirmación.

No había ninguna de sus mujeres en la sala.

Ninguna.

Ante sus empleados desolados y atónitos, Segismundo Aguirre se agachó hasta que su nariz tocó los pies maltrechos de Benedictina y, tomándolos suavemente desde los tobillos, se desató en llanto.

Ese fue su primer quiebre.

El segundo vendría horas después, luego de que Alicia le avisara que Beltrán había regresado a casa horas antes, aunque volvió a salir. Al igual que su padre, abrazó la ilusión de que su madre y hermanas hubiesen escapado del destino horrible del que todos hablaban en la calle, así que, antes de ir a cualquier hospital, las había buscado en su hogar. Se había vuelto loco de dolor al constatar sus habitaciones vacías. Escondido de la furia de su padre en la tienda del ferretero Constantino Calderón, se había enterado tardísimo del maldito incendio, cuando ya los millares de vidas estaban perdidas. No había sido capaz de ayudar, de colaborar en los rescates. Completamente desmoralizado, forcejeó con Remigio, quebró vajilla y cuadros, hasta maldijo su derruido cuerpo y su secuestrada silla de ruedas. «En su condición, ¿qué diablos podría haber hecho?», lo confortó Benedictina, mientras él lloraba en su regazo. «Mi vida en las llamas, Bene. Eso les habría dado sin pensar…».

Entonces escucharon al sereno compartiendo el llamado a cavar la fosa común. Beltrán no lo pensó dos veces. Rogó a Jerónimo que lo llevara y partieron hacia La Chimba, así que Segismundo decidió seguirlo, impulsado por una fuerza invisible, sin estar completamente consciente de sus movimientos. Tomó una yegua ensillada de la caballeriza y respondió con ojos vacíos a las manos extendidas de desconocidos que en cada esquina le ofrecían su pésame. Nunca logró articular un «gracias».

Al llegar a la explanada frente al cementerio, incluso antes de divisar la enorme fosa en ciernes y comenzar a escudriñar las caras presentes, supo dónde estaba su hijo mayor.

Alguien cantaba *La golondrina*.

La voz melodiosa pero desgarrada de Beltrán Aguirre era inconfundible para muchos, pero nueva para su padre… y aun así sintió que la reconocería en cualquier esquina del mundo. Segismundo la siguió hasta que el gentío se dispersó un poco y pudo verlo, sentado incómodo en su silla, con Remigio a su espalda y de cabeza gacha. Su camisa y pantalones estaban llenos de tierra, y pronto se enteraría por qué: tan pronto vio las carretillas con cuerpos apilados, la montonera que esperaba ya en el suelo y las facciones carbonizadas que no permitían distinguir a ninguno, el joven tuvo un incontenible arrebato de dolor.

Se había lanzado desde su silla a la fosa, gritando el nombre de sus hermanas.

Varios campesinos de manos rápidas lo sujetaron justo a tiempo, pues una caída tan profunda podría haber sido letal. Y, sin embargo, él seguía forcejeando. Se revolcó en el barro para lanzarse otra vez, y entre ellos y Remigio lograron devolverlo a su silla. Su usual sentimiento de inutilidad se hacía más agudo en ese contexto.

—¡Cante! —le rogó su *valet*, temiendo que el tenor no desistiera en su empecinamiento de desplomarse hacia la masiva sepultura—. Cántele a la señorita Helena…

Odiando su propio cuerpo y existencia, había olvidado completamente lo que era quizá lo único valioso en él, aquello que *Lenita* y *Fati* habían apoyado y celebrado siempre, que él había aprendido a amar porque ellas lo amaban…

Su boca se abrió sin quererlo, sin pensarlo demasiado, y mientras otros movían palas y azadas, él transformaba sus pulmones en el compás de una guitarra.

A dónde irá, veloz y fatigada, la golondrina que de aquí se va…

Segismundo llegó hasta la orilla de la fosa con el alma deshecha. Identificó a Edmundo Garrós Morán trabajando al fondo de la excavación; había perdido a su hermana Josefina y a su sobrina Rosario. A su lado, soportando su peso sobre una picota incrustada en el suelo, el magnate Salomón Aristegui y su socio, el español José Lastra y Urquízar parecían hipnotizados por la voz de Beltrán. Habían muerto sus esposas e hijas. Vladimiro Montalbán, Jacques Lachapelle, Peter y Stephen Henderson, Anacleto Concha Irarrázabal, los hermanos Vicuña Mackenna… La cruel ironía era evidente. Las familias más adineradas de Santiago, cuyo patrimonio bien podía asegurar la vida de varias generaciones, no habían podido comprar la seguridad de sus mujeres en el supuesto refugio más inexpugnable de todos: su iglesia.

Cada hombre que regresó a la labor al son de *La golondrina* lo hizo con las mejillas empapadas. No se escucharon quejidos, pero las lágrimas silenciosas les parecían tan violentas como el peor alarido. La quietud del resto de los presentes en torno a la canción significaba, por un lado, respeto, y por otro, renuncia. Cada palada de tierra los dejaba unos centímetros más cerca de la rendición de sus almas al dolor inevitable. Y lloraron, lloraron juntos, aunque no compartiesen abrazos sino sacos de cal…

Segismundo se quitó la chaqueta, y solo ahí se percató de que llevaba puesto exactamente el mismo traje que la víspera. Todos ahí llevaban el mismo traje de la noche anterior. Tomó una cubeta y la arrastró para llenarla de barro, rompiendo en punzantes sollozos cuando su primogénito entonó las notas de «Ave querida, amada peregrina, mi corazón al tuyo estrecharé…».

Ese fue su segundo quiebre.

El tercero llegaría apenas unos minutos después.

El ritmo cadencioso y lúgubre de los trabajos se vio interrumpido

por los cascos de un caballo en evidente apuro. El golpe metálico sobre los adoquines se hacía cada vez más fuerte. No era otra carretilla de cuerpos calcinados: desde el fondo de la calle podía verse un carruaje techado acercándose a todo galope, y ese apremio se sintió molesto, casi irrespetuoso en medio del clima de duelo que se había creado en torno a la fosa. Cuando el elegante transporte frenó con violencia en la explanada, un hombre abrió la puerta y saltó desde la cabina.

Todos miraron.

Beltrán detuvo su canto.

Maximilian Bonecraft corrió a tropezones entre los trabajadores hasta que se irguió frente al señor Aguirre. Lo tomó por los hombros, con la mirada de un hombre que no había dormido nada y llorado mucho, pero con una sonrisa que nadie podría apagar.

—Su hija está viva.

XXIX

9 de diciembre de 1863

Francisco Bascuñán Guerrero había corrido tras Maximilian con una confianza ciega. Sabía que el gringo había descubierto algo; si llegaba a ser importante, elevaría un monumento a toda su legación. Juraría que había escuchado más gritos en inglés que en castellano entre los rescatistas de la noche anterior. No olvidaría la ayuda que junto a la policía prestaron algunos prominentes chilenos como Manuel Recabarren o Ángel Custodio Gallo, por supuesto, pero los estadounidenses habían sido el más notorio de los grupos heroicos. Se aseguraría de que el mismo presidente José Joaquín Pérez escribiese al embajador Nelson para expresar su mayor agradecimiento.

Avanzó a través de los escombros del muro oriente y comenzó a buscar al abogado entre las levitas oscuras que pululaban en reconocimiento de víctimas. Le intrigó el no poder encontrarlo de inmediato, hasta que escuchó un raro movimiento bajo el arco que daba hacia la capilla de san Francisco Javier. Cuando se asomó, no alcanzó a preguntarle nada, pues el extranjero cruzó raudamente hacia el altar que se había derrumbado justo al frente, el de san Francisco de Paula.

Lo vio esquivar cráneos, encaramarse en una viga y saltar unos peñascos para llegar hasta la base de piedra que alguna vez sostuvo al retablo dorado del santo. Miró a sus costados. Gruñó.

—¡Señor Bonecraft! —tuvo que detenerlo Bascuñán, comenzando a preocuparse—. ¿Qué está haciendo?

—Qué busca, por Dios santo —se quejó el canónigo Despott,

dispuesto a sermonearlo por manosear los altares laterales, aunque no quedase de ellos más que ruinas.

—¡Altares huecos! —exclamó Maximilian, frenético—. ¿Cuántos de estos santos tienen plataformas de piedra vacía? ¿Son todos así de pequeños?

Los distintos hombres ahí repartidos se miraron en plena confusión.

El intendente creyó entender. Se le acercó con la cabeza levemente inclinada.

—¿Piensa que podría haber… *alguien* dentro? —le susurró, tomándolo de los hombros. Max asintió, quitándose el pañuelo del rostro para respirar, mientras Francisco negaba con la cabeza—. Es imposible, señor Bonecraft. No habría espacio ahí ni para un niño que…

—No todos son pequeños, no —respondió con tardanza un jovencísimo seminarista, reconocible por el fajín azul sobre su sotana, erguido al fondo de la nave principal. Estiró su brazo hacia el carcomido muro norte—. El más grande es el altar mayor.

Pasados los primeros tres segundos de estupefacción, el mismo intendente fue el que empezó a correr. Aún había tantos cadáveres por doquier que avanzar en cualquier dirección era una tarea pedregosa y perturbadora; entrecerraba los ojos para no ver siluetas, sino solo montículos de material carbonizado, y a cada paso se repetía: «No puede ser, es imposible, no puede ser…».

La vía hacia el altar mayor era la más bloqueada de todas, incluso más que las puertas principales. Probablemente por la presión indebida e incontrolable de los cuerpos, los hierros ancianos que separaban el área del presbiterio habían cedido, provocando el aplastamiento de cientos de devotas. Había fallecidas bajo y sobre la reja, tantas que era imposible llegar al altar sin pisotearlas, sin despedazar cadáveres que ya iban a ser muy difíciles de identificar…

Ante el dilema, un policía ofreció la solución.

—Podemos pasar por la sacristía —dijo, apuntando al pequeño umbral que estaba en la esquina poniente. Apenas se distinguía entre los escombros y la piedra ennegrecida de los muros.

Maximilian se aterró.

—¿Esa era una… *salida*? —preguntó, sin estar seguro de si quería oír la respuesta.

El rostro desencajado del intendente fue decidor. Volteó hacia el policía.

—Esa es la sala de los curas. ¿Dice usted que tiene una puerta hacia el exterior?

Lo rodeó un silencio expectante. El pobre funcionario creyó que perdería su trabajo si contestaba, pero asintió.

—Casi nadie lo sabía, nosotros lo descubrimos hace una hora…

El seminarista bajó la mirada, inquieto, pero el estadounidense no se iba a quedar a repartir culpas. Necesitaba moverse. Mirando a Francisco con desolación, volvió a correr, esta vez saliendo por el forado en el muro oriente con tal de dar toda la vuelta a la iglesia.

Comparado con el resto de la propiedad, el callejón junto al muro poniente estaba más o menos intacto. Milagrosamente, el fuego no había alcanzado a propagarse hacia la gran obra en construcción del nuevo Congreso Nacional, ni tampoco hacia las casas aledañas, si bien la morada de don José Rafael Echeverría, justo en la esquina de las calles de la Bandera y de la Compañía, donde se hallaba la imprenta de *El Mercurio*, tuvo a una decena de criados toda la noche mojando con palanganas y barriendo brasas ardientes desde el tejado y los patios. Maximilian no sintió alivio por nada de eso; las náuseas lo embargaban. Caminó lentamente hacia el umbral donde él mismo estuvo detenido cerca de una hora, luchando con sus compañeros por salvar del fuego a cuantas mujeres y niños pudieran, y del que ahora no quedaba prácticamente nada, pues era una maraña de rocas, tablas y cuerpos. Estuvo ahí tan aterrado, tan convencido, tan concentrado… que ni él ni Meiggs ni Keith ni ningún otro hombre de su legación tuvo tiempo o ganas de mirar hacia su izquierda, de investigar hacia el fondo del pasaje, por si hubiese alguna otra puerta escondida en el muro.

¿Cómo podría haberlo sabido?

El intendente se recriminaba exactamente lo mismo, y con el pasar de los días su remordimiento sería peor, pues cuando comenzara a recolectar testimonios de sobrevivientes se enteraría de un par de decenas de mujeres que alcanzaron a salir, justamente, por la

sacristía… pero a las que nadie les preguntó nada. ¿Se les podría culpar por no alzar la voz, por no exigir que fuesen escuchadas en medio de la barahúnda más horrenda que había vivido la ciudad en siglos? En una sociedad que las trataba como criaturas inútiles cuya mejor versión era la sumisión y el silencio, ¿le cargaría a ellas la falta de esta información crucial que él, como hombre alejado y detractor de los ritos eclesiales, ignoraba? Se respondió inmediatamente: claro que no. En su mente, su enemigo era otro y muy claro. Era contra quien había librado batallas hace años.

A quien ese día le declararía la guerra.

—Que seas mil veces maldito, Juan Bautista Ugarte —moduló en voz baja, con sus ojos a punto de estallar en lágrimas cuando se paró frente a la puerta de la sacristía, la que Max había abierto hace un minuto—. Mil veces te maldeciré.

La sacristía fue, de todos los rincones de La Compañía, el que menos daños sufrió. Considerando el detrimento horrendo y total de la nave central y las laterales, ese cuartucho tradicionalmente *sagrado* tenía poco que reclamarle a las llamas y mucho más a ciertas manos humanas. Lucía como una tienda de abarrotes recién saqueada: las alacenas estaban abiertas, con sus puertas de vidrio quebrajadas, las cajoneras descorridas, un par de cálices tumbados, ostias sin consagrar desparramadas en el piso, albas y estolas todavía colgando en un perchero, intactas…

A simple vista, no había ninguna puerta que desde ahí comunicase con el interior de la iglesia. Todas las paredes estaban repletas de grandes muebles de techo a piso… Sin embargo, uno de ellos se mostraba curiosamente ladeado, fuera del eje en comparación a los otros. Su gruesa madera estaba completamente ennegrecida, mimetizándose con las estelas de piedra quemada en el muro tras el armatoste.

Max actuó sin pensar. Con todas las fuerzas que le quedaban, tomó un costado del mueble y lo movió soltando un grito de esfuerzo.

El descubrimiento lo hizo dar un paso hacia atrás.

Un umbral estrecho de piedra alojaba una puerta de roble de la que apenas quedaban astillas. El fuego la había consumido. Lo que ahora había era un paso semidespejado hacia el presbiterio, el que

perfectamente podría haber permitido la salida de decenas, quizá de cientos de mujeres…

—Alguien bloqueó la puerta a sabiendas —dejó escapar Maximilian de sus labios, conmocionado—. ¿Quién…? ¿Quién podría…? ¿Quién tan ruin…?

—Sé perfectamente *quién* —respondió el intendente tras él, apretando los puños. Apuntó a su alrededor—. Pareciera que faltan muchas cosas aquí, pero esto no fue ningún robo. No hay cajones forzados… fueron abiertos con su respectiva llave. La puerta fue obstruida por alguien que necesitaba tiempo para llevarse todo aquello que fuese de valor…

El estadounidense detectó muy bien el odio en la mirada de Francisco y, aunque sin duda le interesaba saber si se refería al párroco o a alguien más, su prioridad no era esa pelea. Ya había perdido minutos valiosos. Cargó el mueble hacia la izquierda, escaló entre los escombros y saltó hacia el otro lado. Sus pies por poco resbalaron en la gruesa capa de ceniza que cubría de gris el piso de mármol. Los cadáveres en ese sector tenían la particularidad de no ser meros cúmulos de material orgánico chamuscado, sino verdaderas estatuas que transmitían el horror en sus posturas, rostros y ademanes. Había al menos quince o veinte cuerpos aferrados al mesón del altar, como si eso les otorgase algún tipo de salvación divina, varios de ellos intactos aun después del derrumbe del techo. Algunas, arrodilladas o acostadas boca abajo, conservaban sus manos juntas en signo de oración, y otras, más cerca de la pared contraria, habían quedado por siempre perpetuadas en su clamor al cielo, con el mentón y ambos brazos levantados.

Max no se detuvo a lamentarse por ninguna de ellas. No podía. Atolondrado, arrastró con sus manos desprotegidas trozos aún calientes de tizones, ladrillos de adobe y piedra, con tal de despejar uno de los costados del altar.

La base de piedra no era lisa.

Había una puertecilla de hierro forjado.

Estiró su mano, temblando, y la abrió.

Unos pies ennegrecidos se movieron.

—¡Traiga al médico! ¡Ahora!

Bascuñán no necesitó ver lo que Maximilian estaba atestiguando. Su rostro le dio toda la información que necesitaba. Regresó por el umbral de la sacristía gritando a policías y a quien quisiera escucharlo, pidiendo por manos en ayuda. Apenas puso un contingente en movimiento, volvió al presbiterio.

Él no creía en milagros, pero estaba presenciando uno.

Suave, aunque apresuradamente, el norteamericano introdujo la mitad de su cuerpo en el oscuro vacío del altar mayor, tosiendo por la gran cantidad de tierra en suspensión. Segundos después arrastraba hacia fuera *otro* cuerpo. El de una mujer.

—*Breathe… please, breathe…*

Max se quitó su sucia camisa y envolvió el torso de Fátima con ella. El intendente usó su chaqueta para cubrir sus piernas. Tenía los tobillos cianóticos y quemaduras graves en sus manos, cuello y coronilla. Aún empuñaba la cadena de plata con su medalla milagrosa…

Y no reaccionaba.

—¡Quítense de encima! ¡Atrás!

Francisco Javier Tocornal gritó tras ellos mientras forcejeaba entre los escombros bajo el umbral de la sacristía. Lo seguían tres alumnos que intentarían pasar con un catre de emergencia.

Era alto y delgado, con cierto aire de distinción muy característico de quien se sabe de renombre, con patilla negra cortada a la española. Como ejecutante y profesor de Ciencias Médicas la vida lo había puesto en difíciles circunstancias, desde terremotos hasta epidemias de escarlatina, pero nunca en un desastre de la magnitud de lo que estaba viviendo. Había escarbado y diseccionado en cadáveres de toda índole, y aun así jamás se había topado con lo que él y sus pupilos estaban presenciando en La Compañía. Su informe forense sobre las víctimas del incendio se guardaría como un tesoro en los anales de la Facultad de Medicina —en el que confirmaría que la mayoría de las mujeres fallecieron en martirio, calcinadas vivas, y no a causa de la asfixia—, así como la experimental maniobra de reanimación que, ese nueve de diciembre de 1863, pondría en práctica por primera vez en Chile y en su carrera…

Me incliné hacia adelante, abrí la boca de la víctima e introduje dos dedos estendidos de la mano derecha lo más lejos posible. Entonces abrí la larinje e hice un paso libre para que el aire penetrara en los pulmones. Coloqué a un asistente a resistir cada uno de sus brazos en alto, para manipularle con el fin de espandir el tórax, i luego, poco a poco, presionamos los brazos hacia abajo por el lado del cuerpo, mientras presionaba el diafragma hacia arriba. Estos métodos causaron que el aire se aspire i fuera forzado a salir de sus pulmones. También con el dedo pulgar i los dedos de mi mano derecha, presioné intermitente por debajo de las costillas, estimulando el ápice del corazón. A la quinta repetición obtuve una reacción favorable i el sujeto femenino comenzó a respirar por sí mismo.

No he conocido caso parecido en el ejercicio de mi profesión. Nos inclinamos a considerar que la posible formación de una burbuja de aire en el espacio hueco de la plataforma de piedra es lo que le permitió resistir casi doce horas hasta su providencial rescate.

—¡Es un milagro!

Dos alumnos de Tocornal se abrazaron, Max comenzó a reír entre lágrimas y Bascuñán se llevó las manos a la cabeza por el asombro. Entre todos acomodaron a Fátima en la camilla y esperaron unos minutos a que la policía lograra despejar aún más la salida de la sacristía para sacarla de ahí. El intendente dijo algo sobre llevarla a algún hospital, pero el médico negó.

—Están todas las instalaciones en colapso, no hagan tal. Sus quemaduras son tratables, llévenla a su casa. Enviaré pronto al señor Monsalve con todo lo necesario y yo mismo la visitaré hoy por la tarde.

Nadie discutió. Maximilian se adelantó y salió corriendo por el callejón, en búsqueda de algún buen samaritano que anduviese por el barrio y quisiese prestar su carreta de bueyes por una buena causa. Logró buena acogida en un vendedor de leche que estuvo dispuesto a dejar todas sus botellas al resguardo de un policía con tal de reutilizar

el espacio para la camilla de la joven. No demorarían mucho, estaban a pocas cuadras…

El clamor extasiado de los criados en la casona de los Aguirre Vanderbilt se escuchó a varias calles a la redonda. No podían creerlo. Lloraron a gritos, prendieron velas y rezaron el rosario a los pies de la cama de Fátima apenas lograron depositarla ahí. El abogado les traspasó las instrucciones del doctor Tocornal sobre dejarla descansar, lavar sus heridas únicamente con agua y vestirla con alguna tela vaporosa hasta que el boticario se apersonara con las pomadas correctas. Mientras, el *valet* de Segismundo se quitaba su propia camisa y chaqueta para dársela al estadounidense, quien recién se había percatado de que seguía a torso desnudo.

Fue entonces cuando supo que el señor Aguirre y Beltrán no estaban ahí sino en la excavación de la fosa común, dando por sentado que habían perdido a todas sus mujeres en el fuego. Qué privilegio había sido para Maximilian dar una noticia de tan jubilosa naturaleza a un padre resignado y a un hermano destrozado. Los devolvió a la vida con un par de palabras. Arrimándose al carruaje en el que había llegado al cementerio —cortesía del señor Echeverría, quien se lo había proporcionado tan pronto vio al estadounidense alborotado, rogando que lo llevasen hacia el sector de La Chimba—, los devolvió también a su casa, y la escena se volvió aún más dramática.

Se apresuraron escaleras arriba. Con la ayuda de Remigio, Beltrán se recostó junto a Fátima y, rodeando su rostro severamente quemado con sus brazos, comenzó a llorar amargamente. Las criadas le pedían que no besara sus heridas, que podían infectarse, pero él no oía a nadie. Acarició y besó el rostro de su hermana múltiples veces, y ella, apenas consciente, puso su mano sobre la de él para decirle que todo estaría bien.

Segismundo abrazó a Maximilian sin avisar. Lloraba con el mismo dolor que su hijo. El extranjero no estaba acostumbrado a esos gestos; sin embargo, no se resistió. Él mismo necesitaba llorar también. Aguantó la posición un par de minutos, hasta que el patriarca lo soltó y pudo mirarlo a los ojos, con una sonrisa de genuino aprecio cruzando su rostro enrojecido por el lamento.

—Gracias… Gracias por salvarla… Estoy en eterna deuda, con Dios

como mi testigo…

—No, no —dijo Max, suavemente pero con firmeza—. Yo no la he salvado, señor Aguirre. Solo la encontré. Es ella quien se ha salvado a sí misma.

Fátima ya tendría tiempo para contar su historia. Por el momento, lo único importante era que estaba viva.

Un lacayo avisó que el intendente de Santiago estaba esperando a don Segismundo en el recibidor. Al principio exclamó que no estaba en condiciones de recibir a nadie, pero Maximilian les comunicó lo importante que había sido la ayuda de Bascuñán para encontrar a Fátima. Entonces el señor Aguirre pidió que lo hiciesen subir. No importaba qué tan abarrotado de gente estuviese el segundo piso, nadie iba a separarlo de su hija.

Francisco, incómodo por estar en el área de las habitaciones, pero entendiendo lo excepcional de las circunstancias, apareció con un paquete en las manos. El dueño de casa salió al pasillo, lo tomó de los hombros y le expresó su agradecimiento por todas sus gestiones. La autoridad chilena le aseguró que compartía plenamente su alegría, lo que era cierto, a pesar de sus propias pérdidas, y le comunicó que regresaría algunos días después para conseguir de Fátima un relato fidedigno de los hechos dentro de La Compañía, esos que nadie más había podido atestiguar. También le sugería, con sentida intención, que mantuviesen el rescate de la señora Aguirre en un bajo perfil, al menos por ahora. Ya se estaría sabiendo en varios lugares, por supuesto, no podría detenerse una noticia como esa, pero él temía que el júbilo social fuese abrumador para una víctima aún en estado de *shock*. Su caso se consideraría, a todas luces, como un milagro, y vaticinaba que se desataría una adoración parecida a la que recibía la Virgen misma.

Segismundo comprendió. Efectivamente, se vendrían días difíciles.

Sin embargo, lo más importante que había llevado al intendente a la casa de los Aguirre Vanderbilt no era asegurarse de que Fátima estuviese bien. Eso ya lo sabía. Su motivo era amargo y había debatido consigo mismo sobre si era sensato o no revelarlo tan pronto. Sin embargo, la tragedia había teñido a esa familia sin remedio, sin retorno, por lo que retrasar un posible dolor adicional no parecía

loable, sino perverso.

Estiró sus brazos y extendió el paquete al patriarca.

—Me duele esta entrega, señor Aguirre —le dijo, abatido—, pero esto es más de lo que obtendrán cientos de familias en esta ciudad.

La felicidad en el semblante de Segismundo se derrumbó en el acto. Intuyó lo peor. Desgarró el papel cafesoso y, al descubrir su contenido, lo soltó de las manos.

Alicia se lanzó al suelo a recogerlo. Lo estrechó contra su pecho.

Una chaquetilla, de terciopelo azul y *bluebells* bordadas en hilo dorado, olía a humo, sudor y muerte.

XXX

12 de diciembre de 1863

Millares de personas se agruparon cerca del templo en busca de queridos que no se encuentran. Todos gritan i lloran, otros atruenan los oídos con la espantosa carcajada de la locura; unos se golpean contra las murallas i otros despedazan sus propias carnes, se revuelcan en el suelo poseídos de la mas terrible desesperación; unos corren desatentados i otros se abrazan a los que están cerca, bañándoles el seno con abundantes lágrimas; unos imploran la misericordia divina i otros contemplan aquel cuadro de esterminio con la estoica mirada del idiotismo…

Hubo momentos en que creíamos estar en un cementerio en ruinas, rotas las lápidas por un violento terremoto, destapadas las fosas i arrojados afuera los cadáveres por el sacudimiento de la tierra; i todo esto alumbrado por la incierta i vaga claridad de una luna cadavérica…

Solo la imprudencia i el descuido han podido producir el resultado que hoi lamentan las cien mil almas adoloridas de Santiago, que piden la compasión celeste para las víctimas en medio de su delirio. Humeantes aún los cadáveres, bajo la impresión del pánico horrible que domina a la población, es preciso convencerse de los inconvenientes de las funciones nocturnas de iglesia si se quiere evitar la repetición de catástrofes como la que deploramos…

El culto se ha convertido entre nosotros en una vertijinosa manía; la feria de la novedad ha reemplazado a la adoración cristiana, i

merced a los alicientes de un fanatismo fomentado por otros fanatismos, el pueblo devoto asiste con una especie de furor a estas funciones, cuyo lujo se mide por la cantidad de luces, es decir, la cantidad de peligros que se hacen arder cada noche…

Este templo estaba señalado por el dedo divino, llevaba sobre su frente una maldición espantosa. Que se arrasen sus murallas carcomidas, que se purifique su suelo i no vuelva a levantarse en el mismo lugar otro igual. ¡No deben conservar los hombres un monumento renegado por Dios!

Benedictina iba estirando las diferentes hojas impresas sobre la cama de Fátima. Le leía en voz alta. Las sentidas crónicas de *El Mercurio*, *El Ferrocarril*, *La Voz de Chile, La Patria, La Estrella* y otros periódicos confluían en el mismo agudo tormento por lo sucedido, pero también en las más duras reflexiones y críticas. Se aseguraba de leer también las listas de supervivientes, por si reconocían algún nombre y eso les proporcionaba algo de calma. Sabían del buen estado de Eulalia, Victoria, Sinforosa y Jertrudis. También confirmaron las muertes de Cayetana y Gabriela. Clotilde Dancaster logró ser rescatada, pero sus quemaduras eran tan graves que había muerto esa misma mañana en el hospital de San Vicente. Clarissa Leighton aún luchaba por su vida en una sala del San Juan de Dios…

La joven Aguirre no reaccionaba, simplemente escuchaba. Tenía dos cojines bajo el cuello, escamas que aún ardían en todas sus extremidades y una parálisis muscular de punta a punta que con suerte la dejaba separar los labios para comer. Las pesadillas en su mente seguían muy frescas y no encontraba aún la voz suficiente para verbalizarlas. Benedictina, por su lado, también vendada y doliente, sentía un curioso alivio al relatar el infierno que vivieron desde la perspectiva de otros. Llevaba tres noches despertando a saltos, creyendo que todo había sido un sueño, por lo que recibir los

ejemplares recién salidos de imprenta y recorrer los escritos de reporteros, testigos e intelectuales, la ayudaba a entender que no estaba sola, ni en su confusión ni en su dolor. Además, entre ambas se acompañaban sin necesidad de conversar. Bene se recostaba a los pies de la cama, abrazando las piernas de su patrona y mirándola directamente; cada ciertas horas lloraban en silencio, conteniéndose desde lo sutil. Sus cuerpos estaban a salvo, pero en sus corazones seguían corriendo entre las llamas…

Para el atardecer del cuarto día después del incendio, y ayudada por dos criadas, Fátima pudo por fin ponerse de pie. No era un deseo sino más bien una necesidad. La razón era meritoria: a pocos pasos de su habitación, en el segundo piso de la casona Aguirre Vanderbilt, un desgarrador llanto masculino imploraba por contención.

Craig Alexander, arrojado en la cama de Helena y abrazado a su chaquetilla azul, regresaba después de otra tarde de infructuosa búsqueda en las ruinas ennegrecidas de La Compañía.

Beltrán miraba a su cuñado desde el umbral. No sabía si entrar o no. El joven tenor estaba pálido, con los párpados hinchados y amoratados. No vestía su traje habitual sino apenas una camisa suelta de lino. No recordaba la última vez que había comido algo o restregado un paño con jabón por su espalda; rechazaba cualquier atención de Remigio, y eso tenía al pobre *valet* en un estado contagioso de desolación. Hasta enjuagar su rostro con agua le parecía, al mayor de los Aguirre, un insulto a la memoria de su hermana y de su madre. Si hubiera podido revolcarse en las cenizas de la iglesia y permanecer así hasta el resto de sus días, lo hubiera hecho. Cada minuto de descanso le parecía agraviante; cada bocado, culposo.

Con dificultad, Fátima estiró su mano hacia el rostro de su hermano y él se sobresaltó. Le sonrió a ella con amargura, luego besó sus vendas y, con la mirada, le rogó por su consejo. ¿Qué hacer en un momento en el que nadie, nadie, sabía qué diablos decir?

Muy despacio, usando todo su esfuerzo en arrastrar cada pie, Fati entró en la habitación. La luz anaranjada que se colaba por el ventanal era un recordatorio cruel de, quizá, lo último que su hermana pudo ver… Se pasarían la vida especulando y eso solo les traería más dolor. Según lo que Beltrán le había contado, en su visita el intendente

Bascuñán había sido agriamente enfático: la pieza rescatada del vestido de Helena no fue encontrada en ningún cuerpo en particular, sino entre los escombros. Por el lugar del hallazgo y la condición de los cadáveres alrededor, una conclusión sí era clara: ella había intentado huir por la puertecilla que conectaba la iglesia con la capilla de las Hijas de María. Había corrido a refugiarse a los pies de la Inmaculada, como la misma Fátima y muchas otras mujeres también quisieron. Ahí la atrapó el estorbo de su propio atuendo, el bloqueo de los feligreses en pánico, el fuego y la caída del campanario…

Segismundo se negaba a añadir el nombre de su hija menor en el padrón de fallecidos, insistía en mantenerla en el apartado de «Desaparecidos» —donde también mantenía a Cornelia y Étienne—, pero el intendente le recomendó que enfrentara la realidad cuanto antes… Tarea difícil para el hombre que llevaba casi cuarenta y ocho horas encerrado en su despacho, también sin dormir ni comer, sin aceptar visitas ni condolencias, esperando en vano despertar de su mal sueño.

Fátima se sentó en la cama de Helena y Craig abrió los ojos al sentir movimiento en el colchón. El largo pelo castaño de la joven caía trenzado sobre su hombro derecho, lo que ayudaba a disimular una de sus quemaduras más graves, expandida en su sien.

—¿Qué tan hermosa se veía? —balbuceó él, con la mirada perdida.

—Tan hermosa como una baronesa —respondió Beltrán desde la puerta.

Craig estrechó más el terciopelo azul contra su rostro.

—Nadie volverá a amarme… Nunca más…

—Eso no es cierto —se afligió Fátima, moviendo sus manos hacia él y temiendo comenzar a llorar por enésima vez, aunque no supiese si aún le quedaban lágrimas.

—Me ha abandonado… Me ha dejado solo en el universo…

—Eso tampoco es cierto —dijo el mayor de los Aguirre, acercándose ahora en su ruidosa silla. Remigio lo empujó hasta quedar junto a la cama y luego salió de la habitación—. ¿Eres mi *hermano*, recuerdas?

—Y yo soy tu *hermana*, Craig —se atrevió a añadir Fátima—. Ese día en el andén… Todo lo que dijimos es cierto. Somos tu familia, hoy

más que nunca.

El barón Rothschild se arrastró por la colcha hasta apoyar su cabeza en el regazo de Fátima. Al mismo tiempo, apretó la mano de Beltrán.

—*Yo* la abandoné —se recriminó, con el mentón temblando—. Murió odiándome. Le fallé a mi amor, le fallé…

Un atraso en un cargamento de rieles desde Valparaíso a Mendoza había descuadrado todos sus planes. El señor Wheelwright había viajado a Escocia para resolver algunos problemas en los astilleros de la Pacific Steam Navigation Company, así que no había nadie más a quien confiarle el recibimiento y chequeo de los materiales. Craig pensó en enviar una carta de aviso a Helena, pero las malas condiciones climáticas en la cordillera auguraban que cualquier diligencia demoraría a Santiago los mismos días de atraso que él ya acumulaba. Lo mejor era simplemente partir apenas pudiese y dar las disculpas en persona…

Y eso fue, exactamente, lo que hizo. Se enteró de la tragedia tan pronto arribó en la estación de Santiago, dejó botado su baúl en el andén y corrió a La Compañía. Completamente impactado y destrozado, se unió a los funcionarios que aún realizaban pesquisas de identificación de cuerpos. Había susurrado «Lo siento», «Lo lamento tanto», «Perdóname, amor mío», a cada silueta desfigurada que se amontonaba en las carretas en la Calle de la Bandera, por si alguna de ellas fuese su amada…

Fátima movió la cabeza.

—Entró a la iglesia vistiendo lo que más la enorgullecía: el vestido con el que se casaría contigo, el vestido que representaba a los Rothschild —le mostró, tomando una esquina de la chaquetilla que él abrazaba y siguiendo el bordado de oro con el dedo índice. Las pequeñas *bluebells* no mentían—. Si algo la acompañó hasta el final, estoy segura, fue su amor por ti.

Lo decía en serio, y él quiso creerle. Lloró más amargamente.

Beltrán suspiró.

—No sientas que es tu culpa, que podrías haber hecho algo diferente…

Aunque le hablaba a su cuñado, en realidad intentaba convencerse

a sí mismo.

—Fue un accidente —le aseguró Fátima, con un hilo de voz—. Un terrible accidente…

Craig no tenía fuerzas para levantar su cabeza.

—Los policías dicen que se prohibirán las misas de noche, que demolerán lo que queda del templo…

—Así parece.

De todo el debate ciudadano que Benedictina le había estado leyendo, Fátima estaba de acuerdo con algunas ideas, pero no con otras. Era tal la consternación y la impotencia que ya se estaba gestando un particular movimiento en las calles, uno que pretendía exigir a la gobernación la toma de una serie de medidas urgentes y estrictas para que otro desastre igual no volviese a ocurrir. Para el trece de diciembre, casi medio millar de hombres marcharía por fuera del palacio de gobierno e intentaría hablar con el mismísimo presidente de la República. Ante la negativa de una audiencia, cruzarían la Plaza de Armas hasta la oficina de Bascuñán Guerrero. Era un grupo de hombres dolientes, iracundos unos y sombríos otros, cobrándole al cielo y a la ley la pérdida de sus esposas, hermanas o hijas, y sus demandas eran dignas de sopesar. No todas eran realistas —«¡Deberían cerrarse todas las iglesias hasta nuevo aviso!»—, o sensatas —«Llamad al banquillo a cada sacerdote en este país. ¡Que todos ellos respondan por esta profunda aflicción!»—, pero algunas llamaron la atención de Francisco, quien prometió que las comunicaría al despacho de la presidencia.

Estaba, por ejemplo, el asunto de la demolición de las ruinas. Existía un sólido consenso ciudadano en aquello. El magnate Francisco Ignacio Ossa había ofrecido públicamente una donación de mil pesos chilenos para construir un jardín conmemorativo en el terreno del incendio y ya se había contactado a escultores para proyectar un monumento, todo esto en medio de la frágil defensa de los jesuitas en artículos publicados en *El Estandarte Católico*: alegaban que ahí donde se erige una iglesia, siempre es terreno santo, por lo que jamás debería utilizarse para ningún otro fin que no fuese eclesial. Lamentablemente para ellos, la última palabra la tenía el gobierno de turno, pues, tras la expulsión de los jesuitas hacía ya tantos años, toda esa propiedad

había pasado a manos del Estado. Y fue el Estado quien decidió: después de la marcha, el presidente José Joaquín Pérez Mascayano firmaría un decreto en el que se ordenaría la demolición total de lo que quedase de La Compañía, dando una prórroga de diez días más para remover cadáveres, además de aceptar la generosa propuesta del señor Ossa.

Al día siguiente, los titulares de casi todos los periódicos eran celebratorios, pausando temporalmente las crónicas fúnebres. «¡Honor al gobierno! que ha cumplido un acto de justicia, el que la opinión pública acoje con respeto i que viene a calmar la ansiedad i el dolor de los que sufren. Los que hemos clamado por la destrucción de las paredes siniestras que circundan el recinto de esa espantosa hoguera humana, lo hemos hecho por humanidad i por veneracion al recuerdo de las desgraciadas víctimas. ¡Que el sol brillante ilumine ese recinto execrado!». De los escombros solo se rescatarían las campanas, que serían vendidas como chatarra a un comerciante galés, Graham Vivian, con el propósito de reutilizarlas en la Iglesia de Todos los Santos en la localidad de Oystermouth. Le advirtieron que era «bronce maldito», pero Vivian les respondió que le importaba más que fuera bronce *barato*, y contra eso había poco que argumentar.

Otra idea, ya más controversial, tenía que ver con la moda femenina. Aparecieron algunos exabruptos de esposos y padres culpando a las crinolinas por los millares de muertes, y si bien no habían sido el factor principal en la tragedia, sí era uno importante que las mismas mujeres supervivientes estaban dispuestas a considerar. El discurso que por este asunto había dado bajo el balcón de la intendencia el señor Manuel Sessé, viudo de María Pilar Hernández, gozó de mucho revuelo: con los ojos vidriosos y un pañuelo apretado en el puño, explicó con la mayor convicción que su esposa sufría de frecuentes dolores en su espalda, que los corsés y pesados paños le parecían insufribles, pero que «no había tenido opción, pues debía abrazar el dolor de la disposición social o el ostracismo por repudiarla». Una transcripción fue replicada en *La Estrella* y rezaba así:

Olvida el señor rejidor que la causa principal de haber perecido

tanta jente consistió en esos malditos vestidos de larga cola i en las crinolinas. Tan cierto es esto que mujeres que yo conozco que fueron esa noche al templo sin crinolina o que se la quitaron adentro, pudieron escapar de la muerte. Esos vestidos formaron verdaderas fortalezas con señoras que se enredaban i prendían entre sí. ¡Sentada en el suelo una mujer ocupa un espacio de vara i media! En asientos permanentes i simétricamente colocados a cierta distancia uno de otro, formando calles por donde pueda pasar la jente, se sentarían más cómodamente, ocuparían menos espacio, no estarían tan amontonadas i oprimidas como al presente, i tendrían mas libertad para pararse sin enredarse en las propias o ajenas prendas ni pisarse los vestidos. Si fuera posible prohibir el uso de la crinolina en el templo, se evitarían muchos males, i si la autoridad civil no puede prohibirlo, debe de hacerlo la eclesiástica.

Hubo, por supuesto, mujeres que se indignaron al recibir esta suerte de ordenanza sobre cómo debían vestirse, pero lo cierto era que el peso social de las grandes enaguas, literal y figuradamente, era un lastre del que muchas querían liberarse, y aquí parecía surgir una ventajosa excusa para, al menos, abrir la conversación a nuevas posibilidades. Por demás, era cierto: decenas de mujeres le debían su rescate al despojo de sus vestidos en plena huida. El beneficio era innegable.

Lo de prohibir las misas al atardecer sí encontró una alta resistencia entre la multitud femenina. Hubo caballeros que intentaron sindicar el horario de las ceremonias como la fuente de todos los males, por la cantidad de «peligrosas» lámparas que se necesitaban de noche, pero eso generó una insólita publicación de repudio colectivo que la opinión pública no se esperaba: con el título de «Representación elevada por las Señoras de Santiago» y firmada por casi setecientas casadas y solteras que habían sido testigos y no partícipes del incendio, se solicitaba con solemnidad al presidente Pérez Mascayano la reevaluación de algunas peticiones que estaban llegando a oídos de la intendencia, las que, según ellas, no contribuían en nada a la prevención de una nueva tragedia. Se referían particularmente al inminente cierre de los templos antes de la puesta

del sol. Alegaban que dicha medida lucía más como un intento de control sobre el culto que de protección a las devotas y que era, por tanto, condescendiente y arbitrario. Si las señoras eran las mayores usuarias de todas las iglesias de la capital, ¿no era acaso a *ellas* a quienes había que preguntar por la vía correcta para asegurar que una tragedia como la del ocho de diciembre no volviera a repetirse?

> *Oímos el grito tumultuoso que nos dice: «¿Queréis abrir los templos de noche? ¿Nos preparáis un nuevo incendio?». No, no lo preparamos ni ninguno habrá, si es que tomamos precauciones prudentes, si aprovechamos el terrible escarmiento que acabamos de recibir. Demostrada la conveniencia i necesidad de la práctica de los deberes relijiosos, ¿cómo queréis que se os dé el gusto en perjuicio de la moral? ¿Podemos razonablemente, por el temor de un peligro, renunciar a un bien positivo? Obrando según vuestras ideas, no debería haber en el mundo ni ferrocarriles ni teatros ni coches, puesto que no es imposible que acontezca un desrrielamiento, un incendio o una desgracia cualquiera en el día menos pensado.*

Fátima había revisado el listado de nombres y todas eran Hijas de María; sin embargo, la carta había sido firmada con la ambigua denominación de «Señoras de Santiago», probablemente para evitar represalias individuales. Ella necesitaría algunas conversaciones para confirmar, pero ese trozo de papel era una irrefutable constatación de que la cofradía mariana fundada por Juan Bautista Ugarte, tal como existía desde hace cinco años, había visto ya su último día, por más razones que la sola muerte de dos mil y tantas de sus asociadas.

—¿Creen que vuestro padre permita que me quede en esta habitación?

El tono derrotado y amable del barón Rothschild era muy difícil de resistir para cualquiera. Los hermanos Aguirre se atropellaron por decirle que sí.

—No se me ocurre nadie más adecuado para morar en cada uno de los rincones de Helena…

—Claro que sí, y por cuanto lo necesites —cerró Beltrán.

—Hasta el dieciséis —dijo él—. Hasta la misa de exequias. Después debo volver a la hacienda y resolver qué haré de mi vida…

El arzobispo de Santiago había designado el miércoles dieciséis de diciembre para las honras fúnebres oficiales, a celebrarse en la Catedral Metropolitana, a las que asistiría el presidente de la República junto a decenas de las más altas autoridades del país. No solo la magnitud de la tragedia ameritaba una ceremonia de esta pompa, sino que había otra razón más práctica y macabra: habría miles de fallecidas irreconocibles que no podrían tener su propia tumba, epitafio ni funeral. Era una forma de dar la mayor dignidad a todos aquellos cuyos restos habían terminado, indefectiblemente, en la inmensa fosa común frente al Cementerio General.

—Esta siempre será tu casa —le aseguró Fátima. Craig le tomó las manos y besó delicadamente sus heridas.

—Eres un milagro, hermana mía…

—Eso publicó hoy *La Voz de Chile* —aportó Beltrán.

Ella bajó la mirada, avergonzada. No había querido que Benedictina le leyera ese artículo, pues no lo consideraba un honor sino el recordatorio de una excepcionalidad que debió ser la regla. Se suponía que debía estar dichosa por haberse salvado y, sin embargo, lo único que sentía era culpa, culpa por el privilegio de un escondite al que ninguna otra mujer había podido acceder.

«Fátima Aguirre Vanderbilt, devota ejemplar de la cofradía de las Hijas de María, habría regresado a la vida tras refugiarse en el altar mayor del templo, aferrada a su medalla de la Inmaculada Concepción…». Tal como el intendente Bascuñán había vaticinado, tan pronto se supo de su caso, los muros exteriores de la casona comenzaron a llenarse de flores y velas dejadas por transeúntes. Comenzarían a llegar diversos mensajes manuscritos varias veces al día en representación de importantes familias, de amigos —como de Lizzie Key Nelson o Jertrudis Sierra—, de conocidos y también de completos extraños —incluso recibió una carta de madame Lysanne, aunque aún no la había abierto—, todos agradeciendo «el milagro de la Virgen Santísima» y pidiendo por su pronta recuperación, así como extendiendo las condolencias por Helena y Cornelia. Las rosas vívidas de alegría se mezclaban con las coronas fúnebres de claveles blancos,

un espectáculo brusco en su contradicción que, sin descanso, iba llenando el salón principal.

Tanta atención la tenía muy abrumada, no le apetecía siquiera asomarse a la ventana, si bien cada tanto lo hacía pues no había visto a Maximilian desde su rescate. De hecho, no sabía si lo que guardaba en sus recuerdos había sido real o no. Creía haber escuchado su voz diciendo «Respira, respira» en inglés, aunque no podía asegurarlo. Todas las imágenes de ese momento estaban cruzadas y borrosas en su mente. Sabía que el mundo era un caos allá afuera y que, como los estadounidenses residentes habían estado muy activos durante el rescate, podría estar estancado en procedimientos burocráticos de la investigación en curso, pero deseaba verlo con todas sus fuerzas.

—Niña Fátima… —habló Rosalía desde el umbral, escondiendo su rostro en señal de respeto al barón Rothschild—. Sé que ordenó que no recibiría visitas, eso le hemos indicado a todas las personas que han llegado a la puerta a preguntar por usted…

La joven Aguirre entendió.

—No sé quién está en el vestíbulo, Rosalita, pero no he cambiado de parecer…

—Es el señor Bonecraft.

Su rostro se iluminó y su hermano lo captó de inmediato.

—Dile al señor Bonecraft que Fátima bajará en unos minutos —respondió Beltrán—, y pídele a Alicia que suba de inmediato. Mi hermana necesita ayuda para vestirse.

La criada asintió y se retiró.

Fati sintió su corazón acelerarse. Llamarlo cada día con el pensamiento había funcionado, y ahora solo los separaban unos quince minutos.

Quince minutos que, para Maximilian, fueron una completa tortura. Se había apersonado en un traje oscuro nuevo, debidamente afeitado y peinado, y, aunque debía desplazarse muy lenta y cautelosamente dada su visión un tanto borrosa —ya había pedido la confección de un nuevo par de lentes correctivos al doctor Ivvis Yannick, un optometrista alemán recién llegado a Chile, recomendado por el doctor Tocornal—, decidió presentarse por fin en la casa Aguirre Vanderbilt, pues sentía que no podía esperar ni un minuto

más. Llegó a la puerta con un pequeño ramo de astromelias rojas, estrujadas con nervios en su puño, pero cuando lo hicieron pasar al salón principal estuvo tentado de hacerlas desaparecer.

No había rincón de esa elegante sala donde no hubiese abundantes e incluso extravagantes arreglos florales, la mayoría evidentemente muy costosos, preparados con rosas y tulipanes franceses, jacintos españoles y camelias de la India. Él y su escuálido ramo no sabían dónde esconderse. Se sentía estúpido y fuera de lugar, aunque sin posibilidad de arrepentirse. En cualquier caso, los dos lacayos que le hacían guardia lo miraban con genuino aprecio, y eso calmaba un poco su incomodidad.

Escuchó crujidos de peldaños, como si varias personas bajaran las escaleras principales a un ritmo muy pausado. Imaginó que quizá Fátima todavía se encontraba muy débil. Deseó correr a ayudarla, pero no estaba seguro de qué estaba o no permitido para él en esa extraña situación. Por más que quisiera tomarla en sus brazos y no dejar que se extenuara con cada paso, ella era una mujer casada, pues el señor Clermont figuraba aún en la lista oficial de «desaparecidos», aunque todos supiesen que no era más que un eufemismo para fallecidos en negación.

Fátima apareció apoyada del brazo de dos doncellas. Su imagen era pulcra y sobria: un peinado de moño bajo, sin accesorios; un vestido negro sin crinolina, con cuello y mangas de encaje de discreto volumen, y ni una sola joya a cuestas. Por esa razón, quizá, el detalle sobre su pecho resaltó más. Prendido a un alfiler de plata llevaba un trozo de tela azul aterciopelada, en la que podía distinguirse el bordado en oro de unas diminutas flores en forma de campana. A Max le recordó las condecoraciones militares que algunos soldados de la Unión recibían «por destacado valor bajo fuego enemigo». No se le ocurría nadie más merecedora de aquello que Fátima.

Se miraron intensamente. ¿Era correcto sonreírle en un momento de profundo luto como ese? No terminó de decidirse. ¿Y cuál era el saludo más adecuado? ¿«Hola»? ¿«Reciba mi más sentido pésame»? ¿«No he dejado de pensar ni un día en usted»?

—Buenas tardes, señor Bonecraft —dijo ella, dulce, sacándolo de su dilema.

Él se hizo inmediatamente a un lado para que ella pasara con sus asistentes, quienes la dejaron sentada en una de las poltronas. Él se mantuvo de pie.

—Señora Aguirre… —comenzó, extremadamente incómodo bajo el escrutinio de al menos cinco miembros del personal de servicio—. Buenas tardes. Gracias por recibirme.

Con un gesto de su mano, Fátima le pidió que se sentara en el sillón junto a ella. Él obedeció en el acto. Luego hizo un segundo gesto, ahora hacia las astromelias.

—¿Son para mí?

Por un momento, Maximilian había olvidado que tenía tres varas de flores rojas en su puño. Al observarlas, arrugó los párpados y volvió a sentirse estúpido.

—Lo son —respondió, ruborizado.

—¿Puedo?

Ella extendió sus manos vendadas hacia él, esperando la entrega del ramo. Aquello era muy inusual, por lo que Max creyó estar envuelto en otro de esos choques culturales entre las prácticas chilenas y estadounidenses. En su país natal, una mujer de clase alta jamás recibiría en su propia mano las flores que un cortejante, amigo o familiar le llevara. Se consideraba un acto vulgar. Bastaba con que se le fuesen presentadas y ella las agradeciera; el ramo quedaba sobre una mesa o algún criado aparecía para llevárselo.

No lo pensó demasiado y simplemente hizo lo que ella esperaba. Puso las delicadas flores jaspeadas en las manos de Fátima, cuidando de no rozar sus heridas. Ella, al acercarlas a su nariz, sonrió.

—¿Alicia? —la llamó, aunque sus ojos estaban sobre él—. Por favor, ponlas en agua y déjalas junto a mi cama.

La doncella se pausó unos segundos.

—Dijo que no quería ninguna flor en su habitación —le recordó ella en voz baja, confundida.

—Estas, sí.

Maximilian bajó un poco la mirada, aun con rubor en sus mejillas, tan agradecido por la felicidad que sentía que podía explotarle el pecho.

Alicia asintió y sonrió a la vez, tomando las astromelias con

sutileza y perdiéndose de vuelta en el vestíbulo. Entonces Fátima volvió a hablar.

—¿Podrían dejarnos, por favor?

Los dos lacayos y la segunda doncella no parecían muy convencidos, pero no era su rol discutir, sino acatar. Hicieron distintas reverencias y salieron del salón. Después de todo, era perfectamente permitido que una mujer casada mantuviese una conversación con un visitante sin la necesidad de chaperón.

Al saberse solos, suspiraron casi al mismo tiempo.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Y sus anteojos?

—Se estropearon —contestó—. Ya he pedido un nuevo par, no se preocupe.

Movió su mano a pocos centímetros del rostro del abogado.

—¿Está seguro de que puede verme?

—Oh, muy seguro…

Su tono embelesado era todo lo que ella ansiaba escuchar. Con ambas manos, tomó la derecha de Maximilian y la llevó suavemente hacia su mejilla herida. Él se estremeció. Sus dedos alcanzaban a tocar una prominente quemadura en su sien, que se extendía hacia su cuero cabelludo. Cualquier mujer se habría puesto una venda, un velo o un sombrero con tal de ocultarla. Él amó que ella no lo hiciera. No necesitaba hacerlo.

Cada cual sintió llenarse sus ojos de lágrimas. Al unísono, Fátima dijo «Gracias», mientras Max decía «Lo siento tanto». Él agitó la cabeza.

—No me agradezca —rogó, retirando suavemente su mano—. No hice nada… Podría haber hecho mucho más…

—Ha hecho suficiente —lo contradijo, sosteniendo ahora la mano del abogado en su regazo—. Benedictina ha estado leyéndome… Para la prensa, es usted un héroe.

Él volvió a negar.

—No merecemos ese título. El embajador le diría lo mismo. El señor Meiggs, el señor Eastman, el señor Pearce… Todos creemos que hicimos muy poco, que no fue suficiente.

—Y eso los vuelve más heroicos aún.

Ella le recordó la pieza que Benjamín Vicuña Mackenna había escrito sobre la legación estadounidense en *El Mercurio*. Por más noble que fuese su intento de mantenerse en la vereda de la humildad, sus acciones habían sido vistas por cientos de chilenos que querían rendirles homenaje.

> *Hace mui pocos años que el nombre de «americanos del Norte» era entre nosotros solo un recelo, una antipatía o una amenaza. Pero cuando vimos a esa nación levantarse como un solo hombre para ir a reprimir la audacia de los esclavócratas del Sur, esa reacción se convirtió en una sincera empatía. Tal conducta nuestra ha encontrado la más cordial reciprocidad de parte de los americanos residentes. Su representante, el digno, cortés i popular Tomás Nelson, se ha puesto el primero en medio del pueblo chileno, participando de sus festividades i asociaciones, así como muchos de su cuadrilla de profesionales. Pero la cordialidad de americanos i chilenos no debía manifestarse solo al libar de las copas en los alegres festines. Llegó la hora de la catástrofe i ellos fueron entre los más apresurados en venir a ofrecer el ausilio jeneroso de sus fuerzas i de su abnegación. De los primeros en llegar a las puertas de La Compañía, devoradas ya por el fuego, esponiendo sus propias vidas para salvar algunas víctimas. Nosotros mismos hemos encontrado a los amigos del Norte en esta terrible noche con el rostro desecho, los vestidos desgarrados, con voz enronquecida hasta no poder hablar i empapados de agua a propósito para entrar al medio de las llamas. Esto no es solo humanidad, ¡es heroísmo! Puedan estas débiles líneas llevar a los ciudadanos de la Unión, no solo en Chile sino en el universo entero, la espresión de la gratitud profunda que por su noble conducta le deben los chilenos.*

En el mismo artículo se hablaba específicamente de los señores Meiggs, Keith, Silvey, Eastman y Bonecraft como los más referenciados por las mujeres que habían logrado sobrevivir. También decía que la tragedia había tenido gran impacto en otros países, atestando las portadas de los periódicos y las valijas diplomáticas de

cartas de condolencias. Hasta el *The New York Times* haría un alto a las informaciones sobre su propia guerra civil para dar un espacio contundente en su portada al incendio de La Compañía en Santiago de Chile, nombrándolo como una de las tragedias más horrendas de las que el mundo tuviese memoria. «El gobierno i el pueblo a quienes represento se sentirán sobrecojidos del mas profundo pesar cuando reciban esta triste noticia. Una calamidad tan aterrante i horrible no tiene igual en la historia del mundo. Que esta tremenda dispensación de la Providencia nos recuerde en todo momento la inestabilidad de la vida i la necesidad de hallarnos siempre preparados para acudir a su llamamiento», había escrito el embajador Nelson al ministro de Relaciones Exteriores en una extensa carta oficial de condolencias. El ministro Tocornal hizo pública su respuesta, en la que, después de lo estrictamente protocolar, se refirió a la fraternidad entre ambas naciones: «Los jenerosos i activos esfuerzos que desplegaron el martes por salvar a las víctimas del espantoso incendio, habían ya empeñado la gratitud de mi gobierno. Cumplo con un especial encargo de S. E. el presidente de la República para asegurarle a usted i a los ciudadanos de los Estados Unidos que han tomado parte en nuestro público duelo, que su noble conducta observada en tan triste ocasión será recordada siempre con reconocimiento por el pueblo chileno».

Sin quedar tranquilos con eso, la legación además había organizado una colecta en la que, entre casi cuarenta de sus residentes, juntaron la cuantiosa suma de tres mil pesos chilenos para entregarla a la Junta Central de Socorros, en auxilio de todos los niños que habrían quedado huérfanos de madre, algunos de ellos teniendo que ser acogidos por sor Bernarda Morin en la casona de las Hermanas de la Providencia. Eso inspiró a otras legaciones extranjeras a motivar las donaciones entre sus compatriotas, como fue el caso de la francesa y la portuguesa.

Henry Meiggs, Juan Tomás Smith y Adolfo Eastman habían quedado tan impactados y dolidos con la experiencia que serían de los primeros en responder al llamado del empresario José Luis Claro publicado en *El Ferrocarril*: «Al público: se cita a los jóvenes que deseen llevar a cabo la idea del establecimiento de una compañía de bomberos, para el día 14 del presente a la una de la tarde, al escritorio

del que suscribe». La respuesta sería inmediata y contundente. Doscientos jóvenes llegarían hasta la oficina del señor Claro solicitando incorporarse a la urgente iniciativa. Habría políticos destacados como Ángel Custodio Gallo, empresarios como Manuel Recabarren e intelectuales como Manuel Antonio Matta, así como también jornaleros y artesanos. Tantos fueron los convocados que se decidió citar a una nueva reunión en los salones de la Filarmónica. En esa reunión no solo se fundaría una compañía, sino cuatro, dando inicio al Cuerpo de Bomberos de Santiago: las compañías del Oriente, del Sur y del Poniente, más la Guardia de Propiedad, encargada de retirar los bienes muebles de los incendios. La cuarta compañía sería una organizada íntegramente por la colonia francesa residente, bautizada como Pompe France. Para enero de 1864, ya habría siete compañías funcionando en la capital.

Maximilian volvió a decir «No hicimos lo suficiente». Fátima seguía apretando su mano.

—Si se resiste a aceptar el agradecimiento del mundo, ¿quiere, al menos, aceptar el mío?

Él sonrió tibiamente, evadiendo su mirada.

—Lo aceptaré si es compartido. Si no fuera por el intendente Bascuñán, yo no habría sabido dónde buscarla a usted —confesó.

—Y si no fuera por la confianza del hermano Bianchi, yo no habría tenido la llave de las rejillas —agregó ella.

Eso lo alertó.

—¿La ha visitado el padre Ugarte?

Fati cambió su semblante en el acto.

—No —respondió, árida—. No ha venido ni ha enviado ningún mensaje. Habría pensado que sería el primero en venir a dar su bendición o su consuelo… Mi madre dio su vida por la cofradía y no ha recibido el llanto de ningún jesuita, pero sí de muchas mujeres que la conocieron y la respetaron. Al principio y al final, solo entre nosotras encontramos refugio.

Había decepción y rabia en el tono de Fátima, una combinación intensa que Max no quería que contaminara su momento con ella. Entonces la desvió hacia algo importante que necesitaba contarle.

—Antes de la misa, cuando la multitud estaba entrando al templo,

la vi —le dijo—. Llegué a la hora que me dijo, la esperé fuera de la capilla, pero cuando quise acercarme… bueno, antes se me acercó el señor Gunn.

Ella se sobresaltó.

—¡El señor Gunn!

No le compartió demasiados detalles; Maximilian sentía que Fátima estaba muy débil aún como para abrumarla con más emociones fuertes, así que solo le contó lo esencial: que el viejo abogado jamás abordó el barco hacia Norteamérica pues tenía un arresto pendiente por su involucramiento en la muerte de un juez en el estado de Tennessee. Que eso, más una orden de captura por fuga, emitida por el embajador Nelson hacía dos días, sería suficiente para mantener a Gunn alejado de Chile por un buen tiempo. Porque sí, habían forcejeado, pero el esclavista había escapado y se ignoraba su paradero. Lo que no le contó fue que el forcejeo incluyó un arma de fuego, que el mismo Max tuvo que dejarlo inconsciente y botado en un sitio eriazo y que, antes de que el intendente Bascuñán los dejase entrar a la iglesia tras el término del incendio, con Nelson habían vuelto al lugar sin encontrar más que rastros de sangre. Ahora el cazador tenía problemas más importantes que perseguir a un maquinista. Maximilian se consideraba, por el momento, a salvo… Al menos hasta que terminara la guerra.

—Gracias, María Santísima. Una buena noticia entre tanta desgracia —se alegró ella, y se atrevió a concluir—: ¿Eso quiere decir que entonces, usted… ya no se irá?

Él la miró nuevamente con esos ojos embobados que Fátima agradecía. Nadie la había mirado así jamás.

—No me iré a ningún lado —le aseguró, besando luego sus nudillos vendados—, y si usted me acepta, no me iré de *su* lado.

Ella se conmovió. Quería gritar que sí. Quiso gritar que sí desde que vio las astromelias rojas apretadas nerviosamente en su mano.

Pero no podía.

Supuestamente, era una mujer viuda… una mujer libre…

Supuestamente, pero no formalmente.

—Maximilian…

—¿Es demasiado pronto? —se preocupó él, echando su cuerpo

hacia atrás unos centímetros.

Fátima observó el rostro del extranjero, deseando rendirse a su impulso o, más bien, al deseo que la mantuvo viva. Desde el pliegue que en su cintura unía las dos piezas de su vestido, extrajo un pañuelo de algodón que alguna vez había sido blanco, pero que ahora era gris y encenizado, con iniciales bordadas en hilo azul. Él sintió que se le apretaba el pecho de asombro.

—Estuve cerca de morir hace unos días. De ahora en adelante, ningún pronto será *demasiado* pronto.

Iba besarlo por segunda vez desde que se conocían. Sí, ahí, en su propia casa, bajo su techo de casada, a pasos del despacho de su padre. No se reconocía a sí misma, y eso le parecía algo bueno.

Ni siquiera alcanzaron a rozar sus labios. Escucharon un alboroto en el patio que los alertó. El murmullo de voces crecía. Algo estaba sucediendo y en un minuto lo entenderían, pues vieron a Alicia correr desde la terraza hasta entrar al salón principal. Jerónimo iba con ella.

—Señora Aguirre… —empezó el cochero, quitándose el sombrero. El estadounidense se levantó del sillón—. Hay un hombre… dicen que hay un hombre… un herido del incendio…

La mente de la joven pensó inmediatamente lo peor.

—Jerónimo, qué estás…

—Hay un hombre moribundo en el hospital que dice ser el señor Clermont —lanzó Alicia, casi sin respirar.

Fátima y Maximilian se miraron.

Sí, quizá era *demasiado pronto*.

XXXI

13 de diciembre de 1863

Solo una poderosa razón podía sacar a Segismundo Aguirre de su sufrimiento a puertas cerradas: la posibilidad de un nuevo sobreviviente en su familia.

Al comienzo creyó que el rumor se trataba de Cornelia o Helena. No dejó que Jerónimo terminara de explicarle y salió disparado de su despacho. No se había aseado en días, había consumido más *whisky* que alimentos y la privación de sueño lo tenía con alucinaciones: había asegurado que su padre, Oróstico Aguirre, se le había aparecido para enrostrarle que no había hecho nada por salvar a sus hijas. No necesitaba que el viejo se levantase de la tumba para que Segismundo recordase aquello, a cada minuto y a cada hora.

Cuando entendió que se trataba de Étienne, calmó el ímpetu y se echó en su poltrona a pensar. Fátima se sentía muy contrariada con la noticia, y él también. No podía negar el extraño alivio que le había entregado la idea de que, entre tanta desdicha, el cielo le hubiese otorgado a su hija una libertad intempestiva de alguien que claramente no la trataba como merecía… Pero esa libertad le sería arrebatada. ¿Estaba lista para regresar a la misma vida miserable de antes? ¿Era realmente posible?

Por lo pronto, su padre le prohibió ir hasta el hospital. Ella aún estaba convaleciente, apenas podía caminar sin dolor, así que él iría de avanzada a primera hora de la mañana siguiente. No había caso en exponerla a una falsa ilusión. Él se encargaría de hablar con el susodicho para cerciorarse de que el clamor fuese fidedigno, pues la

habladuría era que estaba tan severamente quemado que sus facciones eran irreconocibles. En las peores tragedias también aparecían los peores aprovechadores…

Fátima agradeció no tener que pasar por ese penoso trámite. «Que sea lo que la Virgen quiera», le dijo Benedictina, y estaba de acuerdo. Solo quedaba esperar. Menos mal que ese día lo tenía cargado de visitas que le ayudarían a despejar su mente, antes de que su padre regresase con buenas —o malas— noticias.

La primera era la del señor Monsalve, dueño de las boticas Miramar. Tenía la edad de Beltrán y ya administraba un prominente negocio con sucursales en Valparaíso y Santiago. Chileno de madre portuguesa, había heredado el negocio farmacéutico tras fallecer su padre y era reconocido por surtir con implementos de altísima calidad las consultas de atención higienista. Había sido muy amable en presentarse personalmente para entregar a Fátima los vendajes, tónicos y ungüentos que había recomendado el doctor Tocornal para el tratamiento de sus heridas, e incluso les dejó algunas pautas a sus doncellas sobre cómo realizar las curaciones para maximizar los resultados. La pomada era para un tipo más superficial de quemadura, mientras que las más graves jamás debían tratarse con ungüentos, sino con compresas limpias y frías que debían cambiarse cada dos horas.

Algo apocado, el empresario terminó su visita compartiendo una confidencia, sin saber si hacía bien o mal. Le contó a la joven Aguirre que su esposa Elvira —quien no alcanzó a entrar al templo para la misa y eso la salvó— había renegado de toda devoción a la Virgen después del incendio. Que, contrario a lo que había sucedido con la mayor parte de los ciudadanos, la tragedia no la había puesto de rodillas a rezar, sino que la motivó a lanzar su medalla de las Hijas de María al despeñadero del cerro Santa Lucía. ¿Cómo la madre de Dios había dejado que esa calamidad sucediera? ¿Por qué se había ensañado de manera tan cruel con miles de sus más fieles devotas? ¿Dónde estaba el Dios que protegería a todo quien se expresara con fervor hacia Él?

Fátima no tenía una respuesta para eso. Probablemente nadie la tendría, pero eran preguntas válidas que ella misma se encargaría de repetir a Jertrudis, Sinforosa y Eulalia unas horas después, cuando

entraron nerviosas a su casa y se abalanzaron juntas a abrazarla.

Lloraron minutos eternos sin intercambiar ni una palabra. Eulalia había salido completamente ilesa y la señora Sierra tenía apenas algunas heridas en sus brazos, mientras que la señora Tagle había perdido casi todo su cabello. Llevaba un largo pañuelo de raso negro anudado como un turbante, lo que sin duda era muy llamativo, dándole un aire inquietante de distinción. A su edad, Sinforosa era la menos esclava de modas y cumplidos, la que más dignidad podía dar a su atuendo de superviviente. Siempre decía que la vestirían de negro solo el día de su muerte, pero jamás imaginó que tendría que vestirlo para llorar la muerte de tantas otras.

Escoltando a las tres mujeres, había llegado también Francisco Bascuñán Guerrero. Había permanecido a una buena distancia, respetando los minutos de íntima aflicción entre ellas. Estaban todos en la terraza, donde se había situado un *chaise longue* para que Fátima se sentase con las piernas descansadas y pudiese al menos respirar aire fresco. Cada cierto tiempo volvía a sentir el humo en sus fosas nasales, su corazón palpitaba fuerte y sentía que se ahogaba, para luego recuperar el ritmo normal. Cuánto durarían esos intempestivos ataques de pánico… Días, años…

—¿Es seguro hablar aquí? —preguntó él en voz baja, de pie frente al ventanal. La señora Aguirre asintió; Beltrán y Craig habían salido juntos, poco después de que su padre partiese al hospital. Habían ido a presentar sus condolencias a la casa de los Barros Matheu por la pérdida de Ventura—. Tenemos un importante asunto que discutir.

—Sé que recuperó usted el buzón —habló ella, tranquila—. El señor Bonecraft me lo comunicó ayer. ¡No puedo creer que lo haya salvado intacto!

Eso fue lo último que Maximilian le había dicho antes de terminar su visita. Que no conocía más detalles, pero que de seguro el intendente se los daría.

—Lo sabe usted y, desde hoy, ya lo sabe todo Santiago.

La señora Sierra tenía una copia de *El Mercurio* en su mano.

—El presbítero Larraín se enteró y bueno, lo está exigiendo de regreso.

Joaquín Larraín Gandarillas, en una carta que interpelaba

expresamente al ministro de Hacienda, Domingo Santa María y al intendente Bascuñán, decía haberse enterado de algo muy terrible: que la policía había confiscado antojadizamente el preciado Buzón de la Virgen, el cual milagrosamente había esquivado las llamas de la tragedia. Pero eso no era lo más importante. Lo relevante era que, según le habían confidenciado fuentes cercanas, Bascuñán Guerrero había compartido las cartas recuperadas con el ministro de Hacienda, llegando ambos a la conclusión de que la Iglesia de la Compañía era «un foco de inmoralidad y corrupción».

—¿Usted hizo eso? —se alteró la señora Aguirre.

—Sí y no —respondió el intendente de inmediato—. Nadie más que yo ha tenido acceso al contenido de esas cartas. Involucrar al ministro Santa María en esto es una distracción falaz. Lisa y llana estrategia.

—¿Estrategia para lograr qué?

—Victimización.

Ella no quedó conforme.

—No ha mostrado usted las cartas a nadie más, entonces. Eso fue lo que *no* hizo. ¿Qué es lo que *sí*?

Francisco movió el cuello, contrariado.

—Sí cometí la imprudencia de manifestar a viva voz mi dolor cuando leí algunas de las denuncias… ahí, en mi oficina, donde cualquiera de mi decena de empleados pudo haberme escuchado. No puedo culpar a ninguno por correr luego al arzobispado. Jamás dije «inmoralidad y corrupción», pero probablemente algún exabrupto parecido.

Las mujeres se miraron. Era difícil exigir prudencia a quien, llorando aún la pérdida de su hermana y la de miles de mujeres de su ciudad, debía además enterarse de los diferentes abusos que muchas de ellas sufrieron y que ya no tendrían justicia.

—Lo grave del asunto —tomó la palabra Sinforosa— es que el prebendado ha desvirtuado todo nuestro propósito.

—¿Cómo así?

Él explicó.

—En la carta da por asumido que, cuando yo he hecho la supuesta acusación de *inmoralidad*, me he referido a las mujeres, a sus pecados

confesos, no a las acciones de los clérigos contra ellas…

—¡Es todo lo contrario!

Bascuñán tensó su mandíbula y, aunque le doliera el estómago, leyó para Fátima un trozo de la infame misiva:

> Ustedes no han reflexionado seguramente que, al espresar su juicio, hacen recaer una buena parte de las vergonzosas sospechas sobre las mismas víctimas que nos arrebató el incendio i cuya trájica muerte tiene sumidos en amargo duelo a sus desconsolados parientes. Las palabras de ustedes i de los que las repiten i comentan van haciendo cundir esos odiosos rumores. Estas sospechas son intolerables para los deudos i tenemos un supremo interés i perfecto derecho para procurar que se desvanezcan a toda costa. En el círculo de las personas que las conocieron, nada tienen que temer las esclarecidas virtudes de las finadas; mas como sus nombres se han publicado en los diarios, no puedo conformarme con que sea permitido a nadie pronunciarlos de manera irreverente.

—Se está presentando como un *defensor* de las devotas —moduló Fátima, descolocada—, pero apuntándolas al mismo tiempo…

—Y no es todo —dijo Jertrudis. Tomó el periódico y siguió leyendo:

> Mi propio nombre i el de todos los sacerdotes de Santiago se halla feamente comprometido en este odioso asunto, pues todo el mundo queda con derecho para hacernos cómplices de esas intrigas vergonzosas. Nuestra posición es durísima i humillante. Se empieza a poner en duda el título que tenemos como hombres a la estimación de nuestros conciudadanos i al respeto i confianza de los fieles como sacerdotes. En las calles i lugares públicos comenzamos a observar signos que revelan alejamiento i recelo, i tenemos que bajar los ojos ruborizados muchas veces, por no encontrarnos con las miradas escudriñadoras de los que esperan sorprender en nuestros

rostros las ajitaciones de una conciencia culpable…

—¿*Ellos* son las víctimas? —se indignó Fátima, con ganas de levantarse del sofá. La señora Tagle no la dejó.

—Por eso exige que se revele públicamente el contenido de las cartas —advirtió Eulalia, angustiada.

> Es preciso que cese inmediatamente este estado de cosas i que sea cumplidamente esclarecida la verdad. No diviso otro camino para conseguirlo que la prensa misma, que se ha convertido en eco de los vergonzosos rumores. Ruego pues, a ustedes, que tengan a bien dar a luz todas las cartas que han llegado a su poder, sin ocultar el nombre de persona alguna.

—Empieza diciendo que es para limpiar nuestro nombre, pero en realidad lo que quieren es limpiar el de ellos…

—Entonces nuestro siguiente paso es claro —remarcó Sinforosa, levantando la voz—. Debemos publicar todas las cartas. Develar cada menoscabo, cada abuso. Larraín se condena al exigirlo, no sabe lo que le espera. ¡Que el pueblo juzgue!

—¡No! —respondieron Bascuñán y la señora Aguirre al unísono.

Él se sorprendió.

—Intuyo que está por argüir lo mismo que yo…

Ella bajó los hombros, derrotada. Habló mirando a sus amigas.

—En nuestro plan inicial, las cartas del buzón eran una ofensiva —comenzó a explicar—. El intendente hacía la denuncia simbólica en tribunales, creaba ruido en la prensa, obligaba a Ugarte y otros sacerdotes a defenderse y presionaba a una investigación eclesial. De paso nos ayudaba a liberar nuestra asociación de la sombra jesuita. Pero ahora —marcó, entristecida—, ellos llevan la delantera. Nos obligan a usar el buzón como una *defensa*. Nos están acusando de cometer inmoralidades y piden que se muestren nuestras cartas a toda luz para probarlo, no para desacreditarlo. Antes queríamos que el centro del debate fuesen ellos; ahora seremos *nosotras*.

Sinforosa se persignó, Jertrudis arrugó toda su cara de rabia y Eulalia se tapó el rostro con las manos. Fátima siempre explicaba las

cosas de manera que todas pudiesen entender. Era una pedagoga nata… Aunque tuviese que comunicar malas noticias.

Bascuñán asintió.

—Hoy más que nunca pondrán en duda cualquier acusación que se haga contra ellos, alegando ser el chivo expiatorio de «mujeres indecentes»…

—No puedo creer que todo lo que arriesgamos no servirá de nada —se lamentó Eulalia.

—¡Me niego a claudicar! —exclamó la señora Tagle, aguantando las ganas de llorar—. ¡No podemos abandonar ahora!

—Y no lo haremos —le aseguró Fátima, tomando la mano de la mujer. Luego miró al intendente con apremio.

—Cambiaremos completamente de táctica —quiso adivinar, leyendo la mirada de la joven Aguirre. Ella sonrió con los labios pegados.

—No revelará usted ni una sola carta del buzón —definió ella, convencida—. Se negará tajantemente a aquello y dejará al prebendado Larraín como el más inmundo villano.

—¿Y cómo justificará tal negativa? —se preocupó Jertrudis.

Bascuñán hizo eco de la sonrisa tibia de Fátima.

—Invocando un sacramento —respondió, comprendiendo de forma muy clara cuál era el camino a seguir.

Podría funcionar.

—¿Alicia? —llamó la joven Aguirre. La doncella apareció por una de las ventanas del segundo piso—. ¿Podrías bajar la escribanía que está en mi cuarto? Necesitamos responder una carta —declaró, ante la expectación de sus compañeras.

Sinforosa suspiró de alivio, limpiando rápido una lágrima solitaria en su mejilla.

Cuando Segismundo regreso a casa, en el momento en que la luz del atardecer ya se apagaba, encontró a Fátima muy concentrada en su habitación. De pequeña le había regalado una escribanía para que pudiese llevar sus tintas y hojas a cualquier lugar de la casa, pero

igualmente ella prefería la intimidad de su cuarto, incluso de adulta. Las criadas habían informado al patriarca sobre las diferentes visitas que se acogieron durante la jornada, que el intendente de Santiago se había presentado con tres mujeres sobrevivientes del incendio y que se habían marchado no hacía mucho. Su hija ahora respondía las decenas de mensajes de pronta recuperación que había recibido durante los últimos días, además de leer algunos pendientes.

Él la observó unos minutos desde el umbral, aún incrédulo de tenerla ahí, activa, cerca.

Viva.

—¿Fati?

Identificó la voz de su padre al instante, si bien él jamás la había llamado de esa manera. Ese diminutivo era exclusivo en el trato con sus hermanos, algo así como un pacto de amor fraternal en clave. Era un mote de cariño, como cuando alguien necesita suavizar la predisposición de quien lo está escuchando.

Fátima no levantó la mirada. Apretó la carta que tenía entre los dedos.

—Étienne está vivo, ¿no es así?

Segismundo suspiró.

—Eso tendrás que decidirlo tú.

Y esas fueron las últimas palabras que le dedicó. No le explicó nada más. Regresó al primer piso y se encerró en su estudio.

Apoyándose en el barandal, la joven bajó las escaleras con un sombrero de salida tipo *capot* y una pequeña bolsa colgante de cuero. Aunque los tobillos todavía le punzaban, al menos había recuperado la fuerza para mantenerse de pie. En el vestíbulo, Jerónimo la recibió con una mirada expectante. Él corroboró su intuición: la policía esperaba por ella en el hospital.

Aceptó enfrentar su destino. De las muchas torturas que su cuerpo ya conocía, la constante incertidumbre de la mente estaba entre las más crueles.

Su estricto luto le permitió camuflarse en la penumbra nocturna y subir al carruaje aparcado en la calle, en medio de la inadvertencia del gentío que aún paseaba, aprovechando la buena temperatura, por el barrio de la Alameda de las Delicias. El hospital San Juan de Dios, el

más importante de Santiago, estaba a pocas cuadras.

Accedió por la entrada que daba al callejón San Francisco. Por ahí circulaban los estudiantes de Medicina de la Universidad de Chile, quienes utilizaban las instalaciones del hospital para estudio, ensayo y práctica, así que el hedor pestilente a cadáver estaba impregnado en cada esquina. Al subir del subsuelo al primer piso los espacios se agrandaban, los techos subían y se podía respirar con más calma, pero calma era lo último que Fátima estaba encontrando en su corazón.

Solo en el último año se había atendido a casi siete mil pacientes en ese recinto. El hacinamiento era perturbador. Cualquier médico renombrado, sobre todo aquellos extranjeros que trabajaban para la élite, sugerían siempre evitar los hospitales o lazaretos. A menos de que se requiriese de una compleja cirugía, era mejor tratar cualquier dolencia en casa, pues las posibilidades de adquirir una nueva o peor enfermedad se disparaban en las inmediaciones de una sala clínica. Fue el consejo que Fátima recibió tanto de Tocornal como del boticario Monsalve respecto a sus quemaduras, y sin embargo ahí estaba ella, cubriendo su nariz con un pañuelo para bloquear los miasmas, esquivando orinales entre camillas de hierro e ignorando con dolor las súplicas de algunos postrados, todo con tal de acercarse a la sala de desahuciados y terminar con la espera.

Una religiosa la recibió en el umbral indicado. Fátima reconoció por su hábito que se trataba de una Hija de la Caridad de San Vicente, la congregación femenina más activa en entornos hospitalarios. De hecho, gracias a ellas se había incorporado una gran novedad en el recinto: destinar una sala precisa para aquellos enfermos que ya no tenían cura posible. Eso les permitía ahorrar en medicamentos y vendajes, tener una mayor claridad sobre los fallecidos diarios y eliminar la habitual ronda de un médico para cambiarla por la de un sacerdote. Solían decir que era la sala de espera del cielo, pues la ayuda que esas personas recibían ya no venía en forma de jarabe o jeringa, sino de rezo.

La hermana vicentina llevaba un grueso delantal blanco con rastros sanguinolentos amarrado a la cintura y unas ojeras de cansancio que la joven Aguirre compadeció. Tras un escueto saludo, le explicó que la habían enviado a reconocer a un paciente y que quizá

habría algún funcionario de la intendencia esperándola.

Su sombrero y peinado cubría buena parte de las heridas en su rostro, pero la religiosa las captó. Se persignó inmediatamente, sonriéndole después. No era horario de visitas y su juicio era estricto en aquello, salvo para milagros andantes, como una sobreviviente al incendio de La Compañía.

Comprobó en su lista quiénes de los que yacían ahí dentro habían sido enviados desde la iglesia en la noche fatal. Tenía a tres: Eustaquio Jaque y José Miguel Ibáñez, ambos de siete años, y un tercero que figuraba «sin reclamar». Sus quemaduras eran tan profundas y severas que el personal médico había declarado la imposibilidad de tratamiento. Así habían muerto otros nueve pacientes, niños y adultos; si bien el San Juan era un hospital de hombres, durante la tragedia debieron recibir a muchas mujeres debido al colapso del San Borja. En ese mismo salón ya habían muerto, tras días de agonía, la señora Clarissa Leighton de Robles y la pequeña Micaela Torres, de cuatro años, rescatada por Maximilian cuando ya era muy tarde.

Fátima bajó la cabeza, se persignó y aguantó el llanto. La vicentina trató de confortarla. En eso, un oficial de policía apareció desde un salón contiguo y se acercó a las mujeres, adivinando quién podía ser la elegante presencia a una hora tan inadecuada.

—¿Señora Aguirre de Clermont? —preguntó, y ella asintió—. Ya quiero terminar con este lío.

—Mi padre estuvo aquí esta mañana…

—Sí, y también el embajador Lauvergne. Ninguno de los dos quiso comprometerse con una opinión concluyente. Dijeron que usted me daría una.

Internamente, odió a los dos hombres por asignarle esa responsabilidad, aunque no tuvo tiempo para ensimismarse, pues lo que veían sus ojos acaparaba toda su atención. La religiosa se había hecho a un lado para que el uniformado avanzara por el pasillo central del salón, y este le hizo un gesto a Fátima para que lo siguiera. La iluminación en aquel lugar era muy pobre, no había lámparas de aceite sino solo velas, pero ella al final lo agradeció: cada postrado lucía peor que el del catre contiguo y había pocos estómagos tan fuertes como para resistirlo. Las sombras suavizaban lo explícito y

dejaban el resto a la imaginación. Mientras más alejado se estaba de la puerta, más fétido y cargado era el aire circundante, y más ganas tenía Fátima de salir corriendo…

—Él es —apuntó el policía.

Sobre una de las últimas camas de madera y hierro, un cuerpo rígido se aferraba con ambas manos a la roñosa frazada que actuaba de colchón. Su sufrimiento era evidente. Tenía vendas en prácticamente todo su cuerpo, con manchas amarillas y marrones de algún tipo de supuración, y donde no había vendajes había escamas ennegrecidas. Lo que más impresionaba era su cabeza: estaba tan envuelta en gasas que solo podían verse sus ojos, y tenía apenas una abertura para la nariz. Donde alguna vez estuvo su desdeñosa boca, ahora había un paño ensangrentado actuando de bozal.

Ella se estremeció.

—¿Cuánto más le queda de vida?

—Eso depende.

Miró al oficial con confusión.

—Pero está en la sala de desahuciados…

—Ya sabe usted cómo es esto —le susurró, cansado—. Está muy grave, sí, pero no es un caso prioritario de tratamiento porque el Estado no paga por anónimos. Si nadie lo reclama, morirá aquí en algunos días. Si es su esposo, lo trasladarán a otro pabellón y le asignarán medicamentos. Quizá se salve.

Ella movió la cabeza.

El dinero es el ritmo de cualquier vals, se lamentó.

—¿Dijo su nombre o dio alguna otra información?

—No —respondió el policía—. Tiene destrozada la… Las quemaduras deformaron todo el… —Movía las manos en torno a su mandíbula, pero fue incapaz de terminar la frase—. Bueno, no son detalles para mujeres.

Ahora estaba aún más confundida.

—No entiendo, entonces, por qué especulan que es mi esposo…

—Porque entre sus ropas pudo recuperarse esto.

Extendió la palma de su mano. Una pequeña collera de plata resplandeció bajo el haz de luz que cruzaba esa esquina del pasillo. Tenía el emblema de una conocida familia francesa radicada en Chile.

—La reconozco, sí —dijo ella, quitando la mirada del objeto— y de seguro también la reconoció mi padre. ¿No es acaso prueba suficiente?

—Me temo que no. No sería el primer enfermo o accidentado que roba algo para aparentar ser quien no es con tal de que no lo dejen morir. Ya le expliqué que el Estado no paga por…

—Entiendo —lo interrumpió, ofuscada.

El oficial levantó las manos en un gesto a la defensiva.

—Por eso necesitamos su colaboración. Sin un juramento por escrito de un familiar directo, el hospital no lo moverá.

Volvió a odiar a su padre. ¿Cómo podía dejarla sola en esto?

Antes de desesperarse, inspiró profundo y se prometió al menos un minuto para pensar.

—¿Podría dejarnos a solas?

Fátima apuntó hacia una silla desvencijada junto a la cama y él comprendió. Con un gesto de respeto, retrocedió varios pasos y caminó hasta el umbral de la sala, donde la esperaría para saber su veredicto.

Decir «a solas» era ridículo, pues había al menos cuarenta personas en ese pabellón estrecho y maloliente. En algunas camas había hasta dos enfermos a la vez. Claramente, las condiciones en el San Juan de Dios eran muy precarias, al punto de que un paciente con mal pronóstico no era una persona que salvar, sino un despilfarro de fondos públicos. Y ese hombre junto a ella, ¿merecía ser salvado? ¿Quién era?

No había ningún rasgo realmente distintivo que Fátima recordase en Étienne. Cerró los ojos y trató de verlo en su mente con la mayor nitidez posible. No tenía una nariz prominente ni manchas de nacimiento o alguna cicatriz particular… si bien, en su estado, la piel era el último terreno que pudiese ser fidedigno. Bufó, frustrada. ¿Qué debía mirar o buscar? Por demás, el sujeto no podía hablar para explicarse o defenderse. ¿Qué ganaba con interrogarlo? ¿Sobre qué?

Miró al postrado con una lástima profunda, mientras todo lo que él lograba hacer era mirarla de vuelta con sus párpados mustios a medio cerrar. ¿Cómo podía ella tomar una decisión tan trascendental así, a ciegas? Como mujer, no tenía el derecho a decidir sobre su propia vida, pero ahora le exigían decidir sobre la de alguien más.

Se inclinó levemente hacia el hombre, sin tocarlo. Intentó concentrarse en su mirada, sin reparar en lo horrendo de todo lo demás, y entre todas las frases posibles a decir, entre todas las opciones que se cruzaban en su cabeza, por alguna razón, escogió y dijo:

—Crystal te envía sus saludos.

Los ojos somnolientos del postrado se abrieron al máximo un segundo, quedando petrificados en un gesto atento. Su cuerpo se retorció.

Fátima asintió bajo la llama de la escuálida vela sobre sus cabezas.

Era todo lo que necesitaba ver.

Era Étienne.

—Ella está embarazada. ¿Lo sabías? —le dijo en voz baja, con el tono que usaría un mensajero y no una esposa. Él seguía sin pestañear —. Claro que no. No existe nadie más en este mundo que tú mismo.

Tomó el pequeño bolso de cuero que colgaba de su muñeca y lo abrió en su regazo. Desde el fondo sacó una carta, escrita en carboncillo y no en tinta, fechada el ocho de diciembre y cuyo remitente firmaba como «Devotas de santa Magdalena».

—Tuvo mareos matutinos tan fuertes el día de la Inmaculada que no fue a la misa. Eso la salvó. La señora Lysanne también está viva, pero casi todas sus chicas murieron.

El periódico *La Voz de Chile* había escrito, en un apartado pequeño al final de una de sus planas, que el *bar* Maison des Autres anunciaba su cierre; no uno temporal por luto, sino uno definitivo. Se explicaba que prácticamente todo su personal había sucumbido en la tragedia de La Compañía, tal como había sucedido en muchísimas otras tiendas y emprendimientos de la capital —también habían cerrado lavanderías, sastrerías, hasta el bazar de encajes de madame Chessé—, y su dueña, la señora Lysanne, rogaba a los clientes que mantuviesen alguna deuda con el establecimiento que se acercaran a cancelarla.

Esa era información pública, lo que ya sabía todo Santiago.

Lo que estaba en la carta solo lo sabían unas pocas.

—No la culpo de nada —siguió Fátima, ahora sin mirarlo directamente—. No conozco a Crystal, pero no la culpo. Ni siquiera sé si hay algo que tenga que perdonarle. Tú eres el único monstruo en

esta historia.

Étienne volvió a moverse, intranquilo, sobre su catre. Su respiración era tan agitada que la joven Aguirre no sabía si atribuirlo al nerviosismo de verse expuesto o al dolor extremo que seguro lo estaba dejando sin aliento.

Desplegó la carta que tenía en sus manos. Leyó un pasaje en silencio. Por un segundo dibujó una sonrisa amarga, pero apretó los labios para borrarla.

—Tenemos dos opciones y quiero que las escuches muy bien —habló ella, cerciorándose de que la hermana vicentina y el policía estuviesen suficientemente lejos de su conversación—. Puedo comunicar a las autoridades tu identidad real, asegurar tu tratamiento y, quizá, tu recuperación, la que puede tomar meses… Pero es preciso que sepas que, en el intertanto, habré pedido la disolución eclesiástica de nuestro matrimonio. Si sobrevives, saldrás de este hospital directo a la calle y a la completa humillación. Las puertas de mi casa y mi fortuna estarán cerradas para ti.

Entre la respiración dificultosa del hombre, Fátima distinguió un gruñido. Su esposo no estaba contento. O se burlaba de ella.

—¿Y cómo lograré aquello, dirías tú, si no hay causal en el mundo que una mujer pueda argüir? Oh, no para *terminar* un matrimonio, pero sí para *disolverlo*. ¿Sabías que era posible? Yo no. Es una situación tan excepcional que ningún sacerdote la menciona, ninguna madre se la explica a su hija. Tuvo que educarme la dueña de un burdel.

A su querida Mercedita le importó siempre la educación de los niños pobres porque, entre otras razones, decía que «sentir que sabes es saber que puedes». Con la carta de madame Lysanne en sus manos inquietas, Fátima sentía que sabía lo que siempre debió saber, y que ahora podría hacer lo que nunca pensó posible.

Volvió a inclinarse levemente hacia él para que no perdiese ni una sílaba, y leyó:

> El matrimonio válido entre bautizados se llama sólo rato, si no ha sido consumado; rato i consumado, si los cónyuges han realizado de

> modo humano el acto conyugal apto de por sí para engendrar la prole, al que el matrimonio se ordena por su misma naturaleza i mediante el cual los cónyuges se hacen una sola carne. Una vez celebrado el matrimonio, si los cónyuges han cohabitado, se presume la consumación, mientras no se pruebe lo contrario. El matrimonio no consumado puede ser disuelto con causa justa por el Romano Pontífice, a petición de ambas partes o de una de ellas, aunque la otra se oponga.

—«… se presume la consumación, mientras no se pruebe lo contrario» —repitió Fátima, lentamente, no solo para que él la escuchara sino para ella convencerse—. Y yo *puedo* probarlo. No, no con mi palabra, porque sé que nadie me creería. Puedo probarlo con evidencia.

Comprobó que los moribundos en las camas contiguas no estuviesen especialmente atentos. Jamás creyó algún día modular lo que diría a continuación, así que tomó impulso, cerró los ojos y agregó:

—Hasta ayer, pensaba que ser virgen significaba no haber compartido la cama con ningún hombre. Ahora sé que la virginidad se refiere a la existencia intacta del… del… —tomó la carta y buscó la palabra— … del *himen*. ¿Habías oído esa palabra antes? Es una membrana, un tejido dentro de mi cuerpo que se rompe en el acto conyugal. El mío, lógicamente, no se ha roto, y un examen médico puede verificarlo. ¿No te parece maravillosa la sabiduría del cuerpo femenino?

Le parecía increíble estar usando a su favor las mismas cadenas que la sociedad le imponía, y todo gracias a la generosidad de una mujer que, por su particular *oficio*, conocía más sobre la anatomía femenina que cualquier doctor en el mundo. Eran los hombres quienes habían dictaminado que el rol principal de cualquier casada era la procreación; por eso la infertilidad era su peor escarnio y condena. La

Iglesia católica lo confirmaba, permitiendo a la desposada una eventual disolución del matrimonio únicamente si no había consumación, es decir, solo si se le negaba su deber y derecho divino a ser madre como consecuencia del acto carnal. Era casi poético.

El paño ensangrentado que cubría la boca y mentón de Étienne comenzó a moverse. Apenas lograba emitir algunos sonidos guturales y, a juzgar por las arrugas en su rostro, cada intento le causaba un tremendo dolor. No era intención de Fátima aumentar su sufrimiento por perversidad o venganza, así que se apresuró en terminar su alegato.

—Puedo ahorrarte esa humillación —apuntó, calmando sus palpitaciones— y darle dignidad a tu apellido. Puedo publicar un obituario sobre ti con el honor de un mártir, y mientras tu identidad yace en la fosa común, tú desapareces de mi vida con el nuevo nombre que quieras para empezar la nueva vida que quieras… si es que logras reponerte algún día.

Escuchó pasos. El policía se acercaba. El reconocimiento estaba tardando demasiado…

Fátima guardó la carta en su bolsa y se levantó de la silla.

Perdió la mirada en la vela solitaria.

Lo pensó mejor.

—¿Sabes? Olvida todo lo que he dicho —murmuró—. Esta decisión no es tuya, sino mía. Y yo ya la tomé.

El uniformado llegó hasta ella con un gesto de impaciencia. Fátima giró su cuerpo hacia él.

—Este hombre no es Étienne Clermont-Tonnerre —declaró, con el mentón en alto, apretando un pliegue de su vestido—. Mi marido murió en el incendio. Soy una viuda de La Compañía.

Y diciendo aquello, avanzó por el pasillo pestilente, de regreso a cruzar el umbral de los moribundos donde la religiosa le dedicó una leve reverencia y los postrados gritaron sus tormentos, esos que solo Dios sabía cuándo terminarían.

XXXII

16 de diciembre de 1863

Con tanta sorpresa como disgusto he leído la comunicación que usted se ha servido dirijirme por la prensa, en mi carácter de intendente, requiriéndome para que dé a luz las cartas contenidas en el titulado Buzon de la Virjen, que según usted me fueron entregadas por un oficial de policía al día siguiente del incendio del templo. Funda usted tan estraña exijencia en haber sabido la impresión de profunda indignación que en mí produjo la lectura de esas cartas. Antes de entrar a contestar, debo decir con franqueza: desde tiempo atrás profeso como norma de conducta el no descender a esplicar i sincerar mis actos oficiales sino ante mis propios jefes. Solo en ellos reconozco el derecho de llamarme a cuenta. No estoi dispuesto a aceptar la fiscalización del primero que pretenda arrogársela, bien sea lego o sacerdote. Protesto con toda la enerjía que me es dable desplegar contra el derecho que el sacerdocio parece querer asumir en la persona de usted. No niego que en otro tiempo estuvo el clero en posesión de este poder arbitrario i abusivo; pero usted conoce demasiado bien cuánto distamos ya de esa época, cuánto han ganado desde entonces los fueros de la conciencia i de la libertad personal, para que hoi se tratara de revivir prácticas vetustas que hartas lágrimas han costado a la humanidad…

Cuando Bascuñán pasó por la entrada del hotel Aubry camino a la intendencia, varios grupos de hombres ya comentaban en voz alta la disputa del momento: un sacerdote y un funcionario público peleaban mediante cartas públicas la apropiación sobre el consabido Buzón de las Impuras, el que había sido encontrado con su contenido indemne después de la horrible tragedia del ocho de diciembre. «Todo comenzó con la acusación abierta del prebendado Larraín Gandarillas hacia el intendente de Santiago de haberse apropiado de algo indebido, la urna dicha, i que en peor de males, su *indignante* contenido había sido leído i divulgado a ciertos personeros de gobierno, dejando en mal pie al clero local. Exigía la exhibición de las cartas para salvar la honra de los aludidos. ¿Y qué respondió don Francisco Bascuñán? ¡Que el poder popular no recibía órdenes de párrocos! ¿Ha nacido un nuevo héroe en esta ciudad?», rezaba el editorial de *El Ferrocarril*, publicado apenas unas horas luego de que la carta respuesta del intendente fuese distribuida por *El Mercurio*. Al parecer, no había ningún otro tema más candente en el momento.

Fátima, Jertrudis, Sinforosa y Eulalia, todas vestidas de estricto luto, aunque con sus mantillas arrugadas en sus manos, habían decidido reunirse en la fuente de agua de la Alameda, ya que los niños que vendían periódicos siempre deambulaban por ahí. Cada una compró un ejemplar y leyó ávidamente en silencio. Luego se miraron.

Y sonrieron.

—Quedó espléndida —susurró la señora Tagle, ilusionada.

—Es perfecta —secundó Eulalia.

—¿Funcionará? —dudó la señora Sierra, más asustada que escéptica.

Todas se persignaron.

—La columna editorial de *El Ferrocarril* deja muy en claro que se comprendió exactamente el mensaje que queríamos —dijo Fátima—, y seguro más prensa liberal se unirá en torno a ese discurso. El señor Bascuñán supo desnudar muy bien la cuestionable intención en la carta del prebendado.

—Supo hacerlo porque *nosotras* lo ayudamos —apuntó Sinforosa, alzando una ceja.

—Fue un laborioso trabajo en equipo —concedió la joven Aguirre.

—El tono es algo agresivo…

—… y muy anticlerical…

—Así es la postura usual del intendente frente a personas como el prebendado. Si usara un tono conciliador, no sería creíble —les recordó Fátima.

—La revista *El Conservador* se hará un festín con esto —vaticinó Jertrudis—. Querrán la excomunión del señor Bascuñán…

—Es posible. Como sea, ambos sectores llegarán a la misma conclusión, la única que nos interesa.

—¿Cuál?

—Que la asociación Hijas de María no puede continuar.

Eulalia suspiró. Tomó nuevamente la hoja de periódico y leyó por enésima vez la carta publicada.

Tras alegar que ningún sacerdote en Chile tenía derecho a exigirle a la intendencia que no hiciera su trabajo —explicando que la recolección y confiscación de objetos es parte de cualquier procedimiento policial—, Bascuñán acusaba a Larraín de presentarse como el «adalid de las víctimas» al mismo tiempo que «paladín del clero», arrogándose la defensa de las partes cuando no había evidencia alguna de que los aludidos le hubiesen pedido tal intercesión. Sin embargo, y ya que el escándalo era de conocimiento general, él había resuelto contestar a la provocación del presbítero, aprovechando a emitir con detalle su opinión sobre el disputado Buzón de la Virgen:

> *Es de lamentar que usted haya acojido con ligereza los rumores vulgares que hayan llegado a sus oídos. Jamás he asegurado a nadie que el templo de La Compañía hubiese sido un foco de inmoralidad i corrupción; he lamentado, eso sí, que la superstición hubiera creado i fomentado en este templo prácticas imprudentes tales como eso que, en el lenguaje de ciertas jentes, se ha apellidado Buzón de las Impuras. Semejante institución repugna a las ideas medianamente ilustradas que se tenga acerca de los principios de nuestra santa relijión. El espíritu que se eleva a Dios por medio de*

la fe i de la oración ya no era suficiente; era preciso que las preces llegasen a la Virjen por medio del papel, de la carta, o de otro modo se correría el riesgo de que las faltas no fuesen debidamente atendidas. Estas conclusiones absurdas i anticristianas se desprenden fácilmente examinado el punto de vista teórico de nuestra creencia, i si se le examina bajo el punto de vista de los abusos a que podría dar márjen en la práctica, no se necesita de mucha perspicacia para poder vislumbrarlos. Habría debido bastar la consideración de la gran facilidad que había para que se cometiesen, para que se hubiese puesto el mayor anhelo en impedirlo, i prueba de esto encontrará usted en las críticas que hoi tanto torturan sus oídos…

Dos mujeres muy jóvenes pasaron junto al grupo y, al captar sus vestidos enlutados, preguntaron si alguna de ellas era Fátima Aguirre. La susodicha se incomodó; sabía que, al salir por fin de su casa, tendría que lidiar con la extraña y pesada fama del sobreviviente, no de la forma sutil y respetuosa con la que se manejaban sus amigas, sino con el yugo de personificar la promesa de Jesucristo sobre morir y volver a la vida. Cómo explicarles que ella simplemente tuvo suerte, la suerte de, en el momento preciso, recordar que llevaba colgando en su cuello la llave hacia el más impensado refugio…

La reverenciaron tal como ella había temido, con la obnubilación de estar frente a un milagro, y, quizá por ese mismo desborde de emociones, simplemente le sonrieron, se persignaron y se fueron. Fátima bajó los hombros, suspirando.

—Va a tener que hacer algo con esto —le dijo la señora Tagle.

—¿Con qué?

—Con la atención que por hoy la sociedad le agracia —explicó la anciana, casi desafiándola—. Sabe que no durará mucho; en un par de meses alguna otra cosa sucederá en esta ciudad, la masa volverá la mirada y no se acordará de que usted existe. Si tiene algo que decirle al mundo, no habrá mejor momento que este.

Jertrudis asintió con fuerza.

—Eso es. Deberías escribir un artículo o una carta a algún periódico…

—No quiero alimentar el morbo sobre mi tormento o mi rescate —protestó la joven—. La cantidad de testimonios innecesariamente gráficos que han circulado por la prensa me parecen suficientes…

—No, no sobre tu experiencia en el incendio —clarificó la señora Sierra—, sino sobre nosotras.

—¿Nosotras? —se preocupó Eulalia.

—Sobre las Hijas de María. Aquel día en tu casa, cuando nos reunimos a determinar nuestros nuevos pasos a seguir, nos convencimos de que, gracias a la pelea epistolar de Bascuñán y Larraín, la opinión pública llegaría a la conclusión de que la cofradía debía terminarse. Ahora pienso que no podemos confiarnos de ello. Hay que empujar con mayor claridad esa conclusión… y ese golpe de gracia le pertenece a usted, señora Aguirre.

Fátima desplegó su abanico y se escondió tras él para pensar. No podía negar cuánto le atraía la idea de compartir algo que hacía mucho venía dándole vueltas, especialmente después de su *providencial* visita a la Casa Nacional del Niño.

—Todas las Hijas de María son devotas de la Virgen Santísima, ¿no?

—Por supuesto…

—Pero no todas las devotas marianas están asociadas a las Hijas de María…

—Claro que no, hay muchas más fuera de la cofradía —respondió Jertrudis.

La joven Aguirre asintió, misteriosa.

—¿Estarían dispuestas a reunirse con cualquier mujer admiradora de María… —tentó, y notando que sus compañeras comenzaban a decir que sí, añadió—: … incluso aunque no fuese católica?

La señora Tagle hizo un gesto de alerta.

—De qué habla, niña, por Dios.

—*El Conservador* no solo va a pedir la excomunión del intendente sino también la tuya —se preocupó Eulalia.

Fátima inspiró profundo.

—No lo descarto —admitió—, pero la señora Tagle tiene razón. Este es mi momento para expresar lo que realmente pienso. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca.

Probablemente Francisco Bascuñán llegó a una conclusión parecida mientras escribía su carta, siguiendo las instrucciones de Fátima y del resto de las señoras, pero procurando transmitir con honestidad su visión sobre el enrevesado asunto que los convocaba. Tras criticar la mera existencia del buzón infame y culpar a sus dirigentes clericales por crearlo y fomentarlo, debía comunicar la parte más importante de su misiva: la negativa a mostrar el contenido de las cartas, tal como Larraín se lo había exigido.

> *Es cierto que la sola vista de las cartas produjo en mí una penosa impresión, sin que sea necesario para ello suponer que tales cartas contenían la prueba de algún acto criminal de parte de las personas que las escribieron. Nada había que comprometiese el honor ni la virtud de las desgraciadas víctimas que sucumbieron en el incendio. Pero no pude menos que mirar con pena hasta qué punto puede estraviarse el sentimiento cristiano i piadoso de la porción más bella de nuestra sociedad, cuando la dirección de sus espíritus recae en manos poco prudentes…*

Bascuñán no nombró a Juan Bautista Ugarte ni una sola vez en la carta, pero aludió al dueño de las «manos poco prudentes» una decena de veces, lo que animó a reporteros de otros periódicos a buscar al jesuita para conseguir sus impresiones. Por demás, se rumoreaba que el intendente estaba preparando una grave denuncia en tribunales contra él respecto a ciertos objetos valiosos que desaparecieron de la sacristía, no consumidos por el fuego, sino sacados *a priori* por mano humana. ¿Quién más que Ugarte tenía acceso a esos armarios y cajones con llave? ¿Quién en su sano juicio prefería rescatar cálices y casullas antes que mujeres clamando por misericordia?

Recién entonces se supo lo que el arzobispado había intentado ocultar durante los últimos días: no solo el nuncio Eyzaguirre había regresado apresuradamente a Roma, sino que el párroco de la desaparecida Iglesia de la Compañía de Jesús había sido relocalizado en una abadía jesuita en otra provincia, de la que no se revelaría ninguna información por el momento. En un escueto artículo de *El Estandarte Católico*, el arzobispo Valdivieso pedía respetar la

privacidad del traslado «para que el apreciado presbítero pueda sanar con silencio i oración las heridas de su alma tras tan monstruosa tragedia», y aprovechaba para enviar un mensaje de arrogancia solapada a Bascuñán Guerrero, recordándole que perdería su tiempo calumniando a un sacerdote ante la justicia ordinaria, pues el párroco estaba protegido por fuero eclesial. Como era de esperarse, aquello desató una ola de críticas en diferentes pasquines, ya que la relocalización de Ugarte parecía más bien una huida o, peor, un encubrimiento, apuntando a que el aludido no había dado ningún testimonio ni explicación tras el desastre que había acabado con miles de vidas, desastre del que muchos lo sindicaban como principal responsable.

Principal responsable, también, de la gran mayoría de las denuncias contenidas en el Buzón de la Virgen, por lo que el intendente habría esperado de él una interpelación a través de la prensa, no de Larraín Gandarillas. Al saberse la fuga del párroco jesuita, para Bascuñán todo adquirió sentido, sobre todo el por qué el prebendado pedía con tanto ahínco que se exhibiese la «autoría» de las cartas. Todas las misivas en la urna eran anónimas, pero Larraín al parecer no lo sabía, nadie se lo había advertido… y Fátima había pedido a Francisco no sacarlo de su error, utilizando esa ventaja para esgrimir el más infalible de los argumentos:

> *Usted no solo se limita a interpelarme por mis palabras i apreciaciones, sino que llega hasta exijirme la publicación de las cartas, con la espresión del nombre de quienes las escribieron. Esto equivale a pedirme que forme el inventario moral del mérito i virtudes de cada una de las víctimas. Usted se muestra en esto más severo que la Providencia. Ella quiso que las llamas les diesen la igualdad de la muerte i que la imposibilidad de distinguirlas les diese la igualdad del sepulcro. Pero usted exige imperiosamente que cada cual tenga una memoria propia i distinta; unas, honrosa i pura, otras con mengua i cubiertas de oprobio. No seré yo quien se preste a servir de medio para hacer estas distinciones odiosas. Usted se cree con derecho a exijir de mí esa revelación, pero no reposa más que en el desconocimiento más absoluto de los deberes*

morales. ¿Cómo creer de un sacerdote, acostumbrado por el asiduo ejercicio de sus deberes a respetar i apreciar la importancia de los secretos ajenos, se pueda atrever a exijir con calculada premeditación que se revelen por la prensa los misterios de la correspondencia privada? Para esto sería preciso que tal sacerdote no tuviera conciencia de lo que es, o que su razón hubiera decaído en un deplorable delirio…

«Quizá lo último que hubiésemos esperado en esta golpeada ciudad que aún llora a sus mujeres, que aún no supera el trauma de ver arder un templo lleno de fieles, era leer a un sacerdote sugiriendo profanar el santo sacramento de la confesión», reprochaba el editorial de *La Voz de Chile*, que fue rápidamente comentado en todos los rincones de Santiago. Diversos testimonios de asociadas a la cofradía corroboraban que, en sus sesiones nocturnas, cada carta del buzón se consideraba protegida en su autoría y contenido, como si fuese relatada en un confesionario. Ese era el principal argumento, pensaban Bascuñán y sus socias, que dejaría a Larraín sin contraataque posible. «Se queja el prebendado de que tiene que bajar ruborizado los ojos muchas veces, para no encontrarse con miradas escudriñadoras. Pues ya le decimos nosotros que no se gana la devoción del pueblo por medios impíos i reprensibles como los que él ha puesto en juego».

El remate de la carta hizo sonreír a Fátima y sus compañeras:

Ojalá que las esplicaciones contenidas en esta contestación puedan mitigar en parte lo acerbo de su dolor, i restituir a su espíritu la calma i serenidad perdidas. No dudo que entonces pensará usted de una manera distinta que al presente, i se felicitará interiormente de haber encontrado en mí una contrariedad a la satisfacción de sus irreflexivos deseos.

—¡Larraín debe estar furioso! —exclamó la señora Tagle, apretando los puños pero con alegría, como si la ofuscación del sacerdote fuese un triunfo.

—Debemos estar preparadas para una réplica —les advirtió Fátima.

—¿Qué podría replicar frente a esto? ¿Que hay alguna excepción para violar el secreto de confesión?

—Ha sido perfectamente acorralado y se ha restaurado el correcto balance del universo, donde las Hijas son las víctimas y sus abusadores los victimarios —declaró Eulalia—. Nuestro asunto ahora es: ¿qué haremos con las cartas?

—Eso es lo que venía a preguntarles.

Francisco Bascuñán Guerrero apareció tras el grupo y las sobresaltó. Él se disculpó con un movimiento de su sombrero.

—Hablábamos de su exitosa misión, señor intendente —lo saludó Sinforosa.

—*Nuestra* exitosa misión —dijo él, sonriendo tibiamente— ha tenido el alcance esperado. La prensa ha reaccionado bien. Eso sí, temo a la respuesta de Larraín…

—Recemos para que se dé por vencido y esto se acabe.

—Lo que me devuelve al tema de las cartas —apuntó Bascuñán—. Ese buzón es vuestro, y es vuestra la potestad de decidir sobre él.

Cruzando el cielo de Santiago, se sintieron unas cuantas campanadas de iglesia. Todos elevaron la mirada.

—Conversemos mientras nos escolta hacia la misa, intendente.

Él ofreció su brazo a la señora Tagle y las otras mujeres se ubicaron a los costados. Debían ir en dirección a la Catedral Metropolitana, donde en menos de una hora se celebrarían las exequias oficiales por las víctimas de La Compañía.

—¿Leyó las cartas, intendente? —preguntó Fátima, al tiempo que entraban por la Calle de Morandé.

—Todas —respondió, con un tono entre triste y culposo.

Ella se puso seria.

—Pues bien… ahora debe destruirlas —le pidió. Buscó aprobación en la mirada de sus compañeras y todas asintieron—. Ya sabe los tormentos que hemos vivido. Sé que es un dolor difícil de cargar, pero guárdelo en su corazón, no para que crezca su encono contra el clero, sino como aliciente para buscar justicia donde realmente pueda alcanzarse… algún día.

Bascuñán aceptó sin discutir. Su misiva pública interpelando a Larraín tenía un doble filo: así como él le enrostraba que ningún

sacerdote podía inmiscuirse en su trabajo, lo cierto es que él no tenía autoridad alguna sobre las acciones eclesiales de ningún prebendado. Por más que quisiera, no podía ir al arzobispado a exigir que los párrocos cambiasen sus criterios al entregar penitencias o que dejasen de demandar sacrificios absurdos a sus feligreses, pero sí podía ocuparse de lo cívico, de lo doméstico, que igualmente se colaba en las iglesias. Se encargaría personalmente de hacer un catastro de la realidad respecto a luminarias y vías de acceso de todos los templos católicos en Santiago, logrando en pocos meses una ordenanza municipal que obligaba a cualquier espacio de encuentro masivo —lo que incluía a teatros, hoteles y otros— a contar con puertas de doble bisagra, umbrales anchos y lámparas de gas controlado. De hecho, si de algo sirvió el infierno de La Compañía fue para acelerar el proceso de electrificación de la ciudad, el que culminaría con los faroles encendidos de la Plaza de Armas en 1883.

Las investigaciones sobre la catástrofe arrojarían, después de meses de informes y discusiones, que efectivamente no había sido más que un desgraciado accidente. Ugarte no podía ser culpado, y Francisco, impotente, tuvo que abandonar *esa* idea de justicia, aunque no renunciaría a intentar otras, tal como Fátima le había sugerido. Cuando terminó su periodo como intendente en 1864, fue electo diputado por varios años. Desde ese rol pudo integrar álgidos debates parlamentarios que buscaban avanzar en la secularización del Estado, aprovechando justamente el desplome de la popularidad religiosa desde el temible incendio y debiendo aguantar estoico a los obispos que llegaban frente al Congreso a paralizar las tramitaciones, vaticinando la decadencia moral de la sociedad, la entronización de los vicios y la degeneración del hombre. Así y todo tuvo dos grandes triunfos en su carrera; el primero, la Ley de Libertad de Culto en 1865, regularizaba el vacío constitucional con el que las religiones no católicas se ejercían en espacios privados. Ya no era una interpretación antojadiza sino un derecho para cualquier disidente en Chile. Además, estos extranjeros podrían fundar y sostener escuelas para los niños criados en sus doctrinas, lo que terminó con el monopolio de las congregaciones católicas en la educación primaria. A eso se sumó el primer Decreto de Cementerios en 1871, el cual

naturalizaba los recintos de sepultación no católica que ya existían clandestinamente en Valparaíso, Valdivia y otras ciudades, pero, más importante aún, obligaba a la administración del Cementerio General de Santiago a permitir sepulcros disidentes sin oposición alguna. La primera tumba fue la de Thomas Trengrove, un comerciante anglicano; el mismo Bascuñán acompañó a su pompa fúnebre por las calles de La Chimba.

Su propia muerte llegó demasiado rápido, en 1873, y no le permitió aplaudir el logro de aquella añorada ley de la que había sido uno de sus principales impulsores: la supresión del fuero eclesiástico en 1875. Tampoco alcanzó a ver la Ley de Matrimonio Civil y Registro Civil, una de las últimas estocadas al poder de la Iglesia católica sobre la ciudadanía chilena. Fátima se aseguraba de ir a dejar flores a su sepulcro con cada avance progresista que leía en la prensa, asegurándole que todos sus esfuerzos previos no habían sido en vano.

Pero faltaba mucho para eso. Ahora celebraban en una caminata silenciosa un logro minúsculo pero contundente: el término del Buzón de las Impuras y el cierre, oficial o no, de la asociación Hijas de María. La muerte de más de dos mil mujeres les había regalado esa libertad.

—Destruir las cartas —repitió Francisco Bascuñán en un suspiro. Le dolía el alma tener que deshacerse de evidencia tan valiosa.

—No podemos arriesgarnos a que lleguen a manos de algún sacerdote, descubran algunas identidades y tomen represalias…

—Lo entiendo —dijo él—. Se hará tal como ustedes me ordenen. Sé que es lo que Mercedes hubiese querido.

Sinforosa le dio una palmadita en el brazo, conmovida.

—No se publicarán las cartas, pero ¿sabe qué sí puede usted publicar? *Doncellas y jinetes*.

Jertrudis saltó.

—¡Epifanio Andazola! El mundo necesita saber su verdadera identidad…

—Mercedita nos confesó su deseo de fama póstuma —confirmó Eulalia, entusiasmada—. Hagámoslo.

—Es una maravillosa idea —secundó Fátima, mirando luego hacia el fondo de la calle, donde ya se veía una horda de personas movilizándose con destino a la catedral—. ¿Está de acuerdo,

intendente?

Bascuñán tenía un nudo en la garganta, se negaba a llorar frente a tantas damas, así que simplemente sonrió y asintió con fuerza. Las mujeres entendieron y no dijeron nada más, regresando a la cálida compañía silenciosa hasta que llegaron al frontis que daba a la Plaza de Armas.

Había muchísima gente, pero ni cercano a los miles de personas que habían rodeado La Compañía el día de la Inmaculada. Fátima no lo tomó como un desaire ni muchísimo menos; la baja convocatoria respondía a muchos factores, entre ellos, a que el incendio aún estaba muy fresco en la memoria colectiva y persistía el temor de muchos a «encerrarse» en un templo. Era probable que la feligresía no respondiese con la masividad esperada en conmemoración de los días santos durante un buen tiempo.

Ella misma no estaba segura de si lograría entrar o no. Beltrán le había dicho que junto a Craig no se moverían del umbral principal, que los buscase ahí, y quizá ella se aferraría a su hermano, sin estar lista aún para caminar bajo vigas de roble y cúpulas.

El grupo de despidió y dispersó junto a la fachada, prometiendo seguir comunicados ante cualquier novedad. Antes de que el intendente se perdiera iglesia adentro, Fátima lo detuvo tomando su mano.

—No sé por qué no le había dicho esto antes, pero… Mercedita no sufrió.

Francisco hizo un gesto pasmado bajo su sombrero de copa. Apretó los nudillos de la joven Aguirre.

—¿Estuvo con ella?

—Perdió la conciencia poco antes del último derrumbe, antes de que el fuego inundara todo… No hubo martirio para ella. Se fue en paz.

Toda la prensa santiaguina había llenado páginas y páginas de diarios hablando de hombres derrumbados llorando a sus mujeres muertas entre las llamas, pero Fátima no había visto a uno tan de cerca. Bascuñán bajó su mentón hasta que tocó su pecho y, sin soltar la mano de la joven, aguantó el llanto más crudo en algunos espasmos. Ella acarició su hombro y entonces él regresó a su postura anterior,

aclarando su garganta y disimulando sus ojos rojos. Pero no disimuló su intento de sonrisa.

—Gracias… Muchas gracias —balbuceó, besando su mano y soltándola después, para alejarse hacia una de las entradas laterales—. No olvidaré su generosidad jamás.

Ella se quedó en su sitio hasta que lo vio desaparecer tras el gran umbral. En su corazón, su amiga también le daba las gracias. No quería llorar, aunque intuía que se resignaría a ello tan pronto comenzara la esperada prédica del presbítero Mariano Casanova.

Su acercamiento a las puertas principales fue algo accidentado —la detuvieron al menos una docena de señoras diferentes, tocando sus manos o su falda, pidiendo su bendición y llamándola «milagro»—, y, cuando llegó, le esperaba otra sorpresa: recibiendo a los feligreses estaban, en fila, prácticamente todos los miembros de la misión diplomática estadounidense, liderada por Thomas Nelson.

Todos llevaban levitas oscuras, bandas negras en el brazo izquierdo y sombreros al pecho. El mismo presidente de la República, don José Joaquín Pérez Mascayano, les había pedido que lo acompañaran a recibir y dar condolencias a los concurrentes, pues la mayoría de ellos serían familiares de las fallecidas y querrían agradecer el ya conocido heroísmo de los extranjeros del norte. Y así fue: las mujeres los abrazaban, los caballeros estrechaban sus manos, los niños les regalaban flores. Muchos ni siquiera intentaban comunicarse en inglés, pues una mirada llena de gratitud era lenguaje universal.

En eso apareció Fátima, y al instante todo el séquito detuvo sus movimientos para reverenciarla. Ella había puesto sobre su cabeza una mantilla de encaje de su madre, y, en su pecho, el prendedor con un trozo del vestido de Helena.

El embajador Nelson fue el primero en saludarla con solemnidad. Luego dio la mano al doctor Silvey, al señor Eastman, al secretario Rand, al señor Colton… Maximilian se encontraba junto al coronel Effrain Wood y al mismísimo presidente Pérez, a pasos del acceso principal de la iglesia.

—Es un honor contar con su presencia, señora Aguirre, y es un alivio verla ya tan recuperada. Déjeme extenderle mis sinceras

condolencias por la pérdida de sus seres queridos.

Pérez Mascayano, de frente amplia, cabello frondoso completamente cano y la banda tricolor cruzada sobre su traje, tomó la mano de Fátima para besarla.

—Gracias, señor presidente —respondió ella, inclinándose con lentitud—. Hemos rezado mucho por las almas de mi madre, mi hermana y mi esposo.

—Enviudar tan joven es una verdadera crueldad. Que Dios bendiga esta nueva oportunidad de vivir que se le ha regalado.

Max reprimió una sonrisa. No era el momento, pero compartió con la reciente viuda una mirada cómplice. Ella apuntó hacia su rostro.

—Me alegro de que ya tenga anteojos nuevos, señor Bonecraft.

Él movió los marcos de aluminio sobre el tabique de su nariz.

—El presidente Pérez no me dejó pagar por ellos…

—Un nimio obsequio para un gran héroe —explicó él, cálido.

Ella llevó por inercia sus dedos hacia la amplia quemadura en su sien, pero volvió a cubrirla con su mantilla.

—Sus gestos para con la legación no deberían ser tan *nimios*, presidente. ¿No le parece? —habló Fátima, en un tono que, sin ser imprudente, era al menos osado—. Esta veintena de caballeros extranjeros arriesgaron su vida por cientos de mujeres en esta ciudad y, sin embargo, ni siquiera podrán entrar ahora a la misa de exequias… —Todos los hombres presentes enmudecieron, así que ella continuó—: Sé que no tiene usted el poder de invitar a un metodista a una iglesia católica, presidente, pero sí puede asegurar la libertad de culto en un país que le debe tanto a los disidentes. Piénselo. Yo, al menos, les debo mi vida.

Hizo una reverencia hacia los norteamericanos, quienes se inclinaron con notorio agradecimiento, y luego hacia el primer mandatario de la nación, quien había quedado tan descolocado con la interpelación que ni siquiera intentó una réplica. Igualmente, consideró que era un reclamo válido, y así también lo consideraría el Congreso, el que aseguraría la libertad de culto dos años después…

Fátima entró a la bóveda principal, mojó sus dedos en la pila de agua bendita, se persignó y comenzó a buscar a su hermano. Aparentaba serenidad, pero en realidad no quería estar ahí. La

reverberación inherente de una iglesia despertaba en ella la hórrida experiencia aún fresca en su memoria y la ponía a temblar. Alzó la vista y captó unas pocas lámparas de parafina sobre los arcos de piedra. No quería estar ahí, no quería estar ahí…

No había visto a su hermano, pero, como era usual, sí lo pudo oír. Las ruedas metálicas de su silla estaban rechinando lo suficientemente cerca y ella solo siguió el rastro, pasando entre los parroquianos que ya comenzaban a llenar la iglesia. No caminó hacia el fondo sino hacia una de las puertas laterales, lo que la tranquilizó por el momento. Al primero que divisó fue a Remigio.

Luego a Beltrán.

Y luego a madame Lysanne.

Su hermano y la conocida proxeneta estaban tomados de las manos, serios, como si uno le estuviese prometiendo algo al otro. Era una imagen insólita de presenciar con tal cantidad de testigos a su alrededor, pues en cualquier otro contexto aquello le costaría al joven Aguirre un gran repudio social. En *este* contexto, al parecer, había suficientes razones como para que existiesen esos encuentros insólitos, partiendo de que todos ya sabían, gracias a la prensa, que la *maison* había perdido a casi todas sus trabajadoras. Chilenos de todo rango y oficio habían salido a darse las condolencias entre sí durante días… Que un señorito acomodado como Beltrán Aguirre Vanderbilt tuviese compasión por las devotas que murieron, quienes sean que estas fueran, era esperable y encomiable.

Él se sorprendió al ver a su hermana y soltó suavemente las manos de Lysanne. Pero, cuando creía que tendría que urdir explicaciones, vio la escena más extravagante de todas: Fátima rodeó el cuello de la mujer y la abrazó fuerte por varios segundos. La *madame* quedó de una pieza, demoró en reaccionar, pero luego lo hizo, abrazando de vuelta a la joven con una sonrisa en sus labios rojos.

—Gracias —le susurró Fati, con los ojos empañados—. Ya no necesitaré de su valiosa información, pero tantas, tantas gracias…

—Lo sé, lo sé —le respondió ella, afectuosa—. No sabré leer, pero la gente habla y habla. Suelo enterarme de todo más temprano que tarde, *viuda* Aguirre.

Beltrán levantó sus manos.

—Alto ahí, que no estoy entendiendo nada —reclamó, pasmado—. ¿Ustedes se conocen?

Lysanne lo golpeó suavemente en la cabeza con el rosario que llevaba colgando en su muñeca.

—¿Quién crees que salvó tu trasero el ocho de diciembre?

—Usted, pues…

Ella negó, apuntando a Fátima con el mentón. El tenor se sobresaltó.

—Tu hermana Fátima llegó justo a tiempo para alertarme sobre el furioso señor Aguirre. Si no es por ella, el asunto habría terminado a tiros de rifle.

—Fue, en realidad, un trabajo mancomunado —aclaró la aludida, al tiempo que Beltrán tomaba su mano—. Benedictina me avisó a mí antes de misa y Jerónimo tomó una ruta larga a propósito para demorar a mi padre. Así pude llegar a tiempo…

—No tenía la menor idea —expresó él, conmovido.

—Todo ha pasado tan rápido… Ya he olvidado casi todo lo que sucedió antes de ese día. Es como si fuese otra vida…

—Aunque mi aprecio sea tardío, aquí está. El mío y el de Nino.

—Pero no supe qué sucedió al final… ¿Había aceptado el dinero ofrecido? ¿Se va de la ciudad?

—Claro que no —respondió Beltrán, ahora molesto por tener que recordar el episodio—. Padre sí le había ofrecido una suma considerable, pero él no iba a aceptar.

—Tú lo sabías, jamás lo dudaste…

—El italianito es un joven de convicciones —respaldó Lysanne. Y tan cierto era aquello, que su ausencia ahí respondía a su repulsión por cualquier rito católico… Salvo cuando Beltrán cantaba en uno.

Tres gruesas y graves campanadas sonaron sobre sus cabezas. La misa estaba por empezar.

—Esa es mi señal. Fati, te dejo con la *madame*.

—¿No te quedas al responso? ¿A dónde vas?

—A despedir a Craig. Padre está con él ahora, en la terminal de diligencias.

Ella se sobresaltó. Efectivamente había echado de menos su noble estampa entre los concurrentes.

—¿Se marcha? ¿Así, de golpe?

Beltrán se ensombreció.

—Pasó muy mala noche y decidió no participar de la misa. Dice que ni siquiera está bautizado, que no corresponde, aunque en realidad lo que no quiere es que le recuerden que Lenita ya no está con nosotros. No podría culparlo por eso.

Tan abrumado estaba el barón que incluso se negó a esperar unas horas a que saliera el primer tren de la tarde. Prefería tomar un carruaje carretero del señor Vigoroux y arribar a Valparaíso de noche.

Fátima movió la cabeza.

—Vamos, entonces.

—¿Te perderás la misa?

—No quiero quedarme aquí —admitió, bajando un poco la mirada —. Creí estar preparada, pero no. No podré estar dentro de una iglesia por un largo tiempo. No soy capaz. No aún.

Su hermano tomó un pliegue de su vestido, como si fuera una suerte de quitapesares.

—No se diga más —expresó, y luego volteó hacia Lysanne—. Reitero mis deseos de que todo salga bien para usted en lo que sea que emprenda. Lamento que se vaya de la ciudad… Dios sabe que extrañaré su generosidad y lealtad. Si vuelve algún día a Santiago, tiene en mí un servidor.

Fátima recordó aquel detalle.

—Es cierto, en el periódico aparecía lo del cierre definitivo…

—Es tiempo de tomar otros rumbos —dijo, melancólica—. Jamás pensé que sería esta horrible hecatombe lo que me impulsaría, pero quien soy yo para desafiar los designios de Dios. Misty y Crystal van conmigo. Exploraremos las bonanzas del norte minero, quizá me tiente con invertir en algún yacimiento de plata…

Él tomó sus manos, las besó y se sonrieron. Remigio apareció para asir el respaldo de la silla de ruedas.

—Hay un carruaje de camino esperándome…

—Adelántense —pidió su hermana—. Voy en un minuto.

Así lo hicieron patrón y *valet*. Avanzaron a contracorriente entre las decenas de personas que entraban a último minuto. Fátima necesitaba estar fuera antes de que cerraran las puertas, o moriría de

angustia.

Sin embargo, necesitaba hacer una última pregunta.

—Comprendo su agudo conocimiento sobre el… *cuerpo* femenino —apuntó, bajando la voz—, pero ¿cómo supo sobre la disolución canónica del matrimonio? Es tan específico…

—Porque yo misma tuve que utilizar ese recurso hace muchos, muchos años, contra mi esposo de entonces —explicó la proxeneta, casi con orgullo, lo que sorprendió a la joven—. Hombres revolcándose con amantes y sin tocar a su esposa no es tan poco usual, me temo. Lo que sí es usual es que, irónicamente, mujeres cultas como su merced no tengan herramientas para defenderse. Mi propia suegra me ayudó aquella vez. Ahora le he devuelto la mano al universo.

Sin aviso, Fátima la abrazó de nuevo.

—Escríbame, escríbanos. Si el bebé de Crystal llegase a necesitar dinero, o cualquier cosa…

—No necesitará nada, que para eso me tiene a mí —respondió madame Lysanne—, pero su ofrecimiento la engrandece. Y ya sabe que yo no olvido.

Se miraron por última vez, se sonrieron por última vez, y la joven Aguirre, sintiendo que su garganta se cerraba, que el recuerdo del humo volvía a entrar por sus fosas nasales y nublaba sus sentidos, corrió para cruzar el umbral hacia la calle y llegar donde su hermano.

Pocos minutos después tuvo que volver a correr, esta vez saltando fuera de un carruaje para detener a otro. Los caballos de la diligencia del barón Rothschild ya habían comenzado a moverse.

—¡Craig!

Segismundo Aguirre volteó al escuchar a su hija. Estaba de pie junto a Jerónimo a un costado de la avenida, observando la partida de quien, en un mundo perfecto, podría haber sido su yerno. Él mismo hizo señas al cochero para que detuviese el transporte y las yeguas relincharon.

Y el mismo Craig abrió la puertecilla de la cabina, aunque sin bajarse.

—¿Te ibas sin despedirte? —le enrostró Fátima, cálida, como si regañara a un niño. El barón tenía el semblante demacrado, pero aun así intentó sonreírle.

—No quería molestarlos más. Sabía que estarían en la misa…

—¿Qué molestia puedes ser? No digas eso.

Bajar la silla de ruedas del maletero y reincorporar a Beltrán en sus cojines tomaba varios minutos, pero gracias a la agilidad de Remigio se logró sin que sus acompañantes tuviesen que esperar demasiado.

—No te vas a ningún lado sin abrazarme, eh…

Craig bajó los hombros, quizá rindiéndose, y, saliendo de la diligencia lo primero que hizo fue inclinarse hacia Beltrán. Ambos hombres se abrazaron con cariño.

—Agradezco al cielo haber sido merecedor de su afecto —les dijo —. Sepan que su compañía me hizo feliz…

—Lo dices como si no volviésemos a vernos nunca más —sonrió ella, remarcando el absurdo—. ¿Por qué debes irte tan rápido?

—Necesito resolver algunas cosas —explicó—. Presentar mi renuncia al señor Wheelwright, ordenar papeles de la baronía…

—Vamos, quédate hasta Navidad. Me niego a que lo pases solo en esa enorme hacienda…

Beltrán secundó la moción.

—Bebemos ponche en la Alameda y escuchamos las historias graciosas de los ebrios que intentan bailar zamacueca sobre las mesas. La auténtica experiencia de la Nochebuena santiaguina. No querrás perdértela…

Craig Alexander sonrió con tal tristeza que los hermanos Aguirre temieron ponerse a llorar. Él tomó una mano de cada uno.

—Espero que el niño Dios les traiga los regalos que esperan. Si pudiesen pedirle un gran sueño, el más grande de todos, ¿qué sería?

—Estoy viva, Craig. Qué más podría pedir…

—No sé, alguna otra cosa que siempre hayas deseado…

Ella pasó una mano fugaz por su vientre. Pero dijo otra cosa.

—Construir mi propio edificio —lanzó, casi divertida—. Pasear por la obra, subirme a un andamio. Sería una escuela… una para niñas.

El barón asintió.

—¿Y tú, mi hermano?

—Pues ya que estamos hablando de locuras, si Jesús me quiere regalar el Palais-Royal de París, no me quejaré…

—¿Quieres un teatro?

—Ser parte de la ópera —confesó—. Ya lo intenté una vez. Habrá que intentarlo de nuevo.

El barón le sonrió y palmoteó su hombro. Luego besó la mano de Fátima y volvió a entrar a la cabina del carruaje. Aprovechó para alzar el brazo y despedirse del señor Aguirre otra vez, quien esperaba respetuosamente unos pasos más atrás.

—¿Y tú? ¿Qué quieres para Navidad? —le preguntó ella, ayudándolo a cerrar la puertecilla.

Los ojos acuosos del barón apenas cambiaron de expresión.

—Nunca más volver a sentirme solo.

El cochero de la diligencia, exasperado por la interrupción y la demora, movió las riendas para avisar a los intempestivos que los caballos comenzarían a moverse. Remigio tomó la silla de Beltrán y la echó hacia atrás, pero Fátima se quedó.

—Espera…

Con agilidad, se quitó el alfiler de plata que llevaba prendido en la parte superior de su vestido, aquel que sostenía un pequeño trozo de la chaquetilla de Helena, y lo enganchó en la solapa de la levita de Craig. El delicado bordado de *bluebells* doradas brilló con los rayos de sol.

Él tocó la tela y Fati lo vio derrumbarse otra vez.

—Lenita siempre en el corazón —murmuró, con lágrimas cruzando su mejilla.

—Lenita siempre en nuestro corazón —replicó ella.

Al trote de las yeguas, Fátima vio el transporte alejarse calle abajo, ocultando de su hermano el mal presentimiento que, como una brisa de invierno, le congeló el pecho bajo el corsé.

XXXIII

23 de diciembre de 1863

Tras esquivar la misa en la Catedral Metropolitana, Fátima había expresado no querer asistir a ningún funeral en mucho mucho tiempo.

No era lo que el destino tenía en mente.

Se enteraron el veintitrés de diciembre por la mañana. Fue Thomas Nelson quien trajo la noticia hasta la casona en Calle de Morandé, tan desfigurado y abatido como al cierre del fatídico día ocho. Traía una carta emitida por Zegers Abogados, un conocido estudio legal en Valparaíso, la que a su vez había sido entregada al embajador por el doctor James Silvey. No llevaba como destinatario ningún nombre en particular, sino «Familia Aguirre Vanderbilt». Segismundo fue encargado de abrirla, con sus dos hijos atentos sobre sus hombros.

Fátima tapó su boca con ambas manos. Beltrán sí dejó escapar un grito.

Craig Alexander Rothschild había muerto.

El abogado firmante, Mariano Zegers, no daba pormenores del deceso más que declararlo como «lamentable y repentino», y citaba a todos los miembros del clan Aguirre al responso y lectura del testamento el lunes cuatro de enero del año entrante. Para ese día los tíos de Craig, lord John y lady Laura, ya habrían llegado a Chile desde Inglaterra después de más de un mes de viaje en vapor, listos para una boda que no iba a ser, ajenos al dolor de que ambos novios habían partido.

Fue el vicecónsul estadounidense quien le había confidenciado más detalles de la súbita desgracia al embajador Nelson, los que a su vez

fueron comunicados a los chilenos mientras se abrazaban en absoluto desconsuelo. El joven barón había sido encontrado colgando del cuello en el pozo principal de agua de su hacienda. Marta Eugenia Fontanarrosa, la octogenaria ama de llaves de «Campanillas Azules», explicó al doctor que Craig había tenido varios intentos similares en años anteriores, y que entre los criados siempre estuvieron muy preocupados por «la salud de su alma». La muerte de Helena había sido la última estocada. Según la dependienta, el día anterior él había dejado en la oficina de los Zegers un misterioso sobre con la orden de ser abierto recién a la medianoche del día siguiente. Nadie le hizo preguntas ni sospechó nada. Al enterarse del suicidio, los abogados revisaron el paquete y se encontraron con una serie de instrucciones muy precisas sobre acciones póstumas a realizar en su nombre, que serían comunicadas el cuatro de enero con todos sus parientes reunidos. A pesar del dolor inconmensurable, Fontanarrosa y el resto de los criados creían que Craig por fin estaría bien, abrazado a sus seres queridos, alcanzando la paz que siempre quiso y que le habían arrebatado desde niño. En su camisa encontraron restos de sangre, pues había clavado en su piel el grueso alfiler de plata que sostenía un trozo del vestido de Lenita.

Fue una Navidad negra en la que nadie celebró. Tras la catástrofe de La Compañía ya no había voluntad ni anhelo, y mucho menos ahora. La misma prensa había sugerido sobriedad en las festividades por respeto al millar de víctimas y sus deudos, y aquello se acató con mayor severidad entre los Aguirre. No asistieron a la misa del gallo, acordaron no preparar ninguna cena especial y pasaron la medianoche llorando y rezando, tomados de las manos en el salón principal. Estaban todavía rodeados de muchas ofrendas florales que llegaban a la casona todos los días, aunque ya no sabían cuáles eran por la muerte de Cornelia, cuáles por la de Helena, cuáles por el milagro de Fátima o cuáles por la espantosa pérdida de Craig. Sentían una nube cargada de lluvia sobre sus cabezas. Una que demoraría muchísimo en disiparse.

Fue en ese turbio contexto que se publicó la segunda y última carta del prebendado Larraín Gandarillas sobre el Buzón de la Virgen. El intendente Bascuñán y Fátima se encontraron frente a la fosa común

del Cementerio General, repleta de coronas fúnebres, manillas y rosarios anclados en pequeñas cruces de mimbre, cintas de colores, velas e incluso restos de comida, pues algunas familias habían decidido pasar Nochebuena junto a sus mujeres fallecidas. Ambos dejaron sus respectivas flores sobre la tierra aún fresca y húmeda del inmenso sepulcro en completo silencio, y así se mantuvieron por varios minutos, hasta que él quebró el ambiente.

—Larraín dio por concluida la polémica…

—Así leí…

—Pero tergiversa mis palabras de la peor forma…

—También lo leí —suspiró ella.

No podían negar que el sacerdote era astuto. De la contundente carta de Bascuñán, en la que se negó a entregar las cartas del buzón por poderosos motivos —que además habían sido aplaudidos en diferentes periódicos—, Larraín sacó en limpio solo lo que le convenía: si el intendente aseguraba que las autoras de los mensajes no habían cometido crimen alguno, entonces eso mágicamente significaba que cualquier persona aludida en ellos, civil o eclesial, quedaba libre de toda sospecha o acusación posterior. Brillante perversidad.

> *Gracias, mil gracias, señor intendente, a nombre de la sociedad, a nombre de las familias de las víctimas, a nombre del clero de Santiago, por su declaración. Las esplicaciones que usted ha tenido la bondad de darme hacen innecesaria la publicación de las cartas que llegaron a sus manos, pero prueban al mismo tiempo que no había inconveniente grave para darlas a la luz. Antes de dirijirme a usted sabía perfectamente que su contenido no podía comprometer la reputación de nadie. Pero, para que lo creyera también el público, era preciso que cesara el misterio con que se escudaba la mordacidad, i no encontré otro medio para romperlo que una carta por la prensa pidiendo a usted la publicación de esos documentos que estaban esplotando personas mal intencionadas. Contando con su hidalguía, pensé que no le quedaba a usted otro partido que publicarlas o darnos las esplicaciones con que nos ha favorecido, i en uno i otro caso quedaba en salvo la honra ajena i la propia. La*

contestación de usted prueba que yo no andaba desacertado i he conseguido mi intento, por lo que no tengo motivo para arrepentirme de mi conducta.

Francisco sacó todo el aire de sus pulmones, cansado.

—Siento que volvimos al punto de partida, que no sirvió de nada…

—Sirvió de mucho —le aseguró Fátima, tocando su brazo—. Aunque intente aparentar que siempre tuvo el control de la situación, el prebendado no podrá huir fácilmente de la sombra anterior. ¿Supo que él quiso entregar el sacramento del perdón en la misa de exequias y las mujeres abandonaban el confesionario al verlo? La señora Sierra vino a contarme. No saldrá de esta sin varios rasguños en la sotana, se lo aseguro.

El intendente asintió, despacio.

—¿Cree necesario que escriba yo una última réplica?

—No —dijo ella inmediatamente, para luego mirarlo a los ojos—. Lo haré yo.

Era ese el momento adecuado. Lo sentía así. Las ideas correctas habían anidado en su mente y solo debía plasmarlas en un papel antes de que el miedo la acorralara. Ese mismo día, al regresar del cementerio, las sílabas brotaron líquidas desde su lápiz grafito como si aquel discurso hubiese estado en la punta de su lengua toda la vida. Llegó con las hojas a la imprenta de *El Ferrocarril* unos minutos antes del cierre y preguntó qué tan factible era que la carta apareciese en el número de la mañana siguiente.

Con solo leer el primer párrafo, el editor le dio un «sí» rotundo. Era lo más osado que había visto en mucho tiempo, y los ejemplares se venderían como pan recién hecho.

Benedictina la despertó con el impreso en mano. Primero la abrazó, luego la dejó leer. Admiraba a esa niña que había criado con amor y que se había convertido en una mujer excepcional. Fátima sintió nervios en su estómago; por un segundo tendió a arrepentirse y temer a las represalias, pero cuando vio a tantas personas congregadas en su habitación —también habían llegado Alicia, Rosalía, Remigio y Beltrán, recién enterados del acontecimiento—, regresó la valentía a su espíritu.

El joven Aguirre pidió a Bene que leyera en voz alta para todos y los rodeó un silencio atento.

Para nadie es secreto que, con el derrumbe de los últimos cimientos de La Compañía i tras la muerte de miles de devotas en el fuego feroz, la asociación Hijas de María ha llegado simbólicamente a su fin. Hasta ahora ninguna de las supervivientes ha dado un cierre oficial, nadie ha tomado esa responsabilidad, atendiendo a la ausencia indefinida de su fundador i líder principal, el párroco Juan Ugarte. Sin embargo, creo que este paso crítico no debe esperar a nadie más que a nosotras mismas. Nosotras somos las Hijas, de nosotras depende su esistencia i siempre fue así. Es por eso que, a nombre de mis queridas madre i hermana, de la que suscribe i de otras miles, declaro que la cofradía ha sido devorada por las flamas del ocho de diciembre i sepultada en la fosa común del Cementerio Jeneral de Santiago. ¿Quiere decir eso que la devoción mariana también se sepulta? Todo lo contrario.

—Te amo —dijo Beltrán a su hermana, orgulloso—. ¿Sabes que te amo?

Ella le sonrió.

—Espera y escucha lo que sigue.

Benedictina se aclaró la garganta y continuó:

El culto a María Santísima es, ante todo, una decisión individual i esta continuará en el fuero interno de quien así lo decida; las Hijas de María era una imposición colectiva que quizá tenía buenas intenciones de orijen, pero desvirtuó pronto su propósito. Las cartas del buzón que el intendente de Santiago ha hecho mui bien en protejer, i a quien agradezco públicamente en estas líneas, hablaban justamente sobre esto. Eran un reclamo, un grito enervado por la antojadiza utilización del clero sobre una figura transversal del cristianismo para dividir i juzgar a las mismas mujeres que la veneraban. Se usaron nuestras propias plegarias a María para condenarnos, no para unirnos, i no sé si estoi dispuesta aún a

perdonar esa infamia desde mi roto corazón.

—¡Qué valiente, niña! —exclamó Alicia, maravillada.

—La carta del intendente fue majestuosa —opinó Beltrán, contento —. Ese hombre está pavimentando su camino al Congreso. Lo tendremos de senador en unos años.

—¿Crees que se opuso a los deseos de Larraín por aprovechamiento político?

—¡No, claro que no! Que me parta un rayo antes de deshonrarlo así. Sé que aún llora a Mercedita, y la protegía tanto a ella como a todas. Es su actitud admirable lo que lo encumbrará, acuérdate de mí.

Fátima movió la cabeza y tomó la mano de su hermano.

—¡Continúa, Bene, continúa!

Las enseñanzas que recibimos de nuestro guía no fueron satisfactorias, pues invisibilizaban ciertas aristas de María para ensalzar otras, cuando debíamos destacarlas todas si queríamos que el objetivo de la cofradía fuese uno jenuino. Me permito, por lo mismo, una reflesión sobre las llamadas cuatro virtudes de la Inmaculada, las que supuestamente comandaban todo nuestro quehacer: Pureza, Humildad, Obediencia i Caridad. Pienso que fuimos educadas erróneamente respecto a ellas, i procederé a esplicarlo.

Alicia se persignó y Rosalía ahogó un pequeño grito.

—¿Quiere acaso que la expulsen de la iglesia?

—¡Está desafiando al clero completo!

—Tengo poco que perder —contestó Fátima, nerviosa sin duda, pero convencida—. Estuve a punto de morir hace unos días, ¿recuerdan? El fuego me ha quitado el miedo.

Benedictina también se persignó, pero sonriéndole a su niña.

La Pureza es algo que podemos adorar de Nuestra Señora, quien nació sin pecado orijinal, pero no es para nosotras una aspiración. No puede serlo. Todas las personas nacemos pecadoras sin escepción i así lo sabemos por las santas escrituras. Además, la

Pureza también se refiere a la concepción virjinal de Jesús. A menos de que alguna de las mujeres que me esté leyendo en este instante declare haber recibido una visita del Espíritu Santo, todos sus hijos han sido fruto del acto conyugal, ¿no es así? I cada niño es sagrado. ¿Quien podría decir que son impuros? Ustedes, señoras, ¿son acaso impuras por haber concebido como cualquier mujer mortal puede i debe? ¿Cómo podría ser la Pureza una virtud a perseguir, si es literalmente imposible de alcanzar?

—Tiene mucha razón —opinó Rosalía, asombrada de estar pensando en ello por primera vez—. ¡La pureza se le exige al agua, no a la gente!

Y seguía:

Sobre la Humildad, que significa no ponerse jamás por sobre otro, se entiende entonces que la arrogancia es su contrapunto i es lo que debemos evitar. Todos somos valiosos, iguales a la vista del Señor. Entonces me pregunto: si cada una de nosotras demuestra algún talento, se enorgullece de algún logro i todas compartimos alguno, ¿no seguimos siendo, acaso, humildes? ¿No estamos declarando que todas somos igualmente dignas pues poseemos diversos dones, todos al servicio de Dios? ¿Por qué para los sacerdotes honrar algún don dado por Dios sería una falta de humildad? Al contrario, negar o desperdiciar un don me parece un pecado imperdonable. Es darle la espalda a la sabiduría de la Providencia. Si alguna mujer cree que por su don es más importante o más especial que otra, no tiene humildad, pero si celebra sus capacidades tanto como las de sus hermanas, su humildad está intacta.

—Acabas de obligar a la mitad de los curas de este país a rehacer sus sermones dominicales —se alegró Beltrán, hinchado de admiración por su querida hermana.

Fátima debió contener el llanto esta vez. Había escrito esas últimas palabras pensando en Mercedita, en su martirio injusto y en que el mundo ya no podría presenciar sus dones literarios. Leyendo el

periódico ávidamente en sus casas, Jertrudis, Sinforosa y Eulalia comprendían la referencia y sollozaban por su talentosa compañera, cuyas historias alegraron los días de tantas devotas.

La Obediencia es interesante. Nos enseñan que es una virtud de María a perseguir, cuando en realidad ella fue la más desobediente de todas. ¿Acaso olvidan que estaba prometida en matrimonio a José, cuando se apareció ante ella el ánjel Gabriel? Le debía fidelidad i obediencia a su futuro esposo, i si hubiese seguido esa regla, tendría que haber declinado a lo que el ánjel le anunciaba. ¡Tendría que haber rechazado el mandato del cielo! ¡Decirle que no a Dios mismo! Por demás, embarazarse sin estar casada aún… La podrían haber condenado a muerte por eso. Al aceptar el designio de Gabriel, María estaba desobedeciendo las reglas de su sociedad i eso le permitió ser la madre de Dios. Ella fue suficientemente sabia para determinar cuándo debía seguir las reglas i cuándo no. ¿No debería ser ese, al final, nuestro aprendizaje, en lugar de aceptar a ciegas lo que otros dictaminan por nosotras?

Al terminar de leer ese párrafo, y antes de que su pequeña audiencia volviese a abrumar a Fátima con cumplidos, Benedictina se puso seria. Miraba hacia la puerta: Segismundo Aguirre estaba apoyado en el umbral de la habitación con actitud de profunda atención.

Su hija bajó levemente el rostro.

—¿Vienes a regañarme, padre?

Él se acercó a su cama, esquivó la silla de Beltrán y se sentó junto a ella.

—Vine a escuchar. Falta la cuarta virtud, ¿no? Puedes seguir, Bene.

La doncella, nerviosa, estiró el papel impreso y continuó:

Por último, la Caridad. Es una actividad importante que nos convierte en miembros activos de nuestra comunidad, pero no estoi segura de que sea una virtud. El concepto mismo da por hecho que

hai alguien que es «más» que otro: tiene más, puede más i siempre «será más». Quien «es más» debe dar al que «es menos». Eso está mui bien cuando es ayuda o asistencia, ¡cuánto nos necesitan nuestros hermanos que sufren hambre o dolor! El problema es cuando la Caridad se transforma en el único tipo de intercambio entre un hijo de Dios i otro. Con la Caridad perpetuamos esa diferencia de valor entre nosotros, colaboramos para que nunca cambie, i si hacemos eso, ya no somos humildes. La supuesta virtud de la Caridad va en contra de la Humildad. ¿Debemos suprimirla, entonces? ¡Por supuesto que no! Simplemente debemos mesurarla, asegurándonos de que nuestros hermanos desposeídos encuentren aspectos de dignidad que no los haga sentir inferiores. Enseñar a leer a un niño en mis tiempos libres es Caridad, doi el conocimiento o tiempo que me sobra, pero levantar una escuela es, desde la Humildad, asegurar que todos mis hermanos pequeños accedan al mundo que yo también tengo. Si se me permite el atrevimiento, en lugar de Caridad abogaría por la virtud de la Solidaridad, pues esta se refiere a la cooperación entre hermanos, entre iguales, en lugar de limosna permanente entre desiguales.

—Como dice Beltrán, obligarás a cambiar el discurso de muchas homilías… —comentó el señor Aguirre, en un tono que Fátima no alcanzó a descifrar.

—¿Y eso te parece algo bueno o algo malo?

—Algo excelente —dijo, mirándola esta vez— pero será también algo terrible. Cualquiera que ve disminuido su poder perseguirá a quien lo reclama.

—Yo no quiero el poder del clero —aclaró, irguiendo su postura y tomando impulso—. Reclamo el poder sobre mí misma.

Sin las sesiones de las Hijas, seguirá inquebrantable mi fe, ahora abrazando una nueva forma de ver las virtudes de Nuestra Señora, i a eso invito a solteras y casadas. A reflesionar por sí mismas, a cuestionar, no desde la rebeldía vana sino desde el ansia por el aprendizaje i la elevación del espíritu. Abrámonos a aprender de

quienes menos lo esperamos, como por ejemplo de otras mujeres cristianas. Las distintas relijiones imponen reglas, ritos, i eso nos separa, pero los valores nos unen. Prueba de esto es la innegable nobleza i heroísmo de los caballeros de la misión diplomática estadounidense, enteramente protestante, quienes no dudaron en arriesgar su vida por miles de mujeres católicas. Les unen a nosotras la compasión, la jenerosidad i la entrega. Hasta el presidente de nuestra República lo ha constatado i celebrado. ¿De qué nos sirve seguir apuntando al otro como enemigo si ya ha probado ser nuestro amigo? Que esta humilde misiva llegue a los corazones de todas aquellas que admiran a María, católicas o disidentes, ya sea en su esfera humana o divina. Las abrazo i las considero mis hermanas. Recemos por más espacios de encuentro i no de liviano juicio: la rebelión del amor es más estraordinaria que la de las armas i perdurará más en la historia de los pueblos. Ya nos abrazamos en el dolor más profundo frente al fulgor de las llamas; continuemos de la mano en la esperanza de sabernos hijas de la misma madre, pero libres i soberanas de nuestra pasión hacia ella.

Sin aviso, sin esperar nada, Segismundo giró su cuerpo y abrazó a su hija como no se había atrevido a hacerlo desde hacía mucho tiempo. Ella no supo qué hacer o decir… así que simplemente lo abrazó de vuelta, sonriendo. Las criadas se retiraron lentamente de la habitación y Beltrán se quedó cerca de la puerta.

—Estoy orgulloso de ti —pronunció. Hablaba en serio—. A nadie más que a las devotas les compete este asunto, no es mi rol opinar, pero si algún presbítero se atreve a denigrarte por esta sentida carta… Habrá ganado en mí un enemigo declarado.

Para ser justos ya era un enemigo, aunque *no* declarado, desde que Ugarte huyó a paradero desconocido y nadie en todo el arzobispado se dignó a ofrecer condolencias por Cornelia, quien había dedicado décadas completas de su vida al servicio de las parroquias. Bastaba una pequeña gota para rebalsar ese vaso, así que estaría atento a los comentarios en las calles. Para Segismundo, la religión católica estaba

tan muerta en su vida como las Hijas de María en la vida de Fátima, pues representaba a aquello que, por accidente o por premeditación, había quebrado a su familia para siempre.

La reacción de señoritas y señoras en toda la ciudad fue entusiasta y abrumadora. Hacía años que añoraban un liderazgo como el de Fátima. Con la ayuda de Sinforosa, Jertrudis y Eulalia, comenzaron a recolectar interés para la formación de una nueva cofradía, esta vez de corte laico, con una impronta más intelectual y cultural —leer y comentar la novela *Doncellas y jinetes* de Mercedes Bascuñán Guerrero, recientemente publicada, sería obligatorio—, y donde se incluiría a mujeres disidentes. Fati recordaría por muchos años el abrazo que en esos días le daría Elizabeth Nelson. La esposa del embajador estaba conmovida por la valentía de la chilena y le agradecía ese gesto de hermandad en un país donde no ser católico era un grandísimo pecado. Seguiría siéndolo por un tiempo, pero al menos en los espacios femeninos habría un pequeño oasis que daría una gran lección al resto de la sociedad santiaguina.

Mientras esto ocurría, Fátima esperaba réplicas furibundas del clero sobre su mentada carta; sin embargo, en los días venideros no oyó ni leyó nada proveniente de ese sector que involucrara su nombre. Estaban mudos, probablemente aún sopesando el mal manejo del prebendado Larraín con el asunto del buzón, lo que tenía a los jesuitas con la popularidad en el suelo. Lo que sí apareció como consecuencia de la publicación, y que no necesariamente vio venir, fueron dos chismes muy distintos entre sí: uno, que Fátima estaba anunciando solapadamente su deseo por recurrir a la apostasía, y dos, que la reciente viuda ya habría escogido reemplazo en la figura del señor Maximilian Bonecraft. En cualquier otro momento, aquello habría sido un gran escándalo —la sociedad no olvidaba que, además de metodista, el abogado estadounidense era divorciado—, pero la habladuría se vio aplacada por el efecto «milagro» que aún pesaba en la joven Aguirre, y porque, en términos generales, aún nadie era lo suficientemente incauto como para fastidiar en público, por la razón que fuese, a una sobreviviente de la calamidad más espantosa que el país y el continente habían presenciado.

El rumor sobre el señor Bonecraft adquirió volumen por las loas

que Fátima había dirigido a la legación estadounidense en su carta —en realidad habían comenzado antes, cuando Maximilian encontró y rescató a la joven en La Compañía—, pero se incrementó y confirmó cuando se le vio acompañando a la familia Aguirre en el vagón de tren camino a Valparaíso, al responso de Craig. Ella lo justificó hacia los entrometidos diciendo que el mismo barón había considerado al abogado su «amigo» y que él estaba viajando en representación de toda la misión diplomática, especialmente del embajador Nelson, quien por otros compromisos no podía asistir. Lo cierto era que quien más interesado estaba en el misterioso asunto era Segismundo, preparando en silencio un interrogatorio del que Max no podría escapar. Mientras tanto, veía a Fátima cómoda del brazo del extranjero, como jamás la había visto del brazo de Étienne.

Él y sus hijos jamás pensaron que conocerían a lord y lady Rothschild en un cementerio. La pareja estaba de pie junto a una gran lápida de piedra y mármol, a poca distancia de la entrada principal del Cementerio Disidente N.º 1, también llamado Cementerio Inglés, ubicado en el cerro Panteón justo frente a la necrópolis católica. Ella tenía una abundante cabellera oscura y rizada que caía sobre un hombro, con un gran mechón blanco que cruzaba su coronilla, mientras él tenía una barba espesa y ojos amables, lo que al parecer era la firma de los hombres Rothschild. Ambos estaban cerca de los sesenta años y sus vestimentas de luto eran correctas, aunque no particularmente elegantes, inesperado para ser personas ligadas a la nobleza. En cualquier caso, y como ya sabían los Aguirre por medio de las historias que el mismo Craig contaba, John Theodore y Laura renegaban de los grandes privilegios e intentaban vivir con tanta sobriedad y respeto como les era posible. De hecho, insistieron a los hermanos Zegers —Mariano y Clodomiro, herederos de la oficina legal de su padre, quien había muerto hace poco y asesoraba todos los negocios de la baronía en Chile— en que las conversaciones se llevaran a cabo en español de Castilla, idioma que por demás los Rothschild manejaban bastante bien. Era muy inusual hacer una lectura de testamento en un cementerio, pero como no se realizaría ningún tipo de ceremonia religiosa, creyeron que ese sería el mejor momento y lugar para cerrar el capítulo.

Después de las presentaciones —gracias a las doncellas de la hacienda, enteradas de todo a través de Craig y la prensa nacional, lady Laura ya conocía detalles de la milagrosa historia de salvación de Fátima, del heroísmo de Maximilian y del talento musical de Beltrán —, y de las penurias compartidas —los Rothschild recibieron las trágicas noticias apenas pisaron el muelle de Valparaíso, casi sin tiempo para reponerse del *shock*—, los presentes se irguieron rodeando el sepulcro familiar de los Rothschild en Chile. El primer barón en ser sepultado fuera de Inglaterra había sido Craig Braulius I, y sus señas constaban en la lápida:

In sacred memory of

Craig Braulius, 10th baron of house Rothschild

Beloved son, husband and father

1803 - 1834

Bajo esa inscripción, ya desgastada y un poco ininteligible, había una reciente y nítida:

Yacen aquí los restos de

Craig Alexander II,

decimoprimer barón de la casa Rothschild

1834 – 1863

El joven Clodomiro —quien no tendría más de dieciséis años— explicó que una de las tantas directrices que Craig había dejado en lo referente a su muerte era que su epitafio debía ser escrito en el idioma de Chile. La otra exigencia, que tenía a Segismundo abrazado a sus hijos al borde del llanto, era la añadidura de una inscripción especial:

A la memoria de

Helena de los Ángeles Aguirre Vanderbilt,

baronesa de la casa Rothschild

1844 – 1863

Fátima se persignó y sonrió, conmovida, mientras escuchaba las palabras del otro abogado, Mariano, quien sostenía una gran carpeta de cuero abierta entre sus manos. Explicaba que para Craig su promesa de casamiento valía tanto como el sacramento mismo, por lo que se consideraba casado, aunque no hubiese documento de por medio. Que él había decidido que la placa simbólica de su esposa se gravase junto a la suya, especialmente por el hecho de que el cuerpo de Helena nunca pudo recuperarse de las ruinas de la iglesia. El señor Aguirre agradeció el hermoso gesto de honor hacia su hija menor. Ahora tendría un lugar concreto donde dejarle flores.

Las siguientes disposiciones seguían así: la hacienda se vendería y el dinero se repartiría en partes iguales entre las veinticinco personas de su personal de servicio. Lord John sonrió con melancolía y asintió; ese era el tipo de decisión magnánima que caracterizaba muy bien a su familia y que tanto los alejaba de la nobleza convencional. Le aliviaba saber que su sobrino no había perdido esos valores que tan importantes eran para su padre.

Sobre la baronía, ahora recaía en John: él era el hombre vivo más cercano en lazo consanguíneo al último barón en ejercicio y, por lo tanto, el título nobiliario le pertenecía. Sin embargo, John Theodore estaba listo para rechazarlo. Ya había pasado por algo similar hacía treinta años. Él había heredado la baronía al morir su hermano Craig Braulius, ya que para ese momento solo tenía dos hijas, pero su esposa Karina estaba embarazada y, meses después, había nacido Craig Alexander. En ese entonces, John renunció al título en favor de su sobrino porque le pareció que era lo correcto. Ahora, el cruento destino le devolvía aquello a lo que había dado la espalda, únicamente para rehusarlo de nuevo, esta vez de forma definitiva. Tendría que firmar decenas de documentos en la oficina de los Zegers en la Calle de la Aduana, pero valdría la pena; como él y Laura jamás tuvieron hijos, no habría más descendientes Rothschild, y la ley británica era muy clara en señalar que solo los varones heredaban. Esa larga línea nobiliaria, nacida en Oxfordshire, moría en Valparaíso.

Pero una cosa era el título y, otra, la fortuna. John tenía un próspero negocio de importación de alimentos y no requería del dinero de Craig, así que declaró con mucha tranquilidad que no

aceptaría ni un peso chileno. Felizmente, el joven barón nunca tuvo intenciones de enriquecer a su tío, sino a sus hermanos.

Así lo había estipulado, con su puño y letra: «Mi fortuna en Chile, toda inversión y activos, pasa a propiedad de mis queridos *hermanos*, Beltrán y Fátima Aguirre, quienes usufructuarán de todo aquello que hubiese pertenecido a mi esposa, de haber estado ella viva».

Los presentes se sorprendieron. Segismundo se acercó incluso a revisar la carpeta que manipulaban los Zegers, solo para cerciorarse de que la letra manuscrita y firma que ahí veía era la de Craig. Y se convenció de aquello. Para los hermanos Aguirre todo era tan imprevisto e increíble que no sabían cómo reaccionar. Fátima incluso le pidió perdón a lady Laura, sintiendo como si estuviese robando la bóveda de lingotes en la Casa de Moneda. Laura Villa-Smith Rothschild le sonrió con una calidez que la desmoronó, asegurándole que cumplirían al pie de la letra los últimos deseos de su sobrino, sin pelear ni un ápice. No necesitaban ese dinero. Beltrán tampoco, en términos estrictos, pues la fortuna Vanderbilt que heredaría al morir su padre era bastante considerable; sin embargo, quien jamás había tenido un céntimo a su nombre era Fátima.

Ella sería la más beneficiada. El buen Craig lo sabía.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se aferró al brazo de Maximilian. Escuchó en su mente la voz del barón preguntándole, con esa candidez y generosidad infinita, qué haría ella si pudiese cumplir un sueño… Y haría exactamente lo que le mencionó, eso que desde ahora se transformaría en una promesa: construiría un hermoso edificio neoclásico para albergar un liceo de niñas. La Ley de Instrucción Primaria que regía desde 1860 ya había hecho obligatoria la educación básica hasta los diez años, para asegurar al menos la alfabetización, pero la educación secundaria para *ellas* se restringía a escuálidas iniciativas privadas, pues era un tipo de estudio intermedio con asignaturas de mayor complejidad que preparaba al alumno para la universidad… y las mujeres tenían prohibido el acceso a la educación superior. Eso no la detendría. Menos de un año después, con un diseño arquitectónico de su autoría, asesorada por su ahora *amigo* Manuel Aldunate y acogiendo el proyecto educativo liderado por su admirada Antonia Tarragó, fundaría el Liceo Santa Teresa, el

primero para jovencitas en Santiago.

A pesar de la mirada aprensiva de Segismundo, Beltrán también celebró. Tener su propio dinero, sin depender de su padre, era un sueño hecho realidad. Quizá Craig lo intuía y eso influyó en su decisión. Al igual que su hermana, el joven tenor expresó frente a todos que honraría las palabras exactas que pronunció la última vez que vio al barón con vida, y seguiría esa senda sin miedo: regresaría a Francia, entraría al Conservatorio de Música y se prepararía con mayor seriedad para audicionar en la Ópera de París. No tendría que continuar soportando la farsa de inclinarse ante planos arquitectónicos que lo hacían bostezar o la fachada de un matrimonio pactado con alguna mujer a quien jamás podría amar. Su verdadero amor usaba camisa de lino y se subiría al barco con él, amparados en la agridulce discreción de una aparente amistad, pero con la dicha de no volver a separarse.

—No puedes hacer eso —le advirtió su padre, si bien no en el tono pendenciero que Beltrán habría temido—. No puedes cambiar tu proyecto de vida así, de sopetón…

—Mira a tu alrededor, padre. Eso es exactamente lo que está ocurriendo.

Segismundo miró la tumba donde estaba el nombre de su hija menor y arrugó el mentón.

—No quiero que te arrepientas de tomar una decisión equivocada…

—Si me equivoco, al menos seré dueño de mi error. Prefiero un destino amargo como consecuencia de mis propias decisiones, en lugar de resentir por siempre las tuyas y despreciarte por ello —explicó, sin intentar pasarse de listo esta vez—. Puedes perseguirme cuantas veces quieras, pero yo seguiré encontrando caminos nuevos, aun sentado en esta funesta silla. Tienes que dejarme ir.

Segismundo, Fátima y su hermano se miraron. Únicamente ellos conocían el sentido real de esa frase. Su padre lo había «perseguido» toda su corta vida, coartando la autonomía de sus impulsos bajo el pretexto del deber ser. Había intentado sacarlo a rastras de teatros, talleres de artistas y hasta de un burdel, imaginando que se podía detener la fuerza del río a voluntad. Su hijo era el río más tenaz que

había conocido, quizá tanto como Fati. Le había demostrado una y otra vez que no necesitaba piernas firmes para pararse frente al mundo.

Había algo extrañamente satisfactorio en comprender, por fin, que sus hijos se habían convertido en adultos de sólidas convicciones. Era también aterrador.

El resto de los presentes decidió ser un testigo mudo del intercambio, y era mejor así. Los hechos trágicos habían ablandado en parte al patriarca de los Aguirre y, en lugar de la urgencia por una pelea, le urgía una renuncia. Dejarlo ir.

—¿Vas a renunciar a la fortuna de tu difunta madre? ¿Quién la administrará cuando yo no esté?

El joven sonrió, sin sorna.

—Tienes a tu lado, padre, al miembro más inteligente y capaz de esta familia. Ya es hora de que entiendas quién siempre ha sido y será tu heredera natural.

El señor Aguirre volteó hacia Fátima y ella, ruborizada, por primera vez no bajó el mentón. Mantuvo en alto la mirada, haciendo suyas las palabras de su hermano, dejando que las heridas aún frescas en su rostro le sirviesen como muestra de valentía.

Segismundo hizo un gesto de consentimiento. Se sonrieron.

Sí, ya era hora.

Lo último que Craig había dejado estipulado le concernía a Maximilian. El barón agradecía las gestiones que la legación liderada por Thomas Nelson había hecho respecto a la búsqueda de su hermana en territorio norteamericano, independiente de si algún día lograban encontrarla o no. Lady Alisa había renunciado a todo dinero o privilegio familiar al unirse a los cuáqueros, así que él respetaría su decisión, pero a modo de reconocimiento simbólico dejaba una suma nada despreciable «a beneficio de la Union Church del pastor Trumbull, quien acoge en una misma casa a diferentes credos disidentes. Que junto al embajador Nelson determinen el mejor destino para dichos fondos y así sigan asistiendo a tantos discriminados, aislados y desposeídos».

La generosidad de Craig emocionó a Max, quien con mayor razón decidió que reactivaría las pesquisas sobre la joven desaparecida, pero

no serían necesarios mayores esfuerzos, pues arribarían a la conclusión del asunto un mes después. Una carta firmada por sor Paula de Ferrari, en respuesta a la enviada desde Chile por Mister Baltimore, le confirmaba que Alisa Rothschild se encontraba en perfecta salud, apostada con su grupo en Virginia Occidental, y que, tal como el abogado intuía, la joven participaba activamente en el Underground Train, pues en las misiones religiosas más nómades solían reclutarse a maquinistas. Maximilian le comunicaría a Alisa la triste noticia sobre su hermano a través de la carmelita descalza y, en una última misiva, la religiosa compartiría con el estadounidense sus ganas de visitar Chile, quizá después de la guerra.

Terminado lo protocolar, Fátima preguntó a lord y lady Rothschild si les molestaba que ella elevase una pequeña oración. Estaban en un camposanto, después de todo. Aceptaron con gusto y se tomaron de las manos. Ella se quitó entonces la cadena de plata que llevaba al cuello, donde colgaba su medalla de las Hijas de María y la llave que le había salvado la vida. La cruzó sobre la lápida y, coincidentemente, el gravado con la silueta de la Virgen quedó justo junto al nombre de Helena en la piedra.

Rezó un avemaría con las manos cruzadas en el pecho. Solo su voz se escuchó en todo el cementerio. Nadie más se unió, pero el silencio que la acompañó fue respetuoso y conmovedor. No eran necesarios los gestos grandilocuentes: ese rezo era su despedida. Un hasta siempre.

Al romper el círculo, los presentes se dispersaron y el ambiente se alivianó un poco. El sol ya brillaba esplendoroso sobre el puerto, invitándolos a salir de entre las tumbas y regresar hacia los vivos. Se intercambiaron reverencias, manos estrechadas y abrazos. Fátima, en particular, no pudo contenerse y, acercándose a lady Laura mientras caminaban hacia la salida, ya había comenzado a interrogarla sobre su excitante vida, culpando a Craig por todo lo que le había contado sobre ella. Le interesaba especialmente la fascinante historia de cómo una ilustradora botánica logró integrar el *HMS Beagle* de Charles Darwin, sorteando todas las prohibiciones y prejuicios que pesaban entonces sobre las mujeres en oficios públicos, y que seguían pesando hasta hoy.

Ese fue el momento que Segismundo aprovecharía. Tomó a

Maximilian de un hombro y lo arrinconó ligeramente tras la imponente escultura de un ángel de mármol, custodio del mausoleo de la condesa Elizabeth Ernst Leitner.

El abogado arregló sus anteojos sobre su nariz y trató de no apanicarse, ya que la mirada del patriarca era más curiosa que severa.

—Usted es divorciado.

—Sí, señor.

—Eso significa que ya no tiene esposa.

—No, señor.

—¿Y puede usted volver a casarse?

—Sí, señor.

—¿Con una mujer católica?

—Yo puedo casarme con quien quiera. Una mujer católica, no.

—Pero Fátima está meditando una apostasía…

—Eso tengo entendido, sí.

—Entonces, si ella llegase a renunciar a su fe…

—Renunciaría a su religión, señor, no a su fe…

—Eso, ajá. Si Fátima renunciara al catolicismo, ¿consideraría usted casarse con ella?

Maximilian ni siquiera tuvo que pensar la respuesta.

—Ya lo he considerado, señor, con la mayor de las ansias.

—Imagino que eso es un *sí*.

—Sí, señor.

—¿Y lo ha considerado ella?

—Habría que preguntarle.

—Pero cree usted que el interés es mutuo…

—Así lo creo, señor, sí.

Segismundo Aguirre asintió, reflexivo. Demoró unos segundos en volver a hablar.

—¿Vendrá hoy a cenar?

—Si usted me invita, con todo gusto.

—Más que una invitación, es una exigencia.

—Estaré a la hora exacta que me indique.

—No traiga flores, hay demasiadas en mi casa.

—Sí, señor.

El viejo asintió de nuevo, suspirando. Miró al estadounidense, le

sonrió con los labios pegados y le palmoteó una mejilla. Luego se dio media vuelta y avanzó despacio entre la maleza y las placas de mármol.

Rodeando el mausoleo por el camino contrario, Maximilian buscó a Fátima esquivando rejillas y esculturas, encontrándola junto a la señora Rothschild. Se puso rápidamente a su lado, jadeante como si hubiese corrido tras el tren.

—¿Qué sucedió? —se preocupó Fati.

—El señor Aguirre me invitó a cenar —respondió él, atónito, secándose el sudor con un pañuelo.

Lady Laura arrugó el entrecejo.

—Pensé que se quedarían a cenar con nosotros. No ha habido una buena cena grupal en la hacienda desde hace mucho tiempo.

Mientras pronunciaba esas palabras, le fue imposible no recordar un par de tertulias a las que en su juventud asistió, ahí mismo en Bluebells, no solo con Charles Darwin presente sino también el señor Wheelwright, de quien se llevó entonces la mejor impresión y ahora lo corroboraba. El empresario ferroviario había enviado una sentida carta de condolencias al saber la noticia de Craig, asegurándole a lord John que viajaría a Valparaíso tan pronto pudiese. Decía que había amado al barón «como a un hijo».

—No estoy segura de que mi padre acepte quedarse…

—Le preguntaré yo misma. Seré persuasiva —le aseguró la británica, haciendo una leve reverencia para luego alejarse.

Al quedarse solos, Fátima observó a Max, divertida.

—Padre lo interrogó, ¿no?

—Solo faltó que pidiera una copia de mi diploma universitario…

—Téngalo a mano por si las dudas —bromeó ella.

A él no le quedó más que sonreír.

—¿Se regocija en mi sufrimiento, señora Aguirre?

—Me alegra ser cortejada —corrigió, dulce—. Nunca antes lo había vivido.

Aquello obligó a Maximilian a enseriarse.

—¿*Quiere* ser cortejada?

—Si no es molestia…

—Al contrario —contestó él con la misma dulzura, sacudiendo su

levita—. Será divertido. Compraré toda la producción de astromelias rojas en Santiago.

—Y yo también puedo invitarlo a cenar y hacerle preguntas, ¿no?

—Por supuesto. ¿Como cuál?

—Aún no sé si tener hijos está en sus planes.

Max se sorprendió. Tomó una mano de la joven por impulso.

—Todos los que la Providencia me regale.

Ella sonrió ampliamente y contuvo las ganas de llorar. Él notó que aquel era un tema importante, así que mantuvo su mirada.

—¿Hay algún… *problema* en ese terreno que yo deba saber?

—Ninguno —respondió ella, con los ojos acuosos y sin perder la sonrisa—. Absolutamente ninguno. Recuérdeme recitarle algunos versículos cuando estemos solos.

—¿De la Biblia?

—El *Cantar de los Cantares*…

Laura regresó con un gesto de triunfo.

—Está decidido. Todos se quedarán. Es lo que mi sobrino hubiese querido, estoy segura.

—Gracias por su hospitalidad, lady Rothschild.

—Podré seguir contándole la historia del *HMS Beagle*…

Maximilian movió sus manos.

—¿Le incomodaría comenzarla de nuevo? Me parece fascinante…

—Usted también tiene historias que contar, señor Bonecraft —apuntó Fátima.

—¿Yo?

—Aún no oigo alguna de esas *espeluznantes* con las que entretuvo a su amigo el barón Craig en su viaje juntos…

Él rio al recordar.

—Las reservaré para después de la cena. No son para estómagos sensibles. La mejor es de cuando sor Paula y yo presenciamos a un muerto levantarse de su ataúd en mitad del velorio…

Llegaron caminando a la reja de salida, donde varios carruajes los esperaban para bajar el cerro Panteón.

—Me interesan también sus historias, señora Aguirre —intervino Laura, justo antes de que su cochero le ofreciese su mano para subir a la cabina. John ya la esperaba dentro—. ¿Qué es el Buzón de las

Impuras? Todos hablaban de eso en el muelle…

Fátima Aguirre Vanderbilt inspiró profundo. Se llevó una mano al pecho buscando la medalla que decía «Monstra te esse matrem», comprendiendo al instante que ya no la tenía. Era un vestigio de otra vida, una convertida en cenizas de las que, con el tiempo, tendría que renacer.

—Oh, lady Rothschild —suspiró, esperanzada—. Esa es la historia más grande de todas…

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

Casi todas las citas incluidas en esta novela provienen de textos y testimonios reales, respetando fraseos y ortografía real de la época (por si ya les llamó la atención), y respaldados en una bibliografía muy extensa a la que accedí durante mis meses de investigación: *Resumen Histórico del Gran Incendio de La Compañía* (1863) de Nicasio Ezquerra, *Relación del incendio de La Compañía* (1864) de Benjamín Vicuña Mackenna, *Episodios Chilenos* (1893) de Daniel Riquelme, *¿Qué hacer con Dios en la República?* (2008) de Sol Serrano, entre muchos otros. Consulté periódicos, ensayos, biografías, informes de antropología forense y hasta novelas, porque la ficción también es una fuente histórica si sabes cómo usarla. Tres hurras por *Martín Rivas* (1862), espléndida obra que Alberto Blest Gana escribió justamente para describir a la sociedad chilena de mitad del siglo XIX. Mi agradecimiento eterno a MemoriaChilena.cl y al Sistema Nacional de Bibliotecas Públicas por permitirme el acceso a todos estos libros indispensables. También a Beatriz Burgos por insistir en ficharme para Urano y a Leo Teti por su confianza en las numerosas historias que aún me quedan por contar.

Al investigar sobre la catástrofe de La Compañía, me encontré con que prácticamente todos los textos de fuentes/testigos directos eran de autoría masculina. Murieron más de dos mil mujeres y aun así no se consideró necesario que ellas —las sobrevivientes, las testigos, las otras miles de Hijas de María que no alcanzaron a entrar en la iglesia

y se salvaron— narrasen su propia historia. *El Buzón de las Impuras* nace de esa frustración, de las ganas que tenía de contar esta tragedia relevando a quienes correspondía: a las mujeres que murieron. Quería explicar sus motivaciones, mostrar las casas que dejaron vacías e imaginar las vidas que dejaron inconclusas. Hubo hombres cruciales en todas las etapas del siniestro, desde aquellos que lo provocaron hasta aquellos que arriesgaron su vida para aplacarlo —como la heroica legación estadounidense liderada por Thomas Nelson—, pero el centro del relato debían ser ellas. Prácticamente todos los nombres de personajes femeninos en esta novela son reales, sacados tanto de la contingencia político-social como de la nómina oficial que listó a las miles de fallecidas. Este es mi homenaje.

Se dice que el pasado no puede reescribirse, pero sí desde la ficción, y ese es mi superpoder. Nunca más sin nosotras.